

---

# ELEGIAS Y ELOGIOS

DE

## VARONES ILUSTRES DE INDIAS,

COMPUESTOS

**POR JUAN DE CASTELLANOS,**

BENEFICIADO DE LA CIUDAD DE TUNJA, EN EL NUEVO REINO DE GRANADA.

---

### TERCERA PARTE.

*Donde se da razon de las cosas acontecidas en las gobernaciones de Cartagena y Popayán, desde el tiempo que en ellas entraron españoles hasta el año de 1588.*

---

### DEDICATORIA

**A la Majestad del rey don Filipe, nuestro señor.**

Católico señor, rey soberano,  
Dio celestial virtud se manifiesta,  
Y en cuya potestad hoy tiene puesta  
Dios la tutela del honor cristiano :  
Esta labor que lleva solo grano  
De verdad pura y al examen presta,  
Para prosecucion de lo que resta  
A vuestra Majestad pide la mano.  
Porque si mereciere tal defensa  
El gran memorial que redimiendo  
Voy de la tiranía del olvido,  
Será la mas insigne recompensa  
Que se me pueda dar é yo pretendo  
Por paga del trabajo recibido.

---

## AL LECTOR.

Lector amigo, claramente veo  
 Salir á luz aqueste monumento  
 Sin aquellos matices y ornamento  
 Que por ventura tienes en deseo.  
 Con solo la verdad lo hermoseo,  
 Porque no pide tanto crecimiento  
 De variedades, mas detenimiento  
 Del que suele llevar veloz correo.  
 La peregrinacion es inexhausta,  
 La vida breve, vena mal propicia  
 Para me detener en las jornadas.  
 Y así vamos de paso, porque basta  
 En aqueste compendio dar noticia  
 De las cosas que estaban olvidadas.

## ELOGIOS DE LA OBRA

POR VARIOS INGENIOS.

*Domini MICHAELIS DE ESPEJO, præfecti araril ecclesiastici  
 Sanctæ-fidei, et vice præsulis hujus novi regni.*

AD LECTOREM.

In dorum quicumque cupis cognoscere terras  
 Immites gentes, proelia, regna, duces;  
 Mores, monstra, feras, et fortia facta virorum,  
 Et varios cultus, quos novus orbis habet:  
 Perlege quæ docti decantat musa Joannis  
 De Castellanos carmine perspicuo.

*Del licenciado CRISTÓBAL DE LEÓN, vecino de Santa-Fé.*

Si pudiera llegar mi flaco vuelo  
 Adonde con el tuyo te abalanzas,  
 Tuvieras, Castellanos, alabanzas  
 Tan altas que subieran hasta el cielo.  
 Súpta la falta dellas este celo  
 Que tuvo levantadas esperanzas  
 Cuando pensé con tales confianzas  
 Volar sobre los términos del suelo.  
 Mas ya que mas no puedo, me contento  
 Con hacer de mi parte lo posible,  
 Que es admirarme tu cabal historia,  
 De fábricas eterno monumento  
 En verso terso, dulce y apacible,  
 Digno por cierto de inmortal memoria.

*De FRANCISCO SOLER, vecino de la ciudad de Tunja.*

De tales elegancias se matiza  
 Vuestra suave musa cuando canta,  
 Que á la de los antiguos se adelanta  
 Y por los que son hoy se solemniza.  
 Aléntase la frígida ceniza  
 Que del sepulcro frío se levanta  
 Oyendo vuestra lira, que con tanta  
 Facundia sus hazañas eterniza.  
 Con gran razon, heroico Castellanos,  
 Indiano morador os quiere y ama,  
 Mediterráneos y matinos puertos,  
 Viendo que con labor de vuestras manos  
 Viven los vivos por eterna fama,  
 Y tienen vida hechos de los muertos.

*Del licenciado CIPRIAN DE LA CUEVA.*

El seno mas preñado y generoso  
 De la concha avarisima que cria  
 Los tersos granos que Colonia envía  
 Al último britano, al chino hermoso;  
 Y el objeto mas grato al codicioso  
 De fértil vena, que su aumento fia  
 Del planeta mayor, y al claro dia  
 Hurta el vivo color rojo y fogoso,  
 Por luna menstrua y por su hermano ardiente  
 Se alteran en virtud de oculto genio  
 Fallando á los pronósticos indios:  
 Tú solo, sin temer nuevo accidente,  
 Coges el fruto eterno de tu ingenio  
 En heroicos poemas, Castellanos.

*De DIEGO DE BUITRAGO, vecino de Tunja.*

Los claros rayos del moderno Apolo  
 Alumbran y esclarecen la memoria  
 De nuestros españoles, con historia  
 Que no contiene fabuloso dolo.  
 Es Juan de Castellanos á quien solo  
 Deben los deste nombre dar la gloria  
 Por hacer él la dellas ser notoria  
 Al morador del uno y otro polo.  
 Y así de le llamar Febo segundo  
 Gran sinrazon sería que lo priven  
 Los que de sus efectos están ciertos:  
 Pues con su luz en este nuevo mundo  
 Los grandes hechos de los vivos viven  
 Y renacen hazañas de los muertos.

*De GABRIEL DE MINAYA.*

Poeta lleno de licor divino,  
 Por influjo del alto firmamento,  
 Para manifestar vuestro talento  
 Tentastes asperisimo camino.  
 Y en el progreso que de vos es dino  
 Adelante pasais del pensamiento  
 Fabricando perpetuo monumento  
 Al español en Indias peregrino.  
 Homero tuvo de los suyos cargo,  
 Virgilio de la lacial arena  
 Y reliquias fugaces de troyanos:  
 Mas en las Indias, un mundo tan largo,  
 ¿Quién puede? Nadie, fuera de la vena  
 Casta del casto y llano Castellanos.

*Soneto del sarjento mayor LÁZARO LUIS IRANZO.*

Hechos heroicos de cenizas frías,  
 Que en el olvido fueron sepultados,  
 En esta historia están resucitados  
 Con gloria eterna de sus bizarrías:  
 Las batallas, contiendas y porfias,  
 Reinos en nuevo mundo conquistados  
 Por españoles, cuyo triunfo y hados  
 Se vino á celebrar en nuestros dias.  
 Levántase el que está mas abscondido,  
 Y toma nuevo espíritu viviente:  
 Que Castellanos con su voz lo llama.  
 Sus nombres sonarán de gente en gente  
 Sin temer las tinieblas del olvido,  
 Siendo este Apolo trompa de su fama.

# ELEGIAS Y ELOGIOS DE VARONES ILUSTRES DE INDIAS.

## TERCERA PARTE.

### HISTORIA DE CARTAGENA.

#### CANTO PRIMERO.

Dejad de descansar, pluma cansada,  
Que no cumple dormir tanto la siesta;  
Pues si pensais dar fin á la jornada,  
Gran peregrinacion es la que resta;  
Añadid á la tela comenzada  
Aquella ciudad sobre mar puesta  
Y aquel emporio cuyo nombre suena,  
Por la bondad del puerto, Cartagena.

Esta y de Popayán, si tengo dia,  
Propongo de tejer parte tercera.  
Intemerata Madre, Virgen pia,  
Linterna de la lumbre verdadera,  
Bien conozco ser flaca mi Talla  
Para poder pasar esta carrera;  
Mas con vuestro favor, escelsa Musa,  
No se me hará larga ni confusa.

Dicen en mas de diez grados ser esta  
Costa, los que regulan el altura;  
La gente natural es bien dispuesta,  
Y pura desnudez su vestidura;  
La mano para guerra siempre presta,  
Las mujeres de grande hermosura,  
Y el arma de quel indio se aprovecha  
Es de mortal y venenosa flecha.

A los principios hubo gran tesoro  
Que por el natural se poseia,  
Porque todos traian joyas de oro,  
Aunque la tierra destes no lo cria;  
Mas resgatabanlo para decoro  
Y aumento de su mucha gallardia  
De lugares que son poco distantes  
De auríferos veneros abundantes.

Esta riqueza la comun cudecia  
Que los humanos pechos alligia,  
Habia dado ya cierta noticia  
A quien en la Española residia;  
Y la gente de allí, menos novicia,  
Estos puertos y playas recorria,  
Como fueron Ojeda y el Bastidas,  
Personas de quien ya conté sus vidas.

Y aun antes no se daba poca priesa  
En saltar por mar aquella tierra  
El gobernador Diego de Nicuesa  
Con otro capitán dicho Luis Guerra,  
Que no cumplieron bien con su promesa,  
Porque fuerza de indios los destierra,  
Y allí vino también Juan de la Cosa,  
Sin la hacer que fuese provechosa.

Pero poco después desta tragedia,  
Cuando de Santa Marta fué teniente,  
Acudió por allí Pedro de Heredia  
Con razonable número de gente,  
Cuya necesidad grande remedia  
Con despojos del bárbaro valiente,  
Y la riqueza de la tierra vista  
Deseaba pedir esta conquista.

Fué de Madrid hidalgo conocido,  
De noble parentela descendiente,  
Hombre tan animoso y atrevido,  
Que jamás se halló volver la frente  
A peligrosos trances do se vido,  
Saliendo dellos honorosamente;  
Mas rodeándolo seis hombres buenos,  
Escapó dellos las narices menos.

Médicos de Madrid ó de Toledo  
O de mas largas y prolijas vias,  
Narices le sacaron del molledo  
Porque las otras se hallaron frias;  
Y sin se menear estuvo quedo  
Por mas espacio de sesenta dias,  
Hasta que carnes de diversas partes  
Pudieron adunar médicas artes.

A mi se me hacia cosa dura  
Creello; pero con estas sospechas  
Hablándole, miraba la juntura,  
Y al fin me parecian contrahechas  
Segun manifestaba su hechura,  
Por ser amoratadas y mal hechas:  
Certificábanlo muchos antiguos  
Que todos ellos fueron mis amigos.

Después desta pasion, en tiempos varios  
Como se viesse ya con miembros sanos  
Teniendo los avisos necesarios  
Que suelen tener hombres homicianos,  
Mató de seis los tres de sus contrarios  
Por no poder haber mas á las manos;  
Fué también hombre de armas en fronteras,  
Y no fueron sus lanzas las postreras.

Pero por declinar furor insano  
Que de sus agraviados se movia,  
A las Indias pasó con un hermano,  
Y este Alonso de Heredia se decia,  
Varon sagaz, en dias mas anciano,  
Y no menos en cuerda valentia;  
En la Española fué primer escala,  
Y el Alonso después fué á Guatemala.

Quedó Pedro de Heredia donde digo  
Con mediano recurso de substancia,  
Por haber heredado de un amigo  
Un ingenio de azúcar y un estancia;  
Mas deseoso de hallar abrigo  
Donde fuese crecida la ganancia,  
A Santa Marta fué como caudillo,  
Y teniente de Pedro de Vadillo.

Ido Vadillo ya para Castilla  
Sin dar de sus delitos residencia,  
Pedro de Heredia gobernó la villa,  
Usando como siempre su tenencia,  
Y capitaneaba la cuadrilla  
Con viva y admirable diligencia,  
Hasta que Lerma vino con el mando,  
A quien dió sus descargos en llegando,

Por no faltar quien diese del querella;  
Pero como no fué de casos feos,  
Honorificamente salió della;  
Y como de rescates y rancheos  
Tenia recogida buena pella,  
En ir á España puso sus deseos  
Para pedir al rey el señorío  
De las otras riberas del gran río.

Efectuóse luego su viaje  
Con mediano caudal, y en salvamento  
A su mujer y hijos y linaje  
E á sus amigos dió contentamiento,  
Como le vieron en ilustre traje,  
Y con tan levantado pensamiento.  
Habló al emperador como debia,  
Dando razon de lo que pretendia.

Presentó luego las informaciones  
De sus servicios llenas de estigios,  
Mas no faltaron malas intenciones  
Y envidias de los émulos antiguos,  
Que contrastaban estas pretensiones  
Segun suelen mortales enemigos;  
Pero los del consejo sin embargo  
Esta gubernacion le dieron cargo:

Representándole las cosas varias  
Que sucedieron en aquella tierra  
Desde que le mataron á Pedrarias  
Trescientos con el capitán Becerra,  
Con amonestaciones necesarias,  
Mas para santa paz que para guerra,  
Y que cumplieran para su demanda  
Grandes avisos y la mano blanda.

Heredia tuvo cumplimiento lleno  
De cortesanos agradecimientos,  
Diciéndoles también que de aquel seno  
Eran antiguos sus conocimientos,  
Y pensaba traerlos á lo bueno  
Con amistad y buenos tractamientos,  
Usando de los términos cristianos  
Primero que viniesen á las manos.

El despacho se dió que pretendía  
De la gobernación de Cartagena,  
Y el término de tierra se extendía  
Desde el gran río de la Magdalena  
Hasta el de Darién y su bahía,  
Y por la tierra adentro fué muy llena,  
Con las fuerzas y vínculos bastantes  
Que se dan en negocios semejantes.

Puesto debajo la real tutela,  
Luego se despachó para Sevilla,  
Adonde para ver tierra novela  
Se le convidó gente no sencilla;  
Compróse galeón y carabela,  
Estancos de costados y de quilla,  
Y una fusta mandó hacer aposta  
Para poder correr aquella costa.

Cargó mucha harina, mucho vino,  
Armas, machetes, hachas y alpargates,  
Y para contractar con el vecino  
Diferentes maneras de rescates.  
Con todo lo demás que le convino,  
Hasta que á la moneda dió remates;  
Y de la gente que se le llegaba  
Escogió la que vido que bastaba.

Y en general á todos les avisa  
En ropas ricas no hacer empleo.  
Pues en entradas sobre la camisa  
Podrían comportar otra de anejo,  
Y no ropa de paño ni de frisa,  
Por ser para calores mal arreo,  
Ni curasen de plumas ni de cueros,  
Pues no los respetaban aguaceros.

Y así cada cual dellos se pertrecha  
Del atavío que les representa  
Que para las entradas aprovecha,  
Sin que de galas se hiciere cuenta;  
Y los soldados ya la lista hecha  
Fueron por todos tres veces cincuenta,  
Varones singulares, de los cuales  
Nombraremos algunos principales.

Urriaga, que fué guipuzcoano,  
Y un Sebastián de Risa, vizcaíno,  
Hector de Barras, hombre lusitano,  
Con dos valientes hijos y un sobrino;  
Y Pedro del Alcázar, sevillano,  
Y el leal Juan Alonso Palomino,  
Después, en un rebelde desconcierto,  
Por Francisco Fernandez Giron muerto.

Y Sebastián de Heredia su pariente,  
Los Albadanes, dos hermanos nobles,  
Con los cuales vinieron juntamente  
Aquellos dos hermanos dichos Robles,  
Que sin temor de Dios ni rey potente  
En el Pirú tuvieron tractos dobles;  
Vino Pedro Martinez de Agramonte,  
También el capitán Alonso Monte.

Y Gonzalo Fernandez, cuyo marte  
Fué de las guerras todas buen testigo,  
Y así destos discursos me dió parte  
Como quien me tenía por amigo;  
Los cuales por escrito los reparte  
De la misma manera que los digo;  
Y es tanta su bondad, que me asegura  
Ser todo lo que dice verdad pura.

Y el fuerte capitán Nuño de Castro,  
Cuya noble progenie fué notoria,  
El cual dejó de su valor tal rastro  
Que allí será perpetua su memoria:  
Padre de peregrinos, no padrastro,  
Y así goza de Dios y de su gloria,  
Pues sus limosnas y misericordia  
Lejos iban del reino de discordia.

Era de Burgos raro cortesano,  
A guerrero rigor la mano presta,  
Y al tiempo que yo fui misacantano  
En su casa se celebró la fiesta,  
En amistad me fué padre y hermano,  
Y así diré después lo que me resta;  
Pero según su gran bondad obliga  
Poco será por mucho que se diga.

Siendo pues yo soldado peregrino,  
Allí me dieron amigable mano  
Y recibí las órdenes, indino  
De subir á lugar tan soberano;  
Y en mi primera misa fué padrino  
El dean don Juan Perez Materano,  
Venerable persona, docto, santo,  
Y Jusquin en teórica de canto.

Y el canónigo Campos, que hoy nos dura,  
Entonces provisor en aquel clero,  
Por unas honrras me nombró por cura,  
Después su Majestad por tesoro;  
Mas porque para lo que se procura  
Este digreso es algo rastro,  
Quiero volver á nuestros navegantes  
Y al mismo punto do quedamos antes.

Vino también Saavedra, tesorero,  
Y Juan Velazquez, que veedor era,  
Con otros cuyos nombres no refiero  
Por no nombrar á toda la bandera;  
Mas en prosecucion de lo que quiero,  
A su tiempo daré razon entera  
Cuando lo demandare la escritura  
Y vinieren á buena coyuntura.

Estando todo pues aderezado  
Para hacer viajes tan remotos,  
Entraron en el puerto deseado  
Todos ellos contritos y devotos,  
Siendo Ginés Pinzon, hombre cursado,  
Y Juan Gomez Cerezo los pilotos;  
Y así dieron las velas á los vientos  
Año de treinta y dos y tres quinientos.

Pasan por las Canarias, ven el pico  
De Teida que domina los celajes;  
Corta las ondas náutico bocico;  
Continuando prósperos viajes,  
Llegaron á San Juan de Puerto-Rico,  
Contentos marineros y los pajes  
Por no ver en marinos movimientos  
Rigores que les den desabrimientos.

Compran guayaba, plátano, batata,  
Y ven gente que traen á su voto,  
Perdidos de jornada menos grata,  
Que los traía Sebastián Gaboto  
A conquistar el río de la Plata,  
Y se volvió con miedo de ser roto;  
Estaban pues allí con intenciones  
De no perder honrosas ocasiones.

Destos que procuraban su provecho,  
Fué Francisco de César excelente  
Y César en el nombre y en el hecho,  
A quien Heredia hizo su teniente  
Y lo tractó con amigable pecho  
Por sus extremos grandes de valiente;  
Porque el gobernador los tuvo tales,  
Y siempre se preció de sus iguales.

Siguieron estas mismas opiniones,  
Por estar de fortuna mal oprimos,  
Dos hermanos llamados Hogazones,  
Y dos que se decían Valdiviesos;  
Y no señalo los demás varones  
A causa de abreviar estos procesos:  
Basta decir que fueron casi treinta  
Hombres de bien para cualquier afrenta.



Con esta gente, que tenía bríos  
Bastantes para bélicas contiendas,  
Deste puerto mandó hacer desvíos  
Levando cables y encorvadas riendas;  
En la Española surgen los navíos  
Y en Azica do tenía sus haciendas:  
Allí desembarcó toda la gente  
Y dió mantenimiento competente.

Luego determinó por su presencia,  
Dejándolos á todos proveídos,  
De ver á los señores del audiencia  
Y á los demás amigos conocidos;  
Recibieronlo con benevolencia,  
Y allí halló también de los perdidos  
De don Diego de Ordás y de Sedeño,  
Los cuales deseaban hallar dueño.

Porque como tuviesen ya noticia  
De su valor y gran entendimiento,  
Y la jornada fuese de cudicia,  
Segun en otras partes represento,  
Cada cual lo regala y acaricia,  
Y él tuvo generoso cumplimiento;  
Y así recogió copia de soldados  
Viejos y en los trabajos mas usados.

Y fueron los mas dignos de memoria,  
Dicstros en semejantes menesteres,  
Un Gonzalo Ceron, Juan de Villoria,  
Martiniáñez, Tafur, Sebastián Perez,  
El bachiller ó licenciado Soria,  
Montemayor, que fué después alférez,  
Pinos, Alonso Lopez el de Ayala,  
Y Bautista Cimbron, que les iguala:

Bartolomé de Porras, Villafaña,  
Rivadeneira, Diego Maldonado,  
Fué Francisco Cortés desta campaña,  
Julian de Villegas, Alvarado,  
Y Juan de Peñalver, que tuvo maña  
Con ánimo y valor de buen soldado,  
El capitán Hurones, Juan de Urista;  
Con otros que no van en esta lista.

Serian pocos menos de cincuenta,  
Hechos á hambres, frios y calores,  
De quien Heredia hizo mucha cuenta  
Por ser antiguos y conquistadores;  
Y así por no perder tiempo ni renta  
Luego se despidió de los odores,  
Fletando carabelas do llevallos  
Y número bastante de caballos.

Esta guerrera gente recogida  
Con los demás pertrechos que llevaban,  
Efectuóse luego la partida  
A Azica do los otros esperaban,  
Donde se proveyó de mas comida,  
De la que sus estancias abundaban,  
Y allí tuvieron en aquel asiento  
La fiesta del divino Nacimiento.

Año de treinta y tres era llegado  
Del parto de la Virgen soberana,  
Cuando para viaje deseado  
Al manso viento dieron la mesana,  
Por no lo ser entonces destemplado,  
Antes ballaron siempre la mar llana;  
Y á trece dias ya del mes de enero  
Vieron á Calamar, pueblo frontero.

Al cual llaman agora Cartagena,  
Y tal nombre le dieron al instante  
Los que surgieron en aquel arena,  
Por tener apariencia semejante  
A la que de tormentas es ajena:  
En las aguas que dicen de Levante;  
Mas este espacio es, segun mi seso,  
Península de mar ó Quersoneso.

Es asiento que corre leste oeste,  
Y cuasi norte sur la travesia;  
De los conlines puertos es aqueste  
El que menos enfermedades cria;  
De raras disenterias es la peste,  
Pero de las demás tierra sanía,  
Y al novicio que viene mal dispuesto  
O le da sanidad ó mata presto.

Al oriente le cae por frontera  
Un promontorio, no de gran altura,  
Que comunmente llaman la Galera  
Por la similitud de su hechura;  
Al poniente del puerto, no muy fuera,  
La isla de Carex le da clausura;  
Y á causa deste natural concierto  
Por dos canales entran en el puerto.

La latitud de mar á mar es breve  
De quien el istmos dicho va cercado;  
A la parte del sur el mar aleve  
Ancon hace quieto y abrigado;  
En la ciudad el agua que se bebe  
Es gruesa, de sabor algo salado,  
De jaqueyes que tienen estas gentes,  
Que son manantiales no corrientes.

Mas donde de regalos hay ventajas  
Y desean beber el vaso lleno,  
El agua tienen muchos en tinajas  
Donde gozan de sol y de sereno,  
Cerradas porque no les caigan pajas  
O (de los muchos) animal obsceno;  
Y de mañana sacan agua fria  
La que pueden beber en aquel dia.

No faltan calurosas pesadumbres,  
Y cuasi siempre suda la mejilla;  
Hay huertas hoy pobladas de legumbres  
Nativas y traídas de Castilla;  
Mas estas allí mudan sus costumbres,  
Pues no producen granos de semilla,  
Y así siempre les va de tierra estraña,  
Deste reino mas breve que de España.

Hay pepinos, cobombros y melones,  
Copia de calabazas, berenjenas;  
Hay naranjas y limas y limones,  
De que casas y huertas están llenas;  
Hay uvas, á sus tiempos y sazones,  
De parras que se dan allí muy buenas;  
Hay de la tierra frutas diferentes,  
Gustosas, olorosas y escelentes.

Hay caimitos, guanábanas, anones  
En árboles mayores que manzanos;  
Hay olorosos hobos que en faiciones  
Y pareceres son mirabolanos;  
Hay guayabas, papayas y mamones,  
Piñas que hinchen bien entrambas manos,  
Con olor mas suave que de nardos,  
Y el nacimiento dellas es en cardos.

Hay plátanos que es fruta cudiosa;  
A manera de árbol es su planta,  
Mas no lo es aquella muy umbrosa  
Y estéril de quien vieja musa canta,  
Pues á la fruta destes deliciosa  
Musa le llaman en la tierra santa,  
Y no sé por qué via ó qué hombre  
Acá de plátano le puso nombre.

*(Aquí faltan una ó dos hojas del original.)*

Y en una jaula destas en mis dias,  
En cierto pueblo de doña Costanza  
De Heredia, su criado Pero Diaz  
En seis ó mas ensangrentó la lanza,  
No sin ayuda de las compañias  
A quien mas competia la venganza,  
Pues en sabiendo ser presa la fiera  
Luego se convocaba la frontera.

Cosa digna de ver es la postura  
Y el rostro fiero con que se menea  
Viéndose rodeado de clausura,  
Y fuera gente que lo garrochea;  
Tienta los gruesos palos, y procura  
Rompellos por salir á la pelea;  
Mas como bajo y alto halla fuerte  
Con lanza ó arcabuz padece muerte.

Yo ví los cueros, y uno dellos era  
Tal que lo tanteaba con espanto,  
Pues (según lo común en esta tierra)  
Tenía lo que todos, y otro tanto,  
Menos lugar cubrió hiena ternera  
Bien extendido su velloso manto;  
Y este, considerados sus tamaños,  
Era como novillo de tres años.

Es la tierra por partes salebrosa,  
Y poca que se pueda decir llana,  
Y por la mayor parte montuosa,  
Aunque como dijimos tierra sana,  
Por ser siempre más seca que lluviosa;  
Para ganados hay poca zavana:  
Ciertos hatos hay hoy de lo vacuno,  
Pero de los demás cuasi ninguno.

Muchas gallinas hay de gentil casta;  
Y como por allí ceban con grano,  
Carne de puercos es la que se gasta.  
Y tiénese por alimento sano;  
Mas esta, ni de fuera no les basta,  
Por ser mucho gentío castellano;  
Perdices también hay en la montaña  
En grandeza mayores que de España.

Son poco diferentes en la traza  
Y no menos gustosos sus bocados;  
Hay conejos, cories y otra caza,  
Pero muy poca la de los venados,  
Pues como dicho tengo se embaraza  
La tierra con los montes apretados:  
Aves diversas la marina cria,  
Y en sus aucones mucha pesquería.

Ya dije desnudez ser el arreo  
Ansí de hembras como de varones,  
Y para remediar el traje feo  
Podrían tener copia de algodones;  
Mas ya se cubren todos con anejo  
De justas camisetas y calzones,  
Y las hembras por campos y por villas  
También usan camisas y falduillas.

Esta costumbre tienen desde cuando  
El doctor Melchior Perez de Artiaga  
Como censor andaba visitando  
Las villas y lugares desta plaga;  
Y ansí la gente dellas por su mando  
Cubrió su desnudez según la paga,  
Porque varón y hembra se vestía  
Por orden del posible que tenía.

Pero dejemos estos atavíos  
Como cosa que tiene su concierto,  
Y agora no tractemos de los ríos  
Ni de lugar poblado ni desierto;  
Pues es justo volver á los navíos  
Que ya dejamos surtos en el puerto,  
Los cuales vistos por la gente fiera  
Apellidaron toda la frontera.

Y aquella noche, puestos en paradas  
En partes encubiertas y secretas  
Haciendo grandes fuegos y alumadas,  
Sonaba gran estruendo de cornetas,  
Y por la playa van gentes armadas  
Que no quieren á sueño ser subyetas,  
Porque de los recuentros atrasados  
Estaban temerosos y avisados.

Fueron tantos los fuegos y furoles  
Que el indio hizo para su seguro,  
Ya por la playa, ya por los peñales  
Del promontorio con intento duro,  
Que no pudieron nuestros españoles  
Saltar en la ribera con obscuro;  
Y ansí determinaron que saltasen  
Cuando solares rayos alumbrasen.

Y cuando ya venía descubriendo  
Apolo su dorada cabellera,  
Los nocturnos vapores esparciendo  
Y nublados que cubrían la ribera,  
Por inquietas ondas estendiendo  
Lumbre que por la cumbre reverbera,  
Marineros, maestros, coroneles,  
Ponen á punto barcos y bateles.

Cargan en ellos todos los pertrechos  
Que son del uso del cristiano bando,  
Adargas y rodelas en los pechos,  
Los caballos asidos y nadando,  
A la frontera playa van derechos  
Do bárbaros estaban esperando;  
Mas como de los tiros hay estruendo,  
A Calanar se iban retrayendo.

No viendo ya peligros manifiestos,  
Sacan á tierra gentes y caballos,  
Y como tienen aderezos prestos,  
Brevemente pudieron ensillarlos;  
De necesarias armas son compuestos  
Aquellos que sabían menearlos,  
Colchadas de tupidos algodones  
Y coracinas todos los peones.

Las láminas de cuernos aserrados  
Que con fuego trajeron á blandura,  
Al modo de corazas enlazados  
Que puestos imitaban su hechura;  
Mas fueron tan molestos y pesados  
Que el sufrimiento fué de poca dura:  
Ovieron estos cuernos en los hatos  
De la Española, por valer baratos.

Mas á los que los llevan por tutela  
El peso de tal suerte les embarga,  
Que quien más de la flecha se recela  
Tuvo por bueno de dejar la carga;  
Armandose de sola la rodela  
Aunque no fuese la carrera larga:  
Que la fatiga del calor inmensa  
No consintió llevar otra defensa.

Recoge pues Heredia sus soldados  
Formando concertados escuadrones;  
Los caballos delante bien armados,  
A las espaldas dellos los peones,  
Y á pasos lentos porque descansados  
Entrasen en guerreras confusiones,  
Fueron al pueblo do mas gente suena.  
Que es Calamar y agora Cartagena.

Los indios, conociendo su venida,  
Las mujeres y hijos echan fuera,  
Y luego como vieron estendida  
Cercana de las casas la bandera,  
También ellos se ponen en huida  
Que ningún morador destes espera,  
Salvo Corinche, bárbaro ya cano,  
Que no pudo huir de muy anciano.

Una india, llamada Catalina,  
Desde Santo Domingo se traía,  
Y era de Zamba, pueblo que confina  
Con los que viven en esta bahía;  
En lengua castellana muy ladina,  
Y que la destas gentes entendía;  
La cual desde esta costa llevó presa,  
Siendo muchacha, Diego de Nicuesa.

Con esta le hablaron al captivo  
Las cosas que les eran convenientes,  
Y fué lo principal que su motivo  
Era hacellos dueños y parientes,  
Y siempre con amor caritativo  
Enseñalles costumbres excelentes,  
Abriéndoles con ellas un camino  
Cuyo fin goza de favor divino.

Y pues él sabe cuál es mas abierto  
Para Zamba, con toda diligencia  
Procure de mostrarles uno cierto  
Si no quiere que pierdan la paciencia;  
Pues tienen de hacer en aquel puerto  
Para siempre jamás su permanencia,  
Y que por bien ó mal, ó paz ó guerra,  
No tienen de dejar aquella tierra.

Corinche, percibidas las razones,  
Luego les respondió que le placía,  
Pero no con sinceras intenciones,  
Según que vieron el siguiente día;  
Pues fué guiando por las poblaciones  
Donde la mayor fuerza residía,  
La tierra adentro ácia Turuaco,  
Que deste compás fué lo menos floce.

Sabiendo bien que por aquella frente  
Mataron en los años atrasados  
Al justador Pedrarias mucha gente,  
Siendo todos magnánimos soldados,  
Y al capitán Becerra juntamente,  
De quien eran no mal acaudillados;  
Y así pensó que los recién venidos  
Fueran desta manera consumidos.

Llegado pues el nubló tenebroso,  
En Calamar la gente castellana  
Puso sus velas y tomó reposo  
Hasta tanto que vino la mañana.  
Dijoles misa cierto religioso,  
Que llamaban el padre Mariana,  
Y dados á los cuerpos alimentos  
Prosiguen adelante sus intentos.

Dejando los navíos á recado  
Y en ellos gente bien apercebida,  
El caballero y el peon armado,  
Pusieron en efecto la partida;  
Corinche, de peones rodeado,  
Guiando por la vía referida  
A Turuaco, mas llegando junto  
Guerreros escuadrones ven á punto.

Opónense catervas de salvajes;  
Levántase la grito y alaridos,  
Larga y espesa selva de plumajes,  
Voces que se confunden los oídos;  
Resuenan sagitíferos carcajes,  
Los golpes de los arcos y crujidos;  
Rompe los aires indica corneta,  
Y acá cualquier caballo se inquieta.

Dan muestra las orejas que se espanta  
De ver y oír salvajes inhumanos;  
Sobre los piés traseros se levanta,  
Ningun sosiego tiene con las manos,  
Y tanto mas se azora y se quebranta  
Cuanto los indios vía mas cercanos,  
Hasta tanto que ya nuestro jinete  
Iliere de las espuelas y arremete.

Pelea cada cual donde se hallá,  
Sin poder acudir adonde quiso,  
Porque la ferocísima canalla  
Se vido cuasi cuasi de improviso:  
Cobra valor y fuerza la batalla,  
Andan entrambas partes con aviso,  
La tierra cubren venenosos tiros  
Y golpes causadores de suspiros.

Bien como cuando de los altos senos  
Viene ventosa nube descargando  
Granizo con relámpagos y truenos,  
Las sendas y caminos ocupando,  
Pues los altos y bajos quedan llenos  
Y el circunstante suelo blanqueando,  
Poniendo las borrascas semejantes  
Impedimentos á los caminantes:

No con menos horror suenan los puertos  
En aquestos conflictos presurosos,  
Los lugares que huellan ya cubiertos  
De piedras y de tiros venenosos,  
Andan por cima de los hombres muertos,  
Destiérranse descansos y reposos:  
Quien mas pelea y el que mas trabaja  
No conoce victoria ni ventaja.

El gobernador va por la pelea  
Como bravo león en el semblante:  
Atropella, derriba y alancea  
A cuantos se le ponen por delante;  
Con singular destreza se menea  
Al fervoroso Turno semejante,  
Y tanto prosiguió pasos perplejos,  
Que de los suyos se halló muy lejos.

Los indios que lo ven en el confflito  
Solo, sin que con él alguno sea,  
Formaron un espeso círculo  
Caudillos de la bárbara ralea,  
Con número de indios infinito  
Que de una parte y otra le rodea;  
Y fué tan numerosa la pujanza  
Que pudieron asille de la lanza.

Viendo su lanza ser embarazada  
Del escudron feroz que la pretende,  
Valióse de los filos del espada  
Con la cual desta furia se defiende;  
Lastima con sangrienta cuchillada,  
Corta molledos, y cabezas hiende;  
Miran acaso, ven las confusiones,  
Acuden caballeros y peones.

Llegaron á tan buena coyuntura,  
Repartidos por una y otra parte,  
Que se pudo librar de la presura  
Donde ya lo traian de mal arte,  
No sin estrago de la gente dura  
Que hizo con el fino bracamarte;  
Pero salió del dicho detrimentó  
Cubierto de sudor y sin aliento.

Porque entonces el sol con su cuadriga  
El hemisferio por igual demedia,  
El aire falta quel calor mitiga,  
Ningun soplo de viento lo remedia;  
Aumentan demás desto la fauiga  
Las armas de algodon al buen Heredia:  
Y así con ansiosas turbaciones  
Pide que le relajen los botones.

Acuden españoles que hay en torno,  
Para hacer aquello que pedia:  
Mitigase la furia del bochorno,  
Porque también le dieron agua fria;  
Mas si el lugar ardia como horno,  
Mucho mas la batalla se encendia;  
Y así sin esperar el aire frio  
A ella revolvió con mavor brio.

El Francisco de César compañía,  
Montes y Juan Alonso Palomino,  
Juan de Villoria, Pinos, Viltaña:  
Que en este riguroso torbellino  
Todos se daban admirable maña  
Y hacían bien ancho su camino;  
Mas bien han menester que les acuden,  
Pues cuantos mas derriban mas acuden.

Con su valor Heredia los provoca,  
Y el valeroso César muchos hiere:  
Es su caballo muy duro de boca,  
Y no puede mandallo como quiere:  
Mas se desmanda cuanto mas le toca  
La flecha, sin que los demás espere;  
Pero por donde quiera que lo lleve  
El caballero hace lo que debe.

En este tiempo los arcabuceros  
En los indios hacían gran estrago,  
Por tener tan espesos los terreros  
Que ningunas pelotas dan en vago:  
Los indios no se hallan tan enteros  
Como los que decían ¡Santiago!  
Y así se meten por las espesuras  
O partes que les eran mas seguras.

El buen gobernador incontinentemente  
Mandó que se recojan los soldados  
Que pelearon valerosamente,  
Aunque, como ya dije, derramados;  
Recorre las escuadras de su gente,  
Halló los treinta dellos maltractados,  
A los cuales él hizo curar luego,  
Y la principal cura fué con fuego.

Estos con buena guarda de caudillos  
Encaminaron al marino puerto;  
Danles á beber agua de membrillos,  
Y sanaron mediante buen concierto,  
Aunque quedaron flacos y amarillos,  
Y Juan del Junco Montañés fué muerto;  
Pero de los caballos que hirieron  
Cuatro de los mejores pericieron.

Y el de César, con ser el que tenia  
La carne mas que todos lastimada,  
Escapó del gran riesgo que corría,  
Y le sirvió muy bien en la jornada;  
Y es porque le lavaba cada día  
Las heridas con el agua salada;  
Mas tuvo por grande maravilla  
Salir el amo bien de la rencilla.

Pues cuando fuga el caballo hizo,  
El freno remordiéndolo con los dientes,  
Descargaban en él como granizo  
Las mortíferas flechas de las gentes,  
Y tantas como puntas un erizo  
De las colchadas armas van pendientes;  
Las muy metidas fueron veinte y una,  
Mas á las carnes le llegó ninguna.

La causa fué de no herirle tanta  
Flecha las buenas armas de algodones,  
Debajo de ellas una cuera de anta  
A donde reparaban los harpones,  
O por mejor decir ayuda santa  
Y algunas religiosas devociones:  
Pues no matallo los que vieron esto  
Decían ser milagro manifiesto.

Dejando pues aquel espacio vago  
Los indios á los fuertes vencedores,  
Entraron la ciudad de Turbaco  
Sin se hallar en ella moradores;  
Pero tuvieron razonable saco  
No sin gana de ver otros mejores,  
Porque lo substancial de sus haberes  
Habían abscondido las mujeres.

Visto pues que la gente se desmanda  
Mas de lo que cumplía salir fuera,  
Con penas de rigor Heredia manda  
Que todos se recojan á bandera,  
Como quien conocía no ser blanda  
La gente natural desta frontera;  
Y así huyendo del inconveniente,  
A los soldados dijo lo siguiente:

«Esta gente yo sé no ser cobarde,  
Antes falta de todo sufrimiento,  
Y tienen de buscarnos esta tarde  
Con intención de darnos otro tiento;  
Y aquí no nos conviene que se aguarda  
Sino que les dejemos el asiento,  
Y en tal lugar debemos esperarlos  
Que puedan revolverse los caballos.

» Paréceme ser, como lo pedimos,  
Aquel llano poblado de labranzas;  
Ellos han de pensar que les huiamos,  
Y allí se han de templar sus destemplanzas  
Porque podremos bien, según decimos,  
Menear los caballos y las lanzas.»  
Esto dicho, sacó la compañía  
Ocupando la parte que decía.

Y mandóles estar apercebidos,  
A punto las espadas y rodelas,  
En partes diferentes repartidos  
Y el caballero presta las espuelas:  
Ansímismo por árboles subidos  
Soldados que hacían centinelas,  
Porque si descubriesen escuadrones  
Diesen aviso y arma con pregones.

Presto se vido ser consejo sano  
Para salir mejor de los conlitos;  
Pues apenas llegaban á lo llano,  
Cuando vieron plumajes infinitos  
Que descendían con potente mano,  
Dando terribles y espantables gritos,  
Temeroso ruido de cornetas  
Y abundancia de dardos y saetas.

Vistos por el Heredia, dijo luego:  
«Señores, si ganais esta victoria,  
Con ella granjeais vuestro sosiego,  
Y vuestra gran virtud será notoria:  
Y pues sois españoles, solo ruego  
Que de vuestro valor tengais memoria,  
Que si ponemos esto por delante  
Ningun rigor habrá que nos espante.

» Gran nube viene, y el turbión es grande  
A causa de flotar sobre mojado;  
Mas aquí le haremos que se ablande  
Quien de dureza viene mas armado,  
Como ningun soldado se desmante  
Del orden que tenemos concertado,  
Con el cual, en oyendo nuestra trompa,  
Abra los ojos, y contrarios rompa.»

Dijo su parecer, y los soldados  
Las condiciones puestas obedecen,  
Los mas modernos dellos admirados  
De ver los escuadrones que parecen  
Con diademas de oro coronados,  
Que de rayos heridos resplandecen,  
Y con betumen negro ó colorado  
Viene cada cual dellos embijado.

En esto ya llegaban á la plaza,  
No con menos furor que bestias fieras  
Dando lijeros saltos tras la caza  
Y abalanzándose por las laderas:  
El arco corvo se desembaraza;  
Suenan engañosas silbaderas;  
Mas desde que ya los vieron en los llanos  
Al encuentro salieron los cristianos.

El buen gobernador iba delante  
Dando de su valor patente muestra,  
Recambiando la lanza penetrante,  
Vez á la diestra, vez á la siniestra;  
Corría rojo río y abundante  
De los que clava su potente diestra;  
Irama la tierra con mortal gemido,  
Y aumentase la grita y alarido.

César iba haciendo maravillas  
Dignas de su valor y de su nombre,  
Rompiéndoles costados y ternillas,  
Con brio que parece mas que hombre;  
Acuden las católicas cuadrillas,  
Procura cada cual ganar renombre,  
Cubre los campos ciega polvareda  
De la batida y reholada greda.

Confúndese la junta de salvajes;  
Crecían los horrisonos bullicios,  
Acrecentando furias y corajes  
Con los sanguinolentos ejercicios;  
Cubriase la tierra con plumajes  
Caidos de los vivos edificios;  
Huellan unos y otros litigantes  
Por encima de miembros palpitantes.

Bien como los que van rompiendo breña  
Espesa con agudos segurones,  
Para cosas que siempre les enseña  
Necesidad maestra de invenciones,  
Ocupando la tierra con la leña,  
Trozos de palos, ramas y troncones,  
Quedando de los árboles tal rima  
Que no pueden andar sino por cima:

Desta manera son los embarazos  
Que ponen á los vivos los caídos,  
Con piernas y con pies, manos y brazos  
Que por aquel lugar están tendidos:  
 Cabezas repartidas en pedazos,  
Y sesos derramados y esparcidos,  
Con los demás belligeros pertrechos  
Con que se mueven semejantes hechos.

Incitan á la bárbara bandera  
Las noctigenas hijas de Aqueronte;  
Mas ella de victoria desespera,  
Buscando los latibulos del monte;  
Y así cuando su roja cabellera  
El sol metía tras del horizonte,  
Los indios que quedaban con la vida  
Sin orden se pusieron en huida.

Viéndose la victoria ya patente,  
Y para mas honor mayor indicio,  
A Dios dió cada cual devotamente  
Gracias por tan inmenso beneficio;  
Pues con el vencimiento desta gente  
Venían los demás á su servicio,  
Y así el gobernador con grato gesto,  
Recogida la gente, dijo esto:

«Cierto, señores míos, yo no siento,  
Si buenos hechos piden alabanza,  
Quién pueda dar con ella henchimiento  
A los que vemos hoy de vuestra lanza  
En este milagroso vencimiento  
Contra dudosa y áspera pujanza;  
Cuya huida vino tan á pelo  
Que bien pareció ser obra del cielo.

» A Dios demos las gracias y la gloria,  
Y el rey del galardón tenga cuidado,  
Porque de Dios nos vino la victoria,  
Y aquí venimos por real mandado,  
En cuyo nombre yo terné memoria  
Que sea cada cual galardonado  
Con aquel miramiento que conviene,  
Después de ver lo que la tierra tiene.

» Vencimos el contrario mas soberbio  
Que solia tener esta frontera;  
Vencimos y cortamos aquel nervio  
Que á los demás servia de barrera;  
De manera que todo queda pervio  
Para poder pasar por donde quiera,  
Pues los temores destos rompimientos  
Son durísimos frenos y escarmentos.

» Y pues se llegan ya pueblos oscuros,  
Vamos á Turuaco, cenaremos,  
Que puesto que durmamos intramuros,  
Ningun impedimento hallaremos;  
Antes nos hace su temor seguros  
Para que del trabajo descansemos,  
Mayormente teniendo velas puestas,  
Rondas y centinelas por las cuestras.»

A questo dicho, fueron al asiento  
Sin que hallasen bárbaro contrario,  
Y con el recatado miramiento  
Que no tiene juicio temerario  
Dan á los cuerpos el mantenimiento  
Que fué segun su hambre necesario;  
Y como suelen los que se recelan,  
Los unos duermen y los otros velan.

Mas cuando descubrió su roja frente  
Apolo con el rapto movimiento,  
El sabio capitán y diligente  
De principales hizo llamamiento  
Para manifestalles lo que siente  
Y conocer ajeno sentimiento  
Cerca del parecer que mejor era,  
El cual lo consultó desta manera:

« Señores, si el camino comenzado  
Puede por tiempo dar algun reposo,  
Páreceme que ya tenéis andado  
No menos que lo mas dificultoso;  
Pues que, bendito Dios, va desmembrado  
Un enemigo siempre victorioso,  
Cuya crúel y vengadora diestra  
Nadie la quebrantó sino la vuestra.

« Agora será bien que se discante  
Sobre cuál destos es mejor concierto:  
O pasar con las armas adelante  
Por el camino que tenéis abierto,  
O determinacion mas importante  
A nuestra pretension, volver al puerto,  
Para reconocer con advertencia  
Asiento que prometa permanencia.

« Esta perplejidad os manifesto,  
Cuya resolucion de vos confio;  
Y segun que por vos fuere dispuesto,  
Desa suerte daremos el avio,  
Pues vuestro parecer acerca desto  
Determino tener por proprio mio,  
Y no traspasaré llano ni cumbre  
Sin que vuestro consejo me dé lumbré.»

Responden los que deben obediencia,  
Y César con la gente mas granada:  
« Vos, señor, tenéis ciencia y esperiencia  
Para nos adestrar en la jornada;  
Vuestra boca pronuncie la sentencia,  
Y esa será por todos aprobada,  
Pues como por tan buen seso se ordene,  
Todo se guiará segun conviene.»

Reconocidas estas intenciones,  
Luego, segun las suyas, determina  
Dejar aquellos senos y rincones  
Y dar la vuelta sobre la marina,  
Para hacer con nuevas poblaciones  
Albergos de la gente peregrina;  
Y no fué la partida menos presta  
De lo que fué durable la respuesta:

Y así, sin ofrecerse desavías,  
Llegaron á la playa ya notoria  
Con aquellos despojos y atavíos  
Que suele dar la guerra meritoria:  
Salieron luego los de los navíos  
A dar el parabién de la victoria  
Con encarecimientos elegantes  
Usados en negocios semejantes.

Cumplidos eran ya los dias veinte  
Del mes nombrado del bifronte Jano,  
Del año que dijimos ser presente,  
Y día del beato Sebastiano,  
Cuando para trazar pueblo potente  
Cristiano morador tomó la mano,  
Repartiendo por orden los solares  
En el istmo que goza de dos mares.

Segun comodidad se dió la traza  
Por diestros y peritos medidores:  
Lo que era monte se desembaraza,  
Talándolo los nuevos pobladores;  
Señalaron iglesia, dióse plaza,  
Y á San Sebastián dos de los mejores  
Solares, donde hay hospital nombrado,  
Y es hoy como patron reverenciado.

Nombráronse justicias ordinarias,  
Segun dispusieron de justo fuero,  
Con otras muchas cosas necesarias,  
Las cuales de presente no refiero,  
Pues á causa de ser muchas y varias  
Se quedan para el canto venidero;  
Y de presente tengo justa causa  
Por donde me conviene hacer pausa.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se trata cómo los indios comarcanos vinieron á dar la paz, y bastó la batalla que se dió en Turuaco para atemorizar los demás caciques y señores de aquella provincia.

La punición á veces es tan buena  
Para todos, que no tan solamente  
Corrige los delitos y refrena  
Al loco y atrevido delincuente,  
Pero también avisa que en ajena  
Cabeza se reporte y escarmenten  
Quien estaba dispuesto por ventura  
Para hacer alguna travesura.

Esta verdad ejemplo fué patente  
La gran rota del indio mas cercano,  
Adonde fueron muertos solamente  
Seis ó siete caballos y un cristiano,  
Y de los indios numerosa gente,  
Que por entonces sin probar la mano  
Estuvieron dudosos y perplejos,  
Así cercanos como los de lejos.

Heredia, vistas las perplejidades,  
Mandó luego partir al indio viejo  
A los cercanos pueblos y ciudades,  
Rogándole que diese por consejo  
No rehusasen estas amistades  
Agora que tenían aparejo,  
Porque si procedían en la guerra  
Asolaríanles toda la tierra.

Diéronsele cosillas qué de España  
Traían castellanias compañías,  
Con que la vista hábara se engaña  
Teniéndolas por ricas mercancías;  
Corinche prometió de darse maña  
Y dar la vuelta dentro de tres días,  
El cual partió para Carex el rico,  
Por haber Carex grande y Carex chico.

Este indio trató hidalgamente  
Aquel negocio que se le encomienda,  
Encareciéndoles de nuestra gente  
Su noble condicion y su vivienda;  
Pero Carex respondióle que miente  
Porque el sabe que roban la hacienda;  
Y así le dijo qué no quiere vellos,  
Y si algo quieren dél que vengan ellos.

Vista la voluntad que manifiesta  
Con amenazas otras que no cuento,  
Al Heredia volvió con la respuesta  
Representándole su mal intento:  
El gobernador hizo presta  
Para punir aquel atrevimiento,  
Y con soldados válidos ocupa  
Un grande bergantín y una chalupa.

En ellos van ducientos y cincuenta  
Soldados, de quien él se certifica  
Ser tales que saldrian sin afrenta  
Deste recuento donde los aplica:  
Ante Carex el grande se presenta  
Adonde llaman hoy la Boca-chica,  
Y allí se muestra cantidad inmensa  
De bárbaros dispuestos á defensa.

Los españoles ya breve desvío  
De la playa largando los resones,  
En ella saltó luego Juan de Jio  
Y dos hermanos dichos los Cerones:  
Acuden estos al primer buho  
Rompiendo por soberbios escuadrones,  
Por ser aquella cara señalada  
Y en ella mucha gente reparada.

Allí de la primer arremetida  
Mataron muchos, y al cacique prenden;  
Pero la multitud fué tan crecida  
De los que con orgullo la defienden,  
Que Cristóbal Ceron quedó sin vida;  
Los dos aunque heridos no pretendien  
Soltallo, ni los indios tal pudieron  
Hasta que ya los nuestros acudieron.

Enciéndese de nuevo la pelea  
Convocándose muchos naturales  
Que Piorex exhorta y espolea  
Y Curixix, señores principales,  
Porque del término que señorea  
Carex eran aquestos generales;  
Mas en los sanguinosos desconciertos  
Ambos á dos allí quedaron muertos:

Con otra mucha gente que se calla,  
Pasados de mortíferos barrenos,  
Que sin cubrirse jacerina malla  
Al señor defendian como buenos;  
Mas no costó tan poco la batalla  
Que no hiciesen de los nuestros menos  
Diez ó doce soldados, cuya muerte  
Quitó quilates á la buena suerte.

Al fin con el sangriento torbellino  
Prevalecieron españolas manos,  
Saqueando las casas del vecino  
Para poner temor á los cercanos:  
Donde se recogieron de oro fino  
Cien mil ó pocos menos castellanos,  
Demás del alimento que se lleva  
Para sustento de la ciudad nueva.

Pasaron á Caron incontinente,  
Pueblo del de Carex poca distancia,  
Mas este recibiólos blandamente  
Redimiendo su mal con su substancia:  
Dió joyas de valor con que se aumente  
La codiciosa sed y la ganancia,  
Porque el ardor cruel desta fatiga  
Cuanto mas bebe menos se mitiga.

Quedaron los demás pueblos ileos,  
Matarapa, Cacon y el de Cospique,  
Porque se muevan á mejores sesos  
Cuando la rota deste se publique:  
Volviéronse con muchos indios presos  
De Carex, y con ellos su cacique;  
No se les hizo tractamiento malo  
Antes grandes caricias y regalo.

Asegurándoles de mas combate  
Como tuviesen corazon sincero,  
Dándoles muchas cosas de rescate  
Y á Caron, un insigne hechicero,  
Le ruegan que con otros pueblos trate  
De la paz, y les sea medianero;  
Porque los deste término marino  
Lo tenían por mago y adevino.

El respondió por términos urbanos  
Que todo lo posible se haria,  
Pero que se le diesen dos cristianos  
Para llevarlos en su compañía;  
Allí los mas valientes y lozanos  
Tenianla por temeraria via,  
Escepto dos mancebos caballeros  
Que no dudaron ser sus compañeros.

Uno don Pedro de Abrego se llama,  
De Sevilla, tenido por valiente;  
El otro don Francisco Valderrama,  
De Córdoba, no menos eminente:  
Estos sin recelar bárbara trama  
Adonde va Caron ponen la frente,  
Y con gentiles brios y donaire  
Llegaron al gran pueblo de Bahaire.

Del cacique Dulió fué recebido  
Caron, con gran contento y alegría;  
No sin admiracion después que vido  
Venir con él estaña compañía:  
Ocurren cuantos hay de su partido  
A ver la nueva gente que venia,  
Tanto que los ponian en aprieto,  
Pero con grandes muestras de respeto.

Después de ya hablar en su lenguaje:  
Y á su modo palabras placenteras,  
Caron dió relacion de su viaje  
A lo que pareció muy á las veras,  
Con toda la substancia del mensaje  
De parte de las gentes estrangeras;  
Y el Dulió, vista la razon propuesta,  
Pidió dos dias para dar respuesta.

El Caron con tenello por amigo,  
No sabiendo si bien ó mal ordena,  
No las tenia ya todas consigo  
Y quisiera volver á Cartagena:  
Pero los caballeros dos que digo  
Le dijeron que no tuviese pena,  
Porque cualquiera dellos solo basta  
A destruir aquella fiera casta.

Dicen luego con lengua bien instrua  
«Dirás al perro hijo de la perra  
Que el español no teme gente bruta,  
Ni nosotros saldremos de su tierra  
Hasta llevar respuesta resoluta  
O de la blanda paz ó dura guerra;  
Que determine luego lo que quiere,  
Y espere dello lo que le viniere.»

Estas razones y otras que no toco  
Notó Caron y estuvo bien atento,  
Pareciéndole ser término loco  
Tener allí tan gran atrevimiento:  
Nada les respondió, mas desde á poco  
Mostró con lágrimas su sentimiento.  
Dulió que vido muestras mal sonoras  
Le dijo: «¿Qué es la causa por que lloras?»

El respondió: «Sabrás que no lamento,  
Dulió, por ocasion á mi tocante,  
Sino tu destruccion y asolamiento  
Si no vas con nosotros por delante;  
Porque esta nacion es, á lo que siento,  
Con enemigos fiera y arrogante,  
Pero con los amigos apacible,  
Regalándolos todo lo posible.»

El dijo: «No son tales mis concetos  
Que piense contrastar su dardo marte,  
Mas á los míos aunque son subyectos  
Heme de subyectar á dalles parte,  
Porque con pechos sanos y quietos  
Aquesta paz reciban de buen arte,  
Pues ningun señor hay tan absoluto  
Que no deba cumplir este tributo.

» Esto sin falta se hará mañana,  
Y la contradiccion terná castigo;  
Habla con esta gente castellana  
Certificándoles que soy amigo,  
Y pues mi voluntad la tienen llana,  
Sea la suya tal para conmigo;  
Aquí se holgarán dos ó tres dias  
Porque no quiero ir manos vacías.»

Los bárbaros acentos declarados  
Por lengua que la suya determina,  
A cada uno de los dos soldados  
De oro se les dió chaguala fina,  
Cuyo valor montó hartos ducados;  
Y así perdieron ambos la mobina,  
Demás de tener mesas proveídas  
Abundantísimas de sus comidas.

Hizo congregacion dia siguiente  
De capitanes y otros caballeros,  
Y dijoles ser cosa conveniente  
Confederarse con los extranjeros,  
Pues su destruccion era patente  
Teniéndolos cercanos y fronteros,  
Si con paz, discrecion y aviso bueno,  
A sus intentos no ponian freno.

Que tanteasen bien como discretos  
Que las guerras consumen los poderes,  
Y cómo no responden sus efectos  
A los precipitados pareceres;  
Demás de vivir todos inquietos,  
Descarriados hijos y mujeres;  
Y así su parecer, que muchos mide,  
Era de dar la paz que se le pide.

De aquellos capitanes el mas viejo,  
Oida su razon, incontinente  
Le dijo: «Buen Dulió, vos sois espejo  
Donde contempla cada cual su mente;  
Nadie, teniendo vos ese consejo,  
Hay aquí que lo tenga diferente:  
Con vuestra voluntad medid la nuestra,  
Pues la de todos es la misma vuestra.»

Otro con soberbisimo denuedo,  
Pesándole de las conformidades,  
Levantóse diciendo: «Yo no puedo  
Sufrir acobardadas poquedades;  
Parece que te ciscas ya de miedo,  
Pues apeteces estas amistades;  
Perdido va, Dulió, tu fuerte brio,  
Mas no se perderá jamás el mio.»

El Dulió, vista la soberbia vana  
Y ser principio de otros embarazos,  
Alzó con gran presteza la macana  
Tirando golpe de nervosos brazos:  
El cual, como se dió de buena gana,  
Le hizo la cabeza dos pedazos;  
Necesario no fué golpe segundo  
Para sacallo fuera deste mundo.

El hecho del cacique se engrandece  
Por todos, y otra cosa no se trata  
Sino decir que tal pena merece  
El que contra su rey se desacata:  
Con aquesto la junta se fenece  
Y la contraria duda se desata,  
Pues todos, por tener mejor aviso,  
Vinieron en lo quel cacique quiso.

En este tiempo los de Cartagena,  
Que de Caron hicieron confianza,  
Tenian por los dos soldados pena,  
Pareciéndoles mal tanta tardanza;  
Y el gobernador mas, el cual ordena  
Ir á buscarlos, no con gran pujanza,  
Mas solos veinte y dos en el navío  
De que era capitán el Juan de Jio.

Llegaron á la boca del estero,  
Por do para Bahaire hacen via;  
No puede navegar el marinero,  
Que la chalupa mas fondo pedia;  
Mandósele soltar al artillero  
Dos piezas que declaren quien venia,  
Porque si gozan de vital aliento  
Los dos acudan á su llamamiento.

Ellos, reconociendo los motivos,  
Para de su salud bacellos ciertos,  
Con indios que de paz no son esquivos  
Bajaron en canoas á los puertos;  
Aumentanse los gozos en ver vivos  
A los que ya contaban con los muertos;  
Mas el Dulió con barca mas lijera  
Ganó con el Caron la delantera.

Al buen Heredia hizo sus ofertas  
Con mansas señas y palabras blandas,  
Que daban los intérpretes abiertas  
En idiomas propios á las bandas,  
Y dijole: «Si yo tuve reyerias,  
Por aceptar la paz que me demandas,  
Caron y las personas de quien flas  
Diran lo que me pasa con las mias.

» Porque no pudo ser sin fin sangriento  
De cierto capitan, hombre robusto,  
Que procuró poner impedimento  
A los efectos de negocio justo,  
Debiendo medir siervos su contento  
Con lo que á su señor diere buen gusto:  
Sé que coligrás de lo que digo  
Que deseo la paz y soy amigo.

» Esta será segura por mi parte,  
Sin atender á varios pareceres;  
Bien puedes para mas asegurarte  
Venir conmigo, si por bien tuvieres,  
Porque, cierto, deseo regalarte  
Segun yo soy, que como quien tú eres,  
Mis ministerios no serán tan altos  
Que suban de valor á no ser fallos.»

No tuvo desahrida la respuesta,  
Antes con el Dulió se partió luego  
Adonde se le hizo grande fiesta,  
Mas no quiso tomar mucho sosiego;  
Y porque no partiese con la siesta,  
De parte del señor hubo gran ruego,  
Y aun que esperase la mañana  
Por venir la tiniebla ya cercana.

Heredia respondió cumplidamente  
Con el aviso que menester era,  
Diciendo que no puede de presente  
Dejar de se tornar á su frontera;  
Pero si puede ser dia siguiente  
Vayan á Calamar, do los espera,  
Porque también querría cuando fuese  
Agasajallo con lo que pudiese.

Y que, pues era principal cacique,  
De comarcas defensor y capa,  
Procurase llevar los de Cospique,  
Cocon, Caricocox y Matarapa,  
A los cuales la paz les certifique,  
Sin engaño, cautela ni solapa,  
Porque si todos vienen á lo bueno,  
Ternian quietud en su terreno.

Con esto se pusieron en camino  
Con la chalupa de comida llena,  
Y á los dos caballeros por quien vino  
Mandó volver también á Cartagena,  
Porque le parecia desatinio  
Quedarse solos en aquel arena:  
Rogáronle con encarecimientos  
Que no les perturbase sus intentos;

Porque serian sus trabajos vanos,  
E ya de corazon poco constante,  
Dejar aquel cacique de las manos  
Hasta que lo llevasen por delante,  
Porque para hacer los otros llanos  
Era negociacion muy importante;  
Y en aquesto hicieron tal instancia,  
Que se quedaron llenos de arrogancia.

El buen gobernador fué navegando  
Con manso viento que les aspiraba,  
Y á su nueva ciudad llegaron cuando  
El curso de la noche demediaba;  
En tierra saltan todos publicando  
Aquel efecto que se deseaba,  
Diciendo que Bahaire con su gente  
Los recibió caritativamente.

Y que paz de su parte se pregona  
Por los cercanos puertos y bahias  
Con subyeccion á la real corona,  
La cual darian antes de tres dias,  
El cacique Dulió por su persona,  
Y con él otras muchas compañías;  
El pueblo recibió mucho contento,  
Deseando de ver el cumplimiento.

Lo cual efectuó, y así lo hizo  
Aquel cacique y otros señalados,  
Y trajo joyas de metal obrizo,  
Que valieron sesenta mil ducados,  
Demás del grano con que satisfizo  
La hambre que tenían los soldados,  
Llenas canoas de comidas varias,  
A nuestros españoles necesarias.

Entrados los caciques en la villa,  
Suntuoso convite les fué hecho,  
Abundante de vino de Castilla,  
De que mucho gustó bárbaro pecho;  
Diéronles muchas cosas, que sencilla  
Gente juzgaba ser de gran provecho,  
Como corales, cuentas y bonetes  
Colorados, cuchillos y machetes.

Y así los reyes desta pertenencia,  
Que tuvo cada cual reino distinto,  
Dieron el vasallaje y obediencia  
Al gran emperador don Carlos quinto:  
Hizose con solemne diligencia,  
Que no referiré, por ser suelto;  
Solo diré tener principios buenos  
Para poder entrar otros terrenos.

Teniendo pues de paz aquella raya,  
Dejando guarda como convenia,  
Determinóse que la flota vaya  
A Zamba para ver lo que tenia;  
El gobernador iba por la playa  
Con bien aderezada compañía,  
Y con ellos la india Catalina,  
Que deste dicho puerto fué vecina.

Como con el recato conviniente  
Llevasen por delante corredores,  
Dos hombres de caballo y el teniente  
Prendieron á dos indios pescadores:  
Hablóles Catalina cuerdamente,  
Diciendo, que perdiesen los temores  
Y no tuviesen miedo de cadena,  
Pues la que vian era gente buena.

«Estos, decia, son nobles cristianos,  
De costumbres loables y excelentes,  
Y vienen para ser vuestros hermanos  
Y á haceros sus deudos y parientes:  
Jamás tuvieron violentas manos  
Contra los que se muestran obedientes;  
Mis ojos propios son buenos testigos  
De cómo saben ser buenos amigos.»

»Mas no se libra de su lanza dura  
Quien por contrario riesgo se desgalga:  
Por tanto, pues hay buena coyuntura,  
Decid á Zamba que de paz les salga,  
Porque para tener vida segura  
No hay otro remedio que les valga;  
De paz está Carex y la marina  
De cuanto por aquel cómpas confina.»

Entendieron los indios el lenguaje,  
Y fué también la india conocida,  
Por ser de su lugar y su linaje  
De parentela luenga y estendida:  
Admiranse de ver en nuevo traje  
La que nació de madre no vestida,  
Pues allí hasta partes impudentes  
Suelen andar abiertas y patentes.

Fueron los indios pues en la demanda  
A lo que parecía con buen intento,  
Porque por las palabras que se manda  
Reflexionaron aquel razonamiento;  
Fué la respuesta que les dieron blanda  
Y no con variedad el cumplimiento,  
Antes salió del pueblo mucha gente  
Con comidas y algun otro presente.

Al gobernador dieron joya fina  
Para suplir algunos menesteres;  
Ocurrian á ver á Catalina  
Número no pequeño de mujeres,  
La cual como servia de madrina  
No dejó de sacar para alfileres,  
Y aun con lo que sacó de la cacica  
Otra de mas estofa fuera rica.

Aunque, según las relaciones nuevas  
Que de la villa de Mopox me envia  
El antiguo soldado Juan de Cuebas,  
No fué poco sangrienta la porfia,  
Pues antes de la paz hicieron pruebas  
De lo que cada cual parte podía;  
Mas Gonzalo Fernandez no da cuenta  
Sino de lo que aquí se representa.

Salió de paz ansimismo Tocana;  
Señor de Mazaguapo, con Guaspates  
Y los de la ciudad de Turipana,  
Y Cambayo, cacique de Mahates:  
A los cuales la gente castellana  
Dió bonetes, camisas y rescates,  
Con aquellas apacibilidades  
Que suelen granjear las voluntades.

De muchos indios dellos se barranta  
Que vienen á mirar y ser testigos,  
Y teniendo sospecha que en la junta  
Los menos corazones son amigos,  
Heredia con la lengua les pregunta  
Si tienen en sus tierras enemigos,  
Para que con sus armas y caballos  
Vayan los suyos á desagrallos.

Respóndele Cambayo: «Si sois tales  
Que deseais empresa generosa,  
De todas las ciudades principales  
Sola Cipacua es mas poderosa,  
Cuyos vecinos son mis capitales  
Contrarios, con pelea rigurosa;  
Y como tú, señor, subyectes esta,  
Ningun peligro hay en lo que resta.»

»Bien creo que saldrás con el intento,  
Y si me haces este beneficio  
No faltará mi reconocimiento  
Con gran obligacion á tu servicio:  
Eres hijo del sol á lo que siento,  
Y aqueste siempre te será propicio,  
De mas de que también de parte mia  
Irá muy bien armada compañía.»

El Heredia riendo le responde:  
«Esa Cipacua para sojuzgalla  
No resta mas de que sepamos dónde,  
Para dársele luego la batalla;  
Pero si da la paz y no se absconde,  
Has de saber que tengo de guardalla,  
Y quien por buen amigo se me diere  
Héseto yo de dar mientras viviere.»

El bárbaro, no de razon ajeno,  
Antes al parecer hombre bastante,  
Dijo: «Señor, tú hablas como bueno,  
Mas no vernán á tracto semejante,  
Porque los que dominan aquel seno  
Es gente poderosa y arrogante;  
Y si pasión acaso no me ciega,  
En las manos tenemos la reiriega.»

A su razon Heredia respondia:  
«Huelgo de que me quieras por padrino;  
Apercibe tu gente, yo la mia,  
Agora con el nubló vespertino,  
Para que con la nueva luz del día  
Nos pongamos en orden y camino;  
Y si no vienen á la paz que digo  
Verás en ellos ejemplar castigo.»

Quedó pues el negocio concertado  
Cuando faltaba ya febea lumbre;  
El indio con solícito cuidado  
Apercibió guerrera muchedumbre;  
El gobernador sabio y avisado  
Velóse según tiene de costumbre,  
Pues aunque parecia gente noble  
Sospechaba poder ser tracto doble.

Y cuando la dorada cabellera  
De Febo descubrió por el oriente,  
Vieron cubierta toda la ribera  
De bien compuesta y ordenada gente;  
Llamó todos los suyos á bandera  
El buen gobernador por consiguiente,  
Que bien apercebidos acudieron  
Porque la noche toda no durmieron.



A sus cuadrillas bárbaras atentas  
Dijo, haciendo señas, el Cambayo :  
«Mirad que no demandan las sangrientas  
Rencillas cobardía ni desmayo,  
Y que para vengar vuestras afrentas  
Llevamos fuerzas de divino rayo,  
Pues aqueste señor que nos ayuda  
Hijo del sol debe de ser sin duda.

«Hagamos el deber en las contiendas,  
Pues vamos amparados de tal muro,  
Tomando del contrario las emiendas  
Que para todos fué crüel y duro ;  
Ireis á vuestras casas y haciendas  
Cada uno de vos sobre seguro,  
Y gozareis de vuestras granjerías  
Así de cazas como pesquerías.»

A questo dicho, luego los provoca  
A caminar con ordenada mano ;  
Y como la distancia fuese poca,  
Llegaron aquel día muy temprano  
Al primero lugar que llaman Oca,  
A Cipacua subyecto y sufragano,  
Do no hallaron ánima viviente,  
Mas todo su caudal allí presente.

Como viesen la gente ser bñüida  
Y de sus bienes cosa no faltase,  
Mandóse que so pena de la vida  
Alhaja ni comida se tomase,  
Sino que fuese presta la salida  
Y sin tocar en cosa se dejase :  
Ningun español hay que se desmande  
Ni cosa recogió chica ni grande.

Pero los indios, no bastando ruego,  
Amenazas de muerte ni otros males,  
Todas las casas saquearon luego  
Robándoles los bienes y caudales ;  
Y aquesto hecho les pegaron fuego  
Con otras malas obras de bestiales,  
Y huyen por quebradas y peñoles  
Dejando solos á los españoles.

Los indios que dejaron sus posadas  
Y fueron á Cipacua con recelo,  
Como viesen las grandes ahumadas  
Que con centellas van al alto cielo  
Suenan de las viudas y casadas  
Clamores que causaban desconuelo,  
Y ocurre mucha gente de pelea  
A ver los que quemaron el aldea.

Revuélvese terrible torbellino  
Con gran selva de flechas y macanas,  
Y á brevecillos pasos de camino  
Encontraron las gentes castellanias :  
Los gritos son con tanto desatino  
Que no parecen ser voces humanas ;  
Pero con parecer infernal ira  
De todos cuantos son ninguno tira.

El Heredia no menos importuuo  
A la lengua para que los exhorte  
De cómo no les hizo mal alguno  
Ni fué participante ni consorte,  
Antes está del hecho muy ayuno  
Y que su gente tuvo gran reporte,  
Siendo solos los indios de Mahates  
Los maestros de aquellos disparates.

Y que promete, si Cipacua quiere  
Venganza por el daño recebido,  
De dalles tal castigo cual requiere  
El crimen y delicto cometido,  
Y de tal modo que mientras viviere  
Se recuerde quién fué tan atrevido,  
Aunque su condicion y su costumbre  
Es el amor, la paz y mansedumbre.

Mas agora, por el atrevimiento  
De hacer la maldad en su presencia,  
Había de mudar su buen intento  
Si le daba Cipacua la licencia ;  
Rogábales también que del asiento  
Ninguno cure de hacer ausencia,  
Sino que se quíeten y estén quedos  
Aparlando de si pesados miedos.

Iteni, promete con verdad sincera,  
Porque su ciudad no desampare,  
De no meter en ella su bandera,  
Antes adonde está manda que pare  
Para se ranchear por acá fuera,  
Donde el señor cacique señalaré,  
Y esto se cumpliría sin que vea  
Desdén ni vuelta que contraria sea.

La lengua dijo lo que le mandaron,  
Usando fielmente del oficio,  
Lo cual los principales escucharon,  
Sino que de pelear diesen indicio ;  
Mas antes todos ellos mitigaron  
Los clamores y el áspero bullicio,  
Y el señor, entendidas las razones,  
Aceptó las honestas condiciones.

Y así dijo : « Con esa confianza,  
Y que castigareis á mi contrario,  
Me huelgo de hacer el alianza,  
Y de seros amigo tributario ;  
Por asiento ternéis esa labranza,  
Donde yo proveeré lo necesario ;  
Sabed guardar los pactos como buenos,  
Que por mi parte no vernán á menos ».

Esto dicho, se fué con sus vasallos,  
No con resabios de voluntad mala,  
Antes con intencion de regalallos,  
Como con lo posible los regala ;  
Los nuestros arrendaron sus caballos  
En el mesmo lugar que les señala,  
Y cada cual compone y adereza  
Hamaca do recline la cabeza.

Luego los indios desde sus posadas  
Enviaron algunos ricos dones,  
Y cuatrocientas viejas que cargadas  
Iban de diferentes provisiones,  
Que mandó repartir por camaradas  
Heredia, dando largas las raciones,  
Y las joyas con las demás juntasen  
Para que se repartiesen y quintasen.

Vinieron á los ranchos después desto  
Sobre cien mozas bien encaconadas,  
Cada cual dellas de gracioso gesto,  
En todos miembros bien proporcionadas,  
Pero todas en traje deshonesto,  
Porque sus cueros eran las delgadas,  
Y el vergonzoso y ampollado vaso  
Con natural labor en campo raso (1).

No vírgenes vestales, sino dueñas,  
Ansímismo ningunas conyugadas,  
Pero solteras todas y risueñas,  
Y para lo demás aparejadas ;  
Al fin se conoció por ciertas señas  
Que debían de ser enamoradas,  
Pues por allí también hay cantoneras  
Y mujeres que son aventureras.

Y todas en comun son generosas  
En dar lo que les dió natural uso,  
Sin el de vestiduras engañosas  
Ni del que suele ser velo confuso ;  
En efecto por ser estas hermosas,  
Pueblo de las Hermosas se le puso,  
Y así Cipacua, porque lo merece,  
Con este mismo nombre permanece.

Traían por los cuellos y muñecas  
Cuentas de oro, y otros ornamentos  
De chaquiras compuestas á sus ruecas,  
Labradas con mal primos instrumentos.  
En efecto, volvieron boquiseas  
Y defraudadas de sus pensamientos,  
A causa de que los de nuestras gentes  
Serían de los suyos diferentes.

(1) Estos dos versos van rayados en el original, y al margen sustituidos de mano de Pedro Sarmiento con los siguientes :

Y las partes impuras al oro  
Con un bestial y rústico rodeo.

Porque todos los mas de aquella era,  
Segun manifestaba su presencia,  
Eran, demás de ser gente guerrera,  
Hombrazos de valor y de prudencia,  
Y que sabian do menester era  
Vivir con vigilancia y advertencia,  
No queriendo por bajas aficiones,  
Cobrar con indios malas opiniones.

Pues la visita por las damas hecha  
Que para trompezar iban à pique,  
Túvose por certísima sospecha  
Hacerse por industria del cacique;  
Pero ninguna cosa le aprovecha  
Por no la ver de que se certifique:  
Mas sin que de Cipacua me müeva,  
Añadiremos una cosa nueva.

Y es decir Juan de Cuevas, que primero  
Que con Cipacua fuesen los conciertos,  
Hubo con Tubará recuento llero  
A la subida de sus altos puertos;  
Murió don Juan de Vega Caballero  
Después que por él fueron muchos muertos,  
Y allí también de pálidos metales  
Ovieron crecidísimos caudales.

Y captivo quedó Morotoava,  
Y otro cacique, Hare, su sobrino;  
Hallaron templo donde se adoraba  
Con gran veneracion un puercio espino,  
Que por romana vieron que pesaba  
Cinco arrobas y media de oro fino,  
El cual puercio hallaron en Cipacua,  
Y otro templo también en Cornapacua.

En el cual (estos hombres insensatos)  
Eran por dioses suyos adorados  
Con grandes ceremonias ocho patos  
Que pesaron cuarenta mil dudados,  
Donde tuvieron bien para zapatos  
Este gobernador y sus soldados;  
Ansi que de Cipacua y sus recodos  
Salieron bien aprovechados todos.

Tuvieron pues allí la noche fria  
No sin fuerza de guarda vigilante;  
Y al tiempo que llegó la luz del dia  
Quien regia la gente caminante  
Al cacique le dijo, que queria  
Pasar con sus soldados adelante,  
Y que para cumplir con lo que debe  
Trabajaría de volver en breve.

Y entonces como menos impedido  
Oiria las contiendas y debates  
Acerca del agravio recibido  
De Cambayo, cacique de Mabates,  
Pues habia de ser restituído  
Cipacua con aumento de quilates,  
Certificándose de la malicia,  
Y à cada cual guardando su justicia.

Y que siempre harian asistencia  
Dentro de Calamar muchos cristianos,  
Por venir con poderes y licencia  
Del mejor rey de todos los humanos,  
A quien debian honra y obediencia  
Los principes y reyes soberanos,  
Y à quien daban tributo y vasallaje  
Las naciones del mas alto linaje.

Y él ansimismo para que pudiese  
Gozar de quietud con beneficio,  
Mucho le convenia que se diese  
Con los demás à su real servicio;  
Pues cada y cuando que menester fuese  
En él ternia defensor propicio,  
Amparando sus tierras y haciendas  
De cualesquier tiránicas contiendas.

Item, le dijo no ser sus concetos  
Otros en ir à ver tierras estrañas,  
Sino para decilles, si quietos  
Quieren tener albergos y cabañas,  
Se hagan tributarios y subyotos  
Al poderoso rey de las Españas,  
Y lo mismo le daba por consejo  
A él, pues tiene tiempo y aparejo.

El indio no dejó de estar atento  
A lo dicho por lengua suficiente,  
Y tanteó con el entendimiento  
Cuál seria menor inconveniente;  
Y al cabo se resume ser contento  
De darse por vasallo y obediente  
De rey que tiene por vasallos reyes,  
Y estar en obediencia de sus leyes.

De quel gobernador vió la respuesta  
Que con su voluntad correspondia,  
Dióle las gracias, hizole gran fiesta,  
Y presentóle cosas que traía,  
Bonete colorado con su cresla  
De pluma roja con argenteria,  
Camisa, zarafuelles, ciertas cuentas,  
Y para sus culturas herramientas.

También à la partida se le ruga  
Que todos los demás indios ablande;  
Y así fué caminando sin refriega  
De indio que con guerra se desmande,  
Hasta tanto que con su gente llega  
A beber de las aguas de rio Grande,  
Dejando con los buenos tractamientos  
Todos aquellos bárbaros contentos.

Y por no ser molesto ni pesado  
Al tiempo de pasar esta frontera,  
Puesto caso que fuese convidado  
Para dormir en casas de madera,  
Nunca metió su gente por poblado,  
Y siempre quiso ranchearse fuera;  
También porque si indios maleasen  
Tuviesen campo do se rodeasen.

Pacificando pues estas naciones  
Prosigue sin azar aquella via,  
Hasta dar en las grandes poblaciones  
De la tierra que llaman hoy Maria;  
Allí pararon nuestros escuadrones,  
Y fué concierto de la compañía  
Volverse por rodeos y desvíos  
A Zamba do dejaron los navios.

Donde con gran contento y alegría  
Se cumplió su deseo y esperanza  
De vellos en el puerto, pues habia  
Sido de cuatro meses la tardanza,  
Y con aquel temor que se tenia  
Estaban ya para hacer mudanza:  
Al fin à Calamar los encamina,  
Y él fué con los demás por la marina.

Adonde todos juntos, se hicieron  
Fiestas y juegos de mayor substancia,  
Y es porque del rescate que trajeron,  
Habido por aquella circunstancia,  
Pagado real quinto, les cupieron  
A mas de seis mil pesos de ganancia,  
Con que compraban fanfarrona seda,  
Como bullian ya con la moneda.

Fueron luego por partes diferentes  
Algunos capitanes y soldados,  
Para pacificar las otras gentes  
Cuyos pueblos no fueron visitados;  
Vinieron los mas dellos obedientes  
Siendo con santa paz amonestados,  
Y los rescates de oro por momentos  
Iban en caudalosos crecimientos.

Al fin que como no vuelven vacíos,  
Y en rescatar se daban buena maña,  
Crece la poblacion de los buhios;  
Dábales materiales la montaña.  
Llegaron pues al puerto dos navios  
Que del Nombre de Dios iban à España;  
Holgáronse de ver aquel arena  
Con renombre de nueva Cartagena.

Saltan en tierra no sin gran contento  
De ver escala para su viaje;  
Hizosoles muy buen acogimiento;  
Hallaron pasajeros hospedaje;  
Dióles Pedro de Heredia bastimento  
Por venir faltos de matalolaje,  
Y al tiempo del partirse les suplica  
Digan do quiera ser la tierra rica.

Y que podian afirmar por cierto  
Ser demás de lo dicho tierra sana,  
Con apacible y escelente puerto  
Para contractacion cotidiana,  
Y para mas prosperidad abierto  
Camino, por estar su gente llana,  
La cual como les era ya propicia  
Daban de mas adentro gran noticia.

No dijeron à sordos las razones,  
Pues do quiera que cada cual surgia,  
Allí solemnizaba con pregones  
La gran riqueza que se descubria  
En aquellas provincias y regiones,  
Demás de la que ya se poseia,  
Y que los naturales antes bravos  
Servian ya mejor que los esclavos.

Luego la fama como suele vuela  
Entre guerreros y entre contractantes:  
Alistan el espada, la rodela,  
Limpian las armas olvidadas antes;  
Cuál carga nao, cuál la carabela,  
De caballos y cosas importantes,  
Como de sedas, granas, perpiñanes,  
Finisimas holandas y rianes.

Fué luego la ciudad de Cartagena  
Frecuentada de barcos y navios,  
Y en breve tiempo la ribera llena  
De ricos y costosos atavios,  
Que vienen à buscar dorada vena  
Y à conquistar no vistos señorios;  
Los españoles van en crecimiento  
Y las contractaciones en aumento.

Con las cuales engruesa su hacienda  
El mercader sagaz à quien le toca;  
Vereis vacias una y otra tienda  
En breves dias y en distancia poca;  
La tasa de los precios y la rienda  
Era por la postura de su boca,  
Y en aquel tiempo que se representa  
Iban juntas la paga con la venta.

También à vueltas de los mercaderes  
Llegaron en aquellas coyunturas  
Los molestos melindres de mujeres  
En seguimiento de sus aventuras  
Unas dellas con sueltos pareceres,  
Y otras con maritales ligaduras,  
Cuyas fantasticas ostentaciones  
Se confirmaban con postizos dones.

Jactándose de noble parentela,  
Tal que ninguna padecía mancha,  
Arrastra cada cual sérica tela;  
No cabe por la calle que es mas ancha;  
Una se puso doña Berengueta,  
Otra hizo llamarse doña Sancha:  
De manera que de genealogia  
Esa tomaba mas que mas podia.

Salen à luz vestidos recamados,  
Con admirables frescos guarnecidos;  
Relumbran costosísimos tocados  
Que de rayos del sol eran heridos;  
Otras sacan cabellos encrespados  
Y en redecillas de oro recogidos;  
Y así con vestiduras escelentes  
Llevan trás sí los ojos de las gentes.

No dejan los plateros à la balda,  
Pues los ocupan en labralles oro;  
Engástase la perla y esmeralda,  
Y otras piedras anejas à tesoro;  
Tiene ya cada cual paje de falda,  
Por mas autoridad y mas decoro;  
Adórnase los dedos con anillos;  
Penden las arracadas y sarcillos.

Del galán à la dama corre paje  
Con blanda locucion y bien compuesta;  
Oyese por las partes el mensaje;  
Y vuela no menos grata la respuesta;  
La dulce seña sirve de lenguaje  
Do la palabra no se manifiesta;  
Estaba todo lleno finalmente  
De todos tractos y de toda gente.

Y siempre sucedian compañeros  
Que llegaban de todas condiciones,  
Pues que vinieron hasta melcocheros  
Y gozaron de tales ocasiones,  
Que volvieron cargados de dineros  
De vender sus melcochas y turrones,  
Por estar todo tan de oro hecho  
Que nadie daba paso sin provecho.

Viendo pues la ciudad bien pertrechada  
Quien de la gobernar tenia cargo,  
Y como para ser perpetuada  
No le podian ya poner embargo,  
Determinó hacer una jornada  
Cuyos caminos fuesen à lo largo  
Acia la mar del Sur, cuya riqueza  
Se publicaba ser de gran grandeza.

Año de treinta y cuatro por enero  
Iba corriendo, cuando hizo lista  
Del práctico peon y caballero  
Para continúar esta conquista;  
Examináronse por él primero  
Con la conversacion y con la vista;  
Y así por acudir à sus intentos  
De todos escogió hasta ducientos.

Varones de quien él hacia cuenta  
Ser tales al rigor mas importuno,  
Y que metidos en cualquier afrenta  
Podria recelarse de ninguno:  
Serian de caballo los cincuenta  
Con dos y tres caballos cada uno,  
Con todos los pertrechos y la carga  
Que se requieren en jornada larga.

Y también entre dos ó tres peones  
Para carga llevaban un rocino,  
Do cargaban aquellas provisiones  
Necesarias al canto peregrino;  
Hachas, machetes, barras y azadones  
Con que pudiesen allanar camino,  
Y pasos que impidiesen el pasaje  
Para prosecucion de su viaje.

Aderezado pues el aparato,  
Hizo de los oficios nombramiento,  
Los cuales de presente no relato  
Por no dar al lector desabrimiento;  
Y también quiero descansar un rato  
Con presupuesto de volver al cuento,  
De manera que sea manifiesto  
Todo lo sucedido después desto.

### CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo el gobernador Pedro de Heredia salió de la ciudad de Cartagena con ducientos hombres bien aderezados, y llegó à la provincia de Cenú, y lo que mas aconteció en su pacificación y conquista.

Muchas veces se ve por experiencia,  
Demás de lo que consta por lectura,  
Que suele ser la viva diligencia  
Guia para tener buena ventura;  
Mas en los hombres faltos de prudencia  
Aquesta también es de poca dura,  
Y muchos vemos de riqueza llenos  
Que procurando mas vienen à menos.

Y en parte no fué libre destas penas  
La codicia de nuestro caminante,  
Pues sin la defender armas ajenas  
Dieron en tierra rica y abundante;  
Y con tener allí las manos llenas  
Procuraron pasar mas adelante,  
Y faltó poco por sus desvarios  
Para que se volviesen manvacios.

Porque yendo la gente caminando,  
Movida y alentada por la fama  
Que de riqueza dió bárbaro bando,  
En la sierra que de Abrevá se llama,  
Tierra poco poblada conquistando  
De la que fuera della se derrama,  
Llegaron adestrados por las guias  
Al Cenú las cristianas compañías.

Donde paró la gente castellana  
 Algunos días para su reparo,  
 A causa de tener larga zavana  
 Y no de caza su compás avaro,  
 Porque todo lo mas es tierra llana  
 Y á manchas también tiene monte claro,  
 Con perdices, conejos y venados,  
 De que se proveían los soldados.

Corriendo pues el seno comarcano  
 Heredia con los hombres principales,  
 Una ciudad hallaron en lo llano  
 De pocos aunque ricos naturales,  
 Húidos del ejército cristiano,  
 Con hijos y mujeres y caudales;  
 Y así por no ballar impedimento  
 Dentro della tomaron aposento.

A fin de ranchear algun alhaja  
 Un negro del Heredia muy ladino,  
 Que con favor del amo se aventaja  
 A visitar las casas del vecino,  
 Una mucura vió como tinaja  
 Cubierta con chaguala de oro fino,  
 La cual á su señor puso en las manos  
 Y pesó cuatrocientos castellanos.

En este cobertor la vista ceba,  
 Con el cual se recrea y alcohola;  
 Y para dalles esta buena nueva  
 Luego mandó llamar gente española,  
 Diciendo: «Tierra que esta fruta lleva  
 No debe de tener aquesta sola;  
 Antes nos hace ciertos tal encuentro  
 Del bien que nos espera mas adentro.

» ¡Ea! que la fortuna nos es diestra  
 Y guía nuestros pasos de buen arte,  
 Pues no faltando diligencia vuestra  
 En buen puesto teneis el estandarte;  
 Y si lo demás es como la muestra,  
 Por cien mil pesos no daré mi parte  
 En este solo pueblo, si es habido  
 Aquello que dejaron abscondido. »

Acude la cristiana compañía  
 A ver pieza que tanto se señala;  
 Fué sumo su contento y alegría  
 Viendo tan gran grandeza de chaguala,  
 Demás de la fineza que tenia,  
 Quel oro mas subido no le iguala  
 De lo que mas afuera comunmente  
 Solia poseer la demás gente.

Luego con la hambrienta golosina  
 De cada casa buscan el erario;  
 Vuela por todas partes la rapiña  
 Buscando los rincones del contrario;  
 Y en una plaza vieron al esquina  
 Un grande y espacioso santuario,  
 Tan capaz, que tenia cumplimientos  
 Para dar á mil hombres aposentos.

Y aun dos mil hombres no quedarán faltos  
 De lugares cumplidos y bastantes:  
 Dentro dél se pusieron en dos saltos  
 Esos que por allí llegaron antes:  
 Idolos veinte y cuatro vieron altos  
 Todos como grandisimos gigantes,  
 De madera labrada lo intestino  
 Y lo de fuera hoja de oro fino.

Tenia cada cual puesta tiara  
 O mitra de oro puro bien tallada;  
 De dos en dos tenían una vara  
 Sobre sus anchos hombros travesada,  
 Cuyas posturas son cara con cara  
 Y una hamaca del baston colgada,  
 En las cuales hamacas recibían  
 El oro que los indios ofrecían.

Era todo lo mas oro labrado  
 Y habia también oro derretido,  
 Finisimo después de quilatado,  
 Puesto que por encima denegrido,  
 Que algun tiempo debió de ser quemado  
 Aqueste santuario referido;  
 Y así los indios con aquel mal talle  
 Se lo dejaron sin osar tocalle.

Habia muchos árboles afuera  
 Pegados con el dicho santuario,  
 Colgados de los ramos en hilera  
 Campanas de oro no de talle vario,  
 Mas en tamaños, formas y manera,  
 Segun un almirez de boticario;  
 Y en un momento manos bien instruktas  
 Los despojaron destas bellas fructas.

Recogidas las dichas campanillas,  
 Cuyo sonido daba gran consuelo,  
 Para ver si eran de oro las costillas  
 Derriban las estatuas en el suelo:  
 Quitan las vestiduras amarillas,  
 No de brocado ni de terciopelo,  
 Mas oro puro, hoja mal batida,  
 De mas valor cuanto menos polida.

Todos estos despojos congregados  
 Con la fidelidad que convenia,  
 A su rey y señor quintos pagados,  
 El restante del oro bien valdria  
 Mas de ciento y cincuenta mil ducados  
 Para partir entre la compañía;  
 Que fué para principio buen rancheo,  
 Mas no tal que hartase su deseo.

Pues inquiriendo guias deste suelo,  
 Del cual mas beneficios esperaban,  
 Oyieron á las manos un mozuelo,  
 Natural del lugar adonde estaban:  
 Preguntó luego cudicioso celo  
 Por el rico metal que le mostraban,  
 Y el indio prometió que los pornia  
 Adonde suma cantidad habia.

Oyendo tales nuevas como estas,  
 Apercibiéronse para seguillo,  
 Haciéndole regalos, mimos, fiestas  
 Al que promete dalles amarillo;  
 Los piés lijeros y las manos prestas  
 Porque no huya por algun portillo,  
 El que causas gravisimas concluye,  
 Y tarde y mal aquel de quien él huye.

Mas no fué necesario mudar hito  
 Para se descubrir este misterio,  
 Pues en el santuario que repito  
 Y á la redonda por el cementerio,  
 Que tomaba muy grande circúito,  
 Aquel que padecía captiverio  
 Les dijo: «Cuanto veis en esta tierra  
 Tesoros prosperisimos encierra.»

» Porque segun antigua gente canta,  
 Y es opinion de todos mis mayores,  
 Esta que veis es toda tierra santa,  
 Llena de sepulturas de señores:  
 Encima dellas ponen una planta  
 Destas que veis ó grandes ó menores,  
 Y otras en la grandeza mas enhiestas,  
 Segun los tiempos en que fueron puestas.

» Así que, porque el muerto menos pene,  
 Aqueste lugar toma por abrigo,  
 O natural ó quien de lejos viene,  
 Y aqueste suele ser orden antigo,  
 Que las preseas quel defunto tiene  
 Al mundo donde va lleva consigo,  
 Y la macana y arco y el aljaba  
 Con que quando vivia peleaba.

» Y aquellos que tenia por captivos,  
 Aceptos á sus ojos y presencia,  
 Ansimismo con él entierran vivos  
 En señal de dominio y obediencia,  
 Sepultando también en los archivos  
 Las concubinas de mayor decencia,  
 A fin de que lo sirvan y regalen,  
 Y allá valgan con él lo que acá valeden.

» La cueva que le hacen es cuadrada,  
 Y aquella tierra que sacaron fuera  
 Es luego del sepulcro desviada  
 Sin la volver al hoyo de donde era;  
 Y llenando de tierra colorada  
 Que cogen de la haz de una ladera;  
 Y en el sepulcro ponen pan y vino  
 Para matalotaje del camino.

» En un duho lo ponen asentado,  
Que muchos dellos suelen ser de oro;  
Ansimismo pendiente, del un lado  
La mochila de hayo y el poporo;  
De todos sus sirvientes rodeado,  
Acompañados ya de mortal lloro;  
Mas hace que este llanto se reprima  
La mucha tierra que echan por encima.

» Y sepulturas hay piramidales,  
Hechas á la manera de montones,  
Que no tienen tan prósperos caudales  
Por ser no de tan altas condiciones;  
Estas son las que veis por las señales  
De mogotillos ó de farallones,  
Las cuales no ternán tanta valla,  
Pero ninguna dellas hay vacía.

» Pudiera daros cuenta mas menuda  
De los lloros, areitos, borracheras,  
Manera de llorar de la viuda,  
Triste cantar de las endechaderas;  
Pero hasta lo dicho, pues sin duda  
Son estas relaciones verdaderas;  
Por tanto si buscáis prósperos dones  
Anden listas las manos y azadones.»

Dijo, mas no dejaron sus progresos  
A causa de pensar que les engaña;  
Viendo los dichos árboles tan gruesos  
Y aun mas que los de mas vieja montaña;  
Y haber debajo los defuntos huesos,  
Todos los mas pensaban ser patraña  
Eran hobos los mas y ceibas tales  
Que su grandor admira á los mortales.

También á las sazones hubo gente  
Que sospechaba por algun respeto  
Que el gobernador maliciosamente  
No mandó descubrir este secreto,  
Por consultallo con algun pariente  
Y volver con sus negros al efeto,  
Sin testigos de gentes españolas  
Y sacar las riquezas á sus solas.

Juan de Orosco fué de los que digo,  
Capitán de valor bien conocido,  
El cual tenia voto de testigo  
Que pudo deponer de lo que vido,  
E yo lo tuve siempre por amigo  
En aquesta ciudad donde resido;  
Persona bien dotada de prudencia  
Y á quien se puede dar toda creencia.

El cual en prolijísimos ringlones,  
Antes que viese su fatal partida,  
Hizo libro de peregrinaciones  
Hechas en el discurso de su vida,  
Y también escribió destas regiones  
Alguna parte no tan estendida,  
En su libro llamado *Peregrino*,  
Cuanto yo podré dar deste camino.

Otros afirman que Heredia dijo:  
« Si por las sepulturas comenzamos,  
Habemos menester tiempo prolijo,  
Y no podremos ir adonde vamos  
Sin grandes pesadumbres y cojiño  
Del agua, del invierno que esperamos;  
Y si algunas los indios ven abiertas  
Sacarán las mejores y mas ciertas.

» Pues tienen de pensar que volveremos  
Al cebo, si las vieren comenzadas;  
Ansí que mejor es que las dejemos  
De la suerte que están disimuladas:  
Que si lo hay, aquí lo hallaremos,  
Desengañándonos con las azadas;  
Mas agora mi parecer se cierra  
En que vamos á ver lo de la sierra.»

No queriendo creer pues del salvaje  
La relacion particularizada;  
Determinaron de hacer viaje  
A la sierra que tengo declarada;  
Proveyéronse de matalotaje,  
Menos de lo que pide gran jornada,  
Y el oro que tenían rancheado  
Quedó secretamente sepultado.

Pusieron en efecto la partida  
Por grandes asperezas de caminos;  
Hallan la tierra falta de comida  
Por la tener alzada los vecinos;  
Sobrevino gran lluvia y avenida,  
Terribles y espantables torbellinos,  
E ya por los poblados, ya por yermos,  
Los mas de los soldados van enfermos.

Fueron con gran trabajo prosiguiendo  
Sin hallar do tomar algun reposo;  
Los ríos sin cesar iban ereciendo,  
Y el curso dellos es impetuoso;  
Ya la gente se va disminuyendo  
A causa del invierno riguroso:  
Hijo no hay que á padre dé la mano,  
Ni hermano que se valga del hermano.

Y aunque mas por algun rastro procedan  
Menos fin hallan á sus desventuras,  
Y pocos en el campo que ya puedan  
Mandar las descarnadas coyunturas;  
De dos en dos y tres en tres se quedan  
Muertos y sin gozar de sepulturas;  
Demás desto los indios en algunos  
Pasos también les eran importunos.

Viendo que todo bien se les oculta  
Y que su perdicion era patente,  
Entraron los mas sanos en consulta  
Con el gobernador y su teniente;  
Dieron su parecer, del cual resulta  
Al pueblo del Cenú volver la frente,  
Viendo que con trabajo tan terrible  
Era no morir todos imposible.

Con los mismos trabajos escesivos,  
Tanto que no podré yo numerallos,  
Volvieron, aunque pocos dellos vivos,  
Cuyos mantenimientos eran tallos  
De bibaos que son muy dejativos,  
Y con alguna carne de caballos,  
O de los que de flacos se quedaban,  
O que también de noche los mataban.

Es el bihao dicho, cierta planta  
Que por lugares cenagosos sale,  
Como plátano blanda, mas no tanta  
Su grandeza que con la dél iguale;  
Es su cogollo cebo de garganta  
Del que no tiene con que la regale;  
Comida triste, floja, desabrada,  
Y mas cuando sin sal está cocida.

Tiempo fué que comí tales bocados,  
Y en oillos nombrar agora temo;  
Pues cuando los procuran los soldados  
Es ya señal que están en el estremo;  
Tallos tiernos de hobos sancochados  
Alguna vez me fué manjar supremo,  
Y mas si los cociamos con bledos,  
Porque les dan sabor por ser acedos.

Algun tiempo también las verdolagas,  
Si las habia por algun terreno,  
Cuando se padecian estas plagas  
Con ellas proveíamos el seno;  
Y los jüeces dan muy malas pagas  
A quien de mal camino hizo bueno,  
Porque viniesen ellos caminando  
A vino y á capones regolando.

Esto no tiene fin si se comienza,  
Y ansí fuera mejor dalle de mano;  
Mas es sobrada ya la desvergüenza  
Que tienen con el pobre baquiano,  
Sin esperar razon que los convenza,  
Ni derecho ni mando soberano;  
Y todo lo mejor de las conquistas  
Se llevan hofgazanes papelistas.

Y estos con quien usaron de halago  
Y por quien encargaron su conciencia,  
Esos mismos después les dan el pago  
Al tiempo que les toman residencia;  
Y algun dia que vimos acágo  
Visitador revuelto con audiencia,  
Estos fueron la causa de su tema,  
Y al fin, del monte sale quien lo quema.

Porque toda la gente baquiana,  
Eso me da pasada que presente,  
A todos sus mandatos está llana  
Y los cumple leal y fielmente;  
Perdicion de juez, de juez mana  
Y de su coronista y escribiente;  
Y tengo por notorios desatinos  
Culpar en este caso los vecinos.

Puesto caso que cuantos golpes tiran  
Descargan en los miseros pacientes,  
Porque se diga bien, *reges delirant*,  
Y pagau miserables inocentes:  
Los que con claridad aquesto miran  
Mejor lo notarán que los absentes,  
Que por los papelistas de mal modo  
Culpan do no lo ven un reino todo.

Y con dalles antiguos la comida  
Y ser amados dellos y servidos,  
Ningunos hombres hay en esta vida  
De los jueces mas aborrecidos;  
Y no por eso dellos hay quien pida  
Cosa de los agravios recebidos:  
Sus Faraones son embarradores  
Que solian gozar de sus favores.

De tan intolerable desafuero  
A todos los jueces no condeno;  
Pues aqui vimos al doctor Venero  
Que de toda virtud fué vaso lleno,  
El cual tractaba con amor sincero  
A los descubridores deste seno,  
Y como sabio, docto, circunspecto  
A los antiguos tuvo gran respecto.

Duró paz y quietud en este reino  
El tiempo que por él fué gobernado,  
Y aquella duracion de su gobierno  
Bien se puede llamar siglo dorado;  
Fué primavera, vino tal invierno  
Que lo cubrió tristísimo nublado:  
Todas son bullarazas y contiendas  
Con gran asolamiento de haciendas.

También faltan palabras con que pueda  
Encarecer aquella virtud pura  
Del gran varon Juan Lopez de Cepeda,  
Oidor en aquella coyuntura;  
Mas si día fatal no me lo veda  
Ocupará lugar en mi escriptura  
Méritamente, pues agora ceso  
A causa de salir deste digreso.

Volviendo pues á nuestros caminantes,  
Que por rios, quebradas, cenagales,  
Salieron al Cenu, no como antes,  
Sino pocos y llenos de mil males,  
Hallaron los sepulcros ya menguantes  
De muchos que sacaron naturales;  
Y segun otros dieron el tesoro  
Debieron de sacar un millon de oro.

Conocieron las frescas aberturas,  
No sin dolor que sus entrañas pica;  
Pues segun infalibles conjeturas  
Que la misma razon les certifica,  
Desenvolviendo viejas sepulturas,  
Ya sabrian cuál era la mas rica:  
Lo cual se vió después mas claramente  
Por ser hechas de traza diferente.

Eran los entierros que se descubrian  
En forma de cuadrángulo cuadrados,  
Había muchos dellos que tenian  
A treinta y á cuarenta mil ducados;  
Y los como montones no se vian  
Con tanta suma ni tan bien labrados,  
Y destos mas ó menos en el punto,  
Segun las cualidades del defunto.

Desenvolviendo pues un monumento,  
Como próspera muestra se hallase,  
Luego hicieron un requerimiento  
Al gobernador para que poblase,  
Y no desamparasen el asiento  
Hasta tanto quel oro se sacase;  
Mas él con diferentes intenciones  
Dicen que respondió tales razones:

« Señores, yo conozco ser justicia  
Vuestra protestacion encarecida,  
Pero locura grande, por cudicia  
De oro, consumir aqui la vida;  
Porque para sacar esta noticia  
Necesidad tenemos de comida;  
Para traella yo no sé de dónde,  
Pues en cualquier lugar se nos absconde.

» Hay demás deste mas inconvenientes  
Dignos de los mirar ojos atentos:  
Que somos pocos, flacos y dolientes,  
Y faltos de guerreros instrumentos.  
Hasta de los que son pertenecientes  
Para poder cavar enterramientos;  
Pues como veis, por escapar la vida,  
La carga principal quedó perdida.

» Tengo por mejor ir á Cartagena  
Para que de salud nos reformemos,  
Pues que podemos ir la bolsa llena  
Con que necesidades remediemos;  
Y de lo que dejais no tengais pena,  
Porque con gran presteza volveremos,  
Y podrá sucedernos de manera  
Que hayamos lo de dentro y lo de fuera.

Este razonamiento fué bastante  
Para no replicar parecer vario,  
Ni fuese de su voto discrepante  
Soldado que sintiese lo contrario:  
Partieron pues llevando por delante  
El oro que salió del santuario:  
En efecto, llegaron á su puerto  
Sin que quedase destos hombre muerto.

Recibióse contento y alegría  
Viendo venir la gente del armada,  
No sin admiracion, porque traia  
La cara cada cual amortiguada,  
Y la mitad de tanta compañía  
De vida y de riquezas defraudada;  
Mas mitígose su dolor y lloro  
Con ver aquella cantidad de oro.

El cual por los soldados se reparte,  
Hecha la cuenta de lo que montaba,  
Segun las condiciones y del arte  
Que gente de razon acostumbraba;  
De lo cual ansimismo dieron parte  
A la gente de guerra que quedaba  
En guarda y en custodia destos senos,  
Y á iglesia y hospital ni mas ni menos.

Luego se mejoraron en los trajes,  
Segun uso del tiempo los pedía,  
Cadenas de oro, gorras con plumajes,  
Ricas medallas con su pederria:  
Andan recios los juegos y tablas,  
Medra la dama, y el que la servia  
Va desmedrando siempre, porque en esta  
Feria lo mas barato caro cuesta.

Durantes estas flores y esta gala  
Que con razones cortas manifesto,  
Ansimismo llegó de Guatimala  
El Alonso de Heredia muy bien puesto:  
Por el hermano visto lo regala,  
Y todos los demás hicieron esto,  
Holgándose de ver los dos hermanos  
Segun la condicion de los humanos.

Eran ambos á dos hombres bastantes,  
Y en el valor corrian por parejo,  
Pero segun que ya dijimos antes,  
El Alonso de Heredia fué mas viejo,  
Y el menor en las cosas importantes  
Aprovechábase de su consejo:  
Y así la paz y guerra se hacia  
Del modo quel Alonso disponia.

Pedro de Heredia con la noble gente  
Celebraron con fiestas estas vistas,  
Y concluidas generosamente  
Hicieron para guerra nuevas listas,  
Al Alonso nombrando por teniente  
Y general de todas las conquistas;  
Y por esta razon que voy tractando:  
Escluido quedó César deste mando.

El cual, según mostró por las señales,  
 Disgusto no tomó del nombramiento,  
 Mas sus apasionados y parciales  
 Recibieron algún desabrimiento.  
 Y como suelen en las cosas tales,  
 Quedaron con aquel remordimiento:  
 Mas en César jamás se vió centella  
 De secreta ni pública querella.

En este tiempo, para mas decoro  
 De lo por conquistar y conquistado,  
 De iglesia catedral se erigió coro,  
 Siendo de la diócesis y obispado  
 Primer obispo fray Tomás de Toro,  
 Varon no menos santo que létrado;  
 De la orden de los predicadores  
 Y digno de los mas altos honores.

De los eclesiásticos primeros  
 Fué deán desta catedral escuela  
 Un don Hierónimo de Ballesteros,  
 Y obispo fué después de Venezuela:  
 En buena vida no de los postreros,  
 En condicion de noble parentela;  
 Primer arcediano dan mis cantos  
 A don Francisco Diaz de los Santos.

Don Francisco Fernandez lo es hoy día,  
 Y deán es también don Juan Fernandez:  
 Sabia, limpia y honesta clerecia,  
 Con ornamento de virtudes grandes,  
 Tanto que no podrias, pluma mia,  
 Decillos, aunque mucho te desmandas;  
 Es primer chantre don Anton Verdugo,  
 Cuya bondad á mi siempre me plugo.

El Alonso de Heredia pues usando  
 De los poderes largos que tenia,  
 Llegó de los subyectos á su mando  
 Lucida y estremada compañía:  
 Suenan los atambores y echan bando,  
 Manifestando cuándo se partia  
 A tierras del Cenú, pero constante  
 En procurar pasar mas adelante.

Doscientos y diez fueron los soldados,  
 En trabajosas guerras ya curtidos,  
 De cosas necesarias pertrechados,  
 De caballos y armas proveidos,  
 De grandes esperanzas alentados  
 Y por noticias ricas conmovidos;  
 Y César ansimismo se presenta  
 De quien el general hizo gran cuenta.

Al tiempo ya que resplandor febeo  
 Quería visitar el sexto sino,  
 Apartándose del león nemeo,  
 Y Pedro y Diego y Juan vieron divino  
 Fulgor en el inmenso Nazareo,  
 Se pusieron á punto y en camino  
 Año de tres quinientos con nias treinta  
 Y cuatro, según da cristiana cuenta.

Como sabian muchos desta gente  
 Guiar mas á provechó la carrera,  
 Llegaron al Cenú mas brevemente  
 De lo que se llegó la vez primera;  
 Ivernaron en parte conviniente,  
 Y esperaron allí la primavera,  
 Y en tanto César fué con gente diestra  
 A tierras de Tulú, por ver su muestra.

Hallaron indios con los arcos tesos,  
 Pero prevaleció cristiano Marte;  
 Y de caciques que tomaron presos,  
 Según el uso de militar arte,  
 Recogerian como diez mil pesos,  
 En que tenían todos ellos parte;  
 Y de cualquiera cosa mala ó buena  
 Iban mensajes para Cartagena.

Súpose pues del oro rancheado  
 Por el gobernador con otros cuentos;  
 Y el contador Durán habia llegado  
 De los reinos de España con doscientos  
 Soldados que traia por mandado  
 Del rey, para seguir descubrimientos;  
 Y para flete destes pasajeros  
 Hallóse por entonces sin dineros!

Y para que sin largas dilaciones  
 Volviesen los navios aviados,  
 Determinó con sanas intenciones  
 De pedir los dineros emprestados;  
 Digo los que en Tulú y en sus rincones  
 Habian rancheado los soldados,  
 Diciendo que en habiendo mas provechos  
 Serian en sus partes satisfechos.

Envió luego cartas al hermano  
 Para que lo que digo concluyese,  
 El cual con gran hervor tomó la mano  
 A fin de que su mando se cumpliese;  
 Mas á ninguno dellos halló llano,  
 Como tocaron en el interesse,  
 Y quien mas descubrió voluntad mala  
 Fué César y también Lopez de Ayala.

Vinieron de razones en razones  
 A decirse palabras desiguales,  
 No sin alteracion de corazones;  
 Y el general, por evitar mas males,  
 Hizo poner en asperas prisiones  
 Estos dos por cabezas principales,  
 Y aun fueron los enojos de tal suerte  
 Que los queria condenar á muerte.

Pero como terciase gente buena,  
 Pudieron mitigar el accidente,  
 Y no tanto que no les diese pena  
 Vellos hablar desvergonzadamente;  
 Y así no les quitaron la cadena  
 Ni grillos que tenían de presente,  
 Adonde padecieron muchos dias  
 Sin que bastaran ruegos ni porfias.

Y las necesidades que tenia  
 Pedro de Heredia, su menor hermano,  
 Púdolas remediar por otra via  
 Por tener el remedio muy á mano,  
 Porque sacaban oro cada dia  
 En aquel cementerio comarcano:  
 Unos dellos buscaban alimentos  
 Y otros cavaban los enterramientos.

Era la hambre que se padecía  
 En aquella sazón en sumo grado,  
 Y de los sacadores tal habia,  
 Que sin regatear en el mercado  
 Diera cuanto dinero le cabia  
 Por cuatro puños de maíz tostado:  
 Tanta necesidad los desbarata,  
 Que reniegan del oro y de la plata.

Pero con todo esto trabajaban,  
 So pena de prisiones ó de azotes;  
 Y entonces los sepulcros que sacaban  
 Eran los que llamaban de mogotes;  
 Mas estos abusados no mostraban  
 Tener en sí tan caudalosos dotes  
 Como los que tenían las gargantas  
 Debajo de las muy crecidas plantas.

De las cuales quizá la menor era  
 Tan gruesa como tres novillos juntos  
 Y las alturas dellas de manera  
 Que subian de los comunes puntos;  
 Por lo cual no fué cosa creedera  
 Haber debajo huesos de difuntos,  
 Hasta tanto que con mayor ayuda  
 Salieron todos ellos desta duda.

Estas eran cuadradas sepulturas,  
 Y tenían riquísimos caudales,  
 Tanto que nos afirman escrituras  
 Que pesaban el oro por quintales;  
 Piezas de diversísimas figuras  
 Y de todas maneras de animales,  
 Acuáticos, terrestres, aves, hasta  
 Los mas menudos y de baja casta.

Dardos con cercos de oro rodeados,  
 Con hierros de oro grandes y menores  
 Y en hojas de oro todos aforrados;  
 Ansimismo muy grandes atambores  
 Y cascabeles finos enlazados,  
 Según los de pretales y mayores,  
 Flautas, diversidades de vasijas,  
 Moscas, arañas y otras sabandijas

Entonces no creian haber cueva  
Debajo, como tengo referido ;  
Por las de mogotillos hacen prueba ,  
Y gran monton de oro recogido ,  
A Cartagena se llevó la nueva  
A los que con Durán habian venido ;  
Y así con capitán y buen avio  
Viniéron á ver este señorío.

Fueron pues de la gente mas lustrosa  
Don Martín y don Juan , ambos Guzmanes,  
Parientes y de casta generosa ,  
Y Lorenzo y Giraldo Estopiñanes ,  
Y Peralta también de Peñalosa ,  
Hallándose con estos capitanes  
Don Juan de Sandoval , diestro caudillo ,  
Hoy en Pirú vecino de Trujillo.

Viendo pues tan lustrosa compañía ,  
De todas cosas bien aderezada ,  
El Alonso de Heredia conocia  
Convenilles hacer otra jornada ,  
Y llevar la derrota de su via  
Al oriente del sol encaminada ,  
Y á causa de la falta de comida  
Abreviar lo posible la partida.

Aderezado pues lo conviniente,  
En el lugar que tengo señalado  
Dejó no poco número doliente  
Para que de cavar tengan cuidado :  
Garcí Avila de Villarey, teniente,  
Juan de Villoria , contador nombrado  
Para que de los quintos tenga cuenta  
Y no se defraudase real renta.

Año de treinta y cinco por enero,  
Conclusos pluviales movimientos ,  
Salían el peon y caballero  
Para continuar descubrimientos ,  
Y fueron del ejército guerrero  
En el número mas de cuatrocientos ,  
De pertrechos acémilas cargadas  
Para hacer caminos y calzadas.

Caminan á la parte del oriente  
Por algunos terrenos despoblados ,  
Y aunque fueron por parte diferente  
De los primeros mal afortunados ,  
Pero hallabase campo patente  
Y zavasas con copia de venados ,  
Que por aquellos encumbrados cerros  
Mataron con caballos y con perros.

Y aunque la tierra por do van es mala  
Y no se descubria cosa buena ,  
Al Francisco de César y al Ayala  
Nunca quiso quitalles la cadena ;  
A entrambos con collares los iguala :  
Que no fué para todos poca pena ,  
Hasta tanto que las necesidades  
Y los ruegos les dieron libertades.

Como por relacion que vino llena  
El gobernador supo la partida ,  
Hizo la suya desde Cartagena  
Al Genú , do quedaba recogida  
Gente para cavar en el arena ,  
Y por mas abreviar esta venida ,  
Por mar le pareció hacer su via  
Con doscientos soldados que traia.

A los cuales se dió ninguna mano  
Para poder tomar nuevos resuellos ,  
Pues sacando los piés del mar insano  
Apenas asentaron bien los huellos ,  
Cuando los envió tras el hermano ,  
Y al Alonso de Cáceres con ellos .  
Por capitán que los acaudillase ,  
Y hasta dar con él que no parase.

Siguió su rastro pues con buen avío ;  
Y el general y los que con él fueron  
Habian descubierto cierto rio  
Que Brazo de San Jorge le pusieron ,  
Donde Yapel tenia señorío ,  
Segun decian indios que prendieron  
En un pueblo do dieron de improviso ,  
Del cual huyó quien pudo dar aviso.

Luego Yapel que la razon percibe,  
Por se vengar del campo peregrino  
Armas y muchas gentes apercibe  
Para les estorbar aquel camino ,  
Sin recelar poder que lo derribe ;  
Y fué furor que menos le convino ,  
Pues aquel belicoso movimiento  
Salió contrario de su pensamiento.

Salieron en venganza de sus tuertos  
Bien dos mil indios por carrera llana ,  
Y vieron que los toros eran ciertos  
Reconociendo gente castellana :  
Abátense y estaban encubiertos  
Con yerbas que tenia la zavana ,  
La cual es por allí de tal altura  
Que podria servir de cobertura.

Prosiguiendo los nuestros sus viajes  
Y sin este recelo caminando ,  
Cerca ya de llegar á los parajes  
Do los indios estaban esperando ,  
Los de caballo ven ciertos plumajes  
Por cima de las yerbas ondeando :  
El avanguardia dijo lo que via ,  
Y hizo reparar la compañía.

Viendo que nuestra gente se paraba ,  
Conocieron los indios ser sentidos ,  
Y salen con aquella furia brava  
Que suelen cuando van mas encendidos :  
Sacanse luego tiros del aljaba ;  
El ancho campo hunden alaridos :  
Vuela por la siniestra y la derecha  
Infinidad de piedra , dardo , flecha.

Nunca se vido nao mas combatida  
En tiempo de rigor con tanta onda ,  
Cuanto se ven con el arremetida  
Los nuestros de los que hay á la redonda ;  
Resuenan los crujidos y estampida  
De los corvados arcos y la honda ;  
Yense cercados de mortal injuria  
En tanto que duró la primer furia.

Mas como campos hay acomodados  
Para poder romper esta pujanza ,  
Salen los de caballo bien armados ,  
Olvidadas las leyes de templanza ;  
Abren salvajes pechos y costados  
Ensangrentando la blandiente lanza ;  
La verde yerba se paraba roja  
Y crece la mortifera congoja.

Viendo que los tractaban desta suerte  
Y cuán siniestramente les sucede ,  
En silencio la grita se convierte  
Huyendo cada cual por donde puede ;  
Y aquel que se libraba de la muerte  
Lugar no ve donde seguro quede ,  
Porque muchos con estos desconciertos  
Se metian entre los cuerpos muertos.

Tomaron muchos indios dellos vivos  
Para que al español su carga lleve ,  
Y así los que venian muy altivos  
Y furiosos , en espacio breve  
Se vieron en prisiones y captivos ;  
Y el que no tuvo hado tan aleve ,  
A Yapel ocurrió con paso tieso  
A llevarle la nueva del suceso.

Los caballeros en su seguimiento  
Abrevian lo posible su corrida :  
En un alto divisan un asiento  
De poblacion bien puesta y estendida ;  
Dióles aquella vista gran contento  
Por ser su gran compás tierra florida ,  
Y la disposicion y circunstancia  
Prometia hartura y abundancia.

Porque tenían estos naturales.  
Las casas todas bien aderezadas ,  
Con gran copia de huertas de frutales  
Maravillosamente cultivadas ,  
Grandisimas labranzas de yucales  
Y otras raices dellos estimadas ,  
Como batatas , ajés , himoconas ,  
Que suelen ser regalos de personas.



Asiento limpio por cualesquier vias,  
Campañas espaciosas por los lados,  
Todas sus partes rasas y sanias,  
Purísimos los aires y templados,  
Aguas delgadas, espejadas, frias,  
Rios con abundancia de pescados,  
Y la templanza dicen ser tan buena  
Que frio ni calor no les dió pena.

Después que lo poblado descubrieron  
Pican con mas instancia los rocinos,  
Pero por mucha priesa que se dieron  
Habian ya huido los vecinos,  
Con aquellas preseas que pudieron  
Y por diversas sendas y caminos,  
De manera que los desta conquista  
Entraron sin que nadie los resistia.

Luego los caballeros y peones  
Pensando de hallar un gran tesoro,  
Escudriñaron casas y rincones  
Sin les guardar respecto ni decoro,  
Y en estas diligencias de ladrones  
Recogerian seis mil pesos de oro,  
Quedando con disgustos y querrela  
Por se les escapar toda la pella.

Otros pueblos habia por las frentes,  
Como dos leguas el que mas escluso,  
Subyectos, tributarios y obedientes,  
Segun se conocia por el uso,  
A este, que por castellanas gentes  
Nombre de Pueblo Grande se le puso,  
Donde Yapel, que todos los regia,  
Iviernos y veranos residia.

Habia por sus campos y llanuras,  
En grandomas ó menos señaladas,  
Muchas piramidales sepulturas  
Y por la mayor parte renovadas;  
Y estas por intentar otras venturas  
No fueron desenvueltas ni sacadas,  
Antes tocar en ellas nadie osa,  
Por mandarse con pena rigurosa.

Esta se denunciaba con pregones,  
Y algunos murmuraban y decian  
Ser debajo de malas intenciones  
Aquestas penas que se les ponian;  
Mas el general daba sus razones,  
Diciéndoles que alli se las tenian;  
Pero queria que buscasen antes  
Otras tierras mas ricas y abundantes.

Y que puesto quel pueblo fuese sano,  
Era raiz la principal comida,  
Sin que hallasen de maiz un grano,  
Y no les iba menos que la vida,  
Si paraban en tiempo del verano  
Que para su jornada les convida;  
Y así después que allí se rehicieron  
Mucho mas adelante procedieron.

Siempre acia la parte del oriente,  
Por partes de terreno despoblado,  
E ya no poco número doliente,  
Y el mas sano de todos mal parado,  
Dieron después en un pueblo sin gente  
Aunque bien proveido de pescado  
En barbacoas asada muchedumbre,  
Como tienen en Indias de costumbre.

Deste vientres vacios proveyeron  
Y luego con aquel pio hambriento  
Buscaron por allí, mas no pudieron  
Hallar otro ningun mantenimiento;  
Y aunque este se halló, los mas salieron  
Tales que los batia flaco viento,  
Y con ir desta suerte, todavía  
Pertinacisimos en su porfia.

Continuando pues esta conquista  
Segun la voluntad que los ordena,  
Al gran rio de Cauca dieron vista  
Aumentador del de la Magdalena,  
De quien he sido yo buen coronista  
Y he dado relacion no poco llena;  
Y con enfermedad que los derriba  
Muchas jornadas van por él arriba.

Habiendo hecho ya largo desvío,  
Y muchos españoles perecido,  
Vieron en una isla deste río  
Cierto pueblo por barrios dividido;  
Para pasar á él no ven avío,  
Por no selles el vado conocido,  
Pero buscólo gente de pelea,  
Y al fin halló por dónde se vadea.

Procuran caballeros pasar luego,  
Pero los indios, viendo como vienen,  
A todos sus buhtos ponen fuego  
Y en las canoas meten cuanto tienen,  
Dejando sin consuelo con el fuego  
Aquellos que del aire se mantienen,  
Pero no pudo hallar hombre cristiano  
Cosa de que pudiesen echar mano.

En esta mas que misera tormenta,  
Mucho mayor que yo la represento,  
El mas bajo y el hombre de mas cuenta  
Por no morir en este detrimento  
Con tallos de bihaos se sustenta:  
Desventurado y misero sustento,  
Pues los fhojos cogollos destas herzas  
Cien mil desmayos dan en vez de fuerzas.

Todos á mas andar se consumian,  
Y eso me da mancebo que mas viejo,  
Y en el cansado cuerpo no tenian  
Sino los huesos solos y el pellejo;  
Y como nada bueno descubrian  
Entraron principales en consejo,  
Y la razon de todos fué resuelta  
En que para la mar diesen la vuelta.

Volvieron pues la fatigada planta  
Al prolijo camino que sabia,  
Mas la debilidad era ya tanta  
Que muchos perecian cada dia:  
El que caia nadie lo levanta,  
Y si lo procuraba no podia,  
Porque comunes eran estos males,  
Y los altos y bajos van iguales.

Los mas sanos caminan lo que pueden  
Mas de la muerte que de vida ciertos;  
Pues no van de manera que no queden  
De dos en dos y de tres en tres muertos;  
A pocos sepulturas se conceden,  
Y estos cuasi quedaban descubiertos,  
Aunque se lo mandaban á peones  
Que venian atrás con azadones.

Mas no puede cavar la tierra dura  
El que mas vigoroso parecia,  
Y aun al hacer la funeral cultura  
Mas que segunda vez acontecia  
Quedar muerto sobre la sepultura  
El misero peon que la hacia,  
Y así quien intentó cubrir el muerto  
Quedó sin sepultura y descubierto.

Muchos con el hambriento destino,  
Demás de sabandijas que no cuento,  
Habiendo guazumas por el camino  
Las tenian por principal sustento:  
Sequisimo manjar, gusto malino,  
Desde el principio de su nacimiento;  
Es fruta como nora, pero dura  
Y muy mas seca cuanto mas madura.

Moras dirá que son el mortal ojo,  
El orden de granillos algo raro,  
Y ha menester echallas en remojo  
Quien quiere que de jugo den regalo;  
Pero cuando mas rico, su despojo  
Es el que dan astillas de algun palo,  
Y el árbol que las da con todo esto  
Quedaba de su fructo descompuesto,

Por despojallo manos diligentes  
Y ser cuasi que todos á cogellas;  
Pero menester ha muelas y dientes  
Quien quiera digerillas y molellas;  
Bien que para comellas estas gentes  
Un no sé qué de dulces tienen ellas,  
Mas el estomago de calor poca  
Lanzaba las comidas por la boca.

Pero como su necesidad le mande  
No llevar el Heredia pasos lentos,  
Y Dios diese vigor para que ande,  
Quien escapó con él de detrimentos  
Llegó segunda vez al Pueblo Grande,  
Menos de sus soldados los trescientos:  
Los indios se pusieron en huida,  
También necesitados de comida.

Los nuestros rebuscaron las horruzas  
De las raíces y otras chucherías,  
Por aquellas labranzas y culturas  
Que consumieron los pasados días;  
Abrieron ansimismo sepulturas  
De huesos lleuas, de metal vacías,  
Aumento grande de sus aficciones  
Y pena de perder las ocasiones.

Estando pues allí la compañía  
Cercada de mortales descontentos,  
Con Cáceres llegó la quel traía  
No menos fatigados y hambrientos;  
De suerte que por una y otra vía  
Fué la necesidad en crecimientos,  
Y así por no cumplilles el sosiego  
Juntos para la mar partieron luego.

Pero para llegar á los confines  
Y términos del rico santuario,  
El general mandó matar rocines  
Por no poder hacerse lo contrario,  
Entresacando de los mas rümes  
El que les era menos necesario,  
Y aquéste fué grandísimo remedio  
Para no faltar muchos de por medio.

Y al repartir las partes del caballo  
En él no se hallaba cosa fea,  
Sin desecharse pié, tripa, ni callo,  
Ni cuero, ni juntura de manea;  
Cuecen en ollas el genital tallo  
Como regaladísima lamprea,  
Y las unas y otras reventando  
Siempre reuanece menos blando.

Con estas desventuras repugnantes  
A piés que parecían ir con grillos,  
Entraron en las tierras circunstantes  
Del Cenú, rotos, flacos y amarillos;  
Mas el gobernador dos leguas antes  
Salió con gente para recebillos,  
Y en viéndolo la que llegó perdida  
No pudo juzgar bien de su venida.

Háblanse los hermanos como hermanos,  
Abrazaron amigos sus amigos,  
Representádoles trabajos vanos,  
Largos caminos, yerbas sin abrigos;  
Del tierno sentimiento los humanos  
Ojos pudieran ser allí testigos,  
Y mas desde supieron claramente  
Muertes y perdición de tanta gente.

Y para mas doblar el desconsuelo  
El gobernador, hecho sentimiento,  
Dijo, que reparar en aquel suelo  
Los que venían era perdimiento,  
Por no poder hallar un solo pelo  
En toda la provincia de sustento;  
Que pasen á Tulu, tierra sabida,  
Donde tendrían cierta la comida.

Algunos hombres dellos impacientes  
Respondieron con alterados pechos:  
« Señor, señor, esos inconvenientes  
Bien entendemos dónde van derechos:  
Quiere vuestra merced y sus parientes  
A sus solas gozar de los provechos,  
Y al hí de puta vil que lo trabaja  
Quitalle los granzones y la paja.

» Porque todos sabemos la grandeza  
Y cantidad del oro que se saca,  
Quépanos parte pues de la riqueza,  
O de las sepulturas la mas flaca;  
Veis nuestra desnudez, nuestra pobreza,  
Cubierta con pedazos de hamaca;  
Y pues llevamos los peores ratos,  
Hayamos para calzas y zapatos.»

Tales razones y por esta vía  
Estrellaron en medio de sus cejas;  
Mas él como sagaz también sabia  
Hacer á tiempos sordas las orejas;  
Al fin los hizo ir donde quería,  
Usando siempre de sus mañas viejas,  
Con palabras de buen comedimiento  
No todas veces dando cumplimiento.

Lleváronlos como de los cabellos,  
Sin les valer razon, queja ni ruego;  
El Alonso de Heredia fué con ellos  
Con intenciones de volverse luego:  
Llegaron á Tulu cansados hueillos  
Donde pararon con algun sosiego,  
Porque por sus lugares y distancia  
Hallaban de maíces abundancia.

Como tuviesen pues harta comida,  
Algunos se hartaron de tal suerte,  
Que pensando tener con ella vida  
Tragaron las angustias de la muerte:  
Dejando ya la gente proveida  
El Alonso de Heredia se convierte  
Al pueblo del Cenú lijeramente,  
Y el Cáceres quedó con esta gente.

El gobernador antes con navío,  
Por ahorrar por tierra de trabajo,  
Subió desde la mar por aquel río  
Que es en grandeza no menor quel Tajo;  
Y á las cuarenta leguas de desvío  
Halló con remos principal atajo,  
Porque cerca del rico santuario  
Se podía llevar lo necesario.

Sin que la gente que llegó perdida  
Este nuevo secreto conociese,  
Ni pudo, pues aun bien no fué venida  
Cuando le hizo luego que partiese:  
Allí tenia barca prevenida  
Para cuando la tal menester fuese,  
Visto que con los remos y corriente  
A la mar se llegaba brevemente.

Llegado de Tulu pues el hermano,  
Es de creer que como consejero  
No le querría dar consejo vano  
Acerca de la guarda del dinero;  
En lo que fué después no pongo mano  
Ni me conviene sin comer primero,  
Porque me tienen ya la mesa puesta,  
Y hay mucho que decir en lo que resta.

## CANTO CUARTO.

Donde se trata del odio que concibió la gente que quedaba en Tulu contra el gobernador Pedro de Heredia, por no querellos admitir á las sepulturas ricas que con sus negros y otras personas que allí quedaron sacaba, y los demás variedades que entonces acontecieron.

El que manda soldados de conquista,  
Puesto caso que sea comedido,  
Como de cortedad no se desista  
Ni fuere como debe bien partido,  
Del mayor y menor es cosa vista  
Que tiene de quedar aborrecido,  
Y mas si les usurpan los provechos  
Justamente debidos á sus hechos.

Y así la gente que en Tulu quedaba  
Perdida del entrada, viendo esto,  
No sin palabras feas blasfemaba  
De su gobernador y de su gesto;  
Y como ya con fuerzas se hallaba  
No quisieron estar en aquel puesto,  
Antes ir á buscar á Cartagena  
Una comodidad que fuese buena.

A Cáceres dijeron el intento,  
Al cual no pareció ser desatino,  
Antes conforme con su pensamiento  
De buena voluntad en ello vino;  
Y aprestadas las armas y alimento  
Al punto se pusieron en camino,  
Rancheando los pueblos y lugares  
Que confinaban por aquellos mares.

Pedro de Heredia, con la bolsa llena  
De ricas piezas y de vasos finos,  
Tenia siempre sospechosa pena  
Que los que se partieron del mohinos  
Irian contra él á Cartagena  
Para se rebelar con sus vecinos ;  
Y así determinó de salir fuera  
A fin de les tomar la delantera.

Por sí ó por no, como varon discreto  
Y animosísimo sobremanera,  
Teniendo por verdad su mal conceto .  
Pasó con brevedad esta carrera,  
Por tener ya para cualquier efecto  
A punto bergantín en la ribera  
Del río do tenían sus asientos  
Y sacaban aquellos monumentos.

En él entró con poca compañía,  
Mas no sin maña y ánimo supremo ;  
Llevó también el oro que tenia  
De piezas cudiciosas por estremo ;  
E ya llegado do la mar hatia  
Hizo navegacion á vela y remo,  
Y al puerto vino mas de veinte dias  
Primero que las otras compañías.

Llegado Cáceres con sus soldados  
Cerca de Calamar y su frontera,  
Todos ellos quedaron admirados  
De vello pasear por la ribera  
Con muchos caballeros á los lados,  
Gente recién venida forastera ;  
Uno dellos se rie y otro pasma,  
Diciendo no ser él sino fantasma.

Pero llegados mas á los lugares,  
Cada cual sus enojos desencierra,  
Y allí tuvieron dares y tonares,  
Mas para blanda paz que dura guerra ;  
Y él mitigó sus furias y pesares,  
Y á todas sus querellas echó tierra,  
El oro suyo todavía horro  
Sin ofrecelles punta de socorro.

Mitigada doméstica tormenta  
De lo que presumió sin estar cierto,  
A los contractadores se dió cuenta  
Haberse por el río descubierta  
Por donde celebrasen compra y venta,  
Y barcos y navios tengan puerto  
Cercano de las ricas sepulturas  
Por aguas mansas, llanas y seguras.

Aun no fué la razon bien entendida  
Cuando, sin esperar prolijos ratos,  
Partieron barcos llenos de comida  
Para gozar de prósperos contratos ;  
Llegaron á la parte referida  
Donde los precios no fueron baratos,  
Pues se vendian los canarios quesos  
A treinta y cinco y á cuarenta pesos.

Y con ser el viaje sin trabajos  
Y la brevedad grande del camino,  
Vendian un arroba de tasajos  
A veinte y cinco pesos de oro fino,  
Y poco menos una ristra de ajos ;  
Mas de cien pesos un harril de vino ;  
Y cuanto se llevaba de acarreto  
Compraban estas gentes al respeto.

Hasta que con ganancia tan suprema  
Acudian ya tantos al chillido,  
Que de los precios abajó la flemma  
Poniéndolos en término medido ;  
Pero no fué la baja tan estrema  
Que dejase de ser precio subido,  
Pues arrojaban oro tan sin tiento  
Que ganaban á mas de mil por ciento.

Viendo la mucha gente que se llega  
A mejorar allí su pobre capa,  
Fundóse pueblo donde se congrega,  
Y el Alonso de Heredia hizo mapa  
Para trazar solares en la vega  
Del río que se llama Catarapa,  
Hoy villa de Tulú segun parece,  
La cual en este tiempo permanece.

Como los indios vieron poblaciones  
De mayor duracion y mas provecho,  
Vinieron á las ver con intenciones  
De no perder su tierra ni derecho ;  
Sobre la villa dieron escuadrones,  
Cosa que nunca tal habian hecho,  
Y agora que venian al remedio  
Tomaron aquel río de por medio.

Vinieron perlongando las riberas  
A compás de sus roncos atambores,  
Escuadras ordenadas por hileras  
Como suelen cursados guereadores ;  
Solamente faltaban las banderas  
Por no llegar allí los inventores ;  
En lo demas el escuadron camina  
Segun orden de buena disciplina.

Unos dellos con picas en las manos,  
Otros, dorados arcos y carcajes,  
Muy gallardos los mozos y los canos,  
Sobre diademas de oro sus plumajes,  
Y á su modo tan puestos y galanos,  
Que no se vió de traza de salvajes  
Otra de mas vistosa compostura  
En gala, proporciones y hechura.

Llegados pues al arénal frontero  
Del lugar do la villa se hacia,  
Dispararon del escuadron primero  
Copia de venenosa flecheria,  
Y á don Martin Guzmán, un caballero,  
Mataron dos caballos que tenia,  
Cuyo grave pesar fué de tal peso  
Que quedó sin caballos y sin seso.

Hacen los españoles armas prestas  
Para tirar á la contraria banda,  
Contra las flechas duras y molestas,  
Y el general á grandes voces manda  
No tiren arcabuces ni ballestas,  
Mas antes con palabras los ablanda,  
Por ver si puede por alguna via  
Traellos á la paz que pretendia.

Pero los mal sufridos andaluces,  
Viendo contrarios tiros importunos,  
Disparan las ballestas y arcabuces,  
Con que debieron de herir algunos ;  
Y así huyeron todos de las cruces  
Sin que parasen por allí ningunos ;  
Tras dellos fué con españoles ciento  
Garcí Avila del Rey en seguimiento.

Siguió por las señales de sus huellos,  
Con otro capitán Antonio Perez,  
Y no pararon hasta dar en ellos,  
Donde prendieron hijos y mujeres ;  
Pero hicieron luego paz con ellos  
Soltándolos con todos sus haberes,  
Y desde entonces gente castellana  
La tierra del Cenú tuvo muy llana.

Porque estos indios son ahidalgados,  
Y guardan amistad si la prometen ;  
Gentiles hombres, bien proporcionados,  
Prudentes en las cosas que prometen ;  
Tienen buhios bien aderezados,  
Y aquellos aposentos do se meten  
Las mujeres gallardas y dispuestas,  
Pulidas y en el traje más honestas.

Andan cubiertas desde la cintara  
Hasta los pies con una mantellina  
Que hace razonable compostura,  
De tela de algodón, delgada, fina ;  
Unas son blancas, otras con pintura,  
Segun su voluntad les encamina ;  
Es gente finalmente que se pica  
De ser muy estimada, por ser rica.

En aquesta sazón y coyuntura  
Gobernaba Francisco Barrio-Nuevo  
En Panamá, de quien en mi escriptura  
Atrás hice memoria como debo ;  
El cual gobernador hizo cultura  
En Acla reformando pueblo nuevo,  
A Julián Gutierrez dando gente  
Por ser su capitán y su teniente.

Aqueste capitán era casado  
 Con Isabel Corral, india ladina,  
 Hermana de Urabá, señor nombrado  
 En todo lo que por allí confina,  
 Con fama de caudal aventajado  
 Mas que ningún señor de la marina,  
 Y por respecto della su marido  
 Era del Urabá favorecido.

Tractábanse de tiempo mas antiguo,  
 Pues siendo capitán y rescatando  
 Con españoles que llevó consigo  
 Por esta costa de quien voy tractando,  
 Del Urabá se hizo gran amigo,  
 Como persona que tenía mando  
 En tiempo de Pedrarias, de quien era  
 Caudillo y capitán en la frontera.

Este cacique con voluntad sana,  
 Por ser de sus parientas la mas bella,  
 Dióle para mujer aquella hermana,  
 Con el honor y gracia de doncella:  
 A la cual Julián hizo cristiana  
 Y después desto se casó con ella,  
 Y en el bautismo de la ley divina  
 El nombre se le dió de la madrina.

El Alonso de Heredia, como vido  
 Por Barrio-Nuevo poblacion fundada  
 En el ancon y puerto conocido  
 A quien llamamos hoy el Ensenada,  
 Parecióle caer en el partido  
 De la gobernacion al Pedro dada,  
 Y quel de Panamá fuera salia  
 Del término quel rey le concedia.

Con el desasosiego desta pena,  
 No pareciéndole consejo vano,  
 Determinó de ir á Cartagena  
 Para le dar avisos al hermano;  
 Y después de tener consulta llena  
 A todos pareció ser lo mas sano  
 Poblar en Urabá que es allí junto,  
 Pues tienen para ir naves á punto.

Prepáranse pertrechos y atavios,  
 Caballos, armas, estofado saxo,  
 Soldados viejos y de buenos brios  
 Que no muestran flaqueza ni desmayo;  
 Doscientos hombres van en tres navios  
 Año de treinta y cinco, mes de mayo,  
 En el uno valientes caballeros,  
 Y César de quien eran compañeros.

Estos como se viesen apartados  
 De Cartagena, vela levantada,  
 Por aquellos enojos atrasados  
 Determinaron dalles cantonada;  
 Motióse César pues con sus soldados  
 En Acla y en el mar del Ensenada,  
 Y Julián Gonzalez el teniente  
 Fortalecióse mas con esta gente.

El Alonso de Heredia ya testigo  
 De los culpados en hacer ausencia,  
 Llegó con los demás adonde digo  
 Que querían hacer su permanencia,  
 Y por el Urabá mal enemigo  
 Se le hizo terrible resistencia  
 Con encubiertas, saltos, emboscadas  
 Y flechas de veneno preparadas.

Y así murieron de la primer mano  
 Un capitán llamado Juan Terreiro,  
 Alvaro de Jaen y otro su hermano,  
 Un Alonso Rodriguez y un Montero,  
 Y Diego de Artes, un italiano,  
 Que no las tuvo contra mal tan fiero,  
 Y muerte sumamente trabajosa  
 A causa de la yerba ponzoñosa.

Aunque el pobre zagal iba burlando  
 De los salvajes y de su palillo,  
 Mas el engaño suyo sintió cuando  
 Con el dolor mudado y amarillo  
 Traspellados los dientes y rabiando  
 Hacía de la boca colodrillo,  
 Como suelen hacer con violencia  
 Los que padecen esta pestilencia.

El general Heredia, nada falto  
 De aquel esfuerzo que se requeria,  
 Buscó ciertas llanadas en un alto  
 De donde mar y tierra parecia,  
 Y sin contradiccion de mas asalto  
 El pueblo se fundó que pretendia,  
 Al cual por ser patron de la conquista  
 Nombró San Sebastián de Buena-Vista.

Señalan plaza, calles, pertenencias,  
 Al norte, sur, oriente y al ocaso,  
 Y danles sus medidas y decencias,  
 Segun daba lugar el campo raso,  
 Y hácese las otras diligencias  
 Que se suelen hacer en este caso,  
 Señalando lugar para castiello,  
 Y pusieron tambien horea y cuchillo.

Visto por Julián aquel asiento  
 Y ranchos de los nuevos pobladores,  
 Con don Martín Guzmán y regimiento  
 Vinieron con trompetas y atambores  
 A les hacer un gran requerimiento  
 A los otros modernos regidores,  
 Los cuales respondieron que lo oían  
 Y que á su tiempo les responderían.

Volvióse luego con sus bergantines  
 El Julián al pueblo donde estaba,  
 Con voces de trompetas y clarines  
 Y gente de quien él se confiaba,  
 Y después en sus puertos y confines  
 El uno y otro bando se velaba;  
 Pero ya por cordura, ya por miedo,  
 Entonces cada cual estuvo quedo.

Mas el Julián Gutierrez que sabia  
 Quién el gobernador Heredia era,  
 El puerto donde está fortalecia  
 Con bastiones de tierra y de madera;  
 Tambien hizo plantar artillería  
 En lo mas cómodo de la ribera,  
 Siempre con centinelas en un viso,  
 Para si viesen velas dar aviso.

Mas el un bando y el otro se refrena  
 Velándose muy bien con sus parciales;  
 Y en estos dias ocasion ordena  
 Venir nueve mancebos principales,  
 Para desembarcar en Cartagena,  
 De Madrid todos ellos naturales:  
 Diego Lujan y don Juan de Guevara,  
 Don Nuño, y los demás de estirpe clara.

Desembarcados do se representa,  
 Al gobernador vieron al momento;  
 Mostró que de su vista se contenta  
 Por ser antiguo su conocimiento;  
 Pero no hizo dellos tanta cuenta  
 Que pasase de vano cumplimiento,  
 Pues siendo de su patria y tal linaje  
 No mandó les buscasen hospedaje.

Despidense confusos, y primero  
 Reconoció la noble camarada  
 Alonso de Saavedra tesorero,  
 El cual los convidó con su posada,  
 Enemigo mortal y delantero  
 En mala voluntad muy arraigada  
 Contra Pedro de Heredia, por sus fines  
 Y pretensiones buenas ó ruines.

Y es de creer que por el hospedaje  
 Y voluntad con que los regalaba,  
 Que á vueltas de los gustos del potaje,  
 Si de Pedro de Heredia se tractaba,  
 Habian de hablar aquel lenguaje  
 En que su mismo huesped les hablaba,  
 Y serian los mas de la comedia  
 Entremeses tocantes al Heredia.

Después desto, semanas ya pasadas  
 Oyó el gobernador por cosa cierta,  
 Quitar estos hidalgos las espadas  
 A mozos que pasaban por su puerta,  
 So color de pedillas emprestadas;  
 Y presumiendo mal desta cubierta  
 Fue luego con un solo compañero  
 A la casa del dicho tesorero.

A fin de descubrir esto que digo  
Y qué adivinaba con el dedo ;  
Y este hidalgo que llevó consigo  
Decíase fulano de Saucedo,  
Deste gobernador fiel amigo,  
En cuyo pecho nunca cupo miedo ;  
Ambos á dos con sendas alabardas,  
Y sin mas prevenciones ni mas guardas.

Aunque vestidas armas de algodones,  
Sayos y zaragüelles estofados,  
Y en las cabezas puestos morriones,  
Las espadas ceñidas á los lados,  
Y con determinadas intenciones  
Entraron á buscarlos alterados,  
Cuando la noche ya cerrada era ;  
Pero los de Madrid estaban fuera.

Al dicho tesorero solamente  
Hallaron y sin otra compañía ;  
El cual como al Heredia ví presente  
Y de la mala suerte que venia,  
No sin alteraciones y accidente  
Preguntó luego qué es lo que queria ;  
El Heredia con voz no menos presta  
Estas palabras dió por su respuesta :

«¿Qué disfraces son estos? qué rebozos?  
Qué cautelas? qué tractos? qué traiciones?  
¿Por qué quitais espadas á los mozos  
Y las meteis detrás de los rincones?  
¿Estamos en el monte de Torozos?  
¿Es esta casa cueva de ladrones?  
Vivid bien, tesorero Saavedra,  
Y si no, sobre vos caerá la piedra.»

Responde : «No hay aquí gente tirana ;  
El mal sale de vos y en vos se encierra.»  
Y como vió respuesta tan lozana,  
Heredia de paciencia se destierra,  
Dándole con la dicha partesana  
Un coscorron que dió con él en tierra,  
Y aquesto hecho con gentil deuedo  
A su casa se fué con el Saucedo.

Y aunque como sagaz reconocia  
Volver los otros por el agraviado,  
Con esperiencia de su valentia  
El vivia de sí tan confiado,  
Que no quiso llamar mas compañía  
Del Saucedo, por ser fino soldado ;  
Y así las novedades esperando  
Por la puerta se andaban paseando.

Vinieron luego los del alianza,  
Y viendo de su huésped el afrenta,  
A su cargo tomaron la venganza  
Todos con intencion sanguinolenta :  
Tomau cada cual dellos una lanza  
Y en busca van de quien se les presenta,  
Porque viendo venir el torbellino  
Los dos les hacen ahorrar camino.

Habláronse palabras algo hastas,  
Segun que las dictaban accidentes ;  
Y como todos son de buenas castas,  
Con presuncion de diestros y valientes,  
Diéronse como dicen de las astas  
Aferrándose bien frentes con frentes,  
Pues cuantos eran, sin curar de espadas,  
Jugaban con las armas enastadas.

Mas cuando las median sus furores,  
Cada cual procurando su venganza,  
Lanzas eran allí superiores  
Por ser mayor el asta de la lanza ;  
No por eso los dos eran menores  
En el esfuerzo y en la confianza,  
Pues en la mas que vil y civil guerra  
No pierden, sino van ganando tierra.

Porque el gobernador en el combate,  
Con prontitud, valor y gran destreza,  
Las unas y las otras les rebate,  
Sin que mostrase brizna de flaqueza ;  
Pues del dicho Saucedo no se trate  
En que tuviese punto de pereza,  
Sino que con furor luciferino  
Adelantaba siempre su camino.

Mas el gobernador con tal gobierno  
Iba desembargando su pasaje,  
Que no se vido furia del infierno  
Que mostrase mas áspero coraje :  
El duro bote se le hace tierno ;  
Cosa no halla que no desparpaje ;  
Y así se mete por las lanzas todas,  
Como si fueran opulentas bodas.

Viendo que no les calan el ropaje,  
El Lujan dijo con acerbas sañas :  
«¡Oh! reniego de mí y de mi linaje!  
¿Cómo tanto nos duran dos arañas?  
Hago pleito solemne y homenaje  
De me pelar las barbas y pestañas  
Si no salimos bien con el motivo,  
Y este crúel tirano queda vivo.

»¡A él, á él, hidalgos de Castilla,  
Si de vuestros honores tenéis celo!»  
Acude luego toda la cuadrilla,  
Y con botes á pelo y á pospelo  
Le hicieron doblar una rodilla,  
Y con ella tocar el duro suelo ;  
Y con estar así hizo su mano  
Lo que pudo hacer valor humano.

En aqueste durable desatino,  
Con haber voces de plebeaya gente,  
Nunca salió soldado ni vecino,  
Sino Pedro Romero su teniente ;  
Aqueste con la vara del rey vino  
Y el buen Joan de Orozco juntamente ;  
Cenaban ambos, y el manjar remoto  
Vinieron á la grita y alboroto.

Viendo al gobernador en los confitos  
Con valor y destreza de romano,  
Dicen «¡aquí del rey!» á grandes gritos,  
Las espadas desnudas en la mano :  
Han por bueno los nueve mudar hitos  
Viendo su mal propósito ser vano,  
Y con temor de no padecer muertes  
En su posada se hicieron fuertes.

Prender los malhechores bien quisiera ;  
Pero aunque los llamó Pedro Romero,  
Ningun vecino quiso salir fuera,  
Antes se hizo cada cual roncero ;  
De quel gobernador se desespera  
Con furia de leon ó tigre fiero,  
Pelándose las barbas con despecho  
De no poder salir con aquel hecho.

Fué milagro de Dios quedar con vidas  
Los dos de tantas lanzas rodeados ;  
Ellos al fin quedaron sin heridas  
Y dos de los contrarios lastimados,  
Aunque traian cotas revestidas  
Y todos nueve bien aderezados :  
El gobernador pues quedó corrido  
Y contra los vecinos desubrido.

Llamándolos traidores, desleales,  
Y que juraba á Dios, en quien creia,  
De los haber y publicar por tales ;  
Que pues ninguno dellos acudia,  
En el crimen debían ser parciales,  
Y en tan grande traicion y alevosia ;  
Y con este furor bravo y acedo  
A su casa volvió con el Saucedo.

Quisierante hablar antes que entrase  
A fin de que templara los enojos,  
Mas no sufrió que tal se le tractase  
Dándoles con las puertas en los ojos ;  
Saucedo le rogó que descansase,  
Pero contrarios eran sus antojos,  
Pues sin se desarmar, por su palacio  
Se paseaba solo no despacio.

Y cuando ya Diana daba fines  
A sus cursos en esta media esfera,  
De sus negros llamó los mas insines  
En el uso del arte marinera,  
Y entró con ellos en los bergantines  
Que solia tener en la ribera ;  
Y en uno dellos con su compañero  
A Carex se partió, que está frontero.

En la isla saltó con su carillo,  
Después que ya llegó la luz del día;  
Salió todo Carex á recebillo  
Con amor ó temor que le tenia;  
El señor de la isla por servillo  
Inquirió la demanda que traía,  
Y el Heredia con muestra placentera  
Al indio respondió desta manera:

«De te favorecer son mis cuidados,  
Y de mis obras eres buen testigo  
En todos los negocios atrasados;  
Y pues te vendes por mi fiel amigo  
Hásmele dar mil hombres bien armados  
Para que á Calamar vayan conmigo,  
Porque quiero quemar estos cristianos,  
Y allí ternás donde henchir las manos.»

El indio que le vió pedir ayuda,  
Refase pensando ser ficciones;  
Mas el Heredia dijo que sin duda  
Venía con aquellas intenciones,  
Y dándole por cuenta mas menuda  
Alguna relación de sus pasiones,  
En un instante saca de su tierra  
Mil indios escogidos para guerra.

Pintáanse todos, pónense plumajes,  
Segun suelen hacer indios guerreros;  
Arrebatan los arcos y carcajes,  
Ponen en las muñecas flechaderos,  
Con aquellas posturas y visajes  
Que los hacen mas torvos y mas fieros;  
Entraron en sus barcas ó canoas,  
Y para Calamar guian las proas.

Para mas animar la compañía  
Y hacelles cobrar bravo talante,  
El dicho bergantín era la guía  
Porque el gobernador iba delante;  
Y á hora poco mas de medio día  
Surgen en Calamar poco distante,  
Y á todos les causó tan gran espanto  
Que de mujeres hubo grande llanto.

Porque el tumulto fiero y estrepido,  
Al tiempo de surgir en la bahía,  
Hizo con sus cornetas tal estruendo  
Que pareció quel mundo se hundía,  
Con grita que los aires va rompiendo  
Y á todo corazón temor ponía,  
Y mucho mas á quien tales ruidos  
Nunca jamás tocaron los oídos.

No se pueden pintar las confusiones,  
Los ruidos, las gritas real formadas  
De mujeres, de niños, de varones,  
Viendo ya sobre sí gentes armadas;  
Ocurren á las armas de algodones,  
Búscanse las rodelas, las espadas;  
Mas cuanto se prepara, busca, piensa,  
Era muy poco para su defensa.

Pues los soldados que hay no son bastantes,  
Por ser pocos en estos menesteres,  
Puesto caso que muchos contractantes  
Había, y abundancia de mujeres;  
Y gritos y rebatos semejantes  
No son para prendados mercaderes:  
Al fin los baquianos son los menos  
Y salen con sus armas como buenos.

Allí Joan de Orozco dijo: «Quiero  
Si sois servidos de me dar licencia,  
Hablar con el gobernador primero  
Rogándole que mire su conciencia,  
Considerando bien el paradero  
Desta desatinada competencia.»  
Todos á una le ruegan que vaya,  
Y así se llegó junto de la playa.

Y en tono que podía ser oído,  
Dijo con las comunes preveniciones:  
«Señor gobernador, sea servido  
De me dejar decir cuatro razones,  
Porque para decillas soy movido  
Con buenas y con sanas intenciones,  
Y en hecho de verdad guiado vengo  
Por el amor que á vuestra merced tengo.

»Testimonio del gran dolor que siento  
Son lágrimas que salen de mis ojos,  
Viendo que vuestro buen entendimiento  
Se deja subyugar de sus enojos,  
Queriendo macular ese talento  
Con apasionadísimo antojos,  
Pudiendo castigar los delinquentes  
Sin usarse de medios indecentes.

»Pues aunque con razón justa merezcan  
Castigo los que la maldad hicieron,  
La misma no requiere que padezcan  
Aquellos que ninguna cometieron;  
Y diligencias hay donde parezcan  
Otros ocultos si la consintieron,  
Para que se castigue la malicia  
De los unos y otros con justicia.

»Esto pudiera ver vuestra cordura  
Antes de tan pesadas novedades,  
Y no poner en riesgo y aventura  
Personas de tan buenas cualidades,  
Y vuestro seso y ser con la locura  
De mal consideradas mocedades,  
Pudiendo con papeles, como digo,  
Dalles según las culpas el castigo.

»Y si fue por probar lo que valía  
Aquel esfuerzo raro que en vos cabe,  
Poca necesidad, señor, había,  
Pues acá y en España bien se sabe;  
Y así de muchas esta valentía  
De anoche no merece que se alabe;  
No porque no lo fué, mas en tal caso  
Indigna fué de tan prudente vaso.

»Muy buenos estarían los jueces,  
Cuando se les ofrecen ocasiones,  
Teniendo de su rey poder y veces  
Para convocar gentes con pregones,  
Querer domar á solas altiveces  
De los desvariados corazones,  
Como vuestra merced anoche quiso  
Sin querer á los suyos dar aviso.

»Do contra tantas fuerzas invencibles,  
Hablando sin lisonjas y sin dolo,  
Hector, ni Telamon, ni el gran Aquiles  
Hicieran lo que vos hicieris solo,  
Rodeado de armas con asiles  
Con mas fierros que rayos tiene Apolo;  
Pero según mi seso mejor fuera  
Que lo guíarades de otra manera.

»Por ser gran freno contra gente verde  
La gravedad y peso del anciano;  
Y así como vuestra merced acuerde  
De tomar sin pasión consejo sano,  
Si buena coyuntura no se pierde  
Agora la tenemos en la mano,  
Y bastará salir vuestra presencia  
Sola, para teneros obediencia.

»Por tanto, yo por todos ellos salgo  
A suplicar aqueste beneficio,  
Empeñando mi fe de hijodalgo  
Ser esto sin aleva malificio:  
Deseo pues que sepan lo que valgo  
Yo con vuestra merced y en su servicio,  
Para que paguen los que son culpantes  
Y no lo lasten pobres ignorantes.»

Dijo, con otras cosas que yo dejo,  
Las cuales el Heredia fué notando,  
Y con aquel reporte que es anejo  
A los cuerdos que tienen algún mando,  
Estuvo por un rato muy peplejo  
Sus determinaciones tanteando;  
Llegó pues á la proa desde donde  
Estas pocas palabras le responde:

«Todo lo que decís, señor Orozco,  
De cosas dirigidas á templanza;  
Sin que me las digáis yo las conozco;  
Mas son los mas vecinos en la danza,  
Y sería yo mas que vil y tosco  
Si de tales hiciese confianza;  
Y así no quiero ir ni quiero vellos,  
Si no fuere para vengarme dellos.

» Agradezco, señor, vuestro buen celo,  
Visto que lo teneis en hora mía ;  
Y porque me parece ser del cielo  
Dejare de hacer lo que quería ;  
Mas no para que quede sin repelo  
De me satisfacer en otra vía. »  
Y aquesto dicho por la costa abajo  
A Carex envió los mil que trajo.

Los nueve de Madrid, vista la cosa,  
Primero que por partes los reparta.  
Pusieron luego piés en polvorosa  
Huyendo por la mar á Santa Marta,  
Con ayuda de gente generosa,  
No sin obscuridad y priesa harta ;  
Mas el gobernador con duro pecho  
Al pueblo de Urabá se fué derecho.

No sin aplauso de contentamiento  
Fué del mayor hermano recebido,  
Y el resto de la gente del asiento  
No menos se holgó cuando lo vido ;  
Mas á nadie dió parte del intento  
Ni cuenta del negocio sucedido ;  
Y entonces solamente hizo cebo  
Con que venia á ver el pueblo nuevo.

A todos abrazó con buen semblante  
Grata conversacion, que tal lo era ;  
La cual como llevasen adelante  
Vinieron á tractar de la frontera,  
Do Julián estaba muy pujante  
Con gente que huyó de su bandera,  
Y cómo vino con aquel ostento  
A les hacer un gran requerimiento.

Heredia respondió : « Pues él espera  
A negociallo por aqueza vía,  
No será malo que se le requiera  
Que salga de la tierra, pues es mía ;  
Y donde no, haremos de manera  
Que baje de su loca fantasía,  
Porque también acá tenemos manos,  
Si no quiere tomar consejos sanos.

» Estos, señores, son mis pareceres,  
Quiza donde nos piensa dar zobrera,  
Socorreremos nuestros menesteres  
Si ponemos las manos en la obra,  
Por acudir allí mil mercaderes  
Con tanto de regalo que les sobra ;  
Y esta negociacion sea temprana,  
Y si quereis, hoy antes que mañana. »

Como tocasen en el interesse  
Y estuviesen allí necesitados,  
Todos le respondieron que parliese,  
Porque presto serian aviados,  
Al día y á la hora que quisiese,  
Esos que por él fuesen señalados,  
Holgóse mucho que con él concorden,  
Y para la partida dieron orden.

Y para que con mas puñanza vaya,  
Despachó treinta dellos con rocines,  
Que fuesen caminando por la playa  
Hasta se congregan en los confines,  
En cierta parte qué les dió por raya,  
Con los que fuesen en los berganlines,  
Que serian sesenta solamente  
Con tiros y aparato conviniente.

Los que por tierra van hallan lugares  
Inaccesibles para caballeros,  
Por ser la costa toda de manglares,  
Matos pasos de ciénagas y esteros,  
Y con reventazones de las mares  
No podian hacer los piés lijeros ;  
Y así por selles todo tan contrario  
No llegaron á tiempo necesario.

Porque el gobernador y compañía  
Que en berganlines por la mar llevaba,  
A causa de ser poca travesía  
Llegaron brevemente donde estaba  
El Julián, que como ya los vía  
Armadas sus escuadras esperaba ;  
El Heredia de paz puso bandera  
Hasta poder surgir en la ribera.

De donde segun uso cortesano  
Habió, manifestando que su intento  
Era mediante pluma y escribano  
Venilles á hacer requerimiento,  
Del sitio que poblaron alcen mano  
Por ser de sus confines el asiento ;  
Y sí, por no querer, males viesesen,  
Daños ó muertes, á su cargo fuesen.

Con mayores instancias que yo digo  
Leyó prestándole consentimiento  
El escribano que llevó consigo  
De verbo ad verbum el requerimiento ;  
Y en tono que podia ser testigo  
Cualquiera de los del ayuntamiento,  
El Julián Gutierrez dió respuesta,  
Y la substancia dicen ser aquesta :

« Señor gobernador, yo fui mandado,  
Y aunque poblara mal y do no debo,  
Agora me seria mal contado  
Si sin tener licencia me remuevo ;  
Y para ver si es bien ó mal fundado  
Hable vuestra merced con Barrio-Nuevo ;  
Pues hasta ver aquello qué dispensa  
Tengo de procurar yo mi defensa.

» No se juzgue por loca demasia  
En poner en aqueste caso dientes,  
Porque vuestra merced también querria  
Que lo mismo hiciesen sus tenientes ;  
Y si por leyes de razon se guía,  
Las mias no serán impertinentes,  
Y no me faltarán mañas y modos,  
Pues por su Majestad poblamos todos. »

Oido lo que Julián decia,  
Con levantado y alterado pecho,  
Dellos se despidió con cortesia,  
Manifestando que de su derecho  
La Majestad real conoceria,  
Del cual asaz estaba satisfecho ;  
Y encubriendo sus mañas y cautelas  
Mandó levar las anclas y dar velas.

Quedaron muy enhiestas las cervices  
Diciendo como ya lo vieron fuera :  
« ; Cuerpo de tal con él y sus narices  
Y sus palabras de santiguadera !  
; Pensaba con blanduras y matices  
Tornarnos á meter en su bandera ?  
Muy engañada pues vive la zorra  
Que con hijo de madre no se ahorra. »

Tales cosas decian en su junta  
Después que su habia dejó sola,  
Porque ninguno teme ni barrunta  
El golpe de revuelta con la cola :  
Heredia pues paró tras una punta  
Con su gente de negros y española,  
Para los asaltar con mas seguro  
Revolviendo sobrellos con obscuro.

Y así cuando los ojos de mortales  
Suelen con sueño mitigar su pena,  
Y por allí marinos animales  
Salen á desovar en el arena,  
A ellos revolvió con sus parciales,  
Sin ir vela pendiente del antena,  
Sino con solos remos y á la sorda  
Hasta llegar á parte de zaborra.

Era cuarto de legua mas abajo  
Del asiento de los fortalecidos,  
Y allí desembarcó con los que trajo,  
Donde no fueron vistos ni sentidos ;  
A ciertas espesuras se retrajo,  
Hasta que los demas fuesen venidos,  
Y se juntasen mas allá del puerto,  
Segun hicieron antes el concierto.

Mas ya tenia débil esperanza,  
Pues poco mas ó menos adivina  
Haber de ser prolija la tardanza,  
Por ser de mal camino la marina.  
De los que tiene hizo confianza,  
Y á dar en Julián se determina ;  
Y porque no rehusen la carrera,  
A todos animó desta manera :

« Señores míos, ya se hace tarde,  
Y para dar sazón á lo que vengo,  
No consiente razón que mas aguarde,  
Por ser lo que esperais negocio luengo:  
Y para subyectar este cobarde  
Sobra la noble gente que yo tengo,  
Y no digo con tantos, mas con menos,  
Siendo tan valerosos y tan buenos.

» Y aunque con claridad estemos ciertos  
Que llegaran aquí con los rocines,  
Es imposible no ser descubiertos  
Por indios que verán los bergantines;  
Y los que duermen estarán despiertos  
Para meternos en dudosos fines:  
Tengo pues la victoria por mas cierta  
Si nuestra voz y lauz la despierta.

» Si hay otro parecer que mejor suene,  
Cada cual lo declare sin espina.»  
Respondiéronle todos que conviene  
El que su voluntad les encamina,  
Y que ninguno dellos otro tiene  
Que les sea mas cierta medicina;  
Pues brevedad en trance semejante  
Quita cien mil estorbos de delante.

Oídas á su gusto las razones,  
Como buen capitán, en el instante  
Ordenó sus pequeños escuadrones,  
Ballestas y arcabuces adelante;  
Y por mas levantar los corazones  
En avanguardia va con un montante;  
Los que velaban en paradas hechas  
Vieron de lejos relucir las mechas.

Dan arma, según es comun usanza;  
Recuerdan los dormidos al aprieto;  
Luego sin mas recato ni ordenanza  
A caballo salió Rodrigo Nieto;  
A los contrarios arronjó la lauz  
Como vido venir el bulto prieto;  
El desdichado nunca hizo suerte,  
Y sí la hizo fué para su muerte.

Pues un soldado de la gente suelta  
La misma levantó con los pulgares,  
Y cuando Nieto quiso dar la vuelta  
Con ella le rompió los dos ijares;  
El alma de las carnes fué resuelta,  
Mostrándote su lanza los lugares,  
Pues la con que pensaba hacer tiro  
Aquesa le causó mortal suspiro.

No con menos esfuerzos y denuedo  
Salió acia la grito y estampida  
El valiente Francisco de Quevedo,  
Lozano joven y en edad florida;  
Mas Cloto hizo que estuviere quedo,  
Pues una bala le quitó la vida,  
Y desta Juliana compañía  
Otros dos vieron su postrero día.

Acuden otros muchos al rebato,  
Pero mal puestos y peor regidos,  
Y no con aquel orden y recato  
Que suelen los que son acometidos;  
Y así los del lugar en breve rato  
Fueron desbaratados y vencidos,  
Y los tractantes y los mercaderes  
Ven en ajenas manos sus haberes.

Prenden con Julián mucha compañía,  
Al menos principales capitanes,  
Y aquellos que se dieron mejor maña  
Fueron con César y los dos Guzmanes  
A tomar por amparo la montaña  
Con Isabel Corral y otros galanes,  
Que por les conceder poco sosiego  
Tomaron presto las de Villadiego.

Pero llegada la febea lumbre,  
Cartas con ciertos indios les envía,  
Diciendo que ninguna pesadumbre  
Para siempre jamás se les daría,  
Y que su condicion y su costumbre  
Ya cada uno dellos la sabia,  
Y con cuántas blanduras y paciencia  
Perdonaba cualquiera malquerencia.

Vistas las cartas y el comedimiento,  
Vino César con otra noble gente,  
Y no sin lamentable sentimiento  
Isabel Corral vino juntamente;  
El gobernador hubo gran contento,  
Y á todos recibió muy blandamente,  
Y usó con César, á quien bien queria,  
De gran urbanidad y cortesía.

Esperaron allí, y al tercer día  
Después que fué la villa saqueada,  
Llegó por tierra la caballería  
De los trabajos grandes fatigada;  
En cuyos rostros bien se parecia  
El escabrosidad de la jornada,  
Y demás de otros males infinitos,  
Llagados y comidos de mosquitos.

Mandó el gobernador á costa ajena  
Partir con ellos ropas y vestidos,  
Y aparejalles opulenta cena,  
Do fueron largamente proveidos:  
De diversas conservas mesa llena,  
Vinos tintos y blancos escogidos;  
En tal manera, que vacíos pechos  
Quedaron por entonces satisfechos.

Después, el cuarto día ya venido,  
En los navios meten por su mando  
A la Isabel Corral y á su marido  
Y á César con algunos de su bando;  
Y á los demás del número vencido  
Mandó dar libertad, apregonando  
Que desde luego cada cual siguiese  
La bandera que mas gusto le diese.

Como treinta soldados lo siguieron  
De los que Julián acaudillaba,  
Y los demás á Panama se fueron  
A dar las nuevas al que gobernaba;  
Los treinta de caballo no pudieron  
Sino volverse por la costa brava;  
La causa desto fué por los caballos  
Por no tener navios do llevarlos.

Con esto se partió del Ensenada  
A verse en Urahá con el hermano,  
Y cual, de ver la buena calzada,  
El qual gobernador volvía sano,  
Hizole fiesta muy regocijada,  
Y á todos un convite soberano:  
Hubo juego de cañas que pudiera  
Parecer en Jerez de la Frontera.

Aqueste general convite hecho  
Con servicios de gran magnificencia,  
Que parte se suplió con el provecho  
Habido de la nueva competencia,  
El vencedor desencerró del pecho  
El enojo de la primer pendencia,  
Y estándole la gente bien alenta,  
Con esta relacion lo representa:

« Señores, admiraros heis si cuento,  
Pues todos me tenéis amistad buena,  
Un desacato y un atrevimiento  
Cuya recordacion me causa pena;  
Y fué juntarse muchos con intento  
De me querer matar en Cartagena,  
Viniendo nueve mozos al efeto,  
Que cierto me pusieron en aprieto,

» Con largas lanzas y con hierros finos;  
E yo y Saucedo que tenéis presente,  
Que hizo hechos de memoria dinos,  
Nos defendimos valerosamente  
Sin querer ayudarnos los vecinos,  
Sino solo Romero mi teniente.  
El cual para prendellos tuvo duda,  
Porque ninguno quiso dar ayuda.

» Vista de los vecinos la malicia  
Y de mayor traicion alguna muestra,  
Para seguir la causa por justicia  
llame de socorrer ayuda vuestra;  
La cual, pues que me fué siempre propicia,  
Agora se que no será siniestra,  
Pues para corregir el mal que digo  
Algunos tengo de llevar conmigo. »



Así como tocaron los oídos  
Estos atrevimientos que les cuenta,  
De gran espanto fueron poseídos  
Oyendo desvergüenza tan exenta;  
Y así dijeron los mas advertidos  
Tocar á todos ellos el aïrenta,  
Y era muy grande cargo de conciencia  
No castigar tan pèrfida demencia.

Juan de Montemayor, que era maese  
De campo, dijo: « Mas son en la danza  
Si dellos escrutinio se hiciese,  
Y mal aseguramos la balanza,  
Disimulando yerro como ese  
Y no se castigando sin tardanza;  
Y aun seràn pareceres acertados  
Que vaya buena copia de soldados.»

El gobernador dijo: « Diferente  
En el número es lo que yo siento,  
Pues dos docenas bastan solamente ».  
Y hizo luego dellos nombramiento;  
Mandólos embarcar incontinentemente,  
Y fueron navegando con buen viento,  
Procurando por evitar reproche  
Entrar en Calamar á media noche.

Saltaron antes de llegar al puerto,  
Y de lo que hicieron lo primero  
Fué, por secretas vias con concierto,  
Entrar en cas del dicho tesoreror:  
El cerrado lugar hacen abierto,  
Pero hallándolo sin compañero,  
De su propia posada fué remoto  
Sin sentirse rüido ni alboroto.

Luego lo ponen en ajena sala,  
Con cepo y grillos y con guardadores,  
Y al buen Nuño de Castro y al Ayala,  
Diciendo ser aquestos los fautores:  
La vida que les daban era mala,  
Y llena de pesados sinsabores;  
Y sobre la prision que los estraga  
Había de mosquitos grande plaga.

Aquestas cosas hechas segun trato,  
Barrio-Nuevo, varon de cano seso,  
Sabiendo en Panamá del desbarato,  
Y Julián Gutierrez estar preso,  
Determinóse por mostrarse grato  
Al que por sus respectos era lesa,  
Por su persona ir á Cartagena  
Para librallo de prision y pena.

Fué caballero natural de Soria,  
En estas partes único soldado  
Que hizo hechos dignos de memoria,  
Algunos de los cuales he tractado  
En diferentes partes de mi historia,  
Donde queda su nombre celebrado:  
Era valiente y á las armas presto,  
De nobles condiciones y modesto.

Efectuóse luego su partida  
Con gana de traer á su caudillo:  
Supo Pedro de Heredia su venida,  
Salió con la ciudad á recebillo;  
Y toda pesadumbre despedida,  
El mismo lo hospedó por mas servillo,  
Donde los dos conformes en razones  
Vieron unas y otras provisiones.

Dieron trazas y cortes en el paño  
De los bajos y altos de la sierra,  
Aunque ningunos dieron en el dño  
De los bienes robados en la guerra.  
Barrio-Nuevo quedó con desengaño  
Y el buen Pedro de Heredia con la tierra;  
Y dióle con alguna mas hacienda  
A Julian Gutierrez y á su prenda.

Esto hecho rogó por los oprosos  
Y en aquella sazón encarcelados,  
Haciendo perdonar culpas y escesos,  
Ya fuesen inocentes, ya culpados:  
En efecto, quemaron los procesos  
Contra los susodichos fulminados,  
Y dado fin á todo cuerdamente  
A Panamá volvió con su teniente.

Luego Pedro de Heredia, con cudicia  
De cosas que por indios entendia,  
Ordenó descubrir la gran noticia  
Que por nombre Dabaibe se decia:  
Dejó las cosas puestas en justicia,  
Y al Darien llevó su compañía,  
Guiando por el rio, con intento  
De ver las tierras de su nacimiento.

Año de treinta y seis, á doce dias  
Del mes de abril, segun las relaciones,  
Entraron las cristianas compañías  
A descubrir provincias y regiones,  
Movidos por los dichos de las guías  
Que llevaban con guardas y prisiones;  
Los hombres de caballo son sesenta  
Y todos los de pié ciento y cincuenta.

Caminaron por tierra despoblada,  
Donde sus esperanzas son aviesas,  
Pues con haber andado gran jornada  
Las guías no cumplan sus promesas;  
E yendo ya la gente fatigada  
La meten por montañas muy espesas,  
Cuyo lodoso y empapado suelo  
Jamás lo visitó lumbre del cielo.

Esta molesta y enfadosa breña  
Era de suyo tal y tan lluviosa,  
Que recurso ninguno les enseña  
Para valer su vida trabajosa;  
Ni podian hallar siquiera leña  
Para poder guisar alguna cosa,  
Pues por ser agua cuanto della sale  
La mayor diligencia no les vale.

Pedro de Heredia, con desabrimiento  
Viendo su perdicion y el desatino,  
Amenazó los indios con tormento  
Si no guiasen por mejor camino:  
Ellos representando buen intento,  
Responden no deber estar mohino;  
Pues por aquel restaban tres jornadas  
Para dar en las tierras deseadas.

Con aquella promesa ya hacían  
Cuenta de ver cumplidos sus deseos,  
Con ser tercero mes que los traían  
En estos circüitos y rodeos:  
Siguieron pues los indios que los guían  
Sin ver mejora para sus rancheos,  
Antes por ser prolijos estos yerros  
Los mas dellos estaban muy enfermos.

Continuando pues aquella via,  
Atormentados con el mucho lodo,  
Era peor lo que se descubria,  
Y el infernal terreno de tal modo,  
Que por poco quel hombre se movia  
Daba grande temblor el suelo todo:  
Van atollando no sin gran fatiga,  
Y los caballos hasta la barriga.

En estos pegajosos trenadales  
Desmayaba quien era mas constante,  
Y no pueden los brutos animales  
Salir de desventura semejante:  
Allí ciertos peones principales  
Dejándolos pasaron adelante,  
Y prosiguiendo mas dos ó tres dias  
Encontraron con muchas rancherías.

En partes montüosas y no rasas,  
Pero los bajos limpios y sin ramas,  
Ven infinitos rastros, no ven casas,  
Ni señales de ranchos ni de camas;  
Olor cierto de humos y de brasas,  
Sin que pudiesen divisar las llamas;  
Atzan los ojos, miran al desgairre,  
Y vieron que vivian en el aire.

Porque tenían sus casillas hechas  
Encima de los árboles y plantas:  
Era gente de débiles cosechas  
Sin uso de vestidos ni de mantas,  
Proveidos de dardos y de flechas;  
Su comun caza báquiras y dantas,  
Sus tractos son por rios en canoas  
Y viven en aquellas barbacoas.

Tomaron dos gaudules desta gente  
 En cierta senda do hicieron salto ;  
 Todos los otros valerosamente  
 Hicieron resistencia de lo alto,  
 Hasta les arronjar agua caliente  
 Para que se dejasen del asalto :  
 Al fin con estos dos indios volvieron  
 A dar la relacion de lo que vieron.

La gente castellana toda junta  
 A la lengua mandaron que les hable,  
 Y hecha por mil vias la pregunta,  
 No respondieron cosa saludable,  
 Antes de lo que dicen se barrunta  
 Ser gente pobre, vil y miserable ;  
 Y ansi para del todo no perderse  
 Determinaron luego de volverse.

Volvieron á la mar rugosas frentes  
 Aquestos fatigados peregrinos,  
 A caballo llevando los dolientes  
 Con términos cristianos y beninos ;  
 Y como ya dejaban hechas puentes  
 Y aderezados pasos y caminos,  
 Tardaron en volver por estas vias  
 Al pueblo de Urabá cuarenta dias.

Hallaron acogidas abundantes  
 De cuanto por su parte se procura,  
 Por acudir al puerto contractantes  
 Que traian regalos en bártura :  
 Volvieron á sus fuerzas como antes  
 Los enfermos mediante buena cura ;  
 Murieron pocos antes de los puertos,  
 Y caballos también quedaron muertos.

Muchos murieron por faltalles bemo,  
 Y demás desto cuando los caballos  
 Estaban atollados en el cieno  
 No teniendo vigor para sacallos,  
 Ni dónde restribar en el terreno,  
 No se podia menos que dejallos,  
 Pues atascaba hasta la espaldilla,  
 Y el español á mas de la rodilla.

Y en el cenagosísimo combate  
 También el atollar era de modo,  
 Que dejaban los mas el alpargate  
 En mas profundidad de largo codo ;  
 Y quien por lo sacar hombros abate  
 Las barbas arrastraba por el lodo :  
 No faltaban también en las fatigas  
 Murciélagos, mosquitos y hornigas.

Y con ser la jornada tan nefanda,  
 La gente como ya se vido buena,  
 Deseaba volver á la demanda  
 Sin acordarse de pasada pena,  
 Con intento de ir por otra banda  
 Por tener el Dabaibe fama llena :  
 Y ansi ruegan á César lo tractase  
 Y el mismo César los acaudilase.

Tuvo César en esto diligencia  
 Para que su deseo se cumpliese :  
 Dióle Pedro de Heredia la licencia  
 Para que cien soldados escogiese,  
 Y con guias de mas inteligencia  
 Aquella gran noticia descubriese ;  
 Y él señaló del número robusto  
 Peones y caballos á su gusto.

Con ellos se partió de su presencia  
 Y caminó por parte diferente ;  
 Mas yo que de rehír tanta pendencia  
 Me siento fatigado de presente,  
 Querría, buen lector, mudar sententia,  
 Si vuestra buena gracia lo consiente,  
 Por mandarme decir Pedro de Heredia  
 Un rüin entremés de su tragedia.

## CANTO QUINTO.

Donde se cuenta cómo á pedimiento de hombres apasionados, la audiencia real de Santo Domingo envió al licenciado Juan de Vadillo, cador della, á tomar residencia al gobernador Pedro de Heredia, y lo que durante su tiempo aconteció.

Segun reconocemos el enmienda  
 Poca, de las sobradas sinrazones,  
 Aquel que en Indias tiene su vivienda  
 No debria faltar en oraciones  
 Al sumo Hacedor que lo defienda  
 De júeces de malas intenciones ;  
 Pues aunque los castiguen cada hora,  
 Muy pocos ó ninguno se mejora.

Bien señalados son los que estas greyes  
 Han gobernado con sencillos pechos ;  
 Mas otros so color de servir reyes  
 Nos tienen asolados y deshechos,  
 No por servir al rey ni cumplir leyes,  
 Sino por acudir á sus provechos,  
 Tan sueltos á cualquiera desvergüenza  
 Que quien mas dice dellos no comienza.

Una destas sollicitas raposas,  
 Que de Heredia solia ser amigo,  
 Con blandas muestras aunque cautelosas,  
 Segun se notará de lo que digo,  
 Viniendo por júez usó de cosas  
 Dignísimas por cierto de castigo ;  
 Aqueste se llamó Juan de Vadillo,  
 Primo del otro no mejor caudillo.

Senador fué de la real audiencia  
 De la Española, de los mas antiguos ;  
 Y como se pidiese residencia  
 Contra el Heredia por sus enemigos,  
 Enviaron aquesta pestilencia,  
 Aunque contradecian los amigos ;  
 Y él hizo gran instancia con su ruego  
 Por una cosa que diremos luego.

Al tiempo que voló por los caminos  
 Fama desta riqueza que fué brava,  
 Como el Heredia y él fueron vecinos  
 Y por sus cartas amistad duraba,  
 Envióle Vadillo dos sobrinos,  
 Desde Santo Domingo donde estaba,  
 Para que fuesen dél favorecidos  
 Y en aprovechamientos preferidos.

Y como fuese gente regalada  
 Y en buscar de comer mal advertida,  
 Con otra harto mas calificada,  
 De hambres y trabajos afligida,  
 Al tiempo que hacian un entrada  
 Ambos á dos partieron desta vida,  
 Y dieron á entender malos intentos  
 Que murieron por malos tractamientos.

Teniendo pues reales provisiones,  
 Y no menos escriptas en el pecho  
 Sus malas propiedades ó pasiones  
 Que se manifestaron por el hecho,  
 Pues cuanto hizo fueron sinrazones  
 Sin regla ni medida de derecho ;  
 A Cartagena vino con buen viento,  
 Do le hicieron gran recebimiento.

Vino para que fuese su teniente  
 Fernán Rodriguez Sosa, lusitano,  
 Comendador de Cristo, y otra gente,  
 Oficiales ya hechos á su mano ;  
 Fué alguacil mayor por consiguiente  
 Un Pedro de Jureta, y escribano  
 Un Juan Rodriguez, hombre temerario,  
 Que después condenaron por falsario.

Como fué recebida su persona  
 Con las solemnidades convinientes,  
 Luego la residencia se pregona  
 Contra el gobernador y sus tenientes ;  
 A todos sus amigos desentona ;  
 Privan con él los émulos presentes ;  
 Secuéstrales los bienes y hacienda,  
 Y á Urabá fué gente que lo prenda.

En bergantines fué la compañía  
Con Cazares y el Sosa lusitano,  
Y habiendo navegado breve via,  
Vieron otro que viene ya cercano  
Donde el gobernador mismo venia,  
Y allí ni mas ni menos el hermano,  
Ambos á dos quietos y muy fuera  
Del duro sinsabor que los espera.

Como se viesan ya poco desvío,  
Cazares dijo yendo con los remos:  
«Pase vuestra merced á mi navio  
Para serville como lo debemos.»  
Respóndele: «Mas vos pasad al mio,  
Sabré las novedades que tenemos.»  
El Cazares pasó sin detención,  
Y dióle cuenta de la residencia.

Ningun alteracion lo desenfrena  
De lo que le contó como testigo,  
Y en ser Vadillo tuvo poca pena,  
A causa de tenello por amigo:  
Llegaron todos pues á Cartagena  
Adonde no hallaron buen abrigo,  
Pues á los dos agravan con prisiones.  
Con guardas de malditas condiciones.

Crece la furia, saña y homecillo  
Del cópido y avaro licenciado,  
En tal manera que con ser Vadillo  
Ninguno le podia hallar vado;  
Busca por todas partes amarillo  
Metal, que no lo quiere coforao,  
Y por momentos al contrario bando  
Les iba las prisiones agravando.

Y así con el trabajo recibido  
El Heredia mayor (¡oh gran mancilla!)  
Aquello que vivió, siempre tullido,  
Y el poder escapar fué inaravilla;  
Y el tiempo que de mí fué conocido  
Andaba como Leiva en una silla,  
Pues á cualquier lugar que se mudase  
Habia de tener quien lo llevase.

El licenciado pues que mal los quiere,  
Con gana que su honra se destruya,  
So graves penas los oidos biere,  
Como dicen, á mia sobre tuya,  
Contra quien ó supiere ó encubriere  
Cualesquier bienes ó hacienda suya,  
Y si manifestasen oro alguno  
También se les daria de diez uno.

Atormentaba negros y criados  
Para que descubriesen el tesoro,  
Los cuales como fuesen apremiados  
Descubrieron, por redimir su lloro,  
En diferentes partes enterrados  
Al pié de cien mil pesos de buen oro.  
Marcados ya, y en los libros reales  
Pagados quintos á los oficiales.

Estos ó poco menos que yo pinto  
Envío por servicio no pequeño  
Al gran emperador don Carlos quinto  
Con proceso que fué de falso sueño;  
Pues como de verdad era distinto  
Volviéronse después al proprio dueño;  
También él envió por propia cuenta  
Dinero harto de que compró renta.

Podia bien compralla de las sobras  
Porque tuvo donde meter las manos;  
Y no tan solamente las zozobras  
Se repartian por los dos hermanos,  
Mas á todos hacia tales obras  
Cuales suelen hacer hombres tiranos,  
Hasta hacelles dar cuero y correas  
Con amenazas de palabras feas.

Con este furioso desatiento  
Quisiera, por sacar oro guardado,  
Al Alonso de Heredia dar tormento;  
Mas como lo tenia recusado,  
Nunca quiso prestar consentimiento  
Martin Rodriguez el acompañado,  
Doctor de buenas letras y experiencia  
Y de mejor y mas sana conciencia.

Componen á su gusto los delitos  
Buscando fabulosos delatores,  
Y cuando presentaban los escritos  
En su contradición los defensores,  
Eran amenazados con mil gritos  
Los letrados y los procuradores,  
Demás de molestallos con prisiones  
Cuando les alegaban defensioniones.

Al tiempo quel testigo declaraba  
Debajo de solemne juramento,  
El falso Juan Rodriguez asentaba  
Lo que no le pasó por pensamiento,  
Sino lo que Vadillo deseaba,  
Por dar colores á su mal intento;  
Y púdose saber de cierta ciencia  
Cuando se les tomaba residencia.

Entre tanto que causas difinia  
Por términos que no tuviera moro,  
A los indios de paz gentes envia  
A que por fas ó nefas diesen oro,  
Y en estos miserables se hacia  
Una crueldad dignisima de lloro:  
Baltasar de Ledesma los regia  
Y Montemayor era también guia.

Estos dos capitanes fueron tales  
Y tan perjudiciales y nocivos,  
Que demás de roballes los caudales  
De cuanto contenian sus archivos,  
Llevaron presos muchos naturales  
Que hicieron esclavos y captivos.  
Sin causa de delitos cometidos,  
Antes siendo de paz y repartidos.

Seria de quinientos la partida,  
Digo quinientos de Cipacua sola,  
Mozos y mozas gente muy lucida  
Contra la voluntad sacra charola;  
Y el Vadillo después de recebida  
Mandólos enviar á la Española  
Para sus intereses y ganancias  
Y servir en ingenios y en estancias.

Robando pues estos alderredores  
Una noche soldados que velaban,  
Vieron desde la cumbre resplandores  
Que sobre Calamar reverberaban,  
Y tuvieron por cierto ser ardores  
De casas que en el pueblo se quemaban:  
Y así por la distancia ser cercana  
Vinieron en llegando la mañana.

Pero lo que pensaron no fué cierto  
Ni hallaron el pueblo con desdoro,  
Sino mayores males en el puerto  
Y en aquel tiempo dignos de mas lloro:  
La causa desto por haberse muerto  
Su buen obispo fray Tomás de Toro,  
Así que la señal esclarecida  
Dió clara muestra de su buena vida.

En estos mismos dias César vino  
Al pueblo de Urabá de su jornada,  
Con mas de cien mil pesos de oro fino;  
Pero toda su gente fatigada,  
Por ser trabajosísimo camino  
Aquel por do hicieron el entrada,  
Montañas bravas, por cuyos conveses  
Anduvieron perdidos siele meses,

Tierra lluviosa, ciega y espantable,  
De todo morador aborrecida,  
Sin recurso de cosa saludable  
Que pudiera servilles de comida;  
Y por ser tal y tan inhabitable,  
Se vieron en gran riesgo de la vida;  
Sustentábanse con arbóreos tallos  
Y con hoja de cañas los caballos.

Hecho cien mil pedazos el ropaje  
De romper por aquellas espesuras,  
Y por los grandes cienos del viaje  
Llenos de lagas y de desventuras,  
No les quedaba callo de herraje  
Y los caballos ya sin herraduras;  
Faltabanles ya diez de los mas buenos,  
Y de los españoles veinte menos.

Yendo pues con miseria tan continua  
A desastrado fin suelta la rienda,  
Sin esperanza de la medicina  
Que promete salud á la vivienda,  
La gran bondad de Dios les encamina  
Un arroyo do vieron cierta senda,  
Y aunque de pocos hueslos y maltrita  
La gente cuasi muerta resucita.

Siguiéronla por ver si su costumbre  
Los guía donde van sus esperanzas,  
Y sacólos á tierra de mas lumbre,  
Mejores influencias y templanzas:  
Por ella suben hasta cierta cumbre.  
Devisan rasos campos con labranzas,  
Tantas y tan crecidas poblaciones  
Que se vían en grandes confusiones.

Porque se vían todos de mal arte,  
Hambrientos, fatigados y dolientes,  
Y así les parecia no ser parte  
Para salir á dar con tantas gentes;  
Y demás de sentir flaco su marie  
No tenían caballos convenientes;  
El uno extremo y otro les es duro,  
Mas tomaron al fin el mas seguro.

Aqueste sobredicho potentado  
Es tierra del Guacá que se derrama  
Por rico mineral á cada lado,  
Cuya grandeza publicó la fama;  
Y el indio de quien era gobernado  
Utíbará supieron que se llama;  
Hicieron pues los nuestros sus conciertos  
De estar se por entonces encubiertos.

Por ir apriesa Titan al ocaso  
Y esperar á sazón mas conveniente;  
E ya de día, por henchir el vaso  
Y dar satisfacción al mal terrible,  
Salieron todos ellos á lo raso  
Con aquel orden que les fué posible,  
Y no pararon con los escuadrones  
Hasta meterse por las poblaciones.

Firmes se hacen en el valle llano  
No sin admiración de los vecinos,  
Porque nunca jamás vieron cristiano  
Ni caballos hollaron sus caminos;  
Buscaron pues los españoles grano,  
Y dieron de comer á los rocinos;  
Los hombres bárbaros temblaban dellos  
Oyendo sus relinchos y resuellos.

Hablóles César análogamente  
Con lengua que traía curiosa,  
Y puesto caso que era diferente  
Entendian al fin alguna cosa;  
Acude grande número de gente  
A la que tienen por maravillosa,  
Trayéndoles á todos por momentos  
Gran abundancia de mantenimientos.

Mas Francisco de César, aunque vido  
Ser de sinceridad el apariencia,  
Como capitán diestro y advertido  
Velábase con grande diligencia,  
Porque se via mal aperechido  
Y de los indios grande la potencia;  
Demás desto muy flacos los caballos  
Para con las espuelas fatigallos.

A cabo pues de tres ó cuatro días,  
Supo por mensajeros en la sierra  
Utíbará que nuestras compañías  
Andaban recorriéndole la tierra,  
Y para quebrantar sus lozantías  
Trajo como dos mil hombres de guerra,  
Con flechas, hondas, y con largas lanzas  
Y con sus atambores y ordenanzas.

Habia de cornetas gran repique  
Osteutando sus fuerzas y poderes,  
Y todos cuantos son puestos á pique  
Segun requieren tales menesteres:  
En ricas andas traen al cacique;  
También viene gran suma de mujeres  
A gozar de la caza castellana,  
Que todos allí comen carne humana.

Cuando venian era de ver dino  
El orden que traian los salvajes,  
Aquellas joyas ricas de oro fino,  
Aquella gran soberbia de plumajes,  
Aquel alborotado torbellino,  
Aquellos ademanes de corajes,  
Y de los españoles el mas fuerte  
Tragada, como dicen, ya la muerte.

Puestos en Dios los flacos corazones,  
Haciendo votos y prometimientos,  
Y suplicándole con oraciones  
Que les libre de tales detrimientos,  
Porque tan crudelísimas naciones  
No hagan de sus carnes alimentos,  
Mas prestos los dolientes y los sanos  
A se valer de Dios y de sus manos.

General del ejército pagano  
Que los unos y otros animaba  
Era de Utíbará menor hermano,  
Que no se supo cómo se llamaba:  
De grandes miembros, mozo tan lozano  
Que todos los demás sobrepujaba  
En la disposición y en ornamentos,  
Y en sus astucias y acometimientos.

Bajó pues la beligerá refriega,  
Segun guerreros usos ordenados,  
Hasta ponerse dentro de la vega  
Do los nuestros estaban afirmados,  
Que viendo la gran furia que se llega  
Salen á su defensa reportados;  
Por todos son ochenta solamente,  
Entrellos de caballo hasta veinte.

Baten las piernas en las confianzas  
Del que domina las eternas sillas,  
Rompiendo van los hierros de las lanzas  
Bárbaros hombros, pechos y costillas;  
Y por aquellos campos y labranzas  
Hacian todos ellos maravillas,  
A las espaldas siempre los peones  
Apriesa meneando los talones.

Si osar desmandarse de la huella  
De los caballos que les van delante,  
Y al escuadron que ven que se atropella  
Acude cuchillada penetrante;  
Para poder en ellos hacer mella  
Presume cada cual de ser gigante,  
Pues no les iba menos que las vidas  
Si con intermision dan las heridas.

El animoso César, hecho torre  
Que por diversas partes es batida,  
Ningun escuadron halla que no horre  
Dejando los regentes sin la vida;  
Vuelve sobre los suyos, y socorre  
La parte que ve mas enflaquecida,  
Y el caballo de carnes mal compuesto  
A todos lances lo hallaba presto.

Las voces y terribles alaridos  
Rompen los aires hasta las estrellas;  
Resuenan por los campos estendidos  
Los gritos de las dueñas y doncellas;  
En diferentes partes hay gemidos  
Y sones de mortíferas querellas;  
Gesa con ellos, porque son mayores,  
Aquel de sus cornetas y atambores.

Y el César todavía con regardos,  
Porque su gente no se desordene,  
Va derribando de los mas gallardos  
Con tal velocidad cuanto conviene;  
Acometia no con pasos tardos,  
Y sobre sus peones luego viene  
Haciendo de sus golpes el empleo  
En los que via con mejor arreo.

Bien como torbellino violento  
Que lleva su furor por la cultura  
De plantas do de fructas hay aumento,  
Del cual ninguna puede ser segura;  
Mas con los soplos del nocivo viento  
Siempre suele caer la mas madura,  
Y con mas lijereza que de jara,  
Donde los daños hace no repara:

A su similitud y semejanza  
El violento César y arriscado,  
Rompiendo por aquella gran pujanza  
Berriba lo mejor y mas granado,  
Recambiando los lances de su lanza  
A diestra mano y al siniestro lado,  
Precipitando cuerpos por el suelo  
Y recogiendo con presto vuelo.

Viendo tanta matanza como digo  
Utibaré se pasma con espanto,  
Y mucho mas dè ver un enemigo  
Solo ser causa de tan duro llanto;  
Y no sé yo si César el antiguo  
Con Petreyo y Afranio hizo tanto,  
Cuando con hechos dignos de memoria  
Les quitó de las manos la victoria.

Pues es así quel general maestro,  
Hermano del cacique que los rige,  
Llegó los derramados como diestro  
Y en escuadron formado los corrige,  
Y con su cuerno del lugar siniestro  
Al batallon cristiano mal allige,  
Porque con picas largas tal se cierra  
Quel español cansado pierde tierra.

Bien así como cuando toscas gentes  
Encierran el indómrito ganado,  
Que por partes que son mas convinientes  
Lo llevan recogido y enhilado;  
Pero si vuelven las cornudas frentes  
A ellos, han por bien de daltos lado,  
Huyendo su furor sin aguardallo,  
Eso me da de pié que de caballo:

No menos fué la grande arremetida  
Desta gente feroz y carnicera,  
Pues cuando todos iban de vencida  
Y el español allana su carrera,  
La gente por el indio recogida  
Una carga le dió de tal manera,  
Que con aquel estremo de congoja  
Traia cada cual la mano floja.

El animoso César bien lo via,  
Y á gran prisa volvió por aquel lado;  
Procuró de romper, mas no podia  
A causa del caballo ya cansado,  
Demás de que con larga piquería  
Aquel gran escuadron halló cerrado,  
Los cuantas dellas en el suelo puestos  
Y guindas las puntas á los gestos.

Andando pues en el guervero trato  
Como leon que busca sus despojos,  
En las mayores furias del rebato  
En aquel principal puso los ojos,  
Y dijo con gemido: « Si este mato,  
Honroso fin ternán nuestros enojos;  
No sé qué medio tenga ni qué haga  
Para dar fin á tan ardiente plaga.»

Al cielo van sus ojos con suspiro,  
Y dijo: « Dios inmeuso, soberano,  
Mirad la desventura que yo miro  
Si nos vence furor tan inhumano;  
Y así para que pueda hacer tiro,  
Guíe la vuestra mi cansada mano;  
No prevalezcan los que no os entienden  
Y con tantas maldades os ofenden.»

Para hacer el tiro que nivela  
Sobre los dos estribos se levanta;  
El brazo sacudió y el asta vuela  
Eucaminada con ayuda santa,  
Pues el golpe le dió, y el hierro cuela  
Rompiéndole por medio la garganta;  
Quedó pendiente del robusto cuello,  
Y luego le faltó vital resuello.

El suelo maculó con su caída,  
Forzado de mortales confusiones;  
Por ambas partes vierte la herida  
Sangre que sale dél á borbollones,  
A vueltas de la cual salió la vida  
Con tal espanto destos escuadrones,  
Que todos cuantos junto dél confinan  
Con fria confusion se remolinan.

Bien como puercos en el arboleda  
Que son de cauto lobo saltados,  
Y con gruñidos grandes forman rueda,  
Volviendo los colmillos afilados  
Con tenazadas para que no pueda  
Sacar al ya herido por los lados:  
Así se puso quien se halló junto,  
Teniendo que les lleven el defunto.

Y luego con aqueste pensamiento  
Lo levantaron del sangriento llano,  
Y con arrebatado movimiento  
Lo pusieron delante del hermano,  
El cual con entrañable sentimiento  
Del campo por entonces alzó mano;  
Y así se recogieron los gigantes  
No con el brio que vinieron antes.

Pues lamentando suben por el puerto,  
Sin mas mirar la gente forastera,  
Utibaré pegado con el muerto,  
Haciéndolo llevar en su litera:  
Los españoles puestos en concierto  
Hasta que traspasaron la ladera,  
El de mas humildad y el menos manso  
Harto necesitado de descanso.

Mas como de los rostros y mejillas  
Cesasen ya los cálidos sudores,  
Hincando por el suelo las rodillas  
Dan gracias al Señor de los señores,  
Obrador de tan grandes maravillas,  
Tantos bienes, mercedes y favores,  
Pues en aquella peligrosa suerte  
Ningun herido dellos fué de muerte.

Desarman los caballos y á sus puntos  
Diéronles de maíz bateas llenas;  
Cenaron ansimismo todos juntos  
Sobresaltadas e hijeras cenas,  
Habienlo despojado los difuntos  
De joyas de oro que trajeron buenas  
Diademas, chagualas, capacetes,  
Orejas y ricos brazaletes.

No parecia indio ni semeja,  
Hasta que ya pasó tercero día,  
Que captivaron una buena vieja,  
A quien amenazaban á porfia  
Que le desollarían la pelleja,  
Si buenamente no les descubria  
Dónde tenían sus enterramientos  
Los indios cuyos eran los asientos.

Con el deseo de se ver segura  
De tan cruel ensayo y aspereza,  
Dijo que les daria sepultura  
De donde sacarán mucha riqueza;  
Que la mostrase luego se procura  
Por estar su salud en la presteza:  
Estaba pues tres leguas de desvio,  
Y habian de pasar un grande rio.

Siendo certificados y advertidos  
De cómo les daria buena pella,  
De cosas necesarias proveidos,  
La vieja caminó, siguen su huella,  
Y porque no cumplió ser divididos  
El campo todo junto fué tras ella:  
Vieron el grande rio nada sesgo,  
Mas al fin se pasó sin traer riesgo.

La temerosa vieja que los lleva,  
En cierta parte poco montüosa  
Manifestó la boca de la cueva  
Cubierta de una bien labrada losa;  
No fué para hacer cúpida prueba  
La gente castellana Perezosa,  
Bajando por algunos escalones  
Con lumbré para ver bien los rincones.

Sepulcro fué, según que parecia,  
Y entierro de señor cualificado,  
Por ser todo de buena cantería,  
Y a manera de bóveda labrado:  
Buscóse lo que mas se pretendia,  
Y hallaron de oro buen recado,  
Pues los públicos fueron cien mil pesos  
Sin los que por los senos fueron presos.

Porque llegó la noche y obscurana,  
Cercanos al raudal se detuvieron,  
Y llegada la luz de la mañana  
Pasaron con la priesa que pudieron,  
Y para se afirmar en tierra llana  
Al lugar conocido se volvieron,  
Donde tomaron otra vieja buena  
Que por ventura los libró de pena.

Porque les descubrió que congregaba  
Utilbara gran número de gentes,  
Y que la tierra toda se juntaba  
Con armas y furiosos accidentes;  
Con cuyas nuevas cada cual temblaba,  
Por ser tan pocos, y los mas dolientes,  
Y de comun acuerdo todos quieren  
Dejar la tierra sin que los esperen:

Pareciéndoles cosa mas segura  
Estar de su furor larga distancia  
Que subyectar á riesgo y aventura  
Las vidas y las honras y ganancia;  
Pues aquello que dió la sepultura  
Valor y caudal era de substancia;  
Y así puestos en orden y concierto  
Volvieron riendas al marino puerto.

Guiando por diversa derescera  
Pablo Fernandez, adalid famoso,  
Atinó siempre, pero de manera,  
Que fué camino menos trabajoso,  
Y en cincuenta y tres dias de carrera  
Llegaron al lugar de su reposo,  
Que es Urabá, donde dijimos antes  
Llegar aquestos mismos caminantes.

Llegados á la mar y á su castiello  
Estos á quien libró propia prudencia,  
El César preguntó por su caudillo  
Para le dar razon con obediencia;  
Y respondióse cómo Vadillo  
Le toma rigurosa residencia,  
Al insigne valor dando baldones,  
Y á buen servicio malos galardones.

El buen César responde no ser digna  
Su gran virtud de semejante pena,  
Y decía ser intencion malina  
La que con tal rigor se desenfrena;  
Y así con sus soldados determina  
Partirse luego para Cartagena,  
A ver la residencia cómo anda,  
Y lo que por Vadillo se le manda.

Puestos en Calamar la luz absente,  
Ver al gobernador fué lo primero,  
Entregándole muy secretamente  
La parte que le cupo del dinero,  
Y consolándole del mal presente;  
Ven la presencia del juez severo,  
Que por lo que de César habia oido  
Contento recibió cuando lo vido.

El César le habló como discreto,  
Vadillo lo regala y acaricia,  
Ambos á dos hablaron en secreto  
De cosas que rastrean la cudicia,  
Preguntándole muchas, y en efeto  
César dijo traer cierta noticia  
De prósperos y auríferos terrenos,  
Cuyos principios vieron y eran buenos.

Dió cuenta del recuento riguroso  
Pintándole con encarecimiento,  
Y ser negocio rico y honoroso  
Continuar aquel descubrimiento;  
De suerte que el letrado cudicioso  
En esto colocó su pensamiento;  
Y percebidas bien las relaciones  
Con el César habló tales razones:

«Para que tanta tierra se subyete,  
Rica segun se ve por el indicio,  
La continuacion á vos compete,  
Por ser tan singular en el oficio;  
Pues vuestra buena fama me promete  
Que á Dios y al rey hareis este servicio.  
Y otra paga mejor y otros provechos  
Acá sabremos dar á vuestros hechos.

»Que bien sé del pasado desvarío  
Y de vuestros honores el embargo;  
Mas el gobierno ya, señor, es mio;  
En el cual duraré por tiempo largo;  
Y así demás de daros buen aviso,  
Quiero restituiros vuestro cargo  
De general y mi lugarteniente,  
Con poder y recado conveniente.

»A todos los que siguen vuestro bando  
Bien les podéis decir y hacer ciertos  
Que los Heredias ya no tienen mando,  
Y que pueden contallos con los muertos;  
A miserable fin se van llegando  
Por sus intolerables desconciertos,  
Y mas en apelar de mi sentencia  
E ir á España con su residencia.

»Sus causas van asaz bien substanciadas,  
Y tan probadas culpas cometidas  
Que les harán mercedes señaladas,  
Si los dos escaparen con las vidas;  
Pudieran las sentencias pronunciadas  
En muy mayor rigor ser convertidas,  
Y á mi me culpára cualquier prudente  
Por haberme mostrado tan clemente.

»Muchas cosas intentan y menean  
Para disminucion de su delito;  
Llanisimo negocio fanlasean  
Con ser el de sus culpas infinito;  
Y allá me lo dirán desde se vean  
Los crimines atroces por escrito,  
Do se conocerá patentemente  
Que yo no me moví por accidente.

»Mas desto no se tracte, pues que tiene  
Su fin y paradero con revista:  
Volvamos al Guaca, donde conviene  
Llevar mas adelante la conquista;  
Para lo cual vuestra merced ordene  
Cómo hagamos luego nueva lista  
Y por entrambas partes se trabaje  
De dar buenos despachos al viaje.»

Dijo Vadillo lo que le parece  
Convenir mas á su aprovechamiento;  
Y el Francisco de César agradece  
Aquella voluntad y ofrecimiento;  
Demás de que las cosas engrandece  
Que vieron en aquel descubrimiento;  
Y así con atención á sus provechos  
Se conformaron ambos á dos pechos.

En seguimiento pues de su rencilla  
Pendiente de testigos y probanzas,  
Pedro de Heredia fue para Castilla,  
Alentado de buenas esperanzas:  
Al Alonso por cárcel de la villa,  
No sin seguridades de fianzas,  
Habiéndose pasado ya dos años  
Que duraban las penas y los daños.

En aquesta sazón el uso viejo  
De la veloce fama frecuentado,  
Mediante prevenciones y aparejo,  
Habia en la Española publicado  
Tomarse mal en el real consejo  
Las insolencias deste licenciado,  
Por cuyos desvarios y demencia  
Con brevedad vernia residencia.

Como la nueva desto se tendiese,  
Por quien amistad llana le debía,  
Aviso se le dió para que viese  
Aquello que á su honra convenia,  
Y con mejores obras deshiciese  
Lo que por sus contrarios se decía,  
Pues todos publicaban sinrazones  
Indignas de sus buenas opiniones.

Y si de sí sentia maloficio  
Y olor alguno de juez tirano,  
Procurase hacer algun servicio  
A Dios y al rey y al reino castellano;  
Pues tenia soldados y el oficio  
Y buenas ocasiones en la mano,  
Y tal podría ser alguna dellas  
Que no diesen oídos á querellas.

Las cartas vistas y por él abiertas,  
Como le remordia la conciencia,  
No tuvo tales nuevas por inciertas;  
Mayormente viniendo del audiencia;  
Túvolas solapadas y encubiertas,  
Mas no para huir de su sentencia,  
Pues luego hizo junta de varones,  
Con quien comunicó sus intenciones.

Y díjoles: «Señores, mi deseo  
Es de servir á la real corona,  
Y pues á quien le da mejor empleo  
Su Majestad, mejor lo galardona,  
En aquesta jornada que proveo  
Yo me quiero hallar por mi persona;  
Que no conviene, yendo tanto bueno,  
Quedarme yo las manos en el seno.

»Mi determinacion es la que digo,  
Y en cualquiera rigor hallarme quiero,  
Sin rehusar encuentro de enemigo  
Ni de sangrienta lid el trance fiero;  
Todos terneis en mí fiel amigo,  
Un llano capitán y compañero,  
Y en el gobierno y en el tratamiento  
A ninguno daré desabrimiento.

»Y pues tenemos todo buen recado  
Y el tiempo de verano nos convida,  
Pido las voluntades y cuidado  
Para la brevedad de la partida;  
La falta del que va mal aviado,  
Antes hoy que mañana me la pida,  
Porque sin reservar dinero mio  
Procuraré de dalle buen avio.»

Vista su voluntad, con la blandura  
De tanto cumplimiento cortesano,  
Correspondieron con lo que procura  
No menos el mancebo quel anciano;  
Diciéndole tener á gran ventura  
Que los rigiese tan ilustre mano,  
Pues con tal capitán duda ninguna  
Tenian de su próspera fortuna.

Conocido de todos el intento  
Que de seguir el suyo se tenia,  
Vadillo, lleno de contentamiento,  
A cada cual las gracias le rendia,  
Y para su mejor aviamiento  
Las cosas necesarias proveia;  
Y todos ellos luego hacen prestas  
Fumosas escopetas y ballestas.

Ocupan fraguas en hacer harpones;  
Afilanse las lanzas, las espadas;  
Afórranse los duros morriones,  
Los defensivos cascos y celadas;  
Ponian á las armas hebillones  
Que tienen de algodones preparadas,  
Manijas y brazales de rodela,  
Por mas fortalecer tales tutelas.

De trescientos soldados es la copia,  
Varones de valor y vigilancia,  
Bien aviados á su costa propia,  
Por tener de dineros abundancia;  
Van mas de cien esclavos de Etiopia  
Que hubo cada cual de su substancia;  
De indios y de indias gran bullicio,  
Que también llevan para su servicio.

Llevaban de caballos copia larga,  
Que podian romper cualquier rencilla,  
Porque demás de muchos para carga  
Iban sobre doscientos para silla,  
Do pueden menear lanza y adarga  
Los jinetes que van en la cuadrilla;  
Llevan sus faldas, pechos y testeras.  
Con otras circunstancias cumplideras.

Presentan al Vadillo pues la lista  
De todos los soldados principales  
Aderezados para la conquista,  
De fieros y remotos naturales;  
La cual, como ya fuese por él vista,  
Nombró los capitanes y oficiales:  
A César hizo general teniente.  
Por ser para tal cargo suficiente.

Fué capitán de la caballería  
Juan de Villoria, noble caballero;  
Por consiguiente del infantería  
Alonso de Saavedra, tesoroero,  
Montemayor alferez, y regia  
El escuadron que llaman machetero  
Baltasar de Ledesma, que continuo  
Había de romper duro camino.

Escuadra fué Francisco de Mojica  
Y otro dicho Joan Ruiz de Molina,  
Y con los mismos cargos les aplica  
A un Caravajal y otro Medina,  
Y á Noguero!, que ser francos publica,  
A quien muerte criel hado destina,  
Pues fué de los soldados el primero  
Que peleando vió su fin postrero.

Es adalid por sus antigüedades  
Pablo Fernandez, que en los menesteres,  
Inconvinientes y necesidades,  
Tuvo bien acertados pareceres;  
Son sus colaterales Juan de Frades,  
Un Portalegre y un Alonso Perez,  
De quien en los rigores ó bonanzas  
Hizo Vadillo grandes confianzas.

Para celebracion de sacramentos  
Van cuatro religiosos ordenados,  
De quien no sé decir sus nombramientos,  
Y es porque no me fueron declarados;  
Llevaronse cumplidos ornamentos  
A santos sacrificios dedicados:  
También llevan trompetas y clarones  
Para mover humanos corazones.

Aderezados ya desta manera,  
Un bando de atambor la gente llama  
Para que se juntasen á bandera,  
Al tiempo que á Titon deje su dama;  
Mas entre tanto aquellos salen fuera,  
Yo determino de tomar mi cama,  
Pues apresura Cintia sus caballos  
Y se reiteran voces de los gallos.

## CANTO SESTO.

Donde se cuenta cómo el licenciado Joan de Vadillo salió del puerto de Cartagena por la mar hasta llegar á Urabá, y desde allí fué en demanda del Guacá y otras provincias, y las cosas acontecidas en aquella jornada.

Cuando con lumbre de la cuarta esfera  
Se descubria tiempo matutino,  
Y el mismo rey de Delos con carrera  
Veloce visitó décimo sino,  
Siendo ya quince cientos de la era  
Y treinta y nueve del natal divino,  
Sonaron trompas que la gente vaya,  
Y así se congregaron en la playa.

Vergas en alto tienen los navios,  
Prestos en la ribera los bateles;  
Embarcanse caballos y atavios,  
Soldados, capitanes, coroneles;  
Hacen de Calamar luego desvios,  
Hinchen velas los vientos infieles,  
Entonces buenos, pues con larga escota  
Al puerto de Urabá llegó la flota.

Fueron en aquel pueblo recibidos  
De los vecinos con amor fraterno,  
Y negocios algunos proveidos  
Por el Vadillo cerca del gobierno,  
Vuelven á los navios referidos  
Porque los convidó viento galerno;  
Llegaron á la playa de aquel puesto  
A donde Julian fué descompuesto.

El práctico soldado y el novicio,  
Para prosecucion de su viaje,  
Desembarca caballos y servicio  
Con los demás pertrechos y fardaje;  
Hierve la diligencia y el bullicio,  
Enfardelándose matalotaje.  
Harina de maíz, antes tostado,  
Para se sustentar en despoblado.

Hicieron del asiento su partida  
Después de cuatro días ya pasados ;  
Y por la tierra ser desproveyda  
Por partes que sabían los soldados,  
Por llevar en caballos mas comida,  
Iban á pié los mas cualificados,  
Pareciéndoles ser crüel batalla  
La gran necesidad de vitualla.

Pasan por Urabaibe, pueblo antiguo  
En aquella sazón ya despoblado ,  
Cuyo señor solia ser amigo,  
Y entonces á los montes retirado ;  
Atraviesan desiertos sin abrigo ,  
Adonde les valió su buen recado ;  
De allí fueron peones y caballos  
Al río que llamaban de los Gallos.

Que todas estas gentes convecinas,  
En tiempos atrasados de Pedrarias  
Iban á contractar á las marinas  
Y habian de españoles cosas varias :  
Y así corrió la casta de gallinas  
Por las gentes de paz y las contrarias :  
El río pues tomó tal apellido  
Entonces por un caso sucedido.

Y fué, que caminando por aquesta  
Parte ciertos soldados atrevidos ,  
Como no se hallase senda presta  
Ni rastro para ver bárbaros nidos ,  
El canto de los gallos manifiesta  
La parte donde estaban abscondidos :  
Así que por los hombres de aquel uso  
El río de los Gallos se le puso.

Hallóse pues allí rastro patente  
Y buella de salvaje compañía ;  
Luego Pablo Fernandez fué con gente  
Para poder tomar alguna guía ;  
El campo caminó por consiguiente  
Al río que del Tigre se decía,  
Por un tigre que César habia muerto  
Al tiempo que pasó por aquel puerto.

Allí con música no mal compuesta  
Se celebró, por ser su santo día ,  
La Purificacion , divina fiesta  
De nuestra benditísima Maria ;  
Y el licenciado tuvo mesa puesta  
Donde regocijó la clerecia,  
Repartiendo con ellos sus regalos  
En tiempo que ningunos eran malos.

Y para mejor postre de la mesa  
El buen Pablo Fernandez allí vino,  
El cual traía cierta gente presa  
Y cuatrocientos pesos de oro fino ;  
Recibieron contento con la presa  
Y otro día prosiguen su camino,  
Llevando ciertos indios á recado  
Para que los metiesen en poblado.

Sabían ya de nuestros españoles,  
A causa de sonar los ministriles  
Por aquellas alturas y peñotes  
De bárbaros desnudos y hombres viles ,  
Que meten dentro de unos caracoles  
Por gran honestidad miembros viriles ;  
Las mujeres encubren sus mancillas  
Con hojas ó con ciertas pampañillas.

Yendo marchando pues con buen avío  
Segun suelen en guerra los expertos ,  
Encima las barrancas de aquel río  
Había muchos indios encubiertos ;  
Pasan los nuestros sin hacer desvío  
Porque de la celada van inciertos,  
Y al tiempo que la recta guardia llega  
Comienza la beligerá refréga.

Suena terrible grito y estampida  
Del indio que del paso se aprovecha ,  
Por ser aquella parte la subida  
Y por otra ninguna se desecha ;  
Vuela sobre la gente detenida  
Innumerable piedra, dardo, flecha ;  
Resueñan las rodela y celadas  
Que de las duras piedras son tocadas.

Bien como cuando veis cielo sereno,  
Y repentinamente de verano  
Viene nublado de tormenta lleno  
Amenazando pago comarcano ;  
El cual rompiendo con horrendo trueno  
Perjudicial y congelado grano,  
Es por los bravos vientos esparcido  
Con impetuosísimo ruido :

Así después de dar horrenda grito  
Los abscondidos en lugar secreto,  
Tan áspero turbión se precipita  
De tiros incitados por Aletto ,  
Que al escuadron cristiano necesita  
A irse retirando del aprieto ,  
Pues á causa de ser lugar estrecho  
No fueron los caballos de provecho.

Hallábase la gente como manca  
Sin poder menear hierros agudos,  
Mas los peones de la gente blanca,  
Cubiertos de los cóncavos escudos,  
Procuran de ganalles la barranca  
Do se fortalecian los desnudos ;  
Y después de pelea bien reñida  
Al cabo los pusieron en huida.

Tantos fueron los dardos y la piedra  
Contra la gente bien apercebida ,  
Quel caballo murió de Saavedra ,  
Y los heridos mas tuvieron vida ;  
Hirieron un trompeta dicho Tiedra,  
Pero no fué de muerte la herida :  
Luego con toda presa se procura  
Salir de la quebrada y angostura.

Atravesando van tierras vacías  
Hasta el río de los Caricuries ,  
Así llunado porque en estos días  
Tomaron dos á ciertos alfaquíes ;  
Después al río de las Monterías,  
Porque mataron ciertos jabalies ;  
Luego dirigen las humanas proas  
Al río dicho de las Barbacoas.

Dieron algun vagar á sus porfias  
Por ser aquel terreno menos ciego,  
Y haber peregrinado muchos días  
Sin que hallasen dó tomar sosiego ;  
Salió con gente para tomar guías  
El adalid Pablo Fernandez luego,  
Entre tanto quel campo descansaba  
Y otro mejor recurso se hallaba.

Por otra parte fué también Mojica  
Para buscar país que se cultive,  
Pues en tierra do estan, por no ser rica,  
De gente natural muy poca vive,  
Y diferente trocha los aplica  
A la provincia que llaman Abive ,  
Terreno de poquitos moradores ,  
Mas eran curiosos labradores.

Humana carne comen todos ellos,  
Y es gente de gallarda compostura ;  
Traen ellas y ellos los cabellos  
Tan largos que traspasan la cintura ;  
Hombres luengos de zancas y de cuellos  
El cuerpo sin ninguna vestidura ,  
Pero cubren las partes vergonzosas  
Con pedazos de manta y otras cosas.

Gente de soberbísimo semblante,  
De corazon ativo y esforzado ;  
Tienen caza de puerocos abundante  
Y cantidad inmensa de pescado ;  
Hallaron pues los que iban delante  
Quinientos pesos de oro mal labrado,  
Mas era tan cabal en la fineza  
Que prometia mucha mas riqueza.

Pues como se juntasen sin sentillo  
En Abive por via diferente  
Francisco de Mojica y el caudillo  
Pablo que caminó primeramente ,  
Envían mensajeros á Vadillo  
Para que venga luego con la gente ,  
Pues en aquel lugar que represento  
Se hallaba gran copia de alimento.



Como llegasen estos mensajeros,  
Recógense los toldos con presteza;  
Van adelante los hazadoneros  
A fin de remediar el aspereza  
De las barrancas y derrumbaderos,  
Bajadas y subidas de grandeza,  
Porque todos aquellos son caminos  
De todos los del mundo mas malinos.

Llegados á las dichas rancherías  
Donde los esperaban los soldados,  
Allí holgaron mas de veinte días  
Sin ser de naturales contrastados,  
Hasta tanto que ya las compañías.  
Y los caballos fueron reformados;  
Mas todavía por los malos puertos  
Quedaron seis caballos allí muertos.

El cuarto día siendo pues llegado  
De aquel mes que tomó nombre de Marte,  
Con voces de trompetas fué mandado  
Salir y caminar el estandarte  
Por áspero camino y encumbrado,  
Sin lo hallar mejor por otra parte;  
Y de caballos, cuando se subía,  
Cuatro se despeñaron aquel día.

Sierras montosas faltas de las lumbres  
De rayos cuya vista da consuelo,  
Tales que parecían que sus cumbres  
Comunicaban con el alto cielo;  
Y para mas molestas pesadumbres  
Lodos intolerables por el suelo;  
Y allí los que pasaban delanteros  
Caminaban mejor que los postreros.

Por ser aquel camino de manera,  
Con la blandura grande que tenía,  
Que cuanto mas hollado peor era  
Y dél con mas trabajo se salía;  
Y algunas veces toda la bandera  
Dormir en una parte no podía,  
Sino que cada uno se quedaba  
Do la lluviosa noche lo tomaba.

Y si por aquel bosque tan extraño  
Oviere naturales congregados,  
Hicieran ciertamente mucho daño  
En los que se quedaban rezagados;  
Mas la maleza dél fué desengaño  
Para no recelarse los soldados;  
Y en esta pena de rigor terrible  
Vadillo hizo mas de lo posible.

Y así mas adelante se desliza  
Y fué por estos trabajosos lodos,  
Hasta que ya halló casa pajiza  
Y al cuarto día se juntaron todos;  
Miércoles señalado de Ceniza  
Do se tomó segun cristianos modos,  
Y con la ceremonia que conviene  
Allí se celebró misa solene.

Bajó luego la gente fatigada  
Aquel jueves que fué día siguiente,  
Y otra sierra peor que la pasada  
Por donde tienen de ir vieron en frente,  
En dos partes la gente separada  
Fué, porque vayan mas comodamente:  
Vadillo con los unos va delante,  
Y Villoria quedó con el restante.

Papel ni pluma no serán bastantes,  
Ni hojas ni prolijas escrituras,  
Si queremos de trances semejantes  
Particularizar las desventuras  
Que padecieron estos caminantes  
En aquellas montañas y espesuras;  
Gastaban pues aquestos días todos  
En sacar los caballos de los lodos.

No bastaba la sogá ni correa,  
Y todos, ya sin sillás y sin freuos,  
Amos y ellos van de una librea,  
Pues todas las cubiertas eran cienos:  
Valióles mucho gente de Guinea  
Que para los trabajos eran buenos,  
Pues en rigores tan intolerables  
Eran ellos los mas infatigables.

Y muchas veces les acontecia  
Sacando los caballos de la greda,  
El pié que entre raíces se metía  
De las espesas matas y arboleda,  
No vello de la suerte que solía.  
Porque la uña dentro se le queda:  
Y así servían en aquel viaje  
Muchos rocines de natalotaje.

No dejaba por esto su demanda  
Aquel que lleva la real conduta,  
Hasta que vieron en contraria banda  
Tierra mas clara y algo mas enjuta  
Adonde reparó; mas luego manda  
Que con alguna gente bien instruta  
Camine Pablo porque los adiestre,  
Hasta ver tierra que mejor se muestre.

Como tuviese Pablo gente presta  
Cual era menester en su contienda,  
Dos días le duró tierra molesta,  
Al cabo de los cuales vido senda  
Que rastro de seguir les manifiesta  
Y aliento para mas soltar la rienda;  
Y así fueron con buenas esperanzas  
Hasta que vieron pueblos y labranzas.

Era valle de grande circúito,  
De espesas y bien puestas poblaciones;  
Aqueste se llamó valle del Pito,  
Que yo no sé decir las ocasiones;  
Mas número de chinches infinito  
Hay por allí contrarios en faiciones;  
Llámanse pitos, tienen las costumbres  
De chinches y aun mayores pesadumbres.

Encima de los próximos oteros  
Quedó Pablo Fernandez encubierto:  
Al gobernador hizo mensajeros  
Para que de lo visto fuese cierto,  
Y se partiese con los compañeros  
A ver lo que tenían descubierto;  
El cual visto mensaje tan aceto  
Mandó que se partiesen al efeto.

Con la apacible priesa caminando  
Llegaron donde Pablo los espera,  
Y allí hicieron noche, consultando  
El orden que ternán en salir fuera;  
Dióse por parecer que salgan cuando  
Venga la lumbre de la cuarta esfera;  
Y puestos en el orden conviniente  
Esperaron á ver la roja frente.

Quando la sombra de la noche triste  
De aquellos horizontes rehúta,  
El róseo color en quien consiste  
La lumbre clara del alegre día  
Las cumbres altas y los valles viste  
Con aquel resplandor que les envía;  
Alistaron pertrechos necesarios  
Para salir á dar en los contrarios.

Mas antes de dejar montes opacos  
Hizo Vadillo sus razonamientos,  
Y los vestidos de estofados jacos  
Correspondieron bien con sus intentos,  
Los hambrientos caballos, aunque flacos,  
Parecían tener nuevos alientos,  
Pues viéndose con armas van alegres  
Barruntando tambicu llenos pesabres.

Y así llegados á la gran zavana,  
Cubiertos de cubiertas de algodones,  
Puestos en orden y en carrera llana  
A vista de las grandes poblaciones,  
En batiendo la gente castellana  
Las piernas, salen como los halcones  
Quando se abaten para hacer presa  
En la liebre que va por la dehesa.

Oyéndose la grito de repente  
Que dieron los que van en altas sillás,  
Ocurre grande número de gente  
De parte de las bárbaras cuadrillas,  
Y admiranse de ver equina frente  
Y bestias que no saben resistillas:  
Quedan como pasmados, porque antes  
No vieron animales semejantes.

Mas como fuesen ásperas naciones,  
Cursadas en comer carnes humanas,  
Prestamente formaron escuadrones  
Las gentes que se hallan mas cercanas;  
Salen unos con arcos y harpones,  
Otros con largas lanzas y macanas.  
Otro con dardo, piedra, palo llano,  
O lo que se hallaba mas á mano.

Como pueblo de término marino  
Que duerme descuidado de batalla,  
Y dan algun rebato repentino  
Diciendo que se sube la muralla;  
Toca la voz orejas del vecino  
Y sale cada cual como se halla,  
Y puestos muchos juntos do pretenden  
Con el valor posible se defienden:

Esta manera fué ni mas ni menos  
Luego que los sintió bárbara peste,  
Que de diversas armas salen llenos  
Y dellos se formó prolija hueste,  
Donde se defendian como bucnos;  
Mas no fué tal defensa que les preste  
Porque los que decian «; Santiago!»  
En ellos van haciendo gran estrago.

Rompiendo pechos, hombros y costillas,  
Con hierro que les era muy molesto,  
Abrianse costados y ternillas  
Adonde César se hallaba presto;  
El cual iba haciendo maravillas,  
Aunque entonces estaba mal dispuesto:  
Todavía la gente carnícera  
En defender sus casas persevera.

Anda la cuchillada muy espesa,  
Librada del cristiano peonaje;  
Corría por el campo vena gruesa  
De sangre del ejército salvaje:  
En efecto les dieron tanta priesa  
Que huyen los del bárbaro linaje:  
Saquearon aquel pueblo primero  
Do hallaron maíces y dinero.

Después del honoroso vencimiento  
Prendieron muchos del contrario bando,  
Y estánse firmes en aquel asiento  
Los otros españoles esperando;  
Procuran recoger mantenimiento,  
Peligros inminentes reguardando;  
Porque los indios en aquella tierra  
Usan muchas cautelas en la guerra.

Cuatro dias después de la victoria  
Habida de los indios fugitivos,  
Con su gente llegó Juan de Villoria,  
Que por ser los caminos tan nocivos  
Y maleza de montes tan notoria,  
Fué maravilla grande salir vivos;  
Pero de los caballos hecha cuenta  
Faltaban dos ó tres sobre cincuenta.

Salíanlos á ver estotras gentes  
Cómo venian tristes, lasos, mudos,  
Que parecian mustios penitentes,  
Descalzos, destocados y desnudos;  
Todos ellos con cargas diferentes  
Trastrabillando piés los mas agudos,  
Y muchos que tuvieron piés ajenos,  
Los suyos propios ya les eran buenos.

Junto con esto cada cual venia  
Tan cubierta de cieno la figura,  
Que della cosa limpia no se via  
Sino la mal usada dentadura;  
Y fuera poca parte la leija  
Para restitilles su blancura  
A las pobres camisas y jubones  
Que salian de tales estaciones.

Lávase cada cual y desentoda,  
Llegados á los dichos aposentos,  
Donde con ropas que no son de boda  
Entraron miserables y hambrientos;  
Vadillo los recoge y acoutoda  
E hizo proveer mantenimientos,  
Mandando ir por dos ó tres soldados  
Y negros que quedaban desmayados.

Despachóse la gente que sabia  
Para los polvos ser y para lodos,  
Mas esta diligencia fué baldía,  
Pues indios los habian muerto todos:  
Gente salteadora que venia  
Acechando quebradas y recodos,  
Fueron muertos por esta gente dura,  
Y en sus vientres les dieron sepultura.

Sabido por Vadillo lo que digo,  
Al buen Pablo Fernandez luego manda  
Trabaje de buscar al enemigo  
Que tenia costumbre tan nefanda;  
Y en las ejecuciones del castigo  
Ningun soldado niestre mano blanda,  
Antes á fuego y sangre haga guerra  
A nacion tan bestial, cruel y perra.

Partió Pablo Fernandez con soldados  
Que van movidos de las mismas sañas;  
Llegaron donde fueron salteados,  
Y en rastrear se dieron tales mañas,  
Que estando del asalto descuidados  
Rodearon las sordidas cabañas,  
Y sin dalles lugar á mas contento,  
Mataron veinte y cuatro sobre ciento.

Hallaron de vestidos los retazos  
De los que fueron miserablemente  
Repartidos en puestas y en pedazos  
Para manjares desta dura gente:  
Allí hallaron piés, manos y brazos  
Que los cocia ya licor ardiente;  
Tuvieron los caribes negra cena,  
Y estotros de la ver inmensa pena.

Recogieron los hijos y mujeres,  
El oro que hallaron y el hatillo,  
Con todo lo demas de sus haberes,  
Que debia de ser caudal sencillo;  
Fueron encarecidos los placeres  
Que del castigo recibió Vadillo,  
Y á Nogueuel y á Caravajal manda  
Vayan á descubrir por otra banda.

Cincuenta valerosos hombres fueron  
Con estos sobredichos caporales,  
Y un valle dicho Mauri descubrieron,  
Habitado de muchos naturales;  
En él un pueblo con obscuro dieron  
Donde tomaron gentes y caudales,  
Y antes que la demas fuese avisada  
Se recogieron con la cabalgada.

Ya cualquier valle que se descubria  
Tierra fué del Guaca tras de quien imos,  
Toda la cual Uthará regia,  
Aquel señor de quien mencion hicimos,  
Adonde César y su compañía  
Entraron por el orden que dijimos,  
Mas no por do caminan de presente  
Sino por otra parte diferente.

Pues agora cortaron por atajo  
Que parecia ser camino presto,  
Y salió tan ajeno de gasajo  
Cuanto por mis escritos manifiesto,  
Y tan intolerable su trabajo  
Que no pudo llegar á mas molesto;  
Y aun César sacó algo de su hecho,  
Pero Vadillo muy poco provecho.

Siendo pues veinte dias ya pasados  
Que estaban en el Pito, valle llano,  
Personas y caballos reformados,  
A causa de tener copia de grano,  
Vadillo se mudó con sus soldados  
A Mauri por hallarse mas cercano  
Al rio del Guaca, porque queria  
Hacer de paz aquel por quien venia.

Y para que por bien ó mal viniese  
A lo reconocer por el respeto,  
De superioridad con interesse,  
Mandó que lo pusiesen en aprieto,  
Y tan ardiente guerra se hiciese,  
Que Uthará se diese por subyeto,  
Para lo cual por una y otra banda  
Dos capitanes sigan su demanda.

Salieron dos nombrados, con valientes  
Soldados asüetos á la guerra,  
Por partes y lugares diferentes  
Para correr á Utibará la tierra,  
El cual con grande número de gente  
Tenia lo mas alto de una sierra:  
Pablo Fernandez fué por un sendero,  
Por otro Saavedra, tesorero.

Saavedra sesenta de pié lleva  
Y otros diez de caballo bien armados;  
El cual de ciertas guías tuvo nueva  
De cantidad de pueblos retirados,  
Y así determinó de hacer prueba  
En aquellos que están fortificados,  
Con los cuales intentos y desino  
Prosiguen adelante su camino.

Mas antes de llegar adonde sienten  
Estar con el señor fortalecidos,  
En cierto reventon y en una puente  
Tuvieron dos recuentos bien reñidos,  
Y en el postrero tanta fué la gente,  
Que se vieron los nuestros afligidos,  
Y así tomaron por consejo sano  
Volver con los caballos á lo llano.

Vista por Saavedra la potencia,  
Envio por socorro prestamente,  
Vadillo con la misma diligencia  
A Francisco de César su teniente:  
El cual, aunque no falto de dolencia,  
En la venida no fué negligente  
Con veinte y cinco de los mas insües,  
Y cinco bien apuestos en rocines.

Después de los socorros ser venidos  
A muy buena sazón y coyuntura,  
Fueron para su hecho convenidos  
Acometer con hora mas obscura,  
Sabiendo sin rumores ni rüidos  
Hasta la cumbre de mayor altura,  
Do Utibara tenia sus poderes,  
Grandes riquezas, hijos y mujeres.

Mortal camino para piés humanos  
Por ser tan larga y áspera subida,  
Que tienen de hacer piés de las manos  
Con manifesto riesgo de la vida;  
Arriba se hacian ciertos llanos  
Donde tienen ciudad fortalecida,  
Frigidas aguas, cristalinas fuentes  
Y los mantenimientos conuiñentes.

Es aspereza suma, monte grande,  
Y del camino tal el angostura,  
Que cualquier hombre que por ella ande  
En gran riesgo se pone y aventura;  
Pues con algun desdén que se desmante  
Ira dos mil estados de hondura,  
Y antes que hallen do parar los brazos,  
Serán hechos millones de pedazos.

Cubiertos pues los montes con obscuro  
Y manto negro de la noche fria,  
Caminan todos al nativo muro  
Que de peñascos altos se ceñia,  
Do cualquiera pensara ser seguro  
Segun la fortaleza que tenia:  
Dejaron en lo bajo los caballos  
Con gente de valor para guardallos.

Llegada ya la hora sosegada  
Que los humanos cuerpos hace mudos,  
Encaminó la gente bautizada  
Sus piés a saltar bárbaros crudos;  
En la boca la hoja atravesada,  
A las espaldas puestos los escudos,  
Con piés y manos sin hacer estruendo  
La peligrosa roca van subiendo.

Destá manera con furor insano  
Unos tras otros iban gateando,  
Sin discrepar un punto pié ni mano  
So pena de volverse despeñando;  
Tomaron en efecto cierto llano  
Do juntos estuvieron descansando,  
Metidos en el monte y arboleda,  
Por ser mas llano ya lo que les queda.

Cuando la dulce Venus descubria  
La purísima lumbre de su esfera,  
Manifestando que del santo día  
A los mortales era mensajera,  
César apercibió la compañía,  
El cual quiso llevar la delantera  
Por una senda menos peligrosa  
Y por entrambas partes montüosa.

No caminaban ya por alta cuesta,  
Sino por llano, de que no les pesa,  
Con esperanza de que con aquesta  
Solicitud harian buena presa:  
Salieron todos pues de la foresta  
Y de repente dan en una mesa  
De gentil vista, todas partes rasas,  
Y en ella grande número de casas.

Y al tiempo ya que la febea lumbre  
Doraba partes desta cordillera,  
Dan ¡Santiago! como de costumbre  
Tienen los españoles donde quiera;  
Salió tan increíble muchedumbre  
Contra la poca gente forastera,  
Que como de caballos no hay ayuda,  
El poder escapar ponen en duda.

Mas como tienen puestos estos hechos  
En Dios y en el valor de sus espadas,  
Derribanse pescuezos y abren pechos,  
Cercéanse mejillas y quijadas,  
Abren por los lugares mas estrechos  
Lugar las presurosas cuchilladas;  
Acuden bárbaros á la refriega,  
Y el escuadron cristiano no sosiega.

Nunca mostraron tan veloce mano  
Los violentos rayos fabricando  
Aquellos oficiales de Vulcano  
Golpes unos sobre otros reiterando.  
Cuanto la fuerza del valor hispano  
Por atemorizar contrario bando,  
Cuya presencia tal se representa  
Que de los muertos hacen poca cuenta.

No se vido de tordos ni estorninos  
Volando por los aires tal nubada,  
Ni de diversos pajaros marinos  
En hajo de mar tan gran manada,  
Cuanto la muchedumbre de vecinos  
Salía de la gente mas granada,  
Con tanta grita, voces y clamores,  
Que hacen retumbar otros altores.

Los unos y los otros se desvelan  
En alentar y mejorar su mano;  
Piedras y flechas, palos, dardos vuelan  
Sobre los del ejército cristiano,  
Tantos, que todos ellos se recelan  
De no poder salir con hueso sano;  
Y así del furor bravo y estupendo  
Se fueron poco á poco retrayendo.

De tal manera que ninguno para,  
Pero con avisada compostura,  
Al impetu feroz haciendo cara,  
Hasta venir á dar al angostura  
Del arboleda, porque vieron clara  
Su gran temeridad y su locura;  
Toman aquel lugar por ser de arte  
Que no pueden entrar por otra parte.

El valeroso César al instante,  
El puesto y el entrada defendiendo,  
Mandó que todos fuesen adelante  
Con la posible priesa descendiendo.  
Porque él solo podría, Dios mediante,  
Entretener aquel furor horrendo;  
Cuatro quedaron en su compañía  
Y los demás caminan á porfia.

Apriétanlos las gentes monstrüosas  
Con cargas porfiadas y terribles,  
Y estas cinco personas valerosas  
Resistian los impetus horribles;  
Lo cual durante se hicieron cosas  
Que son á los humanos imposibles,  
Mas ni cierta, fiel y recta pluma  
Hace dellas agora breve suma.

Llegan hasta venir á los cabellos,  
Viendo la poca gente detenida;  
Y un gaudul, con codicia de rompellos,  
En la parte que tengo referida  
Se arrojó y abrazó con uno dellos,  
Mas no le costó menos que la vida;  
Y á cuantos intentaron esto mismo  
Presto los enviaron al abismo.

Teniendo pues por cierta la batalla  
De los que en ella fueron preferidos,  
El César con la gente rezagada  
Gaminaron á pasos estendidos;  
Los indios recelando ser celada  
Estuvieron un rato detenidos,  
Por ser aquel camino ya cerrado  
Y espeso monte de uno y otro lado.

Al fin entró la gente mas bien puesta  
Mirando de la selva lo cercano,  
Y como no ven cosa manifiesta  
Levantaron el paso mas liviano;  
Pero cuando llegaron á la cuesta  
Estaban ya los nuestros en lo llano,  
Dando gracias á Dios que fué servido  
Librallos de furor tan encendido.

Estando todos ellos congregados  
Por industria del capitán discreto,  
Fueron á los caballos y soldados  
Que allí dejaron para tal efecto;  
Mil indios los tenían rodeados  
Y puestos en angustia y en aprieto,  
Pero viendo venir quien los deliendia  
Huyeron y dejaron la contiendia.

Pero si mayor rato se tardaran  
En espantar al bárbaro noçivo,  
Bien se puede creer que no hallaran  
Hombre viviente ni caballo vivo,  
Sino que todos ellos acabaran  
En trance de clemencia tan esquivo;  
Que puestas y pedazos todos hechos  
Habían de ser cebo de sus pechos.

Recogidos pues estos compañeros  
Veláronse la noche, y otro día  
Al Vadillo hicieron mensajeros  
Para que viese lo que convenia,  
Representándole los trances fieros  
En que se vió la breve compañía,  
Y Utibará tener en alta sierra  
Hartos mas de diez mil hombres de guerra.

Pablo Fernandez era ya venido  
Con algun oro y con alguna gente,  
Y así por el Vadillo recibido  
Mensaje del deseo diferente,  
Fué por comun acuerdo proveido  
Ir él y el carruaje juntamente;  
Y así partieron con guerrera guarda  
Adonde su teniente los aguarda.

Llegaron al Guacá, río potente,  
Y aunque lo vadeaban con concierto  
A Santa Cruz llevó la gran corriente,  
Varon en las batallas bien esperto;  
Mas su caballo trastornó la frente  
Do nunca pareció vivo ni muerto;  
Causó pena, dolor y descontento,  
Mostrando todos tierno sentimiento.

Después de se pasar el agua brava,  
Por mal de Santa Cruz, mas advertidos  
Llegaron donde el César esperaba,  
Y del alegremente recibidos,  
A Vadillo contó lo que pasaba  
Acerca de los lances sucedidos;  
Ambos procuran dar alguna traza  
Para poder tomar aquella plaza.

Es de saber cómo sin ver presencia  
De cristiana nación en su cultura,  
Tuatoque, señor de igual potencia,  
Con el otro traía guerra dura;  
Y agora quiso, vista su dolencia,  
Aprovecharse desta coyuntura,  
Acometiéndole por otra vía  
Y otra mejor entrada qué! sabia.

Apercibió su gente mas anciana,  
Y sube con ejército formado;  
En Utibará dió muy de mañana,  
Estando del Tuatoque descuidado,  
El cual aunque pensó que iba por lana  
Volvió de la refriega trasquilado,  
Porque Utibará no perdía punto,  
A causa de tener cristianos junto.

Y así cuando rompieron á su puerta  
E ya la claridad iba rompiendo,  
Utibará vivía tan alerta  
Que no le descompuso grande estruendo;  
Dejó Tuatoque mucha gente muerta,  
Y él con muy pocos escapó huyendo,  
Quedando su contrario victorioso  
Y él de muchos vasallos perdidioso.

Viendo que no bastó con su pujanza  
Para hacer á sus contrarios llanos,  
Determinóse por tomar venganza  
De salilles de paz á los cristianos;  
Y así debajo desta confianza  
Trajo mil y quinientos castellanos,  
En joyas que valieron la partida,  
Y cien indios cargados de comida.

Muestra con ademanos el intento  
Y voluntad de paz con que venia,  
Haciendo luego reconocimiento  
Al Vadillo del oro que traia;  
La lengua le habló con tal acento  
Que declaró muy bien lo que queria,  
Y dijo qué! y todo su linaje  
Darían al Vadillo vasallaje.

Por no ser él segun el que se encierra,  
Huyendo de cristianas amistades,  
Por los peñascos altos de la sierra  
Y en asperisimas concavidades;  
Y que si le quisiere hacer guerra  
El supliria sus necesidades  
Y acudiría con toda su potencia  
Contra los que no dieren obediencia.

Vadillo recibió contentamiento  
Con las joyas y con lo que decia  
Cerca del general ofrecimiento  
De le favorecer por cualquier vía,  
Porque le pareció venir á cuento  
En lo que de presente pretendia;  
Y así le dió también algunas cosas  
Que no serían ricas ni costosas.

Pareció muy bien aquel presente;  
Y porque su deseo se concluya,  
Encargóle que fuese por su gente,  
Pues él tenía ya presta la suya,  
Para que sin quedar cosa viviente  
Utibará caciqse se destruya,  
Do podrá vengar muy bien su pecho  
Y ser de sus agravios satisfecho.

El indio se partió debajo desto  
Prometiendo venir á tercer día;  
Mas aunque se pasaron quinto y sexto  
Con otros siete mas, no parecia;  
Siéndoles pues á todos manifiesto  
Ser falso lo quel indio prometia,  
Hizo junta de todos el regente  
Para representalles lo siguiente:

«Necesidad urgente nos obliga  
A hacer junta, donde se requiere  
Que cada cual de nos en ella diga  
Aquello que mejor le pareciere,  
Para que de los votos se consiga  
La determinación que mas cumpliere;  
Y antes que procedamos en aumento  
Quiero representar lo que yo siento.

«Amigos y soldados valerosos,  
A cada cual es cosa conocida  
Salir de vuestras casas y roposos  
Para gozar de mas dichosa vida,  
A la cual si no somos percosos  
El negocio presente nos couvida;  
Y sería de torpes y livianos  
Soltar las ocasiones de las manos.

»Porque, según la muestra que se vido  
En aquella primera sepultura,  
Y aquello que tenemos entendido  
De lo que por las lenguas se procura,  
Grandísimo tesoro recogido  
Tienen los indios en aquel altura;  
Y aqueste cumple mucho que ganemos  
Para que todos nos aprovechemos.

»Allí teneis caudales para rentas,  
No falsa ni dudosa la ganancia;  
Cursados sois en guerras mas sangrientas  
Y antes de mas que menos importancia;  
No se sufre que con nuestras afrentas  
Muestran estos salvajes arrogancia,  
Porque tan honoroso vencimiento  
Sea para los otros escarniento.

»Bien conozco ser áspera ladera  
Y grande la defensa del tirano;  
Mas á los españoles donde quiera  
Lo mas difícil se les hace llano,  
Y mucho mas en parte donde espera  
Cualquiera dellos de henchir la mano,  
Pues entonces las cosas imposibles  
Fáciles se les hacen y apacibles.

»Así que, para ver desta pelea  
Los fines concebidos en mi pecho,  
Este es mi parecer, el cual se vea  
Para que se confirme con el hecho;  
Mas si teneis razon que mejor sea  
Y veuga por camino mas derecho,  
Esa se tomará y esa se siga,  
Y quien supiere mas, luego la diga.»

Dijo Juan de Vadillo lo que siente  
Como poco cursado baquiano;  
Y Francisco de César su teniente,  
Usando siempre de varón urbano,  
Como viese callar toda la gente,  
Para le responder tomó la mano;  
Y hecho su debido cumplimento,  
Aquesto respondió que represento:

«De los que labran, tratan ó pelean,  
Pocos hombres habría que perdiesen,  
Si de la suerte que ellos las tantean  
Las cosas intentadas sucediesen:  
Todos en general su bien desean  
Y que desgracias nunca les viniesen;  
Mas acontecéseles contrario desto  
Si se ofrecen á riesgo manifiesto.

»Por esta causa suelen los prudentes  
Examinar de lejos el suceso,  
Fantaseando los inconvenientes  
Que podrían venir en el progreso;  
Y acerca desto muchos hay presentes  
Que puedan ventilar largo proceso,  
Como personas que del aspreza  
El escapar tuvieron por riqueza.

»Y cada uno dellos bien alcanza,  
Si tiene de razon viva centella,  
Poderse vencer mal tanta pujanza  
Con poca gente de rocín no huella,  
Ni menea los lances de la lanza  
El que con él revuelve y atropella;  
Así que, como falten los caballos  
Tengo por imposible subyectallos.

»Y es esta que tenemos retraida,  
Segun por esperiencia vimos antes,  
Gente desesperada y atrevida,  
Con miembros y estaturas de gigantes;  
Tienen una feroz arremetida  
Y en ella firmes, fuertes y constantes;  
Son sobre doce mil, á lo que pienso,  
Y el número de tiros es inmenso.

»Las fuerzas de sus brazos son terribles,  
Que traspasan sus tiros el acero;  
Los golpes de mi escudo son visibles,  
Que dellos escapó hecho harnero;  
Las entradas también inaccesibles,  
Pues hemos de subir por contadero,  
Y barrerán las galgas al instante  
Cuanto se les pusiere por delante.

»Y como de los lances atrasados  
Agora se recatan y recelan,  
Es de creer que por entrambos lados  
No faltan escuadrones que los velan,  
Segun suelen hacer escarmentados  
Que todo lo consultan y nivelan;  
E ya no creerán que con obscuro  
Ha de faltar quien suba por el muro.

»Aquí tenemos guía que publica  
Haber otros riquísimos terrenos,  
La provincia de Nori ser muy rica.  
La de Buriticá ni mas ni menos;  
Vamos do la ventura nos aplica;  
Corramos otros valles y otros senos;  
Podría ser en tan larga distancia  
Hallar con menos riesgo mas ganancia.

»Así que, pues agora no se puede  
Deste fuerte sacar valor alguno,  
Por haber tanta gente que lo vede,  
Y tanto riesgo que mayor ninguno.  
Mi parecer, señor, es que se quede  
Para tiempo mas apto y oportuno,  
Y el mismo tiempo que las cosas cura  
Ofrecerá sazón y coyuntura.»

Dijo César las cosas que sabia  
Ser á seguridad mas convenientes,  
Y en general por todos se decía  
Que sus razones eran concluyentes;  
Vadillo, que las mismas conocia,  
Midió su voluntad con las presentes,  
Y así mandó que cuando la luz viesen  
En demanda de Nori se partiesen.

Al tiempo que los prados con corona  
De flores se venian alegrando,  
Y el radiante hijo de Latona,  
Por términos usados caminando,  
Dejaba primer signo de la zona,  
Cuernos del blanco toro visitando,  
Vadillo con el campo peregrino  
Para Nori dirige su camino.

Caminan con las mismas pesadumbres  
En aquesta jornada sucedidas,  
Por descubrirse mas soberbias cumbres,  
Mas altas y mas ásperas subidas;  
Y aunque daban las guías certidumbres,  
Erradísimas van y divertidas  
Por grandes despoblados y por yermos,  
Y los mas españoles muy enfermos.

Amenazó Vadillo mal las guías  
Si no lo sacan presto desta sierra;  
Dicen que no se tratan estas vías  
Por haber entre indios cruda guerra,  
Mas que prometen antes de tres días  
De los poner en abundante tierra,  
Pues aunque se perdieron los caminos,  
No por eso llevaban malos tinos.

Y como Pablo vió miseria tanta,  
Y el campo por mil vías afligido,  
Con cincuenta soldados se adelanta  
Rompiendo por el monte mas tejido,  
Y en breves horas con ayuda santa  
Dieron en un camino mal seguido,  
Por el cual fueron hasta ver acaso  
Lumbre que denotaba campo raso.

Cobraron todos ellos nuevo brio  
Que les ponía ciertas esperanzas,  
Y dos cuartos de legua de desvío,  
Llevando recatadas ordeanzas,  
Desde un árbol divisan cierto río,  
Ambas orillas llenas de labranzas  
Y grande población continuada  
Por una y otra parte derramada.

Luego se hizo mensajero listo,  
Y á Vadillo llegó con el mensaje,  
Dando razon entera de lo visto,  
Y haber sido de fructo su viaje;  
El cual, después de dar gracias á Cristo,  
Apríesa camino con el bagaje,  
Por tenellos la hambre de tal suerte  
Que estaban á las puertas de la muerte.

Mas el Pablo Fernandez entre tanto  
Con los demás soldados abscondidos,  
Después que ya la noche con su manto  
Huyó, rayos de Febo ya venidos,  
Salieron de la selva por un canto,  
Pensando por allí no ser sentidos;  
Mas hallóse confuso y arrepió  
Por ver estar los indios con aviso.

Debían de tener algun barrunto,  
Segun que pareció la noche antes,  
O dellos que durmieron allí junto,  
O de contrarios otros circunstancias,  
En efecto, hallaron muy á punto  
Un escuadron formado de gigantes,  
Con tales armas y de tal manera,  
Que cierto les pesó por salir fuera.

Mas como ya no puedan hacer menos,  
Por ser sucesos de manos á boca,  
Asen las armas, y los puños llenos,  
Contra los muchos fué la gente poca,  
Acometiéndolo todos como buenos,  
Y cada uno por lo que le toca;  
Puestos al punto del rigor amargo,  
Danse tantas en ancho como en largo.

Porque los indios con gentil denuedo,  
Con ser primera vez que ven cristianos,  
Con lanzas y macanas, á pié quedo,  
Sabian menear muy bien las manos:  
Hierva la furia y el furor acedo,  
Los golpes que se dan no son livianos,  
Cuela por las costillas férrea punta  
Y el tajo y el revés que descoyunta.

Crecen sanguinolentas tempestades  
De los que van diciendo; Santiago!  
Juan Ruíz de Molina y Juan de Frades  
En bárbaros hacían grande estrago;  
Pablo socorre las necesidades  
Con filos que no saben dar en vago;  
Y todos los restantes compañeros  
No muestran menos vivos los aceros.

Vereis el golpear á todo brazo,  
Cascar rodelas y hender escudos;  
Deseiende la macana que destroza  
Por todas partes materiales nudos;  
Y al capitán Alvaro de Mendoza  
Por su rodela llegan tan agudos,  
Que al tiempo que con ella se cobija  
Le quedó della sola la manija.

El brazo quedó mal atormentado;  
Mas con el otro tuvo tales mañas,  
Que la hoja pasó por el costado,  
Rompiendo del contrario las entrañas;  
Fué luego socorrido y ayudado  
Del antiguo valor de las Españas,  
Pues muchos ocurrieron al instante,  
Poniendo sus rodelas por delante.

Ambas partes están encarnizadas;  
Innumerable sangre va vertida;  
Admirase de ver las cuchilladas  
Quien no las vido tales en su vida;  
Al fin prevalecieron las espadas,  
Poniéndose los indios en huida,  
Tomando todavía de los vivos  
Aquellos que pudieron ser captivos.

Conclusa la batalla con ventura,  
La sentencia de todos fué resuelta  
En determinación de gran cordura,  
Sin querer esperar á la revuelta;  
Antes por la montaña y espesura  
En busca de Vadillo dan la vuelta:  
Caminaron la noche, y otro día  
Encontraron el campo que venía.

Diéronle cuenta de lo descubierto  
Y de aquella guazávana terrible,  
De gran número de indios quedó muerto,  
Y ser á su seguro conveniente  
Llevar militar orden y concierto;  
Y así pusieron el que fué posible,  
Con las preparaciones vigilantes  
Que llevan los guerreros caminantes.

Llegados á lo raso los peones  
Del avanguardia, con sus armas prestos,  
Vieron en mios altos reventones,  
Por do tienen de ir, indios opuestos,  
Llenos de sus guerreras municiones  
Para los contrastar en los reuuestos;  
Mas, aunque conocieron el desino,  
Los nuestros no dejaron su camino.

El avanguardia sube todavía  
Do bélico furor se multiplica,  
Y entonces por Vadillo bien se via  
Con cuánta fuerza cada parte pica;  
Y así con cierta gente les envia  
Al escuadra Francisco de Mojica,  
Pero cuando llegó, de huelgo faltó,  
Ya los otros estaban en lo alto.

Reconocieron ser bien defendidos  
Los pasos á la gente forastera,  
Por ver inmensos dardos esparcidos  
Y lanzas de durísima madera;  
Muchos gandriles muertos y heridos,  
Y bien ensangrentada la ladera,  
Donde los areabuces y ballestas  
Dieron libres pasajes en las cuestas.

Subieron los demás sin sobresaltos,  
Por no hallar azar que les impida,  
Y á causa de que estaban della faltos  
Recogieron gran golpe de comida:  
Durmieron todos en aquellos altos  
Porque nocturna sombra los convida,  
Puestas por pasos desta dicha cumbre  
Las velas que tenían de costumbre.

Cuando mostraba ya la rociada  
Aurora sus colores por oriente,  
Toda la gente sana bien armada,  
Y con bastante guarda la doliente,  
Prosiguen adelante la jornada  
En busca de estalaje competente,  
Arrode el español menesteroso  
Algunos días goce de reposo.

Vendo con la posible vigilancia  
Por dos partes caballos y peones,  
Descubren valles de mayor distancia,  
Y en ellos muy espesas poblaciones  
Que de comida tienen abundancia,  
Sin defensa de duros escudrones,  
Por ser de miedo ya todos huidos  
Y á partes de mas fuerza retraidos.

Aquestas eran ya las serranías  
De Nori, do llevaban el intento;  
Y así, llegadas nuestras compañías  
A pueblo que tenía buen asiento,  
Hicieron pausa por algunos días,  
Los cuales se pasaban á contento;  
Y por diversas partes los caudillos  
Buscaban los metales amarillos.

Daban noticias indios que tomaban  
Tener el valle número crecido  
De oro, pero todos afirmaban  
Un gran señor tenello recogido;  
Y así de sepulturas que cavaban  
Ninguna les mostró próspero nido;  
Alguno se cogía de rancheos,  
No tanto que hinchese sus deseos.

Perseverantes pues en su porfía  
Hambrienta que tenían de oro fino,  
Uno de la cautiva compañía,  
Desta provincia natural vecino,  
Dijo de cierto pueblo que sabia,  
Poco mas de tres días de camino,  
Y que, según por ellos se publica,  
Sobraban minas y era gente rica.

La codiciosa nueva percibida  
Cincuenta luego con el Pablo fueron  
Por sierra de muy áspera subida  
Y por tan malos pasos, que se vieron  
En harto detrimento de la vida;  
Y al cabo de tres días descubrieron  
Aquel pueblo que el indio les decía,  
Cuya vista desgusto les ponía.

Porque tenían casas fabricadas,  
Altas del suelo hasta seis estadaos,  
Encima de los árboles fundadas,  
Sobre fortalecidos soberados,  
Con vigas bien compuestas y trabadas,  
Por barrios unos de otros separados,  
Segun hallaban estos moradores  
Los árboles mas gruesos y mejores.

No selva que podamos decir densa,  
Antes el suelo limpio y escombrado,  
Donde su morador rústico piensa  
Valerse por estar encaramado;  
Tienen pertrechos para su defensa,  
Y el alto por lugares horadado,  
Para que por allí contrarios miren  
Y con las armas ofensivas tiren.

Dicen tener agestadas poblaciones  
Para se defender de las estrañas  
Gentes, y tigres, osos y leones,  
Que crían estas ásperas montañas,  
Y por otras algunas ocasiones  
No fundan en el suelo sus cabañas;  
Es gente de gentiles proporciones  
Y algunos tienen telas de algodones.

Y aunque brazos y piernas descubiertas,  
A vergonzosas partes dan reguardo;  
En uso de sus armas son espertos,  
Y para las tomar ninguno tardo;  
En los tiros que hacen son muy ciertos;  
Usan macana, honda, lanza, dardo;  
Quisieran luego nuestros castellanos  
Que bajaran a dar amigas manos.

Mas no consenten que de paz se trate;  
Y así para bajallos de las casas,  
Entran debajo para su combate,  
Procurando cortar nativas basas;  
Y como nadie dellos se recate,  
Encima llueven encendidas brasas,  
Rescoldo vivo y agua tan hirviendo,  
Que del lugar se vuelven retrayendo.

También caían tan pesados cantos  
Por una y otra y otra saetera,  
Que no dejaban de poner espantos  
A los que los miraban mas afuera;  
De dardos ansimismo vuelan tantos  
Que tenía la gente forastera;  
Fué desde la mañana la porfia  
Hasta quel sol pasó de medio día.

Visto que diligencia no les presta  
Ni por vias de paces ni por fieros,  
La bala de arcabuz y la ballesta  
Apuntan por algunos agujeros;  
Y acaso sin saber a quén asesta  
Mataron dos ó tres indios guerreros,  
Y otros algunos hubo mal heridos,  
Que se supo después de ser rendidos.

Porque el cruel efecto de la bala  
Al indio principal escandaliza,  
Como le vió hacer obra tan mala,  
Y a todos los demás atemoriza;  
Y así mandó que larguen una escala  
A manera de puente levadiza,  
Por do bajaron él y otros cincuenta,  
Y mujeres y niños en mas cuenta.

Mas antes que bajasen al entrego  
De los que estaban del desconfiados,  
A sus ropas y joyas ponen fuego  
Encima de los altos soberados;  
El cacique llegado dijo luego:  
«Decid á qué venis encaminados,  
Qué bienes pretendéis ó qué provecho  
De quien nunca jamás mal os ha hecho.»

La lengua declaraba las razones;  
Pero para volvelle las respuestas,  
Sus voluntades y sus intenciones  
Hizo Pablo Fernandez manifiestas,  
Pues luego les mandó poner prisiones  
Que para tal efecto tienen prestas,  
Sin dejar pieza de las que salieron  
Escepto dos ó tres que se huyeron.

Los cuales, aunque buenos corredores,  
No sin ijadear y sin aceso,  
Dan nuevas á los otros moradores  
De cómo su señor quedaba preso,  
Con ocho capitanes y señores,  
Entrellos personajes de gran peso,  
Por aquellos barbudos caminantes  
De quien tuvieron nuevas poco antes.

Los de los mas cercanos aposentos,  
Oídas las pesadas relaciones,  
Recogen helicosos instrumentos  
Y ordenan guerreros escuadrones;  
Serian en el número quinientos  
Gandules, mas feroces que leones,  
Para probarse con la gente nueva  
Y quitalles la presa que les lleva.

Pero los españoles que esto sienten,  
Por no caer en términos de locos,  
Para que con temor se desatienen,  
Con tiros de arcabuz les hacen cocos,  
A fin de que no lleguen y los cuenten  
Y vean claramente que son pocos,  
Pues estaban dudosos y perplejos  
A causa de tener el campo lejos.

La bárbara canalla se repara,  
No sin frio temblor y gran espanto,  
Oyendo truenos y estampida rara  
A ellos que no vieron otro tanto;  
Traspasa pechos la veloce jara,  
El salitroso humo causa llanto  
En aquellos que dél eran heridos  
Y á miserable fin fueron rendidos.

En esto la nocturna pesadumbre,  
Por apartarse ya rayos febales,  
Cubrió los hondos valles y la cumbre,  
Dando paz á los otros animales;  
Mas antes que viniese nueva lumbre  
Y se juntasen estos naturales,  
Los nuestros á gran prisa se volvieron  
Por el mismo camino que vinieron.

Como fuesen por camino sabido,  
De menos duracion fué la distancia;  
Vadillo se holgó cuando los vido  
Con los captivos, aunque sin ganancia;  
Diéronle cuenta de lo sucedido  
Y no cumplir allí hacer instancia,  
Por ser las barbacoas gente diestra  
Y no hallar de oro buena muestra.

En este tiempo, como mas vecino  
Del pueblo que ocupaba nuestra gente,  
El cacique de Nori de paz vino  
Que llamaban Nabuco comunmente,  
Y trajo dos mil pesos de oro fino  
Con otras muchas cosas en presente:  
Sagaz y en el aspecto venerable  
Y para bárbaro varon afable.

Fué del gobernador acariciado,  
Y porque de su pecho no presuma  
Vivir de recompensa descuidado,  
Mandóle dar una galana pluma  
En un bonete nuevo colorado  
Con otros dones de pequeña suma;  
Y aunque no fueron cosas de momento  
El bárbaro mostró quedar contento.

Fué luego separado de la junta,  
Y para percibir lo que replica  
Vadillo con la lengua le pregunta  
Por dónde podrán ir á tierra rica;  
Que diga con verdad lo que barrunta  
Ó la fama comun le certifica,  
O si tiene contrarios en su tierra  
Porque ellos vayan á hacerles guerra.

Nabuco dijo, que de las veenias  
Tierras donde poseen minerales,  
Sabia por personas fidedinas  
Los de Buritica ser principales;  
Y que por ser tan prósperas sus minas  
Eran ricos aquellos naturales,  
Y que para llegar donde decia  
El queria servir de buena guia.

Tal secreto Nabuco desencierra,  
Segun quieren decir vivos testigos,  
A fin de que saliesen de su tierra  
Y no hagan allí largos abrigos;  
O como siempre tienen dura guerra,  
Por ser unos de otros enemigos,  
Pues hasta hoy, do quiera que se tomen,  
Es muy averiguado que se comen.

Pero Vadillo con la buena nueva,  
Que fué para su hambre conviniente,  
Y por certificarse con la prueba,  
Determinó parlar dia siguiente  
Por el camino que Nabuco lleva,  
Que por dos ó tres dias fué pateute;  
Mas este se perdió con espesuras  
Y en bosques y montañas muy obscuras.

Donde hallaron grandes cenagales  
Cuyos discursos eran intractables,  
Tierra que tienbla, sucios tremedales,  
Do se gastaban horas miserables,  
Tanto que fueron los pasados males  
En su comparacion mas tolerables;  
Iban todos al fin de tal manera  
Que cada cual de vida desespera.

Y muchas noches, aunque había rama  
Donde poner los cuerpos fatigados,  
No siempre se podia hacer cama,  
Y estaban á las plantas arrimados,  
Los piés metidos en aquella lama  
Y de cien mil misterios rodeados:  
Tal es la condicion del cudejoso  
Que no halla camino trabajoso.

Pero viendo su gente de mal arte  
El cauto y animoso licenciado,  
Al Nabuco mandó llamar aparte.  
Diciéndole: «Tú, perro, me has burlado.»  
El dijo: «Nunca yo quise burlarte,  
Ni tuve contra tí pecho dañado;  
Mas por guerra que tienen los vecinos  
No se frecuentan sendas ni caminos.

»Al mal que padecéis yo voy subyeto,  
Sin ser de mas quietud las horas más;  
Pero presto veremos el efeto.  
Y estas pisadas no serán baldías  
Pues en Buriticá, donde prometo,  
Podemos entrar antes de dos dias;  
E yo no prometí ni es en mi mano  
Daros la tierra con camino llano.»

Con esto perdió saña que tenía  
El Vadillo, quedando convencido,  
Y el indio cumplió bien lo que decía  
Sin alargar el plazo prometido:  
Pues antes de cumplir tercero dia  
En la provincia dicha fué metido  
Y en tierra rasa, clara y escombrada,  
Pero tal que ninguna tan doblada.

Pues al septentrion y al mediodia,  
Y al orto y al ocaso, van subidos  
Cerros, la cumbre dellos algo fria;  
Y así los indios andan bien vestidos,  
Dispuestos y de mucha gallardía,  
Valientes, sueltos, bravos y atrevidos  
Y ricos, pero poco labradores,  
Por ser de oro todas sus labores.

A las cuales inclinan bien el cuello  
Al tiempo que doradas venas hieren;  
El oro es el que les da resuello,  
Por ello viven y por ello mueren;  
Por ello tienen bienes, y por ello  
A sus casas les traen cuanto quieren;  
Y en la tierra domina tal estrella  
Que es una pasta de oro toda ella.

Entrados pues en tierra sin montaña  
Y de las condiciones que ya digo,  
Nabuco se volvió con su compañía  
A do tenía natural abrigo,  
En gracia y en amor de los de España  
Y para nunca selles enemigo:  
Y sigue su viaje nuestro bando  
Algunas poblaciones indagando.

Un camino hallaron espacioso,  
Del cual diré despues en mi tractado,  
Porque de tanto trance riguroso  
Agora yo me hallo fatigado,  
Y quiero dar los brazos al reposo  
Y á los ojos el sueño deseado;  
Pues á causa de ser la vida breve  
A ratos quito lo que se les debe.

## CANTO SEPTIMO.

Donde se cuenta lo sucedido en la provincia de Buriticá, y en las demás provincias por donde pasó el licenciado Juan de Vadillo, hasta que a gente lo dejó, y no quiso seguirlo.

Aunque para salir con sus intentos  
Tengan hombres avisos necesarios,  
No siempre pueden los entendimientos  
Evitar casos que les son contrarios;  
Y así los regulados pensamientos  
Acontece tener sucesos varios,  
Y el que da mejor orden á su vida  
Después halla diversa la salida.

Destá manera pues en el progreso  
Del licenciado, que salió pujante,  
El intento no tuvo tal suceso  
Que no fuese del suyo discrepante;  
Y su diseño tuvo fin avieso,  
Como declararemos adelante,  
No porque le faltase gran prudencia,  
Solicitud y viva diligencia.

Y en los trabajos de cualquier estrecho  
Y del riesgo mayor y mas pesado,  
Nunca dejaba de poner el pecho  
Tan bien como cualquiera buen soldado,  
Mostrando siempre ser hombre de hecho  
Y en acontecimientos denodado;  
A tiempos tuvo condicion terrible,  
Y á tiempos muy afable y apacible.

Hallado pues aquel primer sendero,  
Con deseo de ver tierra poblada,  
Determinó de ser el delantero  
Por animar la gente fatigada;  
Vieron luego su fin y paradero,  
Mas no para hacer allí parada,  
Pues se continuó por una cuesta  
Angosta, prolijísima y enhiesta.

Peñol inaccesible que tenía  
Altísimos los lados y la frente,  
Al cual por dos entradas se subía,  
La una de la otra diferente,  
De tan grande angostura, que podía  
Una persona ir tan solamente;  
Y en lo alto después de la subida  
Había mucha gente recogida.

Porque tenían principal asiento  
Y en lo mas llano del pueblo fundado,  
Y para mayor fortalecimiento  
Estaba de palenque rodeado;  
Dentro crecida copia de alimento,  
Y de diversas armas pertrechado,  
En tal manera que segun la muestra  
Debian esperar la gente nuestra.

La principal subida que se via  
Estaba tan profunda por los lados,  
Que si de lo hollado desmentía  
Quien llevase los piés mal asentados,  
Como bala que polvorin envía  
Había de rodar dos mil estados,  
Donde con muerte de cruel tormento  
Pagase su furor y atrevimiento.

Estando nuestra gente pues confusa  
Mirando los peñoles y aspereza,  
Juan de Vadillo dijo: «No se escusa  
Tomar esta nativa fortaleza,  
Donde podeis creer estar reclusa  
Alguna grande copia de riqueza,  
Pues no de balde su morador piensa  
Tener aquí segura la defensa.



»Ea pues, gente clara castellana,  
Que bien conozco vuestra fortaleza  
En los negocios que tomáis de gana;  
Pues la mayor altura y aspereza  
Soleis supeditar y hacer llana,  
Sin mostrar cobardía ni flaqueza;  
Y así lo que tenemos de presente  
De vuestra voluntad está pendiente.

»Subamos por la vía manifiesta,  
Yendo detrás de cada rodadero  
Ofensa de arcabuz y de ballesta  
Que pueda contrastar al indio fiero:  
Porque cuanto la loma mas enhiesta  
El contrario será menos certero,  
E yendo por el medio de la senda  
Los caballos podrán subir de rienda.»

Con tales alabanzas los sublima,  
Y allí los esforzó de tal manera,  
Que de mayor y de menor estima  
Y el que mas recelaba la carrera,  
Con fuerte brío los demás anima  
Y muere por llevar la delantera;  
Y según lo dispuso la cabeza  
Cada cual se dispone y adereza.

Guarnécense de pechos de algodones,  
Espadas y rodelas embrazadas,  
En las cabezas fuertes morriones,  
Los cascos aforrados y celadas,  
Proveidos de plomos los cañones,  
Ballestas con harpones encajadas:  
Desta manera suben las cuadrillas  
Y á veces hacen piés de las rodillas.

El avanguardia Noguero! la toma,  
Mancebo valeroso y esforzado;  
A sus espaldas iba por la loma  
Joan de Orozco, práctico soldado;  
En seguimiento dél atrás asoma  
Un hermano de Rojas, señalado:  
Vecinos estos dos en Tunja fueron  
Y ha menos de seis años que murieron.

Así los demás iban enhilados,  
Que no pueden subir de otra manera;  
Los caballos quedaban rezagados  
Con sillas solas, faldas y testera,  
Los cuales como bien amaestrados  
Con gran tiento subían la ladera;  
Y aunque se daba grita de lo alto  
No por eso tomaban sobresalto.

Que luego se mostraron los morenos  
Con la grita que tienen de costumbre;  
Saliendo de los cóncavos y senos  
Nubadas de crecida muchedumbre;  
Los riscos y peñascos están llenos  
Cuantos había por aquella cumbre,  
Sin dejar en aquel frontero tado  
Lugar que no tuviesen ocupado.

Según de torres altas las almenas,  
Cuando vienen de tordos mil manadas,  
Que todas negreguean y están llenas  
De chirliadoras aves ocupadas,  
Y abiertas y patentes socarrenas  
Son de unas y de otras visitadas,  
Andando con bullicio presuroso  
Sin punto de sosiego ni reposo:

Ni mas ni menos andan inquietos  
En partes cómodas encaramados,  
Dispuestos á los bélicos efectos,  
Los unos y los otros embijados  
Con un cierto betumen, unos prietos  
Y otros por consiguiente colorados,  
Y cada cual de los de á la redonda  
Con dardo, con macana, lanza, honda.

Los cuales como vieron que se llega  
El escuadrón sencillo de cristianos,  
Comienza la durísima refriega  
Saliendo tiros de robustas manos,  
Guiados del ardor y furia ciega  
Que enciende y alborota los humanos;  
Suenan los golpes dados en testudos  
De cascos, de celadas y de escudos.

Llueve por todas partes piedra gruesa,  
De dardos una y otra rociada;  
Viene volando no con menos priesa  
Lanza de palma dura bien tostada;  
De cada cosa nube tan espesa  
Como la que de rayo fué rasgada  
Tanto que Noguero! ya no prosigue  
Y espera que la furia se mitigue.

Y el mísero parece que sospecha  
Aquel día fatal que nos espanta,  
Pues no sé de qué mano fué derecha  
Funesta punta de tostada planta,  
Cuyo furor escudo no desecha  
Hasta que se metió por la garganta:  
Rompe las venas, sangre va vertida,  
Y tras ella huyó la cara vida.

Detiénelo Orozco que no caya  
En la profundidad, aunque él recela  
Otro tan duro golpe de azagaya;  
Pero cubrióse bien con la rodela,  
Y todos los demás están á raya,  
Como no sube la primer tutela:  
De mano en mano va por los oídos  
Noguero! muerto y otros diez heridos.

Sabido por Vadillo, les decía:  
«Adelante, valientes españoles,  
Que si Noguero! vió su postrer día,  
Por eso quedan muchos Nogueroles,  
E ya la cuesta poco se desvia,  
Para poder ganar estos peñoles;  
Y cuanto mas allá vamos llegando  
El camino se va mas ensanchando.»

Camianan pues como mejor podían  
Saltando siempre balas y harpones,  
Y de los fuertes altos no venían  
Tantos ni tan espesos los turbiones,  
Por cuya causa todos presumían  
Acabárseles ya las municiones;  
Y así cristiano marte se apresura  
Hasta llegar á parte mas segura.

Pues el Joan de Orozco como via  
El terrible furor algo mas manso,  
Ganó cierto mogote que hacia  
Una cierta manera de descanso,  
No llano, que planicie no tenia,  
Pero su compás era mas espanso:  
Y en lo restante de los reventones  
Podían ir ya juntos tres peones.

Con mas velocidad continuaron  
Como los piés podían hacer presa,  
Y tal maña se dieron que ganaron  
Otro compás de mas cómoda mesa,  
Adonde se pararon y afirmaron  
Porque la gente fuese menos lesa;  
Y allí mas á placer se defendieron  
Hasta que los caballos ya subieron.

Como fuese mas llano lo restante,  
Tal que podían ir á media rienda,  
Y saltan en los caballos al instante  
Y aprietan las espuelas por la senda:  
Los indios que caballos ven delante  
Parecían ser vision horrenda,  
Y así con rostro triste y amarillo  
Van á poner en cobro su hatillo.

El tumulto fué luego dividido,  
Saliendo del peñol por otro lado,  
Y el cacique por ser mas atrevido  
Quiso defender en el cercado,  
El cual lijeramente fué rompido  
Por ser de pocos indios ayudado;  
Admiranse de ver equinos cuellos,  
Y así huyeron y el señor con ellos.

Entraron pues ajenos pareceres  
Desenvolviendo fardos y bajijas;  
Hallaron muchos niños y mujeres  
Y ropa de sus mantas ó cobijas;  
No hallaron del cacique sus haberes,  
Mas su mujer prendieron con dos hijas:  
Era moza de cuerpo bien dispuesto  
Y de hermoso y agraciado gesto.

Joyas de oro hallaron principales,  
No tantas cuantas son sus intenciones;  
Mas hallaban do quiera materiales  
Y fraguas do hacían fundiciones,  
Y muestras de tener ricos caudales,  
Que no fueron falaces opiniones;  
Pero túvose por averiguado  
Que todo lo tenían enterrado.

Y por hallarse mucho hastiado  
Y llegar fatigados del viaje,  
Pausa hicieron en aquel asiento  
Proveyéndose de matalotaje:  
El cacique después del rompimiento  
Al gobernador envió mensaje,  
Diciéndole querer venir á vello  
Si le daba licencia para ello.

Holgó Vadillo con el mensajero,  
Tractándole con amigable mano,  
Y dijo: «Días ha que yo lo espero  
Con firme voluntad de pecho sano,  
Y así podrás decirle que yo quiero  
Tenelle por amigo y por hermano;  
A su casa se venga y á su nido  
Porque será de mí bien recibido.»

Como le diesen este buen recado,  
Determinó venir día siguiente,  
De capitanes bien acompañado,  
Vestidos de algodón galanamente;  
Holgóse de lo ver el licenciado,  
Y el indio mostró grave continente:  
Era de grandes miembros, gentil hombre,  
Y ninguno se acuerda de su nombre.

El astuto gandul como sintiese  
La sed insaciable que traía,  
Rogó con gran instancia que le diese  
La mujer y las prendas que tenía,  
Y que por el rescate le pidiese  
La cantidad de oro que quería:  
Vadillo, viendo las promesas largas,  
Pidióle de buen oro doce cargas.

Otra cosa pedía demás desto,  
Negocio que no menos se estimaba,  
Y fué que le hiciese manifiesto  
El venero de donde se sacaba;  
Todo lo cual con apacible gesto  
El prometió según se le mandaba,  
Como quien no tenía pensamiento  
De dar á sus palabras cumplimiento.

Dijo pues que soltasen su matrona  
Para que busque los ocultos bienes,  
Y en vez que represente su persona  
El quería quedarse por rehenes:  
Vadillo viendo lo que le pregona  
Aquesto le concede sin desdenes;  
Partióse luego con los que quería  
Quedando de volver á tercer día.

Estuvieron diez días en espera,  
Sin respuesta tener mala ni buena;  
Y viendo no venir la compañera  
Y el cacique mostrar ninguna pena,  
El cuello le pusieron en collera,  
Pendiente della siempre la cadena:  
Que sin prisiones lo tenían antes  
Rodeado de guardas vigilantes.

Como perdiesen pues el esperanza  
De podelle sacar estos dineros,  
Tractan de la segunda confianza  
Que fué les descubriese los veneros;  
Y el indio dijo sin mostrar mudanza  
Fuesen con él algunos compañeros,  
Prometiéndole mostrar á los cristianos  
Dónde sacaban los dorados granos.

Apercibióse número de gente  
Con deseo de ver lo prometido,  
Y fué Juan de Vadillo y el teniente,  
Cada cual dellos bien apercebido,  
Cuatro soldados del ramal pendiente  
Llevaban al cacique bien asido,  
Suero, Díaz, Patiño, Alvar García,  
Y otro que Portalegre se decía.

Destá suerte lo sacan de la villa,  
Asidos todos cuatro de la rienda;  
A las espaldas la demás cuadrilla  
Dispuestos á beligerá contienda:  
El indio guía por una cuchilla  
De gran altor y muy estrecha senda,  
Profundos y derechos ambos lados  
Por do van todos ellos enhiados.

Yendo desta manera caminando,  
En unos ásperos derrumbaderos  
El indio se arrojó, precipitando  
Tras sí todos los cuatro compañeros,  
Unos sobre los otros tropicando,  
Rodando por aquellos peladeros,  
Hasta que cierta mata que allí hubo,  
Que fué ventura grande los detuvo.

Pero sus pensamientos fueron vanos  
En quererse librar desta manera,  
Pues los cuatro soldados veteranos  
Ihan todos siguiendo la collera,  
Sin soltar la cadena de las manos,  
Con ir á su pesar por la ladera,  
Todos cinco revueltos de mal arte,  
Hasta que dieron en aquella parte.

Eran, según Orozco me declara,  
Zarzales los opuestos embarazos,  
Do cada cual llegó rota la cara  
Y desollados piés, piernas y brazos;  
Mas si deste lugar se discrepara  
Se hicieran trescientos mil pedazos:  
Los que miran de arriba con espantos  
A Dios los encomiendan y á sus santos.

Y muchos ansimismo con el miedo  
De vellos ir rodando que no paran,  
A grandes voces dicen: «Creto, credo»,  
Como si de la horca los echaran;  
Quedó Vadillo con el resto quedo,  
Que bien pensó que nunca mas tomaran,  
Porque fué tal espacio lo que fueron  
Rodando, que de vista los perdieron.

Pero los cuatro deste detrimento,  
Puestos en el zarzal ya referido,  
Después de recobrar algún aliento  
Suben con el cacique bien asido:  
Juan de Vadillo recibió contento  
Con todos los demás cuando los vido,  
Porque ninguno ya hacia cuenta  
Escapar vivos de tan gran tormenta.

Y no volvieron por aquella frente  
Por donde se vinieron despeñando,  
Sino por otra parte diferente  
Por menos asperezas rodeando;  
Mas tales que no van seguramente  
Sino con piés y manos gateando,  
Hasta que con inmensa pesadumbre  
Todos cinco llegaron á la cumbre.

Desgarrados los cueros y pellicos,  
Las cabezas bien atorondadas,  
Y todos ellos hechos los bocicos  
Al modo de mujeres mal casadas;  
Lo cual se padecía por serricos  
Con otras desventuras no contadas,  
De las cuales la parte menor pinto,  
Por ser inestricable laberinto.

Llegado pues el misero cautivo  
A la presencia deste licenciado,  
Luego como varón vindicativo  
Y en los enojos nada reportado,  
A sus negros mandó quemallo vivo,  
Los cuales ejecutan su mandado,  
Sin que hastasen ruegos ni razones  
Que daban mas compuestas condiciones.

Al pueblo se volvieron con aquesto,  
Desté mal hecho cada cual pesante;  
Bajaron otro día del recuesto  
Y el cuerpo caminó mas adelante,  
Entrando por camino tan molesto  
Que no se vido cosa semejante,  
Y llevando del diestro los caballos  
Que de otra suerte no pueden llevarlos.

Al cabo de seis días de camino,  
Con deseo de ver tierra mas llana,  
Pablo Fernandez, hombre de gran tino,  
Descubrió luengo trecho de zavana;  
Mas no se pudo captivar vecino  
Ni verse por allí villa cercana;  
Pero como por ellas se desmande  
Las aguas descubrió de un rio grande.

Después que ya llegó toda la gente,  
Rancheáronse cerca del arena,  
Y como viesen rio tan potente  
Juzgaron ser el de la Magdalena;  
Impetuosa lleva su corriente,  
Por las barrancas va la madre llena;  
En la parte frontera ven labores,  
Y allá procuran ir diez nadadores.

Sintieron al pasar terrible frío;  
Hallaban la corriente menos blanda  
Cuanto mas van, y así del medio rio  
Revolvieron á la primera banda  
Pareciéndoles torpe desvario  
Proseguir adelante su demanda:  
Vadillo se holgó cuando los vido,  
Porque contra su voto habian ido.

La gente se juzgaba por perdida,  
Por haber grande número de dias  
Que padecian falta de comida,  
Y no podian captivarse guias  
A causa de saber de su venida,  
Mediante relacion de las espías;  
Y si hallaban pueblos á los lados,  
Estaban los vecinos retirados.

Mas el Pablo Fernandez, aunque flaco  
Tenia ya su fuerza de gigante,  
De la gente mas sana treinta saca,  
Descubriendo con ellos adelante  
Una provincia que llaman Iraca,  
Llena de poblaciones y abundante;  
Y antes que por la tierra se metiese  
Al campo dió mandado que viniese.

Llegaron al Vadillo tres peones  
Con el recado del que los envia,  
Al cual no le faltaban aficciones,  
Viendo con afliccion su compañía;  
Pero después que oyó las relaciones,  
Mudólas en contento y alegría,  
Y por estar la noche ya cercana,  
Partieron otro día de mañana.

Abreviando la gente su carrera,  
Porque necesidad los compelia,  
Llegaron donde Pablo los espera  
Oculto con aquellos que tenia;  
Y porque ya remate de luz era  
Esperaron la del siguiente dia:  
Duermen debajo de fieles velas  
Y á punto las espadas y rodelas.

Desde que se despidió nocturna hora,  
Que de plantas cubria verdes cuellos,  
Y la real presencia del aurora  
Sorenos descubrió sus ojos bellos,  
Y el rey de Delos desde donde mora  
Tendió doradas hebras de cabellos,  
La gente fuerte que mi pluma canta  
Para nuevos recuentros se levanta.

Aprestan armas para las reyertas,  
Cursadas en horrisonas contiendas;  
Componen los caballos con cubiertas,  
Subyectos al meneo de las riendas,  
Los cuales como bestias bien espertas  
Mostraban de razon no sé qué prenda,  
Pues cada cual se alegra y regocija,  
Viéndose con heligera cohija.

A pié van los ginetes por la senda,  
Porque por ir mas altos no los viesen,  
Llevando los caballos de la rienda,  
Y subir luego que menester fuesen,  
Y porque su venida no se entienda  
Hasta tanto que los acometiesen;  
Pues su negocio lleva bien guiado  
Quien al contrario halla descuidado.

Caminaron la vuelta del ocaoso,  
Con aquel orden que les convenia,  
Al llano que hacia muy al caso  
Para valerse la caballería;  
Pero cuando salieron á lo raso,  
La bárbara caterva no dormia,  
Antes su pensamiento les engaña,  
Pues ven gentes armadas en campaña.

El son de sus cornetas suena luego  
Que vieron á la gente peregrina,  
Y porque no gozasen del entrego  
De la villa que estaba mas vecina,  
A las pajizas casas ponen fuego  
Con determinacion luciferina,  
Y en escuadron formado, como diestros,  
Al camino salieron á los nuestros.

Espesura de lanzas y de dardos  
Por una y otra parte se menea;  
Gandules bien dispuestos y gallardos  
Y multitud de bárbara ralea,  
Con todos los conciertos y reguardos  
Que suelen los cursados en pelea,  
Y con la mano presta y alterada  
Se llegan á la gente bautizada.

Como la guerra ya se les intima,  
En los caballos que iban encubiertos  
Aquellos cuyos son saltan encima  
Para romper los bárbaros conciertos;  
El indio mas feroz se desanima,  
Y algunos se quedaron como muertos;  
Otros con el espanto y el recelo  
Pegan el rostro y ojos por el suelo.

Como quien va de noche por camino  
Con algun temeroso pensamiento,  
Que vió sombra de espíritu malino  
Y queda sin vigor y sin aliento,  
Cayendo con el grande desatino  
Forzado de tan mal impedimento,  
Y por sus coyunturas corre rio  
Con la superfluidad del sudor frio:

Así los bárbaros se desalientan  
Cuando vieron cuadrúpedos armados,  
Y mas desde que iban experimentan  
De lanzas con los hierros aillados,  
Que por los escuadrones ensangriontan  
Las espaldas, los pechos y costados;  
Otros también tomaban por remedio  
Poner no poca tierra de por medio.

Estos se desviaron larga presa,  
Dejando las guerreras municiones.  
Sin que torciesen punto la cabeza  
Atrás, á causa de no ver visiones;  
Y por donde sus pasos endereza  
Ninguno dellos halla trompezones,  
Antes el reventon y el altozano  
Por do guia sus piés hallaba llano.

Los que gozaron destos vencimientos  
Sin recibir contraste ni herida,  
Como necesitados y hambrientos  
Adelante llevaron su corrida,  
Hasta que ya hallaron aposentos  
Sanos y proveidos de comida;  
Y por ser buen terreno y abundoso  
Estuvieron dos meses de reposo.

También hallaron sal en abundancia,  
De que necesidad se padecia:  
Tenianla los indios por ganancia  
Y era su mas preciosa granjería,  
De pozos que por esta circunstancia,  
Por ser de agua salada, se hacia;  
Y así quisieron en aquel asiento  
Hacer mas largo su detenimiento.

Porque de los trabajos precedentes,  
Que parte dellos queda referida,  
Andaban fatigados y dolientes,  
La cara cada cual descolorida,  
Y no pocos soldados excelentes  
Habian concluido con la vida,  
Vel buen Pablo Fernandez, varon fuerte,  
En Iraca también halló la muerte.

Porque de la pasada desventura  
No se sentía todos días bueno,  
Y allí le dió tan recia calentura  
Que le despachó dentro del septeno,  
Sin que pudiese remediallo cura,  
Aunque no tuvo cumplimiento lleo;  
Pero hizose todo lo posible  
Para libralle deste mal terrible.

Causó la muerte suya grave pena,  
Por ser en proseguir esta jornada  
Principal estaban de la cadena  
Las veces que se vió casi quebrada;  
Hizo lo que la santa ley ordena  
Al tiempo de partir desta morada,  
Recibiendo los santos sacramentos  
Y con declaración de sus intentos.

Porque Vadillo, no sin gran prudencia,  
Y con la necesaria vigilancia,  
A los enfermos de cualquier dolencia  
Aconsejábales con gran instancia  
Examinasen luego su conciencia  
Y dispusiesen bien de su substancia,  
Y él mismo con cristiano pensamiento  
Daba la claridad del testamento.

También en las montañas mas molestas  
Que cumpla con brevedad dejallas,  
Si por ventura señaladas fiestas  
Venían antes de poder pasallas,  
No mirando razones contrapuestas,  
Con devoción hacia celebrallas,  
Sin consentir que el campo se moviese,  
Aunque necesidad los compeliase.

Iracá pues como se desocupe  
Del cebo que tuvieron abundante,  
Por relaciones del Orozco supe,  
En el mismo viaje caminante,  
Cómo quisieron ir á Naratupe,  
Provincia que tenían adelante,  
Y para la hallar alla camina  
Con soldados Joan Ruiz de Molina.

La guía que la nueva certifica,  
En la tierra de Iracá residente,  
Afirmábales ser la tierra rica  
Y tener grande número de gente;  
Y por esto Francisco de Mojica  
Fué con este caudillo juntamente,  
Por aquel orden que Vadillo quiso,  
Porque mas presto diesen el aviso.

Entre tanto la gente detenida  
Con Vadillo, diez negros enviaron  
Por las labranzas á buscar comida,  
A los cuales los indios saltaron  
Y privaron al uno de la vida,  
Porque por piés los otros escaparon;  
Y al miserable que quedó captivo  
Para comer le desmembraron vivo.

Como por el Vadillo se supiese  
Aquesto que sucintamente digo,  
A Caravajal hizo que partiese  
Con gentes á buscar al enemigo,  
Y con sangrienta mano, si pudiese,  
Relajase las riendas al castigo:  
Partió luego con treinta peregrinos,  
Los seis ó siete dellos en rocinos.

Los indios esperaron en campaña,  
Sin rehusar venir en rompimiento,  
Pero la gente válida de España  
Aquesta concluyó con fin sangriento,  
Pues en el pelear se dió tal maña  
Que mataron por uno mas de ciento,  
Y con algunas joyas á los cuellos  
Se volvieron al campo todos ellos.

Dos días después desta cabalgada,  
Por tener de comida gran inopia,  
Salió de seis soldados camarada  
A la buscar con doce de Etiopia;  
Los bárbaros hicieron emboscada  
Al tiempo que volvían ya con copia,  
Y muchedumbre de caribe gente  
Dieron en ellos repentinamente.

Defendíanse bien en la batalla  
Estos seis blancos y la gente prieta;  
Mas era tanta la crúel canalla  
Que por todas las partes los aprieta,  
Que derribaron sin velle malla  
A Fernando de Hoyos, y trompeta,  
Y en el arrebatado desconcierto  
También Diego de Tapia quedó muerto.

Crecida multitud los señorea,  
De jáculos agudos todos llenos;  
Los cuatro blancos y los de Guinea  
Gran rato pelearon como buenos;  
Pero cansados ya de la pelea  
Huyeron de los doce diez morenos;  
Los dos abominando la huida  
Pelearon hasta perder la vida.

Como se viesan ya sin esperanza  
De poder escapar los cuatro blancos  
Pusieron en sus piés la confianza,  
Huyendo por quebradas y barrancos;  
A Fresno le clavó volante lanza,  
Mas todavía dió veloces trancos:  
Espuela mala para su carrera,  
Mas con ella la hizo mas lijera.

Emboscáronse pues por matas ciegas,  
Cada cual por su parte deividido,  
Pero cansado Pedro de Villegas,  
En cierto hoyo se quedó metido;  
Los tres que se libraron de las bregas  
Dieron nuevas del mal acontecido,  
Aunque primeramente se las dieron  
Aquellos diez esclavos que huyeron.

Pues sin llegar los tres, habia rato  
Que hizo caminar Juan de Vadillo  
Caballos y peones al rebato,  
Baltasar de Ledesma por caudillo;  
Llegaron donde fué su desbarato,  
Mas bárbaro no ven para seguillo,  
Y de los muertos solo las cabezas,  
Que los cuerpos llevaron hechos piezas.

Mándanlas enterrar en un ejido,  
Poniendo ciertas cruces en señales;  
A las voces que daban y al rúido  
Salió Villegas de los matorrales,  
Donde quedaba solo y abscondido  
Con miedo de los bárbaros bestiales;  
Y dió gracias á Dios devotamente  
Por lo sacar de riesgo tan patente.

Con él al campo luego se volvieron,  
No sin derramar lágrimas los ojos;  
Y á la venida, por los altos vieron  
Indios que les mostraban los despojos;  
Mas por la gran altura no pudieron  
Jamás vengar en ellos sus enojos,  
Con ya hacelles cada día fieros,  
Dando grita por cima los otros.

Ecuadrones andaban por la cumbre,  
Sin bajar á hacer con armas prueba,  
Y estuvieron en esta pesadumbre  
Cinco ó seis días, hasta saber nueva  
Que diese claridad y certidumbre  
De los caminos que Molina lleva,  
Para salirse ya del estalaje  
Y llevar adelante su viaje.

El cual con el Mojica peregrina  
Por ver de Naratupe las fronteras,  
Y los pasos por donde se camina  
Son altas y asperísimas laderas;  
Opónese la gente convencana  
A contrastar cristíferas banderas,  
Mas los soldados del cristiano bando  
No pierden, antes siempre van ganando.

Enviáronse pues de gente diestra  
Peones á llamar al licenciado,  
Porque lo que ya viañ daba muestra  
De ser el territorio bien poblado:  
Juan de Frades llegó que los adiestra,  
Y Vadillo partió, visto recado,  
Yendo delante los azadoneros  
Para hacer caminos andaderos.

Mas aprovechan poco los conciertos  
Para llevar subida descansada,  
Por ser tan asperisimos los puertos  
Que apenas hallan dó hacer parada,  
De noche, según son altos y yertos  
Y la cuchilla dellos delicada;  
Suben con grande tieno los caballos,  
Tanto que fué milagro sustentellos.

Y cuando se quedaban alojados  
En medio de los ásperos recuestos,  
Los caballos, en árboles atados,  
De tan mala manera quedan puestos,  
Que parece tenellos ahorcados,  
Sobre los piés traseros muy enhiestos,  
Asidos siempre de la gruesa rama,  
Sin osar en el suelo tomar cama.

Y cuatro que quisieron de cansados  
Tomalla por allí, como mal diestros,  
Sin medio de poder ser ayudados,  
Quebraron fácilmente los cabestros  
Rodando sobre mas de mil estados,  
Do no fueron mas vistos de los nuestros;  
Pues antes de llegar á las honduras  
Iban deshechas ya las coyunturas.

Con este sinsabor y desavío,  
Y rebatos también que no faltaban,  
Llegaron á Garú, que es cierto río,  
Dónde los dos caudillos espeaban:  
Había por allí mucho gentío,  
Cosa que todos ellos deseaban;  
Supo de ciertos indios el Mojica,  
La ciudad dicha Cori ser muy rica.

Llevaronlos delante del regente,  
El cual, certificado, luego manda  
A Francisco de César, su teniente,  
Vaya con brevedad en su demanda;  
El cual nómina hizo de la gente,  
Cabados y peones, buena banda:  
Por todos van sesenta, cinco menos,  
Que se sentian de salud mas llenos.

Pasaron asperisimos recuestos  
Que pocos en altura semejantes,  
Y desde los collados mas enhiestos  
Vieron las casas ya poco distantes;  
Los vecinos están en arma puestos  
Y, á lo que parecia, con semblantes  
De creer que tenían para cena  
De carne de español la mesa llena.

Reparáronse pues nuestros peones,  
Porque los de caballo no venían  
A causa de los grandes reventones  
Y malos pasos do se detenían;  
Pero los carniceros escuadrones,  
Pensando que de miedo lo hacían,  
Acometieron bravos y lozanos  
Para tomallos vivos á las manos.

Rompiendo van los aires vivos gritos,  
Espesura de lanzas los rodea,  
Crece furia y ardor de los conflictos,  
Encuéndese bravísima pelea;  
Cae sobrellos dardos infinitos,  
El español bríoso se menea,  
Apresurando los filos agudos  
Y amparándose bien con los escudos.

Poco compás ocupan los cristianos,  
Y allí firmes están como raices;  
Pero cuando llegaban los paganos  
Algunos revolían sus narices;  
Aquí cortan molledos, allí manos;  
Acullá cercenaban las cervices;  
Uños vuelven sangrienta la mollera,  
Otros con las entrañas todas fuera.

Mas todavía son acometidos  
Los nuestros de terrible muchedumbre,  
Los doce dellos ya muy mal heridos,  
Y todos con inmensa pesadumbre;  
Crece los silbos y los alaridos  
Que tienen estos indios de costumbre,  
De tal manera, que por todos lados  
Los tienen afligidos y acosados.

Como suelen hacer en caso llano  
Al toro que á la lidia se subyeta,  
Que le da grandes silbos el villano  
Y hace cocos para que arremeta,  
Y en soltando la vara de la mano  
Busca luego guarida dó se meta,  
El ojo siempre vivo y el pié presto,  
Para poder tomar seguro puesto:

El bárbaro críel desta manera  
Con importunidad anda silhando,  
Y con brincos y saltos desde afuera  
Agudos jáculos desembrando;  
Si el español acude, no le espera,  
Mortífera respuesta recelando;  
Y la nube de dardos que no cesa,  
Cuanto mas tura tanto mas espesa.

Crece la saña del furor horrendo;  
Aumentase terrible torbellino:  
Los que con los caballos van subiendo  
Abrevian lo posible su camino,  
Y es porque cada cual con el estruendo  
Era de los efectos adevino:  
Quedaron pues, oyendo los tropeles,  
Cuasi pasmados estos infieles.

Porque por el lugar que le compete,  
Para romper furiosa confianza,  
Bate los calcañares el jinete  
Y da tiempos debidos á su lanza:  
El Francisco de César arremete  
No con aumento poco de malanza;  
Y así por su lugar en breves puntos  
Había copia grande de defuntos.

Fué de los indios la turbacion tanta,  
Viendo delante lo que nunca vieron,  
Que ya ninguna grita se levanta,  
Ni después de sus armas se valieron;  
La voz del español victoria canta;  
Los bárbaros callaron y huyeron;  
Siguiéron media legua los alcances,  
Do se hicieron sanguinosos lances.

Vuelven á saquear bárbaros nidos,  
Dónde no se halló próspera suerte;  
Curaron luego todos los heridos,  
De los cuales ninguno fué de muerte:  
Vadillo por los hombres impedidos  
En este lugar se hizo fuerte  
Por espacio de diez y siete dias  
Hasta convalecer las compañías.

Pues de la hambre y el rigor continuo  
Los menos dellos se sentian buenos,  
Y así, haciendo lo que les convino,  
El alma dan á Dios en estos senos  
Los valerosos Miguel Vizcaino,  
Soto, Esquivel y dos ó tres morenos,  
Que de trastornar sierras y montañas  
Tenian ya molidas las entrañas.

Cargó también á César la dolencia,  
El cual, en confianza de ser nada,  
No hizo la debida diligencia,  
Siendo de dia en dia dilatada,  
Y así sin el examen de conciencia  
La muerte le tomó la madrugada:  
A todos fué su muerte lastimera,  
Y mucho mas en ser desta manera.

En Indias fué persona señalada;  
Y relatar ahora su proceso  
Sería cosa desproporcionada  
Por no cumplir aquí largo digreso;  
Podría ser al fin de la jornada  
Deciros algo dél; y agora ceso  
Por volver al viaje de Vadillo,  
Pesante por el fin de su carillo.

A quien todos los mas dicen que yerra  
En hacer de la mar tan gran ausencia;  
Mas él á lo muy lejos se destierra  
Por lo que le dictaba su conciencia,  
Poniendo de por medio tanta tierra  
A causa de huir la residencia,  
Porque debía de tener por cierto  
Tenella sus contrarios en el puerto.

Y en tener tal sospecha no se engaña,  
Pues en esta sazón era venido  
El licenciado Santa Cruz de España,  
Para su residencia proveído;  
Despachóse tras él cierta compañía  
Si por caso pudiese ser halido,  
Y el capitán Luis Bernal venia  
Tras él con bien armada compañía.

Hasta Lile siguieron sus pisadas  
Los peones y gente de caballo,  
Alguna vez doblando las jornadas,  
Haciendo su poder por alcanzallo;  
Pero por cosas que serán contadas  
Menos allí pudieron ya hallallo,  
Por haberse partido para Quito,  
Cansado del entrada, mas no abito.

Vadillo pues con miedo semejante  
Por aquel émulo que en corte clama,  
Trabaja de pasar siempre delante  
A ganar opinión y buena fama;  
Y agora procuró con el restante  
Llegar á la provincia de Cartama,  
Que, según por las guías se publica,  
Era tierra de minas y muy rica.

Ciertos soldados van por su mandado  
Para ver el camino mas seguido,  
Y en un pueblo de indios ya quemado  
Tuvieron un recuento bien reñido:  
Salió Caravajal descalabrado  
Y el capitán Mendoza mal herido:  
Fueron peligrosísimas heridas,  
Mas ambos escaparon con las vidas.

Por ser pocos los desta compañía,  
Por los indios se vieron afligidos;  
Pero mostraron bien su valentía  
Contra los escuadrones atrevidos,  
Pues con ser mucha gente, todavía  
Fueron desbaratados y vencidos,  
Algunos dellos presos y captivos  
Que se llevaron al Vadillo vivos.

El cual se holgó de vellos, y al instante  
A preguntar por tierra se levanta,  
Que próspera le sea y abundante  
Para hacer en ella nueva planta;  
Respondieron estar mas adelante  
La provincia llamada Caramanta,  
La cual es tal, que si la señorea,  
Largamente tendrá lo que desea.

Alegres con las nuevas de las guías,  
Partieron todos en su seguimiento  
Por altas y soberbias serranías,  
Que parecen llegar al firmamento,  
Y en espacio menor que de tres días  
Vieron de poblaciones gran aumento,  
Tantas que no tenían ya por bueno  
Entrar tan pocos en compás tan lleno.

Vieron la gente bien apercebida  
Y con intento firme de esperallos  
Para que les sirviesen de comida,  
Hacellos postas y descuartizallos;  
Pero sin parar ánima nacida  
Huyeron desque vieron los caballos,  
Y por ser el terreno tan doblado  
Ninguno dellos pudo ser tomado.

El primer pueblo destas vecindades  
De todas cosas lo hallaron falto,  
Y los indios con grandes cantidades  
Tenian de la sierra lo mas alto;  
Mas con ciertos soldados Juan de Frades  
Tomó siete gaudules en un salto,  
Y con intérprete que los entiende  
Vadillo preguntó lo que pretende.

De por sí cada uno respondía  
Sin mostrar intencion diferenciada,  
Y en el dar las respuestas parecía  
Gente de mas razón que la pasada;  
Pero del oro que se pretendía  
La certidumbre fué menos que nada;  
A Guicuí cualquiera los aplica,  
Afirmándoles ser provincia rica.

Esta razón por el Vadillo vista,  
Puesto caso que no sin gran mohína  
Y mas avilantez que de jurista,  
A morir ó vivir se determinaa  
Llevar mas adelante su conquista,  
Antes que revolver á la maraña,  
Y á las guías mandó que como deben  
A la tierra de Guicuí lo lleven.

Métenlos por montañas y breñales  
Por donde todos van desesperados;  
Los lodos y pesados tremedales  
Esceden al rigor de los pasados;  
Los que son menos y los principales  
Caminan del vivir desconfiados,  
Por no tener en tiempo tenebroso  
Donde tomar brevisimo reposo.

Sin vigor el mancebo y el anciano  
Y sin lugar enjuto do se sienten;  
Los caballos tampoco comen grano,  
Ni topan yerba con que se sustenten;  
Juzgan á su mayor por inhumano,  
Aunque sienten también lo quellas sienten;  
Pero con padecer esta fatiga  
Ninguno dellos hay que contradiga.

Pero vista su grande pertinacia  
Que parecia de varón insano,  
So color de facecias y de gracia  
El comendador Susa, lusitano,  
En un gran lodazal por do se espacia,  
Para lo convencer tomó la mano,  
Y con aviso de varón prudente  
Riéndose le dijo lo siguiente:

« Todos, señor, andamos de mal modo,  
Y tengo para mí que cualquier bueno,  
Adonde vos estáis puesto de todo  
No dudará meterse por el cieno;  
Mas si conviene tanteallo todo  
Con seso libre, de pasión ajeno,  
También sería de persona cuerda  
Mirar cómo su vida no se pierda.

» El seso, la razón y la cordura,  
Las intenciones buenas y cristianas,  
Son menester en esta coyuntura,  
Sin dar lugar á conyecturas vanas;  
Pues tan acerbo mal y desventura  
No pueden comportar fuerzas humanas,  
Antes si lo mirais es imposible  
Poder vivir con pena tan terrible.

» Al principio peon y caballero  
Sufríalo, por ir bien preparado,  
Con recias fuerzas y vigor entero,  
De negros y caballos ayudado;  
Agora ningún mal es sufridero,  
Porque llueve, señor, sobre mojado,  
Tanto que mas bien puesto y el mas fuerte  
Anda ya peleando con la muerte.

» A cuantos huelan la terrena bota  
Con tanta muchedumbre de naciones,  
Basta para matar la hambre sola,  
Cuanto mas tantos colmos de aflicciones  
Como veis padecer á la española  
Que traéis, no con malas intenciones,  
Porque bien se colige de lo hecho  
Que deseais su bien y su provecho.

» A questo yo lo sé de cierta ciencia,  
Y no lo duda persona ninguna,  
Y que con regalada providencia  
Curais el mal que mas nos importuna;  
Pero ¿ qué presta tanta diligencia  
Si nos desfavorece la fortuna,  
Antes, según que vemos de hora en hora,  
Donde bien esperamos se empeora?

» Por estos asperísimos conveses,  
Con inmenso sudor y hambre luenga,  
Habemos caminado ya diez meses  
Sin que hallemos cosa que convenga;  
Lastima con desgracias y reverses,  
Sin darnos tierra que nos entretenga,  
Y cuando se pensó hallar consuelo  
Aun para resollar nos falta suelo.

»Faltan soldados muchos y muy buenos,  
Como vuestra merced, señor, bien sabe;  
Nosotros cada día somos menos,  
Cosa no hay que no se menoscabe;  
Querer continuar aquestos senos  
Tan insufribles, en razón no cabe,  
Sino los que tuvieren ya la vida  
Con desesperación aborrecida.

»A cualquiera mortal inconveniente  
Nunca dejamos de poner el pecho;  
No se puede hacer humanamente  
Mas de lo que nosotros hemos hecho;  
El cielo por ventura no consiente,  
Y el camino nos hace mas estrecho;  
Autes pues que faltemos de por medio  
Demos á nuestro mal algun remedio.

»Y será de remedios el mas cierto,  
Segun el parecer desta compañía,  
Que nos volvamos al marino puerto  
Antes que nos consuma la montaña,  
Pues dejamos camino bien abierto  
Que del fruto que hay nos desengaña;  
Vuestra merced, señor, lo considere,  
Y disponga segun le pareciere.»

Dijo su parecer como caudillo  
A quien tomaron todos por escudo,  
No sin alteraciones del Vadillo  
Por ser de sufrimiento muy desnudo;  
Paróse demudado y amarillo.  
Mas reportóse todo cuanto pudo,  
Y aquella primer cólera compuesta,  
Estas razones dió por su respuesta:

«Un hombre de quien yo tanto confío,  
Por su valor y buen entendimiento,  
No debe dar favor á desvario  
Con parecer que va sin fundamento;  
No porque yo me case con el mio,  
Y menos en lugar do voy á tiento,  
Antes deseo que se me dé lumbre  
Para salir de tanta pesadumbre.

»Mas si teneis aquesa por segura,  
Como tractada ya con gente diestra,  
Es como la tiniebla mas obscura  
Que da de resplandor ninguna muestra;  
Pues para la salud que se procura  
No pudo ser consulta mas siniestra,  
Y á la seguridad es tan aleve  
Que nuestra perdición será mas breve.

»Porque, señores, para la tornada  
Por los lugares por do habeis venido  
¿Dejais la vitualta concertada?  
Algun mantenimiento proveído?  
Toda la viña queda ventimiada;  
Ningun lugar que no quede barrido;  
Recurso no lo hay ni yo lo siento  
Que pueda proveernos de sustento.

»Y si los indios tienen algun resto,  
Que nada puede ser en buen romance,  
Bien se puede creer tenello puesto  
Donde no le podamos dar alcance;  
Esto que digo es tan manifiesto  
Que hallareis no ser falso balance,  
Antes si quereis ir por esa puerta  
Ninguna cosa hallareis mas cierta.

»Pueblo no lo vereis adonde estaba,  
Que los indios los mudan facilmente,  
Pues visteis que cualquiera los quemaba  
Por apartar de sí cristiana gente;  
Es allá la montaña muy mas brava,  
Mayor y de peor inconveniente;  
Tampoco hallaremos sementeras  
Con miedo de las gentes extranjeras.

»Porque son indios sumamente brutos,  
Carentes de leyes que los domen,  
Y han por bueno perder todos los frutos  
Dellas porque cristianos nada tomen;  
En la voracidad tan disolutos,  
Quellos mismos se matan y se comen;  
Y es de creer que ya libres de espanto  
Harán de los que vuelvan otro tanto.

»Al principio tenían algun miedo,  
Pero después cobraron mas aliento,  
Usando de sus armas á pié quedo  
Y desmandándose cada momento  
Hasta sacar los ojos con el dedo,  
Sin temor de venir en rompimiento;  
Y serán tantos mas los atrevidos  
Cuantos volvierén menos y perdidos.

»A toda ley colar mas adelante  
Es lo mas sano destos dos estremos,  
Con valor y con ánimo constante  
De buenos, hasta tanto que topemos  
Con gentes que de ver barbas se espanta,  
Que presto, Dios mediante, los veremos,  
Pues la fragosidad desta carrera  
No puedo yo creer ser duradera.

»Será pues mi respuesta concluyente  
Que vuelva quien la vuelta deseare:  
Que yo juro por Dios omnipotente,  
Que cuando ningun hombre me quedare  
Ir mi viaje yo tan solamente  
Adonde la ventura me guiare;  
Esto como lo digo será cierto,  
Y no volver atrás vivo ni muerto.»

A questo dicho, no con poca saña,  
A pié, sin que curase de rocino,  
Comenzó de romper por la montaña  
Con indio que adiestraba su camino;  
Lo cual visto por los de su compañía,  
Habláronle con término benigno,  
Diciéndole que vaya do quisiere,  
Que todos morirán donde él muriere.

Con estos insufribles sinsabores  
Pasaron adelante cuatro días,  
Cuyas jornadas fueron muy peores  
De lodos y prolifjas serranias;  
Gastábase los tristes gastadores  
En adobar las cenagosas vias,  
Y hubo día, por ser paso mafino,  
De solo media legua de camino.

En este lago de calamidades  
A voces se quejaban del Vadillo,  
Y él pasaba por hartas necedades  
Dichas acaso por el mas sencillo;  
Pasó pues adelante Juan de Frades  
Con gentes, como próvido caudillo,  
Mandándole que vuelva, si por caso  
Viese luz que denote campo raso.

Caminaron la vuelta del oriente  
Dejando por los árboles señales,  
Y fué colando por aquella frente  
Dos jornadas, al cabo de las cuales  
Vió claridad y vió campo patente  
Con mucha poblacion de naturales:  
Alabaron á Dios desque lo vieron,  
Y á dar la buena nueva se volvieron.

Pero como quien va de los cabellos,  
Por ir faltos de fuerzas y de brio,  
Delicadas las zancas y los cuellos,  
Desnudos, y el estómago vacio;  
Y ansi se desmayaron los dos dellos  
Al tiempo que pasaron cierto rio;  
Mas Juan de Frades prosiguió su via,  
Dejándolos allí con compañía.

Yendo por aquel cieno trabajando  
Sin alpargates y con harta pena,  
Con el Vadillo dió que caminando  
Venia de dolor el alma llena;  
Danle las buenas nuevas en ilegando,  
Diciéndole que vieron tierra buena,  
Y él á Dios muchas gracias y loores  
Por esperar salir destos rigores.

Y todos los demás con los contentos  
Y esperanzas de ser campos abiertos,  
Tornaron á cobrar nuevos alientos,  
Porque ya los traían quasi muertos;  
Todos son en quitar impedimentos  
Viendo cómo los toros eran ciertos,  
Por llegar cada cual do se rehaga  
Y salir presto de tan grave plaga.

Y así segundo día ya pasado  
Después que fué la nieve percibida,  
Salieron á lo raso y escombrado  
Do vieron poblacion bien estendida:  
Hallan el primer pueblo despoblado,  
Aunque con abundancia de comida,  
Y por el buen recurso que allí hubo  
El campo veinte días se detuvo.

Entre tanto Joan Ruiz de Molina,  
Con la gente que estaba menos lesa,  
Sus pasos á rancheos encamina,  
Y captivó de gente buena presa,  
Con dos mil pesos de moneda fina;  
Asimismo vió mas amplia dehensa,  
Ameno valle todo cultivado,  
Y poblacion por uno y otro lado.

La gente con deseo de ganancia,  
Que ya mas reformada se sentia,  
Al valle se pasó, cuya substancia  
Era de señalada mejoría;  
Allí se procuró con gran instancia  
Saber cómo la tierra se decia,  
Pero los siete indios caramantes  
Huyéronseles una noche antes.

Y así, por lo demás que se pretende,  
Segun necesidades ocurrían,  
Aquesta falta mucho los ofende,  
Pues aunque destes indios inquirían,  
Ninguna de las lenguas los entiende  
Ni supo declarar lo que decían,  
Y con reiterar en la respuesta  
Ninguna cosa dicen manifiesta.

Viendo ser nada cuanto se replica,  
Por ser allí la diferencia tanta,  
Ofrecióse Francisco de Mojica  
Ir por algun gaudil á Caramanta,  
Por ser lengua que estotra verifica,  
Y por las que ellos traen se discanta,  
Y así sin tomar tanta pesadumbre  
Unas á otras se darian lumbre.

Este con caballeros y peones  
A la lijera fué por la montaña;  
Llegaron donde son sus intenciones,  
Ven con obscuridad una cabaña,  
De do trajeron muchos en prisiones,  
No sin defensa de guerrera saña,  
Pero como soldados de momento  
Salieron con honor del roupiemento.

Llegados pues donde los esperaban,  
El Vadillo holgó con su venida,  
Y al fin supieron lo que deseaban,  
Porque por lengua dellos entendida  
Se supo ser Encerna donde estaban,  
Que por sus minas es esclarecida,  
Y Cuicut, de quien llevan demanda,  
Quedaba mas atras en otra banda.

Como tuviesen pues mantenimiento  
Y noticia de minas tan pujante,  
Un mes gastaron en aquei asiento,  
Sin que quisiesen ir mas adelante;  
La gente natural con descuento  
De ver sus sementeras de menguante,  
Venian á los collados fronteros  
A los amenazar con grandes fieros.

Y como ningun día se dejase  
De hacer esto, para castigallos,  
El Vadillo mandó que se emboscase  
Mojica con peones y caballos,  
Y cuando la caterva comenzase  
A los amenazar y deshonrarlos,  
Tomase las espaldas con la gente  
Y rompiese por ellos de repente.

Tomó diez caballeros y cuarenta  
Peones de la gente mas granada,  
Y al tiempo que la noche representa  
Estar humana gente reposada,  
En parte se metió donde no sienta  
El barbarismo vil el emboscada:  
Quebrada montüosa muy cercana  
De do suelen venir cada mañana.

Apolo ya sus rayos estendia,  
Durando las alturas de la cumbre,  
Cuando la carniceira compañía  
Llegó donde tenia de costumbre,  
Y para sus efectos aquel día  
Cargó mas arriscada muchedumbre  
Con infinitos dardos y saetas  
Y estruendo temeroso de cornetas.

La gente del real, que está de cara  
De la bestial y bruta pestilencia,  
Luego salió de los hubios para  
Hacer ostentacion de su presencia,  
Y ver ni mas ni menos en qué para  
Después que se comienza la pendencia,  
Adonde el emboscada ya camina  
Con el arremetida repentina.

Los caballos con pechos y con faldas  
E ya de muchos días reformados,  
Rompen la multitud por las espaldas  
Por do nadie pensó ser asaltados:  
Quedaron amarillos como gualdas,  
Dejándose caer por todos lados  
Con una turbacion triste y horrenda,  
Sin se desenvolver en la contienda.

El hierro de la lanza se ensangrienta  
Con presturosa voz de ¡Santiago!  
Peones con espada violenta  
En indios hacen no menor estrago;  
Creció la crueldad sanguinolenta,  
Tanto que en suelo seco hacen lago:  
Algunos desamparan los tumultos,  
Y otros quedaron como vanos bultos.

Pero muy poca gente quedó viva  
Con el ciego furor y turbulento,  
Y desta mucha parte fué captiva  
Que del lugar no hizo movimiento;  
Al campo la victoria se deriva,  
De que Vadillo tuvo gran contento,  
Y así nunca después deste rebato  
Hubo bravosidad ni desacato.

Mas viniendo después de la presura  
Garcí-Lopez, finisimo soldado,  
Entró por ciertas matas y espesura  
A fin de descargar vientre cargado:  
Lufelice sazón y coyuntura  
Y día suyo mal infortunado,  
Pues allí de los barbaros hucidos  
Estaban ciertos dellos escondidos.

Viéndole por la via deshonesta  
Y en ocasion tan bien acomodada,  
Saltan con gran furor de la floresta  
Rodeando la caza deseada:  
Viólos, y como la tenia presta  
Puso mano veloz en el espada,  
Pero los zaragüelles eran grillos  
Para no menear bien los tobillos.

Hiérenlo todos ellos á menudo  
Como tiran á cuerpo descubierto,  
Por no llevar á cuestras el escudo  
Y del día fatal estar incierto;  
Al fin el mató dellos los que pudo  
Y el triste miserable quedó muerto;  
Los compañeros el rumor oyeron,  
Y con lijeros pasos acudieron.

Entran los que se hallan mas espertos,  
Mas aunque fué lijera su corrida,  
Ya hallaron á cuatro indios muertos  
Y al fuerte Garcí-Lopez sin la vida;  
Del modo de su muerte fueron ciertos  
Por la señal y nuestra referida:  
Al cuerpo se le dió terrena sima  
Y le pusieron una cruz encima.

Y en esta parte, do se representa  
Haber sido la muerte y el confito,  
Empalaron después mas de cincuenta  
Que estaban harto libres del delito;  
Y así toda la tierra se amedrenta  
De modo que no dan guerrero grito,  
Autes de paz un cierto señor vino  
Y trajo dos mil pesos de oro fino.



Doce de su jaez trajo consigo,  
Y al Vadillo habló desta manera :  
« Has de saber que Riteron me digo,  
Señor universal desta frontera ;  
Deseo que me tengas por amigo,  
Y que el amistad sea verdadera ;  
Y para que ser tal la mia creas  
Yo te quiero mostrar lo que deseas.

« Si quieres que te cubra mejor pluma,  
No gastes aquí mas horas baldías ;  
Vamos á la provincia de Guacuma,  
Jornada solamente de dos dias ;  
De oro hallarás inmensa suma ;  
Tinajas, ollas, platos, almofrias ;  
Y porque tengo cierta confianza  
Yo quiero ser la guía desta danza. »

Con tan próspera nueva como esta  
Contentamiento recibió Vadillo :  
Dióle de mil favores la respuesta  
Diciendo que sería su carillo,  
Y todos le hicieron grande fiesta  
Por prometellos copia de amarillo ;  
Pues con tantas tinajas y vasijas  
Podian bien casar hijos y hijas.

Mas nunca vieron tan felice año,  
Aunque dieron en bien poblado seno,  
Pues eran relaciones con engaño  
A fin de los sacar de su terreno,  
Adonde recibian mucho daño  
Y estaba ya vacío de muy lleno ;  
Pero debajo de lo que decia  
En su demanda fueron otro dia.

Hallaron por los altos reventones  
El camino bien hecho nuevamente  
Por estos indios, con las intenciones  
Ya dichas en el verso precedente :  
Entraron en crecidas poblaciones,  
Mas no hallaron ánima viviente ;  
No ven señal ni muestra de ganancia,  
Pero de lo demás gran abundancia.

Ya les habian dicho que barbuda  
Gente también llegó por allí antes,  
Y no creveron la razon desnuda  
De señales algunas importantes,  
Hasta que ya salieron desta duda  
Con vellas bien patentes y bastantes,  
Que fué la calavera de un caballo  
Y otras cosas que de presente callo.

Vadillo pues, sintiéndose corrido  
Porque pensó medrar con las migajas,  
Al indio dijo : « Di, ¿ por qué has mentido ?  
¿ Adónde están las ollas y tinajas ? »  
Respondióle : « Los indios han huido,  
Y llevaron consigo sus alhajas ;  
Buscad como debeis al enemigo,  
Y hallareis ser cierto lo que digo. »

Buscaron, mas no ven señal preciosa  
A los humanos ojos agradable,  
Escudriñando gente codiciosa,  
Que en esto suele ser infatigable ;  
Mas vieron á las puertas una cosa  
Odiosa, bestial y detestable,  
En guadubas hendidas que tenian  
Manos y piés de hombres que comian.

Estas guadubas son muy gruesas cañas,  
Huecas y altas sobre sus estados,  
De que rodean muchos sus cabañas  
Componiendo fortísimos cercados,  
Que de duro rigor no son estrañas.  
Pues han menester hierros afilados :  
Córtañlas ellos con agudas guijas,  
Y en muchas partes sirven de vasijas.

Tal planta es que nunca lleva fruto  
Ni de vistosa hoja se cobija,  
Sino ramo de puntas mal instruto,  
Y bien puede lo hueco ser vasija.  
Pues de los gruesos el mayor cañuto  
Tiene capacidad de una botija,  
Y ha menester tener el brazo bueno  
El que de agua lo llevare lleno.

Son barto mas seguros que el barro,  
Y para cualquier uso mas lijeros ;  
Suele ser su cañuto muy buen tarro  
Donde reses ordeñan los vaqueros ;  
No se les pega de la leche sarro,  
Y aunque queden al sol, duran enteros ;  
Sirve también aquesta cañavera  
Para pajizas casas de madera.

Y aun muchas veces vendo los soldados  
Fatigados de sed por tierra seca,  
Aquellos que son diestros y avisados,  
Como conocen ser la planta hueca  
Y haber dentro licuores represados,  
Con el espada por la baja hueca  
La cortan, y en el hueco hallan tanta  
Aguá que satisface su garganta.

Tienen pues estos indios inhumanos  
Cada cual una guaduba hendida  
A su puerta, y en ella piés y manos  
De los que las perdieron con la vida ;  
Pues con voracidad de los biricanos  
Tigres, tienen los hombres por comida,  
Y es el de mas valor y mejor maña  
Quien tiene mas piés puestos en su caña.

En muchas cañas del primer cercado  
A manera de fistulas habia  
En diferentes partes un horado  
Que herido del viento que corria  
Como si fuera canto concertado  
Formaban consonancia y armonía,  
Y de voces concordés y sonoras  
Oian música todas las horas.

Ocho noches durmieron en el fuerte,  
Y allí de enfermedad que ya traia  
Luis de Tapia vió su fin y muerte ;  
También Diego de Heredia fatal dia,  
Hombre muy principal y de gran suerte  
Y no menos cabal en valentía ;  
Ansinosino Cristóbal de Villoria,  
Cuya virtud á todos fué notoria.

Sintióse mucho su fatal desvío,  
Y el licenciado tuvo harta pena ;  
Juan de Villoria mas, por ser su tio  
Del muerto, que sacó de Cartagena  
Proveyéndole todo buen avio  
Segun que lo pedia la cadena :  
Dada pues á los nuestros sepultura,  
Siguiéron adelante su ventura.

En Otumani no hicieron cama  
Por ver el valle mal acomodado ;  
Pasan á la provincia de Guarama  
Y todo lo ballaron abrasado ;  
Allí tuvieron mas entera fama  
De españoles que van por otro lado,  
De los cuales Nacor fué destruido,  
Con ser provincia larga y estendida.

Pasan á Dabitó va mas adelante  
De Nacor y sus altas serranías,  
Y por ser valle lleno y abundante  
En él pararon mas de treinta dias,  
Hasta tanto que para lo restante  
Se reformaron bien las compañías ;  
Luego por altas sierras van á tino  
Sin que pudiesen descubrir camino.

No pongo cerca desto por memoria  
Otros muchos trabajos y afliciones,  
Mas ya viendo su muerte ser notoria  
Si no hallaban nuevas provisiones,  
Adelante pasó Juan de Villoria  
Con algunos caballos y peones,  
Prometiéndole tomar aquel cuidado  
Y no volver al campo sin recado.

Por haber sido antes Juan de Frades  
En inquirir caminos oportuno,  
Mas no pudo por las fragosidades  
Ver en aquellos términos alguno ;  
Y así para suplir necesidades  
El remedio que trajo fué ninguno ;  
No vió senda, labranza ni buhío,  
Mas dió segunda vez en el gran río.

Tentaron ir á la contraria banda  
Ciertos soldados, buenos nadadores,  
Para tomar á quien por allí anda  
Y descubrir conucos y labores ;  
Ahogóse Simon en la demanda  
Por el agua llevar grandes furoros ;  
Volvióse Juan de Frades menos este  
Y sin descubrir cosa que les preste.

Juan de Villoria fué por otras vías ,  
Espesuras de gran desabrimiento ;  
Anduvieron perdidos siete dias  
Llenos de confusion y descontento :  
Desesperadas estas compañías  
Hacen al capitán requerimiento  
Que salga de montañas y de lodos  
Y no permita que perezcan todos.

Mas él los animó con su respuesta  
Hasta salir á mas raso terreno  
Y de mejor y mas clara floresta ;  
Y así , pasados dias , al noveno  
Dieron en la provincia Proponesta ,  
Graciosa vista y espacioso seno,  
Do vieron tantos campos cultivados  
Que quedaron confusos y admirados.

Como la poblacion se descubriese  
En valle de comida proveído ,  
Para que buena nueva se le diese  
Al campo que quedaba detenido ,  
A Mojica con tres mandó que fuese  
Con paso presuroso y estendido ;  
El cual con los demás al campo vino  
En menos de tres dias de camino.

Fueron del licenciado recibidos  
Con voz de cumplimentos honorosos ,  
Y consoláronse los afligidos  
Deste remedio no poco dudosos ;  
Los toldos fueron luego removidos  
Caminando con pasos presurosos ,  
Y como se llevaban buenas guías  
Tardaron en llegar solos seis dias.

Llana se les hacia cualquier sierra  
Por llegar á los otros compañeros ;  
Y entre tanto la gente de la tierra ,  
Como por ella viesan extranjeros ,  
Determinaron de les hacer guerra  
Como helicosísimos guerreros ,  
Y teniendo por cierta la victoria  
Dieron en el asedio de Villoria.

El acometimiento fué terrible ,  
El número de bárbaros sin cuenta ,  
El son de las cornetas insufrible ,  
La furia de temor libre y exenta :  
Juzgara la razon ser imposible  
El poder escapar de la tormenta ;  
Mas á los de valor y á los inertes  
Necesidad los hizo ser mas fuertes.

Cúbrese de penachos aquel valle ,  
De lanzas y de dardos gran bosque ;  
Como Juan de Villoria pues se halle  
Con caballeros diez y peonaje ,  
Rompe con gran furor haciendo calle  
Por medio del ejército salvaje ;  
Siguiéron los peones tras su huella  
Haciendo todos no pequeña mella.

Como cuando novillos mal domados  
Van arrastrando golpe de madera ,  
Que huyendo de quien eran guiados  
Entraron en alguna sementera .  
Y estando ya los trigos sazonados  
Dejan por ellos ancha la carrera ,  
Mollando y abatiendo las espigas  
Con las hendidas patas y las vigas :

Destá misma manera van rompiendo ,  
Sin que ninguno muestre mano floja ,  
Soberbia de plumajes abatiendo  
Donde la verde yerba queda roja ;  
Crece rigor, temor, furia y estruendo ,  
Aquí y allí mortífera congoja ;  
Este queda sin piés, aquel contrucho ,  
Otro lanzando sangre por el pecho.

Al tiempo que la guerra comenzaban ,  
Llegaban á las barbas y cabellus ;  
Mas como tantos dellos derribaban  
Muchos abaten los soberbios cuellos ,  
Y por ninguna via comportaban  
El ver á los cuadrípedos entrellos ,  
Porque por la presteza y el gobierno  
Juzgaban ser demonios del infierno.

Y así viendo su hueste tan rompida  
Y por diversas partes derramada ,  
Toda la multitud hizo huida  
Dejando nuestra gente fatigada ,  
Ninguno con tan áspera herida  
Que brevemente no fuese curada ;  
Buscaron el lugar mas á provecho  
Donde la fortaleza fué su pecho.

Y fué bien menester lanza y aljaba  
Con fuerzas y favores del muy Alto ,  
Por ser esta nacion feroz y brava  
Y barbarismo de temores fallo ,  
Y tal que ningún dia se pasaba  
Sin que les diesen un crúel asallo ,  
Hasta tanto que ya vieron el dia  
Que trajo la restante compañía.

La cual como sus fuerzas recibiese  
Para vengar las injurias atrasadas ,  
Sin que la bárbara nacion viesese  
Los iban á buscar á sus posadas ,  
Y por ser principal el interesse  
De tamajiras de oro bien labradas ,  
Por aquellos lugares y conveses  
El campo reposó mas de dos meses.

Tuvieron siempre pasadía buena ,  
Por ser provincia rica y abundosa ;  
Y allí se desasíó de la cadena  
De vida corporal y trabajosa  
Un noble regidor de Cartagena  
Que se decía Juan de Peñalosa ,  
Y otro Diego Cortés en esta via  
Ansí mismo le tuvo compañía.

Viéndose pues la gente con talante ,  
Cabales fuerzas, voluntad y brio ,  
A fin de proceder mas adelante  
Del valle principal hacen desvío :  
La tierra por do van es abundante  
Y dan tercera vez en el gran río ,  
De muchas sementeras y de villas  
Crecida poblacion en las orillas.

E yendo caminando cierto dia  
Cerca del agua que los embaraza ,  
Toparon una grande ranchería  
Que contenía no pequeña plaza ,  
Hecha por españoles, donde habia  
Suelos sin dueño dos perros de caza ,  
Los cuales á las gentes españolas  
Se llegaron triscando con las colas.

Vadillo se quisiera hacer cierto  
De qué gobernacion la gente fuese ,  
Y como buen camino ven abierto  
Sin que trabajo ya se recibiese ,  
Mandó con gente capitán esperto  
A que los alcanzase si pudiese ;  
Hallaron los que van en la demanda  
Haber pasado de la otra banda.

Eso mismo hicieron los soldados  
Con determinaciones de alcanzallos ,  
Y de las otras partes de los vados  
Hallaron anchos rastros de caballos  
Y mas de siete mil indios armados ,  
Que de cierto señor eran vasallos ;  
Mas como viesan hueste tan pujante  
Con temor no pasaron adelante.

Contaron lo que vieron en llegando  
Y cómo los retrajo cuerdo miedo ,  
Mas lo que no supieron caminando  
Después se lo dijeron á pié quedo ;  
Y fué seguir los indios deste bando  
Las partes de George de Robledo  
Prestándole favor para la guerra ,  
Contra los moradores desta tierra.

Examinando pues dudosos trances,  
De que nacian varias opiniones,  
Diferentes juicios y balances,  
Sin atinar á las resoluciones,  
Siguió Juan de Villoria los alcances  
Con algunos soldados y peones,  
Hasta llegar á bárbara cabaña  
Que de ver españoles no se estraña.

Antes sin le mostrar pecho contrario  
La gente que en el tambo residia  
Les proveyeron de lo necesario  
Con apacibilidad y cortesía;  
Mas el hablar, por ser acento vario,  
Por señas solamente se entendia;  
Y allí hallaron puercos y gallinas  
En aquellas regiones peregrinas.

Proceden adelante ya por via  
Para la proseguir asaz patente,  
Hasta llegar á Lile, que es hoy dia  
Cali, y así se llama de presente,  
Que el capitán Miguel Muñoz habia  
Poblado por Pizarro nuevamente;  
Y Sebastián de Benalcázar era  
El general de toda la bandera.

Antes de ser á la ciudad venidos  
Los vido quien velaba los altores;  
Salen algunos bien apercebidos,  
Y conociendo ser conquistadores,  
Fueron con gran aplauso recibidos  
De todos estos nuevos pobladores,  
Dándoles hospedaje conveniente  
Con el regalo que les fué posible.

Y sabiendo ser breve la jornada  
De donde se quedó Juan de Vadillo  
Esperando razon determinada  
De quién fuese la gente y el caudillo,  
La gente deste pueblo mas granada  
Acorró de salir á recibillo,  
Con ellos por personas de mas fondo  
Pedro de Ayala y Antonio Redondo.

Los cuales le llevaron el recado,  
Y ambos, en cumplimiento del oficio,  
Suplicaron al dicho licenciado  
Les hiciese tan grande beneficio  
De ver aquel lugar recién poblado  
Y recibir en él algun servicio:  
Vadillo tuvo cumplimientos bellos,  
Y por los contentar se fué con ellos.

Mas por las casas ser en esta era  
Pocas, donde vivian encogidos,  
Los soldados se ranchearon fuera,  
Do fueron largamente proveídos,  
Por ser los del lugar en gran manera  
Nobles y cortesanos comedidos:  
Allí fué pues el dicho licenciado  
Ocho dias ó diez muy regalado.

El tiempo que decimos ya pasado,  
El comendador Sosa, su teniente,  
Segun que pareció por su mandado  
Al campo convocó toda la gente;  
Y después que los hubo congregado,  
El Vadillo les dijo lo siguiente:  
«Amigos y señores, sed servidos  
De me prestar atentos los oídos.

» Bien escrito teneis en la memoria  
Con cuál intento fué nuestra venida,  
Los trabajos y pérdida notoria,  
Unos de su caudal y otros de vida,  
El provecho ninguno, poca gloria  
De tanta desventura padecida,  
Y sobre tantos males, no pequeño  
Aportar á region que tiene dueño.

» Pizarro tiene desto la conquista  
Con posibilidad engrandecida;  
Benalcázar la tierra tiene vista  
Y hasta la de Encerma recorrida,  
De todos los caciques hecha lista  
Y toda la provincia repartida,  
De manera que ya no tiene cebo  
Aquel que por aquí viene de nuevo.

» Adelante, segun habeis oido  
De los que de Pirú por horas vienen,  
Está todo de paz y repartido,  
Y cuantos indios hay señores tienen  
Lo cual examinado, soy movido  
A tractaros negocios que convienen  
Para que como gente generosa  
No repareis con tan menuda cosa.

» No sin razon aquesto represento  
Por obviar á voluntad mudada,  
Porque yo poco mas ó menos siento  
De muchos que la tienen depravada,  
Y están, desde que vinieron con intento  
De rematar aquí nuestra jornada,  
Contentos con maiz y con tocino  
Que les dan á la mesa del vecino.

» De lo cual le resulta gran afrenta  
A cualquiera varon de casta buena,  
Pues como mendicante se sustenta  
De los relieves de la mesa ajena;  
Y es loco si con esto se contenta  
Quien podria tener la suya llena,  
Sin contemplar á huéspedes la cara  
Si la tienen sin luz ó muestran clara.

» Que muchos lo dan hoy de buena gana,  
Teniendo la comida bien guisada,  
Y por ventura no lo dan mañana,  
Faltando con qué pueda ser comprada,  
Y aun por molestia ser euotidiana  
Quieren que desembarguen la posada;  
Pues bien sabeis que huésped de por vida  
Es pesadumbre muy aborrecida.

» En parte ver agora no quisiera  
Soldados que por míos no se cuentan;  
Mas huélgome de ver en gran manera  
Donde estos moradores se aposentán,  
Para que vean los de mí bandera  
Con cuán poquita cosa se contentan,  
Y que si lo mirais, dejais, señores,  
Atrás tierras mas ricas y mejores.

» Bellos y fertilisimos asentios  
Que no se harta vista de mirallos,  
Donde podeis tener repartimientos  
Con número crecido de vasallos,  
Noticias de soberbios nacimientos  
De oro que podeis luego labrallos,  
Demás de valles y de poblaciones  
Que deben de tener otros rincones.

» Porque no todo puede ser visible  
En tierra tan doblada y estendida,  
Mayormente con tiempo tan terrible  
Y cuasi sin parar nuestra corrida;  
Así que tengo yo por imposible  
No quedarnos callada y abscondida  
Grande prosperidad á cualquier mano,  
Que podremos hallar este verano.

» Por tanto yo, señores, os suplico  
Que ninguno rehuse la carrera,  
Porque mediante Dios ha de ser rico  
Aquel que no dejare mí bandera;  
Y de mí tractamiento certifico  
Como será con amistad sincera,  
Pues aunque tengo repentina ira  
También sabeis que luego se me tira.

» De los bienes que tengo no soy duro,  
Y bien conocen todos los presentes  
Con cuánta caridad y amor procuro  
La vida y la salud de los dolientes,  
Y que con claridad ni con obscuro  
Nunca fui de los menos diligentes:  
Antes en cualquier riesgo manifiesto  
Con todos los demás me hallé presto.

» Cualquiera bueno pues que me siguiere  
Y con mi voluntad se conformare,  
Sepa que moriré donde él muriere  
Y él gozara de lo que yo gozare;  
Y el que contrario parecer tuviere,  
También me holgaré que se declare  
Para que percibida su respuesta  
Haga la diligencia que me resta.»

Dijo Vadillo lo que pretendia,  
Segun manifestó con pecho sano,  
Y visto que ninguno respondia  
De soldado novel ni veterano,  
Francisco de Mojica fué la guia  
Que para responder tomó la mano,  
Declarando comunes intenciones  
En esta breve copia de razones :

« Señor gobernador, bien entendida  
Tenemos todos la voluntad vuestra,  
Porque de la merced hoy prometida  
En el viaje distes clara muestra,  
Y en serviros, sin falta conocida,  
También sabeis cuán buena fué la nuestra,  
Y aun con venir tan llenos de fatiga  
No faltará quien vuestros pasos siga.

» Pero de muchos otros imagino,  
Y de todos sera la mayor parte,  
Que no querrán volver por tal camino  
Ni habrá quien del contrario los aparte ;  
Pues á muchos hablé cuando con vino,  
Y sus respuestas fueron de mal arte,  
Diciéndome que desto nadie gusta  
Y con excusa que parece justa.

» Porque dicen que vienen del viaje  
De todas cosas mal apercibidos,  
Sin salud, sin servicio, sin ropaje,  
Llagados, estragados y perdidos,  
Pocos caballos y ningún herraje,  
Y sin poder aquí ser proveidos ;  
Pues los desta ciudad bajos y altos  
También de muchas cosas están faltos.

» Y si de los vecinos hay preseña,  
Que por se la pedir á precio sale,  
Ninguno dellos hay de quien no crea  
Que para la vender no se regale,  
Y el precio que pidiere que no sea  
Seiscientas veces mas de lo que vale,  
Y ninguno de nos tiene quitates  
Para comprar dos pares de alpagates.

» Volver pues pocos, mal encabalgados,  
Y sin llevar de cosa cumplimiento,  
Seria propio de desesperados  
Y faltos de cabal entendimiento ;  
En conclusion : yo sé que los soldados  
No se pornán en este detrimento,  
Y así vuestra merced no los espere,  
Sino haga lo que le conviniere.

» Lo que resta, señor, es que veamos,  
Pues es cosa que á todos nos conviene,  
Ese poco caudal que rancheamos  
Y que vuestra merced en guarda tiene,  
Para que lo pesemos y partamos  
Y sepa cada cual lo que le viene ;  
Que bien es menester en los estrechos  
De la necesidad en que nos vemos.»

Dijo, y el licenciado bien consiente  
En se hacer del oro partimiento,  
Pero de remontarsele la gente  
Sintió mas que mortal desabrimiento ;  
Y así tentó por via diferente  
Haciéndoles un gran requerimiento,  
Y entonces si pudiera tirar puyas  
Es cierto que hiciera de las suyas.

Desbravó con palabras por un rato  
Viendo que diligencia no le presta ;  
Mas recelándose de desacato  
Mudó su condicion en mas modesta,  
Porque hubo murmurios de mal trato  
De gente no del todo bien compuesta :  
Al fin la particion que se pedia  
Quedó de se hacer siguiente dia.

De la manera que decimos queda,  
Y fué su voluntad determinada  
Para que con razon y cuenta pueda  
Ser á gusto de todos liquidada ;  
Pero por un Ledesma la moneda  
Aquella misma noche fué hurtada,  
Que, como su privado, habló largo  
Con el Vadillo cerca de su cargo.

Y entre tanto que cosas encarama,  
A las lisonjas dando suelta rienda,  
Como estaba debajo de su cama  
Del Vadillo y al lado de la tienda,  
Un negro del Ledesma, segun fama,  
Hurtó por su mandado la hacienda,  
Y cuando sintió ser el salto hecho  
La practica dejó por el provecho.

Despidióse con grande reverencia,  
Segun el uso de amistad estrecha :  
Imputan al Vadillo la dolencia  
Desque remaneció la maldad hecha ;  
El cual perdió del todo la paciencia  
Viéndose macular desta sospecha,  
Y con bríosos y feroces modos  
Soltó largo la lengua contra todos.

Fué la vuelta de Quito pues Vadillo  
Con Villoria y algunos caballeros  
Que de su voluntad quieren seguillo  
Sin que lleven recurso de dineros,  
Por los coger Ledesma su carillo  
A ellos y á los otros compañeros,  
Y el licenciado iba con consejo  
De ir á Panamá por Puerto-Viejo.

Constó de la maldad ser inocente,  
Porque desde de Lile fué partido  
El que decimos ser el delincuente  
Mejoró las alhajas y el vestido,  
Y por velle gastar tan largamente  
De los demás soldados fué tenido  
En aqueste delito por culpado,  
Por donde lo pusieron á recado.

Tomó del crimen el conocimiento  
Un alcalde que fué George Robledo ;  
Al amo y al criado dió tormento  
Con los rigores de juez acedo :  
Negaron ambos con viril aliento,  
Mas al cabo Ledesma con el miedo  
El oro dió, de mas mal sospechoso,  
En confesion á cierto religioso.

El cual, mediante señas evidentes,  
Del oculto lugar lo desentierro,  
Y repartióse por los pretendientes,  
Segun que trabajaron en la guerra ;  
Disimulóse con los delinquentes,  
Y al crimen y maldad echaron tierra,  
Pues mas gritaban al juez severo  
Por las botas que por el escudero.

Después del oro todo repartido  
Sin haber el Vadillo parte dello,  
Con gente que seguia su partido  
Llegó Luis Bernal para prendello ;  
Y como le dijese ya ser ido,  
Nunca curó de mas seguir su huello,  
Por ir cansado ya, de cuya causa  
Allí con los que trajo hizo pausa.

Juan de Vadillo prosiguió su via  
A Panamá, segun se da noticia ;  
Y el licenciado Santa Cruz lenia  
Allí malsin con carta de justicia ;  
Y aunque la gente que lo conocia  
Con amistad lo trata y acaricia,  
Llevaronlo con guardas y cadena  
A la gobernacion de Cartagena.

En la cual le tomaron residencia  
Y anduvo bien trabada la rencilla ;  
Al fin él apeló de la sentencia  
Y preso lo llevaron á Castilla,  
Adonde pareció por su presencia  
Ante jueces de suprema silla,  
Y en la grita de cargos y descargos  
Se consumieron cuatro lustros largos.

Y Juan Rodríguez Gil, que fué por esta  
Sazon allá, le dijo : « ¿ Por qué tiene  
La sentencia tardanza tan molesta,  
Y no pide con priesa que se ordene ? »  
Dióle Juan de Vadillo por respuesta :  
« Por ser cosa que menos me conviene,  
Antes la dilacion yo la procuro  
Porque con ella vivo mas seguro. »

Después, teniendo flaca la costilla  
Y posibilidad menoscabada,  
Murió, según me dicen, en Sevilla,  
Sin ser su causa toda sentenciada.  
He dado cuenta sin faltar hebillá  
De lo más substancial de su jornada;  
Y así quiero, primero que más diga,  
Algún alivio dar á mi fatiga.

## CANTO OCTAVO.

He de dar cuenta cómo volvió don Pedro de Heredia con título de adelantado, y cosas sucedidas después de su venida, y antes que llegase á Cartagena.

En los incultos versos desta historia,  
Que nunca de verdad tienen inedia,  
Hemos dejado puesto por memoria  
De la suerte que fué Pedro de Heredia  
A Castilla, por la pasión notoria  
De quien ya recitamos su tragedia;  
Y resta por que todo se concluya  
Que tractemos agora de la suya.

A Castilla llegó con sus recados,  
Y como fuese negociante viejo,  
Después de los jueces informados,  
Presentó los procesos en consejo,  
Y vistos los agravios y notados  
En su favor halló buen aparejo;  
Y ante la majestad del rey invito  
También dió relaciones por escrito.

El cual, de sus servicios enterado  
Y de su calidad estando cierto,  
Lo nombró luego por adelantado  
De lo que por él fuese descubierto:  
El oro le volvieron secuestrado,  
Porque constó hacérsele gran tuerto;  
Y así por su bondad, gracia y aviso,  
Sus causas concluyó según que quiso.

Mas antes, como queda repetido,  
Contra quien lo quitó de su reposo  
Pidió juez, y fuéle proveído  
A Santa Cruz, un hombre virtuoso,  
El cual en Cartagena recibido  
No procedió por orden riguroso,  
Pues en el tiempo que duró con mando  
Menos pecó de duro que de blando.

Corrían ya, según cristiana cuenta,  
Cuando por tal juez Santa Cruz vino,  
Sobre mil y quinientos y cuarenta  
Otros dos años del natal divino,  
Y entonces por obispo se presenta  
Fray Hierónimo de Loaysa, diño  
De gobernar mas estendidas greyes,  
Y así murió arzobispo de los Reyes.

Tenia Panamá real audiencia  
A la sazón que Santa Cruz gobierna,  
Y viniendo de la real presencia  
Por un oidor Lorenzo de la Serna,  
Tomóle de camino residencia,  
Que fué de licenciados la mas tierna;  
Y por irse los dos aquel invierno  
A los cabildos dieron el gobierno.

En esta coyuntura señalada  
Y antes de dar Vadillo la estampida,  
La villa de Mopox era poblada  
Y entre nobles su tierra repartida:  
Por Alonso de Heredia fué fundada,  
Y los vecinos, gente bien nacida,  
Todos ellos soldados escogidos  
Y en las entradas largas bien curtidos.

Martin Rodriguez un doctor fué destes,  
Ayllon y Andrés zapata, principales,  
Los dos Sedenos, hombres bien compuestos,  
Y un padre y hijo dichos Sandovales,  
Retes y Renteria siempre prestos  
A dar de su valor buenas señales:  
Fué Juan Gomez Cerezo de los buenos  
Y Alonso de Caravajal no meos.

Un Juan Martin de Urista, Villafranca,  
Cogollos, Cano y otra gente buena,  
En la guerra ninguno mano manca

Y para peregrinos siempre llena:  
Está la villa sobre la barranca  
Del rio grande de la Magdalena,  
Tanto que cuando va menos quieto  
Pone los moradores en aprieto.

Lugar es donde viven á gran vicio  
De muchas cosas, fructas y pescado.  
Mas de mosquitos no poco bullicio  
Siempre que sopla viento sosegado:  
Los caimanes les comen el servicio  
Cuando llega por agua descuidado;  
Hay manatíes, pesca de aceite,  
Cuya grosura tienen por aceite.

Es este rio dellos abundoso  
Sin le faltar invierno ni verano:  
Es pece grande y en sabor gustoso,  
Para los achacosos no bien sano;  
En guisados y en tiempo tenebroso  
Esta manteca tienen á la mano,  
Segun ala la cola, y á manera  
La boca que parece de ternera.

Tantos tasajos da como un ternero  
Y alguno como mas crecidas reses;  
Indios algunos usan de su cuero  
Haciendo del adargas y paveses  
Que no puede pasar indio flechero,  
Y hacen poca mella los reveses;  
Son torpes en remanso y en corriente,  
Y así los pescan indios fácilmente.

También aqueste pueblo se regala,  
Con los refrescos que de España tienen,  
Por ser este lugar puerto y escala  
De tractantes que al nuevo reino vienen:  
Y allí hacen el precio y el iguala  
Para que sus viajes les ordenen  
En canoas, con bárbaros remeros  
Que les granjean copia de dineros.

Cincuenta leguas ponen por el rio,  
Desde la mar á la ciudad novela,  
Y bien puede venir alto navio  
Si binche viento próspero la vela,  
Segun un singular amigo mio  
Lo hizo con su propia carabela,  
En Indias de los viejos peregrinos  
Y gran indagador de sus caminos.

Es su nombre Juan Nieto, y es tan neto  
En letras y en virtud, y tan bastante  
En los etéreos cursos y el efeto  
Dellos, que si no fuera tan distante  
Dijéramos algunos que Juan Nieto  
No podía no ser nieto de Atlante  
O de Conon, Meson, Anaximenes  
O ya de Endimion ó Sosigenes.

Goza méritamente desta gloria  
Por esta gracia ya conmemorada,  
Y no menos son dignos de memoria  
En Indias los efectos de su espada,  
En allanar provincias de Victoria  
En este nuevo reino de Granada,  
Como mediante Dios dirá mi uarte  
Cuando vengamos á la cuarta parte.

Y porque me parece que conviene  
Poner aquí la muestra deste rio,  
Con pueblos de españoles que mantiene  
Con sus tributos bárbaro gentío,  
El dicho, por el gran curso que tiene,  
Aqui lo dibujó por ruego mio,  
Con rumbos y derrotas y tal traza,  
Que con verdad podrá salir á plaza (1).

Volviendo pues al punto, ya se trata  
Regirse por cabildos el rebaño,  
Y el doctor dicho y el Andrés Zapata  
En Mopox gobernaban aquel año;  
Los cuales por tener la gente grata  
Y porque el ocio no cause daño,  
Determinaron de correr la sierra  
E ir calando mas aquella tierra.

(1) El diseño ó plano á que se hace referencia, no existe hoy día en la biblioteca de la Academia de la Historia, de donde hemos sacado la copia de la segunda y tercera parte. (N. de los E.)

Y siendo por los dichos acordado  
Que se nombrase capitán decente,  
El Alonso de Heredia fué nombrado  
Por estar en el pueblo de presente,  
Y ser hermano del adelantado  
A quien ver esperaban brevemente;  
El cual, puestas las cosas en concierto,  
Salió con cien soldados deste puerto.

Algunos van con intencion malina,  
Porque no muchas leguas desviados  
Aquel Andrés Zapata se amotina  
Con la parte mayor de los soldados.  
Y al tiempo que por él se determina  
Al Heredia prendió y á sus criados,  
Al cual para Mopox envió preso  
Con los que no siguieron su mal seso.

Después de cometer aquel esceso  
Por ambicion del mando solamente,  
Y sin considerar otro suceso  
Que de su sinrazon iba pendiente,  
No perturbando nadie su progreso  
Acaudilló después aquella gente  
Por tierra rica, fértil, bien poblada  
En aquella sazón y edad dorada.

Pero su presuncion y su locura  
Duró poco después de la rencilla,  
Porque sintieron mal de la soltura  
Todos los moradores de la villa,  
Y vino por la misma coyuntura  
El don Pedro de Heredia, de Castilla,  
Con el orden y faustos arrogantes  
Anejos á los cargos semejantes.

Culparon por varon facineroso  
Al Zapata, sus deudos y parientes,  
Y como fuese nada perezoso  
En obviar á los inconvenientes,  
A Mopox vino sin tomar reposo  
Y fué tras los incantos delincuentes,  
Trastornando las sierras y los llanos  
Hasta que le cayeron en las manos.

Con gran facilidad los desbarata  
Con treinta, como capitán esperto,  
Y á mas de los sesenta maniatado  
Hasta ser informado de lo cierto:  
Huyó de los conflictos el Zapata,  
Y no pareció mas vivo ni muerto;  
Murieron en los árboles colgados  
Cuatro de los que fueron mas culpados.

A Mopox se volvieron con el resto  
Algunos enlazados en cadena,  
Adonde por un término modesto  
Los otros castigó con leve pena;  
Indios trajo de paz, y hecho esto  
A la ciudad volvió de Cartagena,  
No para reposar, mas con intento  
De adelantar el adelantamiento.

Y así de los soldados mas insines  
Juntó trescientos á las armas hechas,  
Carabelas y fuertes bergantines  
Llenos de vituallas y pertrechos,  
Con los cuales salió destes confines  
Y al rio Darien fueron derechos,  
Y el hermano y el hijo don Antonio,  
Que dió de su valor buen testimonio.

Fieras naciones fueron conquistando,  
Que todas usan venenosa vira,  
El Darien arriba navegando  
Donde los contrastó bárbara ira,  
Y mas cuando llegó cristiano baído  
Al pueblo que llamaban Oromira,  
En una fértil isla deste rio  
Poblada deste bárbaro gentío.

Adelante del buen adelantado  
El hijo don Antonio tomó tierra,  
Que como valeroso y esforzado  
El cobarde temor de sí destierra;  
Opónese por uno y otro lado  
Pujanza numerosa para guerra  
De bárbaros crüeles y valientes,  
Con armas y pertrechos diferentes.

Cargó sobre la gente baptizada  
La que por su defensa se desvela:  
Es de piedras terrible la nublada,  
Nube de flechas y de dardos vuela;  
Los golpes atormentan la celada,  
Descomponen la cóncava rodela:  
La confusion, la grita y algazara  
Los aires rompe, y el herir no para.

El escuadron cristiano no procede  
A mas amplio lugar del que tenia,  
Y tal es el que tiene, que no puede  
Desenvolverse por ninguna vía:  
Terrible fuerza hace que se quede  
Donde desembarcó cuando venia,  
Esperando que lleguen con su mano  
El don Pedro de Heredia y el hermano.

Llegaron pues los barcos rezagados  
A las turbadas voces y al ruido:  
Hallaron á los suyos mal parados  
Y al mozo don Antonio mal herido;  
Fué con los compañeros y soldados  
Dentro de los navios recebido  
Ojeando los indios desde fuera  
Con fulminosos tiros de fuslera.

Metia Febo ya carro dorado  
En las profundas ondas de occidente,  
Y el rio Darien conmemorado  
Impetüosa trajo su corriente,  
En tal manera, que les fué forzado  
Al pueblo de Urahá volver la frente,  
Donde el gobernador por su querido  
Estuvo muchos dias detenido.

Estando pues con sus soldados quedo  
En la seguridad deste castillo,  
Allí también llegó George Robledo  
Por el camino que llevó Vadillo,  
Con gente que mostraba con el dedo  
Lo que fué menester para seguillo,  
Por ser estos de los cartagineses  
Que sabian rincones y coniveses.

Habia dos ó tres pueblos fundado  
Con instruccion por Benalcázar dada,  
Como teniente suyo señalado  
Y capitán de los de su jornada;  
Y el Robledo por ir á mayor grado  
Determinó de dalle cantonada,  
Y en España pedir al gran monarca  
Lo quel pobló con toda su comarca.

Al Heredia dió cuenta del digreso,  
La causa que lo trae y el intento,  
El cual se concluyó con fin avieso,  
Dignisimo de lloros y lamento;  
Y como sea largo su proceso,  
En este de presente no lo cuento,  
Mas en tanto que llega su tragedia,  
Querria concluir la del Heredia.

El cual, como Robledo se embarcase,  
No dejó de tomar alguna pena  
De que por otra gente se poblase  
Lo que se descubrió por Cartagena;  
Y así, sin que mas tiempo se tardase,  
Para Buritica partir ordena,  
Llevando de soldados buena copia  
A la ciudad que llaman Antioquia.

Donde la mayor parte de la gente  
Era de aquella que llevó Vadillo,  
Y Alvaro de Mendoza por teniente,  
Del don Pedro de Heredia gran carillo;  
Aqueste deseaba grandemente  
Que la ciudad quisiese recebillo  
Por su gobernador, pues era cierto  
De su gobernacion lo descubierta.

Y puesto caso que por el ausencia  
Del George Robledo gobernaba  
Y él mismo le dejó con la tenencia  
En tanto quel gobierno negociaba,  
Ponia la posible diligencia  
En atraer á lo que deseaba  
A vecinos, justicia y regimiento,  
Haciéndoles aqueste parlamento

« Si, señores, es nuestro presupuesto  
Servir al rey con un pecho cristiano,  
Entiendo que se puede hacer esto  
Muy bien debajo de cualquiera mano,  
Como no sea yerro manifiesto  
O que traiga sospecha de tirano;  
Pues aunque sean puestos diferentes,  
Al fin al rey estamos obedientes.

» Todos aquellos que esto pretendemos,  
Consta por muchas vias y razones,  
Que muy mayor servicio le hacemos  
En evitar pendencias y pasiones,  
Que los que se pusieren en extremos  
De largas y sangrientas disensiones,  
De que resultan males y caídas,  
Con pérdidas de honras y de vidas.

» Con lo cual nos amaga la presente  
Venida del señor adelantado,  
De lo que hemos poblado pretendiente,  
Por ser de gente suya conquistado;  
Y así deseo yo que cuerdamente  
Este negocio sea consultado,  
Y para no hablar sin fundamento  
Quiero decir aquí lo que yo siento.

» A todos los que estamos en aquesta  
Tierra que por Pirú se nos cercena,  
Es cosa por papeles manifiesta  
Ser del gobernador de Cartagena,  
Pues con soldados y bandera puesta  
En ella hizo la primer estrena,  
Como testigos sois todos de vista,  
Que trabajastes bien en la conquista.

» Y como sabe que le pertenece  
Aquesta poblacion y su terreno,  
Determinó venir, según parece,  
Para sacallo de poder ajeno;  
De gentes y caballos no carece,  
Ni de cañones de sulfúreo trueno;  
Nosotros carecemos de potencia  
Si queremos hacelle resistencia.

» Y aquesta, puesto caso que la hubiera,  
Si cada cual de nos fué su soldado,  
Algunos buenos se harán afuera  
Y ternán por honesto dalle lado,  
Por no pelear contra la bandera  
Debajo de la cual han militado;  
Y es muy mejor quel pueblo se convide,  
Dándole llanamente lo que pide.

» Todos tenemos ya conocimiento  
De su virtud, valor y cortesía,  
Amor, urbanidad, comedimiento,  
En paz y guerra, cuando nos regia  
Con un caritativo tractamiento,  
Y en cualquier ocasion que se ofrecia  
De batalla campal ó de recuento  
Ninguno se hallaba mas dentro.

» Digo lo que mi seso comprehende  
Por evitar algun mortal suspiro;  
Y en esto Benalcázar no se ofende  
Si lo mirare como yo lo miro,  
Y mas considerando que pretende  
Jorge Robledo de hacelle tiro,  
Yendo para los reinos castellanos  
A le quitar aquesto de las manos.

» Y algunos ayudaron con un grito,  
Que por no convenir no los enseño,  
Poniendo sus servicios por escrito,  
Dando dineros para su diseño;  
Acá no me parece ser delito  
Que volvamos las tierras á su dueño:  
Haya resolucion antes que venga,  
Y examinemos lo que mas convenga.»

Dijo, y hubo diversas opiniones  
Después que percibieron la propuesta;  
Y estando proponiendo sus razones,  
Sin resumir cuál fuese mas honesta,  
El capitán Rodrigo de Quiñones  
Tomó la mano para la respuesta,  
Y con recato de varon prudente,  
En esta junta dijo lo siguiente:

« Razon y obligacion tengo bastante,  
Si debe ser amor con tal pagado,  
Para hallarme yo muy adelante  
En el servicio del adelantado;  
Mas en consentimiento semejante  
No me conviene ser precipitado:  
Que las cosas de honor sabios y buenos  
No las hacen á poco mas ó menos.

» Vuestra merced ha dicho lo que siente,  
Y aqueso parecer tiene por pio:  
Yo con licencia desta noble gente  
Quiero, señor, también decir el mio,  
El cual si se mostrare diferente  
No se debe juzgar á desvario,  
Pues cosa comun es en menesteres  
Haber siempre contrarios pareceres.

» Benalcázar no vió nuestra presencia;  
Menos vimos la suya los presentes,  
Por él andar con viva diligencia  
Descubriendo provincias destas gentes;  
Mas en su nombre dimos obediencia  
A los que señaló por sus tenientes,  
Y en el nombre del rey y del poblamos  
Aquesta vecindad adonde estamos.

» Y aunque esta fundacion pública fuese  
Y con solemnidad autorizada,  
El día, mes y año se escribiese,  
Segun la condicion acostumbrada,  
Ninguno vimos que contradijese:  
Antes por todos fué ratificada,  
Y tiene quien agora la subyeta  
Su posesion pacífica y quieta.

» Y esto solo condena las reyertas  
Que podría mover poca prudencia;  
Pues aunque sean tierras descubiertas  
Por otros, no consiguen la tenencia  
Dejándoselas solas y desiertas  
Y sin hacer en ellas asistencia;  
Y ninguno debria formar queja  
Porque pueblen los otros lo que le deja.

» Las dichas diligencias al mas ciego  
Júez le mostrarán camino llano,  
Y los de Cartagena yo no niego  
Entrar en esta tierra mas temprano,  
Y que dieron las cartas en el juego,  
Pero ganóte quien jugó de mano,  
Procurando hacer nueva cultura  
Desque vieron sazón y coyuntura.

» En lo demás de no salir afuera  
Deste otro bando donde nos metimos,  
Conozco que debajo de cualquiera  
Gobernador á nuestro rey servimos;  
Mas en tal ocasion, nunca Dios quiera  
Que falte nuestra fe donde la dimos,  
Pues la lealtad que á nuestro rey tenemos  
También á sus júeces la debemos.

» Menos lo que traeis á la memoria  
De Robledo, señor, me satisface,  
Pues aunque le cargueis culpa notoria,  
A la nuestra no borra ni deshace;  
Demás de qué á nadie da su gloria  
Y á sí tan solamente se complace;  
Y quien sopló seria con intento  
De que su Majestad fuese contento.

» Reconozco también venir pujante  
Como negociacion premeditada,  
Pero yo competencia semejante  
No la quiero poner en el espada,  
Porque medios ternemos, Dios mediantes,  
Para salir con paz desta jornada;  
Y si el adelantado dellos buye,  
Con le dejar el pueblo se concluye.

» Irémosnos nosotros, y él se quede  
Sin mano le mostrar sanguinolenta;  
Daremos los avisos á quien puede  
Concedelle lo que pedir intenta;  
Y si después algun mal le sucede,  
No se podrá poner á nuestra cuenta,  
Antes con hacer esto con buen seso  
En nada queda nuestro punto lesa.

» Es pues mi parecer que se reciba  
Muy bien y sin mostrar alteraciones,  
Y conocido dél en lo que estriba,  
Daremos las excusas y razones,  
Al cual si se le hacen cuesta arriba  
Saldrémonos con sanas intenciones  
A dar razon á quien la tierra tiene,  
Con la fidelidad que nos conviene. »

Dijo Quiñones lo que represento,  
Como varon entrellos mas anciano,  
Y todos los de aquel ayuntamiento  
Tuvieron este por consejo sano;  
Y así vinieron en consentimiento  
Sin que contrarios fuesen á la mano;  
Apártanse con esto, y entre tanto  
Llegó la noche con su turbio manto.

Y cuando de la tierra rebuía  
El fumoso vapor de Flegelonte,  
E ya febeo rayo descubría  
Sus resplandores por el horizonte,  
Dorando por el curso que solía  
Las cumbres altas del opuesto monte,  
Levantáronse todos con intento  
De le hacer aquel recibimiento.

El jinete compone su rocino,  
Aprieta con reata la coraza,  
Vistese fuerte jaco jacerino,  
Adarga cada cual dellos embraza;  
Salieron una legua de camino  
Hasta hallar en él cómoda plaza,  
Y al tiempo que venia ya cercano  
Regocijáronse por aquel llano.

La tal escaramuza concluida,  
Adonde no faltó destreza y arte,  
El parabién le dan de la venida  
Todos y cada uno por su parte;  
Y como fuese gente conocida,  
Que fué de su bandera y estandarte,  
Correspondia con razon propicia,  
Y á todos los abraza y acaricia.

Caminan sin tractar de su litijo  
A la dicha ciudad recién fundada,  
Adonde con placer y regocijo  
Hospedaron la nueva camarada,  
Y al buen adelantado y á su hijo  
Alvaro de Mendoza dió posada  
En la suya, que muchos insistía  
Aquel mando le diesen otro día.

Aquella noche puso diligencia,  
Y el intento de todos conocido,  
Parecióle mejor mudar sentencia  
Y dejar á los huéspedes el nido;  
Y así hizo con los demás ausencia  
Antes de ser el resplandor venido:  
El gobernador supo de su gente  
Ise los moradores y el teniente.

Por él reconocida la mudanza,  
Siguió con pocos hombres tras sus huellas  
Debajo de falace confianza  
Pensando con palabras atraellos:  
Hablóles con amor do los alcanza,  
Mas no fué parte para convencellos,  
Y los suyos y los del otro bando  
Estuvieron allí dando y tomando.

Y entre gente menuda de peones,  
Que no fueron personas señaladas,  
De términos usaban fanfarrones  
Con algunas palabras mal criadas,  
Tales que de razones en razones  
Vinieron á probarse las espadas,  
Y el don Pedro de Heredia mas remoto  
Oyó las cuchilladas y aboroto.

Fué para ellos lo mejor que pudo  
A fin de mitigar aquel ruido,  
Tomando su presencia por escudo  
Sin de otras armas ir apercebido;  
Y en esta confusion de vulgo rudo  
En la mano derecha fué herido,  
Y fué de los contrarios un soldado  
En la cabeza mal descalabrado.

Por él apaciguadas las contiendas  
A su costa, sin ver de quien le vino,  
Por evitar revueltas mas horrendas  
Y no venir á torpe desatino,  
Mandó volver los suyos á sus tiendas  
Y los otros se fueron su camino;  
Y fué tal la herida de la mano  
Que tardó muchos días en ser sano.

En este mismo tiempo ya sabía  
El Benalcázar por informaciones  
Lo que George Robledo pretendia,  
Y para que lo lleven en prisiones  
Capitán y soldados proveía;  
Mas ya fueron tardias prevenciones,  
Porque llegaron á Antioquia cuando  
Iba por altas ondas navegando.

Quien vino para tal efecto era  
Su mismo general, hombre valiente,  
Aqueste se decia Juan Cabrera  
No menos esforzado que prudente:  
El cual después en la batalla fiera  
De Quito pareció con otra gente,  
Ya maese de campo del escuela,  
Belicosa de Blasco Nuñez Vela.

Viniendo pues aquesta compañía  
Sin ser de los sucesos adevinos,  
Encuentran á Mendoza que venia  
A los buscar con todos los vecinos:  
Oyó Cabrera cómo se movia  
A causa de los otros peregrinos,  
Y envió luego como varon saje  
A don Pedro de Heredia su mensaje.

Y lo que su mensaje contenia  
Era decirle: « Yo soy un soldado  
Al servicio de vuestra señoría,  
Por grandes beneficios obligado;  
Pues en tiempo que menos poseía  
En Nicaragua fui muy regalado  
Por el señor hermano, que fué mio,  
En buenas obras y en socorro pio.

» Mi denominacion es Juan Cabrera  
Tengo de Benalcázar provisiones  
Para le defender esta frontera  
Con justificadissimas razones;  
Y esme testigo Dios que no quisiera  
Hallar tan peligrosas ocasiones,  
Pues como falte buen comedimiento  
Habremos de venir en rompimiento.

» Don Sebastián de Benalcázar tiene  
El adelantamiento desta tierra;  
Tiene la posesion que le conviene  
Que dentro de sus términos encierra,  
Y agora vuestra señoría viene  
A se la perturbar, mediante guerra:  
Es agravio notorio y es ofensa  
Que pide por su parte la defensa.

» Y pues por el discurso de su vida  
Usó siempre de términos cristianos,  
A su bondad suplico que se mida  
Primero que vengamos á las manos,  
Porque será sin falta defendida  
La tierra con los valles comarcanos,  
Y por la defender y estar en ella  
Habemos de rebella ó de vertella. »

El don Pedro de Heredia, vista esta  
Amenaza del capitán severo,  
Alteracion ninguna manifiesta,  
Antes recibió bien al mensajero,  
Enviándole luego la respuesta  
Como cuerdo y honrado caballero;  
Y porque no podia tomar pluma,  
De sus palabras esta fué la suma:

« Que porque no tuviesen cherinolas  
En semejantes averiguaciones,  
Y entre gentes amigas y españolas  
Cesasen las molestas disensiones,  
Ambos á dos se viesen á sus solas  
Examinando bien las provisiones,  
Y coligido dellas lo mas cierto  
Venían á cualquiera buen concierto. »



Aquel que vino con el embajada  
Miró con atención toda la gente,  
Y vióla mal dispuesta y agruada,  
Los mas con calentura pestilente,  
De la trabajosísima jornada,  
No de la de Vadillo diferente;  
Y al don Pedro de Heredia no tan sano  
Que pudiese valerse de su mano.

Lo cual al Juan Cabrera representa  
Y á los que con él eran congregados,  
Dando de lo que vido larga cuenta,  
Y quel gobernador y sus soldados  
Para se defender en tal afrenta  
Los mas dellos imposibilitados,  
Y andaba fuera la gente mas sana  
Visitando la tierra comaricana.

Y los que le quedaban sin aquestos,  
Por estar impedidos de mil males,  
Como en acometelles fuesen prestos  
Sin esperar los otros principales,  
Fácilmente serian descompuestos  
Y habrían á las manos sus caudales;  
Y que en tal ocasion le parecia  
Ser esto lo que mas les convenia.

Oídas las razones, insistían  
No pocos con eudicia de roballos,  
Porque también les dijo que traían  
Gran cantidad de negros y caballos,  
Con otras muchas cosas que podían  
En sus necesidades remediallos:  
Condescendió Cabrera con su ruego,  
Y para tal efecto partió luego,

Ordenando como persona diestra  
Todos sus caballeros y peones;  
Y el buen Heredia como vió la muestra  
Reconoció las malas intenciones  
Y no poder huir suerte siniestra  
Si no lo remediaba con razones;  
Y así salió con una yegua blanca  
Y unos papeles en la mano manca.

Entrellos se metió con escribano  
Que de los autos diese testimonio,  
Y por lo reguardar, allí cercano  
Se puso su querido don Antonio;  
Mas como ya los otros en lo llano  
Entrasen con furores del demonio,  
No se curaron de escuchar razones,  
Ni cédula real ni provisiones.

Llegó Francisco Nuñez que es Pedroso,  
En este reino harto conocido,  
Uno de doce del motín famoso  
En la ciudad de Lima cometido,  
Cuando fué con remate lacrimoso  
Aquel marqués de vida despedido:  
Aquel don Francisco Pizarro digo  
Por quien huyó Pedroso del castigo.

El dicho pues con los demás venia,  
Y al Heredia llegó de los primeros,  
Diciéndole con cierta compañía  
Que traía de muchos ballesteros:  
«Dése por preso vuestra señoría  
A mí y á los presentes caballeros;  
Pues es merecedor de grave pena  
Quien usurpa gobernacion ajena.»

El hijo don Antonio que esto vido,  
No le pareció bien tener estanco  
El brazo, defendiendo su partido,  
Y hubo la suerte de caer en blanco,  
Pues en la mano luego fué herido,  
De la cual para siempre quedó manco;  
De manera que entrambos fueron presos,  
Y en bienes y caudal no poco lesos.

Pues luego sin haber quien les defienda  
Preesas sometidas á sus hechos,  
Recogieron apriesa la hacienda,  
Caballos, negros, armas y pertrechos;  
Y fenecida la civil contienda  
Pusieron escuadrones en asechos,  
Los cuales estuvieron en espera  
De los que sin los ver estaban fuera.

Esperaron dos días, y venidos  
Los que de nada fueron sabidores,  
Estuvieron al mal de los vencidos  
Y al albedrío de los vencedores;  
Ponen por lista bienes recogidos  
Estos sollicitos recogedores,  
Para los repartir por las coronas,  
Segun la cualidad de las personas.

Teníanlos con guardas dentro y fuera  
En un cierto caney, casa pajiza,  
Y otra noche después de la primera  
Con fuego tal que los escandaliza,  
No saben cómo ni de qué manera,  
Todos se convirtieron en ceniza;  
Y así se consumieron sin gozallos,  
Escepto los esclavos y caballos.

Este gobernador con sus guerreros,  
De la manera dicha desarmados,  
El padre é hijo como prisioneros  
A Benalcázar fueron presentados;  
Viéronse los dos viejos sin terceros  
Mostrando provisiones y recados:  
Aseguraba cada cual su puerto  
Y así nunca vinieron en concierto.

El don Pedro de Heredia, no sin pena  
Por ver opinion suya decaida  
Habiéndola tenido siempre buena,  
Y tal que nunca supo ser vencida,  
Tuvo por bien volver á Cartagena  
Y efectúose luego la partida  
Por Panamá, do vino manvacio  
Aunque no decoraje ni de brio.

Estando descansado del camino,  
No sin alteracion de lo pasado,  
Don Francisco de Benavides vino,  
Fraile hieromítico, por prelado;  
Y entonces un gran mal era vicino  
Al puerto, que por mí será sumado,  
Primero que pasemos adelante  
A decir del Heredia lo restante.

Seis años iban ya sobre cuarenta  
Del parto de la Virgen siempre pura,  
Con mas los quince cientos de la cuenta  
Que suelen substanciar un escriptura,  
Quando nuestra ciudad experimenta  
Una calamitosa desventura,  
Vispera del patrono Santiago,  
Dia por nuestras culpas acéfago.

A veinte y cuatro pues de julio era,  
Dia que se tenia señalado  
Para velar al capitán Mosquera  
Con una hermana del adelantado,  
Antes que lumbre de la cuarta esfera  
Tendiese por allí rayo dorado;  
Pero cesaron estas bendiciones  
Por anticipacion de confusiones.

Y porque de raíz el caso cuente,  
La que diré lo fué del alboroto  
Alonso de Bejines, un teniente  
Del don Pedro de Heredia mi devoto,  
A causa de ser grave delincuente  
Castigó con azotes un piloto,  
Y aqueste con inicua vigilancia  
Por se vengar llamó gente de Francia.

Serian los que fueron convocados  
Para robar aquestos señorios  
Mas de mil hombres bien aderezados,  
Todos de belicosos atavios  
Y de broncios tiros pertrechados,  
Sin lanchas y patajes, tres navios;  
Y por el mal piloto que esto ordena  
Fueron á la ciudad de Cartagena.

Llegados los piratas al paraje  
Que para su negocio convenia,  
Antes que diese Venus el mensaje  
De la venida deste triste dia,  
Guiándose por el piloto saje  
En las tinieblas de la noche fria,  
Entraron con su lácito concierto  
Sin que fuesen sentidos, en el puerto.

Desembarcaron en la misma hora  
 Con aquel aparato conviniente,  
 Antes que con lo claro del aurora  
 Se pudiese mostrar cosa patente:  
 El piloto fué luego donde mora  
 Alonso de Bejines el teniente,  
 Con infernal deseo y esperanza  
 De tomar á su gusto la venganza.

Compuestas las falanges, y digestas  
 Segun que lo pedian ocasiones,  
 Tocaban trompetas que llevaban prestas,  
 Guerreros añafles y clarones;  
 Los vecinos creian ser las fiestas  
 Que se hacian por las velaciones,  
 Y así ninguno por su parte piensa  
 Tener necesidades de defensa.

Pero sus desventuras hizo ciertas  
 Son ronco de guerreros atambores,  
 Y oír botirse las cerradas puertas  
 De los sobresaltados moradores,  
 Que no sin violencia son abiertas  
 Por manos de nocturnos robadores:  
 Todos se sobresaltan y se espantan  
 Y de los dulces nidos se levantan.

Crece la turbacion con el estruendo,  
 Armas uno tomó y otro no pudo;  
 Lugar por do escapar van inquiriendo,  
 Este vestido va y aquel desnudo;  
 Toma con sobresalto tan horrendo  
 Quien puede la huida por escudo;  
 Uno pelea y otro se retrae,  
 Este va trompezando y aquel cae.

Bien como cuando por alguna plaza  
 Anda la cuchillada muy aguda,  
 Que para meter paz se busca traza,  
 Y aquel rigor aquí y allí se muda;  
 Pero huyendo la desenbaraza  
 Con gran temor la gente mas menuda,  
 Y por la parte que se le concede  
 Escapa cada uno como puede:

Destá manera les acontecía  
 A cualquiera varon joven ó calvo,  
 Pues en tanto que aquel se defendía,  
 Este se procuró poner en salvo;  
 Y en estas confusiones se valia  
 De piés, eso me da negro que albo:  
 A muchos les valió tenellos prestos,  
 Aunque la menor parte fueron estos.

Pues turbados en estos menesteres  
 Con los temores que les son anejos,  
 En dejar sus haciendas mercaderes  
 Se hallaban confusos y perplejos:  
 Otros celando hijas y mujeres  
 Pareciales mal hallarse lejos,  
 Y por gritos de dueñas y doncellas  
 Allí quieren morir por defendellas.

El piloto que fué de buena gana  
 A rodear la casa del Bejines,  
 Como lo vió salir con furia vana  
 Al son de las trompetas y clarines,  
 Traspasólo con una partesana,  
 Diciéndole: «Bellaco, tales fines  
 Merecen, y aun de más miserias llenos,  
 Los que tan sin razon afrentan buenos.»

Mas el don Pedro, como quien él era,  
 Con una pica y unas coracinas  
 Defendió con valor un escalera,  
 Deteniendo las gentes peregrinas  
 Hasta tanto que ya salieron fuera  
 Sus queridas hermanas y sobrinas,  
 Que las echaron por un colgadizo,  
 Aunque para tal caso no se hizo.

Diciéndole ser fuera las doncellas,  
 Acude, como dicen, al reclamo,  
 Y por aquel lugar saltó tras ellas,  
 Por ser un hombre suelto como gamo,  
 Para las amparar en sus querellas  
 Y no dejar las hojas sin el ramo;  
 Con ellas en el monte fué metido  
 Sin poder del cosario ser habido.

Prendieron al mayor destes Atrides  
 Por estar de las piernas ya tullido;  
 Prendieron al obispo Benavides,  
 En aquella sazón recién venido;  
 Prendieron otros muchos en las lides,  
 Y al fin el pueblo todo fué rendido,  
 Con todas sus preseas y decoro  
 Y no pequeña cantidad de oro.

El aurora rorífera venia  
 Ya descubriendo su dorada frente,  
 Cuando fué la robada compañía  
 Recogida por mano delincuente,  
 En un solo lugar do se tenia  
 Por los piratas guarda diligente;  
 Descalzos, destocados y afligidos,  
 Y cuasi sin reparos de vestidos.

Todas las mas mujeres sin tocados  
 Y sin aquel amparo que desean,  
 A la tierra los ojos inclinados,  
 No deseando ver ni que las vean;  
 Las mejillas y pechos empapados  
 De lágrimas sin fin de qué se arrean,  
 Apeteciendo mas la sepultura  
 Que ver tanto dolor y desventura.

A Dios las oraciones encendidas,  
 Suplicándole dentro de su pecho  
 Que ya que sus haciendas son perdidas  
 En aquel tan inopinado hecho,  
 Permitiese perder antes las vidas  
 Que dar á deshonor su casto lecho;  
 Y Dios omnipotente fué servido  
 Oír aqueste lácito gemido.

Porque el pirata capitán ordena,  
 Y así fué por el pueblo pregonado,  
 Que se meliese la que fuese buena  
 En la posada del adelantado:  
 En un momento fué la casa llena,  
 Y subidas al alto soberado;  
 Y para guardas del lugar recluso  
 Al buen obispo y al Heredia puso.

Aqueste capitán, aunque tirano,  
 Segun decian era caballero,  
 Y en este caso tuvo pia mano  
 Sin consentir hacerse desafuero;  
 Robado pues lo fano y lo profano,  
 Y recogidas ropas y dinero,  
 Tractó con los vecinos que se diese  
 Por aquel pueblo lo que bueno fuese.

Porque si no venian á concierto  
 Cerca de ser el pueblo redimido,  
 Primero que saliesen de aquel puerto  
 Seria de las llamas consumido:  
 Fué para resumir el precio cierto  
 Por los unos y otros conferido;  
 Creo que fueron hasta dos mil pesos,  
 Y para los buscar sueltan los presos.

Hallaron para dar estos dineros  
 Oro poco, mas fué multiplicado,  
 Revolviendo con ello candeleros,  
 Siendo por fundición todo mezclado,  
 Y después con industria de plateros  
 Con otro fino fué sobredorado:  
 Al fin, aquel ladron quedó contento  
 Con ver que se le dió buen cumplimiento.

Con aquel buen color los engañaron,  
 Por tener de buen oro la devisa;  
 Con engaño mayor ellos quedaron  
 Sin cubiertas de paño ni de frisa;  
 Y todos (porque todo lo robaron)  
 Descalzos y con sola la camisa:  
 Niño de Castro mas, el cual procura  
 Poderse mejorar en vestidura.

Y así viendo poner en la ribera  
 Gran cantidad de ropas y fardaje,  
 Al tiempo que la gente forastera  
 Aderezaba para su viaje,  
 Pasó con una yegua muy lijera  
 Aprieta por enmedio del pillaje,  
 Y arrebató, pasando de claro,  
 Ropas y lienzo para su reparo.

Al monte se retrajo como viento,  
Que no parece que la tierra pisa;  
Quedó de ver aquel atrevimiento  
El capitán francés muerto de risa,  
Porque todas sus armas y ornamento  
Eran tan solamente la camisa,  
Sin calzas, sin zapatos, y de talle  
Cual no vean un perro de la calle.

Fuéronse los piratas para Francia,  
Y dicen que sacaron deste puerto  
Bien doscientos mil pesos de ganancia,  
Y tengo para mí no ser incierto;  
Quedaron los vecinos sin substancia,  
Mas el Bejines solamente muerto:  
Vivieron con recatos adelante,  
Dias y noches guarda vigilante.

Pero cualquier cosario los lastima  
Y lleva sus defensas abarrisco;  
Y al mismo punto y hora desta rima  
Vino nueva quel capitán Francisco,  
Primer pirata que por mar de Lima  
Robó la plata del escelso fisco,  
Allí llegó con muchos galeones,  
Lanchas y mas de siete mil peones.

Y con estar la gente preparada  
Y toda la ciudad fortalecida,  
De todas municiones pertrechada,  
De consejos reales advertida,  
La gente (segun dicen) mas granada  
Tomaron por amparo la huida;  
Hicieron todos los demás ausencia,  
Y entróse la ciudad sin resistencia.

Destas sobresaltadas turbaciones  
Y plaga de las plagas mas molesta,  
No puedo por agora dar razones  
Por no me ser la rota manifiesta;  
Pero ternemos llenas relaciones  
Y á su tiempo diremos lo que resta,  
Dando primero fin á la carrera  
Del don Pedro de Heredia, que me espera.

El cual, aunque con daño manifiesto  
De lo que le robaron los ladrones,  
Nunca mudó jamás su presupuesto  
De volver con caballos y peones  
A do fué por Cabrera descompuesto,  
A vengar las pasadas sinrazones;  
Y para dar la vuelta sin recelo  
Vino lo que diremos muy á pelo.

Después que Heredia fué desbaratado  
Y Benalcázar le tomó la gente,  
El pueblo de Antioquia fué mudado  
A sitio y á lugar mas conviniente;  
Y un Isidro de Tapia, señalado  
Del dicho Benalcázar por teniente,  
Por avisados modos y por guerra,  
Hizo venir de paz toda la tierra.

De los cartagineses conocidos  
Fueron los recuentros mas sangrientos,  
Y por el mismo caso preferidos  
En los oficios y repartimientos.  
Estando pues los indios repartidos,  
Como quedasen muchos descontentos,  
Vuelan con cartas invidas centellas  
A Benalcázar dando mil querellas.

Oídas pues las quejas deste bando,  
Con otras cosas mas que no refiero,  
Despachó Benalcázar en llegando  
Al bachiller llamado Madroñero,  
Dándole su poder y lleno mando;  
Y el bachiller, como juez severo,  
Partió la tierra por sus aliados,  
Y los otros quedaron despojados.

El Tapia, viéndose desposeido  
Ansi de mando como suerte buena,  
Habló sin que pudiese ser sentido  
A los participantes de su pena:  
Fué para su venganza concluido  
Hacer viaje para Cartagena,  
Y con la prevencion de gran secreto  
La partida pusieron en efeto.

Caminaron por via conocida,  
Y aunque no con cabal aviamiento  
Entraron todos sanos y con vida  
En Urabá, do fué su pensamiento;  
Hallaron al Heredia de partida,  
Y dan á sus diseños mas aliento,  
Y así con caballeros y peonaje  
Albrevia lo posible su viaje.

En este mismo tiempo se rebela  
Pizarro contra regio mandamiento,  
Y procuraba Blasco Nuñez Vela  
Gente para venir en rompimiento,  
Hombres valientes, de quien no recela  
Estar prendados de traidor intento,  
Y así vinieron á real bandera  
Benalcázar también y el Juan Cabrera.

Y aquel no menos docto que valiente  
Licenciado llamado Juan Gallegos,  
De quien hemos tractado largamente  
En otros trances y desasosiegos  
De Santa Marta, donde fué teniente,  
Y se gastaron cantidad de pliegos,  
Y el Juan Cabrera y él en la batalla  
Muertos con otros que mi pluma calla.

Heredia pues, habiendo caminado  
Con toda la posible diligencia,  
Entró por el lugar recién poblado  
Sin hacelle vecinos resistencia:  
Antes fué recebido y hospedado  
Y todos le prestaron obediencia,  
Y este mismo querer también enseña  
El capitán Gonzalo de la Peña.

Al cual dejó nombrado Madroñero  
Después que removió repartimientos,  
A causa de ser válido guerrero;  
Y así tuvo crüeles rompimientos  
Con estos indios del compás frontero,  
Ya rebelados todos con intentos  
De hacer á cristianos crüel guerra  
Hasta poder echallo de la tierra.

Mas el Heredia, puesto donde digo,  
Con mañosos ardidés y discretos,  
O ya por blanda paz, ya por castigo,  
Volvieron á servir y ser subyetros,  
De suerte quel amigo y enemigo  
Vivieron sosegados y quietos;  
Y al Isidro de Tapia quel trata  
Volvió los mismos cargos que tenia.

Luego corrió con sus cartagineses  
Valles hasta su tiempo no sabidos,  
En cuyas poblaciones y conveses  
No faltaron encuentros bien reñidos;  
Y espacio ya de diez ó doce meses  
En peregrinaciones consumidos,  
Volvió donde quedaron los vecinos,  
Solos tres menos destes peregrinos.

Teniendo pues los indios en sosiego,  
Porque la tierra mas se perpetúe,  
Alonso de Caravajal fué luego  
A poblar lo que llaman Maritúe:  
Hecho de los poderes el entrego  
Para que sus mandados efectúe,  
Dióle pertrechos, y de noble gente  
La que le pareció ser conviniente.

Fundó ciudad, do manda que se haga  
En vistoso lugar y parte bella;  
Alcalde fué Francisco de Arriaga  
Y otro llamado Diego de Corvella,  
A quien pluma mas alta no les paga  
Por mucho que procuren estendella,  
Tractando sus debidas alabanzas,  
Proezas y valores de sus lanzas.

El pueblo Maritúe ya poblado,  
(Aunque después necesidad ordena  
Por poca gente ser desamparado)  
Y de bárbaros la provincia llena,  
Nuestro gobernador y adelantado  
Determinó volver á Cartagena,  
Pareciéndole gran inconveniente  
Tanto tiempo del mar estar absente.

Corrian ya del santo Nacimiento  
Cuarenta y ocho sobre quince cientos,  
Cuando con pocos hizo mudamiento  
De la nueva ciudad y sus asentios;  
Llegó con los demás en salvamento,  
Amigos y parientes descontentos  
A causa de hallar en su tenencia  
Otro nuevo juez de residencia.

Mas este como fuese caballero,  
Hombre de gran valor y circunspecto,  
Diferencióse mucho del primero  
Y túvole grandísimo respecto;  
No maculó su fama por dinero  
Ni de cudicia mala fué subyector;  
Traía sobre seis gobernaciones  
Gobierno por reales provisiones.

Aqueste se llamaba Miguel Diaz,  
Varon de grandes letras y loables;  
Fué notado de algunas demasías  
Que no fueran en otros tan culpables;  
Pues segun las que vemos estos dias  
Aquellas eran mas que tolerables  
Porque paraban en lascivos hechos  
Sin pretension de robos ni cohechos.

Agora los dos males andan juntos,  
Pues si lasciva Venus los abraza,  
No por eso jueces pierden puntos  
En recoger pillajes acia casa:  
Estas no son sospechas ni barruntos,  
Porque lo hacen ya por plaza rasa;  
Pero callemos deshonestidades,  
Que dan grande disgusto las verdades.

Durante pues aquesta residencia,  
Que yo también de vista tractar puedo,  
De Popayan y de su pertenencia  
Vino por mariscal George Robledo,  
Casado con mujer de tal decencia  
Que la podríamos loar sin miedo:  
Esta señora fué doña Maria  
Que de Caravajal nombre tenia.

Trajo consigo cándidas doncellas,  
Deudas cercanas suyas principales,  
Y aqui tenemos hoy á las dos dellas  
Con el renombre de Caravajales,  
Con hijos de valor y hijas bellas  
Y en todas partes de virtud cabales;  
Y son doña Francisca, gran cristiana,  
Y doña Leonor, que fué su hermana.

De la doña Francisca fué marido  
Diego Garcia Pacheco, señalado  
En este nuevo reino y escogido,  
Y el capitán Baltasar Maldonado  
De la doña Leonor, en quien se vido  
Valor sobre valores encumbrado,  
Como mas largamente lo diremos  
Cuando los deste reino celebremos.

Siendo Robledo pues encaminado  
Al pueblo de Antioquia residente,  
Para que fuese mas autorizado  
Y el Benalcázar menos impaciente,  
Fué por el Miguel Diaz señalado  
De Popayan por general teniente,  
Y con poder, demás de la tenencia,  
Para tomar á todos residencia.

A fin cruel lo lleva su destino,  
Y de su pensamiento muy avieso,  
Siendo varon de tanto mal indino  
Y digno de mas próspero suceso;  
Mas vaya por agora su camino,  
Hasta que relatemos el proceso,  
Porque para poner mayor espanto  
Lo quiero concluir con nuevo canto.

## CANTO NOVENO.

Donde se da razon de las novedades que hubo en Antioquia después que el adelantado don Pedro de Heredia su vino para Cartagena, y don George Robledo llegó con título de mariscal y con poderes del licenciado Miguel Diaz Armendariz, gobernador de todas aquellas gobernaciones, y de los casos acontecidos en Cartagena hasta la muerte de don Pedro de Heredia.

Los casos venideros y secretos,  
Aunque prudentes algo dellos vean,  
Suelense defraudar los mas discretos  
Midiéndolos segun ellos desean,  
Y las mas veces salen los efetos  
No como los nivelan ni tantean,  
Por ir por otras vias la ventura  
De las que debujó su conyectura.

Así los que dejamos señalados,  
Hombres todos sagaces y prudentes,  
Cuando pensaban ser en sus estados  
Seguros de pasados accidentes,  
Mudables condiciones de los hados  
Los llevaron por vias diferentes  
De las que merecia su talento,  
Virtud, bondad, valor, merecimiento.

Al Heredia pues invida cuadrilla  
Tanto lo persiguió con residencia,  
Que le hicieron remover la silla,  
Y con apelacion de la sentencia  
El y el hermano fueron á Castilla,  
Donde se remedió con su presencia;  
Y así los dos después de ser oidos  
Volvieron libres y favorecidos.

Y antes que los hermanos diesen vuelta,  
Y aun antes de salir destos estados,  
En Antioquia vimos gran revuelta  
Entre los de los dos adelantados,  
Como sucede cuando gente suelta  
A varios bandos son aheñados,  
Por acudir allí como primero  
El bachiller Alonso Madroñero.

El cual luego privó de su derecho  
A los cartagineses principales,  
Deshaciendo lo por Heredia hecho,  
Hasta las cosas menos substanciales,  
Repartiendo los indios de provecho  
A sus apasionados y parciales;  
Y de nuevo cabildo y regimiento  
Ansimismo hicieron nombramiento.

No podian llevar los despojados  
Aquestos menosprecios con templanza:  
Buscaban modos para ser vengados  
Y no via camino de venganza,  
Por ser pocos y mal aderezados,  
Y los contrarios de mayor pujanza;  
Mas las iras, enojos y rancores  
Pudieron mucho mas que los temores.

Pues convocados donde les cumplia,  
Sin que se rezumase tal intento,  
Se concertaron en un mismo dia,  
Ligados con solemne juramento;  
Así que, desecharon cobardia,  
Por dar á su deseo cumplimiento  
En viendo coyunturas y sazones  
Que concordaron con sus intenciones.

Apercibido cada compañero  
Con ropas, no de fiestas ni de bodas,  
Sino con las que hacen del acero,  
Luego prendieron á Gaspar de Rodas  
Y al bachiller Alonso Madroñero,  
Y en un instante las personas todas  
Mas arriscadas, y de quien se piensa  
Que juntos procuraran su defensa.

Estaban fuera destos pensamientos  
Las personas que fueron prisioneras,  
Unos seguros en sus aposentos,  
Otros en su labor de sementeras;  
Al fin salieron bien con sus intentos  
Y á todos los pusieron en colleras,  
Y con guardas bastantes y en cadena  
Los enviaron para Cartagena.

Yendo por hartó trabajosa vía  
Y con mayor zozobra que yo digo,  
Toparon al Robledo que venía,  
Y soltó muchos que llevó consigo;  
Soltó también á Rodas que tenía  
Por especial y singular amigo,  
El cual gobierna hoy la tierra misma  
Sobre que sucedió la dicha cisma.

Al pueblo de Antioquia venido  
En infaustas y tristes conjunciones,  
De todos ellos fué bien recibido,  
Y con sinceridad de corazones  
Por justicia mayor obedecido  
Desque manifestó las provisiones;  
Y en gran conformidad usaba dellas  
Oyendo las demandas y querellas.

Otros pueblos también lo recibían,  
Donde manifestaba sus recados,  
De los cuales algunos lo hacían  
No tanto por amor cuanto forzados,  
Dándole por disculpa que debían  
A Benalcázar ser notificados  
Primero, pues á la real corona  
A servir fué por su propia persona.

También constaron otros desafueros,  
Porque prendió los regios oficiales  
Por no querer prestar ciertos dineros  
De las cesáreas rentas y reales,  
Que para tener malos paraderos  
Una fué de las causas principales  
Tomallos él por fuerza de la caja  
En la ciudad de Arma donde baja.

En Popayan la nueva fué sabida,  
Y luego se partió gente lustrosa  
A dar el parabién de la venida  
Y del poder y dignidad honrosa:  
Alvaro de Mendoza se convida,  
Pedro de Barros y el cruzado Sosa,  
Con otros conocidos caballeros  
En trabajos pasados compañeros.

Fuete la vista dellos agradable  
Por ser conversacion de muchos años,  
Tracto sincero y amistad loable  
Y libre de los pérfidos engaños;  
Mas esta vista, rueda variable  
Hizo que fuese para grandes daños,  
Por dalle sus favores sin malicia  
Y no pensando ser contra justicia.

En este mismo tiempo que se halla  
Robledo con amiga parentela,  
En rompimiento vino de batalla  
Pizarro contra Blasco Nuñez Vela;  
Murió con muchos que mi pluma calia  
Del escuadron de su leal tutela,  
Personas de valor y de gran peso,  
Y Sebastián de Benalcázar preso.

Tractólo bien el vencedor tirano,  
Por haber sido capitán antiguo  
En los gobiernos del marqués su hermano  
Y entonces del Gonzalo gran amigo,  
Aunque después por sí tomó la mano  
Por los medios que agora yo no digo;  
Pero si vida mas nos acompaña  
Diremos su valor y buena maña.

Usando pues Gonzalo de clemencia  
Y respetando su conocimiento,  
Para poder volver le dió licencia  
A su gobierno y adelantamiento;  
Y demás desta tal magnificencia,  
Se le dió todo buen aviamiento  
Y cosas necesarias á su gasto  
Hasta llegar á la ciudad de Pasto.

En aquella sazón allí vecino  
Un Francisco Fernandez Giron era,  
Nombrado luego por ser hombre dino  
En el cargo que tuvo Juan Cabrera;  
El cual con mucha gente con él vino  
A su gobernacion y á su frontera,  
Quejoso como supo del enredo  
Usado por el don George Robledo.

Diciendo, no sin un cierto gemido  
Sacado del profundo de su pecho:  
« Con malos términos ha respondido  
A lo que siempre yo por él he hecho,  
Siendo de mi Robledo preferido  
En voluntad, en honra y en provecho;  
Pero podría ser, pues tiempo rueda,  
Pagalle yo con otra tal moneda.»

No faltaron muy buenas voluntades  
Entre varones nobles desta gente,  
Solicitos en las conformidades,  
Y no hallaban seco despidiente  
Ni razon resoluta de amistades  
Que por entero fuese concluyente,  
Pues solamente siendo persuadido  
Parecia prestalles buen oído.

Sabido por Robledo que venía,  
En su lugar, á le besar las manos,  
A Barros y al comendador envía,  
Ambos á dos hidalgos lusitanos,  
Y Alvaro de Mendoza que los guía,  
Y otros muchos que van con pechos sanos;  
Los cuales topan con el avanguardía,  
Y dicenles venir en retaguardia.

Pasaron todos ellos adelante  
A dar de su mensaje las razones:  
Benalcázar mostró ledo semblante,  
Pero no sin dañadas intenciones;  
Pues desarmándolos en un instante,  
A todos les mandó poner prisiones,  
Y caminó con ellos á recado  
Sin Robledo poder ser avisado.

El sol cubria ya dorada frente,  
Dejando sin su luz la media esfera,  
Y el dicho Benalcázar no consiente  
Que la gente detenga su carrera,  
Hasta llegar adonde de presente  
Los avisos el mariscal espera,  
En un pueblo que se llamaba Pozo,  
Do se precipitó todo su gozo.

Y así por asperísimo camino  
Y un riguroso paso de quebrada,  
El animoso Benalcázar vino  
A Pozo, villa ya conmemorada,  
Donde sobresaltaron al vecino  
Y al mariscal cercaron la posada,  
Al cual pusieron inmediatamente  
En ceppo y grillos como delincuente.

Con examinador de pecadoras  
Almas, lo meten en pequeña pieza,  
Y sin mas intervalos ni demoras  
Tapete y el cuchillo se adereza;  
De manera que dentro de dos horas  
Mandó que le cortasen la cabeza,  
Y al comendador Sosa, que sin rienda  
En los negocios suyo metió prenda.

Día del bienaventurado santo  
Seráfico Francisco, cuya fiesta  
Se suele celebrar con dulce canto  
Del coro de católicos, aquesta  
Se celebró con lágrimas y llantos,  
Y traje que tristeza manifiesta;  
Apelan del rigor de la sentencia,  
Mas nunca lo movieron á clemencia.

Cargaron religiosos y los legos  
Con pientísimas intercesiones,  
Mas fueron poca parte con sus ruegos  
Para les otorgar apelaciones:  
Tan vivos y encendidos son los fuegos  
De los apasionados corazones,  
Pues en lo mas ó menos importante  
No se les pone cosa por delante.

Sacaron de la cárcel los dos juntos  
Con espantosa voz deregonero,  
Los graves rostros ya como defuntos,  
Enajenados del color primero:  
Sollozos y suspiros son los puntos  
De los ministros del honesto clero:  
La muchedumbre que los acompaña  
Con lágrimas sin fin el rostro baña.

Al horrible lugar del sacrificio  
 Los llevaron con cruces en las manos ;  
 Llegóse de los indios gran bullicio  
 Para ver justiciar los dos cristianos ;  
 Hicieron los verdugos el oficio  
 Que suelen los ministros inhumanos :  
 Quedaron con las impías heridas  
 Las almas de los cuerpos despedidas.

En dos partes divisa la garganta ,  
 Sale vital humor y rubicundo ,  
 Porque veais cuán presto se quebranta  
 El edificio vano deste mundo ,  
 Que sobre grandes torres se levanta  
 Y en un punto lo veis en lo profundo :  
 Locura es no recelar mudanza  
 Quien mas subida tiene la balanza.

Ahorcado murió desde á dos dias  
 Baltasar de Ledesma ya nombrado ,  
 Y otro con él, que fué Cristóbal Diaz ,  
 Para cualquier afrenta buen soldado  
 Hizo prender al padre Juan de Frias ,  
 Y estuvo con prisiones molestado ;  
 Al Mendoza y al Barros antes presos  
 Con solamente cárcel fueron lesos

Para librarse del rigor malino ,  
 Furiosas y primeras tempestades,  
 Valió no se hallar al desatino  
 De las antioqueñas vanidades ,  
 Y Francisco Fernandez ser padrino  
 En que les concediesen libertades ,  
 A causa que de tiempos mas antiguos  
 Ambos á dos le fueron muy antiguos.

Pues Benalcázar por echar el sello  
 A los enojos de varon severo ,  
 Envío por juez á Juan Coello  
 A Antioquia con poder entero ,  
 Con presupuesto de estirar el cuello  
 A los de la prision de Madroñero ,  
 Y el buen Gaspar de Rodas por teniente  
 Y capitán mayor de aquella gente.

Mas el Gaspar de Rodas como bueno ,  
 Deseando librallos desta pena ,  
 Puso secretas cartas en un seno  
 A punto y á sazón que les fué buena ,  
 Pues los culpados dejan el terreno  
 Y caminaron para Cartagena ;  
 Y así Coello por aquellas sendas  
 Nunca halló culpados ni haciendas.

Destos un Almaraz era primero ,  
 Clérigo que tenían en estima ,  
 Y Diego de Mendoza y Ladrillero ,  
 El cual tuvo después indios en Lima ;  
 Fué Diego Hogazon su compañero ,  
 Con otros que no caben en mi rima ,  
 Soldados del Robledo valedores  
 De los mas escogidos y mejores.

Sin sucedelles mal inconveniente  
 Llegaron donde tengo referido ,  
 Y estos con mucha cantidad de gente  
 Que residian por aquel partido  
 Llevó consigo Gasca, presidente  
 Que ya contra Pizarro era venido ;  
 Así que de la gente mas lucida  
 La costa por allí quedó barrida.

El don Pedro de Heredia, que cansado  
 Estaba de jornadas, y en efeto  
 De golpes de jueces descarnado ,  
 Que cierto lo pusieron en aprieto ,  
 Viéndose de vejez ya rodeado ,  
 Puso los ojos en estar quieto ,  
 Si dominio fatal y violento  
 Condescendiera con su pensamiento.

Mas aunque ya con horas y rosarios  
 Eran sus tractos y conversaciones ,  
 Teniendo los avisos necesarios  
 En nunca perder misas ni sermones ,  
 Todavía duraban de contrarios  
 Dañadas y malditas intenciones ,  
 Cuyos contrastes eran de tal suerte  
 Que fueron ocasiones de su muerte.

Mas antes que llegemos al remate  
 Y fin acerbo del varon famoso ,  
 Quiero contar un pérdida dislate  
 Intentado por cierto religioso ,  
 Porque razon requiere que lo trate  
 Por ser atrevimiento monstruoso ,  
 Y sin entremeter paja ni ripio  
 Diremos el origen y principio.

El año de quinientos y cincuenta  
 Hicieron los Contreras tal esceso ,  
 Que con mano sacrilega, violenta ,  
 Mataron al obispo Valdevieso ;  
 Y en él también sus manos ensangrienta  
 Castañeda, que fué fraile profeso  
 En Nicaragua, do con los traidores  
 Se congregaron muchos malhechores.

Fueron á Panamá los delincuentes  
 Do hicieron también hechos inicicos ,  
 Y con lo que robaron á las gentes ,  
 Si les durara, fueran todos ricos ;  
 Iban allí como sobresalientes  
 También otros dos frailes dominicos ,  
 Fray Andrés de Albis muy desvanecido ,  
 Con otro fray Alonso tan perdido.

Vencidas estas pérdidas banderas  
 Por un Martín Rütiz, dicho Marchena ,  
 Y poblados los campos y riberas  
 De los que merecían mortal pena ,  
 No sé yo por qué vías ó maneras  
 Fueron los frailes dos á Cartagena ,  
 En cuyo territorio y hemisferio  
 Era recién fundado monasterio.

Fray Josepe de Robles fué primera  
 Persona fundadora del convento ,  
 No donde agora está, sino mas fuera ,  
 Que en los jaqueyes fué primer asiento :  
 Este los recogió, que no debiera ,  
 Aunque debió de ser con buen intento ;  
 Después al reino se mudó, dejando  
 Al fray Andrés de Albis con su mando.

Viéndose ya señor del monasterio ,  
 El apetito fué de mayor cebo ,  
 Pues quiso ser monarca del imperio  
 De cuanto damos hoy al mundo nuevo ;  
 Y no fuera milagro ni misterio  
 Ahogarse con un tan solo huevo ,  
 Porque venis á qué se determina  
 En traje de humildad una gallina.

En este tiempo, por lo sucedido  
 En los rebeliones mal fundados ,  
 Habian muchos de Pirú venido  
 Por Gasca, presidente, desterrados ;  
 Y el destierro debió de ser medido  
 Segun la cualidad de los pecados ,  
 Y los que merecían menor pena  
 Se quedaban allí por Cartagena.

Diego de Vargas Caravajal era  
 Uno destes, y Ochoa, vizecaino ,  
 Que mucho rehusaron la carrera  
 Cuando con la traicion el fraile vino ;  
 Mas él los indució de tal manera  
 Que se prendaron deste desatino ;  
 Y estos dos, que después hicieron piezas ,  
 Quedaron señalados por cabezas.

Comienzan á juntar gente baldia ,  
 Armas y belicosos instrumentos ,  
 Con el secreto que les convenia  
 Debajo de solemnes juramentos ;  
 Y el diablo fray Andrés señaló dia  
 Para principios tristes y sangrientos ,  
 Ocupados estando los vecinos  
 En los oficios sacros y divinos.

Fué la resolucion entrellos esta ,  
 Dispuesta por el monaco profano :  
 Predicar él en una cierta fiesta,  
 Por ser predicador el mal cristiano ,  
 Y allí los acabase gente presta  
 Cuando hiciese señas con la mano ;  
 Mas para sus contentos y placeres  
 Reservasen á solas las mujeres.

Concertados los torpes desvarios,  
Puestas las cosas todas en sus manos,  
Hacían cuenta de tomar navios,  
Y en ellos embarcarse los tiranos  
Para domar los otros señorios  
De Panamá, con pueblos comarcanos,  
Y desde Panamá pasar á Lima  
Y subyectar el resto de por cima.

Estas cosas y otras representa  
El mal prior á todos los damnados,  
Y dice que de gente descontenta  
De los que fueron mal galardonados,  
Y muchos que vivían con afrenta,  
Innumerables eran los soldados  
Dispuestos á pasar esta carrera,  
En viendo levantar cualquier bandera.

Encarece su próspera ventura  
Hablando con la pérdida cuadrilla,  
Promete colocallos en altura  
De que suele gozar escelsa silla:  
Mirad á cuánto llega la locura  
De un hambrecillo vil y con capilla,  
Queriendo ya trocalla por almete  
Y de tan gran traición ser alcabuete.

Pues cuando la traición y alevosía  
Intentaba con tácito recado,  
Era ministro de la sacristía  
Un Alonso Rüz, bien inclinado,  
Que fué después por su sahiduría  
En este Nuevo Reino prebendado,  
Músico principal de voz y dedo,  
Y natural del reino de Toledo.

Este que no sabía desta guerra  
Que por traidora gente se movía,  
Un manceho tenía de su tierra  
En su posada y en su compañía:  
La memoria del nombre ya se yerra,  
Que no me acuerdo cómo se decía;  
Pero por no tener aviamiento  
Para Pirú, vivía descontento.

Y viéndolo con angustioso pio  
El Alonso Rüz, por consolallo,  
Para subir al reino por el río  
Habló con quien podía negociallo,  
Y hasta la barranca le dió avio  
De tamemes ladinos y caballo,  
Y allí canoas y matalotaje  
Para que prosiguiese su viaje.

Salió de la ciudad el peregrino  
Con este sobredicho pensamiento,  
Y á la primer jornada del camino  
Topó con tres de los del alzamiento,  
En heredad cercana de un vecino,  
Donde les proveían de sustento,  
Debajo de buen fin y sin sospecha  
De la grave maldad que se pertrecha.

Los tres de la cuadrilla detestable  
Hiciéronle muy buen acogimiento,  
Y mediante conversacion afable,  
Supieron de sus pasos el intento:  
Dijéronle ser tierra miserable  
Y camino de gran desabrimento;  
Que se lo mostrarán de mas regalo,  
Donde deseche presto pelo malo.

Muchas cosas le dicen, y en efeto,  
Después de conjuradas prevenciones,  
Le descubrieron en lugar secreto  
Sus traidoras y malas intenciones;  
El cual sin discrecion y sin respeto  
Se venció de sus pérdidas razones,  
Y hasta ver aquella maldad llena  
Determinó volver á Cartagena.

Entróse sonriendo por el nido  
Adonde hizo su primer escala;  
El Alonso Rüz, como le vido  
Entrar con su hatillo por la sala,  
De repentina cólera movido,  
Le dijo: «Vengáis mucho en hora mala;  
Gasté por aviaros infinito,  
¿Y volveisís á las ollas de Egipto?»

El mozo le responde: «No se espante  
Vuesa merced, señor, que no quisiese  
Por agora pasar mas adelante,  
Pues en ello me va gran interese,  
Y sé que me dirá ser importante  
Si por ventura yo se lo dijese.»  
El Alonso Rüz luego le instiga  
Con importunidad que se lo diga.

Llegóse del oído muy cercano,  
Y declaróle toda la substancia:  
El otro, que sintió furor tirano,  
Le dijo sin guardar mas circunstancia:  
«¡Oh hi de puta, puto, mal cristiano!  
¿Y ese llamais negocio de importancia?  
Id al adelantado, dadle cuenta  
Quién es aquel que tal maldad intenta.»

» No reparéis ganarme por la mano  
Antes que mis palabras se deslicen;  
Mira que luego declareis de plano  
Todo cuanto sabeis y aquellos dicen,  
Porque si no, prometo de un villano,  
Que tengo de hacer que os desuaticen.»  
El mozo le rogó que con él fuese  
Para que su mandado se cumpliese.

Viéronse pues con el adelantado,  
Y el Alonso Rüz, como debía,  
Dijo luego: «Señor, este soldado  
Quiere hablar con vuestra señoría  
Un negocio que dice ser pesado,  
Y rogome que fuese yo la guía:  
No sé lo que se quiere; pero siento  
Que debe ser negocio de momento.»

Para que la razon fuese tan nota  
Cuanto fueron los sones que le dieron,  
En parte de la casa mas remota  
Heredia y el mancebo se metieron,  
Donde le relató, sin faltar jota,  
Lo que los tres soldados le dijeron;  
Y ansi con la debida diligencia  
Mandó traer los tres á su presencia.

Fué la prision nocturna, sin ruido,  
Y con tan recatado miramiento,  
Que de nadie fué visto ni sentido  
Aquel acelerado mandamiento;  
Y dellos el delito conocido,  
Sin que los apremiasen con tormento,  
Supo también, para mayor aviso,  
En otras circunstancias lo que quiso.

Pues como la maldad fuese notoria  
Contra las honras, vidas y caudales,  
Y no para perder de la memoria  
El hacer diligencias puntuales,  
Fué, como general, Joan de Villoria  
Con copia de vecinos principales  
A Cipacua, para prender traidores  
Y al fraile y á los otros dos autores.

Despachóse también por otra vía  
A don Luis Bravo, cierto caballero  
Que en este Nuevo Reino do vivía  
Lo conocí después encomendero;  
Aqueste recogió gente baldía  
Tocada de la mancha que refiero,  
Y culpados ó libres de la pena,  
Llevó gran cantidad á Cartagena.

Hizo Villoria pues jornadas largas  
Hasta poner en su lugar la proa:  
Espántanse de ver lanzas y adargas  
Que hieren rayos de la parte eoa;  
Prenden por buenos términos al Vargas,  
A los frailes también y al Pedro Ochoa;  
Ansimismo prendieron los soldados  
Que con ellos estaban congregados.

Algunos sueltos y otros en cadena  
Con palabras de buen comedimiento,  
Llegan á la ciudad de Cartagena,  
Y al Vargas se le dió luego tormento;  
El cual y los demás dignos de pena  
Declararon con él su mal intento,  
Y segun merecía su malicia,  
Se hizo dellos ejemplar justicia:

El Ochoa y el Vargas arrastrados  
Y en ocho partes ambos divididos ;  
Los demás oficiales ahorcados ;  
Y con azotes los demás punidos ;  
A Castilla los trailes desterrados ;  
Con grillos en navios son metidos ;  
Otros menos culpados en el yerro  
Condenados salieron á destierro.

Como surgiese pues en la Habana  
La nao de fray Andrés estaba preso,  
Tentó de se huir con obscurana,  
Sin nadie poder ver aquel esceso ;  
El cual, viendo con viento tramontana  
Estar un cable acia tierra tieso,  
Asiendo del creyó que guia fuese  
Para llegar adonde se abscondiese.

Y así le sucedió, pues en alcance  
Yendo de tierra para tonar puerto,  
La nao parece ser hizo balance,  
Tal que quedó con aguas encubierto ;  
Y en este mas que miserable trance  
Lo recibió la blanca Tetis muerto ;  
Dicen que lo hicieron dios marino,  
Mas á creello no me determino.

Aqueste fué su fin y paradero  
Por noviembre del año precedente....  
Y luego después desto, por enero,  
El otro que á cincuenta fué siguiente,  
Espanto y alboroto mas entero  
A la ciudad le vino de repente,  
Por casual y general incendio,  
Del cual quiero hacer breve compendio.

Tenian casas en aquella era  
Personas pobres ó cualificadas,  
Los altos y los bajos de madera  
Con cogollos de palmas cubijadas ;  
Y aun hoy algunas hay desta manera,  
Que no todos las tienen mejoradas,  
Y son las sobredichas coberturas  
Para llamas de fuego mal seguras.

Porque con soplos del continuo viento  
Y el ardiente calor, están las ramas  
Dispuestas siempre para nutrimento  
De las veloces y movibles llamas,  
No con menos ligero movimiento  
Que globos que desbaecen duras tramas,  
Impelidos del polvo salitroso  
Por el cañon cruel y fulminoso.

Al tiempo pues que negras confusiones  
Cubrian con su nublo tenebroso  
A gentes de las indias regiones,  
Llenas de soporifero reposo,  
Una mujer tomaba las uniones,  
Que padecia mal contagioso,  
Y las ministras se dejaron brasas  
Pegadas á la cerca de las casas.

Enciéndense los palos con la lumbre,  
Y fué la fuerza dellos de manera,  
Que voló presto hasta la techumbre  
Y salió por encima la cubrera,  
Usando de su natural costumbre,  
Invalescendo contra la madera :  
Salta del lecho la doliente dama  
Como vido los humos y la llama.

Eran aquestas casas al remate  
Del pueblo, que es do leste se deriva ;  
Y entonces era tanto su combate  
Que no se vido cosa mas esquila :  
Centellas sobre las demás abate,  
Y con furiosos soplos las aviva ;  
Vieron la lumbre gentes castellanas  
Y á gran priesa repican las campanas.

Los de la ciudad alborotada,  
Pensando ser cosarios, salen fuera :  
Huye sin su marido la casada,  
Sin esperar á padre la soltera,  
Una descalza, otra destocada  
Y otra con menos ropa que quisiera ;  
Otros acuden al primero fuego  
Imaginando mitigallo luego.

Pero la llama con sus remolinos  
Por varias partes los escandaliza,  
Y el viento con fumosos torbellinos  
Y presurosos soplos mas atiza,  
Tanto que casas de los mas vecinos  
Se convierten en polvo y en ceniza :  
La revuelta, la grita y el estruendo  
De las gentes y llamas es horrendo.

Segun un rio cuando va crecido  
Y baja de los altos de repente,  
Por piedras y peñascos divertido,  
Fuera del curso viejo la creciente,  
Que con aquel acuático rüido  
Se turban los oidos de la gente,  
Y con el rumor sordo y espantable  
No se percibe cosa que se hable :

Así también con los fogosos sonos  
De las pajizas casas que se encienden,  
Iban en crecimiento turbaciones,  
Sin que supiesen quiénes los ofenden ;  
Y si preguntan causas y razones,  
Los unos á los otros no se entienden,  
Ni nadie dellos en aquella plaga  
Sabo qué se responda ni qué haga.

Los que pensaban ser cosario marte  
Y sobresalto de sobrio avaro,  
Huyendo van por una y otra parte,  
El ausencia tomando por reparo ;  
Pero la mucha lumbre fué de arte  
Que se desengañaran con su claro :  
Cada cual vuelve do su casa arde,  
Pero cuando vinieron era tarde.

Porque la llama fué tan presturosa,  
Sin que breve momento reparase,  
Que fué substancia poco provechosa  
Ya que de llamas algo se librase,  
Y á todos quasi no les quedó cosa  
Que no se consumiese y abrasase ;  
De tal manera, que los mas subidos  
Quedaron totalment destrüidos.

Heredia viendo desde plaza rasa  
Arder la iglesia, fué por socorrella,  
Y cuando revolvió sobre su casa,  
Do vió prevalecer viva centella,  
Hallóla toda ya tan hecha brasa,  
Que se le quemó todo, sin que della  
Pudiesen escapar cosa ninguna :  
Que fué terrible golpe de fortuna.

La cual no tuvo menos inelencencia  
Con él después, trienio ya pasado,  
Porque le vino para residencia  
Por juez el doctor Juan Maldonado,  
Fiscal y oidor después en el audiencia  
Deste distrito ya conmemorado,  
Donde residen hoy sus tres sobrinas  
Que son de grandes alabanzas dinas.

Doña Leonor, doña Isabel, doña Ana,  
Puestas con gran razon en escriptura  
Con tinta de alabanza soberana,  
Porque demás del don de hermosura,  
Su gran bondad, honor, vida cristiana,  
Camino van de celestial altura,  
Y no menos lo llevan sus concetos  
De hijos y de hijas y de nietos.

Aqueste doctor era de Sevilla  
Y por algunas prendas obligado  
Al favor de George Quintanilla,  
Vecino principal y muy honrado,  
Pero del número de la cuadrilla  
Que perseguían al adelantado ;  
Y en esta residencia que refiero  
A mí me consta selle mal tercero.

Para tomalle pues la residencia  
Término señalado se pregona ;  
Y aunque tuvo debida reverencia  
En tractar con respecto su persona,  
Aquel odio, rancor y mal querenia  
Del que ya señalé lo desentona,  
Y otras muchas dañadas intenciones  
Le hicieron usar de sinrazones.



También Beltrán, á cuyos pedimientos  
El jüez vino con humor adusto  
Por agravios y malos tractamientos,  
Fué causa principal de su disgusto,  
Pues en dar ó quitar repartimientos  
Ningun jüez en Indias es tan justo  
Que pueda segun las variedades  
Ajustarse con todas voluntades.

A dar favor á este se convierte  
Toda la junta de los mal querientes,  
Con ser un hombre no de tanta suerte  
Que poseyese prendas eminentes;  
Mas en efecto, causa de su muerte  
Y de gran sinsabor á sus parientes,  
Por arrimar jüeces al derecho  
A quiten les encamina mas provecho.

Y así, para salir con el intento,  
Este doctor con leyes lo reboza;  
También con sus parientes al momento  
Anduvo la pasión á toda broza;  
Quitó los indios y repartimientos  
Al capitán Alvaro de Mendoza;  
Pero volviésetos mejor justicia  
Después que les constó de la malicia.

Pues el adelantado como via  
Que procuraban dalle zancadilla,  
Y que con el doctor prevalecia  
La mala voluntad de Quintanilla,  
Consideró que mucho le cumplia  
Apresurar sus pasos á Castilla;  
Y así se despachó secretamente,  
Y Alvaro de Mendoza juntamente.

Sigue con mal agüero la derrota,  
Y en una conjunción que no debiera,  
Por ir en los navios de la flota  
De que Gomez Farfán general era,  
Donde fortuna mala fué pilota,  
Entonces falsa y antes lisonjera;  
Pero pudo meter en el Habana  
Cosme Farfán su flota toda sana.

Hasta llegar allí no faltó maña,  
Por ser hombre de mar bien advertido;  
Serian veinte naves de compañía,  
Con las cuales estuvo detenido,  
Esperando las de la Nueva-España,  
Tres meses en amores divertido,  
Todos los del viaje descontentos  
Por las tardanzas y detenimientos.

Durantes estos dias mal gastados,  
Como por ciertas causas se desamen  
Santos de Alger y Marañon, soldados,  
Allí tuvieron singular certamen,  
Y solos, de sus armas preparados,  
Hicieron de las fuerzas tal examen,  
Que en el litigioso desconcierto  
Uno destos soldados quedó muerto.

El vivo, por la pena merecida  
Que recelaba por sus maleficios,  
A gran priesa tomó para guardada  
La casa de los santos sacrificios:  
Farfán al Marañon viendo sin vida,  
Tomó soldados que halló propicios,  
Y al Santos que con santos halló solo  
Sacólo de la iglesia y ahorcólo.

Hizo sus diligencias el prelado  
Antes que ejecutase la sentencia;  
Y visto no cumplirse su mandado,  
Sino perseverar en la demencia,  
Con anatema fué descomulgado,  
Por los quebrantamientos y violencia;  
Reiase Farfán, y como loco  
Tuvo la tal descomunión en poco.

Y así, sin procurar absoluciones  
Ni se parar á corrección cristiana,  
Haciéndole cien mil protestaciones  
Cada dia la gente castellana  
Acerca de sus grandes dilaciones,  
Determinó salir de la Habana,  
Y aun porque don Antonio de Ribera  
Esta quiso dejar y salir fuera.

El cual llevaba del Pirú bastantes  
Recados de poderes é instrucciones  
Para pedir al rey cosas tocantes  
Al bien de aquellas prósperas regiones;  
Y solo, sin los otros navegantes,  
Quiso salir de aquellas confusiones,  
En San Andres, un galeon terrible  
Que compró por ser hombre de posible.

Tal intencion por el Farfán sabida,  
Que por ventura fué con tal intento,  
Dió pregon que so pena de la vida  
Nadie baga del puerto mudamiento;  
Mas aprestóse para la partida  
No sin sospecha grande de mal viento,  
Pero por los murmurios de las gentes  
No curó de mirar inconvenientes.

Salió del puerto, no de buena gana,  
Que de mar bonancible desespera,  
Y del galeon hizo capitana  
Donde iba don Antonio de Ribera;  
No hallan los navios la mar llana,  
Antes los contrastó tormenta fiera,  
Y cuanto mas la noche se cerraba  
La mar mas se movia y alteraba.

Durante pues aquella noche ciega,  
Por un rumbo que estaba mal seguro.  
El galeon á mas andar se aniega,  
Del cual mandan soltar un pasamuro;  
Luego la flota toda se le llega,  
Y dió cuenta Farfán del trance duro.  
Y á grandes voces le respondió luego  
Un piloto llamado Joan Gallego:

«Señor, pues dais tan malas esperanzas  
De poder escapar desos extremos,  
Al sur tenéis el puerto de Matanzas,  
Allá conviene mucho que arribemos,  
Porque fuera de tales destemplanzas  
Esas necesidades remediamos;  
Mas al entrar mirad por el alhaja  
Porque no zabordeis en una laja.»

El general le dijo: «Sed vos guía;  
Poned farol con la posible priesa,  
Porque por donde vos hiciédes via  
La derrota de todos será esa.»  
Entraron todos bien por do decia;  
Mas la nao llamada la Condesa,  
Por no saber el bajo no se arriedra,  
Y al entrar encalló sobre la piedra.

Surtas las otras naos y bajeles,  
Luego las otras gentes del viaje  
Rodean la Condesa con bateles  
Y sacan oro, plata y el fardaje,  
Hasta la carga de bóvinas pieles,  
Y grandes cajas de matalotaje;  
Después con anclas y con cabestrantes  
Hicieron que nadase como antes.

Metiéronla, ya libre de la peña,  
Por parte que no cubre nial engaño,  
Y la cuadrilla náutica domeña  
Brazos robustos al heniesto caño  
De la bomba, que luego les enseña  
Tener remedios prestos aquel daño;  
Y así los marineros oficiales  
Acuden con debidos materiales.

Della y del galeon fuera la ropa,  
Con lado que les da quien los menea,  
Recorriendo de proa hasta popa,  
La parte peligrosa se tanfea:  
Aprietan calafates el estopa,  
Cubre costuras la teosa brea,  
De tal manera, que se hacen ciertos  
Que podrian dejar aquellos puertos.

Pero por se mostrar el mar obscuro,  
Cuarenta dias tienen de reposo  
Allí, que saben ser puerto seguro  
Contra furias del Orion proceloso  
Y bravas tempestades del Arturo  
Que entonces se mostraba figuroso;  
Al cabo de los cuales con bonauzas  
Salieron deste puerto de Matanzas.

Al escorpion nocivo Febo deja  
 Por visitar al fuerte sagitario,  
 Cuando la turba náutica perpleja  
 Écha juicios con parecer vario;  
 Pero por votos de los mas, se aleja  
 Con los amenazar tiempo contrario,  
 El efecto del cual fué de manera  
 Que cada cual de vida desespera.

Y así la flota no va recogida,  
 Porque con los rigores turbulentos  
 Fué por diversas vías turbulenta,  
 Molestada de aguas y de vientos;  
 Llegó Cosme Farfán á la Florida  
 Con las naos que siguen sus intentos;  
 Hallóse la Condesa que echó sonda  
 En solas ocho brazas de mar fonda.

Aviso quiso dar de la fondura  
 Con voluntad, á lo que dicen, sana;  
 Pero como no hay hora segura,  
 Llegó sin que amainase la mesana,  
 Y por inopinada desventura  
 Embiste con la nao Capitana,  
 Y el golpe que le dió fué tan pesado  
 Que la rompió por medio del costado.

Todo cuanto tenia la cubierta  
 Al mar tempestuoso se convierte;  
 A las saladas aguas abrió puerta  
 Para trance mortal infausta suerte,  
 Pues allí sí se via cosa cierta  
 Era la certidumbre de la muerte:  
 Oyense grandes gritos y alaridos  
 De los que de las aguas son sorbidos.

Tristes pero brevisimas querellas  
 En balde pudo dar Ana Carneña,  
 Y con ella también ocho doncellas  
 Mestizas que servian á esta dueña;  
 Pues hechas una balsa todas ellas  
 El impio mar la muerte les enseña,  
 Con otros, que debieron ser cuarenta,  
 Absortos de la grávida tormenta.

Los otros de la misera tragedia,  
 Por jarcias y por mástiles asidos,  
 Entre tanto que gente los remedia  
 Y sean con bateles socorridos;  
 Entrestos mismos don Pedro de Heredia,  
 Farfán y don Antonio, sin vestidos,  
 Que con el resto que no se pregona  
 Entraron en la nao Bretendona.

Perdido pues aquél desta manera  
 Por ocasion y via tan estraña,  
 Los otros prosiguieron su carrera  
 Hasta poner las proas en España;  
 Mas en el golfo, con tormenta fiera  
 Que cuanto mas navegan mas se ensaña,  
 La nao Bretendona mal se halla  
 Con agua que no pueden agotalla.

Pidió socorro como convenia,  
 Y á lo dar ocurrieron con presteza  
 Con nave que Cosme Buitron trala,  
 Donde metieron toda la riqueza;  
 Y entró la temerosa compañía  
 Llena de confusion y de tristeza,  
 Trocado cada cual de su figura  
 Por tan continuada desventura.

Entraron licenciados y doctores,  
 El buen Heredia y otros caballeros,  
 Y Góngora y Galarza, dos oidores  
 Que deste reino fueron los primeros;  
 Entraron confusiones y temores  
 Adivinando malos paraderos;  
 Entró fuera de todo regocijo  
 El gobernador Saicho de Clavijo.

Ansimismo subyectos á Neptuno  
 Otros iban allí no tan insines,  
 Mas con temor no menos importuno:  
 Notarios, escribanos y malsines,  
 De los cuales á uno ni ninguno  
 Conoci que tuviese buenos fines,  
 Antes tristisimos acabamientos  
 Y sin gozar de santos sacramentos.

Bien creo yo que no haré cosquillas  
 Al bien intencionado ni al modesto;  
 Mas de muchos que ví por estas villas,  
 Hablo tan solamente deste puesto,  
 Podria declararos maravillas,  
 Por mi consideradas cerca desto:  
 Cuya muerte de nadie fué plañida  
 Y tal que dió gran muestra de su vida.

Hambrientos lobos que todo lo quieren  
 Y á los demás les cuentan los bocados;  
 Vayan las cosas por adonde fueren  
 La casa llena hasta los tejados;  
 Robando viven y robando mueren  
 Y en robos son sus días acabados;  
 Y al cabo de la vida tanta mengua  
 Que pocos dellos mueren con su lengua.

Destos iban allí no sé qué tantos,  
 Y cada cual el cofre proveido,  
 Que vistos los mortíferos espantos  
 Quisieran muy mejor haber vivido:  
 Todos llaman al Santo de los santos  
 Con devocion y lánguido gemido,  
 Porque el viento, la mar, la destemplanza,  
 Quitaba del vivir la confianza.

Con esta furiosissima friega  
 Llegaron al paraje de Zahara,  
 La costa della toda turbia, ciega,  
 Y tal que no se via cosa clara;  
 A los cables y ancoras entrega  
 Buitron la nave dicha y allí para,  
 Pensando que los inconstantes vientos  
 Mitigaran sus ásperos alientos.

Pero la furia dellos era tanta  
 Que desconsuela la compañía triste,  
 Y de los bajos piés á la garganta  
 El espumoso golpe los embiste;  
 Hasta las altas gavias se levanta,  
 Y por ninguna via se resiste:  
 Quanto oyen y ven los amenaza  
 Y el hilo del vivir les adelgaza.

Temen quel agua no los arrebate  
 De la cubierta por do va corriendo;  
 Oyen por los peñascos el combate  
 Donde las olas quiebran con estruendo;  
 Impetuoso viento los abate  
 Con furia, tempestad y son horrendo;  
 En camisa, sin calzas y sin sayos,  
 E ya todas sus fuerzas son desmayos.

Los unos y los otros lamentando,  
 Hiriendo con temblor dientes con dientes,  
 Tablas, barriles, palos procurando  
 Con otros materiales diferentes,  
 Para llevar con ellos sustentando  
 Los cuerpos miserables y dolientes,  
 Rendidos al rigor del mar airado  
 Bravo, feroz y desapiadado.

En este trance mas que miserable  
 Porque la noche no los ocupase  
 Pareciéndote medio razonable  
 Con que la gente toda se salvase,  
 Mandó Cosme Farfán cortar el cable,  
 Y en la playa la nave zaborbase;  
 Lo cual se hizo como lo mandaba,  
 Pero no sucedió como pensaba.

Porque como llevaba tanta carga,  
 A breves pasos encalló la quilla;  
 Fué para brazos la distancia larga,  
 Pues con ellos pretendien el orilla;  
 Allí la confusion triste y amarga,  
 Allí la turbacion y la mançilla;  
 Fuera recelán el mortal encuentro,  
 Peor y mas crúel si quedan dentro.

Ya la nao por partes se reparte;  
 Fuera de su lugar el timon anda,  
 Las obras muertas van por otra parte,  
 Jarcias y velas van por otra banda;  
 Nadan los que son diestros en el arte,  
 Como necesidad urgente manda;  
 A tierra llegan recios marineros  
 Y Farfán y Buitron de los primeros.

Los menos diestros en aquestos usos,  
Cuyas cubiertas son las carnes solas,  
Andan allí revueltos y confusos  
Tragando ya la muerte con las olas;  
Quebra Laquésis los vitales husos  
A mas de cien personas españolas,  
Entre los cuales son los dos oidores  
De mas quieto fin merecedores.

Otros muchos juristas y escribanos  
Bullian por las ondas muy espesos,  
Pero no se valian de sus manos  
Para contra la mar hacer procesos:  
Perecen ellos y papeles vanos  
Do pintaron aposta los escesos;  
Y á los del licenciado Juan Montañó  
El agua no les quiso hacer daño.

Porque viéndolos ir con tales sellos,  
El marino rigor dellos se espanta:  
Digo que se espantó la mar de vellos,  
Y así no los corrompe ni quebranta;  
Y tales en efecto fueron ellos,  
Que su culpa pagó con la garganta.  
Pues exención tan llena de furores  
No debió merecer fines mejores.

Téllez, que secretario fué primero  
En este reino, ya libre de faldas,  
Se concertó con cierto marinero  
Que lo sacase sobre sus espaldas,  
En pago de lo cual le dió dinero  
Y algunas buenas piedras esmeraldas;  
Cogió las joyas y el delphin se anima  
A navegar con Arion encima.

El Arion novelo se consuela  
Viéndose ya llevar desta manera:  
Mas el delphin robusto que recela  
Poder llegar al fin de la carrera,  
Faltó como faltaba la vihuela,  
Antes de lo sacar á la ribera:  
Al fin Alonso Téllez se le queda  
Muerto, y él escapó con la moneda.

La dura tempestad le fué propicia  
Viéndole las espaldas descargadas:  
Mas con duro flagelo de justicia  
Después se las pararon coloradas,  
Diciendo que lo hizo de malicia  
Personas que venian rezagadas,  
A quien valió contra la violencia  
Saber nadar y buena diligencia.

El buen adelantado se adelanta  
En confianza de salir á nado:  
Una vez con las olas se levanta,  
Dellas es otra vez precipitado,  
A la resaca llega, mas es tanta  
Que no le consentia tomar vado,  
Y así lo que buen ánimo consulta  
Quebrantada vejez le dificulta.

Adonde ve mas quietud arriba,  
Su vencedora fuerza ya vencida:  
En tierra dos ó tres veces estriba,  
Poco le falta para la salida....  
Mas un gran mar de tumbo lo derriba,  
Que fué postrer remate de la vida  
Del capitán egregio, sabio, fuerte,  
Indigno de morir tan mala muerte.

No pudiera con él onda violenta  
Viendo sus brazos en edad mas moza;  
No falta pues allí quien lo lamenta  
Y que de corazón gime y solloza:  
Pues escapó de la cruel tormenta  
El capitán Alvaro de Mendoza,  
Marido digno de mujer tan diua  
Cual es doña Francisca su sobrina.

Digo sobrina del adelantado,  
En su remate faltar de ventura,  
Cuyo cuerpo no pudo ser hallado  
Para dalle terreno sepultura,  
Aunque con ansiosísimo cuidado  
Alvaro de Mendoza lo procura,  
El cual se libró de la mar insana  
En una carabela tusitana.

Llegó la nueva pues á Cartagena  
Y larga relacion deste conflicto,  
Donde se recibió tan grave pena  
Que no sabré pintalla por escrito:  
En cada casa generosa sueña  
Un gran clamor y doloroso grito;  
Las generosas damas y doncellas  
Daban impacientísimas querellas.

En todos era general el lloro;  
Amigos y enemigos enlutados;  
Los cabellos que esceden hebras de oro,  
Vuelan aquí y allí despedazados;  
Destiérnanse las galas y el decoro  
Que solian usar tiempos pasados;  
Hacen demostración destos dolores  
Las sonoras campanas con clamores.

Y aquella dueña digna de memoria,  
Su sobrina mayor doña Costanza,  
Viuda ya del buen Juan de Villoria,  
Con prendas de no menos esperanza,  
Su sentimiento fué cosa notoria  
A los que conocimos su templanza:  
Pues yo con otros muchos circunstantes  
Oíamos palabras semejantes:

« ¡Oh lumbré de mis ojos, padre mio,  
De mi ventura claro fundamento,  
Pues que padre me fundes mas que tio,  
En regalos, amor y tractamiento!  
No merecia ser vuestro desvío  
Fatal entre furores de agua y viento,  
Do la manera del morir escede  
Al dolor que quitar la vida puede.

» A todas las humanas criaturas  
Bien veo quel morir les es anejo;  
Mas de morir en estas coyunturas  
Y concluir con tan amargo deajo,  
Las entrañas crüeles y mas duras  
Conoceran que con razon me quejo;  
Pues que ser y valor tan agradable  
No merecia fin tan miserable.

« ¡Oh fortuna crüel, vil, inconstante,  
Cuan insufribles son tus desafueros!  
¿Quién vivira con golpe semejante  
Sin desear sus dias postrimeros,  
Pues así nos quitaste de delante  
Honra de los bonrados caballeros!  
¡Arrebatásteos, facinerosa,  
Un ejemplar de vida virtuosa!

» Venciste ya la vencedora mano:  
Llévasteos al invencible pecho,  
Aquel entendimiento soberano,  
Y al instrumento del comun provecho,  
A quien a todos fué padre y hermano,  
Cabal en las palabras y en el hecho,  
Facil en perdonar cualquier injuria  
En movimiento de la mayor furia.

« Nunca jamás apeteció venganza,  
Y en las ejecuciones del castigo  
Muy menor el rigor que la templanza,  
Y tanta mas cuanto mas enemigo:  
Comun y general es la probanza  
Que puede confirmar esto que digo;  
Razon hace hablar, y no fatiga,  
Sin temor de que nadie contradiga.»

Con tales loas voz enternecida  
Los oidos hirió de los oyentes,  
Las cuales, si razon es conocida,  
No se pueden decir impertinentes,  
Y á vuelta de las quejas no se olvida  
De las cosas al alma convinientes,  
Pues para celebrar los funerales  
Hizo las diligencias principales.

Vinieron luctuosas compañías,  
Así de dueñas como de varones;  
Acudieron devotas cofradías,  
El dean y cabildo y religiones;  
Hubo por el espacio destos dias  
Luculentos y pródigos sermones,  
Y todo lo demás tan en su punto  
Que se mostró por él el del difunto.

El túmulo rodean luminarias  
Que tienen en las manos diferentes  
Naciones bravas que le dieron parias  
Y á sus mandados fueron obedientes ;  
Allí pusieron muchos letras varias,  
Epitafios y versos escelentes ,  
Mas no puedo hacellos manifiestos  
Por acordarme solamente destes :

*Perdidit insicilum Martem furibunda procella,  
Tempestas famam perdere nulla potest,  
Quin potius scribi calamo sua facta perenni  
Pascunt, in nullis interitura dies :*

Al insuperable Marte      Antes la mas breve suma  
Venció la tormenta fiera ,      De sus hechos pide pluma  
Dando fu a su carrera ,      De tan sonora trompa,  
Pero no pudo ser parte      que ni el tiempo la corrompa  
Para que su fama muera :      Ni malicia la consueta.

## ELEGIA

*A la muerte de Joan de Bustos de Villegas, segundo go-  
bernador de Cartagena por provision de la R. M.*

### EN UN SOLO CANTO.

Después de ser en el adelantado  
Ejecutada la fatal sentencia,  
El doctor gobernó Juan Maldonado,  
A quien luego de la real audiencia  
Fué deste nuevo reino señalado  
Por jüez que tomase residencia  
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
Persona grave, docta y eslumada.

Pero por ser á su salud embargo  
El temple de las tierras y contrario,  
Su morada no fué de tiempo largo,  
A causa de buscar el necesario ;  
Y á Francisco Velazquez dejó el cargo,  
Hoy en aqueste reino secretario,  
Que aunque mozo mostró tener talento  
Para negocios de mayor momento.

Y así con su valor y buenas mañas  
Compuso graves y pesadas bregas,  
Por no faltar allí parciales sañas,  
Contrarios bandos y pasiones ciegas ;  
Y con poder del rey de las Españas  
Sucedió Juan de Bustos de Villegas,  
Del cual quiero tractar por orden raso  
Las cosas que hicieren mas al caso.

Uno faltaba ya para sesenta  
Años de mas de mil y otros quinientos,  
Cuando con este cargo se presenta,  
Mediante los reales mandamientos,  
Daba de su gobierno buena cuenta,  
Alegres los vecinos y contentos,  
Pero poco después al Juan de Bustos  
No faltaron enojos y disgustos.

De los cuales no fué menor azote  
Venir para robar el oro y plata,  
El próspero caudal y rico dote  
Destos marinos puertos, un pirata  
Que se dijo don Juan, y un Martín Cote,  
Franceses de la Gafia bracata,  
Con siete naos, cada cual potente,  
Y en ellas grande número de gente.

Sabida su venida por la via  
De Santa Marta, cuyo flaco puerto  
El robador cosario ya tenia  
A su querer y voluntad abierto,  
El Juan de Bustos, como convenia,  
Puso sus pocas gentes en concierto  
Para se defender desta potencia,  
Haciendo la posible resistencia.

Mandó hacer trincheas y bestiones  
Con gran solicitud en las entradas,  
Aunque de necesarias municiones,  
Por le faltar, no bien aderezadas ;  
Convocó caballeros y peones,  
Hizo venir las gentes derramadas,  
Entrellos los antiguos capitanes,  
Dispuestos a victorias ó desmanes.

Fué capitán de la caballería  
Alvaro de Mendoza, que hoy nos dura,  
Niño de Castro del infantería ;  
Ambos en valentía y en cordura  
Cabales, si tuvieran aquel dia  
Mas posibilidad y mas ventura ;  
El un alférez fué Francisco Portes,  
Y no refiero los demás consortes.

Mandó venir al indio Maridado,  
Cacique principal de los fronteros,  
El cual acudió bien acompañado  
De quinientos destrisimos flecheros,  
De venenosos tiros pertrechado  
Cada cual, según bárbaros guerreros ;  
Luego la playa por las partes juntas  
Fué sembrada de venenosas puntas.

Quando quería pues del primer sino  
Febeo resplandor hacer desvíos,  
Y entrar en el de Toro por camino  
Compuesto de dorados atavíos,  
Vieron por aqtel término marino  
Venir estos beligeros navios,  
Pendientes dellos por diversas partes  
Flámulas, gallardetes y estandartes.

Bateles artillados traen fuera  
O lanchas y lijeros bergantines,  
Y cuando ya tuvieron la frontera,  
Rompen el aire trompas y clarines ;  
Al puerto van y toman la ribera  
Para de sus intentos ver los fines ;  
Mandan que gente de caballo vaya  
A ver si desembarcan en la playa.

En el puerto, de la ciudad distante  
Poco menos que legua de comarca,  
El francés cudicioso y arrogante  
Mas de mil hombres diestros desembarca ;  
Caminan bien armados adelante  
Contra pocos del español monarca ;  
Los de caballo que eran centinelas  
Baten á toda furia las espuelas.

Avisan á las gentes castellanás  
Y a voces dicen que los galos llegan ;  
Tocan los atambores y campanas,  
Y dentro de la plaza se congregan  
Robustas fuerzas, y las viejas canas  
Se sobresaltan y desasosiegan ;  
Mas el Bustos formó sus escuadrones,  
Hablandoles allí tales razones :

« Buen ánimo, carisimos hermanos,  
Que para mas honor y mayor gloria  
La batalla tenemos en las manos,  
Y della nos dará Dios la victoria ;  
No temais estos viles interanos ;  
Baja canalla es y vil escoria ;  
Por buen Dios peleais y por las prendas  
De hijos y mujeres y haciendas.

» En el pueblo teneis vuestras alhajas,  
Que de lo substancial no falta pelo ;  
Negocio es adonde no van pajas  
Y no cumple tomallo con recelo :  
Ellos tienen favor de sus ventajas,  
Pero nosotros el del alto cielo,  
E yo confio de su gran clemencia  
Que no puede durar su violencia. »

Esto dicho, camina con la gente  
Para los encontrar en los caminos,  
E Luis de Villanueva su teniente,  
Con los que del lugar eran vecinos,  
Cada cual conocido por valiente  
En muchos belicosos torbellinos :  
Todos y cada cual mostraba gana  
De romper con la gente luterana.

Habia ciertos hombres forasteros  
A vueltas de los dichos moradores,  
Que presumian mucho de guerreros,  
Y aquestos, no sin voces y clamores.  
Decian : « No conviene, caballeros,  
Salir de donde somos muy mejores :  
Yerro notable es el que hacemos,  
Y en salir de la plaza nos perdemos. »

Juan de Bustos se lo contradecía,  
Teniendo por mejor salir afuera;  
Mas fué tan pertinace la porfia  
De la ya dicha gente forastera,  
Que lo hacen volver do no quería,  
Y porfió hasta la vez tercera  
A salir, con enojo manifiesto,  
Mas no pudo sacallos de aquel puesto.

Habia solos diez arcabuceros  
Vecinos, y con ser gente tan poca,  
Divisos de los otros compañeros,  
Por acudir á lo que mas les toca,  
De la calle por do vienen los fieros  
Franceses se pusieron á la boca,  
Y allí hicieron la posible salva  
Francisco Sanchez y Francisco de Alba.

También allí Bartolomé de Arjona,  
Con los siete que no van señalados,  
Hacia cada cual por su persona  
Lo que suelen hacer buenos soldados,  
Sin que de los demas desta corona  
Fuesen favorecidos ni ayudados,  
Sino Mendoza que con los caballos  
A ellos se llegó por guardarlos.

Acércanse los galos con estruendo,  
Suenan para romper trompa sonora  
Donde los diez estaban atendiendo  
Que salieron con furia veugadora;  
Por dos veces los fueron retrayendo,  
Espacio que duró mas de una hora,  
Hasta que ya cesaron los cañones  
Por se les acabar las municiones.

Conocida por el francés la falta  
Del fumoso cañon y del mosquito.  
Por dos partes del pueblo los asalta  
Y mas adentro las escuadras mete;  
A los unos Mendoza sobresalta,  
Y con veinte caballos arremete;  
Retrajolos á parte conviniente,  
Do se empujó gran número de gente.

Pero como persona que sabia  
Tener aquel lugar mortal engaño,  
Y que por esta causa no podia  
Por allí pelear sin proprio daño,  
Retrajose con esta compañía  
A la ciudad con el demás rebaño,  
Y con los que seguian su bandera  
Junto á Santo Domingo los espera.

Viendo que ya llegaban al paraje,  
Antes que del lugar viesen el centro,  
Rompió por ellos varonil coraje;  
Y fué de tantas muertes el encuentro,  
Que muchos, del cosario peonaje  
Huyendo, se metieron mar adentro;  
Mas todos los que son menos inertes  
En un cercado se hicieron fuertes.

Oyendo Bustos la sangrienta caza,  
Pareciéndole ser exorbitante  
Negocio no salirse de la plaza,  
Y mas en coyuntura semejante,  
Aquella parte se desembaraza,  
Y el buen alférez Portes por delante  
Acudió con alguna gente suelta  
A do sonaba la mayor revuelta.

Yendo dispuesto para la pelea,  
Hicieron que torciese su camino  
Antes de se hallar donde desea,  
Por voces que le dió cierto vecino:  
«Acá, señor, acá, que nos rodea  
Otro mas peligroso torbellino».  
Y fué verdad, porque gentes armadas  
Tenian ya las calles ocupadas,

De tal manera, que nunca fué parte  
Para poder hacelles resistencia;  
Ni valian allí mañas ni arte,  
Animo, ni valor ni diligencia;  
Mas Portes prosiguió con su estandarte  
Do Mendoza tenia la pendencia,  
En el cercado do se defendia  
El don Juan con la gente que tenia.

La gente castellana, mal armada,  
Con ánimo feroz les acomete;  
Pero de la primera rucitada  
Mataron de peones diez y siete;  
Entran los de caballo, y al entrada  
Pereció Santa Cruz, un buen jinete,  
Con otro que Espinosa se decia,  
Que hizo buenos hechos aquel día.

Rompió como quien bravo monte tala  
El buen Francisco Portes por un lado;  
Sus golpes á los de Hércules iguala,  
Con brazo vigoroso y esforzado,  
Hasta tanto que con ardiente bala  
Fué de vital calor desamparado,  
Dejando de la fuerza de su diestra  
Horrible voz de sanguinosa muestra.

Tanto, que dados fines á la guerra  
Decian los franceses en su gloria:  
«A tener muchos destos esta tierra  
Desesperáramos de la victoria».  
Luego pues el don Juan se desenciera  
Teniendo ya la suya por notoria,  
Viendo que nuestras gentes eran rotas  
Por la gran multitud de las pelotas.

No dejó de hacer con su caterva,  
En tanto que duraron los cristianos,  
Maridado gran mal en la proterva,  
Pues disparaban pocos tiros vanos;  
Y así hirió con venenosa yerba  
Crecido número de luteranos,  
Y consumidos ya los tiros diestros  
Al monte se retrajo con los nuestros.

Los cuales desamparan sus placeres,  
Llevando por delante los heridos  
Y cantidad de niños y mujeres,  
Movidos de sus ásperos gemidos;  
Y así vecinos como mercaderes  
Quedaron asolados y perdidos,  
Por ser inopinada la venida  
Y muy poca hacienda guarecida.

Y mujer pobre y el cansado viejo,  
Aunque sepan haber algun cosario,  
Y reconozcan ser sano consejo  
Trasponer su caudal á lugar vario,  
Fáltales el avío y aparejo  
En tales coyunturas necesario;  
Demás de que con tales confusiones  
También roban domésticos ladrones.

A los citales se quedan en rehenes  
Alhajas de las gentes mas amigas,  
Y por los montes á los salvos bienes,  
Demás destas zozobras y fatigas,  
Consumen los ardientes comijenes,  
Que son blanca manera de hornigas,  
En las tierras calientes una plaga  
Que nada dejará que no deshaga.

Esta perniciosa sabandija  
Sobre la tierra hace su morada,  
Y al modo de horniga se cubija,  
Aunque sobre la haz muy levantada,  
Donde eria sus pollos y se ahija  
Y aumenta crecidísima manada;  
Pero su cualidad es tan ardiente  
Que lo duro deshace brevemente.

Hasta de la madera se mantiene,  
Y en el hierro y acero hace caño;  
Al mercadante pues no le conviene  
Tardar en revolver lienzos ó paño:  
Que si por algun tiempo se detiene  
Ha de hallar irreparable daño,  
Y en guerra mal se puede hacer esto  
Andando por los montes descompuesto.

Ansí que por ingleses ó por Francia  
Hoy es trabajosísima vivienda;  
Pues aunque por los tractos hay ganancia  
Facilmente se pierde la hacienda,  
Faltando mayormente tal instancia  
Que con valor y brío la defienda;  
No porque en el conflicto de que trato  
Dejansen de hacella muy gran rato.

Y si el gobernador no se rigiera,  
 Cuando se vieron en aquel aprieto,  
 Por gente fanfarrona forastera  
 Que siempre lo trajeron inquieto,  
 Tengo yo para mí que se hiciera  
 De parte de los nuestros buen efeto,  
 Porque su voluntad y su desino  
 Siempre fué de salilles al camino.

Y la gente vecina que se halla  
 Con él, de caballeros y peones,  
 Aunque faltos de bronces y de malla,  
 Tenían estas mismas intenciones,  
 Deseosimos de la batalla  
 Fuera de la ciudad con los ladrones,  
 Con ser en número siete doblados  
 Y venir todos ellos bien armados.

Viendo pues ya perdida su bandera  
 Por no dar largas a peor estado,  
 Su gente trabajó sacallo fuera  
 Con importunidad mas que por grado,  
 Llevando gente que monuda era,  
 Según pudo furor arrebatado,  
 Do Gonzalo Fernandez guió el freno  
 Haciendo lo que debe cualquier bueno.

También Rodrigo Lopez á caballo  
 Con esta voluntad iba corriendo,  
 Con valor que podríamos contarlo  
 Versos mas abundantes estendiendo;  
 Mas una bala pudo derriballo  
 Con estampida de furor horrendo,  
 Privandolo de luz y del consuelo  
 Que le dieron los hados en el suelo.

Digo que dellos fué favorecido  
 En darte generosa compañía,  
 Pues aqueste hidalgo fué marido  
 De aquella hermosísima María  
 Que tiene de Aguilar por apellido:  
 La cual, con el valor que convenia,  
 Escedió con bondad su hermosura  
 Después y antes desta desventura.

Nuño de Castro, por cuya prudencia  
 Pudiera la victoria ser habida,  
 Viendo su parecer y su sentencia  
 Ser del gobernador mal admitida,  
 La gran tristeza le causó dolencia  
 Y en pocos días le quitó la vida  
 Al varon de virtudes relicario  
 Y para paz y guerra necesario.

Todos lloraron el acabamiento;  
 Mas su doña Francisca de Padilla  
 Mostró tan entrañable sentimiento  
 Que movía las piedras á mançilla;  
 La cual le hizo tal enterramiento  
 Que se puede contar por maravilla:  
 Llorábalo cualquier menesteroso  
 Por ser dellos amparo generoso.

Señoreóse pues de Cartagena  
 La gente cudiciosa del pirata;  
 Hallaronla de muchas cosas llena,  
 Pero pocas preseas de oro y plata;  
 Y su victoria no fué tan sin pena  
 Que pudiesen tenella por barata,  
 Pues de los empuados y sangrientos  
 Sus muertos pasarian de trescientos.

Y aun el don Juan salió de una lanzada  
 El molledo derecho traspasado,  
 De que después fué nueva divulgada  
 Que por la mar dió fin á su cuidado:  
 Húida pues la gentes mas granada,  
 Y el pueblo mucha parte del quemado,  
 Prendieron por allí gentes imbeles  
 Y no sé cuántos indios infieles.

Y adonde Juan de Bustos residia  
 Los hizo recoger el enemigo,  
 Y aquí reside Beatriz Garcia  
 Que fué del número de los que digo:  
 La cual, como persona que lo via  
 Es de lo que pasó no mal testigo,  
 Demás de que me consta claramente,  
 Porque yo me hallé euasi presente.

A las personas pues encarceladas  
 La gente desta pérdida canalla  
 Juraba de les dar de puñaladas  
 Si no se componían en la talla,  
 O si las otras gentes retiradas  
 Segundaban á dalles la batalla;  
 Y que del pueblo quemarán el resto  
 Si no les daban el rescate presto.

Hizose cerca desto mensajero,  
 Y allí se fortalecen entre tanto;  
 Corrió la diligencia del tercero  
 Que pretendió librallos del espanto;  
 Al fin les dieron copia de dinero,  
 Pero yo no sabré deciros cuánto,  
 Mas de que se partieron con provecho  
 Y el pueblo que lo dió quedó deshecho.

Traían estos cierto sacerdote  
 Llamado don Martín, el cual tropieza  
 En no sé qué pasión con Martín Cote,  
 Que hizo disparar broncina pieza,  
 Cuya bala le dió por el cocote  
 Quitando de los hombros la cabeza;  
 Decían ser por yerro, mas no yerra  
 El golpe, pues que dió con él en tierra.

Mostraron un fingido sentimiento,  
 Y á causa de ser hombre señalado  
 Hicieron singular enterramiento  
 En lo mas alto del lugar sagrado;  
 Mas don Juan de Simancas al asiento  
 Vuelto, de donde estaba retirado,  
 Mandó sacallo de la sepultura  
 Y cubrir el cadáver con basura.

Habíamos venido por prelado  
 Dos años antes deste luterano,  
 Y renunció después el obispado,  
 En el cual doce años tuvo mano;  
 Y en España después de renunciado  
 Acabó cordobés arcediano:  
 Fué antes fray Hierónimo Beleta,  
 Mas acá poco tiempo se quieta.

Pues sin ver la ciudad de Cartagena  
 Do tenia su catedral escuela,  
 O no le pareciendo tierra buena,  
 O porque de la carga se receta,  
 En viendo de las Indias el arena  
 Se volvió desde el Cabo de la Vela:  
 Así que, después dél, Simancas vino,  
 Clérigo singular y hombre benino.

El don Juan de Simancas apartado  
 Del gobierno desta catedral silla,  
 Don fray Luis Zapata fué nombrado,  
 Caballero notorio de Castilla;  
 Mas por ser para él corto enidado,  
 Antes de se partir para regilla,  
 Dignidad de arzobispo le fué dada  
 En este nuevo reino de Granada.

Salida pues la robadora plaga  
 Y mal de la francesa pestilencia  
 De Cartagena con forzosa paga,  
 Bajó luego desta real audiencia  
 El oidor Melchior Perez de Arteaga  
 A visitar aquella pertenencia,  
 Tasar los indios y poner concierto  
 En las cosas tocantes á aquel puerto.

Negocios proveyó bien necesarios;  
 Y al barbaro que nada se vestia  
 Usar hizo de nuestros vestuarios,  
 Y en ellos permanecen hoy en día:  
 Quemó gran cantidad de santuarios,  
 Desterrando bestial idolatria;  
 Persiguió por la mar ciertos piratas  
 Que saltaban barcos y fragatas.

Deseaba hacer algun buen lance  
 Por quitar á los tractos mal embargo;  
 Mas ellos temerosos deste trance  
 Hicieron sus navios á lo largo,  
 Y así no les pudieron dar alcance;  
 Al fin los días que duró su cargo  
 Quedó con opinion entre la gente  
 De singular juez y de valiente.

Estando de la suerte que discernio  
Las cosas que lo son en importancia,  
De que hace mencion este cuaderno,  
Dejando la menuda circunstancia,  
Al Juan de Bustos dieron el gobierno  
De Panamá por ser de mas substancia,  
Y su teniente Salazar, letrado,  
Quedó para regir aquel estado.

Al cual vino poder para que haga  
Cargos, tomando luego residencia  
Al dicho Melchior Perez de Arteaga,  
A quien por su valor y suficiencia  
Le dió su Majestad honrosa paga,  
Y mis manos tuvieron la sentencia  
Impresa, de la cual quedó con fruto  
De júez en sus cargos incorrupto.

Después aqueste noble caballero,  
Cuyas partes por brevedad abscondo,  
El hábito tomó del santo clero,  
Teniendo por mejor el sacro pondo;  
Y agora por la via que refiero  
Me dicen ser abad del Burgo Fondo,  
Y aunque es gran dignidad go permanece,  
Es cifra de lo mucho que mercede.

Al Juan de Bustos pues á nuevo cargo  
Lo lleva la fortuna que lo adula  
Con esperanzas de provecho largo  
Que los humanos pechos estimula,  
Adonde concluyó con fin amargo  
Precipitado de su propia mula;  
Y así damos remates á su historia  
Con suplicar á Dios le dé su gloria.

Varon fué grave, de gentil aspeto,  
Alto, con miembros bien proporcionados,  
Y aunque yo lo tenia por discreto,  
Algunos términos tuvo pesados,  
Pues no guardó decoro ni respeto  
A los eclesiásticos prelados;  
Y los hombres que fueren desta suerte  
Pocas veces heredan buena muerte.

Después que con tal coce de fortuna  
Al Bustos sepultó fatal arena,  
Aquel buen Anton Dávalos de Luna  
Vino para regir á Cartagena:  
Varon que fué de generosa cuna,  
Persona de virtud no menos llena,  
Y cuyas principales aficiones  
Eran armas, alardes y escuadrones.

Y así para defensa de aquel puerto,  
Mil veces infestado de cosarios,  
Hizo poner las cosas en concierto,  
Buscar caballos y pertrechos varios,  
Hizo trucheas como bien esperto  
En partes y lugares necesarios,  
Nombrando proveedor que visitase  
Las armas, y las viese y alistase.

De noche por la playa sus espías,  
Atalaya de día que reguarde,  
Instruyendo bisoñas compañías  
Por levantar al ánimo cobarde:  
Ordenó que de quince en quince días  
Hiciese cada capitán alarde,  
Y de tres en tres meses se muñesen  
Para que todos juntos lo hiciesen.

Como buen capitán y buen vasallo  
En estos ejercicios se recrea,  
Y domingos y fiestas á caballo  
A los que son jinetes acarea,  
Porque mejor supiesen meneallo  
Al tiempo que vitiesen á pelea;  
Pero su bondad fué de poca dura  
Por acaballa cierta calentura.

Era del hábito de Santiago,  
De las Españas defensor y guarda;  
Estraño fué de sensual halago  
Que varoniles pechos acobarda;  
Su fama buena se le da por pago,  
Indigna de tener historia tarda;  
Mas si de luz gozare su escriptura  
Podrá sacallo de la sepultura.

Aqueste caballero fallecido,  
Cuya muerte no fué sin sentimiento,  
Para la defension deste partido  
Fué luego por cabildo y regimiento  
Don Alonso de Vargas elegido,  
Hasta venir escelsio mandamiento;  
El cual llevó como varon bastante  
Guerreros ejercicios adelante.

Al mas dormido hace que despierte,  
Al mas imbele singular atleta,  
Y como capitán que bien advierte  
A cuán pesado yugo se subyeta,  
Mandó que se hiciese cierto fuerte  
En la parte que llaman la Caleta,  
Adaptado lugar y conviniente  
Para se defender de mala gente.

Con gran solicitud y diligencia  
Estas cosas y otras ordenando,  
Vino por provisiones del audiencia  
Don Lope de Orozco con el mando;  
Hizo como tres meses asistencia,  
Las cosas de gobierno regulando,  
Por cuasi que venir á las igualas  
Por gobernador Martin de las Alas.

El cual á Santa Marta gobernaba  
Entonces, y en aquella serranía  
Porque poco caudal interesaba,  
Aquesta se le dió por mejoría,  
En guarda de la cual siempre se daba  
Tan buena maña cuanto convenia,  
Sino que vivió poco, y entre tanto  
A los cosarios puso gran espanto.

Juan Acle pudo ser testigo desto,  
Inglés cosario, cuya gran pujanza  
Por la costa barrió lo mas compuesto  
Sin se les oponer guerrera lanza;  
Mas Martin de las Alas mostró gesto  
Siempre de vencedora confianza,  
Aunque de Santa Marta vino nueva  
De la terrible potestad que lleva.

Mas el dicho con bríos singulares  
Puso furor á temerosos pechos,  
Y reparó los cómodos lugares  
Con posibles defensas y pertrechos,  
Fortaleciendo por entrambos mares  
Los fuertes para tal ocasion hechos;  
Y con la diligencia que cumplia  
No paraba de noche ni de día.

Congregó del terreno circunstante  
Españoles é indios comarcanos,  
A los cuales habló con tal semblante,  
Que deseaban ver los luteranos,  
Pareciéndoles, viéndolo delante,  
Tener ya las victorias en las manos:  
Todos los españoles son docientos,  
Y los bárbaros como cuatrocientos.

Arcabuceros eran los cincuenta,  
No con sobrada pólvora ni balas,  
Destos como caudillo tiene cuenta  
Su buen hijo Gregorio de las Alas;  
Rige caballos que serán sesenta  
Pedro de Barros, no con ganas malas;  
El maese de campo fué Mendoza,  
Ambos insignes en edad mas moza.

Senbraron muchas puyas por la playa,  
Untadas con venenos pestilentes,  
Porque cuando contraria gente vaya  
Por ella, sin les ser allí patentes,  
En paga de sus maleficios haya  
Muerte con miserables accidentes;  
Puso de mar á mar como cadena  
Euhuestas pipas llenas del arena.

Tractadas otras cosas en consejo,  
Segun necesidad encaminaba,  
Al tiempo que la imagen del cangrejo  
El resplandor febeo visitaba,  
El juvenil hervor y frio viejo  
Manos á la labor aparejaba,  
Por julio de sesenta y cinco cuando  
Las naos se venian acercando.

Once potentes, gavia sobre gavia,  
 Bien poblado de tiros cada lado,  
 Manifestando robadora rabia,  
 Con banderas de blanco y colorado,  
 No llegan con temor ni con ignavia  
 Al paraje que tienen deseado:  
 Una lancha delante con la sonda  
 Para dallas camino de niar fonda.

El Alas con la gente mas guerrera  
 Moviólas á la playa para vellos,  
 Do la lancha de paz puso bandera  
 Viniéndole derecha para ellos;  
 Hácense señas que se salga fuera  
 Por no querer oillos ni creellos:  
 Vista su voluntad al descubierta  
 Determinó de se bajar al puerto.

Mas para no dejillos sin espantos,  
 Soltaron dos horisones cañones;  
 Tiéndense por el mar fumosos mantos,  
 Suenan por alto los fogosos sonos;  
 Respóndentes aca con otros tantos  
 Porque sepan que tienen municiones;  
 Y estos dos, que con mas no se hallaron,  
 En el muelle y caleta se soltaron.

Y fué la diligencia de tal arte,  
 Que con la gran presteza se podia  
 Imaginar que tiene cada parte  
 Para se defender artilleria;  
 Al puerto llegó pues el estandarte  
 De la facinerosa compañía:  
 Los de tierra van por las riberas,  
 Puestas en buen concierto sus hileras.

En avanguardia llevan los flecheros,  
 Indios feroces y etiopes diestros,  
 Que muchos dellos son buenos arqueros,  
 Y en la batalla los peones nuestros:  
 En retaguardia van los caballeros  
 Acaudillados todos por maestros,  
 Francisco de Caravajal entrellos  
 Que como diestro puede componellos.

Caminan las hileras bien digestas  
 Por aquella marítima ribera;  
 Mas paran do las puyas tienen puestas,  
 Por no tener tan mucha la carrera;  
 Allí se afirman con las armas prestas,  
 Y para poner orden mas entera  
 Enviaron dos hombres á caballo  
 Al punto para mas señorearlo.

Mandándoles que vean cuerdamente  
 Qué hacen los ladrones ancleados,  
 Y vengan con el paso diligente  
 Si ven desembarcar hombres armados;  
 Y retrajéronse del sol ardiente  
 A fin de se hallar mas alentados:  
 Fueron pues donde estan las naves todas  
 Hierónimo Rodriguez, Juan de Rodas.

Yendo los dos con paso presuroso,  
 Toparon al remate del camino  
 Un portugués llamado Juan Cardoso,  
 En varias lenguas hombre peregrino;  
 Dijoles traer cartas del famoso  
 Juan Acle, general, varon benino,  
 Para el gobernador á quien queria  
 Dar aquellos recaudos que traia.

Eran aquestos dos personas mansas  
 De cautelas que pérdidas intentan,  
 Y por les parecer razones francas  
 Estas y muchas mas que no se cuentan,  
 Al Carloso tomaron á las ancas  
 Y al Martín de las Alas lo presentan,  
 El cual, como lo vió de sus ojos,  
 Disimular no pudo los enojos.

Mandó prender á los que lo trajeron  
 Con intencion de les torcer los cuellos,  
 Porque de sus mandados escudieron  
 Cuando menos cumplia salir dellos;  
 Pero personas graves acudieron  
 Que con grande hervor ruegan por ellos,  
 Y así se quebrantaron las pasiones  
 Con tenellos diez dias en prisiones.

Entró también Carloso con su ruego  
 Importunándole que se reparte,  
 Con gran retórica diciendo luego:  
 « Señor, de ningún mal yo soy consorte,  
 Ministro soy de paz y de sosiego,  
 Que vengo para dar algún buen corte;  
 Luego me volveré, y antes que parta  
 Tened por bien leer aquesta carta. »

El gobernador pues aunque severo,  
 Como varon ornado de prudencia,  
 Mandó dar de comer al mensajero,  
 Sirviéndole con gran magnificencia:  
 Salíó para hablar con el guerrero  
 Mendoza, so color de la licencia  
 Que por aquella parte se demanda  
 Para contractos de una y otra banda.

Mas fué para decir que proveyese  
 Con diligencia lo que convenia  
 Hacer, cuando Carloso se partiese  
 Con la respuesta desto que pedia,  
 Porque de las defensas entendiese  
 Mas posibilidad de la que habia;  
 Y luego con las cartas en la mano  
 Volvió para hablar al lusitano.

Era lo que la carta contenia,  
 Encarecer que á todas las naciones  
 Derecho natural les permitia  
 Comunicarse por contractaciones,  
 Y que copia de buena mercancia  
 Traian en aquellos galeones;  
 Que celebrasen ferias y contratos,  
 Pues sus precios serian bien baratos.

Y esto que no debían rehusallo,  
 Principalmente con Ingalaterra,  
 Pues él de nuestro rey era vasallo  
 Como los moradores de su tierra,  
 Y el tracto no podian estorballo  
 Por derecho de leyes ni de guerra;  
 Y otras razones en la carta dijo  
 Que no reliero por no ser prolijo.

El Martín de las Alas al maldito  
 Pirata respondió razon abierta,  
 Y no queriendo dalla por escrito  
 A sus contractos le cerró la puerta,  
 Y al portugués le dijo que el conflicto  
 Seria la contractacion mas cierta,  
 Mandándole que luego se partiese  
 Y con ningún mensaje le viniese.

Mas quitóse del cuello la cadena  
 Que pesaba cien pesos de oro fino,  
 Y al portugués la puso por ser buena,  
 Que el don agradeció como convino;  
 Y así sin tantear á Cartagena  
 Lo vuelven á meter en el camino,  
 En un caballo bien enjaezado  
 De veinte de caballo rodeado.

Cinquenta arcabuceros desta gente  
 Salva hacen al tiempo que camina;  
 Luego pasaban abscondidamente  
 A hacer otro tanto en cada esquina,  
 Y cada vez en parte diferente,  
 Segun quien los ordena determina;  
 Y así por industriosos mandamientos  
 Cincuenta parecieron ser docientos.

Gregorio de las Alas con licencia  
 Del padre, lo llevó hasta las naves;  
 Volvióse después desta diligencia,  
 Al tiempo que las chirliadoras aves  
 Por faltar apollinea presencia  
 Cesaban de sus cánticos suaves;  
 Y luego por las partes conuinientes  
 Pusieron centinelas diligentes.

En cada cuarto son de los vecinos  
 Veinte con sus caballos bien armados,  
 Puestos donde se juntan los caminos,  
 Que son lugares mas ocasionados,  
 Atalayando términos marinos  
 Por partes que divisan ambos lados  
 Del istmo, acia donde los ladrones  
 Tenian sus potentes galeones.



De los fuertes ninguno quedó solo,  
Y con el principal tenía cuenta  
El capitán llamado Diego Polo,  
Hombre cabal para cualquier afrenta:  
En tanto pues que claridad de Apolo  
A los mortales ojos se presenta,  
En todos los lugares del estancia  
Se tuvo la posible vigilancia.

Quando ya por las ondas de Oceano  
Luz clara perfilaba los celajes,  
Vieron segunda vez al lusitano  
Cercano de sus puestos y parajes;  
Mas por ninguna via le dan mano  
Para llevar al pueblo sus mensajes,  
Diciendo que procure la huida  
Si no quiere perder allí la vida.

Oidas las razones por Cardoso,  
Que fueron dichas con soberbios bríos,  
Pareciéndole mal mucho reposo,  
Y no cumplir allí pasos tardíos,  
Temblando de temor y disgustoso,  
Se volvió luego para los navíos,  
Y al Juan Acle le dió razon estensa  
De cuán prestos están á su defensa.

Entendidas por él aquellas graves  
Palabras, sin temor de la batalla,  
Mas acia la ciudad llegó las naves  
Con intenciones de bombardealla;  
A dos cañones apretó las llaves,  
Que pasaron por cima sin tocalla,  
Porque en aquel lugar que'l agua cierra  
La mar está mas alta que la tierra.

Aquesto visto por aquel buen Diego  
Polo, que pusilánimos anima,  
A las dos piezas gruesas puso fuego  
Que también le pasaron por encima,  
Y al mal pirata fueron como ruego  
Para que sus propósitos reprima,  
Porque no viendo las respuestas tardas  
Tuvieron gran silencio sus bombardas.

Visto por el Juan Acle que tenía  
Competidor terrible y animoso,  
Quisolos engañar por otra via  
Si le valiera lance cauteloso;  
Para lo cual un bergantín envía  
A disculparse con aquel Cardoso,  
Diciendo que sin orden de cabezas  
Soltaron artilleros las dos piezas.

Como viesen venir el bergantino  
Con pacífica seña que traía,  
Con otro le salieron al camino  
Para reconocer lo que quería:  
Oyeron la disculpa del malino,  
Y que tan solamente pretendía  
Vendelles cien esclavos de Etiopia,  
De los cuales traía buena copia.

Mandáronle que luego se tornase,  
Con amenaza ya de voz alrada,  
Y no le consintieron que llegase  
A tierra para dar el embajada,  
Diciendo que de cuanto demandase  
Ellos habian de salir á nada,  
Demás de que tenían de la casta  
De esclavos tanta copia que les basta.

En efecto, Cardoso determina  
Volverse viendo términos tan bravos;  
Y entendido por la gente vecina  
Cómo los convidaban con esclavos,  
Picaron en aquella golosina,  
A lo menos los hombres mas ignavos;  
Mas Martín de las Alas les advierte  
Hablándoles á todos desta suerte:

«Aunque de la bondad de los presentes  
Estoy en gran manera satisfecho,  
Algunos sin mirar inconvenientes  
Al honor anteponen el provecho,  
Creyendo recebillo destas gentes  
Sin Dios, sin ley, sin rey, y cuyo pecho  
Nunca jamás aclara lo que siente,  
Sino razon del hecho diferente.

»Cualquier ladron es de verdad extraño  
Y en falsedades hace gran instancia;  
Sus tractos y contractos son engaño,  
Y cuando pone cebo de ganancia,  
Será para haceros mayor daño,  
Aunque vivais con mucha vigilancia  
Por ordenar mejor un maleficio  
El hombre que lo tiene por oficio.

»Y aquestos, so color de tracto blando,  
Quieren con sus engaños y cautelas  
Poco á poco venirsenos entrando  
Y descuidar las guardas y las velas,  
Entradas y salidas tanteando,  
La munición, la gente, las tutelas,  
Y al descuido menor en breves puntos  
El golpe y el amago llegan juntos.

»Es esta la mas cierta mercancía  
Con que suelen cazar al mas esperto;  
Y así no cumple por ninguna via  
Dalles resquicio ni rincón abierto;  
Porque quien de ladrones se confía  
Su perdición y daño tiene cierto,  
Y con aquellos pensamientos vanos  
El se toma la muerte con sus manos.

»Cuanto por parte mia se dispensa,  
Paréceme no ser mal proveído,  
Y por esta razon el ladron piensa  
Estar el pueblo bien apercebido,  
Y que confía bien de su defensa  
Como no le salimos á partido;  
Pero para salir con su interese,  
Otra cosa sería si lo viese.

»Otra razon también nos encamina,  
Demás de las ya dichas importantes,  
Y es que la ley humana y la divina  
Prohiben los contractos semejantes,  
Por ser herejes de opinion malina,  
Cuyos errores son exorbitantes,  
Fuera de lo que manda fe cristiana  
Y la Iglesia católica romana.

»Y así por ser intolerable yerro,  
Notoria perdición y disparate,  
Para siempre jamás la puerta cierro  
A que deste negocio se me trate,  
So pena de prision y de destierro,  
Y á mi razon con esto doy remate:  
Que hagais, pues que va mas que dineros,  
Aquelto que debeis á caballeros.»

Dijo, y el capitán Mendoza luego,  
Como viese la práctica propuesta  
Encaminada para su sosiego,  
Y lo demas ser falta manifiesta,  
Por todos ellos y de comun ruego  
Tomó la mano para la respuesta,  
Diciéndole: «Señor, estos varones  
Están en esas mismas opiniones.

»Y si algunos ajenos de maldades  
No tenían cautelas entendidas,  
Bien informados de vuestras verdades  
Prestos están al riesgo de sus vidas,  
Pues por vuestro querer y voluntades  
Todas las nuestras han de ser medidas;  
Porque falta será de entendimiento  
Quien tuviere contrario sentimiento.»

El buen gobernador destas razones  
Y muchas otras recibió contento;  
Y así debajo destas intenciones  
Se despidieron del ayuntamiento;  
Anduvo visitando municiones  
Con el docto prior de aquel convento,  
Fray Pedro Mártir, hombre de gobierno  
Y después provincial en este reino.

El cual, en estos lances bien instruto  
Y en otros importantes menesteres,  
Hizo con su consejo harto fruto  
Por tener acertados pareceres;  
Al fin Juan Acle no fué resolutivo  
En les acometer con sus poderes,  
Antes por ocho dias cada día  
Con nuevas invenciones les salía.

Vacas, puercos y agua les demanda,  
Si no, que tendera su mano luenga  
Con grandes amenazas de su banda;  
Y los nuestros también dicen que venga,  
Porque no hallará la suya blanda,  
Aunque trescientos años se detenga;  
Y si mal le viniere no se queje,  
Pues siempre le requieren que los deje.

Viendo que nada se le concedía  
Y el mal aliño para buen pillaje,  
Determinó salir de la bahía  
A lo largo haciendo su viaje;  
Y en la isla Carex cuando partía,  
Agua buscando por aquel paraje,  
Antes de se volver á los navios  
Quenaron de un estancia los bulios.

Quedaron libres desta pestilencia  
Los nuestros por mostrarse tan constantes.  
¡Oh! cuanto vale siempre la prudencia  
Para negociaciones importantes,  
Las industrias, arduas y esperiencia  
En las necesidades semejantes,  
Y el ser á los gobiernos proveidos  
Los que por su valor son conocidos!

Durante pues aqueste torbellino  
De guerra que les fué poco molesto,  
En la morada de cualquier vecino  
Hallaban los soldados mesa puesta,  
Con muy buenas viandas, pan y vino,  
Y liberalidad á todos presta:  
Negocio por allí bien necesario,  
Por no les prometer otro salario.

El Juan Acle se fué con su compañía,  
Ganancias y caudal en la capilla,  
Y por la costa de la Nueva-España  
Encontró con armada de Castilla.  
No pudo por fuerza ni por maña  
Ser poderoso para resistilla;  
De manera que por aquellos puertos  
Huyo él, y los suyos fueron muertos.

Mas Martin de las Alas no se olvida  
De su solicitud y diligencia  
En tener la ciudad bien proveída;  
Pero poco después le dió dolencia  
De calenturas con que desta vida  
Con gran dolor de todos hizo ausencia  
Para poder gozar la sempiterna,  
La cual le dé quien todo lo gobierna.

AMEN.

## ELEGIA

*A la muerte de Francisco Bahamon de Lugo, quinto go-  
bernador de Cartagena.*

### EN UN SOLO CANTO.

Después que ya paró la dura parca  
En Martin de las Alas fatal luso,  
En tanto que venia del monarca  
Nombrado sucesor para tal uso,  
La gente principal desta comarca  
En elegir gobernador se puso:  
Y en estos nombramientos y elecciones  
Había diferentes opiniones.

Una parcialidad destas acuerda  
Alvaro de Mendoza ser decente;  
Otros nombran al licenciado Cerda,  
Que del gobernador era teniente;  
Otros no quieren quel cabildo pierda  
Aquello que les era conveniente;  
Y en estas banderizas discusiones  
Hubo también rencillas y prisiones.

Y al tiempo que tenían los disgustos  
Dispucion de mas vivas centellas;  
Gobernaba Pero Fernandez Bustos  
A Santa Marta, do le dan querellas;  
El cual, guiado por deseos justos,  
Determinó de ir á componellas;  
Y así luego con términos discretos  
Pacíficos quedaron y quietos.

Y como ya tenían esperiencia  
De la nobleza deste caballero,  
Enviaron á la real audiencia  
A que le den el cargo mensajero,  
Al cual lo proveyó con diligencia  
El doctor Andrés Diaz del Venero,  
A la sazón en ella presidente,  
Teniéndolo por hombre suficiente.

Y así, venidas estas posiciones,  
La ciudad adornó con obras varias;  
Eusanchó muelles, hizo torreones,  
Fuentes y muchas cosas necesarias,  
Que por no dilatar estos ringlones  
En esta relacion pongo sumarias;  
Pues presto diré dél en su carrera  
Lo que nunca jamás decir quisiera.

Seria pues el año de setenta  
Del nacimiento del Verbo divino,  
Con el millar y medio desta cuenta,  
Cuando salió del término marino,  
Porque con real carta que presenta  
Francisco Bahamon de Lugo vino  
Para que del gobierno cargo tenga  
Y en él la vigilancia que conenga.

En este nuevo reino fué soldado,  
Que porque yo lo vi lo certifico,  
Y en Italia, según soy informado,  
Y en otras partes mas que no publico;  
Después en estas Indias le fué dado  
Gobierno de San Juan de Puerto-Rico,  
Donde justa razon será que cuente  
Una cosa que hizo de valiente.

La era de sesenta y cinco años,  
En un ható que llaman el Coamo,  
Andando visitando los rebañios  
De cuadrillas que tienen allí amo;  
Oyendo los caribes hacer daños,  
Acudió, como dicen, al reclamo,  
Procurando hacer algun buen lance  
Si acaso les pudiese dar alcance.

Supo ser ochocientos la cuadrilla,  
Y que para manjares de la mesa,  
Después de saltar á Guadianilla,  
Llevaban número de gente presa  
De más de los despojos de la villa;  
De lo cual en el ánimo le pesa,  
Mayormente que desde aquí la estancia  
Había veinte leguas de distancia.

Gente buscó que por allí se aloja,  
A causa de faltar pueblo cercano,  
Pero muy poca halla que reconja,  
Pues solamente vienen á la mano  
Un Tello de Monroy, dicho Pantoja;  
Y Rodrigo Ramirez, escribano;  
Gaspar Lorenzo y un Diego Garcia,  
Joan Diaz de Santana, de quien fia;

Otros dos españoles estancieros  
Que recogió de los cercanos hatos,  
Y de los que servian de vaqueros  
Menos de doce negros y mulatos:  
Hacen adargas de vacunos cueros,  
En que no se gastaron largos ratos,  
En caballos y vegas muy ligeras,  
Y en vez de lanzas dejarretaderas.

Y como ya tuviesen cierta fama  
Que los caribes iban navegando  
A la boca del rio de Guayama,  
Las estancias y hatos rancheando,  
Entregados á la vorace llama,  
Allí los estuvieron esperando  
En los espesos montes encubiertos,  
Hasta que ya llegasen á los puertos.

Pusieron en un árbol atalaya,  
Cubiertos todos en lugar sombrío,  
Y costeano la marina playa,  
Vieron venir el bárbaro gentío,  
El cual, sin que mas adelante vaya,  
Se meten por la boca de aquel rio  
(Con sus barcas de remos ó piraguas,  
Y allí surgieron en las dulces aguas.

Salieron los crüeles escudrones  
A la tierra que ya sabian antes,  
Aljabas proveidas de harpones,  
Segun suelen en trances semejantes;  
Gallardos son en las disposiciones,  
Miembros y proporciones de gigantes,  
Todos con superbisimos plumajes,  
Y llenos de veneno los carcajes.

Sobre las naturales vestiduras,  
Digo las que les dió naturaleza,  
Llevan diversidades de pinturas,  
Muestra y ostentacion de su braveza;  
Los semblantes, meneos y posturas  
Aumentan grandemente su liereza,  
Tanto, que nadie juzga del denuedo  
Haber peligro que les cause miedo.

Y en hecho de verdad son combatientes  
Prontisimos á guerra y advertidos,  
Y no menos astutos que valientes  
En saberse valer siendo rompidos,  
En la mar y en la tierra diligentes,  
Mañosos en ardidés y atrevidos,  
Y es su ferocidad en grado tanto,  
Que en estas islas es comun espanto.

Sacaron pues á tierra las robadas  
Haciendas, por estancias y por villas,  
Y mas treinta personas maniatadas,  
En lágrimas bañadas las mejillas,  
Viendo que para ser despedazadas  
Las han de repartir á las cuadrillas,  
Y desmembradas por las coyunturas  
Les tienen de dar vivas sepulturas.

Estas en Guadianilla las prendieron,  
Y eran las mas mujeres españolas,  
Porque de los demás los que pudieron  
Al bárbaro furor vuelven las colas;  
Los rústicos maridos se hubieron  
Y hijos y mujeres dejan solas:  
Dos solos que hicieron resistencia  
Perdieron luego la vital presencia.

Pues como Bahamon de Lugo via  
Para rompellos cómoda zavana,  
Animó su pequeña compañía,  
Haciéndoles exhortacion cristiana,  
Nombrando por alférez aquel día  
Al alguacil Juan Diaz de Santana,  
Sirviéndoles entonces de bandera  
Una toalla blanca bien lijera.

De los dos estancieros que llevaba,  
Uno, que el nombre dél no me fué dado,  
De los setenta y nueve ya pasaba,  
Decrépito, rugoso, corcobado,  
A quien este Juan Diaz desdeñaba  
Por parecer imposibilitado  
Para se menear en la batalla:  
Hacia burla dél, y el viejo calla.

Embrazan pues espadas y rodetas  
Para salir al funeral estrago;  
Hieren á los caballos las espuelas,  
Diciendo: « ¡Santiago! Santiago!  
¡Y tú, Juan, negro borro, te recelas,  
Pues para te huir haces amago!»  
Mas el Francisco Bahamon de Lugo  
Aquella cobardía le desplugo.

Y así, con una voz acelerada,  
Por ver al negro tan acobardado,  
Un muslo le pasó de una lanzada,  
Haciéndolo volver mal de su grado:  
El cual hizo después que le fué dada  
Lo que pudo hacer un buen soldado;  
Y al alférez Joan Diaz el caballo  
Le huye sin que pueda subyectallo.

Por volver el caballo desbocado,  
Cayóse de la mano la bandera;  
Mas aquel vejezuelo corcobado  
Tan presto la cobró, como si fuera  
Un muchacho robusto y alentado,  
Y encima de su yegua bien lijera  
Rompió por los caribes de tal suerte,  
Que doce por su mano ven la muerte.

El Francisco de Lugo representa  
Las fuerzas y destreza de su diestra.  
Pues con los señalados tiene cuenta  
Que dejan conocerse por la muestra,  
Cuyos crüeles pechos ensangrienta,  
Poniendo brios á la gente nuestra,  
Viendo los que derriba con el asta  
Desta feroz y carnícera casta.

En uno y otro y otro va picando,  
Metiendo poca lanza como diestro,  
El asta sanguinosa recambiando  
Veloz al diestro lado y al siniestro;  
Llévale los tenores nuestro bando,  
Siguiendo las pisadas del maestro,  
Junto con él el caballero Tello,  
Que en lo que hizo bien mostraba sello.

En las alborotadas confusiones  
Ambos rompiendo van bárbaras pieles,  
Como si por ventura dos leones  
Dieran en junta grande de lebreles,  
Que con aquellas fieras condiciones  
También se muestran bravos y crüeles,  
Y cada cual en este que lo caza  
Sus durisimos dientes embaraza.

No muestran pues los indios cobardía,  
Ni fué su furia menos impaciente  
Que las soberbias fuerzas y osadía  
De los que les salieron de repente:  
Suenan las voces, crece la porfía,  
Los tiros vuelan con furor ardiente,  
Inmóviles están como peñoles,  
Hieren caballos, hieren españoles.

En grande multitud vuelan agudas  
Flechas y dardos y tostadas lanzas:  
Suenan los bosques y montañas mudas;  
Los frios miedos y las confianzas  
De las gentes vestidas y desnudas  
Tienen por igual peso las balanzas,  
Porque por mas espacio de una hora  
Ninguna de las partes se mejora.

Mas el gobernador, con los enojos  
De ver que punto no los debilita,  
Y que los miseros que son despojos  
Puestos en oracion daban gran grita,  
En un viejo gandul puso los ojos,  
Que con horrenda voz indios incita:  
Rompe los escuadrones y espolea  
Hasta poder llegar donde desea.

El caribe feroz, que no se espanta  
De ver delante sí fuerzas ajenas,  
Con pasos alentados se adelanta  
Para probar las suyas con sus penas;  
Pues el asta coló por la garganta,  
Rompiendo luego las vitales venas,  
Adonde con un grito no pequeño  
Rindió los ojos al eterno sueño.

Asieron dél los que se hallan prestos  
Para hacer con él largo desvío,  
Porque viendo sus daños manifestos,  
Quedaron muy atrás del primer brio.  
De tal suerte, que todos descompuestos  
A nado se metieron por el rio;  
Los nuestros ocurrieron á las aguas,  
Adonde les tomaron dos piraguas.

Fuéronse los demás en las restantes,  
Y apriesa hogan como bien espertos,  
Mas no tan victoriosos como antes,  
Desampararon los marinos puertos;  
Y por los españoles triunfantes  
Setenta y siete dellos fueron muertos:  
Quedó herido mal Diego Garcia,  
Y murió dentro de tercero día.

Francisco Bahamon salió herido,  
Por faltalle las armas defensoras,  
El cual de muerte no fué poseído,  
Mas su caballo dentro de dos horas;  
Un negro su postrero día vido,  
Sin dar la corrupcion largas demoras;  
Los demás, en quien fué veneno flaco,  
Se curaron con zumo de tabaco.

Escaparon los miseros captivos  
De bestias en costumbres tan horrendas,  
Y á los que fueron muertos y á los vivos  
Se les restituyeron sus haciendas;  
Volvieron á su pueblo con motivos  
De no permanecer en sus viviendas;  
Mas entre tanto quel gobierno tuvo  
Bahamon, nunca mas caribes hubo.

Y al viejo corcobado y estanciero,  
Porqué lo hizo valerosamente,  
De la caja le dió cierto dinero  
A sus necesidades competente,  
Y túvolo por bien aquel guerrero  
Rey Filipino, monarca prepotente,  
Como quien á los hechos que son tales  
Remunera con premios principales.

Y así viendo también la maña buena  
Deste Francisco Bahamon de Lugo,  
Por dalle mas favor y mejor cena,  
A la sagrada Majestad le plugo  
Que los de la ciudad de Cartagena  
Estuviesen subyectos á su yugo;  
Y allí dejó la vida transitoria,  
Sin hacer cosa digna de memoria.

Pero creemos de sus condiciones  
E ya reconocida valentia,  
Que si tuviera tales ocasiones  
Cuales tuvieron otros este dia,  
Mayormente con tantas municiones  
Y copia de española compañía,  
O feneciera con honrosa muerte,  
O los nuestros hicieran mejor suerte.

Y para régimen de lo sagrado  
Vino por este tiempo que publico  
Fray Dionisio de Sanctis por prelado,  
Peritísimo fraile dominico,  
De sanctis et cum sanctis numerado  
Por ser de santidades vaso rico;  
Mas por venirnos en edad cansada  
Brevemente dió fin á su jornada.

Muerto pues Bahamon de su dolencia,  
Bien quiso de los hombres populares,  
Aunque no sin pasion y competencia  
De personas algunas singulares,  
Se proveyó desta real audiencia  
A la gobernacion Fernán Suárez  
De Villalobos, natural de Ocaña,  
Y que supiera darse buena maña.

El de setenta y cuatro ya corria  
Cuando llegó de la real audiencia  
Un doctor dicho Francisco Mejia  
Para tomar al Lugo residencia,  
Contra quien se pidió cuando vivia;  
Este por oidor iba del audiencia  
De la isla Española, y á la ida  
Franceses lo privaron de la vida.

En estas coyunturas y sazones  
Que este doctor estaba recibido,  
Pero Fernandez tuvo provisiones  
Que de su Majestad habian venido,  
El cual fué con lustrosas invenciones  
A la gobernacion restituido,  
Por ser de condicion noble y afable  
Y á los vecinos todos agradable.

El cual en este tiempo que yo escribo  
En la gobernacion y cargo dura,  
Mas no sin confusion, pues aunque vivo,  
Parece desear la sepultura;  
De los contentamientos es esquivo,  
Por una miserable desventura  
En la costa del norte sucedida,  
Digna de ser notada y entendida.

Y para que se ponga sin ficciones,  
Sino con sencillez aqueste llanto,  
Buscó las mas veraces relaciones  
Que son sonoros cantos de mi canto;  
Pues por haber agora palfaciones,  
Cada cual dellas con diverso manto,  
Habrá de hacer pausa mi escriptura  
Hasta reconocer la verdad pura.

## ELOGIO

*de Pero Fernandez de Bustos, gobernador de la provincia de Cartagena, donde se cuenta el discurso de su vida hasta la venida del poderoso cosario que se dice el capitán Francisco Draque.*

Ya cincuenta y dos años se contaban  
Del parto de la Virgen consagrada,  
Que sobre quince cientos numeraban  
Los de nuestra católica manada,  
Y Góngora y Galarza gobernaban  
Aqueste nuevo reino de Granada,  
Cuando Pedro Fernandez, no sin lloro,  
A las regiones vino donde moro.

A causa del desastre no pequeño  
Que padeció la flota do venia  
Por general Bartolomé Carreño,  
En las ondas del mar esperta guia;  
Mas, salteada del eterno sueño,  
Pereció generosa compañía  
Y del Pero Fernandez un hermano  
Con las ardientes llamas de Vulcano.

El cual, siendo del rey favorecido,  
Para principio de mas largo pago  
A la gobernacion fué proveido  
De lo de Popayán y de Cartago;  
Mas dentro de la mar fué consumido  
En fuego que causó mortal estrago,  
Con muchas mas personas conocidas  
Que fueron perdidosas de las vidas.

Quisiera yo destas adversidades  
Dar larga relacion en el historia,  
Mas con oír particularidades  
Muy pocas me quedarón en memoria;  
Pero por varias villas y ciudades  
Aquesta desventura fué notoria,  
Y así solo diremos la substancia,  
Sin reparar en otra circunstancia.

Una noche de tiempo bonancible,  
Navegando con lumbre de Diana,  
Viva llama que dió temor horrible  
Se tendió por la nao capitana,  
Que remedialla no le fué posible  
A la misera gente castellana,  
Pues ver y peligrar junto le vino  
En aquel sobresalto repentino.

A gran prisa la popa desocupa  
Quien vido luego quel prois ardia,  
Para se recoger en el chalupa  
Que por la dicha popa se traia;  
Algunos saltan que la mar los chupa,  
Porque el bajel del fuego se desvia;  
Dentro Pero Fernandez y el Carreño  
Con pocos mas que recogió su dueño.

A las voces y gritos del despierto  
Recuerdan sobresaltos al dormido:  
Uno huyendo va para ser muerto,  
Otro se turba para ser perdido;  
Aqui y alli y allá su fin ve cierto,  
Ninguno de ninguno socorrido,  
Crecen las confusiones y el estruendo,  
Hierva la nave con rumor horrendo.

Muerte de todas partes los emplaza;  
Ocupalos obscura humareda;  
El ánima del cuerpo desenlaza  
El fuego de alquitrán al que se queda,  
Con no menos rigor los amenaza  
La bulliciosa mar, porque no pueda  
Escapar ni valerse criatura  
De tan acelerada desventura.

Alli son los singultos, alli llantos,  
Alli con el calor frios temblores,  
Alli son los mortíferos espantos,  
Y el ocupar el humo los clamores,  
Querer pedir socorros á los santos  
Y ser impedimento los vapores;  
Alli penas, angustias, turbaciones,  
Que no pueden pintarse con razones.

En rodear la nao poderosa  
Consumidoras llamas no son tardas  
Corren por la madera resinosa,  
Obscurecen el aire nubes pardas,  
Enciéudese la especie saltrosa,  
Bufan los pasamuros y lombardas,  
Vuelan aquí y allí cuerpos humanos  
Y huyen los navios mas cercanos.

Veréis partidos cuerpos en pedazos  
De mujeres, de niños, de varones;  
Van por el aire piernas, manos, brazos,  
Mas negros que los mas negros carbonos;  
Dales el agua y fuego sus abrazos,  
Abrazos de crüeles perdicionos:  
¡Oh caso triste, duro y espantable,  
Y por ninguna via remediable!

Las mas duras entrañas enternecen  
Los mal formados sonos de gemidos;  
Las furias de voraces llamas crecen,  
Grandes y presurosos estallidos...  
Tres veces ciento son los que perecen  
Dellas y de las aguas confundidos,  
Quitando ya delante de los ojos  
Los miserabilisimos despojos.

Digo quel mar profundo no fué tanto  
En sepultar la miserable gente,  
Y al gobernador Bustos, que reguardo  
Neptuno no le dió con su tridente,  
Juntamente con él Alonso Pardo,  
Perito licenciado, su teniente,  
Hermano del factor real, Rodrige  
Pardo, que yo conozco por amigo.

El cual en este Nuevo Reino habita  
Con eminencias de principal hombre,  
Y su preciosa doña Margarita,  
Cuyas obras esceden á su nombre;  
Pues como la desdicha que se cita  
Con su rigor á todos los asombra,  
Cada cual procuró ser vigilante  
Por no se ver en trance semejante.

Y cierto no conviene de quién quiera  
Fíar fuego con tantos detrimientos  
En morada de pez y de madera,  
Y estopa y otros tales nutrimentos;  
Porque si corre riesgo quien espera,  
No menos los que hacen modamientos;  
Y en esto no mirar el que navega,  
Inadvertencia es hestial y ciega.

Siguen pues su derrota por la carta,  
Ningun rostro de lágrimas enjuto:  
Llegaron al ancon de Santa Marta,  
Donde de su pasion fué bien instruto,  
Pues al Carreño vi con gente harta,  
Cuyas cubiertas son paños de luto,  
Y él mismo me contó lo que yo cuento,  
Por ser antiguos en conocimiento.

Y entonces, si de componer historia  
Tuviéramos algunas intenciones,  
Encomendáramos á la memoria  
Otras particulares aficciones;  
Mas no me juzgué digno desta gloria  
Ni de dar fin á peregrinaciones,  
Por las cuales y falta de talento  
Nunca tal me pasó por pensamiento.

En Santa Marta pues do yo vivia  
Salió Pero Fernandez mal parado,  
Que no solo perlió lo que tenía,  
Mas en manos y piés fué lastimado,  
Y entre la gente que lo conocia  
Fué de ropas decentes reparado;  
Después desto con el comun avlo  
Al Nuevo Reino vino por el rio.

Visto su merecer y su presencia  
Y la calamidad del mar insano,  
Los señores de la real audiencia  
Le dieron el gobierno del hermano;  
En el uso del cual, con gran prudencia  
Buen espacio de tiempo tuvo mano,  
Y allí con matrimonio lo consuela  
Su muy loada doña Micaela.

No le pudo la próspera ventura  
Hacello digno de mejor empleo,  
Pues si contentamiento se procura  
En discrecion, prudencia, buen aseo,  
Virtud, bondad, honor y hermosura,  
Satisfaccion terná cualquier deseo,  
Pues allí hallará de lo mas bueno  
Aquello que lo puede hacer lleno.

Después, segun habemos declarado  
En algunos lugares precedentes,  
Por diversos odores fué nombrado  
En cargos á su punto concernientes,  
Y con suerte de indios premiado  
De las que son allí mas eminentes;  
Hizo dejacion della, con ser buena,  
Por ir á gobernar á Cartagena.

Alli por muchos años ha vivido  
A contento de toda la frontera;  
Mas si tiempo menor hubiera sido,  
Es cosa clara que mejor le fuera,  
A causa del negocio sucedido,  
Dura calamidad de nuestra era,  
Pues de reputaciones adquiridas  
Han sido no pequeñas las caidas.

A lo menos en uso de guerrero,  
Por nunca ser en él ejercitado,  
En todo lo demás varon entero,  
Afable, circunspecto, bien mirado,  
Y así como cristiano caballero  
Dió ser y dió valor á su cuidado:  
Durante su gobierno y en sus días  
Muy adelante fueron obras pias.

Y así, con el hervor de celo santo  
Y pia devocion, tomó la mano  
En hacer hospital de cal y canto  
Con otras diligencias de cristiano;  
Hizo, ni mas ni menos, otro tanto  
En obras del convento franciscano,  
Pues las antiguas eran obras muertas  
Por ser de paja todas las cubiertas.

Mas entonces faltábales posible,  
Diestros y bien instructos oficiales,  
Para labrar por orden convenible  
Pulidos y adaptados materiales,  
Hasta tanto que ya tiempo movable  
Acrecentó limosnas y caudales,  
Con que hicieron obras de momento  
Donde les concedieron el asiento.

Y es por adonde van á Turúaco  
Y de la otra parte de la puente,  
Que muchos dias conocimos vaco,  
Sin pensar ser allí tan eminente  
Casa, por parecer terreno flaco;  
Mas agora lo vemos diferente,  
Pues están ya poblados sus confines  
De fructíferos huertos y jardines.

Al contador Durán aquel asiento  
Le fué con otras tierras proveido;  
Beatriz de Cogollos al convento  
Lo dió, porque Durán fué su marido:  
Señora de cabal merecimiento;  
Y la misma le dió por apellido  
Nuestra Señora de Lorito pia,  
Y así le llaman el presente día.

Pero diversas son mis opiniones,  
Y no creo será juicio vano  
Si digo hacer estas donaciones  
El deán don Juan Perez Materano,  
Por tener él aquellas posesiones  
Mucho tiempo debajo de su mano;  
Y en ser lugar de la ciudad escluso  
Materano Getsemani le puso.

Y el convento dos veces fué fundado,  
El un sitio no permanecederó,  
Y aquel podria ser, siendo mirado,  
La doña Beatriz dallo primero:  
Fray Pedro de la iglesia fué prelado  
Primero, con un solo compañero;  
Y por franceses que después vinieron  
Lo despoblaron y á Tolú se fueron.

Mucho tiempo después desta ruina,  
 Año de tres quinientos y sesenta,  
 El padre fray Francisco de Molina  
 Lo levantó donde se representa;  
 Y allí por los de ley adulterina  
 También ha padecido gran tormenta,  
 Y no menos los frailes agustinos  
 En aquella ciudad nuevos vecinos.

Pues ochenta del santo Nacimiento  
 Corrian de la luz que nos repara,  
 Cuando fundó la casa y el convento  
 El padre fray Hierónimo Guevara;  
 Y con el necesario cumplimiento  
 Este gobernador les hizo cara,  
 De manera que su mando durante  
 Aquella ciudad fué muy adelante.

Vinieron en su tiempo dos galeras  
 Y un bajel que llamaban Saetilla,  
 Que con sesenta tiros, piezas fieras,  
 Se armaba para náutica rencilla,  
 Hechas para guardar estas fronteras  
 Y contrastar pirática cuadrilla:  
 Corrian ya setenta y ocho años  
 De la reparacion de nuestros daños.

Soldados y pertrechos tan á pique  
 Cuanto requieren ocasiones tales;  
 Dellas por general don Pedro Vique;  
 Y á Castañedo y á Martín González  
 También manda la fama que publique  
 Que fueron capitanes principales:  
 Serian setecientos numerados  
 De chusma, marineros y soldados.

*Destas galeras fué la capitana  
 Una que se decia Santiago;  
 La otra la ocasion que hizo vana  
 Un infelice dia y actago,  
 Al tiempo que la gente luterana  
 En Cartagena hizo gran estrago;  
 Y para que yo della salir pueda,  
 Este suceso solamente queda.*

*Y porque de raiz el caso cuento  
 Con los negocios que le son ajeos,  
 Páreceme ser cosa conuiniente  
 Comenzar la carrera de mas lejos,  
 Porque los que lo vieron y el oyente  
 No queden desabridos ni perplejos,  
 Y si de verdad algo me divierte,  
 Digo lo que me venden por muy cierto.*

*Al fin mi flaco marte se convierte  
 A diferentes guerras y porfias,  
 Para tractar la ventajosa suerte  
 Del diestro capitán Francisco Diaz,  
 De quien quisiera mas contar la muerte  
 Que recitar sus grandes valentias,  
 Y esta terrible plaga y este llanto  
 Se quiere comenzar con nuevo canto.*

## DISCURSO

*Del capitán Francisco Draque, de nacion inglés, con que se da fin á la historia de Cartagena, compuesta y ordenada por Joan de Castellanos, clérigo beneficiado de Tunja, el cual discurso comienza desde el segundo canto, en cuyo tiempo este cosario vino á la dicha ciudad el año de 1586.*

### Un caso

NOTA. Desde la antepenúltima octava del canto anterior, lo que ponemos de letra cursiva, está testado en el original, y siguen cortadas ciento nueve hojas que debían contener seiscientos cincuenta y cuatro octavas, á seis por hoja. Luego siguen testadas tres octavas, que son las últimas del discurso y se copian á continuacion de esta nota. Sin duda el condejo mandaria omitir todo lo de Draque en la impresion, quizá por dictamen del censor á quien se cometió el examen de esta tercera parte; y parece que lo fué el célebre Pedro Sarmiento de Gamboa, de cuya mano se halla escrito al margen de la penúltima octava del antecedente canto: *Desdesta estancia se debe quitar.*—Sarmiento.—Rubricado.— Y al margen de la última octava que vierra el discurso, dice: *Hasta aqui es el discurso de Draque que se ha de quitar.*—Sarmiento.—Rubricado.  
 Las tres octavas últimas son las siguientes:

*Es su nombre don Pedro de Ludeña,  
 El cual con ordenada diligencia  
 Rompiendo va la montiosa breña  
 De aquellas á quien toma resitencia;  
 Los cargos que salieron en resena  
 Al fallo se verán de lo sentencia;  
 Ventura le dé Dios y favor largo  
 Para que salga bien del nuevo cargo.*

*Y porque no sé mas de Cartagena,  
 Della huye mi pluma ya cansada  
 De daros hasta hoy relacion llena  
 Desde el primero por quien fué fundada;  
 Que cierto para tan angosta vena  
 Ha sido trabajosa la jornada:  
 Otros historiadores mas enteros  
 Dirán después sucesos ventideros.*

*Al fin con esto ceso, mas no cosa  
 La peregrinacion de mis porfias,  
 Porque para cumplir con mi promesa  
 Me cumple caminar por otras vias,  
 Que deseo correr á toda prisa,  
 Viendo cuán abreviados son los dias;  
 Pues en tal caso la mas clara lumbre  
 Es esperanza con incertidumbre.*

LAUS DEO.

## ELEGIA

*A la muerte de don Sebastián de Benalcázar, adelantado de la gobernacion de Popayán, donde se cuenta el descubrimiento de aquellas provincias, y memorables cosas en ellas acontecidas.*

### CANTO PRIMERO.

Dejemos de presente la marina  
 Y la gobernacion de Cartagena,  
 Pues la de Popayán, con quien confina,  
 Segun atrás tocó gracil avena,  
 Quiero tomar agora por vecina  
 Para dar della relacion mas llena,  
 Contando sus auriferos veneros  
 Y los célebres hechos de guerreros.

Dadme la mano vos, escelsa Musa,  
 Templo vivo de Dios enriquecido,  
 Porque la mía no quede confusa  
 Pintando lo que tengo prometido;  
 Y la luz de verdad que está reclusa  
 Rompa la nube ciega del olvido,  
 A la posteridad haciendo claras  
 Hazañas tan heroicas y tan raras.

A la parte del sur de Cartagena,  
 Cauca, gran rio, tiene nacimiento,  
 El cual y el grande de la Magdalena  
 Nacen del rumbo deste mismo viento  
 Distantes hasta cerca del arena  
 Del mar del Norte, donde con aumento  
 Juntan sus aguas, y ambos hechos uno  
 Ensoberbecen ondas de Neptuno.

Estos dos dichos rios inundantes  
 Los campos y montañas adyacentes,  
 Menos de cuatro mil pasos distantes  
 Tienen sus nacimientos y sus fuentes  
 En sierras de Hibague, do declinantes  
 Al mar del Norte tienen las vertientes,  
 Y con otros menores crecen tanto,  
 Que su grandeza causa gran espanto.

Aunque parejas cumbres los despiden  
 Corren por diferentes señorios,  
 Pues antes que se junten los dividen  
 Sierras que llaman dentre los dos rios,  
 Que cuasi paralelamente miden  
 Sus cursos, sus distancias y desvíos;  
 Mas por do Cauca guía sus corrientes  
 Hay vegas grandes, valles escelentes.

Y en aquellas llanadas por do viene  
Fundó gobernacion cristiana gente,  
La cual de Popayán renombre tiene  
Y con él permanece de presente;  
Son pues los aleñaños que contiene  
Acia la mar del Sur, que es al poniente,  
Escelsas sierras en supremo grado,  
Que por aquella parte hacen lado.

A la parte de oriente desta tierra,  
Donde muchas ciudades hay fundadas,  
Le demora también aquella sierra  
Por quien son las dos aguas separadas;  
Esta gobernacion allí se encierra,  
Y tienen españoles sus moradas  
(Que dilatando van su señoría)  
A una y otra banda de aquel río.

Tienen ya grandes hatos de ganados,  
Y en rios abundante pesquería;  
Viven los moradores regalados  
Con varios frutos que la tierra cria,  
Y de los extranjeros trasplantados  
También produce los que no solía;  
Hay grandes montes, bosques y breñales,  
Y de oro soberbios minerales.

A don Pedro de Heredia se debía  
La gloria del primer descubrimiento;  
Mas por hallar mas apacible vía  
Benalcázar gozó del vencimiento  
Por Pizarro, marqués, de quien tenía  
Poder, autoridad y mandamiento;  
Y al Benalcázar tal nombre le viene  
De ser del pueblo que este mismo tiene.

Tuvo padres de llanas condiciones,  
Y su linaje fué desta manera,  
Porque todos vivian de los dones  
Que les daba campestre sementera:  
De un parto parió dos, ambos varones,  
Su madre, fuera de la vez primera,  
Y al nacer Sebastián, el uno dellos,  
Primero sacó piernas que cabellos.

Y cuando destos géminos podia  
Cada cual en astil poner la mano,  
A los padres llegó su fatal día,  
Encomendandolos al mas anciano;  
Y algunas veces Sebastián solía,  
Por mandamiento del mayor hermano,  
O por su voluntad, ir á la breña  
Con un jumento do traía leña.

Trayéndolo cargado por sendero  
En que pluviosa tempestad embarga,  
En un atoladar y atascadero  
Cayó la faeca bestia con la carga;  
Quitó la sogá, lazos y el apero,  
Animado con gritos porque salga,  
De la cola con gran sudor ayuda,  
Mas el jumento faeco no se muda.

Entonces él con juvenil regaño  
En las manos tomó duro garrote,  
Diciéndole: «Sabed que si me ensaño  
Vos os habeis de erguir y andar a trote.»  
Al fin, sin voluntad de tanto daño,  
Con uno le acertó tras el cocote,  
Y fué de tal vigor aquel acierto  
Que el asno miserable quedó muerto.

El mal recado visto, no se tarda  
En huir, conocida su locura,  
Dejando leña, sogas y el albarda,  
Y el vivir en pobreza y angostura,  
Con imaginaciones que le guarda  
En otra tierra próspera ventura,  
Y selle muy mejor ir á la guerra  
Que cultivar los campos en su tierra.

Peregrinando pues de villa en villa  
Con falta de las cosas necesarias,  
Quiso ver las grandezas de Sevilla,  
Adonde concurrían gentes varias;  
Allí llegó y oyó por maravilla  
Atabar la jornada de Pedrarias  
Del Darien, por que hacia gente  
Como gobernador de aquella frente.

Pareciéndole bien esta conquista,  
Presentóse delante del caudillo,  
Diciendo que lo pongan en la lista,  
Porque con los demás quiere seguillo;  
Pedrarias se holgaba con la vista  
Y buen donaire del villanchoncillo,  
Y no teniendo de cognomen uso,  
El de su propio pueblo se le puso.

Llegan al Darien con la compañía,  
Que pasaba de doce veces ciento,  
Con los vecinos dél, hombres de España  
Primeros pobladores del asiento;  
Y el Sebastián se daba buena maña  
Cuando buscaban indios y alimento,  
Llegándose, con otros que no narro,  
A los ranchos de Almagro y de Pizarro.

Porque estos eran en aquellas lides,  
Desde que descubrieron aquel río,  
Antiguos y admirables adalides  
Y amigos de soldados de buen brio;  
Pedrarias, por se ver en los ardidés,  
Luego del Darien hizo desvío,  
Y acia Panamá guió la proa  
Al mar del Sur, que descubrió Balboa.

Al cual Balboa, si mas tiempo dura  
Espíritu vital en mis entrañas,  
Deseo colocar en escriptura  
Y sus heroicos hechos y hazañas,  
Su fatal y temprana sepultura,  
Do lo pusieron invidiosas sañas  
Del que tenía cargo del gobierno,  
Con habello tomado ya por yerno.

Llegó Pedrarias pues donde quería,  
Mas él y todos los demás mohinos  
Por no poder tomar alguna guía  
Para que descubriese los caminos,  
A causa de que desta serranía  
Andaban alterados los vecinos,  
Y acrecentaba mas el descontento  
El no poder hallar mantenimiento.

Como cada cual dellos se desvela  
En remediar la falta que les daña,  
El Sebastián haciendo centinela,  
Humo vido salir de una montaña,  
Y aunque lejos, bien vió ser de candela,  
Y no vapor, que mil veces engaña;  
Algunos compañeros llamó luego  
Que se certificaron ser de fuego.

Al rancho del gobernador se vino  
Diciéndole ser fuego ciertamente,  
Y él mismo confiado de su tino  
Prometió dar en él dándole gente;  
Animólo Pedrarias al camino  
Con algunos, que fueron hasta veinte,  
Mandóles que cada cual hiciese  
Lo que el imberbe mozo les dijese.

Con aqueste favor mas alentado,  
Recogidos los veinte compañeros,  
Entróse por aquel bosque cerrado,  
Ajeno de caminos y senderos,  
Con tan puntual tino y acertado,  
Que dió sobre los bárbaros guerreros:  
Ovieron del rancheo tres mil pesos,  
Y de todas edades muchos presos.

Para Pedrarias señaló la parte  
Que le venia de lo rancheado,  
El restante por todos se reparte,  
Y á nadie quiso ser aventajado:  
Finalmente, lo hizo de tal arte  
Que quedó desta bien acreditado,  
Y así holgaban todos de seguillo  
Las veces que le cupo ser caudillo.

Como mas en edad fuese creciendo  
Y en bienes por su lanza granjeados,  
Iba también ganando y adquiriendo  
Mucha reputacion entre soldados,  
Y en estos intermedios descubriendo  
En honras pensamientos levantados;  
Y así granjeó nombre brevemente  
De diestro capitán y de valiente.

Fué liberal, modesto y apacible,  
Amigo de virtud y de nobleza,  
En los recuentos de rigor terrible  
Jamás en él se conoció flaqueza,  
A pié brioso todo lo posible,  
A caballo grandísima destreza:  
Hombre mediano, pero bien compuesto,  
Y algunas veces de severo gesto.

Al fin en Panamá hacen asiento  
El Pedrarias y sus conquistadores,  
Donde por las personas de momento  
Repartió los caciques y señores:  
Al Benalcázar dió repartimiento  
Igual á los mas ricos y mejores,  
Porque en aquellos tractos y ejercecios  
De guerra fueron grandes sus servicios.

En estos dias le nació el mestizo  
Al buen Almagro, que se llamó Diego,  
El cual después en tiempo banderizo  
En el Pirú causó desasosiego;  
Al cristianallo gran fiesta se hizo,  
Y en el baptismo fueron por su rego  
Pizarro y Benalcázar los padrinos,  
Por ser allí los mas ricos vecinos.

Subyecta pues la gente convecina  
Y la ciudad de Panamá fundada,  
Pedrarias de Avila se determina  
Hacer de Nicaragua la jornada,  
Porque sus capitanes la marina  
Por el rey y por él tienen poblada;  
Y así con voluntad llana y amiga  
A Benalcázar ruega que le siga,

Prometiendo debajo juramento  
En provechos y honras preferirlo;  
El cual luego prestó consentimiento  
Dándole la palabra de seguillo.  
Al Pizarro pesó del mudamiento,  
Y Almagro y él procuran impedirlo:  
Responde, como quien virtud profesa,  
No poder ya faltar de su promesa.

Cada cual de por sí le representa  
Tenelle sin revés afición pura,  
Y que esta, puesto caso que se absenta,  
En todo tiempo la terná segura,  
Rogándole también que les dé cuenta  
De daños ó regalos de ventura,  
Pues ellos en quietud ó con quebranto  
De su parte harían otro tanto.

Con esto se despiden sollozando  
De los que lo tenían por amigo,  
Y con próspero viento navegando,  
Llegan y desembarcan donde digo.  
La ciudad de Leon se fundó cuando  
A Nicaragua lo llevó consigo  
Pedrarias, y allí fué primer alcalde:  
Y es cierto no comer el pan de balde.

Pues en pacificar estos estados,  
Con mañas y valor de varon fuerte,  
Al rey hizo servicios señalados,  
Y así le cupo razonable suerte.  
Pizarro con los otros aliados  
Acia la costa del Pirú convierte  
La lanza con ventura mas propicia,  
Trayendo con caudal rica noticia.

Entendida grandeza tan estraña  
Por indios que deponían de vista,  
Embarcóse Pizarro para España,  
Donde de sus servicios hizo lista;  
Volvió gobernador con gran compañía,  
Para prosecucion de la conquista,  
Y al Benalcázar invió mensaje  
Para se valer dél en el viaje.

Diciéndole que mas no se detenga  
En tierra corta do viviendo muere,  
Pues que ventura se la da mas luenga  
Con la prosperidad que se requiere;  
Y qué! no partirá hasta que veiga  
Con los soldados que traer pudiere,  
A los cuales hara que huelen suelo  
En el cual mudarían el mal pelo.

Vista por Benalcázar tal oferta  
Y que de mas atrás lijera fama  
Vendia la noticia por muy cierta,  
Determinó de ir á quien lo llama:  
Compró navio grande de cubierta,  
Y con aquel ardor otros inflama,  
Llevando, no sin costa de dineros,  
Seis caballos y treinta compañeros.

Recibiólo Pizarro con buen pecto,  
Y su venida fué regocijada;  
Dióle mas larga cuenta de lo hecho,  
Y efectúose luego la jornada,  
La cual por la grandeza del provecho  
Fué por el universo divulgada,  
Y en hacer aquel grande reino llano  
El Benalcázar tuvo mucha mano.

Pasaron varias cosas, que yo callo  
Por ir do me movió ni fantasía,  
Y es quel marqués Pizarro, por honrallo,  
Las guerras de substancia le confia:  
A Piura con gente de caballo  
Fué, para socorrer la compañía  
De españoles que estaban en aprieto,  
Y á hacer aquel término subyeto.

Domó la furia de los adversarios  
Y aquella multitud sanguinolenta,  
Haciéndolos de libres tributarios  
Con yugo de pagar perpetua renta;  
Y en otras guerras y recuentos varios  
Honra ganó, sin padecer afrenta,  
Antes á mas rigor mayor audacia,  
Sin sucedelle trance de desgracia.

Holgábase Pizarro grandemente  
De ver cómo se daba buen recado,  
Y conociendo dél ser suficiente  
Para le cometer cualquier cuidado,  
En San Miguel lo hizo su teniente,  
Que es en Tangarata pueblo fundado  
Allí primero por gente de España,  
Donde también se daba buena mano.

Allanó muchas veces lo mas agro  
De guerras que otros ponen en escrito;  
Después desto, Pizarro y el Almagro  
Le mandan ir á conquistar á Quito,  
Cuyas riquezas vende por milagro  
La veloz fama con soberbio grito,  
Y también por donar la tiranía  
De Hruminavi, questo pretendia.

Porque viendo debajo fatal tumba  
A Guaxcar y Atabaliba señores,  
Adonde mortal odio los derrumbó,  
Este se rebeló y otros traidores  
Como Zopozapagua, Quingalumba,  
Raurau, contra sus emperadores,  
Y Quisquiz que, con otros presupuestos,  
Venia para se juntar con estos.

Yendo pues Benalcázar aviado  
Segun que pide militar escuela,  
Procurando de ser bien informado  
Del reino donde van y su tutela,  
Cierto cacique, Chaparra llamado,  
Lo mandó dibujar en blanca tela  
Con entradas, salidas y defensa  
Y de guerreros cantidad inmensa.

Benalcázar holgó de ver la planta,  
Y de que se le dé tan buena nueva,  
Porque de la grandeza no se espanta,  
Antes desea ya venir á prueba,  
Aunque para romper multitud tanta  
Solo ciento y setenta y cinco lleva:  
Son los sesenta y cuatro caballeros  
Y diez ó doce buenos ballesteros.

Todos los mas restantes son peones  
Que llevan sus escudos embrizados.  
Encontraron de bárbaras naciones  
Cincuenta y cinco mil hombres armados,  
Que muchos dellos eran orejones  
En uso militar ejercitados,  
Puestos en orden en llanadas bajas  
De los campos que llaman Teocajas.



Al bravo Hruminavi va subyeto  
 Aquel gentil ejército pagano  
 Que con sagacidades de discreto  
 Los congregó debajo de su mano,  
 Poniendo sus contrarios en aprieto  
 Con crüeles extremos de tirano;  
 Porque este se escapó de Caxamarca (1)  
 Al tiempo que prendieron su monarca.

Y viéndolo prender, en el conflicto,  
 Cuando española mano del afierra,  
 Fué recogiendo por el circüito  
 Sobre catorce mil hombres de guerra,  
 Con los cuales entró dentro de Quito  
 Levantándose con aquella tierra,  
 Con muertes de los que del mal intento  
 Pudieran ser algun impedimento.

Y agora Hruminavi, como piensa  
 Que Benalcazar trae su demanda,  
 Apercibióse para la defensa  
 Con tanta multitud de los que manda,  
 Que parecia cantidad inmensa  
 Los que lo ciñen de una y otra banda,  
 A los cuales atentos y armas prestas  
 Dijo tales palabras como estas:

« Ya veis el miserable captiverio  
 Con que los hados van amenazando,  
 Y cómo de los lngas el imperio  
 Estrañas gentes vienen ocupando,  
 Con muertes, deshonor y vituperio  
 De los que sobre nos tenían mando:  
 El gran emperador Guaxear sin vida,  
 La de Atabalibá también perdida.

» Otros poseen ya su plata y oro  
 Y buscan lo que mas hay abscondido:  
 El caudaloso fausto y el tesoro  
 De Cuzco y Caxamalca veis perdido;  
 La majestad, respecto y el decoro  
 De nuestros orejones abatido,  
 Haciéndoles que acudan con tributos  
 De plata y oro, joyas y otros frutos.

» Y también vienen en demanda nuestra  
 A fin de que hagamos otro tanto,  
 Si no convierte vuestra fuerte diestra  
 Su crecido placer en duro llanto,  
 Y aquel dominio de la gloria vuestra  
 No les pone temor, terror y espanto,  
 Encomendando bien á las memorias  
 Vuestros heroicos hechos y victorias.

» Pues si con estas asestáis la vira  
 Adonde pretendéis hacer empleo,  
 En cualquier parte que pongáis la mira  
 Acertareis al blanco del deseo,  
 Y abatireis aquella mortal ira  
 A quien anima su primer trofeo,  
 Ganado sin rigores de pelea  
 Ni movimiento que defensa sea.

» Y es fácil de domar esta demencia,  
 Por ser pocos y en fuerzas no mejores;  
 Pues que nos consta ya por experiencia  
 Que padecen flaquezas y temores;  
 Veis demás desto cuánta diferencia  
 Hay de ser siervos á quedar señores,  
 De perder ó cobrar vuestros estados,  
 O de siempre mandar ó ser mandados.

» No cause lo de Caxamalca miedo,  
 Por nos vencer allí pocos cristianos;  
 Pues cada cual de nos estuvo querido  
 Sin querernos valer de nuestras manos,  
 Porque juzgábamos por el denuedo  
 Y el aspecto no ser hombres humanos;  
 Mas ya nos consta por sus condiciones  
 Que son hombres mortales y ladrones.

» Y aquellos pocos de redondas uñas,  
 Do suben y les sirven de castillos,  
 Podeíslos enlazar por las pesuñas,  
 Como cuando cazáis con los aillos  
 O los civis con que tomáis vicuñas,  
 Usando tal ardid en vez de grillos;  
 Y á tierra vereis ir en ese punto  
 Caballo y caballero todo junto.

» Así que, pues en esto no va menos  
 Que las horas, haciendas y las vidas,  
 Y tenemos aquestos campos llenos  
 De gentes diestras bien apercebidas,  
 Haced aquello que debéis á buenos  
 En refrenar las sueltas y atrevidas,  
 Porque si no, vereis en sus poderes  
 Vuestras queridas hijas y mujeres.»

Dijo, y aquellos fieros capitanes,  
 O principales de los orejones,  
 Con palabras y bravos ademanes  
 Correspondieron con sus intenciones,  
 No recelando muertes ni desmanes  
 Que nacen de las tales ocensiones....  
 Y en este tiempo Benalcázar llega  
 Con todos los demás á la gran vega.

Descúbrense millares de millares,  
 Con las armas que tienen de costumbre,  
 Dignas de ver las joyas singulares,  
 La rica y adornada muchedumbre,  
 Tanto, que reverberan los solares  
 Rayos con el refracto de su lumbre:  
 Inumerables hondas, dardos, lanzas  
 Y armas de defension á sus usanzas.

Escopíes bastados de algodones,  
 Con gran primor colchados y tupidos:  
 De palo bien tallados morviones  
 Con hoja gruesa de oro guarnecidos;  
 Plumajes, diademas, invenciones  
 Varias en las maneras de vestidos,  
 Porque segun las tierras y raleas  
 Usaban de los trajes y libreas.

Viendo que Benalcázar descubria  
 Por ancho campo de compás jocundo,  
 Suena clamor y grita que roinpia  
 Los aires con ruido furibundo,  
 Y tal hervor y horror, que parecia  
 Deshacerse la fábrica del mundo,  
 Engrandeciendo siempre los clamores  
 Con bocinas y grandes atambores.

A la bandera nuestra y estandarte  
 Aunó quien sobrellos tiene mano,  
 Diciendo: « No temáis contrario marte,  
 Pues vale menos cuanto mas lozano,  
 Y al fin han de llevar la peor parte  
 Queriéndonosla dar en campo llano,  
 Adonde los caballos corredores  
 Y los que van encima son señores.

» Dejados vengán: no bagais amago  
 Hasta que los tengamos mas cercanos;  
 Y cuando yo dijere ¡Santiago!  
 Cada cual se aproveche de sus manos.  
 Verán á pocas vueltas el estrago  
 Que hacen los poquitos castellanos;  
 Pues ellos como ven que somos pocos  
 Se hacen mas soberbios y mas locos.

» A cualquiera gaudul que con mas gria  
 Vierdes, y mas compuesto de librea,  
 Y en acometimiento se señala  
 Incitando los otros á pelea,  
 Habeis de trabajar dalle de mala  
 Con el violento fin que se desea,  
 Pues todos acobardan viendo estos  
 De la querida vida descompuestos.»

Al tiempo pues que el padre Faetonte  
 Demediaba su rápida carrera,  
 Cuando la sombra del frondoso monte  
 Cerca las plantas sin salir afuera  
 En aquel hemisferio y horizonte,  
 Equinoccio perpetuo del esfera,  
 Los confiados indios acometen,  
 Y nuestros caballeros arremeten,

Rompiendo por la bárbara pujanza,  
 Siguiendo las pisadas del caudillo:  
 Roja se para la pungente lanza,  
 El suelo rubicundo y amarillo,  
 El rigor, el furor, la destemplanza  
 Eusangrientan los filos del cuchillo,  
 Tanto, que del barbárico gentío  
 La sangre derramada forma río.

(1) Por Cajumilla.

Mas los indios no son flojos ni tardos  
En responderles con ardiente priesa ;  
Pues sin intermisiones ni reguardos  
De la confusa grito que no cesa ,  
De violentas piedras y de dardos  
Nube descarga multitud espesa ,  
Que'l cielo de los ojos arrebatá ,  
Y con su violencia los maltrata .

Bien como de langostas las nubadas  
Que suelen impedir la vista clara ,  
Así son las espesas rucíadas  
Del dardo , de la piedra , de la vara ,  
Atormentando cascos y celadas ,  
Escudos y rodela , donde para ,  
Cuyos pesados golpes también labran ,  
Matan caballos , y hombres descalabran .

No se mostraban flojas ni tardías  
Del fuerte Benalcázar las lanzadas ,  
Y las del capitán dicho Rui Diaz  
De Rojas no son menos señaladas ,  
Cuyos hechos , proezas , valentías  
A milagro podrán ser comparadas ;  
Y todos en aquellos trances duros  
Parecian ser mas que hombres puros .

Porque de los contrarios combatientes  
Cincuenta y cinco mil es el estima ,  
De los mas ahechados y valientes  
Que moran desde Quito hasta Lima ,  
Demas de los tener allí presentes  
Hruminavi feroz que los anima ,  
Sin que se pierda punto lo se halla  
En la prosecucion desta batalla .

La cual por ambas partes se regia  
Con tal obstinacion y rabia pura ,  
Que pelearon desde medio dia  
Hasta llegar la ceguedad obscura ;  
Donde los de la bárbara porfia  
Juzgaron la huida por segura ,  
Dejando de los suyos setecientos  
Desamparados de vivos alientos .

Huyeron á los cerros mas subidos ,  
Y por las asperezas de los puertos  
Quedaron tres peones mal heridos  
Y tres caballos ansimismo muertos :  
Velaron por sus cuartos repartidos  
Hasta que nueva luz los hizo ciertos  
Cuanta fué la mortífera ruina ,  
Mas no lo quel contrario determina .

Y por ser aquel campo conveniente ,  
Si por ventura vuelven á buscillos ,  
Para se defender cómodamente  
Queriendo Hruminavi contrastillos ,  
Descansaron allí dia siguiente  
Regalando con grano los caballos  
Y curándoles algunas heridas ,  
Porque de su vivir penden sus vidas .

El Benalcázar luego hizo junta  
De los hombres en guerra mas maduros ,  
Y en la congregacion se le pregunta  
Qué caminos serán los mas seguros ,  
Porque de Hruminavi se barrunta  
Acometelles en los pasos duros ,  
Donde podría con algun engaño  
Al caminar hacelles mucho daño .

Porque de sus astucias se creia  
Tener hechos reparos á sus trechos ,  
Y mayormente por aquella via  
Que llevan , cantidad de hoyos hechos ,  
Para lo cual remedio les sería  
Evitarse los pasos mas estrechos ,  
Y á Riobamba ir por otra mano  
Seria lo mejor y lo mas sano .

Un soldado llamado Juan Camacho ,  
De San Miguel de Píura vecino ,  
Dijo : « Para llevar mejor despacho  
En la prosecucion deste camino ,  
Guia podría ser un ni muchacho  
Que podemos fiarnos de su tino ,  
Porque sabe muy bien toda la tierra  
Así del llano como de la sierra . »

Cuadróles mucho lo que representa  
Acerca de tomar otra derrota ,  
Porque el indio les dió razon y cuenta  
Acerca de le ser la tierra nota :  
Acuerdan pues salir sin que lo sienta  
Aquel que las provincias alborota ,  
Aprieta caminando con la guia  
Sin esperar la claridad del dia .

Quando los horizontes se entristecen ,  
La luz debajo dellos abscondida ,  
En su real mil fuegos resplandecen  
Con muestra de guisarse la comida ;  
Mas fueron todos estos que parecen  
Por disimulacion de la partida ,  
Pues dejándolos vivos y atizados  
Caminaron por donde son guiados .

Sin vellos la rabiosa muchedumbre ,  
La noche caminaron sin recuestas ,  
Y cuando pareció la nueva lumbre  
Atrás dejaban ya pasos y cuestas ,  
Donde podian dalles pesadumbre  
Las galgas ponderosas y molestas :  
Vieron los nuestros pues en este punto  
A la ciudad de Riobamba junto .

Los indios agraviados y vencidos  
Que volvian á nueva competencia ,  
Como reconocieron ser partidos ,  
Creyendo de temor hacer ausencia ,  
Siguen el rastro de furor movidos  
Con toda la posible diligencia :  
A los de retraguardia dan alcance ,  
Donde se vieron en dudoso trance .

Piden á Benalcázar mas varones  
Para mejor librarse de la vara ,  
El cual les respondió : « Buenas razones :  
Van treinta caballeros en rezaga  
Con treinta validísimos peones ,  
¿ Y pedis que de gente se rebaga ?  
Si la que va juzgais no ser bastante ,  
Mirad la que tenemos por delante . »

« Acá y allá conviene buen concierto  
Y que nadie camine descubierto ,  
Antes todos con ánimo despierto  
Y no con corazon acobardado ,  
Pues yo no veo palmo descubierta  
Que no tengan estotros ocupado :  
Aprestad manos , porque no podemos  
Hacer hoyo donde nos enterremos . »

Esto responde , pero todavía  
Envió cierto capitán Mosquera  
Con cuatro de caballo , que sabia  
Darse principal maña donde quiera :  
Quando llegaron vieron que venia  
Toda la retraguardia muy entera ,  
Sin que los indios punto los discorden  
De lo que deben á militar orden .

Yendo cansados con algun desmayo  
De ver innumerables naturales ,  
Un bárbaro daquellos , dicho Mayo ,  
Falto de los pendientes genitales ,  
De paz se les llegó , siéndoles ayo  
Para les descubrir ocultos males ,  
Manifestándoles peores no vacas  
De hoyos y acutísimas estacas .

El Hacedor omnipotente quiso  
Por boca deste bárbaro prudente  
A nuestros españoles dar aviso  
A punto y á sazón tan conveniente ,  
Pues daban en los hoyos de imprevisto ,  
Adonde pareciera mucha gente ,  
Y la parte mayor de los rocines  
Allí tuvieran desastrados fines .

Este por Hruminavi fué privado  
De los lascivos gustos y placeres ,  
Y con otros enmucos diputado  
Para le ser custodia de mujeres ;  
Y siempre , como cuerpo lastimado ,  
Tuvo vindicativos pareceres ,  
Y esperando hallar voz oportuna ,  
Tomó la que le trajo la fortuna .

Y así le descubrió los hoyos hechos,  
Y todo lo que Huminavi piensa  
En los puertos y pasos mas estrechos  
Hacer para fortísima defensa;  
Bajan los españoles satisfechos  
De subyectar la cantidad inmensa  
Que cerca de Riobamba los espera  
Con varias armas y apariencia liera.

Pero como bajaron á lo llano,  
Por ir toda la gente fatigada,  
El atrevido campo castellano  
Allí determinó hacer parada,  
Las sillas puestas, armas en la mano,  
Con vela que por cada camarada  
Se repartió con orden curioso  
Hasta pasar el tiempo tenebroso.

Y cuando ya venían descubriendo  
Los febeos caballos por oriente,  
De sus doradas bocas esparciendo  
Anhélito de luz resplandeciente,  
Benalcázar andaba previniendo  
A Ruy Diaz de Rojas, su teniente,  
Que fuese por el llano circunstante  
Con treinta caballeros adelante.

Con esta gente bien apercebida,  
A la ciudad de Riobamba llega;  
Pusieron los indios en huida,  
Sin que fuese durable la refriega;  
Y por ballar gran copia de comida  
El resto de la gente se congrega,  
Y allí holgaron estas compañías  
Por espacio de diez y siete dias.

Hallaron algun oro los soldados,  
Que fué poco segun el apetito,  
Porque como golosos y picados  
A caudal aspiraban infinito.  
Estando pues caballos reformados,  
Determinaron de llegar á Quito,  
Y hubo por el camino pocos ratos  
Que no tuviesen gritos y rebatos.

Usando con solícito cuidado  
Huminavi de ardidés diferentes,  
Y por un orden muy disimulado  
Mil hoyos en los pasos mas urgentes;  
Pero por aquel bárbaro capado  
Quedaban descubiertos y patentes,  
Y así sin sucedelles caso feo  
Llegaron do los lleva su deseo.

Entraron pues en la ciudad potente  
De Quito, donde estaba recogida  
Innumerable número de gente,  
De varias armas bien apercebida;  
Mas viéndolos entrar incontinentemente,  
Fué por diversas partes esparcida,  
Dejándola con sus pertrechos varios  
A la dispusición de los contrarios.

Y así ballaron muchos ornamentos  
Preciados entre bárbaras naciones.  
Y demás desto grandes aposentos  
Llenos de grano y otras provisiones,  
Otros con helicosos instrumentos,  
Lanzas, macanas, dardos, morriones,  
Y para guerra todo buen recado;  
Mas oro poco, por estar alzado.

Recogieron aquello que se halla,  
Trastornando las casas y rincones.  
Los indios, rebusando dar batalla,  
Acudian de noche con tizonas;  
Por partes mas ocultas á quemalla;  
Y aunque no salen con sus intenciones,  
La llama todavía hizo mella  
En algunas pajizas casas della.

No procedieron, por la resistencia  
Que hallan en contrarias voluntades,  
Eucaminadas á la permanencia  
De firmes y católicas verdades,  
Destruyendo con suma diligencia  
La falsa religion destas ciudades;  
Y así procuran en aquel asiento  
Plantar luego cabildo y regimiento.

T. IV.

En este tiempo Pedro de Alvarado  
También de Guatimala se destierra,  
Y vino con ejército formado  
Metiéndose con él por esta tierra.  
Diego de Almagro fué determinado  
A se la defender por paz ó guerra;  
El cual con treinta de caballo vino  
Tras Benalcázar con aquel desino.

Hallólos en la parte referida,  
Porque siempre vinieron por su huella:  
Regocijaronse con la venida,  
Sin certidumbre de la causa della,  
Mas cada cual después de conocida  
Tomó por propia suya la querrela,  
Y tanteando de defensa modos,  
A Riobamba se volvieron todos.

Allí por el Almagro fué mandado  
Estar apercebidos y en espera,  
Siendo de naturales informado,  
Presos en el campas desta frontera,  
Quel sobredicho Pedro de Alvarado  
Venía por aquella derrotera  
Y que, segun el rostro trae puesto,  
En Riobamba lo verian presto.

Diego de Almagro con sospecha mala  
De que los otros son superiores,  
Para ver si su gente les iguala  
En número y vigor, ó son menores,  
Enviaron á Cristóbal de Ayala,  
Con otros seis caballos corredores,  
Que los tanteeen bien, puestos á viso,  
Y abrevien el venir á dar aviso.

Aquestos siete caballeros fueron  
Acia la parte do sospecha tienen,  
Mas en el caminar no procedieron  
Con tal orden que no se desordenen,  
Y así por mal concierto que tuvieron  
A todos los prendieron los que vienen,  
Y como prisioneros á recado  
Los llevaron al Pedro de Alvarado.

Holgóse de los ver en su presencia,  
Por informarse de lo que queria,  
Hasta la mas menuda menudencia  
Que para tal sazón le convenia,  
Y aquesto becho, dándoles licencia,  
A quien los enviaba los envia,  
Dando la relacion de su viaje,  
No sin muestra feroz en el mensaje.

Diciendo que, mediante provisiones  
Emanadas del rey y su consejo,  
A conquistar venia las naciones  
Destos confines desde Puerto-Viejo,  
Con grandes gastos en las prevenciones,  
En buscar buena gente y aparejo;  
Y así defenderia con la espada  
La tierra que en gobierno le fué dada.

Dióle Diego de Almagro por respuesta,  
Que cumple que la tenga prevenida,  
Porque la suya para lo que resta  
No vive descuidada ni dormida.  
Cada parcialidad en fin va puesta  
A riesgo manifesto de la vida,  
Ordenando sus haces al momento  
Para venir al duro rompimiento.

Queriendo comenzarse los rigores,  
Caldera, licenciado de Sevilla,  
Se puso dando voces y clamores  
En medio desta y daquela cuadrilla:  
«Paz y amistad, paz y amistad, señores,  
Nunca permita Dios esta rencilla!»  
Acuden á lo mismo religiosos  
Destas conformidades deseosos.

Todos prestan atentos los oídos,  
Por pedillo personas de respeto,  
Los unos y los otros comedidos,  
Y cada cual con pecho mas quieto:  
Remedios dan á los que van perdidos,  
Y fueron que con término discreto  
Tracten las dos cabezas españolas  
De medios convinientes á sus solas.

29

Juntáronse los dos adelantados  
A la traza por buenos deseada :  
Quedaron aquel día concertados,  
Después de conferida y altercada,  
Pues el Almagro dió cien mil ducados  
Al Alvarado por aquel armada,  
Para que con aquellos se volviese  
Luego sin pretender mas interese.

Volvióse, los dineros recibidos,  
Solo con sus criados y sirvientes,  
Y dejó cuatrocientos escogidos  
Hidalgos generosos y valientes ;  
A estos les llamaban los vendidos,  
Mas eran tales y tan excelentes  
Que los mas dellos en la paz ó guerra  
Fueron los principales de la tierra.

Fué con Almagro pues el Alvarado  
A San Miguel antes de su partida,  
Porque Pizarro vea su recado  
Y cumpla la moneda prometida.  
Quedó con Benalcázar de su grado  
Mucha gente de la recién venida,  
Bastantes en esfuerzo y en prudencia  
Para desbaratar cualquier potencia.

Destos fué Juan de Ampudia, Juan Cabrera,  
Juan del Río con Baltasar su hermano,  
El capitán Tovar, Muñoz Mosquera,  
Luis Mideros, Florencio Serrano,  
Vivos aquestos dos en esta era,  
El capitán Añasco, sevillano,  
Con otro primo suyo, cabal hombre,  
Pedros entrambos y del mismo nombre.

Y Pedro de Guzmán, Luis de Lizana  
Ayendaño, Juan Muñoz de Collantes,  
Martiniáñez Tafur, de quien no vana  
Fama publica ser hombres bastantes,  
Segun en Paria y en Maracapana  
Del Ayendaño y él tractamos antes,  
Sanabria de quien ya hice memoria  
En diferentes partes de mi historia.

Porque de las conquistas atrasadas  
Tuvimos especial conocimiento,  
Y hoy vemos hijas suyas agraciadas  
Que son de Tunja lustre y ornamento,  
A conyugales nudos obligadas  
Con personas de gran merecimiento,  
De cuya virtud y ánimo constante,  
Mediante Dios, diremos adelante.

La mayor dellas, doña Catalina,  
Subyecto de bondad enriquecido,  
Que de purpúrea flor y clavellina  
Posee lo mejor y mas subido,  
Tiene como de tanto premio dina  
Al buen Martín de Rojas por marido,  
Con prendas que les son correspondientes  
En virtudes y gracias eminentes.

Es en edad menor doña Lúisa,  
De gracias y primor verjel ameno,  
Pues de lo quel humano ser divisa  
Tiene sobre lo hueuo lo mas bueno :  
Cordura que las mas cuerdas avisa,  
Y á don Diego de Vargas en su seno,  
Que en jornadas desde sus tiernos años  
Ha padecido pérdidas y daños.

Teniendo Benalcázar pues trescientos  
Hombres en Riobamba bien armados,  
Hizo de capitanes nombramiento  
Valerosos y bien acreditados,  
Y á Quito, donde llevan los intentos,  
Revuelven muy mejor aderezados,  
Yendo con ellos, desde Riobamba,  
Un cacique de paz llamado Chamba.

Que debajo de buenas amistades  
Hizo que se quedasen en su villa  
Los impedidos con enfermedades,  
Nuevamente venidos de Castilla ;  
Y él recogió de indios cuantidades  
Con intencion, al parecer, sencilla  
De les favorecer y ser propicio  
En el hervor del militar oficio.

Y así con Benalcázar caminaban  
Para les ayudar á sus contiendas,  
Y en cualquier parte que se rancheaban  
Los nuestros, ellos asentaban tiendas ;  
Y allí los españoles que velaban  
De noche los visitan á sabiendlas,  
Con sospecha de que harán mudanza,  
Por ser gente de poca confianza.

Y en un rancheadero del camino,  
La ronda principal de las espías  
Puestas, cerca del tiempo matutino,  
So color de le dar los buenos días  
Hasta las tiendas del cacique vino,  
Las cuales halló puestas y vacias ;  
Y las personas que hacían vela  
Tocan al arma vista la cautela.

Los rastros buscan hombres diligentes,  
Que como van con intencion malina  
Volvan por caminos diferentes ;  
Mas Juan de Ampudia que bien adevina  
Huirse por matar á los dolientes,  
Tras ellos con aquel temor camina  
Con treinta sueltos y ocho con caballos  
Que gran priesa se dan por alcanzallos.

Pasan dos rios que los detuvieron,  
Y no sin riesgo toman la ribera  
Contraria ; mas después tanto corrieron,  
Con ser catorce leguas de carrera.  
Que al Chamba con trescientos indios vieron  
Cómo bajaba por una ladera  
Para cortar el hilo de las vidas  
A su fe fraudulenta cometidas.

Para romper los duros escuadrones  
Los ocho de caballo ponen frentes ;  
Llegaron á la villa los peones  
Do vieron de rodillas los pacientes,  
Porque sabian ya las intenciones  
Que traían los indios delincuentes,  
Por una india de la Nueva-España  
Que supo la traicion y la maraña.

Gracias inmensas dan al alto cielo  
Por socorrellos en tan gran prestra ;  
El repentino gozo y el consuelo  
Desterró la pesada calentura ;  
Huyen del infiel y crúel suelo,  
Vista la venturosa coyuntura,  
Y el de dispusicion débil y floca  
De sus debilidades fuerza saca.

Los de caballo lanzas ensangrientan  
En los culpados de furor nocivo :  
Todos los desbaratan y ahuyentan,  
Escepto Chamba que quedó captivo,  
El cual por culpas que se representan  
Poco después murió quemado vivo,  
Y esto tracta el obispo de Chiapa,  
Pero de demasia no se escapa.

Diciendo que se hizo larga riza  
Cuando Chamba con fuego fué punido,  
Por relacion de fray Marcos de Niza  
Informado de cosa que no vido,  
Y así de la verdad quebró la triza,  
Porque con Alvarado era ya ido ;  
Pero su compañero fray Iodoco  
Toca con gran verdad lo que yo loco.

Y aun viven hoy algunos caballeros  
Cuyos dichos tenemos á la mano,  
Que destos es el capitán Mideros  
Y el capitán Florencio Serrano,  
Varones graves y de los primeros  
Que hicieron aquel imperio llano ;  
Los cuales no deponen por oidas  
Sino de cosas vistas y sabidas.

Llevó pues Juan de Ampudia los dolientes  
Adonde Benalcázar los espera ;  
A punto se pusieron combatientes  
Después de recogidos á bandera,  
Y para dar asientos permanentes  
A Quito dirigieron su carrera,  
Y comenzaron á fundar aprisco  
El día del seráfico Francisco,

Año de treinta y cuatro con los cientos  
Quince, que cuenta religion cristiana,  
Donde se pregonaron mandamientos  
Del rey de monarquía soberana,  
Tomando posesion de los asentos  
Ganados por la gente castellana,  
Dando de San Francisco nombradía  
A causa de llegar el mismo día.

Hizose de justicia y regimiento  
Eleccion de personas singulares,  
Y luego general repartimiento  
De campos, huertas, casas y solares;  
Demás desto mortal preparamento  
Contra las altas rocas y lugares,  
Cuyos altores Huminavi piensa  
Ser adaptados para su defensa.

Doscientos hombres salen escogidos  
A domoñar la gente rebelada;  
Quedaron ciento bien apercebidos,  
Guardando la ciudad recién fundada;  
Mas porque para trances tan reñidos  
No se requiere pluma mal cortada,  
Lo que resta, cortándola primero,  
Diremos en el canto venidero.

## CANTO SEGUNDO.

Se cuenta cómo Sebastián de Benalcázar prosiguió la guerra contra Huminavi y los otros capitanes de Alababla, que se habían alzado en el reino de Quito, hasta la muerte dellos.

Los que tienen diversas opiniones  
Cuando contrarios turban su sosiego,  
Y cada cual mediante divisiones  
Quiere hacer cabeza de su juego,  
Cercanos andan de las perdiciones  
Encaminadas por juicio ciego;  
Pues por seguir particulares modos  
Y no se conformar se pierden todos.

Cayeron en errores semejantes  
Los del reino de Quito pretensores,  
Porque, según que ya tratamos antes,  
Eran aquestos cinco ó seis señores,  
Todos ellos valientes y pujantes,  
Que pudieran en uno ser mejores,  
Porque divisos era cosa vista  
Ser de menos peligro la conquista.

Era destes el principal tirano  
Huminavi, sagaz, cruel, severo,  
Y porque lo tenían mas cercano  
Este quisieron allanar primero,  
Pues, quebrantada su potente mano,  
Lo demás se juzgaba por fijo:  
Tenia capitanes de mas suerte  
Y el gran peñol de Pillaro por fuerte.

Vieron pues el altura de la peña  
Que parecia ser inaccesible;  
En lo mas alto della verde breña  
Con agua y aparato conveniente,  
La cual por todas partes les enseña  
Ser la subida de rigor terrible,  
Haciéndola muy mas inespugnable  
Gente que van ser innumerable.

En el mas riesgo las honrosas canas  
De los aventajados orejones,  
Todos puestas en orden por andanas  
Con varias y diversas prevenciones,  
Selva de lanzas, dardos y macanas,  
Hondas con apropiados perdigones,  
Las violentas galgas y molestas  
En partes bien acomodadas prestas.

Visto por Benalcázar el derecho  
Peñol cercado de dificultades,  
Dijo: « Señores, al español pecho  
No suelen espantar fragosidades;  
Antes para salir bien con un hecho  
Basta poner en él las voluntades,  
Poes como su deseo no se tuerza  
Nunca les faltará maña ni fuerza.»

Aquesto dicho, baja del rocino  
Y encaminó sus piés á la ladera,  
Rodela y morrion de acero fino,  
Espada do la lumbrer reverbera;  
Y cada cual se juzga por indino  
De quedar en la parte mas zaguera,  
Unos garrando, y otros de rodillas,  
Y todos bien sudadas las mejillas.

Como los indios vieron ir subiendo  
Gente que su rigor no recelaba,  
Alzaron grita, y el rumor horrendo  
Los montes y los valles atronaba:  
Rompe los aires vagos el estruendo  
Horrible, que momento no cesaba;  
Los brazos fuertes con furor se mueven;  
Espesas piedras, lanzas, dardos llueven.

No suenan tan espesos estallidos  
Cuando las fuerzas de los fuegos crecen  
En los espesos montes encendidos,  
Que de rocío y humedad carecen,  
Siendo de bravos vientos conmovidos.  
Que los soplan, avivan y engrandecen,  
Cuantos son los crujidos de la honda  
Que suena aquí y allí y á la redonda.

Galgas innumerables van saltando,  
Que los duros encuentros hacen moles,  
Contra los que se vienen acercando  
A los que defendian los peñoles;  
Y así quedaron del cristiano bando  
Perniquebrados ciertos españoles,  
Y con las otras mas pequeñas piezas  
Corriendo sangre no pocas cabezas.

No por esto cesaba la porfía,  
Sin se reconocer ánimo falto,  
Pues, aunque maltractados, todavía  
Perseverantes van en el asalto,  
Y con volantes jaras se hacia  
Algun daño también en los del alto,  
Y lastimándolos ó padeciendo  
Antes iban ganando que perdiendo.

Aquesta rigurosa competencia  
Tuvo tan espaciosas dilaciones,  
Que el sol queria ya hacer ausencia  
Daquellos hemisferios y regiones;  
Y habian en la dura resistencia  
Los indios consumido municiones,  
De cuya causa tibios en la ira  
Alguna parte dellos se retira.

Después, como se vió la pertinacia  
De los que proseguian la subida,  
Faltóles con la luz del sol audacia,  
Y todos se pusieron en huida  
Por parte que con miedo de desgracia  
Tenian antes desto prevenida,  
Para hacer desvios mas prolifjos  
A tierras y montañas de los quijos.

Los españoles todos recogidos  
Con los despojos en aquel altura,  
A los perniquebrados y heridos  
Se les dió luego la posible cura;  
Descansan de trabajos recibidos  
Aquel espacio que la noche dura,  
Teniendo siempre vigilante guarda  
El tiempo quel aurora fresca tarda.

Y cuando descubrió su rostro rojo  
Esparciendo la lumbrer matutina,  
El católico campo y ortodojo  
Seguir á Huminavi determina,  
Sobre bárbaros hombros quien va cojo  
Debajo de custodia fidedina;  
Y como se halló fresca la huella,  
Peones y caballos van tras ella.

Hallaron luego por el circuíto  
Indios sin dardo, lanza ni macana,  
Porque la gente natural de Quito  
Tomaba armas ya de mala gana,  
Y todos deseaban infinito  
Amistad con la gente castellana;  
Y así, pidiendo paz, les daban nueva  
De la vía que Huminavi lleva.

Seguendo lo quel rastro certifica,  
 Dieron en otra parte mas exenta,  
 Y un peon, dicho Miguel de la Chica,  
 Vido cierto gandul que representa  
 En aquel traje ser persona rica,  
 Y conociendo ser hombre de cuenta,  
 Juzgaba que sería vano seso  
 No le llevar á Banalcázar preso.

Mas él se defendió como valiente,  
 Sin dejarse vencer del peregrino,  
 Y un Alonso del Valle que al presente  
 En Pasto tiene vida y es vecino,  
 Viéndolo pelear varonilmente,  
 Batió las pieruas al veloz rocino,  
 Y siendo de uno y otro combatido,  
 Sin recibir herida fué rendido.

Este fué Hrunanivi, desgraciado  
 En hallarse con pocos orejones,  
 Al cual luego pusieron á recado  
 Con guarda de caballos y peones:  
 De su muerte no soy certificado,  
 Pero creo morir en las prisiones;  
 Y así se concluyó su valentía  
 Y los conceptos altos que tenía.

El fuego mitigado desta fragua  
 Con soplos ambiciosos encendida,  
 Fueron adonde está Topozopagua,  
 Otra roca muy mas fortalecida,  
 Dentro mantenimientos, leña y agua,  
 Aunque la gente no tan escogida,  
 Pero pasos mas duros y derechos  
 Y grandes prevenciones de pertrechos.

Acometieron el dudoso fuerte  
 En tres ó cuatro partes divididos:  
 Defiéndense los indios de tal suerte,  
 Que quedan españoles mal heridos,  
 Aunque ninguno dellos fué de muerte,  
 Pero todos confusos y corridos  
 De ver en indios pertinace brio,  
 Y cómo su trabajo fué baldío.

Otro dia la roca se tanea  
 Por ver la parte menos impedida,  
 Pero ninguna ven do no se vea  
 Imposibilitada la subida,  
 Y, si les es posible, que no sea  
 Con manifiesto riesgo de la vida;  
 Y así lo que por fuerza no se puede  
 Hacer, la buena maña lo concede.

Ven cierto lado del peñol derecho,  
 Pero la parte baja de manera  
 Que por no ser altura de gran trecho  
 La podían subir con escalera,  
 Y desde allí podrían á provecho  
 Caminar lo demás de la ladera:  
 Hicieron pues unas escalas altas,  
 Pero no tanto que no fuesen faltas.

Y cuando ya Morfeo, con obscuro  
 Sueño, cansados ojos regalaba,  
 Pareciéndoles ser tiempo seguro  
 Para subir donde se deseaba,  
 Las arrimaron al altivo muro;  
 Mas el remate dellas no llegaba,  
 Y todavía Florencio Serrano  
 Trabajó de llegar á lo mas llano.

Asiendo de las rugas de la roca  
 Con ambas manos lo mejor que pudo,  
 El espada pendiente de la boca,  
 A las anchas espaldas el escudo,  
 Hasta que con los pies lijeros toca  
 Por do poder llegar al vulgo rudo;  
 Luego subió tras el Gomez Fernandez,  
 Subyectos ambos á peligros grandes.

Después quel primer suelo se tenía  
 Por estos dos que nuestra ritma canta,  
 El resto de la gente que venía  
 No padecía ya fatiga tanta,  
 A causa de que cada cual subía  
 A los cabos asido de una manta,  
 Que los primeros con el pié quieto  
 Quedan y tiran para tal efecto.

De la manera dicha, brevemente  
 Con el industria de las dichas tetas,  
 Subió la mayor parte de la gente,  
 Sin los sentir allí bárbaras velas;  
 A lo mas alto van incontinente,  
 A punto las espadas y rodelas,  
 Hasta llegar al cuerpo del gentío,  
 Mal advertido por el mucho frío.

Acometen, y sueltan lenguas mudas  
 Diciendo ¡Santiago! denodados:  
 Las tajantes espadas van desnudas,  
 Y los escudos fuertes embrizados,  
 Las manos vengadoras y sañudas  
 Rompen pechos, cabezas y costadas,  
 Sin que reserven en aquel instante  
 Cosa que se les ponga por delante.

Suena rumor horrible por el alto,  
 La voz confusa, la mortal querrela:  
 Arma no hallan con el sobresalto,  
 Ni se les da lugar á jugar della;  
 El mas aventajado quedó falto,  
 Mas no de turbacion, pues que con ella  
 Se precipita por adonde puede  
 Y por donde lugar se le concede.

Bien como ciervo que temor incita  
 A quien tocaron ya caminos dientes,  
 Que huyendo de perros y de grita  
 Por cima de peñascos eminentes,  
 Dellos por escapar se precipita  
 Y arroja sin mirar inconvenientes,  
 Y libre de la boca del latrante  
 La muerte que huyó halla delante:

Así los recogidos en el fuerte,  
 Como de noche son sobresaltados,  
 Huían muchos dellos de tal suerte,  
 Ó por los unos ó los otros lados,  
 Que con temores grandes de la muerte  
 Algunos perecieron despeñados,  
 Y muchos dellos presos y captivos  
 De los restantes que quedaron vivos.

Huyó Topozopagua destos trances  
 Con los que pudo de la muchedumbre,  
 Y aunque hizo sus cuentas y balances  
 Para volver á dalles pesadumbre,  
 Diéronle tan apriesa los alcances  
 Que lo rindieron á la servidumbre,  
 Y á Quingalumba y otros no menores  
 Que pretendían ser grandes señores.

Quisquiz restaba, cuya confianza  
 Fué grande prosiguiendo su porfía;  
 Rogóle Guaypalcon que con templanza  
 Pidiese paz, y como no quería,  
 Por los pechos le dió con una lauzo,  
 Y así se concluyó la valentía  
 Del buen Quisquiz, que entre los orejones  
 Fueron muy grandes sus reputaciones.

Aqueste capitán (1) no fué tirano,  
 Sino que solamente pretendía  
 Restaurar el imperio de su mano  
 Para lo dar á quien pertenecía.  
 El reino pues de Quito quedó llano,  
 Ó lo que dél al caso les hacia;  
 Y así procuran por tierras no vistas  
 Estender adelante sus conquistas.

Pues otra mayor trompa que Syringa  
 Riquezas prometia de gran fasto (2)  
 En tierra que se llama Quillacinga,  
 Donde es agora la ciudad de Pasto,  
 Provincia conquistada por el Inga;  
 Do mandan ir al capitán Añasco,  
 Y allí con principal gente de guerra  
 El comenzó de conquistar la tierra.

(1) Este Quisquiz fué capitán de Atugalpa; fué compañero de Chalcochima, y ambos prendieron á Guascar Inga, que era hijo legítimo de Guaynacapas, y lo mató. Y así fué tirano Quisquiz, y Chalcochima y Atugalpa. Y así toda esta estancia se debe enumerar si se ha de escribir cierto. Porque yo averigüé por justicia esta verdad, y toda la memoria de indios Ingas y conquistas de españoles en tiempo del virrey don Francisco de Toledo. (Nota de mano de Pablo Sarmiento.)

(2) Por fausto.

Después que con aquella gente vino  
 Añasco, Benalcázar inquiría  
 Un indio forastero peregrino  
 Que en la ciudad de Quito residía,  
 Y de Bogotá dijo ser vecino,  
 Allí venido no sé por qué vía;  
 El cual habló con él, y certifica  
 Ser tierra de esmeraldas y oro rica.

Y entre las cosas que les encamina  
 Dijo de cierto rey que, sin vestido,  
 En balsas iba por una piscina  
 A hacer oblacion según él vido,  
 Ungido todo bien de trementina,  
 Y encima cantidad de oro molido,  
 Desde los bajos piés hasta la frente,  
 Como rayo del sol resplandeciente.

Dijo mas las venidas ser continas  
 Allí para hacer ofrecimientos  
 De joyas de oro y esmeraldas finas  
 Con otras piezas de sus ornamentos,  
 Y afirmando ser cosas fidedignas:  
 Los soldados alegres y contentos  
 Entonces le pusieron el Dorado  
 Por infinitas vias derramado.

Mas él dentro de Bogotá lo puso,  
 O término quel nuevo reino boja,  
 Pero ya no lo pintan tan incluso  
 En él que su distancia lo recoja,  
 Antes por vanidad de nuestro uso  
 Lo finge cada cual do se le antoja,  
 Y en cuanto se descubre, corre y anda,  
 Se lleva del dorado la demanda.

Aquí pues damos la razon abierta  
 De do le vino pito á la castaña,  
 Lo cual os vendo yo por cosa cierta,  
 Y lo demás que dicen es patraña;  
 Así que la tal es demanda muerta  
 Y fantasia de verdad estraña:  
 Mas bien guiada llevará la proa  
 Quien procurare ver lo de Manoa.

Tierra que de ninguno fué hollada,  
 Y reinos que demoran al oriente  
 De aqueste nuevo reino de Granada,  
 Do hallarán innumerable gente  
 En las costumbres bien diferenciada  
 Y no menos en traje diferente:  
 Para llegar es poca la distancia,  
 Y creo que será de gran substancia.

Pues en tan largos y prolivos senos,  
 En el presente tiempo no sabidos,  
 Salvo por las noticias de que llenos  
 Tenemos los antiguos los oídos,  
 Es imposible no hallarse buenos  
 Algunos, y en provincias estendidos,  
 Del rio de Uyapar al de Orellana,  
 Do cae la provincia de Guayana.

Mas esta buena tierra que sospecho,  
 Por muchas leguas á la mar no llega,  
 Porque los llanos en crecido trecho  
 Gran multitud de rios los antega;  
 Los pueblos tienen en algun repecho  
 Adonde la creciente no los riega;  
 Otros viven también en barbacoas,  
 Y unos y otros tienen sus canoas.

Aquesta relacion que doy agora,  
 Juan Martin, un soldado, la revela,  
 El cual es hoy vecino de Carora  
 En la gobernacion de Venezuela,  
 Y allí hizo siete años de demora  
 Entre gente que nunca cubre tela,  
 Porque sus galas son y gentileza  
 Pintar las que les dió naturaleza.

De don Pedro de Silva fué soldado,  
 Y entró con él cuando llevara pio  
 De descubrir la tierra del Dorado,  
 Con pocos y con un solo navio  
 Que le quedó; y así mal aviado  
 Se metió por un brazo del gran rio  
 Del Marañón acia la mano diestra,  
 Que no fué para el sino siniestra.

Apartado del término marino,  
 Por allí subiria como treinta  
 Leguas, ó poco menos, de camino,  
 Y vista tierra que se representa  
 Fértil, sacó su campo peregrino,  
 Cuyo número fué ciento y setenta  
 Soldados, que dispuestos para guerra  
 Comenzaron á descubrir la tierra.

Pelearon con bárbaras naciones,  
 Saliendo bien de muchas competencias;  
 Mas como todos eran chapetones  
 Y mal propicias estas influencias,  
 Luego cargaron indisposiciones,  
 Y fueron tan pesadas las dolencias,  
 Que dellas y de llagas y mosquitos,  
 Quedaron con la vida muy poquitos.

Y como ya los viese desta suerte  
 El natural, de piedad esquivo,  
 Con impetu rabioso se convierte  
 A que ninguno dellos quede vivo,  
 Y así murieron todos mala muerte,  
 Excepto Juan Martin, que fué captivo,  
 Que quasi por grandeza lo reserva  
 Para servirse del esta caterva.

Lo cual hizo con toda diligencia  
 Al indio principal que lo tenía,  
 Y en cualquiera guerrera competencia,  
 De muchas que tenían cada día,  
 En el acometer ó resistencia  
 La parte del contrario lo temía:  
 El finalmente tuvo tales modos,  
 Que ya por él se gobernaban todos.

Y en ardidés del militar oficio  
 Ninguno proveyó que no cuadrase;  
 Y como no hacían ejercicio  
 Do con ventaja no se señalase,  
 Tuvo mujeres, casas y servicio  
 Y tierras adaptadas que labrase;  
 Reprehendia flojos, torpes, malos,  
 Hasta les dar de coces y de palos.

Al lenguaje quel bárbaro hablaba  
 Estuvo con oídos tan atentos,  
 Que ninguno mejor articulaba  
 La dura cantidad de sus acentos;  
 Y así de luengas tierras procuraba  
 Saber con especiales documentos,  
 Y desde el Marañón, do residía,  
 Al Viapari qué leguas habria.

Y poco mas ó menos hecha cuenta  
 De soles que ponían de lardanza  
 (Pues un sol cada día representa,  
 Según entrellos es comun usanza),  
 Eran sobre trescientos y cincuenta  
 Leguas, y numerosa la pujanza,  
 En medio de provincias estendidas  
 Hasta hoy nunca vistas ni sabidas.

Son Alagarian, Mayos, Meriones,  
 Pererías, Anita, Pericoros,  
 Donde hay innumerables poblaciones,  
 También Carunarota, Tapamoros,  
 Y otras que vienen en sus relaciones,  
 Mas todas ellas faltas de tesoros;  
 Algun oro poseen medio cobre.  
 Y en todo lo demás es gente pobre.

Los indios entre sí de paz remotos,  
 Los mas dellos traidores inhumanos,  
 Pues hay caribes, y hay paravocotos,  
 Decayos, tivuties, siyaguanos,  
 Hay ciaguanes y hay calamocotos,  
 Chapaes, atúacas, mas urbanos,  
 Y entre los rios dos ya memorados  
 Hay otros ocho todos señolados.

El uno mayormente dicho Toco,  
 Que cuando las arenas del mar toca  
 Mas poderoso va que el Uriuoco,  
 Pues cuatro leguas largas son de boca;  
 Y aun el autor afirma dalle poco,  
 Antes su latitud no ser tan poca;  
 Los otros dice no venir tan llenos,  
 Sino que son la terciá parte menos.

Estos rios son fines y aledaños  
A cada cual nacion allí poblada,  
Pues como Juan Martín por tantos años  
Tuviese ya la tierra tanteada,  
A los que de verdad viven estraños  
Determinó de dalles cantonada,  
Porque le remordia la conciencia  
Vivir entre tan bárbara demencia.

Y así debajo del favor divino  
Y católico celo que lo incita,  
Tentó peligrosísimo camino  
De bestias fieras y nacion maldita,  
A fin de se llegar por aquel tino  
Acia la Trinidad y Margarita,  
Pues los indios á ellas comarcanos  
Le darian noticia de cristianos.

Que bien podia sin pedir licencia  
Salir del pueblo siempre que queria;  
Y así mil veces hizo dél ausencia  
A rescatar por una y otra via,  
Mediante la sutil inteligencia  
Que del lenguaje bárbaro tenia,  
Yendo y viniendo sin tener mas cuenta  
Con él que con cualquiera que se absenta.

Siendo pues desta suerte libertado,  
Cuando tenían dél menos sospechas,  
Untóse de betumen colorado,  
Y armóse de macana y arco y flechas:  
El hayo y el poporo preparado,  
Con las demás costumbres contrahechas,  
Y en traje y apariencia de salvaje,  
Puso descalzos piés en el viaje.

Invocando la Majestad divina  
Del alto Criador de tierra y cielo,  
Y á la que los errados encamina,  
Quiera romper el tenebroso velo  
Llevándolo de tierra tan malina  
A parte de católico consuelo;  
En la cual oracion perseverante,  
De nacion en nacion pasó delante.

Vióse con gentes de crüel motivo,  
Donde no reparó por ser bellacas,  
Y donde fué milagro quedar vivo  
Segun llevaba ya las fuerzas flacas:  
Al fin pudo llegar á Vesequivo,  
Rio que está poblado de aruacas  
De noble condicion, y aunque guerreros  
Tractan con caridad los estrañeros.

Acariciaron bien al indio estraño,  
Entre los cuales seis meses habita,  
Por ser esta nacion libre de engaño,  
Que á quien le pide paz no se la quita;  
Y como suelen estos ir cada año  
En sus piraguas á la Margarita  
A rescatar con gente bautizada  
Allá se fué con la primer armada.

Llegados á la isla que refiero,  
En el puerto saltó hecho salvaje  
Con la postura y el meneo fiero  
Que suelen los que son deste linaje;  
Y fué, tomada tierra, lo primero  
Ir á la iglesia con el misuo traje,  
Y ante el altar hincado de rodillas,  
Con lágrimas regando las mejillas.

Dijo, hablando lengua castellana:  
«Bendito seáis vos, Redentor mio,  
Y vuestra Madre, Virgen Soberana,  
Que sin yo merecer favor tan pio,  
Me trajistes á caridad cristiana  
De las tinieblas del bestial gentío.  
¿Qué gracias, qué alabanzas, qué servicio,  
Haré por tan supremo beneficio?»

«A este vuestro siervo sin provecho  
Invalde, Señor, divino cebo,  
Santa sinceridad, un limpio pecho,  
Puras entrañas, un corazon nuevo,  
Para que por el bien que me habeis hecho  
Os sepa dar las gracias como debo,  
Pues ni talento nada bueno tiene  
Si de vuestras alturas no me viene.»

Oyendo decir cosas semejantes  
A indio que traía pampanilla,  
Y razones tan vivas y elegantes  
En bien cortada lengua de Castilla,  
Luego le rodearon circunstantes  
Para saber aquella maravilla,  
Y en un momento tempo y sacristía  
De gentes admiradas no cabía.

Al razonar están bocas abiertas,  
Y él dijo: «Por amor de Dios os pido  
Que mis curtidas carnes descubiertas  
Las honesteis, señores, con vestido,  
Porque después, de cosas que son ciertas  
Podré satisfacer al buen oido;  
Pues el que viene desde el rio Toco  
Lo mucho no podrá decir en poco.»

Mas antes de decir estas razones,  
Como su propia vista los avisa,  
Uno venia ya con los jubones,  
Otro con zarafuelles y camisa,  
Otro con sayo, capa y otros dones,  
Para lo componer á nuestra guisa;  
Y su persona toda reparada  
Le dieron muy á gusto la pasada.

Después dió cuenta de su perdimiento  
En busca y en demanda del Dorado,  
Que no tiene ni tuvo fundamento  
Otro mas del que tengo declarado;  
Algunas cosas mas de las que cuento  
Dice, de que no soy bien informado,  
Mas sé de cierto que no certifica  
Nueva ni relacion de tierra rica.

En un sola relacion estriba:  
Quel aruaca para su ganancia  
Navega por los rios muy arriba,  
Camino de grandísima distancia,  
Donde no falta gente que reciba  
Su contracto por cosa de importancia;  
Y destas ferias, tractos y rescates,  
Traen oro de hasta diez quilates.

Van por los rios que les son anejos,  
Do tienen sus perpetuas poblaciones;  
Y segun en la mar hacen los dejos,  
No me parece fuera de razones  
Juzgar que se derivan de muy lejos,  
Regando diferencia de regiones;  
Y donde Juan Martín morada hizo  
En los inviernos es anegadizo.

Y aunque solian ir á hacer guerra  
Por los campos enjutos en verano,  
Y entraban muy adentro por la tierra  
Todos los años con armada mano,  
Nunca jamás pudieron ver la sierra  
Que norte-sur perlonga por el llano,  
Adonde de Manoa y de Guayana  
Creemos la noticia no ser vana.

Así que por aquellas vecindades,  
Tengo por cosa muy averiguada  
Que hallará cien mil dificultades  
El que tentare de hacer entrada,  
Y grandísimas las comodidades  
Desde este nuevo reino de Granada;  
Pues de la falda dél, teniendo tino,  
No son doscientas leguas de camino.

Tener tal opinion por cosa cierta  
A nadie le parece desvario,  
Pues sabemos volverse de la puerta  
El capitán Antonio de Berrio,  
Porque para hacella mas abierta  
Llevaba de soldados mal avio;  
Y así le pareció que convenia  
No proceder con poca compañía.

Año de ochenta y cuatro, por enero,  
Deste reino salió con cien soldados,  
A las espensas deste caballero  
La mayor parte dellos aviados,  
La via del oriente que refiero,  
Por campos de español nunca hollados  
(Quiero decir aquella derescera),  
Y así pudo ver otra cordillera.



Pasó los ríos Pauto, Cazanare  
Y al de la Candelaria dicho Meta,  
A Dubarro, y á Daunae y al Guayare,  
Con otros que mi pluma no decreta;  
Pero tiempo verná que los declare  
Con relacion que sea mas aceta,  
Pues el Dorado por andar á visio  
Nos ha hecho sacar este digreso.

Vendo pues el Antonio de Berrio  
Por donde nunca fué cristiana gente,  
No sin escaramuzas del gentio  
Mas acá de la sierra residente,  
Antes della topó con el gran río  
Barraguan, sobre todos prepotente;  
Y ansí, para pasar tan largo trecho,  
Hicieron barco grande muy bien hecho.

A su ribera juntos y cercanos  
Por el harco hicieron asistencia,  
Estando de la sierra comarcanos  
Siete leguas segun el apariencia:  
Habia dellos ya muy pocos sanos,  
Porque prevalecia la dolencia,  
Y para procurar llegar á ellas  
Hacian los enfermos grandes mellas.

Todavía Berrio con la gana  
De ver aquellos senos abscondidos,  
Escogió de la gente castellana  
Catorce de los menos impedidos,  
Y á pié, por no ser ya la tierra llana,  
Anduvieron cansados y perdidos,  
Y sin poder romper las espesuras  
Se volvieron con recias calenturas.

En estas atrevidas estaciones  
Gastó diez dias en ida y venida:  
Quizá fueron divinas provisiones  
El no hallar camino ni subida,  
Pues á dar en algunas poblaciones  
Ningunos escaparan con la vida,  
Y cuando revolviéron al asiento  
Iban enfermedades en aumento.

También en el temor eran iguales,  
Pues para proceder todos temblaban,  
Viendo la multitud de naturales  
Que por entre los ríos les quedaban,  
Y pasada la sierra, principales  
Noticias que captivos indios daban,  
Señalando con mil admiraciones  
Bárbaros diferentes en naciones.

Y Alvaro Jorge, capitán prudente,  
De quien yo tengo llena confianza  
No ser en escrutinios negligente  
Ni tener en sus cosas destemplanza,  
Informándome del, dice que siente  
Haber tras de la sierra gran pujanza,  
Segun un su captivo le decia,  
Al cual prendieron por aquesta via.

Uno que por su honor quiero callarlo.  
En un encuentro de sangriento duelo  
Batió las piernas por alauceallo,  
Y el bárbaro gallardo sin recelo  
Abrazóse con el veloz caballo,  
Y con el caballero dió en el suelo:  
Acudieron peones al combate  
A socorrello porque no lo mate.

El indio, la macana levantada,  
Sin muestra de temores los espera,  
Rebatiendo cualquiera cuchillada  
Librada por la gente forastera;  
Mas uno dellos con un estocada  
Las tripas al gaudul echó de fuera,  
El cual con una mano las metía,  
Y con otra, de tres se defendía.

Alvaro Jorge, vista la refriega  
Y el bárbaro feroz cuán bien se vende,  
Batió las piernas y á caballo llega  
Adonde el aguzávára se enciende,  
De tal manera, que con él se pega  
Y de los españoles lo defiende;  
Al fin sin acaballo fué rendido  
Y con piadosa cura socorrido.

Pues usando de pródida clemencia  
Alvaro Jorge, noble lusitano,  
Tuvo tan cuidadosa diligencia  
Que dentro de ocho dias quedó sano;  
Y gran tiempo después de la pendencia  
El lo tuvo debajo de su mano,  
Haciéndole regalos y caricias,  
Y así coligió del muchas noticias.

Dijo como verán á la vertiente  
De aquella sierra poblacion creciente,  
Y un río mas allá cuya creciente  
Anihila la mas engrandecida,  
Y otra sierra después mas eminente  
Adonde hallarán gente vestida:  
Y el agua grande dijo que se llama  
Manoa, que es Guayana segun fama.

Refrescó demás desto los oídos  
Con nuevas ya tractadas aunque raras,  
Y son, de las mujeres sin maridos,  
Armadas con aljabas y con jaras;  
Y por naturaleza proveídos  
Hombres, en la cabeza, de dos caras (1);  
Y en indios de los llanos la conseja  
Es cosa no moderna, sino vieja.

Porque también afirman indios viejos  
Haber vecinos en aquel paraje  
Que en barbas y cabellos son bermejos,  
Diferentes deste comun linaje,  
Valientes y mas vivos en consejos,  
Mas pura desnudez su propio traje,  
Solo cubrian partes vergonzosas:  
Esto decia y otras muchas cosas,

Que por no ser palpables ni visibles,  
Sino con turbio velo de estrañeza,  
A todos nos parecen increíbles,  
Y no dudar en ellas es torpeza;  
Pero muchos sospechan ser posibles,  
Pues las puede hacer naturaleza;  
Y destas ponen hartas los autores  
Antiguos, en espanto no menores.

Y así, pues que me viene tan á mano,  
Quiero deciros una cosa estraña  
Afirmada por hombre baquiano  
De quien puedo creer que no me engaña,  
Y es Melchior de Barros, lusitano,  
Soldado de Pirú y de Nueva-España,  
Al cual tengo por huésped de presente,  
Y vido por sus ojos lo siguiente:

Sería por el año de setenta,  
Cuando, de gente y armas pertrechado,  
Salió del Cuzco por buscar mas renta  
Juan Alvarez, que llaman Maldonado;  
Y en el entrada donde se presenta,  
No mucho de los Andes apartado,  
De los pigmeos que la fama siembra  
Captivaron un macho y una hembra (2).

Y por ser mas veloz en la huida  
Quel marido la mínima zagala,  
Alcanzóla de lejos impelida  
De salitrosos fuegos una bala:  
La miserable dió mortal caída,  
Sin ella merecer obra tan mala;  
Viendo quien la birió de sí cercano  
Tapábase la vista con la mano.

Con voz en sumo grado delicada,  
Segun persona de razon se queja;  
Pero de tal manera pronunciada  
Que cosa que perciba no le deja;  
En su tamaño bien proporcionada,  
Y al rostro suyo perfeccion aneja,  
Tal, que no le faltaba hermosura,  
Y un codo poco mas el estatura.

(1) Estos son los Iscaycingas, que quiere decir dos narices y no dos caras.

(Nota de mano de Pablo Sarmiento.)

(2) No habo tal cosa, que yo estaba allí, y Juan Alvarez Maldonado en Lima.

(Nota de mano de Pablo Sarmiento.)

El compañero que quedó captivo  
Entre las castellanas compañías,  
Al Cozco lo mandaron llevar vivo,  
Y allí murió dentro de quince días,  
Callado, congojoso, pensativo,  
Aunque lo regalaban por mil vías:  
Allí llaman á estos sachatunas (1),  
Y no pudieron ver otras algunas.

Deste paraje donde los hallaron  
(Que fué de los haber muestra bastante),  
Por río, dicho Magno, navegaron  
Mas de doscientas leguas adelante;  
Y en cierta playa donde ranchearon  
Para mirar la tierra circunstante,  
Del campo salen con Diego de Rojas  
Once con arcabuces y con hojas.

E yendo por un arboleda clara,  
Limpio suelo, los árboles lejanos,  
Y tan altos que apenas una jara  
Pasara sus extremos soberanos:  
El pié del uno no se rodeara  
Con diez hombres asidos de las manos;  
A cuya sombra fresca y espaciosa  
Una vision estaba monstruosa.

Salvaje más crecido que gigante,  
Y cuyas proporciones y estatura  
Eran segun las pintan en Atlante,  
De hombre natural la compostura,  
En el hocico solo discrepante,  
Algo largo y horrenda dentadura,  
El vello cuasi pardo, corto, claro,  
Digo no ser espeso, sino raro.

De fúidoso baston la mano llena,  
El cual sobrepujaba su grandeza,  
Pues era como la mayor entena  
Y del cuerpo de un hombre la grosseza;  
Y aqueste meneaba tan sin pena  
Como caña de mucha lijeza:  
Hermafrodito, porque los dos sexos  
Le vieron no mirándolo de lejos.

Yendo Rojas delante sin sospechas  
De tal encuentro, los de retraguarda,  
Viendo moverse piernas tan mal hechas,  
A grandes voces dicen: ¡guarda, guarda!  
Apuntan los cañones do las mechas  
Impelen luego la pelota parda,  
Y todos, por tener ancho terrero,  
Acertaron á dar al monstro fiero.

Cayó con el baston en tierra dura,  
Rompiendo con baladros vagos vientos,  
Y el dicho Melchior de Barros jura  
Que hizo la cercana sentimientos  
Con temblores, y al tiempo que procura  
Levantarse, cebaron instrumentos  
Con uno y otro tiro penetrante,  
Estorbando que mas no se levante.

Del aliento vital desamparado,  
Mandaban un soldado diligente  
Con avisos al dicho Maldonado  
Que la monstruosidad le represente;  
Mas túvose después por acertado  
Que vuelvan todos ellos juntamente,  
Y así fueron al campo detenido  
A darte cuenta de lo sucedido.

Movido por los ciertos mensajeros  
A ver tan monstruosos animales,  
Vino con treinta y dos arcabuceros,  
Mas no bailaron mas que las señales  
De la sangre, con los reholladeros  
De rastros en grandeza tan iguales,  
Y segun pareció por las florestas  
El defunto llevaron á sus cuevas.

Caminan por el rastro que seguido  
Subió acia la sierra que frontera  
Tenian, en la cual oyen rúido  
Tan grande, que temblaba la ladera:  
Juan Alvarez, que tal extremo vido,  
A todos les habló desta manera:

«No vengo yo, señores, á contienda  
De monstrós, mas de gente que me entienda.

»Volvámonos en paz á buscar tierra  
Donde hallemos racional cultura,  
Porque meternos en aquesta sierra  
Páreceme grandísima locura.»  
Porfiaban con él que no se yerra  
En dalle conclusion al aventura:  
Mas él los increpó de gente suelta,  
Y así con todos ellos dió la vuelta.

Aquí no contaremos el suceso  
Que tuvo su larguísima carrera,  
Por relatar el mas largo proceso  
De nuestro Benalcázar, que me espera,  
Y me hizo sacar este digreso  
Para deciros que en aquella era  
Se levantó la fama del Dorado  
Por lo que ya dejamos declarado.

Páreceme que doy justas excusas;  
Y si salieron otras digresiones  
Que en el discurso desta van inclusas,  
Enlázanse razones de razones,  
Que cumple para no quedar confusas  
Alargarnos en las declaraciones;  
Pues en comedias suelen muchas veces  
Entremeter graciosos entremeses.

Y pues pasaron estos, razon manda  
Tentar otro viaje mas prolijo.  
Y es el de Benalcázar, el cual anda,  
No sin solicitud y sin cojió,  
Aprestándose para la demanda  
De lo quel indio de Bogota dijo;  
Y por ser cosas de gustoso cebo  
Su principio será con canto nuevo.

### CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo Benalcázar procuró llegar á sí el número de los pañoles que le fué posible para ir en seguimiento de la noticia que le Rogoté le dió el indio que halló en la ciudad de Quito, y lo que aconteció en aquel viaje á él y á sus capitanes.

Si pudiesen por letras ser patentes  
Los pasos por do fueron los primeros,  
Esceñas cumbres, sierras eminentes,  
La brava multitud de los guerreros,  
Pornian en espanto los presentes  
Y en gran admiracion los venideros,  
Y ternian por hechos soberanos  
Aquellos que resultan de sus manos.

Mas como los que vienen nuevamente  
Hallan ya por allí meson y venta,  
Guisada la comida, y el sirviente  
Humilde para lo que les contenta,  
Nada, viendo no mas de lo presente,  
De lo pasado se les representa;  
Y así no corre mas baja moneda  
Que quien lo conquistó, si vivo queda.

Y no fué cada cual, á lo que veo,  
Menor en allanar dificultades,  
Que el nieto validísimo de Alceo,  
Celebrado de las antigüedades;  
Porque no son las del leon Nemeo,  
Sino mayores monstruosidades,  
Y si los tales eran hechos buenos  
No fueron los de Benalcázar menos.

El cual, dispuesto para la jornada  
Que vistes en la ríhna precedente,  
A la ciudad volvió recién fundada  
Del dicho San Miguel á buscar gente,  
Dejando con caballos aviada  
Aquella que tenia de presente,  
Con Ampudia, que luego hizo via  
A Pasto, donde Atasco residia.

Fué Juan de Ampudia del obedecido  
Por general, supuesto que traía  
Buenos recados y poder cumplido  
Del dicho Benalcázar, que lo invia:  
Cada cual dellos pues apercebido,  
Y el indio que dijimos siendo guía,  
A Bogotá dirigen su cuidado  
En busca y en demanda del Dorado.

(1) Sachatunas son hombres salvajes, y son grandes y velludos.  
Nota de Pablo Sarmiento, quien enmenda Sachatunas por Sacharunas.

Auduvieron gran número de días,  
Rompiendo por montañas despobladas,  
Tristes, lluviosas, cenagosas, frías,  
De luz y de salud desamparadas,  
De por medio las altas serranías  
Y cordillera de sierras nevadas,  
Que dividen la poderosa vena  
Del río Cauca y de la Magüalena.

Viendo cómo la gente perecía  
Y que la tierra daba mala muestra,  
A todos pareció que convenía  
Ir declinando acia la siniestra  
Mano; mas aquel bárbaro porfía  
Que su Dorado dejan á la diestra,  
Y ellos huyendo de los despoblados  
A Cibunday salieron mal parados.

Provincia que tenía sus terrenos  
De buenos alimentos proveídos,  
Donde llegaron ya caballos menos  
Y algunos españoles fallecidos:  
Reformáronse pues en estos senos,  
Estando veinte días detenidos,  
Desde donde salían en cuadrillas  
A descubrir las mas cercanas villas.

Destos una guerrera compaña  
De fuertes caballeros y peones  
Descubrieron el valle de Patia,  
Adonde vieron buenas poblaciones  
Y gente bien armada, que venía  
Con brazaltes, pectos, morriones  
Y otras diversas joyas de oro fino,  
Agradables al campo peregrino.

Rodearon con redes las zavasas  
Para tomar con ellas los caballos:  
Los nuestros, como vieses partes llanas,  
Do pueden á su gusto meneallas,  
Jugaron de las astas castellanas  
Sin temor de las redes ni trasmallas;  
Y así caidos como los enhiestos  
Quedaron de sus joyas descompuestos.

Conclusos los guerreros movimientos  
Y vencida la bárbara braveza,  
Recogieron aquellos ornamentos  
Y á Cibunday volvieron con presteza,  
Alegres, placenteros y contentos  
Por ser indicio de mayor riqueza;  
Y así todos entraron en Patia  
Para ver los secretos que tenía.

Asentaron real-en los ejidos  
Para se defender acomodados,  
Y tres días después de ser venidos,  
Estando del asalto descuidados,  
Fueron de multitud acometidos  
No menos que por todos cuatro lados,  
Cada cual indio con pavés de danta  
Que cubre de los pies á la garganta.

Los rostros con pinturas espantables,  
Muestra de la braveza de sus pechos,  
Caribes, carniceros, detestables;  
Lanzas y dardos eran los pertrechos  
Que defensivos hacen penetrables,  
Por ser de palma, duros y bien hechos;  
Un rüido feroz, un ronco canto  
Que no dejaba de causar espanto.

Escuadras á su modo bien compuestas,  
Regidas por caudillos principales,  
Sobre coronas de oro van enhiestas  
Plumas y colas de otros animales;  
Gran número de redes dejan puestas  
En los caminos y cañaverales,  
Con todos los avisos y recados  
Que suelen en las cazas de venados.

Porque si de sus manos escapase  
O ya caballo, ya peon lijero,  
Allí se detuviere y ocupase  
En los opuestos lazos del sendero,  
Y gente que los pasos reguardase  
Y en ellos devenido carnicero,  
Que cuando cae la fugace caza  
Con mano liberal la despedaza.

Reparte pues Ampudia sus soldados  
Con la presteza que se requería:  
Salen los caballeros bien armados  
Al lado cada cual que le cabía;  
Ciento y setenta son los señalados  
De peones y de caballería,  
Y de los enemigos diligentes  
Sobre tres mil robustos combatientes.

De las robustas y violentas manos  
Ya los jáculos vuelan á porfía,  
En partes rasas y lugares llanos,  
Segun el español apetecía;  
Aumentáanse tes golpes inhumanos,  
Sueva la descompuesta vocería,  
Pelea cada cual donde se halla,  
Sin ver quién hace mas en la batalla.

Porque de tantos eran rodeados,  
Que no se dejan ver hazañas bellas;  
Bien como muchedumbre de nublados  
Impide claridad de las estrellas,  
Hasta tanto que son ahuyentados  
Por secos vientos y parecen ellas:  
Ansí no ven la gloria ni la injuria  
Hasta que ya pasó primera furia.

El de caballo rompe y atropella  
Cambiano aquí y allí lanza no tarda;  
El brioso peon sigue su huella,  
Que con gran vigilancia lo reguarda;  
Cada cual en su puesto hace mella  
Por la gente que via mas gallarda:  
Rompe los aires vagos con gemidos  
La grande multitud de los caidos.

Hierve la furia, crece la matanza,  
Como lobos entre balantes reses,  
Anda lista la punta de la lanza,  
Apresurados pasos y reveses;  
Huelan los de católica crianza  
Por cima de los dardos y paveses;  
Y bárbaros que dellos tienen usos  
Revueltos, descompuestos y confusos.

Finalmente, la gente baptizada  
La priesa que les dió fué de manera  
Que la bárbara, vil y desalmada  
Tuvo por bueno de salirse fuera  
Del compás que tenía la llanada,  
Teniendo por mejor una ladera;  
Y así pusieron tierra de por medio,  
Que fué lo principal de su remedio.

Repararon las gentes españolas,  
Ya deseosos destos intervalos,  
Pero dos con caballos á sus solas  
Fueron tras ellos, y en los pasos malos  
Indios les echan mano de las colas,  
Y allí les daban infinitos palos,  
Y si tan presto no los socorrieran  
Ellos y los caballos perecieran.

Destá manera Florencio Serrano,  
Por quitar á dos indios los joyeles,  
A pié tras ellos fué, mas ya cercano  
Revuelven contra él como lebreles,  
Con paveses y dardos en la mano,  
Segun suelen aquellos infiteles:  
No le bastó rodela ni reguardo  
Para que no lo hieran con un dardo.

Pegáronse con él, vista la flaga,  
Rebatiendo con furia sus pertrechos,  
Para que con humana carne haga  
Los carniceros vientres satisfechos;  
Aprovechóse presto de la daga,  
Atravesando los caribes pechos:  
Escapó dellos y de la herida,  
Y en el presente tiempo tiene vida.

Alguna gente de caballo vido  
Aquel conflicto y afición notoria,  
Y no pudo ser dellos socorrido,  
Por no hallarse via transitoria:  
Al fin él, puesto caso que herido,  
Volvió con ricas joyas y victoria;  
Y todos sin mortífera querrela  
Allí tuvieron razonable pella.

Descansaron la noche, y otro día  
 Parte de los caballos y promes  
 Recorren aquel valle de Patía,  
 Descubriendo bien puestas poblaciones,  
 De las cuales la gente les huía  
 Sin intentar beligeras cuestiones:  
 Hallaban proveídas las posadas,  
 Y así hacían cortas las jornadas.

Yendo pues nuestra gente castellana  
 Mirando bien el uno y otro seno,  
 Subieron con frescor una mañana  
 A parte que mostró mejor terreno,  
 Crecida población en tierra llana,  
 Y de grata labor el campo lleno:  
 Tierra de Popayán, de cuyas venas  
 Dorados granos daban manos llenas.

Era la fuerza deste principado,  
 Que Popayán tenía por segura,  
 Un espacioso fuerte rodeado  
 De guadubas nativas y espesura  
 De cerca, que tenía cada lado  
 Sobre cincuenta pasos en anchura:  
 La cual cerca, demás de ser tan gruesa,  
 Era sobremanera muy espesa.

Son cañas altas, huecas, pero duras  
 Tanto que no terné por gran esceso  
 Comparallas en estas escripturas  
 A la dureza del humano hueso:  
 Largos cañutos son sus coyunturas,  
 Como muslo de un hombre lo mas grueso;  
 Allí muy enhetradas y nacidas  
 De muchos años y de largas vidas.

Pues como viesén ir nuestros soldados  
 Los que dellos estaban en espera,  
 Siendo de centinelas avisados,  
 Del cercado que digo salen fuera  
 Cantidad de tres mil hombres armados,  
 A fin de les tomar una ladera,  
 Con posturas gallardas y lozanas,  
 Paveses, dardos, lanzas y macanas.

Innumerables joyas fanfarronas  
 Del oro quel latino llama puto,  
 Con pectos, brazaletes y coronas  
 Que son segun caperuzas de luto,  
 De bija rubricadas las personas,  
 Alarde y escuadron no mal instruto,  
 Y cargadas de dardos mil mujeres  
 Que servían en estos menesteres.

El alto pues tomó nuestro cauillito  
 Primero que la gente de Poporo,  
 Y tanto metal vieron amarillo  
 Que con la muestra de mayor tesoro  
 Dijo riendo Miguel de Trujillo:  
 « ¡ Oh! plegue á Dios, amén, con tanto oro;  
 Buen ánimo, buen ánimo, cristianos,  
 Que bien teneis donde llenar las manos. »

Acometiéronles desde las cuestras  
 Para quitar las crestas á los gallos;  
 Mas ciénagas hallaron contrapuestas,  
 Impedimento para los caballos:  
 Llevaban solamente tres ballestas  
 Y amparo de quien sepa reguardallos,  
 Y destas ayudados los peones  
 Pasaron empleando los harpones.

Con valor admirable pelearon,  
 Y furia de los indios resistieron,  
 Hasta que los caballos ya pasaron  
 Por cómodo lugar que descubrieron;  
 Con gran obstinacion indios cargaron,  
 Y con mayor los nuestros combatieron,  
 Aunque no con avisos convenientes  
 Por se hallar en partes diferentes.

Uno de los jinetes se abalanza  
 Solo, sin tomar término medido,  
 Mas de la mano le sacó la lanza  
 El bárbaro con ella mal herido;  
 Tomara con la misma la venganza,  
 A no ser de españoles socorrido,  
 Quitándola con dalle mortal sueño,  
 Y así se la volvieron á su dueño.

No muestra Juan de Ampudia lanza vana  
 Pues la trae de sangre rubricada:  
 Mas por un principal dura macana  
 Con tan terrible golpe fué librada,  
 Que le quitó y echó por tierra llana  
 El fuerte morrion ó la celada:  
 El noble capitán se vió perdido,  
 Y en aquel punto euasi sin sentido.

Como lo vieron con algun sosiego,  
 Algo turbada la guerrera mano,  
 Cargó sobrel impetuoso fuego  
 Y multitud de bárbaros cercano:  
 Francisco de Aguilar acudió luego  
 Juntamente con Florencio Serrano,  
 Y en escapándose de la canalla  
 Volvió con mas rigor á la batalla.

Rompe la lanza pechos y ternillas  
 De los que con mas brio se declaran;  
 Las verdes yerbas, rojas y amarillas,  
 Con sangre de los miseros se paran;  
 Finalmente, las bárbaras cuadrillas  
 Atónitas el campo desamparan:  
 Los españoles ponen su cuidado  
 En tomar las entradas del cercado.

Dos eran, una de otra separada,  
 Que miran al oriente y occidente,  
 Angosta cada cual en el entrada,  
 Pues un caballo cabe solamente:  
 Entraron sin rencilla porfiada  
 Por haberse huido ya la gente:  
 Hallaron grano y otros alimentos,  
 Y bien acomodados aposentos.

Aquestos se hicieron mas abiertos  
 Para dormir el campo peregrino:  
 Tomaron de los vivos y los muertos  
 Grande copia de joyas de oro fino;  
 Van á Patía mensajeros ciertos,  
 Y el capitán Añasco luego vino,  
 Do celebraron la sagrada fiesta  
 De Todos Santos, con la mano presta,

Año de treinta y cinco de la era,  
 Con mas un mil y cinco veces ciento.  
 Allí pues reformada la bandera,  
 Dejaron á los indios el asiento;  
 Fueron por el compás desta frontera  
 Continuando su descubrimiento;  
 Hallaron cuatro leguas del cercado  
 El pueblo Popayán conmemorado.

Crecida población en gran manera,  
 Y toda suntuosa casería,  
 Mas sola paja cubre la madera;  
 Y entrellas una casa que tenía  
 Cuatrocientos estantes por hilera,  
 Tan grueso cada cual, que no podía,  
 Por una y otra parte rodeado,  
 Ser de dos españoles abrazado.

Catorce los horcones, y cualquiera  
 El mayor que producen las florestas;  
 Admiracion causaba la cumbreira  
 Por verse pocas plantas como estas;  
 Casa decían ser de borrachera  
 Donde solían celebrar sus fiestas:  
 Alojáronse pues en un recodo  
 Ellos y bestias y el servicio todo.

Mas luego vieras sacudir las plantas  
 Y dar mil brinco el caballo laso,  
 Porque niguas y pulgas fueron tantas  
 Que no se vió reposo mas escaso:  
 Y así cubiertos hasta las gargantas  
 Los echan del lugar mas que de paso,  
 De manera que les hicieron guerra  
 En vez de los vecinos de la tierra.

Los cuales con temor de nuestra gente  
 Habían ya dejado sus culturas,  
 Con las mujeres, hijos y adherente,  
 Que pudieron en tales coyunturas;  
 Y así los bárbaros tan solamente  
 Les daban grita desde las alturas,  
 Sin descender á los lugares llanos  
 Ni venir por entonces á las manos.

Con el desgusto pues el caminante  
 Con que de la gran casa salió fuera,  
 Un poco caminó mas adelante  
 Alojándose mas á la ribera  
 De Cauca, donde por ser importante  
 El Ampudia mandó hacer bandera,  
 Para que cuando necesaria fuere  
 Pugnen con orden tal cual se requiere.

Fué Florencio Serrano con oficio  
 De alférez por Ampudia señalado,  
 Y al tiempo del divino sacrificio  
 Por Garcí Sanchez el beneficiado,  
 Que fué después en este beneficio  
 Primero (por habello trabajado),  
 Esta primer bandera se bendijo  
 Dia del (por Egeas) Crucifijo.

Mas por entonces no se pretendia  
 Dejar en Popayán pueblo fundado,  
 Porque tenían ojo todavía  
 A los descubrimientos del Dorado:  
 Habíaseles muerto ya la guía  
 Que las noticias les había dado,  
 Y la tal ocasion no fué bastante  
 Para que no colasen adelante.

Y así por do ventura los aplica  
 Prosiguen adelante su camino  
 Hasta cerca de Cali, tierra rica,  
 Donde hallaron peines de oro fino,  
 Con otra cantidad que certifica  
 Ser próspero caudal el del vecino:  
 Casas pajizas, pero con primores,  
 Absentes dellas ya los moradores.

Entrellas muchas chozas muy pequeñas,  
 Redondas, do varon jamás entraba,  
 Por ser albergues hechos para dueñas  
 El tiempo que su menstreo les duraba,  
 Donde ni por palabras, ni por señas,  
 Con ellas nadie se comunicaba,  
 Ni consenten que cosa dé ni tomen,  
 Y á la puerta ponían lo que comen.

Yendo pues prosiguiendo su conquista,  
 Escudriñando valles y rincones,  
 Dieron al rio de Xamundí vista,  
 Por sus riberas grandes poblaciones:  
 Allí hallaron gente que resista,  
 Lucidos y compuestos escuadrones,  
 Con coronas, con pechos y brazales  
 Del mas alto metal de los metales.

Esplean, mas hay atascaderos,  
 Para poder llegar á ellos antes,  
 Impedimento de los caballeros:  
 Pero juzgando ser allí bastantes,  
 Pasaron como sueltos y lijeros  
 Con Florencio Serrano los infantes:  
 Suenan los golpes y el furor se enciende,  
 Para dar fin á lo que se pretende.

A las joyas el español anhela,  
 El bárbaro defiende sus cabañas:  
 Hierve la confusion y el tiro vuela;  
 Aquí y allí se daban buenas mañas;  
 Hay dardo que traspasa la rodela,  
 Y espada que descubre las entrañas;  
 Descarga golpe la macana presta,  
 Mas no se tarda la mortal respuesta.

Estuvo la victoria pues perpleja  
 Por la fuerza del bárbaro gentío;  
 Mas el espada tanto los aqueja  
 Que les forzaron á pasar el rio;  
 A los nuestros el pueblo se les deja  
 Con cantidad de joyas y atavío:  
 Aumentó su temor para dejallo  
 Ver apriesa venir los de caballo.

En este mismo pueblo se ranchean  
 Como salieron con sus intenciones;  
 Luego miran, trastornan y catean  
 Los nuevos moradores los rincones;  
 Hallaronse del oro que desean  
 Águilas finas, pechos, morriones,  
 Y en el remate de un buhío vido  
 El alférez el suelo removido.

Con el hierro de la bandera cala,  
 Y el asta mete con entrambas manos:  
 Encontró con finísima chaguala  
 Que pesaba trescientos castellanos;  
 Entraron otros soldados en la sala  
 Con manos prestas y con piés livianos,  
 Y en este mismo hoyo que cavaron  
 Otros cinco mil pesos se hallaron.

Por ser aquel asiento sospechoso  
 Y no tener salidas á contento,  
 Tuvieron pocos dias de reposo,  
 Y fueron á buscar mejor asiento  
 Orillas de aquel rio caudaloso  
 Que de Cauca tenia nombramiento,  
 Donde con guadubas hicieron fuerte,  
 El cual fué fabricado desta suerte:

Cortaron muchas en el espesura  
 Que contenia cantidad inmensa,  
 Y á la parte de tierra se procura  
 Hacer con ellas una cerca densa;  
 A la banda del agua, mas segura,  
 El rio les servia de defensa  
 Contra los otros, por les ser remedio  
 Tener aquel gran rio de por medio.

Aquellos ven desde sus vecindades  
 En la barranca ranchos forasteros,  
 Y á causa de saber las novedades  
 Envían por el agua mensajeros;  
 Los nuestros procuraron amistades,  
 Llamándolos con rostros placenteros,  
 Y así por ruegos de la gente blanca  
 Ovieron de llegar á la barranca.

Diéronles cuchillejos y machetes,  
 Algunas estragadas herramientas,  
 Ciertas albaneguetas y bonetes,  
 Corales y otras vidriosas cuentas:  
 Fueron aquestos dones alcabuetes  
 Para hacer allí gentes atentas  
 A la contractacion cotidiana  
 Que tenían á tarde y á mañana.

Y no solo varones acudian  
 A tales ferias y contracto pio,  
 Pero también mujeres se alrevian  
 A pasar á lo mismo por el rio:  
 Diré de la manera que venían,  
 Que no será ficcion ni desvario,  
 Sino pura verdad y certidumbre,  
 Segun en lo demás es mi costumbre.

En una gruesa caña cabalgando,  
 Y en ella de su vino cierta pieza  
 Como botija, con los piés bogando  
 Donde su voluntad las endereza:  
 Con rueca y huso todas van hilando,  
 Cesta de fructa sobre la cabeza,  
 Y así pasan el rio mas derechas  
 Que por carreras llanas y bien hechas.

Juan de Ampudia después envió fuera  
 A cien personas bien aderezadas  
 Para pasar aquella cordillera  
 Que llaman por allí sierras nevadas:  
 Hallaron ser difícil la carrera  
 Para ver las vertientes deseadas,  
 Y en mas de treinta leguas de camino  
 Nunca se vido paso sin vecino.

Poblados montes y las partes rasas,  
 Los fondos valles hasta los altores,  
 Y pueblo se ballaba de mil casas  
 Grandes, de seis y siete moradores  
 En cada una, donde de sus brasas  
 Y humos divididos son señores,  
 Con hijos y mujeres y sirvientes  
 Albergados en partes diferentes.

Cada cacique guarda su cabeza  
 Sin divertirse de su pertenencia,  
 Los subditos convoca y adereza,  
 Y hace la posible resistencia.  
 Era caudillo Francisco de Cieza,  
 Que contrastaba bárbara poteteta,  
 Con cuya prontitud contraria saña  
 Antes recibe daño que les daña.

Continuando siempre la porfia  
Y pelea, do quiera que llegaron,  
Tanto que cinco veces en un día  
Con unos mismos indios pelearon :  
Nadie de sus vecinos se valia,  
Ni los unos á otros ayudaron,  
Sin junta general ; mas á hacella ,  
Con gran dificultad salieran della.

En el discurso pues deste viaje,  
De que prolija relacion no hago ,  
Llegaron á las tierras y paraje  
Donde después fundaron á Cartago ;  
Y viendo tanta multitud salvaje  
Que de congregacion hacen amago,  
Determinaron de volver al fuerte  
Con seis heridos, aunque no de muerte.

Hallaron de salud impedimento  
A causa de la vecindad del rio,  
Mucho servicio sin vital aliento,  
Y lo vivo sin fuerzas y sin brio ;  
Y así luego mudaron el asiento  
A Cali , prepotente señorío,  
Donde hicieron poblacion fundada  
Que la villa de Ampudia fué llamada.

Estando centinelas á la mira,  
Un escuadron crüel fué descubierto,  
El cual llegó con increíble ira  
Y un negro del Añasco quedó muerto ;  
Mas fuerza de caballos los retira  
Y los hizo volver con desconcierto ,  
Sin que fuese bastante su rencilla  
Para no proseguir la nueva villa.

Pocos dias después destas cuestiones,  
Españoles corrieron la frontera,  
Y entonces descubrieron los gorriones.  
Gente que les caía mas afuera ;  
Pero volviéronse con intenciones  
De ver la mas cercana cordillera  
En demanda del gran cacique Pete,  
A quien lo mas de Cali se somete.

Seis caballeros son, treinta peones,  
Soldados viejos, diestros y aleutados,  
Que por los mas enhiestos reventones  
Suben con los escudos embrazados ,  
Apresurando siempre los talones  
Entre tanto que no son contrastados ;  
Y así llegaron sin que se detienda  
Donde Pete tenia su vivienda.

Vieron en uno de sus aposentos  
Monstruosidad que los escandaliza ,  
Cueros de indios sobre cuatrocientos  
Colgados, todos llenos de ceniza,  
Cuyas carnes sirvieron de alimentos :  
Uso que por allí se solemniza ;  
Y en otras casas, desta suerte llenos,  
También á seis y á diez, y á mas y á menos.

Segun victoriosos las banderas  
Que ganaron de sus competidores,  
Ó como las pellejas de las fieras  
Que cuelgan los monteros de señores ,  
Estas mas brutas y mas carniceras  
Ostentan desta suerte sus fueros ,  
Y aquel era mejor y mas honrado  
Que mas indios había desollado.

En estos inhumanos pareceres ,  
Costumbres duras y desaforadas,  
Entraban ansimismo las mujeres  
Que solian cazar y ser cazadas,  
Y así por sus enojos ó placeres  
Tenian las pellejas abumadas :  
Eran también crüeles y homicidas,  
Y solian comer y ser comidas.

Huyóles á las gentes castellanias  
Pete, como llegaron á su tierra ,  
Mas luego convocó las comarcanas  
Después que mas entraron en la sierra :  
Alistan dardos, arcos y macanas ,  
Con los demás pertrechos para guerra ;  
Un paso ven los nuestros por delante  
Para los moradores importante.

Era profunda y áspera quebrada  
Forzoso paso para su viaje ;  
Reconoció la gente bautizada  
Los intentos del escuadron salvaje ;  
Pero la presta barra y el azada  
Aprieta hizo cómodo pasaje ;  
Y así, cuando llegó contrario marte,  
Tenian ellos la contraria parte.

Usaron desta buena diligencia ,  
Que los libró de grave pesadumbre,  
Antes que la clarifica presencia  
Del sol los visitase con su lumbre ;  
Pues allí la mas firme resistencia  
Era de su salud incertidumbre,  
Por no tener espacio los caballos  
Cómico, donde puedan meneallos.

Ya cuando los febeos resplandores  
Calentaban las gentes convencinas,  
Cubiertos vieron todos los altos  
De los que van tras nuestras peregrinas  
Aqui y allí resuenan atamores ,  
Cóncavos caracoles y bocinas,  
Animándolos el cacique Pete  
Que por diversas partes acomete.

Manifestaba bien ser gente rica .  
Segun las joyas y gallarda traza ;  
Entre los escuadrones la cacia  
Y otras mujeres muchas, ó con maza,  
Ó con grueso baston, ó larga pica ,  
Para las emplear en esta caza,  
Con que pensaban ocupar las brasas  
Y colgar los pellejos en sus casas.

De jáculos y piedras va volando  
Sobrellos un espeso torbellino ;  
Vanse los españoles adargando  
Por el orden mejor que les convino ,  
Los mos á los otros reguardando  
Y siempre prosiguiendo su camino ;  
Los indios apartados de su huello  
No les daban un punto de resuelto.

No con trabada mano se litiga,  
Por tener lo mas alto la canalla ;  
Calor y sed y hambre los fatiga,  
Sin que les den lugar á mitigalla ;  
El agua ven, al paladar amiga,  
Pasan por ella, no pueden gustalla ,  
Que no se lo permite ni consiente  
De los espesos tiros la creciente.

Defendiéndose van desta manera ,  
Del escuadron cristiano nadie lesa,  
Hasta que Titan en la cuarta esfera  
Puso su resplandor en igual peso ;  
Y habiendo demediado su carrera  
Fueles bien menester valor y seso ,  
Porque lengua mordaz de la cacia  
Con tal reprehension á todos pica :

« O gente baja, vil, floja, cobarde ,  
Digna de feminino nombramiento ,  
¿ Es posible que tanto tiempo tarde  
Con tan pocos venir á rompimiento ,  
Y que la parte nuestra mas guarde,  
Habiendo para uno mas de cinco ?  
Romped, rompéd, y apechugá con ellos  
Y asildes de las barbas y cabellos.»

Quedaron tan confusos y corritos  
De lo que dijo la mujer de Pete ,  
Que como de demonios revestidos  
Luego cada cual dellos arremete ;  
Mas no fueron los nuestros removidos,  
Antes menos ganó quien mas se mete ,  
Porque vieras allí lanzas y espadas  
Por ijares y pechos traspasadas.

Aquí vieras cabezas ir rodando ,  
Allí regar la tierra roja vena ,  
Ir unos con las tripas arrastrando ,  
Otros tenderse por aquel arena ,  
Brazos caídos, manos palpitando  
Que de los cuerpos el furor cercena ,  
Mostrando claramente ser mejores  
Los que eran en el número menores.

Como flujo de mar que la corriente  
De los pequeños ríos entorpece,  
Haciéndolos volver acia su fuente  
Si verna sequedad los enflaquece,  
Mas en tiempo de lluvias su crecimiento  
Contra marinas ondas prevalece.  
Tanto que por gran trecho se señala  
El agua dulce dentro de la mala:

Así los que ya iban con intento  
De retraer los pasos y la lanza,  
Aquel encarnizado rompimiento  
Trocó de tal manera la templanza,  
Que con ensangrentado crecimiento  
Prevalecieron contra la pujanza  
Que los entretenía no sin miedo,  
Antes que se probasen á pié queño.

Algunos de los nuestros lastimaron  
Los tiros de la bárbara cuadrilla,  
Aunque ningunos dellos peligraron;  
Pero por evitar mayor rencilla  
De dar la vuelta se determinaron  
A los albergues de la nueva villa,  
Y porque el sol estaba ya cubierto  
Tomaron por amparo cierto puerto.

Allí tuvieron vigilante ronda,  
Viendo cubiertos los demás altores  
De gente de macana, dardo, honda,  
Que los atormentaban con clamores,  
Sin quitarse jamás de á la redonda,  
Tocando mil bocinas y atambores,  
No concediendo punto de sosiego  
Cuando lo suele dar el nubló ciego.

Mas cuando resplandor de la mañana  
Ahuyentaba la nocturna lumbre,  
Con gran orden la gente castellana  
Comenzó de bajarse de la cumbre,  
Y de los bárbaros la mas lozana  
Siempre les iba dando pesadumbre;  
Las mujeres también destas aldeas  
Los amenazan con palabras feas.

Porque tras ellos van por las laderas  
Llamándolos ladrones, robadores,  
Las cuales de por sí tienden bandera,  
Y ansimismo tocaban atambores:  
Llevan macanas, lanzas, tiraderas,  
Agudos y volantes pasadores,  
Sin dejar reposar bando cristiano  
Hasta que ya lo vieron en lo llano.

Ningun bárbaro mas el pié levanta  
Ni quiso descender á llana vía:  
Los nuestros fueron á su nueva planta,  
Donde su capitán los atendía;  
Llegaron martes de Semana Santa,  
Año de treinta y seis que ya corría,  
Pero por ser los curas ignorantes,  
La celebraron ocho días antes.

Estando celebrando soberanos  
Misterios, aunque fuera de su día,  
Supieron de los indios comarcanos,  
Mediante lengua que los entendía,  
Cómo crecida copia de cristianos  
Entraba por aquella serranía,  
Siguiendo sus pisadas y sus huellos,  
Y que venían en demanda dellos.

No supieron quién eran de presente,  
Y el capitán Ampudia se recela,  
Imaginando que sería gente  
De los de Santa Marta ó Venezuela;  
Y así con el recato conveniente  
A todas horas hubo centinela,  
Porque solían resultar cuestiones  
Del término de las gobernaciones.

Pues hartas veces vimos furias sueltas  
Sobre las tierras en gobierno dadas,  
Contenciosos bandos y revueltas,  
Cabezas locas bien ensangrentadas,  
Y no pocos soldados á las vueltas  
Muertos de las espesas cuchilladas,  
Y unos y otros en aquel instante  
La voz del rey poniendo por delante.

Aquesta gente pues bien informada  
De que venían ya por la frontera,  
Determinaron ir de mano armada  
Para saber de qué gobierno era:  
La vista dellos fué regocijada  
Desque reconocieron la bandera,  
Por ser su Benalcazar que venía  
Con peones y gran caballería.

Multiplicáronse contentamientos  
Del Ampudia con los recién venidos,  
Usando de los nobles cumplimientos  
Que suelen los amigos conocidos:  
Vinieron á los nuevos aposentos,  
Do fueron regalados y servidos,  
Que sería lo mas cotidiano  
Un poco de pescado y algun grano.

Después que descansaron algun día,  
Por Benalcazar fué determinado  
Que lleven adelante la porfía  
De los descubrimientos del Dorado;  
Mas para yo llevar la misma vía  
Siéntome de presente fatigado,  
Y así, primero me será forzoso  
Tomar algun espacio de reposo.

### CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo Benalcazar despobló la villa de Ampudia y pa adelante con toda la gente que tenía, con esperanzas de hallar tierra de mayor grandeza; y así por él y por sus capitanes se tentó por diversas partes aquel compás que hoy se llama gobernación de Popayán.

La condicion del corazon humano  
Con tales esperanzas se halaga,  
Que cuantas mas riquezas á la mano,  
Menos la codiciosa sed apaga:  
Y en el noble varon y en el villano  
Antigua suele ser aquesta plaga,  
Porque la hambre de crecida renta  
Cuando mas come queda mas hambrienta.

Bien vido Benalcazar el provecho  
Que la tierra que huella promedia,  
Y segun el concepto de su pecho  
El mando y el gobierno pretendia;  
Mas aunque de las muestras satisfecho,  
Otra cosa mejor apelecia;  
Y así, debajo de mejorar silla  
Por él se despobló la nueva villa.

A la parte caminan del oriente  
Donde su voluntad les aconseja,  
Y el capitán Miguel Muñoz con gente  
Al río que llamaron de la Vieja,  
Por una con quien dieron de repente  
Llena de espesas rugas la pelleja,  
Pero con tantas joyas su persona  
Como si fuera moza fanfarrona.

No porque la pintó natura fea,  
Mas el tiempo trocó formas primeras,  
Y así suplia lo que ser desea  
Con brazales, collares y orejeras;  
Cinta de oro batido le rodea  
El vientre, los ijares y caderas,  
Las cuales joyas en ajenas manos  
Pesaron ochocientos castellanos.

Luego Miguel Muñoz la desembarga  
Debajo de clemente mansedumbre,  
Con lastima de ver edad tan larga  
Traer á cuestas tanta pesadumbre;  
Mas él no rehusó llevar la carga  
Ni de subir con ella por la cumbre,  
Y así volvió con muestra placentera  
Adonde Benalcazar los espera.

Volvieron otra vez á los gorrónes,  
Donde deseo de poblar los llama;  
Mas en sus estendidas poblaciones  
Nunca hicieron permanente cama:  
Continuáron peregrinaciones,  
Pasaron por Encerma y por Cartama,  
No sin grandes contrastes de guerreros,  
Pantanos, ciénagas y atascaderos.

Con pérdida de hombres y caballos  
 Por incultas montañas y espesuras,  
 Do los dejaban sin poder sacallos,  
 Con trabajos de tantas desventuras  
 Que no podrán particularizarlos  
 Otras mas ampliadas escrituras:  
 Al fin, dejadas estas estaciones,  
 Vuelven tercera vez á los gorriones.

Desde donde con cierta compañía  
 De treinta dellos cada cual lijero,  
 El general Benalcázar envía  
 Al diestro capitán Juan Ladrillero  
 A descubrir dónde la mar batía  
 Y ver la costa como marinero,  
 Para dejar en ella descubierta  
 Algun ancon ó conviniente puerto.

En Ladrillero hizo nombramiento  
 Por ser en cosas de la mar esperto;  
 Y era de Benalcázar el intento,  
 Si por allí pudiera hallar puerto,  
 Ir á pedir el adelantamiento  
 De la tierra que habia descubierta,  
 Pues al marqués Pizarro no podía  
 Hurtar el cuerpo por contraria vía.

Guió pues Ladrillero sus sodales  
 Treinta dias ó mas por el altura,  
 Mas los opuestos bosques y breñales  
 No dan lugar á lo que se procura;  
 Topaban con algunos naturales  
 Que en barbacoas hacen su cultura,  
 De donde cada cual se defendía,  
 Y cuando mas no puede se húa.

Porque estaban de guadubas cercados,  
 Nativas que llegaban á lo alto,  
 Y en viéndose los indios aquejados,  
 No pudiendo librarse del asalto,  
 A las flexibles plantas abrazados  
 Daban un gran vaivén para su salto,  
 Y sin se desasir hacian vuelo  
 Hasta poner los piés en fijo suelo.

Que la guaduba verde se domeña  
 A la parte que tira quien colgado  
 Va della, sea ya varon ó dueña,  
 Uso que tienen bien ejercitado;  
 Era guarida la cercana breña  
 Que los rodea por cualquiera lado,  
 Y así desaparecian en un punto,  
 Pues saltar y huir andaba junto.

Esto hacian con tan gran destreza  
 Maridos y mujeres y menores,  
 Que podía pasar por gentileza  
 Entre los escogidos trepadores;  
 De suerte, que con esta lijereza  
 Dejaban frios á los vencedores,  
 Quedando cada cual dellos ayuno,  
 Sin poder tomar uno ni ninguno.

Visto que no valian buenas mañas  
 Para poder tomar alguna guía,  
 Y que por el emhargo de montañas  
 Aquel camino se les impedia,  
 Acordaron volver á las cabanias,  
 Donde su general los atendía,  
 Hambrientos y los mas dellos enfermos,  
 Y otros que perecieron en los yermos.

Luego por todos fué determinado  
 Volver á Cali, porque les parece  
 Que gozarán, tentiéndolo poblado,  
 Del fruto que la tierra les ofrece:  
 Por Benalcázar fué pueblo fundado  
 Allí, que con el nombre permanece  
 De Cali, donde hizo nombramiento  
 De cabildo, justicia y regimiento.

El un alcalde fué Pedro de Ayala,  
 Y Anton Redondo regidor primero;  
 A los demás que entraban en la sala  
 De sus acuerdos, yo no los refiero,  
 Porque la relacion no los señala  
 Ni los vivos la dan como yo quiero;  
 Pues aunque por mis cartas los exhorto,  
 El que mas dice dellos queda corto.

Dejando pues presidio conviniente  
 Para seguridades del vecino,  
 Miguel Muñoz fué puesto por teniente,  
 Y Benalcázar con su buen destino  
 Tomando lo restante de la gente,  
 A lo de Popayán hizo camino:  
 Fundóse la ciudad en el asiento,  
 Do vieron antes el gran aposento.

Hizo sus diligencias y procesos,  
 En obediencia del real escudo,  
 Y porque barruntaba los escesos  
 Del bárbaro traidor, feroz y crudo,  
 Con palenques de guadubas espesos  
 Se fortaleció lo mejor que pudo,  
 Año de treinta y seis el mes postrero  
 Del cómputo que corre desde enero.

No fueron excusadas ni baldías  
 Las prevenciones y las diligencias,  
 Porque todas las noches y los dias  
 Venian á guerreras competencias:  
 Hubo continuadas baterías  
 Y bien ensangrentadas resistencias;  
 Mas ni por sangre ni por medio bueno  
 A su sultura pueden poner freno.

No se pasaba dia sin bullicio  
 Ni noche que quieta se durmiese;  
 Velar y pelear es el oficio,  
 Sin que ninguno resposar pudiese;  
 Mataban los indios de servicio  
 Al descuido menor que se tuviese,  
 Y en un momento, ya varon, ya heubra,  
 Por la cürel canalla se desmiembra.

Partiéndolos pedazo por pedazo  
 Y dividiendo cada coyuntura,  
 El uno lleva pierna, el otro brazo,  
 Otro las tripas sin el asadura,  
 Otro riñones, higados y bazo,  
 Si no podía mas por la presura  
 Y revuelta de la gente malina,  
 Andando todos á la rebatina.

Sus bocas son no menos carniceras  
 Que las de bravos tigres y leones,  
 Antes aventajados á las fieras,  
 Hienas, cocodrilos y dragones,  
 Esceden en crueldad á las panteras  
 Y tienen muy peores condiciones;  
 Y aun el dia de hoy gente de España  
 No les puede quitar aquella maña.

No reposaban mucho las espadas  
 De nuestros españoles circunspetos,  
 Pues viendo que estas gentes alteradas  
 Perdian el temor y los respetos,  
 Les dieron tres ó cuatro trasnochadas,  
 Tales que ya vivian mas quiéto,  
 Y así con el rigor de los castigos  
 Granjearon algunos por amigos.

Viendo que del cercano circuito  
 Venian ya de paz con lisa frente,  
 Acordó Benalcázar ir á Quito  
 A recoger caballos y mas gente;  
 A Popayán le señaló distrito  
 Y al Anipudia nombró por su teniente;  
 Quedó Pedro de Añasco por alcalde,  
 Que no supo comer el pan de balde.

Con Pizarro se vió dándole cuenta  
 De su peregrinar y de lo hecho:  
 Particularidades representa,  
 Pero no los conceptos de su pecho:  
 Dijo ser tierra donde se cimiento  
 Con minas de grandísimo provecho,  
 Aunque por ser su gente belicosa  
 Seria la conquista trabajosa.

Pizarro se holgó con su presencia  
 Y de la buena nueva que traía;  
 Confirmóle de nuevo la tenencia  
 Con mas largo poder del que tenía,  
 Y diósele sin limite licencia  
 Para hacer la gente que queria;  
 Mas no pudo hallar aviamiento  
 Tan presto como fué su pensamiento.



Porque buscando por diversas vías  
Soldados, consumió mas de un invierno,  
Y recogidas buenas compañías  
Del viejo morador y del moderno,  
Volvió con ellos á las serranías  
Adonde se plantaba su gobierno,  
Año de treinta y ocho por las flores  
Del mes llamado mayo de mayores.

A Popayán llegó con gran armada  
En este mes y por la dicha era,  
Cuya venida fué regocijada  
De todos los que estaban en espera,  
Por estar nuevamente rebelada  
La mas gente de aquella cordillera  
Y tan alborotados los terrenos  
Que miedo de morir era lo menos.

Mas viendo gente nueva castellana  
Muchos se redujeron á sosiego,  
Movidos de temor mas que de gana  
Que tuviesen de mitigar el fuego,  
Ni jamás voluntad tuvieron sana;  
Antes conformes en el odio ciego  
Disimulaban en el apariencia  
Enemistad, rancor, malevolencia.

Esperando sazón y coyuntura  
Correspondiente con sus pensamientos,  
Que no siempre concede la ventura,  
Antes suele cortar tales intentos,  
El Benalcázar pues luego procura  
Hacer las suertes y repartimientos,  
Para que cada cual con oro y frutos  
A sus amos acuda con tributos.

Después viendo su gente descansada,  
De mas premio y honor estimulado,  
A su rancho llamó la mas granada  
Para manifestalles su cuidado,  
Cerca de proseguirse la jornada  
Y noticia que tienen del Dorado;  
Y congregados los de mas estima,  
Con este parlamento los anima:

«Caballeros, el tiempo nos conviende,  
Y nuestro propio punto nos exhorta  
A poner en efecto la partida  
Eu demanda de lo que mas importa,  
Porque para gozar próspera vida,  
Aquesta tierra me parece corta,  
Y aquella do quereis hacer empleo  
Podrá mejor cumplir vuestro deseo.

» Y pues, bendito Dios, estamos sanos  
Y bien apercebido nuestro bando  
De caballos lijeros y lozanos,  
Vamos estas riquezas indagando,  
Antes que nos las quiten de las manos  
Algunos que las vengan rastreando;  
Porque, como sabeis, por muchas bandas  
Corren descubrimientos y demandas.

» Y en noticia que da tal esperanza,  
Cuanta mas brevedad menos se yerra,  
Porque de flojedad y de tardanza  
La próspera fortuna se destierra:  
Sea pues la primera nuestra lanza  
Que tome posesiones en la tierra,  
Donde demás del aprovechamiento  
Terneis para con Dios merecimiento.

» Pues no cebará tanto su garganta  
En estas tierras infernal abismo,  
Dándoles mandamientos de fe santa,  
Y el agua de católico bautismo;  
Haremos de ciudades nueva planta  
Eu medio deste rudo barbarismo,  
Para que vengan en conocimiento  
De aquel que les dió ser y da sustento.

» Aquí porque sustenten lo poblado  
Y al bárbaro se pueda poner rienda,  
En cada pueblo quedará recado  
Con que de movimientos se defienda:  
Hombres son de valor y de cuidado  
Los que de buenas suertes tienen prenda,  
Y unas veces por paz, otras por guerra,  
Ellos allanarán los de su tierra.

» Trescientos hemos de ir este camino,  
Los ciento de caballos proveidos,  
Que bastarán con el favor divino  
Por ser varones diestros y rompidos;  
A los que son caudillos les asino  
Los que tienen de ser apercebidos:  
Aliste cada cual sus compañías  
Porque salgamos de hoy en ocho días.»

Dijo su voluntad, y los presentes,  
Atentos á la práctica propuesta,  
No mostraron las suyas diferentes,  
Segun se coligió de la respuesta;  
Tomaron á su cargo los agentes  
De hacer cada cual su gente presta,  
Tan buenos, que menor dellos tenia  
Punto, valor, esfuerzo, bizarría.

Con armas necesarias, y cualquiera  
Proveido de seda, lienzo, paño,  
Aunque la duración del tiempo fuera  
De segundo, tercero y cuarto año;  
Van Juan de Ampudia, Añasco, Juan Cabrera,  
Martiniáñez, Tafur, Juan de Avendaño,  
Luis de Sanabria, que estos tres postreros  
En Cubagua también fueron guerreros

llamados pues del tiempo ya propicio,  
Prados con flores, plantas con coronas,  
Para salir al militar oficio,  
Pusieron muy en orden sus personas,  
Muchos indios é indias de servicio  
Que por acá llamamos yanacunas,  
Y en busca de region mas eminente  
Caminaron la via del oriente.

Dejando los albergues agradables,  
Los campos y zanas apacibles,  
Por las montañas van inhabitables  
Y lugares que son inaccesibles,  
Y con trabajos tan intolerables  
Que no pueden pintarse de terribles:  
Obscuros bosques, ásperos breñales,  
Avolcanadas tierras, cenagales.

En cuyas espesuras y conveses,  
Sin hallarse recurso de cultura,  
Peregrinaron mas de cuatro meses  
Subjectos á continua desventura;  
Con estos infortunios y reveses,  
Algunos ocultó la sepultura,  
Y al fin fueron á dar á las llanadas  
De Neiba, que hallaron bien pobladas:

Tierra de fertilisimas labores  
Y campo que hartura prometia,  
Adonde ni los frios ni calores  
Se podian juzgar á demasia,  
Aunque tienen aquestos moradores  
Igual siempre la noche con el dia,  
Por ser debajo del ecuante cinco  
Por quien un polo y otro fué distinto.

En aqueste terreno provechoso,  
Contrario de pasadas inelemencias,  
Que lo hacian ser mas deleitoso  
Y de maravillosas influencias,  
Tuvieron muchos dias de reposo,  
Aunque no sin guerreras competencias,  
No tales ni con tanta muchedumbre  
Que les diese notable pesadumbre.

A causa de hallar estos gentiles,  
Al tiempo que vinieron, ocupados  
Eu guerras intestinas y civiles,  
Crúeles contra si y encarnizados;  
Y así por estas competencias viles  
Hallaban muchos pueblos asolados,  
La cual obstinacion, para si dura,  
A nuestros españoles fué segura.

Mas no hallaban del dorado grano  
Tanto que fuese rica la contía;  
Y así les pareció consejo sano,  
Entre tanto que mas se descubria,  
No dejar tan á solas de la mano  
Aquella tierra vista que lo cria,  
Donde fundaron pueblos oportunos  
Y podian fundar otros algunos.

Fué por estas razones acordado  
 Quel Añasco y Ampudia se volbiesen  
 A Popayán, do con fiel cuidado  
 Las cosas importantes proveyesen,  
 Y en Timaná, terreno bien poblado,  
 Cristianos fundamentos se pusiesen  
 Para propagacion de la fe santa,  
 Haciendo de vecinos nueva planta.

En cumplimiento de lo que les manda,  
 Vuelven con gente que les fué bastante,  
 Y el Benalcázar por aquella banda  
 Quel sol descubre rostro radiante,  
 Deseoso del fin de su demanda.  
 Pasó con los restantes adelante;  
 Mas no fué su sospecha falso sueño  
 Cuando se recoló de nuevo día.

Pues atinando por lugar incierto  
 Y via nunca vista ni hollada,  
 Aquel fuerte varon, sabio y esperto  
 Don Gonzalo Jimenez de Quesada  
 A la sazón habia descubierta  
 Aqueste nuevo reino de Granada,  
 Que es el cierto Dorado y el empleo  
 Que trae Benalcázar en deseo.

Y así donde la suerte los aplica,  
 Eso me da por llano que por sierra,  
 Hallaban rastro que les certifica  
 Haber otros cristianos en la tierra:  
 El invido dolor al alma pica,  
 Cuya fuerza suspiros desencierra,  
 Por ver indicios que hacian prueba  
 E indios que de vista daban nueva.

La cual, aunque gran trecho de camino  
 Y en aspereza por extremo malo,  
 Ansimismo con presto vuelo vino  
 A la congregacion de don Gonzalo,  
 Diciendo venir campo peregrino  
 Que se tractaba con mayor regalo,  
 No como los primeros caminantes,  
 Sino con ropas ricas y elegantes.

Luego con gente bien aderezada,  
 Dispuesta para lo que sucediese,  
 El sabio general desta mandada  
 Ordenó que con ella se partiese  
 Su hermano Fernán Perez de Quesada  
 Para que la verdad reconociese,  
 Y tomase razon de sus intentos,  
 Buenos ó maliciosos pensamientos.

Llegan á Guataquí por sus jornadas  
 Cerca de Neiba, do los naturales  
 En respuesta de cosas preguntadas  
 Hicieron mas patentes las señales,  
 Porque mostraron jaras emplumadas,  
 Evidencia notoria de sus males;  
 Y por estos también fueron guiados  
 Al sitio donde estaban alojados.

Ocultados en cómodos lugares  
 Cuentan los toldos destas compañías;  
 Y el capitán Pedro de Colmenares  
 Y Juan Rodriguez Gil y Juan de Frias  
 Con algunos soldados singulares  
 Se bajaron al río por espaldas;  
 Porque si tiempo viesen oportuno  
 Para saber quién son, prender alguno.

Ocultos estos en la fértil vega,  
 Cuyas verdes orillas y confines  
 El río de la Sabandija riega,  
 De los otros, en traje mas insinies,  
 Un cierto joven á caballo llega,  
 Anzuelos prestos con sus volantines,  
 Y encima puesto sin hollar arena  
 Peces quiere llevar para su cena.

Cuando lo vieron mas embebecido,  
 Procuraron estotros rodeallo,  
 Mas él, los ojos prontos al oído  
 Del rocín, como viese meneallo,  
 A do los inclinó la gente vido,  
 Y así batió las piernas al caballo,  
 Saliendo como jara de ballesta,  
 Sin esperar pregunta ni respuesta.

Brevemente dió fin á su carrera,  
 A causa de llevarlo piés lijeros;  
 Fué la grita que dió de tal manera  
 Que se sobresaltaron compañeros;  
 Oida la razon por Juan Cabrera,  
 Salió luego con veinte caballeros,  
 Pedro de Puelles, Juan Diaz Hidalgo,  
 Juan de Arévalo y otros hijosdalgo.

Llegaron á la gente mal vestida  
 La no menos briosa que galana,  
 Donde cada cual parte fué medida  
 Segun la condicion de ley urbana:  
 Dan reciproca cuenta de su vida,  
 Principal punto de que tienen gana;  
 Y así por ruegos y amigables prendas  
 A todos los llevaron á sus tiendas.

Recibió Benalcázar al Quesada  
 Con la modestia de sagaz concierto,  
 Y estotro con prudencia recatada  
 Tractó de lo que habian descubierto:  
 Tierra que para mas rica jornada  
 Les mostraba camino bien abierto,  
 Porque ya por los términos cereanos  
 Inmensidad se ve de campos llanos.

Vistas las esperanzas que engrandece  
 Y de lo descubierta los provechos,  
 El dicho Benalcázar les ofrece  
 Soldados y caballos y pertrechos,  
 Porque la paga dellos apetece  
 Por ir á dar noticia de sus hechos  
 Al rey, como quien era pretendiente  
 Ya de gobernador y no teniente.

El Fernán Perez, no menos urbano,  
 Le suplicó que lo hiciese dino  
 De ir á Bogotá, porque su hermano  
 Viese tan afamado peregrino,  
 Porque todos debajo de su mano  
 Le servirán allá y en el camino,  
 Y que podría ser que se concorden  
 Los dos, y á sus conceptos diesen orden.

Entrellos no quedó determinado;  
 Mas la gallarda gente que traía  
 Con pecho de Pirú sobresaltado,  
 Quisieralo guiar por otra vía;  
 Y Juan de Céspedes disimulado,  
 Que parte del intento coliga,  
 Dijo: «Señores, las tierras ganadas  
 Defendéros las hemos á lanzadas.»

Oyólo Juan Cabrera, varon puro  
 Y digno de las laureas guinaldas,  
 Y dijole: «Señor, dormid seguro  
 Con vuestras tierras, oro y esmeraldas;  
 Mas si viniésemos á trance duro,  
 Nunca vos las dareis en las espaldas:  
 Paz se pretende, quietud, sosiego,  
 Y no venir á término tan ciego.»

Quebrado de pendencias aquel ramo,  
 El dicho Juan Cabrera le pescuda:  
 «¿Quién es vuestra merced, porque lo amo  
 Y deseo servir sin esta duda?»  
 Dijo: «Capitán Céspedes me llamo,  
 Harto mas conocido que la ruda,  
 Y en estas partes de las Indias hombre  
 Que por tierra y por mar vuela mi nombre.»

Cabrera respondió desta manera:  
 «Señor, á mí noticia no ha venido  
 Tal nombre, pero yo soy Juan Cabrera,  
 Soldado rodeado del olvido,  
 A causa de faltarme la primera  
 Hazaña por do sea conocido;  
 Y aunque muchos me dan otros derechos,  
 Nunca me lisonjeo de mis hechos.»

Entrestos dos destrisimos jinetes,  
 Cada cual dellos valido guerrero,  
 Pasaron estos dichos repiquetes  
 Por las mismas palabras que refiero,  
 Sin que se lastimasen los almetes  
 Ni descubriesen filos del acero;  
 Pero guiándose por cuerdos modos  
 En gran conformidad quedaron todos.

Y no prevaleció lo comenzado  
Que maquinaba juvenil sentencia,  
Porque puestas las cosas en estado  
Dispuesto para llamas de pendencia,  
Puede sagaz varon y reportado  
El fuego mitigar con su prudencia,  
Segun agora hizo quien lo era,  
Que entiendo por el dicho Juan Cabrera.

No resolutos en los pareceres  
De ir á Bogotá, segun le pide  
A Benalcázar nuestro Fernán Perez,  
Dél y de sus soldados se despide,  
Que con grandes ofertas y placeres  
Cada cual por su parte se comide:  
Y el Benalcázar y otros de su bando  
Por buen trecho los van acompañando.

Llegan á Bogotá, do los espera  
El sabio y animoso licenciado:  
El Fernán Perez dió razon entera  
De aquello que tenia deseado,  
Diciéndole que Benalcázar era  
Capitán de Pizarro, que poblado  
A Popayán dejó, á Cali y Quito  
Con mas lugares deste circúito.

Después de se juntar los dos hermanos,  
Pasados como seis ó siete dias,  
Por nuevas de los indios que cercanos  
Estaban algo destas serranias  
Supieron que por via de los llanos  
Estaban españolas compañías;  
Y este era Fedrimán, de quien mi historia  
En otra parte ya hizo memoria.

Dije cómo se vieron el aspeto  
Y se comunicaron blandamente,  
Uno varon sagaz, fuerte, discreto,  
El otro discretísimo y valiente:  
Ambos se concertaron en efeto  
Y hicieron un cuerpo de su gente,  
Juzgando que los dos hechos á una  
Podian contrastar dura fortuna.

Apenas tal resolucion se toma  
Entrestos dos insignes capitanes,  
Cuando por las laderas de una loma  
Vieron las sedas, granas, perpiñanes  
De Benalcázar, con el cual asoma  
Gallarda bizzarria de galaes,  
Que entre los otros que valor abona,  
Parecian á los de Meliona.

Que los de Fedrimán y del Jimenez,  
A causa de su muy larga carrera,  
Tenian por los mas preciados bienes  
Una ropeta de algodón lijera,  
Y para dar cubiertas á sus sienes  
De lo mismo también una montera;  
Pero de todos el de menos nombre  
Se podría tener por mas que hombre.

Pues como granos de la mina rica  
De mas bajo metal entreverados,  
Quel fuego y el crisol nos purifica  
Y quedan afinados y apurados,  
Ansi clara verdad nos certifica  
Estar aquestos válidos soldados,  
Por haber, no sin gran desasosiego,  
Pasado por el agua y por el fuego.

Llegó pues Benalcázar donde quiso,  
Y fué graciosamente recibido,  
Y no de la salud tan sin aviso  
Que sien sus cabezas del olvido;  
Mas su venida fué con pecho liso  
Debajo del diseño referido,  
Por ver si por allí se daba maña  
Para guiar sus pasos en España.

Vino su diligencia muy á cuento  
A los que le hicieron hospedaje;  
Pues declarándoles su pensamiento  
Como requiere pródigo lenguaje,  
Supo tener entrambos en intento  
Efectuar aquel mismo viaje,  
Porque de lo del reino y del camino  
Tenian buena copia de oro fino.

T. VI.

Y demás de lo propio recogieron  
El oro que tenían los soldados,  
Por caballos y esclavos que les dieron  
A precios á su gusto moderados,  
Pues los caballos que menos valieron  
Encajaban á mas de mil ducados,  
Y entonces no se tuvo por escoso  
Por la necesidad y el caudal grueso.

Pasaron con los tres esta carrera  
De su gente la mas aprovechada.  
Quedó pues general desta frontera  
El dicho Fernán Perez de Quesada.  
Para Neiba se vuelve Juan Cabrera  
Con larga comision que le fué dada:  
Los mas de Benalcázar con él fueron  
Y otros en Bogotá permanecieron.

En Neiba Juan Cabrera pueblo funda  
Por el poder y comision que lleva,  
Porque le pareció tierra fecunda  
Demás del esperanza que le ceba;  
Y aun dicenme que fué la vez segunda  
Que poblaron aquesta tierra nueva,  
Y dejaba Benalcázar poblada  
Viniedo al nuevo reimo de Granada.

Puestos en orden ya los peregrinos  
Que van á España con la bolsa llena,  
Volvieron á los términos marinos  
Por el gran rio de la Magdalena:  
Vieron y conversaron los vecinos  
De la nueva ciudad de Cartagena,  
Desde donde con buen aviamiento  
Llegaron á Madrid en salvamento.

Dejémoslos agora negociando  
Sus nobles y honrosas pretensiones,  
Porque del Benalcázar diré cuando  
Llegaren oportunas ocasiones.  
Al Añasco y Ampudia voy buscando,  
Que fueron á fundar las poblaciones  
A Timana, provincia populosa,  
Y de gente valiente y orgullosa.

De Popayán cincuenta leguas dista,  
Y es tierra fértil pero montuosa,  
Con aspereza que la humana vista  
Nunca jamás la vió mas salebrosa.  
Entraron pocos para la conquista,  
Siendo los indios mano poderosa,  
Los Paeces, Yalcones y Pirama,  
Y Guanaca, provincias de gran fama.

Viendo los nuestros incomodidades  
Para poder hacer abierta guerra,  
Procuraron por bien las amistades  
De caciques algunos de la tierra:  
Acudieron á las conformidades  
De los quel próximo compás encierra  
Del pueblo do hicieron los cimientos,  
Fin del de treinta y ocho y tres quinientos.

Como viesse de paz el apariencia  
Juan de Ampudia del indio convecino,  
Al Añasco dejó con su tenencia  
Y á Popayán dirige su camino.  
Añasco puso suma diligencia  
En contentar al que de paz le vino,  
A lo menos al hijo de Pionza,  
Yalcon, señor de próspera pujanza.

Era mozo bien acondicionado,  
Que por Pedro de Añasco se perdía,  
El cual no lo quitaba de su lado  
Y á su buen amistad correspondia;  
A nuestro modo bien aderezado,  
Y en su caballo siempre lo traía,  
Pareciéndole ser el mozo prenda  
Para seguridad de su vivienda.

Este para hacer repartimientos  
Y las suertes de los conquistadores,  
Le dió la relacion y documentos  
Con que reconociese las mejores:  
Y así ya hechos los apuntamientos,  
A los caciques señaló señores,  
Y para tributar á nuestro marte  
El dicho mozo fué no poca parte.

30

El á lo mas insigne se convierte,  
 Como superior en elecciones,  
 Y así tomó por generosa suerte  
 Añasco toda la de los yalcones:  
 Ministro presuroso de su muerte,  
 Contra las filiales intenciones,  
 Pues cuanto mas del hijo fué querido,  
 Tanto del padre mas aborrecido.

Ofrecióse, después desto que digo,  
 Añasco ir al pueblo popayano  
 Para buscar de gente mas abrigo  
 Con que hacer aquel terreno llano:  
 Al hijo del señor llevó consigo,  
 Que aueca lo dejaba de su mano,  
 Ni el mozo mismo tal apetecía,  
 A causa del amor que le tenía.

Juan del Rio quedó por su teniente,  
 Hombre de valerosas cualidades.  
 A Popayán llegaron finalmente,  
 Camino de cien mil dificultades:  
 En la ciudad halló nuevo regente,  
 Cosas modernas, grandes novedades,  
 Las cuales de presente yo no pinto,  
 Mas pintarélas en el canto quinto.

### CANTO QUINTO.

Donde se cuenta cómo Lorenzo de Aldana vino á Popayán por mandado del marqués don Francisco Pizarro y con provisiones suyas para tomar en sí el gobierno de Popayán y sus anejos.

En tiempo que del hilo de esperanza  
 Humano corazón está pendiente  
 En medio de temor y confianza  
 Incierta, por algun inconveniente,  
 Suele ser congajosa la tardanza  
 A quien de tal ardor está doliente,  
 Y tanto mas aquejan los ardores  
 Quanto las causas dellos son mayores.

Así Pizarro, como no tenía  
 Nuevas algunas de descubrimientos  
 Que en su nombre Benalcázar hacia,  
 Y habían de venille por momentos,  
 Vista la gran tardanza, presumia  
 Que debia tener nuevos intentos;  
 Y la sospecha de mudar costumbre  
 No le causaba poca pesadumbre.

Aquesta presuncion, que no fué vano,  
 Segun atrás habemos relatado,  
 Comunicó con Lorenzo de Aldana,  
 Hombre de quien vivia confiado;  
 Y respondióle que de buena gana,  
 Si le quisiere dar aquel cuidado,  
 A Popayán irá, do con buen celo  
 A la verdad podrá quitar el velo.

Gusto le dieron estos pareceres,  
 Dándole gracias por la tal oferta;  
 Y así le concedió largos poderes  
 Y para todo comision abierta,  
 Segun que piden tales menesteres:  
 Mas en un caso le cerró la puerta,  
 Y es que, constandingo su leal abono,  
 Quedase Benalcázar en su trono.

Efectuóse presto la jornada  
 A las provincias de aquel hemisferio,  
 Cuya gente quedó maravillada  
 Y luego sospechó traer imperio,  
 Juzgando que persona señalada  
 No hizo su venida sin misterio;  
 La cual, puesto que no faltó recuesta,  
 A ninguno la hizo manifiesta.

Solo les dice cómo saber quiere,  
 Pues con tanto hervor se le pregunta,  
 Si vive Benalcázar ó si muere,  
 Ó qué de sus conceptos se barrunta,  
 Para quel pecho del marqués se entere  
 De lo que pasa, por estar defunta  
 En su noticia, la que va buscando,  
 Como si della no tuviese mando.

Entendida la cifra y el lenguaje,  
 Juan de Ampudia le dió razon bastante  
 De las penalidades del viaje,  
 Como quien fué del mismo caminante  
 Y dónde lo dejó, y en qué paraje,  
 Con intenciones de pasar delante  
 Por la noticia próspera que lleva  
 De que siempre hallaba buena nueva.

Estúvose suspenso y en espera,  
 Sin mas alteracion ni movimiento,  
 Por ver si Benalcázar respondiera,  
 Ó mensajeros por su mandamiento.  
 En este tiempo vino Juan Cabrera  
 A deshacer aquel encantamiento;  
 Y como supo ser ciertos los toros,  
 Cesaron los respetos y decoros.

Notificó despachos competentes  
 A todos los cabildos y concejos,  
 Y puso de su mano los tenientes,  
 Aunque mudó después estos consejos;  
 Pues viéndolos leales y obedientes  
 Se volvieron las varas á los viejos  
 Por el rey y el marqués, por quien fué cierto  
 Haber el Benalcázar descubierto.

Dadas en el gobierno las razones  
 Que parecían ser mas convinientes,  
 El Añasco llegó de los yalcones,  
 Con quien tuvo los mismos accidentes:  
 Mas luego se dió nuevas comisiones  
 Y le llegó buen número de gentes  
 Por el rey y el marqués, dándole cargo,  
 Grandes favores y poder mas largo.

Estúvose por algun tiempo quedo,  
 No punto que podamos llamar vago,  
 Y entonces envió á George Robledo  
 A poblar en Encerma y en Cartago  
 Y en Antioquia, pero decir puedo  
 Que debió ser aquel dia acágo,  
 Pues ambiciones, si se bien advierte,  
 Fueron las alcahuetas de su muerte.

De las cuales ya hice breve suma  
 En otra que no fué menor historia,  
 Y así no será justo que consuma  
 Tanto papel en cosa que es notoria:  
 Bastará de presente que mi pluma  
 Refresque deste hecho la memoria,  
 Pues pretendió que los pueblos poblados  
 Por él, le fuesen en gobierno dados.

Mas no salió con estas intenciones,  
 Y fué solicitud desvanecida,  
 Por la cual y por otras ocasiones  
 El Benalcázar le quitó la vida;  
 Y así quiero volver á dar razones  
 Antes que del Aldana me despida,  
 Cómo se conservó con gran prudencia  
 El tiempo que allí hizo residencia.

Dado pues orden, cual se representa  
 En yo con brevedad posible narro,  
 A Pirú se volvió para dar cuenta  
 De los sucesos al marqués Pizarro,  
 Donde tenia generosa renta  
 Y era de los aurigas de aquel carro,  
 Pero no siempre con tan justa vida  
 Que en algo no saliese de medida.

Añasco se volvió con buen recado  
 A ver de Tímaná los señorios,  
 De treinta caballeros rodeado  
 Cursados en ausonios desafíos;  
 Juan de Orozco y Arias Maldonado,  
 A quien yo tuve por amigos míos,  
 Fueron también en esta coyuntura,  
 Para Pedro de Añasco mas que dura.

Porque como se viesse con mejora  
 De buenos hombres y demás posible,  
 En cobrar los tributos y demora  
 Los aquejaba con ardor terrible;  
 Y el venir á servir á punto y hora,  
 Por pecho lo tenían insufrible,  
 No queriendo con su bestial lujaie,  
 Reconocer á nadie vasallaje.

No les pone temor el estandarte  
Aumentado de gente castellana :  
Todos al fin andaban de mal arte  
E ya servian muy de mala gana ,  
Para lo cual no fué pequeña parte  
Una india llamada la Gaitana ,  
O fuese nombre proprio manifesto ,  
O que por españoles fuese puesto .

En aquella cercana serranía  
Era señora de las mas potentes ,  
Y por toda la tierra se tendia  
Gran fuerza de sus deudos y parientes :  
Viuda regalada que tenia  
Un hijo que mandaba muchas gentes ,  
Al cual por no acudir como vasallo  
Añasco procuró de castigarlo .

Salió de Timaná con este pio ,  
A caballo con él veinte y un hombre ,  
Entrellos iba Baltasar del Rio  
Y el primo Añasco de su mismo nombre ;  
E ya como dos leguas de desvío ,  
Agüero no faltó que los asombre ;  
El hijo de Piganza va con ellos  
No menos que quien va por los cabellos .

Sucedió quel caballo do camina  
El capitán Añasco , se recela  
Donde no vian ocasion vecina  
Que para retardarse le compela :  
Si le metia hierro , mas se empina  
Y nada se le da por el espuela ,  
Aunque nunca jamás dió tal molestia ,  
Antes tuvo valor mas que de bestia .

Viendo que no podia , según nuestro ,  
Hacello proceder donde repara ,  
Bajóse para lo llevar del diestro ;  
Creyendo todos ellos que bastara ,  
Tiraban á porfia del cabestro .  
Dándole por detrás con una vara ;  
Mas la solicitud no fué bastante  
Para que lo pasasen adelante .

Ponen otros caballos á su frente  
Para lo convidar por esta via ,  
Y aunque no lo hallaban diferente ,  
Tanto pudieron palos y porfia ,  
Que pasó con los otros juntamente  
Del lugar llano do se detenia :  
En él subió , hallándolo tan bueno  
Como después que supo tener freno .

Del suceso nacieron ocasiones  
Por donde muchos destos compañeros  
Pronosticaban con murmuraciones  
Malos y desastrosos paraderos .  
El dijo : « No mireis en abusiones ,  
Pues todos sois cristianos caballeros ,  
Que no es el asna de Balam aquesta  
Para que hagais della tanta fiesta .

» Menos es mi caballo semejante  
A Bucéfalo , Cyllaro ni Laino ,  
Ni aun Eon , el caballo de Pallante ,  
De curso mas veloce que de gamo ,  
Cuyo lloro fué grande y abundante  
Sobre la sepultura de su amo ;  
Ni el de Biomedes , que si bien advierto ,  
Con hambre se mató , su dueño muerto .

» Conozco que de brutos animales  
Tomaron documento los terrenos  
Para reconocer los temporales  
Si son tempestuosos ó serenos ;  
Mas en aquestas cosas especiales  
De las pronosticar están agenos ,  
Y quien por bestias casos adivina  
En los mas atinados desatina .

» Y revelárenos desta manera  
Algunos males , no somos tan santos ,  
Ni semejante caso sucediera  
En uno solo donde vienen tantos ,  
Pues todos recelaran la carrera  
Y también padecieran sus espantos :  
¿ Qué será pues en uno sin los otros ,  
Sino mañas que suelen tener potros ? »

Con esta práctica , mas ampliada  
De lo que manifiestan mis razones ,  
Hicieron aquel dia su jornada ;  
En los principios de las poblaciones  
Hallaron mucha gente retirada  
Y los demás con tibias intenciones  
Llamaron otro día de mañana  
Al hijo principal de la Gaitana .

Vuelven los mensajeros aquel dia  
Al declinar el sol al occidente ,  
Y preguntándoles qué respondia ,  
Dijeron no querer distintamente :  
Añasco , capitán , por él envia  
A su primo con guias y con gente ,  
Para que lo salteen en el sueño  
Y lo traigan á ver su nuevo dueño .

A la hora que llaman intempestiva  
Hizo con seis ó siete su partida :  
Obscuridad inmensa los molesta ,  
Mas alguno por ella tuvo vida ,  
Pues Añasco rodó por una cuesta  
Y un brazo se quebró de la caída :  
A todos causó pena la desgracia ,  
Que para su salud fué mas que gracia .

Como se lastimase malamente ,  
Sin pasar adelante le convino  
Volverse do quedaba su pariente ,  
Pero los otros fueron su camino  
Y prendieron al indio delincuente ,  
Si tal nombre merece de confino ;  
Mas si se fulminara por escrito  
Muy tolerable era su delito .

De su reposo lo sacaron fuera  
Con todas las acciones afrentosas .  
A punto se llevaba la collera ,  
Puestas ni mas ni menos las esposas ;  
Vió finalmente la presencia fiera  
De quien presto hará peores cosas :  
Al hijo sigue la mujer viuda  
Sin acordarse de pedir ayuda .

Nunca creyó tan ásperos sucesos  
Al tiempo de tomalle residencia ,  
Por ser de los actores los escesos  
Y del reo las culpas inocencia :  
En la uña hicieron los procesos ,  
Y dióse vocalmente la sentencia :  
Que muera hecho brasas y ceniza  
Mandó , cuyo rigor escandaliza .

Pertinaces en este mal motivo ,  
Juntóse luego cantidad de rama ,  
Traen después al misero captivo  
En presencia de aquella que lo ama :  
De fuscos humos rodeado vivo  
Su vida consumió la viva llama ;  
Y ya podeis sentir qué sentiria  
La miserable madre que lo via .

Decia : « ¡ Hijo mio ! cuán incierta  
Es á los confiados confianza !  
¿ Para cuántas borrascas abre puerta  
Un brevecillo rato de bonanza !  
Hijo , que sin tu vida quedo muerta ,  
Mas no lo quedaré para venganza :  
Bien puedo yo morir , pero tus penas  
De pagármelas han con las septenas . »

Con esto se partió dando clamores  
Todas las horas sin cerrar la boca :  
Los estremos que hace son mayores ,  
Y de mas furia que de mujer loca ;  
A todos los caciques y señores  
Se queja , y á venganza los provoca ,  
Hasta tanto que ya ganó los votos  
De los cercanos y de los remotos .

Uno tan solamente le faltaba  
Para dar conclusion á sus andenes :  
Este era Pigoanza que abundaba ,  
De gentes atrevidas y de bienes ,  
Mas una cosa la desconfiaba ,  
Y es el hijo que tienen en rebenes ;  
Pero después diré que á su gemido  
También este señor quedó rendido .

Volvamos al Añasco, que tenía,  
Segun la confianza de su pecho,  
Por una señalada valentía  
Lo que tan sin razón había hecho,  
Y que toda la tierra temblaría  
Para sacarse della mas provecho;  
Pero presto verá ser un engaño  
Que trocó los provechos en gran daño.

Porque la vanidad y la malicia  
Segun su propiedad el deyo tiene,  
Y los ojos con velo de envidia  
No siempre miran lo que les conviene:  
Añasco pues con esta injusticia,  
Para correr la tierra se previene,  
Y al primo le mandó que se tornase  
A Timaná para que se curase.

El, sin temor de guerra ni recuento,  
Con diez y ocho solos á su lado,  
Se metió mucho mas la tierra adentro,  
Del rehén que tenía confiado:  
Asentó luego todos en el centro  
Y comedio de lo mejor poblado,  
Pero la tierra tal y tan fragosa,  
Que no se vido semejante cosa.

En toda la distancia comarcana,  
Con ser culturas como de jardines,  
Ningun espacio ven de tierra llana  
Do se puedan valer de los rocines;  
Pero hasta que vino la Gaitana  
Quiéto estuvieron los confines,  
Y acudían algunos naturales  
Con dones y pacíficas señales.

Puestos los nuestros en aquel paraje:  
Al señor de la tierra, Pigoanza,  
Hizo Pedro de Añasco su mensaje,  
Mandándole que venga sin tardanza  
Para reconocelle vasallaje,  
Y acudille también con la pitanza  
Lo mismo se le ruega por su hijo,  
Con harto mas pesar que regocijo.

Nunca quiso cumplir sus mandamientos  
Ni los ruegos del hijo detenido:  
Pesos de oro le envió seiscientos,  
Y de criados número crecido,  
Que le hicieron buenos aposentos  
Donde pudiese ser mejor servido;  
Pero pronto verá tales halagos  
Ser vispera de dias aciagos.

Porque él estaba ya mal indignado  
Desde que supo cuán atrocemente  
Mataron al mancebo desdichado,  
A quien reconocia por pariente:  
Hizolo luego mas acelerado  
La que su madre fué, que mas lo siente,  
La cual con otras dueñas tan ancianas  
Allí llegó mesándose las canas.

Ronca la voz, los ojos hechos fuentes,  
Turbada, despulsada y amarilla,  
La voz apenas saca de los dientes,  
Despedazada cada cual mejilla,  
Diciendo: «Deudos míos y parientes,  
Muévanos mis desdichas á manilla:  
A ti mas que á ninguno, Pigoanza,  
Competen los rigores de venganza.

» A ti me quejo, y el favor invoco  
Con que mi gran agravio se castigue,  
Pues nuestro parentesco no es tan poco,  
Que por muchas razones no te obligue  
A refrenar la furia deste loco  
Que á ti y á mi y á todos nos persigue,  
Con cuyos vientos vamos navegando,  
Y en un mismo navio naufragando.

» Comun y general es la tormenta:  
Nadie desta fortuna se reserva;  
Truécanse los honores en afrenta;  
La noble libertad se hace sierra;  
Quien tal calamidad experimenta  
Busque la verdadera contrayerba  
Que deste mal es único remedio,  
Quitándolos á todos de por medio.

» De la mujer, del hijo, del marido  
Se sirven, y los tienen por despojos;  
Y no pequeña parte te ha cabido  
De la continuacion destes enojos,  
Pues tienen con engaños detenido  
Al hijo que es la lumbre de tus ojos:  
No lo goza su deseosa madre,  
Ni le consienten ir á ver su padre.

» Aquel origen triste de mi llanto,  
Hijo mío, dolor de mis entrañas,  
Quemaron vivo por poner espanto  
A nuestras gentes y á las mas extrañas:  
De ti sé que harían otro tanto:  
Tales son sus cautelas y sus mañas;  
Mira por ti, pues ellos son de arte  
Que será menester anticiparte.

» Bien hace quien de tal golpe se escuda,  
Y huye de mojarse cuando llueve;  
A nuestra causa la razón ayuda,  
Y la ventura va con quien se atreve;  
De la victoria nuestra no se duda  
Ni de pagar su deuda quien la debe;  
Bien sabes que será juicio vano  
Soltar las ocasiones de la mano.

» A quien fué causa de mi desventura,  
Junto lo tienes y aun te hace cocos:  
Es cómodo lugar, gran angostura,  
Los tuyos muchos, y los suyos pocos,  
Nunca mejor sazón y coyuntura  
Para que nadie quede destes locos;  
Dad en los que los hados amonestan,  
Porque después dareis en los que restan.

» Este propósito tiene Pirama;  
Guanaca quiere questo se concluya;  
Los Paeces que acuden á la trama  
Tu determinacion es propia suya;  
En todo cuanto Timaná se llama  
No resta voluntad mas que la tuya:  
En guerra que desean tantos buenos  
No tienen los yalcones de ser menos.

» Mira, señor, la general fatiga,  
El miserable pueblo cómo anda,  
La justísima causa que te obliga  
A querer aceptar esta demanda,  
Pues eres general en esta liga  
Do van tantos caciques de tu banda:  
Cuanto les ordenares harán luego,  
E yo de parte suya te lo ruego.»

Semejantes palabras le decia  
La bárbara crúel para su hecho;  
Con mal de corazón se amortecía:  
Por ventura sería contrahecho;  
Mas al fin alteraba y encendia  
El rústico, feroz y bravo pecho,  
El cual en regalalla se desvela,  
Y con tales palabras la consuela:

« Pésame de te ver tan lastimada  
Y el venerable rostro hecho piezas:  
La vida no podrá ser restaurada  
Con cuantos hombres y armas aderezas;  
Mas yo te la daré tan bien vengada  
Que recibas por una cien cabezas,  
Y de pellejos de tus adversarios  
Verás poblados estos santuarios.

» A questo te promete Pigoanza  
Para satisfacer á tu querrela;  
Y huélgome que pidas la venganza  
A quien no se hallaba fuera della,  
Pues en estos y en los de mas pujanza  
Había de bebella ó de vertella:  
Mitiga tus dolores si pudieses,  
Cierto de que haré cuanto quisieres. »

Al punto despacharon mensajeros  
Para sus capitanes obedientes:  
Los de Pigoanza fueron los primeros;  
Mas de seis mil cursados combatientes  
Serían, validísimos guerreros;  
Muy pocos menos de las otras gentes  
Que meneaban procelosas ondas  
De macanas, de flechas, lanzas, hondas.

¿Qué borrasca mayor ó bateria  
Pudieran dar las ondas de Neptuno?  
¿Qué fuerza, qué vigor, qué valentía  
Saliera de rigor tan importuno?  
Siendo pura verdad que combatía  
Contra mas de seiscientos cada uno,  
Y en lugar cuyo mas llano repecho  
Era para caballos sin provecho.

Bastara la primer arremetida  
De tantos capitanes y vasallos,  
Para que la creciente y avenida  
Pudiera consumillos y anegallos,  
Aunque fuera la copia mas crecida  
De diestros españoles y caballos;  
Pues raras veces pocos temerarios  
Desbaratan gran fuerza de contrarios.

El propósito duro y el concierto  
Al noble mozo hijo de Pigoanza  
Le fué por ciertas indias descubierto,  
Significandole la gran matanza  
Que se haría por el indio muerto,  
Y cómo se juntaba gran pujanza,  
Sin exceptuar ninguno de la tierra  
Que fuese conveniente para guerra.

El mozo con el rostro de difunto  
Al Añasco le dijo, y al oreja:  
«Acabo de saber en este punto  
El gran conflicto que te se apareja:  
El poder de la tierra viene junto  
Importunado por aquella vieja;  
Si no huyes, ello va de suerte  
Que yo no tengo duda de tu muerte.

»Las vidas, mi señor, prendas son ricas:  
Perdidas, no se hallan á la mano;  
Ruégote por el Dios que me predicas  
Ser autor de lo bajo y soberano,  
Y esotras cosas que me certificas,  
Que luego nos salgamos á lo llano,  
Pues la partida que al vivir importa  
Tanto mejor será cuanto mas corta.

»En riesgos y peligros tan patentes  
Suplícote, señor, que no te tardes:  
Que si vosotros pocos sois valientes,  
Ningunos de los muchos son cobardes;  
Conozco bien sus bravos accidentes,  
La determinacion de sus alardes,  
Que puestos en extremo semejante  
No se les pone cosa por delante.»

Añasco le responde: «Vive ledo,  
Y no quieras por esto fatigarte,  
Pues para retraerme un solo dedo  
El mundo todo no podrá ser parte;  
En este sitio con estarme quedo  
Han de volver huyendo de mal arte,  
Y habrán por bueno viendo su castigo  
De no querer burlarse mas conmigo.»

El mozo bueno su razon ataja  
Llorando su notorio desatino,  
Diciendo: «Señor, mira la ventaja  
Que tienen á tu campo peregrino,  
Porque todos sereis como la paja  
Movida de terrible torbellino,  
O flaca llama cuando resplandee  
Y en ese mismo punto desaparece.»

No lo pudo vencer con otros ruegos  
Demás de los que tengo declarados;  
Mas todavia con desasosiegos  
El negocio tractó con sus soldados,  
Y todos ellos estuvieron ciegos,  
Torpes, perplejos, indeterminados,  
Hasta tanto que ya rayos solares  
Fueron á visitar otros lugares.

Absentes los febeos resplandores  
E ya venida la tiniebla fria,  
Crecieron las congostas y temores  
De los de cristiana compañía:  
La mortificacion de los calores  
Vitales, cada cual en sí sentía,  
Con sudor frio por las coyunturas,  
Anuncio de sus ciertas desventuras.

No faltaban aullidos entre tanto  
De fieras por sus seudas mas estrechas,  
Ni las aves nocturnas que con canto  
De lloros confirmaban las sospechas;  
Los buhos conmovidos del espanto  
Por cima les cantaban las endechas,  
Con otras mas señales que no cuento.  
Por quien iba temor en crecimiento.

Ninguno los anima con arenga  
Porque á la prontitud temor escude,  
Y si comienza cosa que convenga  
Que al medio del camino no se quede;  
El tiempo breve, la resolucion luenga,  
Quisieran dalla, pero nadie puede,  
Por no les dar la misera dolencia  
Lugar para tener tal advertencia.

Todavia con ánimo valiente  
Añasco les mandó que estén alerta,  
Y entre lugares repartió su gente,  
Que cada cual abría larga puerta;  
Y para que muriesen brevemente  
No se pudo hacer cosa mas cierta  
Que dividir sus pocos combatientes  
En partes y lugares diferentes.

¿Qué hueste de Anibal, ó de Antioco,  
O del gran Taburlan ha dividido?  
A mi pareceme término loco  
Y orden de mercader desvanecido,  
Si su posible, siendo caudal poco,  
Corre por muchas manos repartido,  
Pues para que la suya se consuma,  
Basta pasar por una y otra pluma.

Mucho dura la fábrica trabada,  
Mas tiran que uno dos bueyes unidos;  
Mal pueden de la mano separada  
Ser los restantes miembros socorridos:  
Fué cierto cosa desproporcionada  
Pocos en muchas partes repartidos,  
Porque con menos fuerzas es quebrado  
Solo hilo sencillo quel doblado.

Pero cuando prudencia se desvía,  
Dase las menos veces en el hito,  
Y es una ceguedad de muchas guías,  
Segun claro constó deste conflicto,  
Cuyo triste suceso yo queria  
Poner muy á lo cierto por escrito;  
Y porque dél resultan mas reuicillas  
Habré con canto nuevo de decillas.

## CANTO SESTO.

Donde se cuenta cómo vino multitud de indios sobre el capitán Pedro de Añasco, y le mataron la gente que tenia, excepto tres que escaparon; mas milagrosa que casualmente, y á él lo tomaron vivo, con otras desgracias que entouces acontecieron.

Seguro y especial salvoconduto  
Es en aquesta vida la templanza;  
Amargo, duro, pernicioso fruto  
Nace de la soberbia confianza;  
Quien es en sus antojos resolutos,  
Sin ajustar fiel en la balanza  
Ni querer admitir consejo sano,  
A trabajoso fin anda cercano.

Bien se conocerá por lo que digo  
Ser el Añasco destas condiciones,  
Sin consideracion en dar castigo.  
Casado siempre con sus opiniones:  
Menos tomó consejos del amigo  
Para se reservar de puniciones,  
Y así Laquésis, rigurosa parca,  
Su vida señaló con breve marca.

Porque ya descubriendo por oriente  
La dulce Venus su real corona,  
Anunciadora de la roja frente  
Del rutilante hijo de Latona,  
Llegó la tempestad y la creciente  
Que muerte desastrada les pregona,  
Por las tres partes donde hacen vela,  
Y á todos fué comun la centinela.

Luego la temerosa grita suena  
Del bárbaro gentío furibundo;  
La tierra con temblor se desordena  
Y las concavidades del profundo;  
No pone rota nube cuando truena  
Con rayos tantos miedos en el mundo,  
Cuanto concibe quien un Dios adora  
Viendo presente ya su postrer hora.

Adonde mal gobierno los reparte  
Todos se muestran con ardor terrible,  
Y cada uno dellos por su parte  
Hacia mucho mas que lo posible;  
Caían de los del bárbaro Marte  
Número de cabezas increíble,  
Por ser en general estos soldados  
De los mas principales y apurados.

Mas la nube de jáculos espesa  
Momento no cesaba de por cima:  
Pigoanza por cumplir con su promesa  
Con voces presurosas los anima;  
Aquí y allí y allá hierve la priesa;  
Un escuadron y otro los lastima,  
Por espaldas, por pechos y por lados,  
Ellos y los caballos traspasados.

No recibió Pilon, serpiente fiera,  
Tantos tiros de la potente mano  
De Apolo, cuantos ya tiene cualquiera  
De los del breve número cristiano:  
Al remate van ya de la carrera  
Y al término fatal del ser humano;  
A todas partes y do quier que sea  
La imagen de la muerte los rodea.

Ya faltaba vigor del primer brio;  
Cualquiera les rebate ya la lanza;  
Cayó Benalcazar, Baltasar del Rio,  
Francisco Sanchez, Pedro de Esperanza,  
Y la de todos que en el desafio  
Pretendian hacer crúel matanza:  
Libres quedaron tres de la ruina,  
Luis Mideros, Cornejo y un Medina.

Habló con ellos el Luis Mideros,  
Digo con el Medina y el Cornejo,  
Diciéndoles: «Señores compañeros,  
Tengo por salutifero consejo,  
Pues somos hombres sueltos y lijeros,  
Que tomemos las armas del conejo:  
Será servido Dios darnos ventura  
Para poder salir desta presura.»

Apenas lo habló cuando fué hecho;  
Y reguardandose los tres peones,  
A la dificultad poniendo pecho,  
Hicieron calle por los escudrones;  
Finalmente salieron del estrecho  
Con gran solicitud de los talones,  
Hasta ver la montaña mas espesa  
Por donde se metieron á gran priesa.

Dejemos estos en el espesura  
Hasta que lleguen horas deputadas:  
Volvamos al Añasco sin ventura,  
Que cierto hizo cosas señaladas,  
Y en el conflicto riguroso dura  
Con daño de las gentes alteradas,  
Y el buen caballo contra los que hiere  
Sube y descende por adonde quiere.

Donde ve muchedumbre mas estrecha,  
Allí se mete con vigor ardiente,  
Porque demás de sello de cosecha  
Necesidad lo hace mas valiente;  
Pero para vivir, qué le aprovecha,  
Teniendo lo contrario ya presente?  
Y fué tal, que mejor hubiera sido  
Quedar con los demás allí tendido.

Habiendo pues llegado la mañana,  
No con plácido rostro ni sereno,  
Hizo terribilísima mañana  
En dientes del caballo golpe lleno:  
Demás de no quedar la boca sana  
Los tiros quebrantó del duro freno;  
Corre por donde ve vez oportuna  
A su albedrío y sin orden alguna.

El desconcierto visto del caballo  
De diestro y arrendado fugitivo,  
Con gran instancia van á rodeallo  
Los fuertes del ejército nocivo;  
Pero muerto cayó sin derriballo,  
Y al misero señor tomaron vivo:  
Vivo lo toman, y quedó de veras  
Por escarnio y por carne destas fieras.

Como de fuscos tordos á la haza  
Acudir suele multitud crecida  
Cuando las rojas mieses embaraza,  
Hallando sin defensa la comida:  
Así luego vinieron á la caza  
Que vieron los demás estar caída,  
Con tanta grita de uno y otro cuerno  
Como ministros fieros del infierno.

¡Oh caso de los casos mas atroce,  
Suceso de sucesos el mas duro!  
Porque veais si puede de una coce  
Fortuna derribar un alto muro.  
¡Cuántas veces agora reconoce  
El consejo del mozo ser seguro,  
Y que son cosas de juicio loco  
Tener las importantes en tan poco!

¡Cuántas muertes le están aparejadas,  
Cuántos tormentos desapajados,  
Cuántos azotes, cuántas bofetadas  
Descargan sobre miembros fatigados!  
Luego sus carnes fueron despojadas  
Hasta de los vestidos mas delgados,  
Dejándolo con no mas cobertura  
De aquella que le proveyó natura.

Delante de Pigoanza fué llevado  
Y del hijo llamado don Rodrigo,  
Que con gran diligencia fué buscado,  
Y el padre lo tenia ya consigo:  
Vidolo triste, mustio, demudado,  
Con sentimientos de fiel amigo;  
Y allí delante la proterva ira  
Gime cada cual dellos y suspira.

Los ojos del mozuelo hechos rio,  
Con el Añasco razonó deste arte:  
«Al alto Dios pluguiera, señor mio,  
Que mi fuerza pudiera remediarte;  
Mas en la confusion deste gentío  
Páreceme que soy ninguna parte:  
El poderoso Dios te dé talento  
Para morir con buen conocimiento.»

«Si murieras por caso repentino,  
Menos pudiera ser mi sentimiento,  
Por ser la muerte general camino  
Y vida temporal lijero viento;  
Mas por las crueldades que adevino  
Lo que durares con vital aliento,  
Padezco tal y tan inmensa pena  
Que no puede llegar á ser mas llena.»

«En esto se recrea la demencia  
Deste bestial gentío, torpe, fiero:  
Armate del escudo de paciencia,  
Pues naciste cristiano caballero;  
Apártome de ti con tu licencia,  
Que no me dejan verte, ni yo quiero,  
Por no ver espectáculo tan triste....  
¡No sé, señor, por qué no me creiste!»

Con esto desviaron al mozuelo,  
De lágrimas los ojos empapados.  
Añasco, despedido de consuelo,  
Los suyos á los cielos levantados,  
Dijo: «Yo te doy gracias, Rey del cielo,  
Que mas merezco yo por mis pecados;  
Y pues por ellos viene tal castigo,  
Otro millon de veces te bendigo.»

«De tu fe santa nada me desvío:  
Protesto de morir en su creencia,  
Fuera del alocado desvario  
De desesperacion é impenitencia;  
Pues aunque de mi vida desconfío,  
Muy confiado voy de tu clemencia;  
Tu santa voluntad sea mi guia  
Para corroborar aquesta mia.»



» En esta confesion firme y entero,  
Aprieten los carñifices las llaves,  
Porque si tú por mí, manso Cordero,  
Padeciste tormentos muy mas graves,  
Con la recordacion dellos espero  
Que todos estos me serán súaves.»  
Quisiera decir mas, y no lo dejan  
Las burlas y ludibrios que lo aquejan.

Llamó pues Pigoanza la Gaitana  
Para le dar al mísero paciente,  
La cual contra la gente castellana  
En el recuento se balló presente :  
Ella lo recibió de buena gana,  
Y no menos crúel que diligente  
Descubrió luego con acerbo hecho  
La rabia y el coraje de su pecho.

Pues como de mujer son sus antojos,  
Si tiene mano contra quien la injuria,  
Que da satisfaccion á sus enojos  
Dejándolos correr á toda furia;  
Y así primero le saca los ojos,  
Segun a Mario la romana curia,  
Porque lo que durase desta suerte  
Viviese con deseo de la muerte.

Después desto la desapiñada,  
Crúel de suyo con la pena loca,  
La barba por debajo horadada,  
Grueso cordel en cantidad no poca  
Le metió por aquella cuchillada,  
Cuyo cabo sacaron por la boca,  
Y allí le dieron á la sogá ñudo,  
Con gran aplauso deste vulgo rudo.

Desta manera fué dél triunfando,  
Aquel cordel sirviendo de trailla,  
La victoria y trofeo publicando  
Por los mercados de ciudad ó villa :  
Y de los estirones que va dando  
Desencasada cada cual mejilla,  
Con tal alteracion el bello rostro,  
Que ya no parecia sino móstro.

Reconociendo que de ser humano  
Huian los espíritus vitales,  
El pié le cortan, otra vez la mano,  
Otra vez pudibundos genitales,  
Hasta que con paciencia de cristiano  
Salió de las angustias de mortales,  
Para volar, segun pios motivos,  
A la quieta tierra de los vivos.

Los atroces tormentos acabados  
Segun feroz bestialidad ordena,  
Los cahallos y dueños desollados  
Y de ceniza la pelleja lleua,  
Unos y otros fueron cuarteados  
Para guisarse la nefanda cena,  
Y de los cascós ya limpios y rasos  
Para beber en ellos hacen vasos.

Cuando la horrachera se hacia  
Que con cantos y bailes celebraban,  
El primo del Añasco todavia  
Se estaba quedo donde lo dejaron,  
Con dos hidalgos en su compañía  
Que para lo curar con él quedaron,  
Y para dar en ellos apareja  
Sus valedores la proterva vieja.

El hijo de Pigoanza que recela  
Destos tres españoles la caída,  
Determinó librallos con cantela  
Que de nadie pudiese ser sentida :  
La cual fué despachar quien los compela  
A poner en efecto la huida,  
Dándoles mucha grita desde fuera  
Y alborotándolos desta manera :

« Esperad, esperad, gente cristiana,  
Vereis nuestra uacana cuánto pesa,  
Pues antes que se llegue la mañana  
Habeis de ser manjar de nuestra mesa :  
Aqui llegará presto la Gaitana  
Que en vuestro capitán ha hecho presa ;  
Los huesos podeis ver de los vencidos,  
No solo descarnados, mas roidos.»

Llegaron los mozelos en un salto  
Para cumplir aquellos mandamientos,  
Y luego dieron grita desde el alto  
Que estaba cerca de los aposentos :  
Causáronles terrible sobresalto  
Después de declarados los accents  
Por lengua que tenían que declara  
Lo que decian en el algazara.

Parecióles la grita gran soltura  
Y no buena señal hacelles cocos,  
Y así tuvieron todos por cordura  
No reposar allí siendo tan pocos,  
Y en aquella sazón y coyuntura  
Su consideracion no fué de locos :  
Vuelta de Timaná se fueron luego  
Con harta mas congoja que sosiego.

Desta manera fueron caminando  
Hasta verse metidos en el ala  
Y anparar cierto del señor Inando,  
Que como buen amigo los regala ;  
Del cual indio tuvieron en llegando  
Mas certidumbre desta nueva mala :  
Era cacique noble, de buen pecho,  
Y que mostró gran pena por lo hecho.

Tuvieron algun tanto de reposo  
Por llevar los caballos fatigados,  
Mas luego con el paso presuroso  
Por el Inando fueron aviados :  
A Timaná hallaron sospechoso,  
Y fué lo mas después de ser llegados,  
Mas su declaracion no tan patente  
Que la supiesen dar precisamente.

Y es porque de las cosas que dudamos,  
Cuyas noticias no llegan enteras,  
Aquellas que tememos y odiamos  
Siempre se hacen menos crederas :  
Razones aparentes les buscamos,  
Y así las daban muchos tan de veras  
Que parecia concluyente prueba,  
Mas yo reniego de la mala nueva.

Juan del Río tenia las opuestas  
Opiniones, y por no ser tardío  
Al cargo que tomó sobre sus cuestras  
Y en ir á ver á Baltasar del Río,  
Su hermano, hizo luego gentes prestas ;  
Pero hasta salir con mas avío  
Fueron delante cinco buenos hombres  
De caballo, de quien diré sus nombres.

Y son, si la memoria me socorre,  
Los que llevaron esta delantera  
Juan Vazquez y Francisco de la Torre,  
Y Pedro de Guzmán, que no debiera ;  
Un Juan de Cespedes con ellos corre,  
Y juntamente Diego de Mosquera :  
Destos, dejándolos ir su camino,  
Después diremos lo que les avino.

Juan del Río salió con veinte y siete  
Otro día después de su partida ;  
Cada cual dellos era buen jinete  
Y en este menester gente rompida,  
La cual por otra via se entremete  
Que parecia menos impedida,  
Y fué por Aniabongo, cuya tierra  
Metió manos y codos en la guerra.

Llegaron cuando ya se les estrecha  
El resplandor clarifico de Apolo ;  
Vieron insignias de la maldad hecha,  
Y de los indios presumieron dolos,  
Porque para tener esta sospecha  
El pueblo principal hallaron solo ;  
Demás desto tomaron una vieja  
Que dijo todos ser en la conseja.

Viendo de guerra toda la frontera  
Y teniendo del caso certidumbre,  
Sin dilacion quisieran salir fuera  
Si les diera lugar febea lumbre ;  
Mas con obscuridad no se pudiera  
Caminar sin notoria pesadumbre,  
Pero con todo esto los mas votos  
Eran de verse diez leguas remotos.

Hablóles desta suerte Juan del Rio :  
 « Señores, esperemos la mañana,  
 Quel deseo de todos es el mio ;  
 Mas dejar esta poca tierra llana  
 Téngolo por uotorio desvario,  
 Y muy mayor salir con obscurana,  
 Donde por ser tan áspera la sierra  
 Podeis morir sin ver quién os da guerra.

» Conviéneos velar y estar á pique  
 Y que tomemos por alojamiento  
 La casa y el cercado del cacique,  
 Porque mejor lugar yo no lo siento,  
 Pues si de los contrarios hay quien pique,  
 Es uno mas allí que dellos ciento :  
 Rondarán á caballo por de fuera  
 Desde el llano compás á la ladera.

» Si pasase la noche sin estruendo  
 Y sin acometer bando contrario,  
 Salirnos hemos en amaneciendo  
 Con orden y recato necesario. »  
 Entraron pues adonde voy diciendo ;  
 Mas tres tuvieron pensamiento vario,  
 Atejándose fuera del cercado  
 Con sus caballos y el demás recado.

Dos para cada cuarto son las velas,  
 Ellos y los caballos bien armados,  
 Con otras prevenciones y cautelas  
 Que tienen en la guerra los cursados :  
 Duermen todos calzadas las espuelas,  
 Las sillas y los frenos alistados,  
 Para cualquier rumor alallado junto  
 Y ensillar y salir en ese punto.

El cuarto de la prima fué rendido  
 De la modorra semejantemente,  
 Sin sentirse bullicio ni ruido  
 De viva criatura ni aparente,  
 Aunque cuasi pegado con el nido  
 Crecidísimo número de gente ;  
 Y era cuando velaban la mañana  
 Diego Quintero y Luis de Lizana.

Y al tiempo quel lucero matutino  
 Su resplandor venia descubriendo,  
 Salió la tempestad y torbellino  
 Con estampida de clamor horrendo :  
 Los tres hombres mataron de camino,  
 Estando sus caballos componiendo ;  
 Mas no les dió lugar el avenida  
 En multitud y en impetu crecida.

Los indios procuraron el entrada,  
 Mas con sumo valor fué defendida,  
 Y de la gente bárbara granada  
 No poca cantidad quedó tendida,  
 Unos caídos en el albarada  
 Y otros dispuestos á perder la vida ;  
 Y como viesen el saugriento juego  
 Determinaron de ponelles fuego.

Venian ciertos indios con candela,  
 Por ser aquellos los ardides ciertos  
 Y aun el riesgo mayor que se recela  
 Por los que peleaban encubiertos :  
 Mas con su sangre por los dos de vela  
 Ellos y los tizones fueron muertos,  
 Y á no salir tan bien lo que se hizo,  
 Perecieran por ser todo pajizo.

Ocupó Juan del Rio los arzones  
 De un salto por salir á la rencilla,  
 Y un negro suyo con las turbaciones  
 (¡ Oh caso singular y maravilla ! )  
 El caballo ciuchó por los riñones,  
 La cincha por debajo de la silla ;  
 Así que para la batalla dura  
 Las piernas solas eran ligadura.

Ocon tiene por nombre su caballo,  
 Del cual dicen algunos tantos bienes  
 Que con razon podremos igualarlo  
 Al de Adriano dicho Boristenes :  
 Agora no podia sosegallo  
 Oyendo los carcajes y almancen ;  
 Rompió con él por la mayor pujanza,  
 Haciendo maravillas con la lanza.

Mas si su dueño con auxilio santo  
 Traspasa pechos y ensangrienta frentes,  
 El buen rocín Ocon con otro tanto  
 Baña las herraduras y los dientes,  
 No sin admiracion ni sin espanto  
 Del español y bárbaros presentes,  
 Pues sin espolear ni meter hierro  
 Los va remordiscando como perro.

A los mas señalados arremete ;  
 Con bocados y coces los lastima ;  
 Admira la ventura del jinete,  
 Andar sin cinchas y durar encima ;  
 Vuelve y revuelve, gira y acomete,  
 Y con sus voces los demás anima,  
 Porque ya todos van por sus pisadas  
 Y andaban bien espesas las lanzadas.

La parte de los nuestros se mejora,  
 Cosa que pareció ser imposible :  
 Victoriosos van, y en esta hora,  
 Para ser la victoria mas visible,  
 Asomó por sus puertas el aurota  
 Con rostro rubicundo y apacible ;  
 E ya del todo las tinieblas sueltas,  
 Vieron los indios las espaldas vueltas.

Prosiguen el sangriento desafio,  
 Que la vertida sangre no les basta ;  
 Antes cobrando todos nuevo brío  
 Mucha mas vierten desta dura casta,  
 Adonde la pasion del Juan del Rio  
 Le hizo bien crecida con el asta,  
 Dejando por allí la tierra roja  
 A causa de la fraternal congoja.

Con estos gloriosos vencimientos,  
 Dignos ansi de ser intitutados,  
 Pues eran indios mas de diez quinientos,  
 Hombres furiosos y desesperados,  
 Volvieron á los dichos aposentos  
 A curar los caballos fatigados,  
 Para luego volver á su reposo  
 Por estar el terreno peligroso.

Cada cual su caballo regalaba  
 Con grano que hallaron en la villa,  
 Y cuando Juan del Rio se apeaba  
 En el suelo cayó con él la silla ;  
 La cincha vieron, y segun estaba,  
 Tuvo por divina maravilla,  
 E yo que tracto con quien pudo vella  
 En esta posesion quiero tenella.

Y no son estas de las vanidades  
 Que en los poemas van entrejeridas,  
 Porque demás de ser mis propiedades  
 Huir admiraciones fementidas,  
 Hay tanto que decir en las verdades  
 Que no hallan lugar cosas fingidas ;  
 Y ansi, nunca jamás fatigué pluma  
 En cosa que ser cierta no presuma.

Voy al nivel de la verdad atado,  
 Y della discrepar punto no oso,  
 Por parecerme tiempo mal gastado  
 Mezclar lo cierto con lo fabuloso,  
 Pues á causa de ir entereado,  
 Lo verdadero queda sospechoso :  
 Muchos lo hacen, pero tal idea  
 Menos tiene de bella que de fea.

Conozco que soy torpe coronista,  
 Pero de tantas cosas peregrinas  
 De muchas soy testigo yo de vista,  
 En guerras extranjeras é intestinas ;  
 Y las que pongo por ajena lista,  
 Yo sé que son personas fidedinas  
 Aquellas que me dictan lo que escribo,  
 Y algunas dellas viven donde vivo.

Para que vean lo que yo escribiendo  
 Les damos el cuaderno descubierto,  
 Y lo primero que les encomiendo  
 Es advertirme siempre de lo cierto,  
 Porque pongamos antes el remiendo  
 Quel ocular testigo caiga muerto ;  
 Y acontece sobre un mismo subycto  
 Tener diez relaciones de respecto.

Así quel curioso que procura  
Historias verdaderas, esta lea,  
Porque le sé decir que mi lectura  
No dirá cosa que verdad no sea:  
Matices faltarán en la pintura  
Y los colores de la docta dea;  
Mas la sinceridad que represento  
Le servirá de lustre y ornamento.

Volvamos á los válidos guerreros,  
Por quien con gran recato se camina  
A Timaná, donde con piés lijeros  
Llegaron á la hora vespertina:  
Allí hallaron al Lúis Mideros,  
Al Francisco Cornejo y al Medina,  
Que son los tres que del recuento agro  
Del Añasco salieron por milagro.

Y en el aspecto dellos bien se via  
El continuo trabajo y el tormento,  
Pues habia pasado quinto dia  
Sin dar á los estómagos sustento,  
Caminando de noche, porque el dia  
En el monte cumplió hacer asiento,  
Los piés descalzos, desnudos los brazos,  
Y los vestidos hechos mil pedazos.

También llegaron en aquel instante,  
O poco antes del Lúis Mideros,  
De los cinco que fueron adelante  
Del Juan del Rio, cuatro caballeros,  
Con paso presuroso de portante,  
Desnudos, en la mano los aceros,  
Porque al uno mató la gente fiera,  
Y el caso medió desta manera:

Con priesa que se dieron aquel dia  
Llegaron á las casas del Inando,  
El cual los recibió como solia,  
Personas y caballos regalando;  
También les dijo cómo convenia  
No proceder en lo que van buscando,  
Porque tenia por avisos ciertos  
El Añasco y los suyos estar muertos.

No dejó de temer el mas robusto,  
Y sobre dar la vuelta se porfia;  
Al Pedro de Guzmán no le dió gusto  
Usar de semejante cobardía,  
Demás desto decia no ser justo  
Volverse por lo que un indio decia:  
Los otros, de no menos presunciones,  
Condescendieron con sus opiniones.

Pero no me parece de prudentes,  
Cuando necesidad no los convida,  
Con fanfarronías de valientes  
Ir á notorios riesgos de la vida:  
Eran las tristes nuevas evidentes,  
Y el indio no habló cosa fingida,  
Antes pura verdad, y no embargante  
Su buen consejo, fueron adelante.

No fué su caminar á pasos lentos,  
Antes apresurando la corrida  
Llegaron á los mismos aposentos  
De do los tres hicieron su huida;  
Mas con especular y estar atentos,  
No descubrieron ánima nacida  
De quien pudiesen colegir respuesta  
O de paz ó de guerra manifiesta.

Perplejo cada cual porque no via  
Salilles á hablar mozo ni cano,  
Bien quisieran (á dar lugar el dia)  
No tener el azar tan á la mano;  
Mas ya la luz de Febo se metia  
En las profundas ondas de Océano;  
Venian fatigados demás desto,  
Y así fué de velar el presupuesto.

Por cuartos fué la noche repartida,  
Y siempre los caballos ensillados,  
Sin tener cosa mal apercibida  
De las que suelen prósidos soldados,  
Y mas en ocasion tan conocida  
De tantos enemigos rodeados:  
Veló la prima Diego de Mosquera,  
Guzmán á la modorra salió fuera.

A velar el del alba fué llamado  
Juan Vazquez, que es el cuarto que les resta:  
Apeóse Guzmán, porque su hado  
Tenia ya sobrel la mano presta;  
Junto de su caballo maneado  
Sobre los cuerpos de armas se recuesta,  
No por gozar del ocio soñoliento,  
Sino por descargar á su jumento.

Pues aunque fuera ronda centinela  
Que vueltas da por los cercanos senos,  
A todos ellos fué comun la vela,  
De gustos soporíferos ajenos,  
Fijada la hebilla del espuela,  
Los caballos con sillas y con frenos,  
Porque sintiendo mano que lastima  
Puedan con brevedad subir encima.

La roja aurora sus purpúreas puertas  
Abria ya sobre dorado quicio,  
A los mortales dando muevas ciertas  
De la venida del ardor propicio,  
Cuando de las escuadras encubiertas  
Oyó Juan Vazquez tácito bullicio:  
Batió las piernas á manifestallo,  
Y al punto suben todos á caballo.

El Pedro de Guzmán subió de un salto,  
Como quien con soltura se menea,  
No se acordando con el sobresalto  
De quitar al caballo la maneja;  
Metióle hierro, mas hallólo faltar  
De aquella lijereza que desea;  
Quiso bajar, y vióse rodeado  
De bárbaros por uno y otro lado.

Porque reconociendo ser sentida  
Aquella turbamulta de bestiales,  
No llama de los vientos impelida  
Vuela tanto por secos pajonales,  
Cuanto fué la feroz arremetida  
De mas de cuatro mil lobos cervales,  
Cuyas bocinas y alaridos crecen,  
De suerte que los campos ensordecen.

Como no pudo con los embarazos  
Seguir Guzmán sus cuatro compañeros,  
Descargó la violencia de los brazos  
Con golpes tan pesados y tan fieros,  
Que al caballo y á él hacen pedazos  
Aquellos infernales carniceros,  
Mas hambrientos, voraces y protervos,  
Que sobre muertos multitud de cuervos.

Mirad la presuncion del ser humano  
En qué viene á parar cuando mas osa,  
Y cómo muchas veces de su mano  
Se buscan hombres muerte trabajosa,  
Cómo también Juan de Guzmán, su hermano,  
Aquel que combatió con Espinosa,  
Fuertes, honrados, nobles caballeros,  
Y ambos tuvieron malos paraderos.

Los cuatro que salieron adelante,  
No viéndolo, pararon breves puntos,  
Por la desgracia ser en un instante  
Y el trueno con el rayo llegar juntos;  
Mas en oyendo la tumultuante  
Turba, contáronlo con los difuntos,  
Reconociendo que tenían caza,  
Pues tantos reparaban en la plaza.

Allí se señalaba la Gaitana,  
Que ya tras ellos ya con gran bullicio;  
Pero como tenían tierra llana  
Cumplian con el militar oficio,  
Y por usar de condicion humana  
Llevaban por delante su servicio,  
Porque todos corrían detrimento  
Y fueran de los indios alimento.

Acometiendo pues y alanceando  
A los que se mostraban con esceso,  
Se fueron retrayendo y alejando  
Deste bestial y duro sobrehuoso:  
Llegaron al cercado del Inando,  
Que pesame les dió del mal suceso,  
Manifestándoles estar corrido  
Por avisallos y no ser creído.

Ellos le dieron su descargo cierto,  
Y bien pudieran dallo sin malicia,  
Porque se descargaron con el muerto  
Que de llegar allí tuvo cudicia;  
El buen indio no con intento tuerto  
Los sirve, los regala y acaricia,  
Y dellos cada cual allí mitiga  
El cansancio, la hambre y la fatiga.

Y fuera cierto general ruina,  
Si en este tiempo de furor insano  
No proveyera la bondad divina  
De la fidelidad deste pagano,  
Sin dar vaivén su condicion benigna,  
Ni contraer jamás la pia mano,  
Aunque pudo tener vez oportuna  
Para seguir mudanzas de fortuna.

Después que con las obras los consuela  
Y palabras de vivo cumplimiento,  
Fueron á Timaná, que se recela  
De mas encanecido rompimiento;  
Y así tenían vigilante vela  
Noches y días sin faltar momento,  
Por ser notoria ya la desvergüenza  
Y el daño mucho con que se comienza.

Habia ido Florencio Serrano,  
Primero quel Añasco pereciese,  
Con dineros al pueblo Popayano  
Para que de ganados proveyese  
Este terreno que tenian llano,  
Sin que contrariedad se presumiese:  
Seis mil pesos llevó para gastallos  
En puercos, pacos, yeguas y caballos.

Que ya por ser ganancias importantes,  
En pueblos ricos y recién fundados  
Desde Pirú bajaban contractantes  
Con estas diferencias de ganados,  
Y de negociaciones semejantes  
Todos volvían bien aprovechados:  
Hizo pues el Florencio buen empleo  
De las cosas que tienen en desco.

El cual, desde compró lo que queria  
Para los militares menesteres,  
Volver á Timaná (por otra via  
De la que trajo) son sus pareceres.  
Por ser mas llana; y en su compañía  
También venian ciertos mercaderes.  
Con intencion de dar con su manada  
En este nuevo reino de Granada

Porque como supiesen haber puerta,  
Aunque con muchas leguas de distancia  
En tierra nuevamente descubierta  
Necesitada de la tal substancia,  
Siendo primeros, era cosa cierta  
Sacar del reino próspera ganancia,  
Y ciertamente caudalosa fuera  
Si como se pensó les sucediera.

Mas entonces no fueron opiniones  
Ciertas al armentario contractante,  
Porque tenia varios trompezones  
Peligrosos opuestos por delante;  
Pero los cudiciosos corazones  
Cosa no tienen por exorbitante,  
Y las dificultades mas insanas  
Se les antojan fáciles y llanas.

Van pues á Timaná veinte personas  
Guiadas todas por adverso hado,  
Unas para quedar, las otras pronas  
Al viaje que tengo recitado:  
Llevaban muchos indios yanacunas  
Por guardas y pastores del ganado;  
Al fin hicieron una noche cama  
En la quebrada que llaman Pirama.

Los caballos descargan y las yeguas  
Para dormir al pié de aquel recuesto,  
Seria la distancia de dos leguas  
De donde fué el Añasco descompuesto:  
Mas el quebrantamiento de las treguas  
A ellos no les era manifiesto,  
Porque pensaban estos caminantes  
Estar de paz la tierra como antes.

Y así los indios del compás froutero  
Les salieron de paz, aunque fingida,  
El uno (cosa nueva) con sombrero,  
Presea del Añasco conocida.  
El capitán Serrano, que primero  
Tuvo la vista mas apercebida,  
Dijo: «No tengo yo por señal buena  
Cubrirnos con sombrero la melená.»

Por el mismo Serrano preguntado  
Quién le hizo merced de la montera,  
El indio respondió disimulado  
Quel capitán Añasco se la diera.  
«Antes te diera su rucio rodado,  
Replica, y esto yo te lo creyera,  
Porque su vista, de salud ajena,  
Con este recibia menos pena.»

Los indios se partieron en efeto;  
Mas el Serrano, como bien curtido,  
Dijo: «Señores míos, el discreto  
Procure de velar apercebido,  
Porque segun lo visto yo os prometo  
Que se nos apareja mal ruido,  
Y si ya por ventura no me engaño,  
En la tierra tenemos mucho daño.»

Respondió Pedro Lopez del Infierno  
(Que tal nombre le dan por apellido,  
Porque traspuesto por su mal gobierno  
Allá dijo que habia descendido):  
«Un paco de los míos, el mas tierno,  
Asegurar podrá nuestro partido:  
Velen esas ovejas por su dueño,  
Que no me quitará temor el sueño.»

El Florencio Serrano le responde:  
«Andaos á decir gracias de continuo,  
Que si la luz del sol se nos absconde,  
Podria ser con vuestro desatino  
Que muy presto bajasedes adonde  
Sabeis, pues anduvistes el camino,  
Y quel burlar en vida desa suerte  
Os saliese de veras en la muerte.»

El dicho Pedro Lopez todavía  
Su caballo mandó poner á gesto,  
Y un sobrino de Ampudia, que regia,  
A los demás mandó que hagan esto;  
Mas no tan juntos como convenia,  
Pues se acomodan en diverso puesto,  
Y no porque el lugar era muy ancho,  
Mas cada cual miraba por su rancho.

Porque quien menos tiene pone tienda  
De varia mercancia proveida,  
Que se llevaba para su vivienda,  
Y no querian vella divertida;  
Pero ¿de qué me sirve la hacienda  
Si por la guardar pierdo la vida?  
Por cuerdo tengo quien largó la capa,  
Si con dejalla de la muerte escapa.

En este tiempo ya se recogía  
A los antipodas febea lumbre,  
Llevándose tras sí la luz del dia  
Segun y como tiene de costumbre,  
Dejádonos acá la noche fria,  
Sombra de la terrestre pesadumbre,  
Terrible, pero no de tal manera  
Que no sea peor lo que se espera.

El Florencio Serrano, que no duda  
Haberseles de dar el alborada,  
Estuvo con el espada desnuda  
Y la rodela presta y embrazada:  
Unas veces se sienta, otras se muda,  
En la cabeza siempre la celada,  
Teniendo la quietud por enemiga,  
Y el miedo tolerando la fatiga.

El violento curso presuroso  
Causado por el móvil primero,  
Habia vuelto ya del mar undoso  
La luz resplandeciente del lucero;  
El tiempo se llegaba fortunoso,  
Y los rigores del asalto fiero,  
Hora que toman bárbaras espías  
Para venir á dar los malos días.

Habló Serrano con los compañeros  
Que por allí dormían mas cercanos,  
« ¡Alerta, alerta! buenos caballeros,  
Que la hora tenemos entre manos:  
Apretamos en ella los Aceros,  
Prestos los golpes y los piés livianos.»  
Y aun no bien concluyó con sus razones,  
Cuando salen bramando los yalcones.

Por todas partes son acometidos:  
Rodéandolos va red barrantera;  
Las voces atormentan los oídos  
Y grita de la gente carnícera;  
Los pocos peleaban divididos,  
Y no tienen recurso de b bandera;  
Fáltales orden y el valor les sobra,  
Con el cual entran en la mortal obra.

El compás de la tierra mas cercana  
Con sangre de los bárbaros se riega,  
Y allí llegó la mano castellana  
A lo que natural fuerza no llega,  
Sustentándose hasta la mañana,  
Con ser sobre tres mil en la refriega,  
Todos determinados y valientes  
Y con tantas victorias insolentes.

Hierva la confusion, y en ella caen  
Bárbaros, destroncadas las cervices,  
Y no pocos heridos se retraen,  
Unos sin dientes, otros sin narices;  
Prevalecen al fin esos que traen  
Fundamento crecido de raíces,  
Y así con cargas de furor horriendo  
Se van los españoles consumiendo.

El de mayor vigor se siente laso,  
Y fuéranlo también los doce Pares;  
El número de vivos es escaso,  
Inmensas las angustias y pesares;  
Los caballos no pueden ya dar paso,  
Rotos y traspasados sus ijares,  
Caen rendidos á la fatal suerte,  
Y con ellos los amos á la muerte.

Porque las mazas de mortales pesos,  
O las macanas con que los herian,  
Rociaban la tierra con los sesos  
De los desventurados que caian;  
Mas á vida ningunos fueron presos,  
Antes de tal manera combatian,  
Que ninguno cesaba del combate  
Hasta llegar al último remate.

Y así las resistencias y porfía  
Duraron con aquel valor esquivo  
Hasta que fueron ya las diez del día:  
De todos ellos uno solo vivo,  
Que milagrosamente se valía,  
Y aun hoy me da razon de lo que escribo,  
Y es Florencio Serrano, de quien siento  
Que cuenta la verdad en lo que cuento.

A todos consta bien ser su costumbre  
Sin interposicion de vil artista,  
Y él y Orozco, que me dan la lumbre,  
De la dificultad desta conquista  
No hablan cosa con incertidumbre,  
Antes lo que deponen es de vista,  
Y un Arias Maldonado, cuya fama  
Otra mas diligente pluma llama.

Con los tres tracto, hablo, comunico,  
Y con su relacion me favorecen,  
Aunque de lo que dicen y publico  
Con humildad sus hechos obscurecen:  
Quisiera yo tener talento rico  
Para les dar aquello que merecen,  
Pero como la parca se detenga  
A tiempo lo diremos que convenga.

Volvámonos al Florencio Serrano,  
Que solo, como válido y esperto,  
Allí pelea con sangrienta mano,  
En el cansancio de sudor cubierto;  
Pero su buen caballo rabicano  
Ya desangrado se le cayó muerto;  
La lanza deja, bien ensangrentada,  
Y aprovechóse luego del espada.

Estando desta suerte combatiendo,  
Demandando favor al alto cielo,  
Un caballo llegó con gran estruendo,  
Cuyo señor quedaba por el suelo:  
Asióle de las riendas, y subiendo  
Con tan buen salto que pareció vuelo,  
Gatió las piernas para la huida,  
Y á poco trecho le faltó la vida.

Salió de encima luego, visto esto,  
Antes que llegue la caribe saña,  
A fin de se subir por el recuesto  
Que muy espesa tiene la montaña;  
Siguen los indios el alcance presto,  
Tanto que no le vale buena maña;  
El lamentaba ya su fin amargo,  
Y ellos riendo pásanse de largo.

Viendo buena sazón y coyuntura  
Y que el bravo furor le daba lado,  
La gran fragosidad y la espesura  
Del monte tuvo por lugar sagrado:  
Entró por ella como lo procura  
El ciervo de los perros acosado,  
Do le pasaron otras muchas cosas  
Que ciertamente fueron milagrosas.

« ¡Oh! cuántas veces rodeó la frente  
Con anteojos confusos y perplejos,  
Y pudo mitigar la sed ardiente  
Con los licores que le son anejos!  
Mas pasa por la frígida corriente  
Con el deseo de se ver mas lejos,  
Hasta que la tiniebla sobrevino,  
Y aun procuró de caminar á tino.

Yendo por los parajes que sabia  
Ser para su derrota bien guiados,  
Después que ya llegó la luz del día,  
Dejando los caminos desusados,  
Topó con española compañía  
Que traían ansimismo ganados,  
Y dándoles razon de la revuelta,  
Con él á Popayán dieron la vuelta.

Por el semblante pálido que lleva  
Se pudo conocer el detrimento:  
Ningun vecino hay que no se mueva  
A compasión, dolor y descontento;  
Pero sabida dél la mala nueva,  
Se hizo mas acerbo sentimiento,  
Por ser los muertos hombres principales,  
Y lo que se perdió gruesos caudales.

Unos lloran la muerte del pariente,  
Otros la del amigo y del vecino,  
Y el Juan de Ampudia, que es allí teniente  
También lamenta la de su sobrino;  
El cual en breve tiempo llegó gente  
Y á la provincia de Pirama vino  
Con cincuenta peones afamados  
Y veinte de caballo bien armados.

Quando Febo por natural carrera  
Tenía de los sinos el primero,  
Y con la propia vuelta de su esfera  
Visitaba los cuernos del carnero,  
Año de treinta y nueve de la era  
Con mas los quince cientos que refiero,  
El Ampudia llegó con los que cuento  
Al impio lugar del rompimiento.

El bárbaro que, pronto y avisado,  
Vivía, por estar mas á provecho,  
En las laderas de un cerro pelado,  
Por donde su camino va derecho  
En angosto lugar y acomodado,  
A mano tienen un gran bosque hecho,  
Dentro del cual oculta y emboscada  
Copia de gente bien aderezada.

Allí Serrano va, pero repara,  
Considerando ser nueva cultura:  
Algunos indios fuera hacen cara,  
Amenazando con desenvoltura;  
Tras ellos van, y huyen como jara  
Para metellos en el angostura;  
Mas antes de llegar al arboleda,  
El que mas cuerdo es atrás se queda.

Uno que procedió menos cobarde,  
Sin tener atención á lo que empieza,  
Esperimenta del oculto alarde  
Lo que suele hacer la dura pieza;  
Revuelve luego sin que mas aguarda,  
Manando roja sangre la cabeza,  
El cual fué tan veloz en la huida  
Que la velocidad le dió la vida.

Viéndole revolver de malos modos  
Aquellos que quedaban detenidos,  
Desordenados revolviéron todos  
Los unos de los otros impelidos,  
Dándose con las manos y los codos;  
Unos tropiezan y otros hay caidos;  
Y así los indios de los mas cercanos  
Un español ovieron á las manos.

Acude Juan de Ampudia por librallos  
Con toda la posible lijereza,  
Aunque para correr con los caballos  
Les da poco lugar el aspereza;  
Los bárbaros por bien han de dejallos  
Por ir á mas segura fortaleza,  
O por se contentar con aquel muerto  
Que les tomaron en el desconcierto.

Y con ser brevecilla la tardanza  
En aqueste latibulo primero,  
A uno de caballo se abalauza  
Un esforzado bárbaro lijero,  
Y de las manos le quitó la lanza,  
No sin gran confusion del caballero.  
Por ser aquellos pasos de tal arte  
Que para la cobrar nunca fué parte.

Ellos al fin pasaron la quebrada  
Y asentaron real en tierra llana  
Con buenas velas, y á la madrugada  
Los veinte de la gente mas lozana  
Se fueron á poner en emboscada,  
Donde tomaron, clara la mañana,  
Seis gandules que van por el sendero  
Y entrellos aquel indio del sombrero.

Al campo los llevaron maniatados,  
Adonde procedieron por justicia,  
Y fueron en efecto castigados  
Por sus atrevimientos y malicia,  
Siendo de muchas cosas preguntados,  
Entre las cuales les dieron noticia  
Estar muchos caciques en su junta  
Una legua de allí tras cierta punta.

Hizoles el temor que se prevengan  
Para contravenir con antuviada,  
Y por no les cumplir que se detengan  
En dar la traza mas proporcionada,  
Determinaron ir antes que vengan  
A dar adonde están el alborada,  
Pues tendria la bárbara pujanza  
Algun descuido por su confianza.

El campo se quedó do se tenia,  
Con Juan de Ampudia, principal regente;  
Fué con cuarenta Francisco García  
De Tovar, en las armas excelente,  
Y demás de su grande valentia  
Circunspecto varon, sagaz, prudente;  
Y el sol entrado ya por el ocaso  
Vieron los fuegos en un campo raso.

Adonde concurrió la muchedumbre  
De aquellas serranias y fronteras,  
Usando como tienen de costumbre  
La destemplanza de sus horracheras,  
Siempre que dan guerrera pesadumbre  
A gentes naturales ó extranjeras:  
Con la tiniebla pues á la malina  
La gente castellana se avecina.

Van algo separados de sus huellas  
Delante dellos dos suellos peones,  
Oidos prontos, tácticos resuellos,  
Con gran tiento mudando los talones,  
Hasta poner la vista ya sobrellos,  
Tanto, que percibian sus canciones  
Donde bebiendo cuentan sus proezas  
Y de los españoles las flaquezas.

Bien explorados del cercano viso,  
Bujos los cuerpos como convenia,  
Atrás volvieron para dar aviso  
Al Tovar y á la gente que venia;  
Mas en aquel instante dar no quiso  
En ellos, antes algo se desvia,  
Hasta que el soporífero beleño  
Del vino les agrave mas el sueño.

Jinetes y peones fueron velas,  
Lanzas prestas, desnudas las espadas,  
Vestidos escolties, las rodelas  
Embrazadas y puestas las celadas,  
Hasta tanto que vieron las candelas  
Faltas de resplandor y amortiguadas:  
Indicios manifiestos que señalan  
Cómo profundos sueños los regalan.

Luego para llegar los espolea  
Acomodado tiempo y oportuno,  
No con tal movimiento que se crea  
Hollar aquel lugar varon alguno,  
Pero tan sin rumor cual se menea  
Con calma muerta golfo de Neptuno,  
Hasta que vieron bultos de fieles  
Bárbaros que velaban por cuarteles.

Tocan al arma para lo que resta,  
Que es venir á las manos sin tardanza;  
Mas su preparacion no fué tan presta  
Cuanto la punta de cristiana lanza,  
Que con sangrientas obras manifiesta  
El deseo que trae de venganza,  
Diciendo ¡Santiago! Santiago!  
Dando principios al críel estrago.

Los bárbaros del sueño se enajenan,  
Y á los que quieren impedir el daño  
Los que huyendo van los desordenan  
Y caen en las redes del engaño:  
Crece la confusion, los gritos suenan,  
Revueltos como suelen en rebano  
Las ovejas de lobos salteadas,  
Que ya van juntas, y á descarriadas.

¿Quién os podrá decir lo que hacia  
Cuando con dura lanza los aqueja  
El valeroso Francisco García  
De Tovar, que la tierra dura deja  
Blanda, pues de la sangre que vertia  
Corre la superficie conveja,  
Sin dar lugar á pæz ni yalcones  
A que puedan formar sus escuadrones?

Y todos los demás andan gallardos  
Así jinetes como los infantes,  
Con manos prestas y los piés no tardos  
Al dar de las heridas penetrantes:  
Por huellan por paveses y por dardos,  
Por cabezas y miembros palpitantes,  
Acudiendo con suma diligencia  
Adonde ven alguna resistencia.

Al encuentro con gente que acandilla  
Un cacique salió llamado Meco,  
Y el valiente Tovar en la rencilla  
El hierro que metió no sacó seco,  
Pues la lanza rompió por la tetilla,  
Y de allí no paró hasta lo hueco:  
Cayó con el dolor de la herida,  
Y en el profundo dió mayor caída.

En otros muchos maculó la lanza,  
Por cuya causa los de aqueste bando,  
Pareciéndoles mal mucha tardanza,  
A gran prisa se fueron deslizando;  
Aquesto mismo hizo Pigoanza  
Por inculco camino rodeando,  
Mas entonces la gente que lo pisa  
Fué tanta que á tres leguas se divisa.

Quando de la region de los argivos  
El sol trajo su luz á nuestros puertos,  
El campo quedó libre de los vivos  
Y lleno y ocupado de los muertos:  
No siguen á los indios fugitivos  
Mas de por los lugares descubiertos,  
Donde muchos andaban embebidos  
En despojar el oro de caidos.

Como muchos huían con herida  
O ya por el ijar, ya por el pecho,  
Y antes que diesen la mortal caída  
Podían caminar algún buen trecho,  
Un español salió de la medida  
Al lugar do pensó hallar provecho,  
Y en vez de la ganancia que procura  
El mísero halló la sepultura.

Porque cuando las manos embaraza  
En quitar á defunto cierta pieza,  
Un abscondido vivo hizo chaza,  
Pues los nervosos brazos endereza  
Y descargando la terrible maza  
Le hizo dos pedazos la cabeza:  
Fué con aquel azar turbia y aguada  
La victoria de todos estimada.

Avisaron al campo peregrino  
Del buen suceso, sin inconveniente  
Otro quel dicho, por el desatino  
Y curia notable del paciente;  
El capitán Ampudia luego vino  
Con mas caballos y la demás gente,  
Que con las condiciones de la guerra  
Corrieron por allí toda la tierra.

Entró hasta la paz la contienda,  
Nación guerrera y en extremo brava,  
Adonde no hicieron la hacienda  
Tan á su gusto como se pensaba,  
Por hallar quien la tierra les defienda,  
Proveida de tiros el aljaba,  
Y tal bravosidad y pertinacia  
Que no fué de los nuestros sin desgracia.

Porque en batalla dura tan reñida  
Cuanto deseo de vencer ordena,  
Al Juan de Ampudia dan una herida  
Que del cuello rompió la blanda vena,  
Y á pocas horas exhaló la vida:  
De que se recibió crecida pena,  
Por ser un valeroso caballero  
Y en armas y consejo marte fiero.

No sin recelo de mayor ruina,  
Como ya por momentos los asechen  
Escuadrones de gente convecina  
En pasos puestos que les aprovechen,  
Francisco de Tovar se determina  
Salir de Paez antes que los echen,  
Y así desampararon sus terrenos.  
Y á Popayán llegaron todos buenos.

Dejemos estas gentes descontentas  
Haciendo por Ampudia sentimiento,  
Y á guerras mas crüeles y sangrientas  
Vuelva mi peregrino pensamiento;  
Pues los que en Timaná tienen sus rentas  
Piden la reflexion de mi talento,  
Para que con prolijo canto diga  
La gran prolijidad de su fatiga.

## CANTO SEPTIMO.

brade se cuenta cómo Pigoanza, por importunidad de la Gaitana, convocó otros muchos caciques, y vino sobre el pueblo de Timaná con más de doce mil hombres de guerra, y las grandes cosas que en la defensa de los españoles se hicieron.

Ningun animal hay de su cosecha  
Tan crüel, tan protervo ni tan fiero,  
Cuanto flaca mujer, si se pertrecha  
(Para vengarse) de furor severo;  
Y aun con matar no queda satisfecha,  
Siendo de las venganzas lo postrero,  
Pues muchas dellas con los cuerpos muertos  
Usaron detestables desconciertos.

Estas costumbres son de largos años  
Entre mujeres varias insolentes,  
No solamente para con extraños  
En nación y linaje diferentes,  
Pero también se estienden estos daños  
A los padres, hermanos y parientes,  
Porque su crüeldad y su demencia  
Caminan sin que hagan diferencia.

Destá bestialidad testigo sea,  
Sin que de mas hagamos escrutinio,  
El torpísimo hecho de Medea,  
O de Tulia la hija de Tarquino,  
O Scila que por apetencia fea  
Quiso quitar al padre su dominio,  
Con otras cuyo pecho furibundo  
Causó notables daños en el mundo.

Y si por causa débil y liviana  
Aun suelen concebir odios mortales,  
¿Qué podremos decir de la Gaitana  
Revestida de furias infernales?  
Contra la poca gente castellana  
Convoca multitud de naturales,  
Y para que mayor venganza vea  
A todos los aguija y espolea.

Nunca jamás siguieron al de Tracia  
Tantos absortos en sus dulces sonos,  
Cuantos á ella, vista su desgracia,  
Querellas, lloros y lamentaciones:  
No faltaban razones y eficacia  
Que mueven los humanos corazones;  
Y así tanto valió con estas gentes  
Que de su voluntad están pendientes.

Teniendo pues la voluntad ganada  
Hasta del mas lejano señorío,  
Habió con Pigoanza la malvada  
Y en la resolucion lo halló frío,  
Poniendo por excusa la pasada  
Donde Meco murió, que era su tío;  
Pero la mala vieja macilenta  
Con aquestas razones lo calienta:

«Caro señor, el amistad estrecha  
Y nuestro parentesco me provoca  
A decir lo que á todos aprovecha  
Y para bien comun abrir la boca;  
Pues en particular yo satisfecha  
Estoy de la venganza que me toca,  
Por tu bondad y por tus beneficios,  
Sin que lo mereciesen mis servicios.

»Pero de aquellos polvos tales todos  
Han resultado de una y otra banda,  
Que ya no va por mí sino por todos  
El llevar adelante la demanda;  
A todos cumple menear los codos  
Y á ninguno mostrar la mano blanda,  
Siendo de condicion el enemigo  
Que nunca se descuida del castigo.

»Las afrentas y muertes de varones  
Como se vean con mayor pujanza,  
No las han de dejar entre renglones  
Asegurándose con la venganza;  
Y consta que sus odios y pasiones  
Tienen de descargar en Pigoanza,  
Por regirse por él toda la tierra  
Y ser el nervio duro de la guerra.

»Y si por caso, lo que Dios no quiera,  
De paz ó guerra caes en sus manos,  
Reconocida tienes la manera  
Del castigo que dan estos tiranos:  
Vivos en ardentísima hoguera  
Los sepultan por casos muy livianos;  
Pues considera si serán mas justos  
Contigo que les das tantos desgustos.

»Estos son los regalos y mercedes  
Que hacen á quien es mas obediente;  
Y así circuncidar aquestas redes  
Será de valeroso y de prudente:  
Ninguno mas que tú pues solo puedes  
Librarnos de tan mal inconveniente;  
Tantea, mira, piensa bien los modos  
Porque tu voluntad es la de todos.

»Cuantos quisieres entran en la liga,  
Y de su general tienes los votos;  
Ninguno dellos hay que no te siga  
De los cercanos y de los remotos;  
Tardanza solamente los fatiga  
Y no desmayan los que fueron rotos,  
Por ser aquel un caso repentino,  
Sepultados en sueño con el vino.

» De cuyo mal sacamos advertencia  
Para siempre vivir apercebidos,  
Por ser cosa comun con esperiencia  
Hacerse descuidados advertidos.  
Hay demás desto grande diferencia  
De acometer á ser acometidos;  
Pues para destruílos y vencellos  
Nosotros hemos de ir en busca dellos.

» Tú llevas gran pujanza y emiuecia;  
Su gran flaqueza ya nos es notoria;  
Cosa principal es la diligencia  
Y no para tener por accesoria,  
Porque si destos crece la potencia,  
Habrá dificultad en la victoria;  
Mas si tu dilacion no les ayuda  
De su destruicion no tengo duda.

» Por tanto, mira bien lo que conviene  
Con tiempo, pues lo tienes de presente:  
No se diga por tí, quien tiempo tiene  
Y otro mejor atiende se arrepiente;  
La perplejidad ciega se cercene,  
Y no vivamos tan infamemente,  
Ni rehuses entrarles por su puerta,  
Pues te la da fortuna tan abierta.»

Dijo, y el Pigoanza convenido  
De las persuasiones desta vieja,  
A fin de se quitar de mal ruido  
Determinó hacer lo que aconseja:  
Convocó los que siguen su partido;  
Flechas, lanzas y dardos apareja;  
Llegáronse de partes diferentes  
Sobre doce mil bárbaros valientes.

No con ropas de grana ni de seda,  
Sino las que les dió naturaleza,  
Sobrellas oro y el betun de greda  
O bija por salud ó gentileza:  
Fáltame copia con que decir pueda  
Su brío, su postura, su braveza,  
Feroz y denodado continente,  
Al de su corazon correspondiente.

Llegados todos al alojamiento  
Proveidos de jáculos mortales,  
El Pigoanza hizo llamamiento  
De todos los caciques principales:  
Hubo de capitanes nombramiento  
Y de los necesarios oficiales,  
Y para dar sazón á lo que resta  
Con tal exhortacion los amonesta:

« Bien sabeis, sin que yo lo represente,  
El fin para que somos congregados,  
Que de las causas es la mas urgente  
Y la que mas despierta descuidados,  
Pues que nos quiere peregrina gente  
Quitar la libertad y los estados,  
Y consentírselo será de locos,  
Siendo nosotros muchos y ellos pocos.

» Y no mejores, si haceis examen  
De sus fuerzas, ardid y valentía,  
Pues como se confundan y derramen,  
Su mas alto valor es cobardía;  
Y á parangon en singular certamen  
Ninguno dellos prevalecería  
De los que veo con el menos hombre,  
Si de menos pudiera tener nombre.

» Piés de caballos son en los que estriban  
Para huir en viéndose acosados;  
Y sus encuentros, como se reciban  
Por hombres con avisó reportados,  
Con facilidad grande se derriban  
Como si fuesen tímidos venados:  
Esperiencia tenemos con su daño  
Y á su costa patente desengaño.

» Antes teníamos otros concetos,  
Juzgándolos por hombres inmortales,  
Mas ya reconocemos ser subyotos  
A bambre, sed y los comunes males,  
De suerte que los blancos y los prietos  
Somos en el morir todos iguales,  
Mas mucho mas cercanos á la pena  
Los que son pocos en region ajena.

» El mayor y menor dellos trabaja,  
Cansados andan, flacos y deshechos;  
No se nos aventajan una paja  
En fortaleza y animosos pechos;  
Solamente nos tienen de ventaja  
Tajantes y acutísimos pertrechos,  
De los cuales algunos ya son míos,  
Ganados en sangrientos desafíos.

» De los nuestros, aunque de peor traza,  
Infinidad verán á la redonda  
Con dardo, flecha, pica, lanza, maza,  
Volante piedra de estallante bonda,  
Que cuando fuerte brazo desembraza  
Hasta las plantas de sus ramos monda,  
Y en las sensibles rompen sus escesos  
Dientes y muelas, y quebrantan huesos.

» ¡ Ea pues, valerosa compañía!  
Poned los piés en orden y las manos,  
Y caminemos por secreta vía,  
No por campos abiertos ni por llanos;  
Saldreís mañana, porque esotro día  
Hemos de beber sangre de cristianos,  
Y de la carne misera vencida  
Torneis á vuestro gusto la comida.»

Dijo su parecer el Pigoanza  
Y arrimáronse todos á su voto,  
Asegurados de la confianza  
Que tienen de tan pródigo piloto:  
En el beber creció la destemplanza,  
El estruendo, murmurio y alboroto,  
Segun que suelen en infame boda  
Después que ya la gente se embeoda.

Y cada cual de las parcialidades  
Se jacta de sus fuerzas y su maña,  
Con las inievas monstruosidades  
De que tenia llena su cabaña,  
Diciendo que las mismas crüeldades  
Esperimentarian los de España;  
Las pellejas al fin de los mejores  
Habian de ser cueros de alambres.

Este concurso, como quier que fuese  
A muchos sospechosos ocultado,  
No lo fué tanto que no lo supiese  
Inando, y aun acaso fué llamado,  
Y pudo ser que sus disculpas diese  
Y quedase con ellas escusado.  
El, en efecto, como buen tercero,  
A los cristianos hizo mensajero.

Diciéndoles que miren por sus cuellos  
Y estén alerta bien apercebidos,  
Porque tal día llegarán sobrellos  
Sobre doce mil indios atrevidos,  
Y que con lo que puede socorrellos  
Es avisar que vivan advertidos,  
Usando de las buenas prevenciones  
Que piden semejantes ocasiones.

Item, que por ser tantos en la masa,  
El no podia ir personalmente,  
Porque también temor le pone tasa  
Para neutral mostrarse de presente;  
Mas á decilles todo lo que pasa  
Inviaba persona suficiente,  
Que le pregunten lo que conviniera  
Y no duden de cosa que dijere.

El mensajero sigue su viaje,  
Y como mozo suelto y advertido  
Atravesó por montes y boscaje  
De ningunas esptas impedido;  
A Timaná llegó con su mensaje,  
Que fué por todos bien agradecido,  
No sin alteraciones de los pechos,  
Dudosos en los fines destos hechos.

El bárbaro le hizo manifiesto  
Al Juan del Rio cuanto le pregunta,  
Por ser el capitán, y demás desto  
Aquellas circunstancias que barrunta;  
Y así, por les venir el golpe presto,  
Luego de los vecinos hizo junta,  
Que no pasaban todos de noventa,  
Serlan de caballo los cincuenta.



Cada cual dellos es hombre bastante  
En esfuerzo, valor y en esperiencia,  
Pero contra tumulto semejante  
Dudosos por la falta de potencia;  
Mas como fuese lo mas importante  
Allí la brevedad y diligencia,  
No pudiendo del mal hacer desvío,  
Habló desta manera Juan del Rio:

« Señores, dentro estamos en la danza,  
Y para la danzar buenos y sanos;  
Refugio no lo hay ni confianza,  
Sino, después de Dios, de nuestras manos:  
De prevalecer tiene nuestra lanza,  
Pues somos españoles y cristianos;  
Al mal inevitable poner pecho,  
Que donde hay fuerza piérdese derecho.

» Gracias al soberano paraíso,  
Eterna gloria de los celestiales,  
Que por un infiel bárbaro quiso  
Mercedes nos hacer tan esenciales,  
Porque si nos tomaran sin aviso,  
No se nos escusaban grandes males;  
Pero con él la cantidad inmensa  
Peor negociará de lo que piensa.

» Manos á la labor, señores míos,  
Y en ellas sin faltar las armas prestas,  
En el orden y medios no tardíos,  
Porque las dilaciones son molestas,  
Y á quien espera tales desafíos  
No le conviene reposar las siestas:  
Parecer pido para que se vea  
Qué modo se terná que mejor sea.»

El buen capitán Arias Maldonado,  
En ausonio país soldado viejo,  
Dijo: « Sea por fuerza que por grado  
Todos han de seguir vuestro consejo,  
So pena que quien fuere descuidado  
Ha de dejar por prenda su pellejo:  
A vos, señor, mandarnos pertenece,  
Y á mí que diga lo que me parece.

» Los indios, como snelen, con obscuro  
Han de venir por partes asechadas:  
Alevinemos con juicio puro  
Cuales tienen de ser estas entradas;  
Terremos, pues no hay cerca ni muro,  
Las bocas de las calles ocupadas,  
Formados nuestros breves escuadrones  
De buenos caballeros y peones.

» Pues ellos tienen de entablar su juego  
Por donde fuéremos acometidos,  
Poniéndoles á los buhíos fuego,  
Y á podello hacer somos perdidos;  
Mas puestos donde digo, pueden luego  
Ser de su mal intento rebatidos,  
Y á ballarnos afuera ó en el medio  
Del pueblo, carecemos de remedio.

» A caballo se ronde por defuera  
Por hombres que se den tan buena maña  
Que en el rondar lo hagan de manera  
Que den la vuelta hasta la montaña,  
Pues que pueden venir á la lijera  
En sintiendo llegar bárbara saña,  
Y el arma que se dice y el mensaje  
Ha de ser por aquel mismo paraje.

» Este cual ha de ser yo lo barrunto,  
Y aun por dos partes tentarán el nido:  
Allí estaremos, y en oyendo junto  
La voz despertadora del oido,  
Acomodarnos hemos tan á punto  
Que defendamos bien nuestro partido:  
Este es mi parecer, y al mas perfecto  
Que podrian dar otros me sujeto.»

Considerada pues esta sentencia  
Segun urgente brevedad ordena,  
De todos, sin ninguna diferencia,  
Fué dada y aprobada por muy buena;  
Y así con la posible diligencia  
A los cuerpos se dió temprana cena,  
Debajo de tener ya por las cuevas  
Con gran aviso centinelas puestas.

El globo de la densa pesadumbre  
Ya los dorados rayos encubria  
De la preclara y rutilante lumbre  
Que lleva con la suya la del día,  
Cuando los nuestros con incertidumbre  
De la turbada hora cuál seria,  
Se pusieron sus haces ordenadas  
En las partes que fueron señaladas.

Seis rondas de caballo por defuera  
Del pueblo, repurgados los oidos,  
Los ojos á la selva que frontera  
Tienen, con atencion van dirigidos,  
Porque los indios cosa cierta era  
Venir por espesuras abscondidos;  
En lo cual y en lo mas que represento  
Nunca se defraudó su pensamiento.

Porque con estos mismos pareceres  
Tomaron las montañas por cubijas,  
Con mas de diez ó doce mil mujeres,  
Y con las madres las adultas hijas,  
Cargadas en aquestos menesteres  
Unas con armas, otras con vasijas,  
Para guisar la caza sin tomalla,  
Ni ver el cierto fin de la batalla.

Y con ser este número crecido,  
Que siempre caminaba por bosqueja,  
Nunca jamás se percibió ruido  
En toda la distancia del viaje;  
Al fin, con paso lento y encogido,  
Todos llegaron juntos al paraje,  
Cuando Titán entró por el ocaeo,  
Y no por eso salen á lo raso.

Antes en la montaña se sepultan  
Esperando mas cómodas sazones,  
Segun para hacer salto se ocultan  
Los carníceros tigres y leones:  
Los caciques se juntan y consultan  
El orden que ternán los escuadrones,  
Los cuales determinan y decretan  
Que por dos partes entren y acometan.

Esta fué la razon, segun se piensa,  
Que por ser pocos los acometidos,  
Y de su parte multitud inmensa,  
Serian con facilidad vencidos,  
Por haber de salir á su defensa  
Los nuestros en dos partes divididos,  
Y barrerian el impedimento,  
Segun á flaca paja recio viento.

Y en esto no hacian falsa cuenta  
De no tener la gente peregrina  
Fuerza para salir desta tormenta  
Si no les acudiera la divina;  
Mas todo cuanto multitud intenta,  
Esta lo desbarata y arruina,  
Sin fallecer en cosa que comience,  
Pues con su voluntad todo lo vence.

Antes pues de salir á rasa plaza,  
En el monte metidos y reclusos,  
Para que los de honda, dardo, maza  
No fuesen mal digestos ni confusos,  
Se dió tan buena y ordenada traza  
Cuanto pudieran dar italos usos,  
Repartidos los doce mil que pongo  
Entre dos, Pigoanza y Anibongo.

Tan bien proporcionadas las hileras  
Como tudescos de los mas cursados,  
Picas ó lanzas son las delauteras,  
Luego los macaneros esforzados,  
Las crujidoras hondas y lijeras  
Con adaptadas piedras á los lados,  
Cuyos tiros no salen menos ciertos  
Que los de los flecheros mas expertos

Pareciéndoles pues ser oportuno  
Tiempo para salir de la emboscada,  
A su lugar acude cada uno  
Por tácita señal que les fué dada,  
Tan sin rumor como si de ninguno  
La tierra por allí fuera hollada;  
Y en la reformation al monte junto  
Las haces se pusieron en su punto.

Y así cuando quería ya la Aurora  
 Apartarse del frígido marido,  
 Por se llegar la reiterada hora  
 En que suele dejar el dulce nido,  
 La gente que pensó ser vencedora  
 Y no hallar al pueblo prevenido,  
 Se fué llegando con los pasos lentos  
 A los apercebidos aposentos.

Mas el pronto mirar de los de España,  
 Entonces mas despiertos y advertidos,  
 Consideró que acia la montaña  
 Inclinan los caballos sus oídos;  
 Allá los ojos van, y en la campaña  
 Vieron los escuadrones estendidos,  
 Vuelven las riendas todos de improviso,  
 Y ¡ arma! diciendo, ¡ arma! dan aviso.

El católico bando reconoce  
 Venir los indios ya por la debesa:  
 Al bárbaro feroz, crúel, atroce,  
 De la señal que vió mucho le pesa;  
 Así nunca jamás llera veloce  
 Con tal presteza va por hacer presa,  
 Cuanto los bárbaros en su corrida,  
 Sin salir de la orden referida.

Acometieron por las dos entradas  
 Que por los nuestros eran defendidas,  
 Donde por no las ver desamparadas  
 Aman el detrimento de sus vidas;  
 Ya son perdidas, ya recuperadas,  
 Con reciprocaciones repetidas,  
 Segun en la marítima ribera  
 Ondas que ya van dentro, ya van fuera.

Un entrada defiende Juan del Rio  
 En el caballo Ocon ya memorado;  
 Guardan la otra, no con menos brio,  
 Juan de Orozco y Arias Maldonado;  
 Tientan romper al bárbaro gentío  
 Con los caballos, pero tan cerrado  
 Hallan el escuadron y tan atento  
 Como la prontitud del pensamiento.

Suenan las voces y las destemplanzas,  
 Apresuradas las arremetidas,  
 Tanto, que llegan á medir las lanzas  
 Las unas de las otras rebatidas:  
 Son de la multitud las confianzas,  
 Mas no sin esperiencia de heridas,  
 Por la destreza de los españoles,  
 Mas firmes y mas fijos que peñoles.

De parte de los bárbaros gobiernos,  
 En una y otra parte repesados,  
 El rüido fué tanto de los cuernos  
 O caracoles grandes engastados,  
 Que parecia que de los infernos  
 Salían rebramando los dañados  
 Gritos de las mujeres y clamores,  
 Y roncós sonos de sus atambores.

Rompen los aires y las nubes bienden;  
 Obra la furia, crece la porfia;  
 Palabras ciertas no se comprehenden,  
 Porque la confusion prevalecia;  
 Solas las manos son las que se entienden  
 Por quien contrario golpe recibia;  
 Hablan tajo, revés, aguda punta,  
 O macana que brazos descoyunta.

No vuela hala de arcabuz ardiente,  
 Ni la que batir suele la muralla,  
 Porque fuerza de brazos solamente  
 Es la que dá valor á la batalla;  
 La lanza y el espada del valiente  
 Se deja conocer donde se halla,  
 Tanto, que no debieran tales hechos  
 Contarse con elogios tan estrechos.

Y así de señalados en la furia  
 No declara los nombres nuestra historia,  
 Porque del tiempo la comun injuria  
 Los ha borrado ya de la memoria,  
 Y varias relaciones por incuria  
 Como cosa los dejan accesoria,  
 Pero dellós los mas particulares  
 Allí hicieron lances singulares.

Ensangrentando pues duro cuchillo  
 Uno que bien sabia meneallo,  
 Encuentra con un bárbaro caudillo  
 Con tal punta que pudo derriballo;  
 Queriéndolo valer, abren portillo  
 Y entró luego por él con su caballo  
 El Juan del Rio, que de tal ventura  
 Deseaba la vez y coyuntura.

Rompe por las hileras y atropella  
 El buen Ocon usando de sus mañas;  
 Van veinte de caballo por su huella  
 Alanceando hárbaras entrañas;  
 En los que mas se muestran hacen mell:  
 Mella que no padecen sus hazañas;  
 Aunque dellas no llamos tal trasunto  
 Que las subamos al debido punto.

Y así después que vido Pigoanza  
 Por su cuartel el escuadron rompido,  
 Y que hacia la cristiana lanza  
 De sangre hárbara rio crecido,  
 Dejó de vencedor la confianza,  
 Y a temor se rindió de ser vencido;  
 Mas todavia con ardor terrible  
 Hacia de su parte lo posible.

Las quiebras reparando y socorriendo  
 Con algunos de los de mas estima,  
 Adonde los que halla combatiendo  
 Por honorosos términos anima,  
 Y á los que saltamente van huyendo  
 Con obras y palabras los lastima;  
 Pero siempre faltó correspondencia  
 A su valor y buena diligencia.

Porque los nuestros daban tanta priesa  
 Que cuanto hace se desproporciona,  
 Y así viendo la suerte ser aviesa,  
 La cual á mas andar lo desentona,  
 De concertar el desconcierto cesa,  
 Dando seguridad á su persona,  
 Tomando por amparo la montaña,  
 En tristeza y temor vuella su saña.

Los otros que por Arias Maldonado  
 Y su compañía fueron rebatidos,  
 Oyeron ó supieron mal su grado  
 Ser los de Pigoanza ya rompidos:  
 Con la cual turbación hallaron lado  
 Los pocos españoles advertidos,  
 Y en el instante la cristiana lanza  
 Por donde halló puerta se abalanza.

Rompen con los caballos, hieren, matan,  
 No faltando peones que segunden,  
 Encuentran, atropellan, desbaratan,  
 Sin dejar puesto que de nuevo funden,  
 Antes de los que tienen se desatan,  
 Y todos se revuelven y confunden,  
 Do los efectos del crúel torneo  
 Fueron á la medida del deseo.

Porque los nuestros ya juntos pelean  
 Contra la haz del bárbaro gentío,  
 Y á toda broza hieren y alaucan  
 Segun su voluntad y su albedrio,  
 Y por cualquier lugar do se manean  
 La sangre derraniada hace rio,  
 Que despedían las entrañas rolas  
 Como de gran turbion espesas gotas.

Cesó la grita, suena duro llanto  
 Del misero que dió mortal caída;  
 Alónitos los vivos, con espanto  
 Apresuraron todos la huida;  
 El español los sigue hasta tanto  
 Que tomaron el monte por guarida,  
 Adonde los dejaron no tan llenos  
 Como vinieron, sino seis mil menos.

Quedó victoriosos nuestra gente  
 Y libre de tan áspera zozobra,  
 Reconociendo, como fué patente,  
 Haber sido de Dios aquella obra,  
 Porque con su favor al impotente  
 Virtud, valor y prontitud le sobra  
 Para poder vencer con flaca lanza  
 A quien estriba sobre gran pujanza.

A los opresos de fatal yactura  
Que les encaminó su propia ira,  
En las entrañas de la tierra dura  
Ninguno los encubre ni retira,  
Por dáles en la suya sepultura  
Los bárbaros que estaban á la mira;  
Porque gran cantidad desta canalla  
Esperaban el fin desta batalla.

Gente de quien la suya se servia  
En lo que suelen los nuyestraos siervos,  
Amigos por la mucha cercanía,  
Mas en voluntad falsos y protervos:  
Los cuales á la carne que yacia  
Acudieron como voraces cuervos,  
Y en breves horas los campos cubiertos  
Quedaron libres de los cuerpos muertos.

Destos de paz un bárbaro doliente  
Que sobre báculo se sostenia,  
Pidió para comer un delincuente,  
Diciendo que con él engordaria;  
Concediéronselo liberalmente,  
Y dió fin dél en un tan solo día:  
Hinchió del vientre tanto los lugares  
Que luego reventó por los ijares.

Desta voracidad que hemos contado  
Dió (por ser caso raro contingente)  
Testimonio Francisco de Alvarado,  
Escribano, que se halló presente.  
Quedó pues Pigoanza quebrantado  
Y del pasado brio diferente,  
Pero no la venéfica Gaitana  
Perdida por beber sangre cristiana.

La cual con esta sed insaciable  
Y duros apetitos de venganza,  
No con ver el conflicto miserable  
De sus propósitos hizo mudanza,  
Ni pudo contenerse sin que hable  
Con grande libertad al Pigoanza,  
Atreviéndosele como parlante,  
Y lo que le habló fué lo siguiente :

« No sé si duermes ó si estás despierto;  
Pero si yo no hago falsas cuentas  
Menos es de dormido que de muerto  
Aquesa turbacion que representas:  
Agora cumple pues ser mas alerta  
Y no rendirte para mas afrentas  
A la fortuna, pues por bien que remen  
Peor negocian los que mas la temen.

» Y si por el desastre sucedido  
Tus vecinos te ven acobardado,  
Tú que solias dellos ser temido  
Has de temer al de menor estado,  
Porque todos se atreven al caído,  
Y de ninguno es anticipado;  
Pero si muestras das de que confias  
No dejarás de ser lo que solias.

» No pierde con la sombra del nublado  
Sus naturales rayos el estrella,  
Pues el vapor resuelto y acabado,  
Queda su lumbré sin padecer molla;  
Y el bueno de fortuna contrastado,  
No por eso se deja vencer della,  
Por tener sus efectos esta tasa,  
Que próspera ó adversa luego pasa.

» Entonces te cubrió nublado triste,  
Pero si como bueno perseveras,  
Muy presto ganarás lo que perdiste  
Tomando los negocios mas de veras:  
La voluntad de todos conociste,  
Y agora se las tienen tan enteras,  
Los cuales sin mirar en lo pasado  
Desean otra vez pasar el vado.

» Nuevamente por mí son convocados  
Con gran solicitud y diligencia,  
Y todos están prestos y aviados  
Sin nadie relusar la competencia,  
De mortíferas armas pertrechados  
Y mas aventajados en potencia:  
Es determinacion tan necesaria  
Que burlan de quien tiene la contraria.

T. IV.

» Estas que digo son las intenciones  
Que tienen arraigadas en sus pechos,  
Porque por muchas causas y razones  
Estan de la victoria satisfechos;  
Y desta vez los pérfidos ladrones  
Han de ser consumidos y deshechos:  
Podrias tú tener demoras luengas,  
Mas de vencer ninguna duda tengas.

» Su cierta perdicion no me es oculta,  
Porque de mis encantos apremiado  
Tuve con el demonio gran consulta  
Para hacerte mas desengañado,  
Y así de la razon que dió, resulta  
El cumplimiento de lo deseado,  
Pues afirmó vencer el estandarte  
Que la verdad tuviere de su parte.

» No debes recelar suerte siniestra,  
Segun aquel espíritu me inspira,  
Porque mas claro que la luz se muestra  
No poderse librar de nuestra ira:  
Que la verdad está de parte nuestra  
Y de los mentirosos la mentira;  
Por tanto reconoce tus ventajas,  
Pues no te mueves á humo de pajas.»

Dijo la mala vieja su compuesta  
Razon, y como para tal empleo  
Estaba la materia bien dispuesta,  
Con la promesa de ganar trofeo  
Tuvo de Pigoanza la respuesta  
En nada discrepante del deseo;  
Y así luego despacha sus recados  
Para juntar amigos y aliados.

Y ella misma con deudos y parientes  
Otros algunos bárbaros visita,  
A los cuales con lágrimas ardientes  
A que la favorezcan los incita;  
Y para tener buenos espedientes  
Halaga, sarjentea y solicita:  
Atrajo los panaes ó panaos  
Y la brava nacion de los pijaos.

Así los llaman á los desta casta  
Los españoles, y es la razon cierta  
Porque la corpulencia de aquel asta  
Se precian de traerla descubierta:  
Gente sueita, feroz, fornida, basta,  
Y en uso de la guerra muy esperta;  
Membrudos, bien dispuestos, caras torvas,  
Las frentes anchas, las narices corvas.

Selváticos, caribes, atrevidos  
Todos en general, y en tanto grado,  
Que muertos pueden ser, mas no rendidos  
A condiciones de servil estado;  
Y con estar hoy cuasi consumidos,  
Aquel terreno traen fatigado,  
Tanto, que se reparten en la tierra  
Gastos, para les ir á hacer la guerra.

De cuyos pechos y repartimientos,  
Todas aquellas veces que hay entrada,  
Para dar necesarios instrumentos,  
No suele ser persona reservada;  
Y en la contribucion no son exentos  
Los deste nuevo reino de Granada,  
A causa de los pasos y caminos  
Po do se comunican los vecinos.

Suelen pues suceder penosos trances  
A muchos que frecuentan estas sendas,  
Adonde yéndoles á los alcances  
Aquestas gentes bárbaras y horrendas  
No dejan de hacer algunos lances  
Costosos á las vidas y haciendas:  
Con que, si llega toda la cuadrilla  
A quinientos, sería maravilla.

Civiles guerras fueron su quelbranto  
Y los unos de otros ser comida;  
Pero pocos conformes valen tanto  
Como si fuese multitud crecida:  
De manera, que son temor y espanto  
Al tracto de la gente bien nacida,  
Porque sus términos en osadía  
Esceden á cualquiera valentía.

Su grande prontitud en la pelea,  
El hervor, la postura y el cuidado,  
Fuerza y agilidad con que menea  
Cuerpo, y el bote del asil tostado,  
Es ver cuanta destreza se desea  
En un escogilísimo soldado;  
Muchos ya traen armas enastadas,  
En guerras adquiridas y ganadas.

Puede dar desto relacion integra,  
Por ser en sus recuentos bien usado,  
El capitán Diego de Bocanegra,  
Varon no menos diestro que esforzado,  
El cual con sus victorias nos alegra  
Y aun hace dellas él cierto tractado;  
Prometido me ha dar copia luenga,  
E yo las cantaré cuando la tenga.

Adonde se verán hazañas dinas  
De tener entre buenas sus lugares,  
Suertes y valentías peregrinas,  
Luchas y desafíos singulares;  
Pero dejadas estas, que por finas  
Sus elogios tenían particulares,  
Volvámonos á la vieja maldita,  
Que también á pijaos solicita.

A la cual, como los lisonjeaba  
Diciendo ser terror de todas gentes,  
Oían bien aquello que rogaba  
Y á todo se mostraban obedientes;  
Y así juntó de aquella nación brava  
Tres mil aventajados combatientes,  
Reacia, pertinaz, perseverante,  
Hasta llevarlos todos por delante.

Ya congregada la bravosa lanza,  
Macana y dardo de tostada punta,  
Van caminando con la confianza  
Del que victorioso se barrunta:  
Llegaron donde estaba Pigoanza  
Y los demás consortes de la junta,  
Que los reciben con alegre cara  
Y grandes regocijos y algazara.

No cabe Pigoanza de contento,  
Viéndose con ejército pujante  
Que contra fuerza de mayor momento  
Mucho menor pudiera ser bastante:  
Tuvo con ellos largo cumplimiento,  
Y otro día teniéndolos delante,  
En alto trono, con la voz severa,  
A todos les habló desta manera:

«Amigos y parientes, si se debe  
A beneficios recompensa larga,  
El que de vos recibo no es tan leve  
Que no me sea ponderosa carga;  
Y aunque causa comun á mí me mueve  
Por ocasion que á todos es amarga,  
Vuestra bondad, valor y cortesia,  
Hacen que la comun tenga por mia.

»No cierto por provecho que pretenda  
De lo que desta guerra resultare,  
Sino para que cada cual entienda  
Que el tiempo que la vida me durare  
He de poner la vida y la hacienda  
En cualquiera negocio que os tocare,  
Vista vuestra leal correspondencia,  
Virtud, solicitud y diligencia.

»Y no ser parte nuestro mal suceso  
Para haceros de valor ajenos,  
Pues aunque maltractados, no por eso  
Quereis rendiros ni venir á menos,  
Antes en el enmienda del avieso  
Estais determinados como buenos,  
Con otra mas atenta disciplina  
Que aquella que causó nuestra ruina.

»Por ser parte de nuestra mal andanza  
En el entrar tener término loco,  
Y confiados de nuestra pujanza,  
A los contrarios prácticos en poco;  
Pues á no se romper el ordenanza,  
Otros fines tuviera lo que toco,  
Y en veces del estrago lamentable  
Ganáramos victoria memorable.

»Mas ya que vuestro buen entendimiento  
En mejorarse hace gran instancia,  
Prestamente veréis el cumplimiento  
Si peleais con orden y obsevancia,  
Sacando del error acertamiento  
Y de pasada pérdida ganancia,  
Como suete quien tiene buen aviso  
Tomándolo de aquello que no quiso.

»Porque falto seria de prudencia  
Quien ya padeció riesgo de la vida  
En alguna notable contingencia  
Por descuidos ó casos sucedida,  
No vivir con recato y advertencia  
Huyendo siempre de la recaida;  
Pues tiene descubiertos los engaños  
Que fueron el origen de sus daños.

»Es la substancia pues de lo que quiero,  
Tener en el romper tanto cuidado,  
Que aunque caiga cualquiera compañero  
De las contrarias armas derribado,  
El escuadron esté firme y entero  
Y en su prosecucion siempre cerrado  
Con tal vigor las lanzas, que no halle  
Portillo que caballo haga calle.

»Porque con los caballos nos destruyen  
Si falta fuerza para detenellos;  
Con ellos entran y con ellos huyen,  
Valiéndose de sus veloces buellos;  
A ellos sus victorias atribuyen,  
Que pié con pié mejores somos quellos:  
Por tanto, do caballos dieren priesa  
Allí de lanzas multitud espesa.

»Cada cual con la suya corresponda  
Haciendo que se tengan á lo largo,  
Y al escaramuzar á la redonda  
Un solo pié no hallen sin embargo;  
Entonces los de flecha, dardo, honda  
Usen de lo que tienen á su cargo,  
Y aunque este quede muerto y aquel pene  
El escuadron jamás se desordene.

»En esta proporcion siempre constante  
Desde saliereis de la montaña,  
Sin reparar iremos adelante  
Hasta ganar el pueblo que nos daña;  
Pues desta suerte no será bastante  
Caballo ni peon ni buena maña,  
Para que por mi parte no se vea  
El glorioso fin desta pelea.

»Tenemos los contrarios descuidados,  
De nuestro revolver inadvertidos,  
Los pasos sospechosos ocupados  
Por do puede llegar á sus oídos;  
Nosotros en las selvas ocultados  
Saltaremos á sazón que estén dormidos,  
Hasta que duro golpe los despierte  
Para dormir el sueño de la muerte.

»Avisos tengo desto fidedinos  
Con otra certidumbre, y es aquesta:  
Que nuestros consultores adevinos  
Dicen ser la victoria manifiesta.  
¡Ea pues, corazones diamantinos!  
Vamos con brevedad, que es lo que resta  
Para gozar, pues hay vez oportuna,  
Del bien que nos ofrece la fortuna.»

Esto dicho, la turba de gentiles  
Que la razon oyó con advertencia,  
Alzaron los beligeros astiles  
Prometiendo de estar á su obediencia:  
Allí se muestran Héctores y Aquiles  
En el hablar y en la correspondencia,  
Con posturas no menos y semblantes  
Que suelen los salvajes semejantes.

Luego los campos, donde están incluidos  
(Sin los mozos bisoños y novicios)  
Quince mil que de guerra tienen usos,  
Demás de las mujeres y servicios,  
Suenan á todas partes con confusos  
Ruidos y murmurios y bullicios,  
Como susurros de los vientos prestos  
Formados en los árboles opuestos;

O como cuando de las nubes rotas  
De fulminosa furia descendiendo  
Vienen espesas y crecidas gotas  
Los aires vaporíferos rompiendo,  
Que con venir de nos algo remotas  
Oímos el rüido y el estruendo,  
Hasta tanto que sirven de flagelo  
Para blandura dar al duro suelo.

En el interin pues quel señalado  
Dia llegaba para su demanda,  
Después de ver el jáculo tostado  
Ser tal que no tuviese punta blanda,  
Aquel que dellos era mas templado  
A sucias borracheras se desmanda,  
Con cantos y con bailes de placeres  
Donde también entraban las mujeres.

Del tumulto furioso desta junta,  
Do cantando declaran sus concetos,  
Fué sabidor Inando, que barrunta  
Della no resultar buenos efetos;  
Y así por tantas vías lo pregunta  
Que descubrió los tractos y secretos,  
Y luego procuró como solia  
Avisar la cristiana compañía.

Mas no se confiando de tercero  
Que supiese llevar aquel recado,  
El mismo quiso ser el mensajero,  
De noche, por camiuo desusado:  
A Timaná llegó cuando el lucero  
Iba sobre los montes encumbrado,  
Y para desaguar el fiel pecho  
A cas del Juan del Rio fué derecho.

Fué su persona dél bien recebida,  
Porque tenían amistad estrecha,  
Y en ser extraordinaria la venida  
Y á hora que da luz untada mecha,  
No pudo, sin la causa ser sabida,  
Dejar de concebir mala sospecha:  
Recógense los dos incontinentemente,  
Y el Inando le dijo lo siguiente:

«Huélgome de hallarte levantado  
Y con calzado de llijeras sueltas,  
Tu buen caballo presto y arrendado,  
Calzadas todavia las espuelas,  
Por ser señal que vives con cuidado  
Y vienes de mirar las centinelas;  
Pero si haces esto de ordinario,  
Agora mucho mas es necesario.

» No conviene dormir noche ni siesta,  
Sino que te prepares segun puedes,  
Porque la mala vieja que os molesta  
Por todos cuantos hay tendió sus redes;  
Y estos son tantos que si salis desta  
Os hará vuestro Dios grandes mercedes:  
Ha congregado bravas compañías,  
Y aquí serán antes de cuatro dias.

» Entiéndese segun mi conyectura  
Y lo que por razon he descubierto,  
Porque como mujer los apresura  
Y el término que doy es el mas cierto,  
Sé que padecereis gran desventura  
Si no teneis buen orden y concierto:  
Apercebios como dicho tengo,  
Pues por este respecto solo vengo.

» Yo cumplo, capitán, con lo que debo  
Al amistad que tengo prometida;  
Y pues que cosa mas no sé de nuevo,  
Licencia pido para mi partida,  
Porque salir con claro no me atrevo,  
Quiza no den en mí de recudida,  
Segun que muchas veces acontece  
A quien con sus avisos favorece.»

Agradeció la voluntad sincera,  
Aunque la nueva no le fué yocunda,  
Y dijo: «Dios lo haga de manera,  
Pues que su santa ley aquí se funda,  
Que como no ganaron la primera,  
Pierdan ni mas ni menos la segunda;  
Y si él me da victoria, yo te digo  
Y juro de te ser fiel amigo.

» Anda con Dios, que la razon te sobra,  
Y si pudieres por algun acecho  
Mas avisos nos dar desta zozobra,  
Usa del bien que siempre nos has hecho,  
Porque con otras muchas esta obra  
Nunca se borrará de nuestro pecho;  
Y tú verás que lo que te prometo  
Subirá de quilates el efeto.»

Hizo luego su paso presuroso  
En apartándose del Juan del Rio,  
El cual quedó no poco congojoso  
Por esperar tan duro desafio;  
Mas pues Inando va tras su reposo,  
También será razon gozar del mio,  
Mientras se llega la penosa fiebre,  
Porque con canto nuevo se celebre.

## CANTO OCTAVO.

Donde se cuenta cómo Pigoanza vino sobre Timaná con quince mil hombres de guerra, ferocísima é indómita gente, y lo que sucedió en aquella batalla contra menos de cien españoles, los cuarenta poco mas ó menos de caballo, y los demás peones.

Suma solicitud deben los buenos  
Tener en el concierto de su vida,  
Procurando de no venir á menos  
De la opinion que tienen adquirida,  
Porque la condicion de los terrenos  
Algunas veces va tan sin medida,  
Que si después de glorias hay afrenta  
Solamente con ella tienen cuenta.

Pues como los sucesos igualmente  
No respondan al bien afortunado,  
El Juan del Rio gran congoja siente  
En verse de potencia cercenado,  
Porque podria ser en lo presente  
Perder el crédito de lo pasado,  
Mayormente sabiendo ser ya mucha  
Desproporcion para vencer la lucha.

Pero por demás era tener vario  
Querer, fuera del trance peligroso,  
Que la presta venida del contrario  
No da lugar á pausa ni reposo;  
Acometelles era voluntario;  
Esperar bien ó mal, era forzoso;  
Y así guiado deste pensamiento  
Hizo de sus consortes llamamiento.

Luego vinieron todos á bandera  
Cuantos en el lugar hay congregados,  
No de sus armas tan á la llijera  
Que no viniesen bien aderezados,  
Porque como soldados de frontera,  
Nunca jamás estaban descuidados;  
Y viéndoles aquel que los convoca  
Para los advertir abrió la boca,

Diciéndoles: «Inando me dió cuenta,  
No de mas tiempo questa madrugada,  
Aparejársenos una tormenta  
De mayor tempestad que la pasada,  
Y porque cumple para tal afrenta  
Estar la gente presta y avisada,  
He querido, señores, que se ordene  
En esta junta lo que nos conviene.

» El golpe sé que viene ya cercano,  
Con no menos de quince mil infantes;  
Conozco ser la nuestra flaca mano  
Contra tal multitud de litigantes;  
Mas tengo por regalo soberano  
Habernos dado los avisos antes,  
Porque quien para ellos abrió puerta,  
Que es Dios, nos ha de dar victoria cierta.

» Volvémonos á él con importuna  
Oracion de católicos fervores,  
Y confesémonos una por una  
Pidiéndole perdon de los errores;  
Lo cual hecho creámos sin ningua  
Duda que quedaremos vencedores  
Como de la pasada, pues que llenos  
Vistes de cuerpos muertos estos senos.

» Limpios pues como digo nuestros pechos  
Primeramente de mortal ofensa,  
En la solicitud de nuestros hechos  
No conviene tener mano suspensa,  
Sino ver las industrias y pertrechos  
Mas eficaces para la defensa,  
Porque cuando la furia nos asalte  
De lo que ser pudiere nada falte.

» Y porque para lo que se pretende  
Convien ser comun el advertencia,  
Aquel que mas ó que menos entienda  
En dar su parecer tiene licencia,  
Pues en tal caso mas se comprende  
Por muchas que por una providencia,  
Y quien parece de juicio manco  
Acontece mejor dar en el blanco.»

Con aquesto dió fin al parlamento,  
Que se cumplió con fiel obediencia,  
Y fray Francisco Torreblanca sienta  
Que luego los oyó de penitencia,  
Con otro padre cuyo nombramiento  
En blanco se quedó por negligencia;  
Y hecho de do tanto bien resulta,  
Segunda vez entraron en consulta.

En la cual luego fué determinado  
Por todos, de comun consentimiento,  
Que el Orozco y el Arias Maldonado  
Con algunos varones de momento  
A su cargo tomasen el cuidado  
De las industrias y preparación,  
Y no salió su parecer avieso,  
Segun se vió después por el suceso.

Mandan fortalecer los escarpiles,  
Celadas y cualquiera cobertura;  
Hiciéronse cuarenta y seis astiles  
De veinte y cuatro palmos de largura,  
Con hierros tan tajantes y sutiles,  
Que pudieran romper cosa mas dura  
Que desarmados y desnudos pechos,  
Segun el temple con que fueron hechos.

De cuatro buenos fuertes hubo traza  
En cuatro casas de las cuatro esquinas  
En aquellas entradas que á la plaza  
Estaban mas cercanas y vecinas;  
Y destes fuertes cada cual se abraza  
De guadubas, de robles y de encinas  
Y en estos, por estar mejor guardados,  
Se metian de noche los ganados.

Hicieron en los fuertes sus garitas  
Con pretiles, amparos y coronas,  
Do con dardos y piedras infinitas  
Entraron muchos indios yanacunas,  
Para que desde allí cuando las gritas  
Oyesen, señalasen sus personas,  
Por ser algunos dellos orejones  
Cursados en beligeras cuestiones.

Fueron á las garitas arrimadas  
(Ardid y estratagema castellanu)  
A trechos vigas gruesas empinadas,  
Largas que no dejaban hueso sano  
Cuando sobre las gentes alteradas  
Se derribaban, dándoles de mano;  
Y así para reparo de aquel daño  
Era la muerte sola desengaño.

A muchas cosas otras dan avío,  
Y estas apenas acabaron, cuando  
Recibió mensajeros Juan del Rio  
Enviados de parte del Inando,  
Diciendo que la turba del gentío  
A gran priesa venia caminando,  
Por haber ya tres dias que pasaba  
El gran rio que de por medio estaba

Manifestando que por llegar mueren  
A concluir la bélica porfia,  
Mas que no sabe por adónde quieren  
Entrar en la ciudad ni por qué via,  
Pero por todas partes les esperen  
Con el aviso que les convenia;  
También dicen creer entrar sin lumbré,  
Segun y como tienen de costumbre.

Reconociendo ser mensaje cierto  
De las horas confusas y turbadas,  
Pusieronse las cosas en concierto,  
Segun que las tenían ordenadas:  
Dos centinelas van á cada puesto  
Que daba mas abiertas las entradas,  
Y otras dos á la parte de aquel seno  
Del indio capitán dicho Cameno,

De paz y que tenía casa puesta  
En un alio de Timaná cercano,  
Seria como tiro de ballesta  
Del pié del cerro lo que va por llano;  
Y en aquellos principios de la cuesta  
Pusieron á Medina y á Solano,  
Soldados diestros, cada cual valiente,  
Aunque el Solano dicen ir doliente.

Mas no sufrían tales coyunturas  
Por ser pocos, que cojos ni llagados  
Ni los que padecían calenturas  
Fuesen destes trabajos reservados:  
Salen caballos pues con armaduras,  
Colchadas de algodón encubiertos  
Y ocupan los peones con los dalles  
Las bocas principales de las calles,

Dieron en fin un orden compatible  
Y á su flaco poder cómoda traza,  
Contra la tempestad fiera y horrible  
Que campos comarcanos embaraza;  
Y los demás en modo conuenible  
Andaban en cuadrillas por la plaza,  
Para que do los indios respondiesen  
Y diesen arma, todos acudiesen.

Los cuales indios, cuando Febo gira  
A las partes occiduas el freno,  
Llegaron con las muestras de su ira  
Al tambo y aposentos de Cameno:  
Este con sus vasallos se retira,  
O con temor ó ya por no ser bueno,  
Y así nunca jamás spieren dónde  
La multitud de bárbaros se abseonde.

Allí paró la bárbara cuadrilla  
Con todas sus mujeres y servicio,  
Y con estar las velas de la villa  
Cercanas, que hacían bien su oficio,  
Fué gran admiracion y maravilla  
No sentirse murmurio ni bullicio,  
Antes aquel silencio de tal suerte  
Como fatal idea de la muerte.

La parte que llamamos intempesta  
Del obscuro vapor pasada era,  
Y al tiempo que ya Venus manifiesta  
La luz de su dorada cabellera,  
Tacitamente bajan por la cuesta  
A pasos lentos, pero de manera  
Que procediendo con sus ordenanzas  
Tocaban unas en las otras lanzas.

Aquellos dos soldados estremeños  
(Entiendo por Medina y el Solano)  
Que sin saber los bárbaros diseños  
Aquel cuarto velaban en lo llano,  
Oyeron estos toques de los leños  
O lanzas que traian en la mano,  
Y como temen y el temor acecha,  
Con él acrecentaron la sospecha.

Pero como también quien oye yerra  
Y lo que piensa sale diferente,  
Algunas veces póstranse por tierra  
Para divisar mas atentamente;  
Y así mirando bien acia la sierra,  
Vieron el grande bulto de la gente,  
En la distancia no proljos puntos,  
Antes cuasi que ya llegaban juntos.

» Arma, arma, señores! van diciendo,  
Procurando hacer los piés livianos;  
Mas el pobre Solano no pudiendo  
Asieron del los indios mas cercanos:  
A las voces Medina revolviendo  
Salvo se lo sacó dentre las manos;  
Echólo por delante, sin dejallo  
Hasta que llegó gente de caballo.

De manera que el Diego de Medina  
Allí hizo tan célebre hazaña,  
Que puede ser contada como dina  
Entre las honoríficas de España;  
Pero creamos ser fuerza divina  
Mas que virtud mortal ni buena maña,  
Segun la cantidad de los pertrechos  
Por donde se metió rompiendo pechos.

Y á tiempo que convino se despega  
Cuando sintió ser lejos el Solano,  
A quien el gran temor de la refriega  
Libró de la cición y quedó sano;  
Mas el duro conflicto se le llega  
Al escuadron pequeño castellano,  
Que con vigor de mas que diamante  
Al impetu se puso por delante.

Invoco tu favor, escelsa Musa,  
Madre de piedad y de clemencia,  
Para que la verdad que está reclusa  
Cerca desta terrible competencia,  
Mi pluma no mendace ni confusa  
A luz la saque con su diligencia,  
Porque la cualidad desta victoria  
A la posteridad sea notoria.

Comienzan los armiferos espantos  
A los principios con el nubló ciego,  
Pero como los indios eran tantos  
A ciertos edificios ponen fuego:  
Arden aquestos por los cuatro cantos;  
Mortíferas heridas crecen luego;  
Hace la hambre que cada cual vea  
El rostro airado de con quien pelea.

Defienden los peones las entradas  
A costa de la bárbara venida  
Con las picas que son aventajadas  
En hierros penetrantes y en medida:  
Que las contrarias son puntas tostadas  
Aunque dispuestas á mortal herida,  
Mas en esta sazón menos nocivas  
Por dar sobre las armas defensivas.

Puesto caso que indios principales  
Traían en sus astas atijadas  
Muchas dagas, cuchillos y puñales,  
Tijeras, recaton, puntas de espadas,  
Y con el afición destes metales  
Hasta las guarniciones aulladas;  
Agudos los botones ó las bolas,  
Demás de buenas lanzas españolas.

Rompe los aires grita y alarido:  
Hierve la furia con ardor funesto;  
El escuadron no puede ser rompido  
Para dar á caballo lugar presto,  
Pues al instante que uno ven caído  
El vivo sucesor estaba puesto:  
Cuantos mas mueren, tanto mas se cierra,  
Y así los indios van gaando tierra.

La gran solicitud del Pigoanza,  
La prontitud, aviso y el cuidado,  
Allí pudo llegar do lo que alcanza  
El mas mañoso y espermentado;  
Y en la prosecucion de su ordenanza  
Estuvo tan entero y esforzado,  
Que con ver tanto número difunto  
Del concierto jamás perdía punto.

Menos nuestros peones andan broncos,  
Aunque de resistir hechos pedazos,  
De pedradas sufrir y duros troncos  
Cansados y molidos ya los brazos,  
De llamar los caballos todos roncós,  
Y estos no pueden por los embarazos  
De las espesas y mortales puntas  
Que por cualquier lugar hallaban juntas.

Destá suerte procede la conquista  
Y el cobre como dicen se martilla,  
Sin que española fuerza les resista  
Irse metiendo dentro de la villa,  
Hasta que dieron á la plaza vista  
Con gran dotor de la fiel cuadrilla,  
A quien el impetu de las opuestas  
Armas, les hace dar represas prestas.

De la manera que con buen gobierno  
Agua de algun acequia va guiada,  
Sin hacer curso por lugar moderno  
Cuando la fuerza della va templada,  
Mas llegada á la furia del invierno  
Rompe la presa hecha y albarrada,  
Y no vale ni puede ser bastante  
Resistencia que halle por delante:

Así llevan la gente baptizada,  
Con ser valerosísimas personas,  
Hasta junto del fuerte y emboscada  
De los apercebidos yanaconas,  
Que con una y con otra rociada  
Rompan frentes, sienes y coronas,  
Tanto que no pequeño daño hizo  
La tempestad espesa del granizo.

Alléganse las gentes enemigas  
Con ánimo de dalles mortal pago:  
Precipitaron las pesadas vigas  
De las cuales ningunas dan en vago,  
Y no fueron tan leves las fatigas  
Que no hiciesen un crúel estrago,  
Pues sacan de una dos y tres cabezas  
Y parten cuerpos en diversas piezas.

Como losa que al cebo convida  
A la perdiz incauta y engañada,  
Que en veces del regalo de comida  
Fué de la presta laja saleadá,  
Y con aquel rüido y estampida  
Se sobresalta toda la manada,  
Y huyen del lugar, porque la suerte  
Sustento prometió para dar muerte:

Turbáronse por via semejante  
Los escuadrones de las gentes fieras,  
Mas esta turbacion no fué bastante  
Para retrogradar en sus carreras,  
Antes á punto y en el mismo instante  
Estaban ya rehechas las bileras;  
Y así proceden en gallarda traza  
Hasta tomar el medio de la plaza.

Canta victoria ya bárbara trompa,  
Y el fiel español confuso calla  
Por no se ver lugar por do se rompa  
El orden que traían de batalla;  
Circungiran caballos con la pompa  
De armas, y manera no se halla  
Con tanta muchedumbre de pertrechos  
Como se les ponían á los pechos.

No falta quien calumnie que podían  
Rompellos antes y desbaratillos,  
Diciendo que de industria no querían  
Porque no les matasen los caballos,  
A causa de que muchos pretendían  
Para bñir en ellos reguardillos;  
Otros dicen que fueron invenciones  
Impuestas por los válidos peones.

Los cuales, como ya dijimos antes,  
Llamaban, y faltaban las respuestas  
Que para turbaciones semejantes  
Necesidad pedía ser mas prestas;  
Y en hecho de verdad fueron Atlantes  
Que las cargas llevaron á sus cuestras,  
Y como fuese tan pesado peso  
Pesábales de velles tanto seso.

Su parte pues por puntos se empeora,  
Sin llegalles socorros competentes:  
Vian su perdición, y en esta hora  
Llena de confusion é inconvenientes  
Descubrió sus colores el Aurora,  
Con que las suyas fueron mas patentes:  
Y entonces de un soldado destes nace  
Ardid á sus remedios efficace.

Un Antonio Bocarro, lusitano,  
Hidalgo de hidalgas valentías,  
Había hecho del ardor vulcano  
Y fuego artificial dos alcancías  
Que se guiaron por su propria mano  
Al avanguardia destas compañías,  
Adonde muchos de concierto faltos  
No les vagaba dar brincos y saltos.

Villamayor y Sebastián Moreno,  
Alvaro Lopez, y también Francisco  
De Aguilar, como vieron tiempo bueno  
Para jugar mejor del obelisco,  
Do fué la turbacion dieron de lleno,  
Y todos los llevaron abarrisco,  
Haciendo con las picas tal desvío  
Que entró con su caballo Juan del Río.

Y todos los caballos ponen pecho  
Al rompimiento, con tan grande furia,  
Que no se daba paso sin provecho  
Ni de rojo licor hubo penuria;  
Ansi que mejorándose su hecho  
A su gusto vengaban el injuria;  
Y donde el orden era mas durable  
Un caso sucedió harto notable.

Aqueste fué que cierta yegua blanca,  
La cual sin recoger andaba fuera  
Con otras diez, demás de su potranca,  
Asombrada llegó de tal manera  
Con las otras pegadas á su anca,  
Que rompieron la fuerza mas entera  
Sin punto reparar en el embargo,  
Y aun no pararon en lugar mas largo.

Pero caballos con andar pacienco  
Algunas noches hacen otro tanto,  
Cuando por el real oyen estruendo  
Y los bárbaros dan por algun canto:  
A los ranchos y tiendas van corriendo  
Poniéndoles espuelas el espanto,  
Y pudiendo hacerse mas remotos  
Acuden á las gritas y alborotos.

Quien en algunas partes esto vido  
También puede ponello por escrito,  
Y en un trance nocturno bien reñido  
No de poco peligro su conflicto:  
Los bárbaros huyeron del ruido,  
Teniendo ya la suya sobre el hito,  
Porque les pareció venir encima  
Gente que con la lanza los lastima.

Fueron pues por las yeguas rebatidos  
Los que permanecian mas cerrados:  
Los unos rehollados y caidos,  
Otros sin armas, otros asombrados,  
Y todos en comun mas esparcidos  
E ya de su salud desesperados,  
Porque cualquiera caballero hiere  
Y hace de su lanza lo que quiere.

Advirtiósse también de la corrida  
De las cerreras yeguas y sin frenos,  
Que rompiendo por gente proveida  
De lanzas de que estahan todos llenos,  
Saliesen sin lision y sin herida,  
Salvo la una con un ojo menos;  
Pero por este se quebraron tantos  
Que duraron gran tiempo los espantos.

Pues tanto la matanza se estendia  
Como hallaban ya pasos abiertos,  
Que por ninguna via se podia  
Andar sino por cima de hombres muertos;  
Y el bravo Pigoanza como via  
Las turbaciones y los desconciertos,  
No siendo parte para dar remedio,  
Puso con otros tierra de por medio.

Y así salió con pérdida y afrenta  
Destas revueltas y rebeliones,  
Y aun dícese que no escaparon treinta  
De todos los pijaos y yalcones,  
Por acudilles otra gran tormenta  
Al tiempo de volver á sus rincones  
De parte los panaes que á la mira  
Estaban, hasta ver quién se retira.

Porque la dura y áspera canalla  
A los principios vino de su bando,  
Mas en el rompimiento no se halla,  
Los fines y remates esperando:  
Y á quien vivo salió de la batalla  
Andaban por las silvas monteado,  
Anteponiendo sus voracidades  
A todos parentescos y amistades.

Y en tanta muchedumbre de salvaje  
Como en el pueblo padeció yactura,  
Menos fué menester que se trabaje  
En ponelles de tierra cobertura,  
Porque los deste bárbaro linaje  
En sus vientres les dieron sepultura,  
Y los guisaban con ardentés ramos  
Dentro de las cocinas de sus amos.

Recibiase desto gran fatiga,  
Y con el mal olor grave tormento;  
Mas español no hay que contradiga  
Huyendo de les dar desabrimento,  
Porque mostraban voluntad amiga,  
Aunque tuviesen otro pensamiento;  
Pues mal se ligan en amor perfecto  
Aquel que manda y el que está subyecto.

Y así los españoles mas rompidos  
(Con que salieron bien de la rencilla,  
Pues hubo solamente seis heridos  
Y aquestos fuera de mortal mançilla)  
Estuvieron dispuestos y movidos  
A luego despoblar la nueva villa,  
Teniendo que si quedan se les llega  
Otra mas dura y áspera refriega.

Sobre lo cual consulta se tenia,  
Segun que piden casos semejantes,  
Y en la resolucion también habia  
Algunas opiniones repugnantes,  
Pocas, pues la mayor parte seguia  
Al alcalde Juan Muñoz de Collantes,  
Después en este reino residente,  
Que en su cabildo dijo lo siguiente:

«Siendo todos aquí de una sentencia,  
Conozco que no fuera de discreto  
Anular votos y tomar licencia  
Para contradecir á su decreto;  
Pero visto que en esta diferencia  
Cada cual manifiesta su conceto,  
Quiero, señores, yo decir el mio  
Debajo de amistad y celo pio.

«Aquellos á quien cargos se conceden  
Y en ellos tienen militar usanza,  
No se estienden á mas de lo que pueden  
Midiendo su posible con templanza,  
Por no meterse donde los enreden  
Lazos de mal medida confianza,  
Y pierdan por faltar esta cordura  
Otra mejor sazón y coyuntura.

«Bien sabemos haber acontecido  
Vencer á grandes huestes pocos buenos;  
Pero lo mas comun y mas seguido  
Es llevar lo peor los que son menos:  
Poquito de los pocos he leído;  
De los muchos están los libros llenos;  
Y así negocios de tan grande peso  
Piden consejos de maduro seso.

«Y porque el que yo do sea creible  
Suplicoos que mireis con advertencia  
Cuán flaco y débil es nuestro posible  
Contra las fuerzas desta pestilencia;  
Y así hallareis no ser conveniente  
Hacer en estas tierras asistencia,  
A lo menos en tanto que no acude  
Otra mano mayor que nos ayude.

«Los indios tienen firme pensamiento  
En destrüir aquesta nueva planta:  
Su desvergüenza y gran atrevimiento  
A todo lo que piensan se levanta;  
Para venir á darnos otro tieno  
Han de convocar gente cuatro tanta:  
Decidme, ¿qué paredes ó qué muros  
Teneis para poder estar seguros?

«¿Qué fuerzas de Milán ó de Mecina,  
Qué violento tiro de bombardas,  
Qué trueno de fumosa culebrina,  
Qué balas de arcabuz ó de espingarda,  
Qué mil hombres de diestra disciplina,  
Para quien tanta multitud aguarda,  
Sino solas las manos y los brazos  
De cien soldados hechos mil pedazos?



»Pues aunque cada cual destes tuviera  
 Cuantos el centimano Briarero,  
 Ninguno de cansado se moviera,  
 Segun la duracion deste torneo.  
 Habiéis habido desta gente fiero  
 Dos veces la victoria y el trofeo:  
 Cesen por algun tiempo las porfias,  
 No tentemos á Dios por tantas vias.

»A él se den las gracias y la gloria  
 Por este beneficio soberano,  
 Porque tan honorífica victoria  
 No tuvo fuerza de poder humano:  
 Que contra tantos bien os es notoria  
 La gran debilidad de nuestra mano;  
 Y pues Dios acudió con su clemencia,  
 No nos pongamos mas en contingencia.

»Así que, pues que todos sois testigos  
 De la dura cerviz destas naciones,  
 Vámonos á los pueblos mas antiguos  
 Hasta tener bastantes municiones;  
 Y creedme que los indios amigos  
 No tienen mejoradas intenciones,  
 Antes terné la misma confianza  
 Dellos que del potervo Pigoanza.»

Esto dijo Juan Muñoz de Collantes,  
 Que de los que tuvieron eminencia  
 A caballo, fué de los importantes,  
 Y en ánimo, valor y en esperiencia;  
 Al cual contradijeron circunstantes,  
 Mas al fin aprobaron su sentencia,  
 Y todos de comun consentimiento  
 Ya querían dejar aquel asiento.

Quando la gente pues se disponia  
 A dejar la ciudad desamparada,  
 La que era de caballo pretendida  
 Venir al nuevo reino de Granada;  
 El peonaje no, porque quería  
 A lo de Popayán hacer jornada:  
 Quedó determinado que siguiese  
 Cada cual lo que mas gusto le diese.

Los yanaconas, en las divisiones,  
 Dijeron á sus amos rasanamente  
 Que querían seguir á los peones,  
 Porque cada cual dellos fué valiente  
 En romper los feroces escuadrones,  
 Sin querer acudir equina frente;  
 Pesóles deste bárbaro bulleico,  
 Por quedar mancos sin aquel servicio.

De reinos de Pirú fué su venida  
 Con los que los tenían por vasallos;  
 Cada cual dellos grande busca-vida,  
 Curiosos en el pienso de caballos,  
 Y así de yanaconas fué servida  
 La gente que podia sustentallos,  
 Juzgando ser personas principales  
 Los que gozaban destes animales.

Y como bárbaros ahidalgados,  
 Entrellos se juzgó por villanía  
 (Hablamos de los tiempos atrasados)  
 Servir á quien caballo no tenía;  
 Y agora por los casos relatados  
 Mudaron parecer y fantasia,  
 O por ventura fué sagaz lenguaje  
 Por no peregrinar largo viaje.

Viéndolos en efecto deste brio  
 Ya resolutos y determinados,  
 Hizo segunda junta Juan del Rio,  
 Y dijo, siendo todos congregados:  
 «Estos negocios, á juicio mio,  
 Demasiadamente van errados,  
 Y quien se determina prestamente  
 Dicen que muy despacio se arrepiente.»

»Y si el señor Collantes el destierro  
 Tiene deste lugar por acertado,  
 Yo no quiero venir en este yerro  
 Ni llevar paso tan acelerado,  
 Pues del amago solo huye perro  
 Que vez alguna fué mal lastimado;  
 Y así nuestras victorias son ya muros  
 Para vivir quietos y seguros.

»Rebenes son y válida franza  
 Quel ardor de los bárbaros apaga,  
 Pues no fué tan pequeña la matanza  
 Ni tan fácil la cura de su plaga,  
 Que no gaste la vida Pigoanza  
 Primero que de gente se rehaga,  
 Y cuantos estuvieron á la mira  
 Hoy tiemblan con temor de nuestra ira.

»Pero quiero decir que vengan cuantas  
 Gentes la tierra cría y adereza,  
 Y questos montes todos con sus plantas  
 Se tornen indios sin que falte pieza,  
 Si mil veces vinieran, otras tantas  
 Han de volver quebrada la cabeza,  
 Porque demás de no venir mejores  
 Vienen vencidos contra vencedores.

»De suerte que si estamos á razones  
 Con advertencia de juicios sanos,  
 Buscando coyunturas y sazones  
 Para hacer aquestos indios llanos,  
 Las ciertas y seguras ocasiones  
 Son las que ya tenemos entre manos,  
 Habiéndoseles dado dos tan buenas  
 Que valen mas que grillos y cadenas.

»Para tan numerosa pesadumbre  
 Reconozco ser poca la substancia,  
 Mas esta poca tiene de costumbre  
 Salir de las peleas con ganancia;  
 De manera que no la muchedumbre  
 Vence, sino valor, orden, constancia,  
 Y pocos quiero mas con estas partes  
 Que muchos y confusos estandartes.

»No tracto de los casos precedentes  
 Que ponen los antiguos escritores,  
 De vencidos ejércitos potentes  
 Por los que en cantidad fueron menores;  
 Pues bastan los ejemplos que presentes  
 Vemos de los demás conquistadores,  
 Que en estas partes acabaron cosas  
 No tan heróicas quanto milagrosas.

»Alguna parte desto nos alcanza,  
 Segun manifestó nuestra defensa;  
 Y así faltar aquí cristiana lanza  
 Mal engañado vive quien lo piensa;  
 Y este no es tiento, sino confianza  
 Que tengo yo de la bondad humana:  
 Antes lo tienta con crímen atroce  
 Quien tan alta merced no reconoce.

»Que claramente veis qué nos sustenta  
 Y con favores pios nos regala;  
 Demás desto caemos en afrenta  
 Tal que la mas enorme no la iguala;  
 Al fin, como yo tengo de dar cuenta,  
 No la querría dar de mi tan mala,  
 Porque disculpa que razon repuna  
 Al claro se conoce ser ninguna.

»Sé que no faltará concepto duro  
 Que juzgue mi razon á devaneo,  
 Imaginando ser lo que procuro  
 Por no dejar el mando que poseo,  
 Mas bien podré jurar sobre seguro  
 Que no lo pretendí ni lo deseo;  
 Y para ver lo que mi pecho tiene  
 Hagamos una cosa que conviene.

»En Neiba está poblado Juan Cabrera,  
 Do sabemos que vive descontento:  
 Vayan á lo llamar á la lijera  
 Con carta de cabildo y regimiento;  
 Verná luego con los de su bandera,  
 Pues hay color para mudar asiento;  
 Reharemos el nuestro con su bando,  
 Y estaremos debajo de su mando.»

Visto que daba parecer discreto,  
 Enviáronse luego los recados,  
 Con encarecimiento del aprieto  
 Y fuerza de los indios rebelados:  
 Holgóse Juan Cabrera del efeto,  
 Y así vino con todos sus soldados;  
 Quedó por general obedecido  
 Y justicia mayor de aquel partido.

Luego se divulgó por el terreno  
El socorro de gente que venia,  
Y que tenían ya poder mas lleno  
De peones y de caballería:  
Que fué bastante para poner freno  
A otra tempestad que se movía,  
Templándose los indios inquietos  
Y sirviendo mejor los ya subyectos.

El Cabrera con sesenta peones  
Y veinte de caballo salió luego  
A castigar algunas poblaciones  
Mas culpadas en a vivir el fuego:  
Fué la primera la de los yalcones,  
Por ser origen del desasosiego,  
Do con cautela hizo Juan Cabrera  
Un negocio que yo no lo hiciera.

Y fué llamar de paz aquellas gentes,  
Diciendo que traía limpio pecho,  
A cuya voz vinieron obedientes  
Algunos con preseas de provecho;  
Hizoles con caricias aparentes  
No recelarse de contrario hecho,  
Pues por ser capitán recién venido  
Facilísimamente fué creído.

Dijoles que declaren sus intentos  
A todos los caciques y señores,  
Y que traía buenos pensamientos,  
Aunque cierto pudieran ser mejores;  
Al fin mandó que ciertos aposentos  
Do posaban allí, fuesen mayores;  
Dicen que los harán, y este concierto  
Fué donde Pedro de Guzmán fué muerto.

El Piguanza y otros principales,  
Sin ir ellos mandaron comisarios  
Con hasta cuatrocientos naturales  
Cargados de maíz y frutos varios,  
Y la madera y otros materiales  
Para hacer la obra necesarios;  
La cual adonde se les dió licencia  
Se comenzó con grande diligencia.

Y estando todos ellos descuidados  
En asentar los palos embebidos,  
Del Juan Cabrera fueron asaltados  
Y de los que con él eran venidos,  
Y como los cogieron desarmados,  
Quedaron la mitad dellos caidos;  
Y otra canalla desta gente perra  
Dentro de sus entrañas los entierra.

Porque venían en aquel viaje  
Para les ayudar en la ruína,  
No por otro salario ni otro gaje  
Sino la monstruosa golosina:  
Que la bestialidad deste linaje  
Con mas ferocidad se desatina  
Que las fieras del mas sangriento pío,  
Pues nunca comen las de su natio.

Y estos no dejan deudo ni pariente,  
Ni reservan hermano ni á la hermana,  
Hijo de sus entrañas precedente,  
Decrépito varon, ni vieja cana;  
Y muchos dellos tienen de presente  
Contracto público de carne humana,  
Que son pijaos, cuyas condiciones  
Escuden á las mas fieras naciones.

Fué cierto principal destes gentios  
Reprehendido por términos buenos,  
Porque con sus voraces desvarios  
Muchos súbditos suyos hizo menos,  
Y respondió: «Yo como de los mitos,  
Que no voy á comer de los ajenos.»  
Mas yo creo que fué tal el enmienda  
Que nunca comió mas de su hacienda.

Que las exorbitantes sinrazones  
Desta nacion crúel, ciega, perdida,  
Hacían á las pias condiciones  
Salir algunas veces de medida,  
Juzgando que tan duros corazones  
Eran indignos de gozar de vida;  
Y aun con usar entonces de rigores,  
No por eso los vivos son mejores.

Salió Cabrera pues de los yalcones  
Y fué por Aniobongo su corrida;  
Pero como tenían relaciones  
Ser la paz que promete fementida,  
Desampararon casas y rincones,  
Tomando la montaña por guardia:  
Nadie quiso venir, y desta causa  
A Timaná volvió, do hizo pausa.

Y preparando lo que convenia  
Para volver sin lluvias del invierno,  
Estendióse por indios que venia  
A lo de Popayán nuevo gobierno:  
Este diré quién fué, pero querria  
Dar á la novedad canto moderno;  
Y así, para salir con el intento  
Me conviene tomar algun aliento.

## CANTO NOVENO.

Donde se trata cómo Pascual de Andagoya, siendo proveído por gobernador de la tierra adyacente al rio que llaman de San Juan, se entró por la tierra conquistada por Benalcázar y sus capitanes, y se hizo obedecer en Popayán y en los otros pueblos desta gobernacion, y lo demás que de su venida resultó, hasta la venida de don Sebastian de Benalcázar.

El gusto sensual del avariento  
Al interese corre tan sin freno,  
Que lo que puede dalle henchimiento  
Parece que lo hace menos lleno,  
Y con lo proprio suyo no contento,  
Mete las manos en lo que es ajeno,  
Fantaseando que cualquier provecho  
A él solo le viene de derecho.

Aquestas insolentes sinrazones,  
Que vuelan á mil fines aplicadas,  
No faltaron en indias regiones  
Antes de estar las cosas asentadas,  
Y hubo grandes encuentros y pasiones  
Sobre las tierras en gobierno dadas;  
De las cuales será prueba patente  
La que se nos ofrece de presente.

De la sierra do nacen los dos rios  
Cauca y el otro de la Magdalena,  
Que riegan diferentes señorios,  
Segun he dado ya cuenta mas llana,  
Otro procede no largos desvios,  
Llamado de San Juan, pero su arena  
Al antártico polo va guiada  
Y en las ondas del Sur hace parada.

Por diversas provincias se derrama,  
De que no sabré yo ser coronista;  
Mas sé que rio de San Juan se llama,  
Por ser tal dia su primera vista,  
Y dél pidió, guiado por la fama,  
Un Pascual de Andagoya la conquista,  
Persona que debía merecella,  
Y así vino con gente para ella.

A su gobernacion en el destajo  
No le puso medida tan estrecha  
Que no saliese por algun atajo  
A lo que mas le cuadra y aprovecha;  
Y así, por ahorrar duro trabajo  
Determinó venir á casa hecha,  
Que es la de Popayán, por ser vecina  
De la que se le dió, con quien confina.

Y si pudo lugar haber alguno  
Para hacer creer ser sus anejos,  
Entonces lo halló bien oportuno  
En los pechos dudosos y perplejos,  
Por conocer gobernador ninguno,  
Salvo Pizarro, pero tan de lejos  
Que dalles otro gobernador era  
Por esta causa cosa creedera.

El Andagoya pues allí venido,  
Hizo presentación de provisiones,  
Dándoles á las letras el sentido  
Que confirmaba con sus pretensiones;  
Y aunque reconociesen ir torcido  
Y se pudieran alegar razones,  
Los de cabildo, por tener sosiego,  
En Popayán lo recibieron luego.

Y en todos los demás por sus tenientes  
 Fué recibido sin contrarios votos,  
 Estando destas cosas inocentes  
 En Timaná, por ser los mas remotos;  
 Mas porque los rumores precedentes  
 Con mayor claridad les fuesen notos,  
 Secretamente fueron enviados  
 Dos yanaconas diestros y avisados.

Estos trajeron relacion entera,  
 Bien informados de ocular testigo,  
 No sin grave dolor del Juan Cabrera  
 Por la suerte contraria del amigo  
 Benalcázar, el cual antes que fuera  
 Tractó con él la pretension que digo;  
 Y así determinó hacer jornada  
 A este nuevo reino de Granada.

Y el viaje tardó mas en pensallo  
 Que en poner en efecto la partida:  
 Quisieran los que quedan estorballo,  
 Mas no bastó palabra comedida;  
 Con él se fueron treinta de caballo  
 Amigos, de la gente mas lucida,  
 Y de los fugitivos caminantes  
 El uno fué Juan Muñoz de Collantes.

Ellos partidos, al tercero dia  
 Allí llegó por el nuevo regente  
 Aquel capitán Francisco García  
 De Tovar, para ser allí teniente,  
 Y vistos los poderes que traia,  
 Lo recibieron amigablemente,  
 Mas requirieronle por vez tercera  
 Que fuese tras el dicho Juan Cabrera.

Porque llevaba muchos naturales  
 De los subjectos que les daban renta,  
 Con férreas colleras y ramales  
 Y no de carga la cerviz exenta,  
 Y á Juan Muñoz, que de rentas reales  
 Que fueron á su cargo no dió cuenta,  
 El cual en este tiempo que refiero  
 Era, demás de alcalde, tesorero.

Bien entendido su requerimiento  
 Y no le convenir disimullarlo,  
 Partió para le dar el cumplimiento  
 Con treinta y cinco hombres de caballo:  
 Tanta prisa se dan al seguimiento,  
 Que en tres dias pudieron alcanzallo;  
 Mas el Cabrera con los suyos piensa  
 Remitir á las manos su defensa.

Vista por el Tovar el apariencia  
 Y el denuedo de la contraria mano,  
 Mediante tinta hizo diligencia,  
 Y por papel y pluma de escribano:  
 Están enteros en su resistencia,  
 Y como viesse ser trabajo vano,  
 Debajo de amistad al Juan Cabrera  
 El Tovar le habló desta manera:

« Señor Cabrera, yerro manifiesto  
 Es el que cometéis sin fundamento,  
 Porque querer por armas llevar esto  
 No me parece ser acertamiento;  
 Limitese con término modesto  
 Un hombre de tan próspero talento,  
 Pues conoceis de mí que ya que salgo  
 No tengo de volver sin hacer algo.

» Sali forzado por requerimiento  
 Que me hicieron todos los vecinos,  
 Pero cierto no tuve pensamiento  
 De querer estorbar vuestros caminos;  
 Pues solo fué mi principal intento  
 Volver indios bozales y ludinos,  
 Y al señor Juan Muñoz, que de sus cargos  
 Se viene sin dar cuentas ni descargos.

» Y pues un servidor como yo viene  
 Y en amistad y amor somos hermanos,  
 Suplicoos que mireis lo que conviene,  
 Porque los reyes tienen luengas manos,  
 Y do quiera que vais el mismo tiene  
 Jueces y fiscales y escribanos;  
 Y así para huir estremos graves,  
 Los medios me parecen mas suaves.

» Tener por bien, si la razon enfrena  
 A los que della no van discrepantes,  
 Darme todos los indios de cadena  
 Y al alcalde Juan Muñoz de Collantes;  
 Y a questo hecho, id enhorabuena  
 Con todos los demás indios restantes,  
 Porque los sin prisiones bien entiendo  
 Que de su voluntad os van siguiendo.»

Concedéle los indios de collera  
 Con que del Juan Muñoz no se tractase,  
 Rogándosele mucho Juan Cabrera,  
 Mas no pudo con él que lo dejase:  
 En efecto, volvió do no quisiera  
 Porque el gobernador no lo vejase,  
 Pero llegado tuvo tal aviso  
 Que hizo sus negocios como quiso.

Los otros prosiguieron su jornada  
 Por pasos del Cabrera conocidos:  
 Llegan al nuevo reino de Granada  
 Cansados, pero no diminuidos;  
 Donde por Fernán Perez de Quesada  
 Fueron con gran aplauso recebidos,  
 Y no poco conjuntos á su lado  
 Juan de Orozco y Arias Maldonado.

Volviendo pues las manos á la trenza  
 Que del nuevo regente se teja,  
 Digo que sin empacho ni vergüenza  
 Usaba del poder que no tenia,  
 Y la guerra de paeces comenzia  
 Con estampida de arcabuceria,  
 Que muchos arcabucos allí puso  
 Y desde entonces hubo dellos uso.

En tierras de los paeces entrados,  
 Caribe gente por extremo fiera,  
 Tuvieron dos recuentos porfiados,  
 Do ganó poco la fiel bandera,  
 Pues fueron compelidos y forzados,  
 Con pérdida de gente, salir fuera;  
 Y así volvieron á cristianos puestos  
 Fatigados y cuasi descompuestos.

La fama, como no pierde camino,  
 Ni se le pone limite ni tasa,  
 En ponderar el dicho desatino  
 De Andagoya no quiso ser escasa,  
 Y á los oidos de Pizarro vino  
 Con larga relacion de lo que pasa;  
 El cual, en pena de tan poco seso,  
 Mandó que luego se lo lleven preso.

Estos poderes fueron enviados  
 A Juan de Ampudia por su gran cordura,  
 Pero cuando llegaron los recados  
 Estaba dentro de la sepultura;  
 Mas para ser mejor ejecutados  
 Llegó mas adaptada coyuntura,  
 Don Sebastian de Benalcázar digo  
 Cuyos discursos son estos que sigo.

Año de quince cientos y cuarenta  
 Cumplidos del divino Nacimiento,  
 La majestad imperial atenta  
 A sus servicios y merecimiento,  
 Demás de dalle generosa renta,  
 Autorizó con adelantamiento,  
 Trocando su virtud y valentía  
 Título de merced en señoría.

Por los de sus antiguas amistades  
 La nueva divulgada y estendida,  
 Ocurren de las villas y ciudades  
 A dar el parabién de la venida.  
 Obispo trajo con sus dignidades,  
 Mercenario, persona conocida,  
 De los primeros en esta jornada,  
 Y este fué fray Francisco de Granada.

Del signo del Leon era salido  
 Y á Virgo daba resplandor Apolo,  
 Cuando fué Benalcázar recibido  
 Y Pascual de Andagoya quedó solo:  
 En prisiones lo tuvo detenido  
 Algunos dias por a questo dolo,  
 Hasta que á gobernar al Pirú vino  
 Vaca de Castro, de tal cargo dino.

Aqueste, como trajo poder largo  
Y al Andagoya tuvo por amigo,  
Hizo de sus prisiones desembargo  
Y á Pirá luego lo llevó consigo.  
Sus insignes hazañas en su cargo  
Por escribillas otros no las digo;  
Mas sé que en gobernar y hechos buenos  
Ningunos fueron mas, y muchos menos.

Estos negocios de Andagoya llanos,  
Como de Popayán ya se destierra,  
El Benalcázar aprestó las manos  
Con presupuesto de allanar la tierra:  
Convocó los amigos haquianos  
Para hacer á los de Paez guerra,  
Cuyo nombre da muestras de dulzura,  
Pero segun antifrasis figura.

Apercibiéronse mas de doscientos  
Soldados, por sus hechos conocidos,  
Y en estos helicosos rompimientos  
No menos rompedores que rompidos:  
Ballestas y fumosos instrumentos  
Fueron en cantidad apercebidos,  
Con todos los pertrechos necesarios  
A guerra de tan duros adversarios.

Son ciento de caballo, que cualquiera  
En este menester era perfeto:  
Entrellos va Tovar, que no debiera,  
Segun parecerá por el efeto;  
Llevó también, por ya saber quién era,  
Al capitán llamado Martin Nieto,  
Y á don Francisco su hijo mestizo,  
Que muchas honorosas cosas hizo.

Y al capitán Baltasar Maldonado,  
Que en este reino de descubridores  
Y en sus conquistas fué tan señalado,  
Que ningunos en él fueron mejores;  
Del cual, aunque reposa sepultado,  
No pueden sepultarse sus loores,  
Y en Tunja deja para mayor gloria  
Hijas que resucitan su memoria.

Dellas es la mayor doña Maria,  
Que si á merecimientos de doncella  
Ventura se mostrase madre pia,  
Ninguna la ternia mayor quella;  
Otra doña Ana, cuya gallardia,  
Virtud y gracia vencen la mas bella;  
Y Alonso Maldonado ya difunto,  
Que fué de su valor claro trasunto.

No quiso ser exento destas redes,  
Por ser no menos diestro que valiente,  
Nuestro vecino Diego de Paredes  
Calderon, que tenemos hoy presente,  
Dignísimo de mas amplas mercedes  
De las que su ventura le consiente;  
Y otros algunos deste nuevo reino  
Que se hallaron en aquel gobierno.

Habíalos entonces enviado  
Desde este nuevo reino de Granada  
Don Alonso de Lugo, adelantado,  
A recoger la gente derramada  
Que del descubrimiento del Dorado  
Salió con Fernán Perez de Quesada;  
Y entrar en Paez era su destino,  
Atajar, al volver, algun camino.

Efectuóse pues esta partida  
Por los que militar ardor inflama  
En oportunidad que los convida,  
Aunque suceso bueno no los llama.  
La nueva y el tropel de la venida  
Por la tierra de Paez se derrama,  
Y antes quel español entrase dentro,  
Los bárbaros salieron al encuentro.

Estimulados de las furias locas  
Aquellas gentes bravas y terribles,  
Que en aquella sazón no fueron pocas  
Y en opiniones propias invencibles,  
Ocuparon los pasos y las rocas  
A los humanos piés inaccesibles,  
Cuyos anfractos duros y aspereza  
Son estrenados en naturaleza.

Con inminente riesgo se trabaja  
Al entrar por aquellas angosturas,  
Do los indios pelean con ventaja  
A causa de tomalles las alturas:  
Alguna parte del furor ataja  
Sulfúreo tiro con pelotas duras,  
Cuyo veloce vuelo mas alcanza  
Quel presuroso golpe de la lanza.

En cualquier paso de quebrada fonda,  
Antes que della nuestra gente salga,  
Por cuantas partes hay á la redonda  
Viene rodando peñascosa galga:  
Resuenan los crujidos de la honda,  
Tantos, que no hay escudo que les valga  
Hubo sangrientas frentes y mejillas,  
Brazos quebrados, piernas y rodillas.

Aquesta furia nunca fué bastante,  
Euhiesto cerro ni áspera ladera,  
Para que no procedan adelante  
Y de las angosturas salgau fuera:  
A cierto río llegan abundante,  
El cual tentia puente de madera,  
Donde con superbisimo coraje  
Los bárbaros impiden el pasaje.

Gran espacio duró la competencia  
Mas su trabajo no se perficiona,  
Aunque el adelantado, sin paciencia,  
En grande riesgo puso su persona;  
En estas dilaciones hizo ausencia  
La clara luz del hijo de Latona,  
Y así por esta causa se retrajo  
El campo de los nuestros mas abajo.

Con el obscuro de la noche fria  
Buscan pasaje menos arriscado,  
Y donde mas el agua se tendia  
Hallóse para los caballos vado;  
Pero para bagaj é infanteria  
Ganar aquella puente fué forzado,  
Y este dificultoso desembargo  
Tomaron tres peones á su cargo.

Del uno dellos yo no sé su nombre,  
Por injuria del tiempo variable,  
Y aunque tenemos destes tres un hombre,  
Perdiólo su memoria deleznable:  
Solo me dice merecer renombre  
Adornado de fama perdurable,  
Pues nunca se halló negar el pecho  
Al mas dudoso y espantable hecho.

Fué Martin de las Islas el segundo,  
Que en este nuevo reino de Granada  
Y en otras partes deste nuevo mundo  
Hizo bien larga prueba de su espada;  
El tercero, que hoy nos es yocundo,  
Con evidencias de la edad pasada,  
Paredes Calderon, el cual ha sido  
Ejemplo de valor engrandecido.

El curso de la noche demediado,  
Segun del polo muestran las tutelas,  
Se disponen al hecho señalado,  
Armados con espadas y rodelas:  
No hallan al contrario descuidado,  
Antes con vigilantes centinelas  
Que tocan arma, y en aquel instante  
Opuestos dos mil bárbaros delante.

No baja con tal impetu creciente  
De las alturas á los campos llanos,  
Ni llamas prestas de vigor ardiente,  
Impelidas de cierzos ó solanos,  
Cuan prestos se abalanzan á la puente  
Estos tres valerosos castellanos:  
Menean brazos, y estos movimientos  
Igualan á los mismos pensamientos.

Andan listos los piés, prestas las manos,  
No sin sangre de quien el paso quita,  
Y así de los que hallan mas cercanos  
Este cae y aquel se precipita:  
Crece la multitud de los paganos;  
Confúndense con voces y con grita,  
Por no dalles lugar el angostura  
Para poder entrar quien lo procura.

Tanta priesa les dan y tanta caza,  
Que con la mejoría de sus suertes  
La puente toda se desembaraza,  
Y al cabo della se hicieron fuertes,  
Porque salir á mas estensa plaza  
Era pagar las muchas con sus muertes;  
Y allí valerse sin mortal mancilla,  
Se tuvo por divina maravilla.

Sus fuerzas llegan al supremo grado,  
En las cuales están todos enteros;  
Mas no bastaran ellas ni el cuidado  
Para no ver sus días postrimeros,  
A no haber don Francisco ya pasado  
El vado con cincuenta caballeros,  
Que llegaron con paso presuroso  
A la puente y al trance riguroso.

Quedaron libres estos tres soldados  
Con aquesta veloz arremetida;  
Los indios compelidos y forzados  
A rehüir el riesgo de su vida,  
Viendo que á muchos los siniestros hados  
Hicieron que abreviasen la partida  
A la profundidad de los infiernos,  
Donde son los tormentos sempiternos.

Quitados de la puente los rigores,  
Do la española parte se mejora,  
Dió don Francisco gracias y loores  
A sus atletas, y en aquella hora  
Iba restituyendo sus colores  
A los escelsos montes el aurora;  
Y así el adelantado brevemente  
Vino con el restante de la gente.

Prosiguen adelante sus caminos  
Al valle que promete buenas suertes,  
Pero todos los pueblos convecinos,  
Que para pelear no son inertes,  
Con galgas como piedras de molino  
En un alto peñol se hacen fuertes,  
Varios pertrechos, hijos y mujeres,  
Y lo mas substancial de sus haberes.

Señoreábase desde el altura  
Cuanto puede visible sutileza:  
Si lugar áspero formó natura,  
Allí pudo llegar el aspereza;  
Forma piramidal es su hechura,  
Pero sitio capaz en la grandeza;  
Algunos montes hay en las vertientes,  
Y no faltaban cristafinas fuentes.

Las partes dél imposibilitadas  
Para subir por ellas piés humanos:  
Solamente tenia dos entradas,  
Do no podian asentarse llanos,  
Antes las sendas van tan empuñadas,  
Que en vez de piés se sirven de las manos;  
Y en estas no faltaban compañías  
Que velaban las noches y los días.

Hízose la posible diligencia  
Con promettes amistad de hermanos,  
Si diesen vasallaje y obediencia  
Al mejor rey de todos los humanos:  
Fué dellas la final correspondencia  
Querer averiguallo por las manos,  
Que las aprieten, y quien mas puidiere  
Del vencido hará lo que quisiere.

Por el adelantado visto esto,  
Y que le convenia sojuzgallos,  
Asentó ranchos en lugar dispuesto  
Para se menear con los caballos:  
Noches y días con furor molesto  
Acuden bárbaros á contrastallos,  
Dando tan á su salvo los asaltos,  
Que revolvan libres á sus altos.

Consideradas las obstinaciones  
Y fieros de la bárbara jactancia,  
Que ya con atambores y pendones  
Hacian, recogidos á su estancia,  
Queriendo declarar sus intenciones  
A los comilitones de substancia,  
El Benalcázar por oír respuestas  
Bijo pocas palabras, que son estas:

«Caballeros, cualquier riesgo patente  
Es gran acertamiento que se huya;  
Pero será mayor inconveniente  
Salir á estos indios con la suya,  
Porque de muchos el temor presente  
En lo futuro no se disminuya,  
Pues cada cual sabeis á lo que tira  
Y cuánta multitud hay á la mira.

» Primero pues que llegue la mañana  
Manifestándonos sus arboholes,  
Quiero que de la gente mas lozana  
Suban cien señalados españoles,  
Porque la tierra toda queda llana  
Si podemos ganar estos peñoles,  
Y vayan por caudillos al efecto  
El capitán Tovar y Martin Nieto.

» Lleven sus armas defensivas puestas,  
Y con las ofensivas en la mano,  
Cargados arcabuces y ballestas  
Que pongan frenos al furor insano;  
Los demas con caballos y armas prestas  
Estaremos arriba de lo llano,  
Cuanto cómodamente ser puidiere,  
Por acudir á lo que sucediere.»

Correspondieron todos gratamente,  
Por ser en punto gente tan entera  
Que para riesgo muy mas evidente  
Ninguno recelara la carrera:  
Previene cada uno diligente  
Aquel recado que menester era,  
Y apercebidos para la jornada  
Esperaban la hora señalada.

Al tiempo pues que la menor estrella  
Moradora del cielo mas cercano,  
Aquella digo que la lumbre della  
Es sola la que toma del hermano,  
Entraba con pureza de doncella  
A se lavar en ondas de Oceano,  
E ya la soporífera tardanza  
Igualaba del peso la balanza:

El capitán Tovar, que no dormia,  
Hizo de los soldados llamamiento,  
No con aquel ardor con que solia  
Llegar á belicoso rompimiento,  
Mas con tibieza tal, que parecia  
Présanga de su mal acabamiento,  
Asaltado de natural sospecha  
Que estimulo de honor de sí desecha.

Y así, los compañeros recogidos,  
Otro concepto del que tiene muestra,  
Y los dos capitanes convenidos,  
Martin Nieto tomó la senda diestra;  
El Tovar por los pasos mas erguidos  
Y de riesgo mayor, á la siniestra;  
Y entrambos con silencio necesario  
Fueron subiendo por camino vario.

El Nieto, no por ir mas advertido  
Sino por un regalo de ventura,  
Subió sin ser de nadie resistido  
Ni vello, por la noche ser obscura,  
De tal suerte, que cuando fué sentido  
Estaba ya cercano del altura,  
Y al tiempo que acudieron gentes prestas,  
Disparan arcabuces y ballestas.

Cuyos tiros ningunos dan en vano,  
Antes los mismos cuerpos son adarga;  
Luego con la violencia de Vulcano  
Apresuróse la segunda carga;  
Al fin pusieron piés en lo mas llano  
Que á su pesar el dueño desembarga,  
Y así los sanos como los heridos  
Fueron ahuyentados y esparcidos.

Allí paró con los de su estandarte  
No consintiendo mas tender la rienda,  
Contento con tomar aquella parte  
Ya sin que la contraria se defienda:  
Y en tiempo que puidiera de buen arte  
Llevar mas adelante la contienda,  
Pareció volver sin hacer pausa,  
E yo no sé decir cuál fué la causa.

Pero debió tener causas bastantes  
Que fuera van de mis obligaciones,  
Porque suelen en cosas semejantes  
Engaños padecer las opiniones :  
Antes pues que de estrellas radiantes,  
Que en los mortales hacen impresiones,  
La luz con la del sol fuese resuelta,  
Para el adelantado dió la vuelta.

Tuvo suceso deste diferente  
El capitán Tovar en la subida,  
Por ser innumerable la creciente  
De la gente feroz endurecida ;  
Mas él propuso con fervor ardiente  
Ganar los altos ó perder la vida ;  
Y así con tiros y con hechos buenos  
Allá subieron sin hacellos menos.

En esta hora de temor horrendo,  
Hora menguada y hora lastimera,  
Venía ya sus rayos descubriendo  
Aquel planeta de la cuarta esfera :  
Aumentase la grita y el estruendo  
De gentes, como si de talanquera  
Vieran pelea de león y oso,  
O tuvieran los toros en el coso.

Hay tanta multitud que los oprima  
Como gran espesura de arboleda,  
A la similitud que en el esgrima  
Gran cantidad de gente hace rueda :  
Llueven dardos y piedras de por cima  
Por tantas partes, que ninguna queda  
Donde nuestro Tovar, como quien era,  
En su defensa justa persevera.

Duró desta manera la porfía  
Con recíprocos acometimientos,  
Hasta que declinó del mediodía  
El sol con sus ligeros movimientos :  
El calor y la sed que se sufría  
Pasó de los humanos sufrimientos,  
Y traspasó la raya del espanto  
Poder hombres mortales durar tanto.

No les sirven ballestas ni cañones  
Con que bala mortal es impelida,  
Y con que la braveza de escudrones  
Había sido siempre rebatida,  
Porque faltaban ya las municiones,  
Artificiales rayos y estampida ;  
Y así los indios, que lo tal sospechan,  
Oportunas sazones aprovechan.

Comenzan de mas cerca los combates  
Largando riendas á las osadías ;  
Pero los nuestros suben de quitates  
Su brio, su valor y valentías,  
Dando crúeles fines y remates  
A las mas atrevidas gallardías ;  
Aunque desbaratados los que encuentran,  
Por espaldas y lados otros entran.

Bien quisieran huir tan mala suerte,  
Mas su resolución es homicida,  
Porque si huyen caen en la muerte,  
Y si no huyen piérdese la vida :  
Al fin no puede, de lo que se advierte,  
La determinación ser digerida ;  
Mas uno, que no sé decir quién era,  
Al Tovar le habló desta manera :

« Decidme, señor mío, ¿ qué esperamos  
Cuando menos conviene que se espere ?  
Por las dos partes les acometamos  
Por donde mas el ímpetu nos hiere.  
¿ Sus ! en cuadrillas dos nos dividamos,  
Y caiga de nosotros quien cayere ;  
Pues quien rompiere, como vivo salga,  
Podría ser que de los pies se valga. »

Lo dicho por aquel soldado viejo  
No les pareció mal á los oyentes,  
Porque en perplejidad cualquier consejo  
Da muestra de razones concluyentes :  
Hallando pues en ellos aparajo  
Sin haber pareceres diferentes,  
Para romper á los que los impiden  
En dos partes iguales se dividen.

Usábase traer barba crecida  
En aquella sazon y autorizada,  
Y era la del Tovar barba vellida,  
Largos bigotes, toda bien poblada,  
Y entonces la traía recogida  
Al modo de cabellos entrenzada ;  
Y á los soldados, antes que comiencen,  
A gran prisa mandó la desentrecen.

Debió de ser, según lo que yo puedo  
Congelurar de aquesta diligencia,  
A los imberbes indios poner miedo  
Con la ferocidad de su presencia :  
Y así con ferocísimo denuedo,  
Confiado de Dios y su clemencia,  
Puso los pensamientos y la frente  
Adonde vió mas multitud de gente.

Mandó hacer el acometimiento  
Diciendo : « Si Dios quiere que este día  
Sea de mi final acabamiento,  
Su voluntad se cumpla y no la mía,  
Incierta de cuál es acertamiento  
Si por la santa suya no se guía. »  
Y aquesto dicho, los insigues martes  
Rompen la furia por entrambas partes.

Por donde fué la gente sin caudillo,  
A causa de ir Tovar por otra vía,  
Tentó subir el capitán Morillo  
Que con treinta soldados acudia  
A la gran algazara del castillo,  
A los cuales Benalcázar envía,  
Considerando que en el alto morro  
Necesidad había de socorro.

Puso Morillo suma diligencia  
Por llegar con los suyos al aprieto,  
Mas al subir fué tal la resistencia  
Que se volvieron sin hacer efecto ;  
Los otros que rompieron la violencia  
Sin aguardar decoro ni respeto,  
Se desgargaron por la cuesta abajo  
Por el camino que Morillo trajo.

Levanta los tobillos quien mas puede  
Para juntarse con los de los llanos,  
Y aunque este se despeñe y aquel rueda  
Nadie cura de amigos ni de hermanos :  
El furor de los indios que procede  
Hubo los siete dellos á las manos ;  
Los otros escaparon de las redes,  
Y destos es el Diego de Paredes.

Rompido por Tovar el torbellino  
Que le cabía por su derechera,  
Metióse por un monte convecino  
Pensando que mejor le sucediera ;  
Mas en prosecucion de su camino  
Dió con innumerable gente fiera,  
Demás de los que fueron en alcance  
Por no perder aquel honroso lance.

Viéndose saltados de repente  
De crúel escuadron aunque desnudo,  
Quien mas aliento tuvo de su gente  
Huyó por donde buennamente pudo ;  
Quedaron con él once solamente,  
La mayor parte dellos sin escudo,  
Que no haciendo cuenta de sus vidas  
Procuran de vendellas bien vendidas.

Mas el mayor estrago fué ninguno,  
Si lo uno y lo otro se avalia,  
Pues importaba mas la vida de uno  
Que cuantas el peñol alto tenia ;  
El ímpetu de muchos importuno  
Con terrible calor prevalecía,  
Y de los miserables el mas fuerte  
A brazos anda con la misma muerte.

Desta manera la fiel docena,  
Traspasada por pechos y por lados,  
Anda pagando la severa pena  
Que destinaron sus atroces hados,  
Hasta que en sangre propia y en ajena  
Quedaron todos ellos anegados,  
Cortadas al momento las cabezas  
Y los llagados cuerpos hechos piezas.

Ausi tuvo Tovar acabamiento  
Que quasi del Añasco fué trasunto,  
El cual pudo flugir impedimento  
Cuando de tacto mal tuvo barrunto;  
Mas no quiso huir el detrimento,  
Por no caer un punto de su punto,  
Y á sus escusas todos dieran lado  
A causa de estar bien acreditado.

Decian muchos ser fatal sentencia,  
Planeta, signo, constelacion dura,  
Pero la semejante dependencia  
No tiene fuerza sobre la cordura,  
Pues el varon dotado de prudencia  
Muchos inconvenientes asegura.  
Cuanto mas quel peligro del enbiesto  
Peñol á todos era manifiesto.

A los demás que por despeñaderos  
Huyeron divididos y apartados,  
Dióles la vida ser de piés lijeros,  
Y entonces mas veloces que venados,  
Y estar los indios, con los compañeros  
Que con Tovar quedaron, ocupados;  
Pues con cudicia del presente cebo  
No fueron á buscar otro de nuevo.

Como suelen en indica dehesa  
Cazadores con perros de trailla,  
Que buscando sustentos de su mesa  
Toparon de venados gran cuadrilla,  
Y en aquellos que pueden hecha presa,  
La resta no procuran de seguilla,  
Contentos con lo que en las manos queda,  
Sin que tras lo dudoso se proceda:

Esta suerte los bárbaros espertos  
En correr por lugares salebrosos,  
No quisieron dejar los lances ciertos  
Por seguir los inciertos y dudosos;  
Mas repartidos ya los cuerpos muertos  
Por los que se mostraron mas bríosos,  
Determinaron con potente mano  
Romper con el ejército cristiano.

Ocupáronles todas las salidas  
Con tantas gentes y de tal manera,  
Que corrieran gran riesgo de las vidas  
Si por adonde entraron se saliera;  
Después á salvo dan arremetidas  
Tantas, que les convido salir fuera,  
Tomando las montañas por amparo  
Para por ellas ir á campo claro.

Caminaron con gran desabrimiento  
Por los habidos en aquel viaje;  
Y en confianza de cursado tiento  
Rompiéron por el áspero bosqueje,  
Camino de mayor detenimiento,  
Hasta que ya llegaron al paraje  
De Cali, do salieron mal parados,  
Mas no de sus venganzas olvidados.

Y así, después que ya la primavera  
Del de cuarenta y uno fué llegada,  
El fuerte Benalcázar persevera  
En la guerra de Paez comenzada,  
A la cual coyuntura Juan Cabrera  
Volvió del nuevo reino de Granada,  
Que no le dió pequeño regocijo  
Por le tener amor de mas que hijo.

Y en comun redundaron los placeres  
Por él hacellos á cualquiera banda,  
Deinás de que vulgares pareceres  
Se van tras el que tiene quien los manda;  
Dióle de general largos poderes,  
Y fueron contra la nacion nefanda,  
Donde después que entraron en la tierra,  
Sin mal suceso les hicieron guerra.

El modo de hacella no lo digo,  
Por ser inacabable si se empieza,  
Pero sé que se hizo gran castigo,  
Adonde les quebraron la cabeza,  
Satisfaciéndose del enemigo,  
Sin morir español ni faltar pieza;  
Mas con los castigar segun le plugo  
No pudo sometellos á su yugo.

Después ya de punir aquestas gentes,  
Sobre cuantas nacieron inhumanas,  
Recorrieron provincias diferentes,  
Ansi remotas como comarcanas,  
Gastándose los tres años siguientes  
En las pacificar y hacer llanas,  
Al cabo de los cuales nuestros reyes  
En Indias estamparon nuevas leyes.

Para Pirú con esta diligencia  
Por virey vino Blasco Nuñez Vela,  
Donde la tierra falta de obediencia  
Contra mandatos regios se rebela;  
Y porque de aqui tiene dependencia  
Aquello que me resta de la tela  
De Benalcázar, la porné cumplida,  
Pero con canto nuevo difinida.

## CANTO DECIMO.

Donde se cuenta la venida del virey Blasen Nuñez Vela á Popayán, y como allí se rebela de gente para ir contra Gonzalo Pizarro, y llevó consigo al adelantado don Sebastián de Benalcázar, y á Juan Cabrera y otros valerosos soldados.

Los que mal hacen, porque no se entienda,  
Huyen de donde respandee lumbre;  
A los incorregibles el enmienda  
Les es intolerable pesadumbre;  
Y así suelen decir, á los sin rienda  
A par de muerte ser mudar costumbre,  
Que como sobre mal subjecto caiga  
Con gran dificultad se desarraiga

Pues como corregillos es al gusto  
Y voluntad de los celosos reyes,  
Y en Indias no viviesen tan al justo  
Que no tractasen mal bárbaras greyes,  
El gran emperador César Augusto  
Don Carlos quinto hizo nuevas leyes  
Para que desterrada la malicia  
Se besasen la paz y la justicia.

Fueron en el Pirú mal recebidas,  
Y el virey, mas bríoso que paciente,  
Con celo de las ver obedecidas,  
Queriato llevar por lo valiente:  
La furia de las gentes alrevidas  
A tal temeridad puso la frente,  
Que para lo prender se dieron maña,  
Y preso le mandaban ir á España.

Mas en el mar del Sur el mensajero,  
Pareciéndole grave desatino  
No dalle libertad al prisionero,  
En ella lo dejó por el camino:  
El para castigar el desafuero  
A la ciudad de Popayán se vino,  
Adonde Benalcázar y sus gentes  
A sus mandatos fueron obedientes.

Como reconoció leales pechos  
En todos estos pueblos comarcanos,  
Juntó soldados, armas y pertrechos  
Para revolver sobre los tiranos;  
Los cuales ya sus temerarios hechos  
Sustentaban con armas en las manos,  
Cierta papel tomando por cubija  
Y á Gonzalo Pizarro que los rija.

El cual, sabidas bien las intenciones  
Del virey, segun hemos declarado,  
Para Quito guió sus escuadrones  
Y puso contra rey y campo formado,  
Con tantas y tan buenas prevenciones  
Cuantas pedia caso tan pesado:  
Hizo el virey la misma diligencia,  
Pero menoscabado de potencia.

Fué Benalcázar pues en su serrcicio,  
Y con honroso cargo Juan Cabrera,  
Con otros muchos que en aquel oficio  
Pudieran ser preciados donde quiera;  
Mas no les acudió hado propicio  
A los que siguen la real bandera,  
Porque los mas murieron junto á Quito  
En aquel asperísimo conflicto.

Al fin prevaleció lo mal fundado,  
Y entonces el derecho quedó lesa,  
Por se hallar el campo rebelado  
Con posibilidad de mayor peso:  
Fue pues el Blasco Nuñez degollado,  
Y nuestro Benalcázar quedó preso,  
No libre de heridas, mas de suerte  
Que se halló cercano de la muerte.

Mas la que no le dió confusa mano  
Cuando Mejera su furor enciende,  
Quisiera se la dar un mal cristiano  
Que (por que fué leal) lo reprehende;  
Y Gomez de Alvarado, mas humano,  
Del impetu tirano lo detiene,  
A cuya fe de noble caballero  
Benalcázar se dió por prisionero.

Quieren decir algunos que Gonzalo  
Pizarro, precediendo sinsabores,  
No tuvo contra él intento malo,  
Tractándolo por términos mejores;  
Pero para privallo del regalo  
No faltaban perversos consultores,  
Diciéndole: «Señor, destos los menos,  
Que tarde, mal y nunca serán buenos.»

Al fin el Alvarado con prudencia,  
Siendo su propio honor el interese,  
Solicitó con suma vehemencia  
Que libertad precisa se le diese,  
Y así Pizarro proveyó licencia  
Para que á su gobierno se volviese;  
Y al mismo punto quel despacho vino,  
Se puso con algunos en camino.

Huyendo de los términos tiranos  
Ninguno de buen pecho mas espera,  
Dejándoles las capas en las manos,  
Y destos Francisco Fernandez era,  
Aunque después el pobre cascós-vanos  
Contra pendon real alzó bandera:  
En los cuales sucesos no me alargo  
Porque otros los tomaron á su cargo.

De Benalcázar tracto solamente,  
Que caminó con la licencia dada,  
Y por consejo de dañada gente  
Fue dentro de dos días revocada;  
Y así fueron con paso diligente  
Tras él por estorballe la jornada,  
Pero, herido ya desta sospecha,  
El camino real de sí desecha.

Por la sierra se fué con este miedo,  
Sin reparar desde que salió de Quito,  
Por verse lejos de tan mal enredo,  
Cual es el que pusimos por escrito;  
Y entonces sucedió lo de Robledo,  
Que porque lo conté no lo repito,  
Mas quien quisiere relacion mas llena  
Lea lo que tracté de Cartagena.

Sobre mil y quinientos ya corría  
El de cuarenta y seis de nuestro fuero,  
Y en el décimo mes al cuarto día  
Vieron este suceso lastimero,  
El mismo año que furoros ería  
La muerte del virey fué por enero;  
Y este negocio, de lealtad ajeno,  
En las Españas dió terrible trueno.

Por el Pirú la furia mas se empina,  
No que faltase quien al rey obligue,  
Pero comunidad, si desatina,  
Olvidada del bien lo malo sigue.  
Al fin su Majestad se determina  
Enviarles juez que los castigue,  
Y fué contra la pérdida horrasca  
El cuerdo licenciado Pedro Gasca.

A Panamá llegó, donde la llama  
Tiránica tendia su creciente;  
Mas á los principales de la trama  
Ganó las voluntades fácilmente,  
Y á Benalcázar por su buena fama  
Escribió que procure hacer gente,  
Para luego pasar en su demanda  
A Pirú contra la rebelde banda.

Visto por Benalcázar el edito  
Y sello de potencia soberana,  
Con gente se partió via de Quito,  
Porque ya la ciudad estaba llana;  
Al fin se vió con él y en el conflicto  
De la batalla de Xaquixaguana,  
Do Gonzalo Pizarro con el resto  
Quedó de vida y honra descompuesto.

El cual pudo vivir rico y contento  
Sin aspirar á regio señoría,  
Mas tendió velas á su desatiento  
Por golfo de supremo poderío,  
Y así, con soplos de soberbio viento  
Y poco lastre, zozobró el navío,  
Ahogando proezas de servicios  
En ondas de tiránicos bullicios.

Viérades por el todo las grandezas  
De los que se mostraban mas lozanos,  
Y en qué pararon sueños y torpezas,  
Furias y devaneos de tiranos,  
Y cómo los varones de riquezas  
Con nada se hallaron en las manos,  
Confiscado caudal, honras perdidas,  
Demás de las yaecturas de las vidas.

Dado ya fin á la tirana guerra,  
Cuyo castigo fué sanguinolento,  
Demás de multitud que se destierra  
Menos culpados en el alzamiento,  
Benalcázar volvió para la tierra  
Donde tenia su adelantamiento,  
Con deseo de ya vivir quieto  
Si pudiera gozar de tal efeto.

Mas en la rueda del humano juego  
Siempre fortuna da carta cubierta,  
Y así cuando tenéis algun sosiego,  
Que raras veces á venir acierta,  
Para lo perturbar acuden luego  
Cien mil desasosiegos á la puerta;  
Porque la quietud de los humanos  
Es tal que se desliza de las manos.

El mas cierto placer es como sueño  
Que en memoria no hace permanencia;  
Lo cual en Benalcázar os enseño,  
Que cuando vió dél un apariencia,  
El licenciado Francisco Bricieño  
Llegó para tomalle residencia  
Sobre la muerte de George Robledo  
Y algunas cosas que escribir no puedo.

Hasta de la mas baja menudencia  
Le hizo cargo, y admitió querrela  
De la viuda que con impaciencia  
Lloraba siempre la marital mella:  
Vistas las causas, pronunció sentencia,  
Que fué de muerte, mas apeló della  
Ante el monarca de suprema silla,  
Para seguir sus causas en Castilla.

Tomó fianzas el que lo condena,  
E ya puesta por obra la partida,  
Vejez, enfermedad y grave pena,  
Le cortaron el hilo de la vida  
Dentro de la ciudad de Cartagena,  
Emula gente, pero comedida,  
Que como nobles y de canas sienes  
Le hicieron exequias muy solenes.

Pagado pues el natural tributo  
Cargado sobre todos los mortales,  
El don Pedro de Heredia puso luto  
Con los demás vecinos principales,  
Haciéndole sepulcro bien instruto,  
Honrosos y cumplidos funerales,  
Y encima de la tumba do yacia  
Pusieron una letra que decia:

*Ista Benalcázar potuit concludere tumba,  
Ipsius at famam citandere non valuit:  
Succubuit factis, que pussim candida turbant,  
Gesta tamen calamo sunt celebranda pio.*

Yace Benalcázar fuerte      Fué de los hados rendido,  
En esta terrestre cama      Y á la injuria sometido  
Que entre la frágil trama;      De mudanzas temporales;  
Pero no pudo la muerte      Mas sus hechos fueron tales  
Encubrir su buena fama.      Que no merecen olvido.



Quando cerró los ojos con eterno  
Sueño, fué por el año de cincuenta,  
Y hasta ver gobernador moderno  
O lo que mas al alto rey contenta,  
Briciño se quedó con el gobierno;  
Y así para dar dél honrosa cuenta,  
Dió conductas y cuerdas instrucciones  
Para hacer cristianas poblaciones.

A Vasco de Guzmán, por el abono  
Que dél tenía por la comun fama,  
Mandó poblar en lo de Guachicono,  
Que por los nuestros Almaguer se llama;  
Al cual poco después quitó del trono  
Por dar oídos a quien lo desama,  
Siendo del desacrérito terceros  
Un Juan de Medellín y Luis Mideros.

A cuya petición fué proveído  
Alonso de Fuen Mayor, que era yerno  
De Benalcázar, hombre ya rompido,  
Y de buenas industrias y gobierno:  
Muchos soldados siguen su partido,  
Que no señalará nuestro cuadero;  
Mas dellos fué Vicente de Tamayo  
Que desta tela me proveyó sayo.

Y un Alvaro de Oyon, de quien la historia  
Que hago tractará prolijo rato,  
Haciendo de sus cosas la memoria  
Que los antiguos hacen de Herostrato,  
Vaso de necedad y vanagloria,  
Arronjadizo, torpe, mentecato,  
Mas del vulgo tenido comunmente,  
Siendo hombre temerario, por valiente.

Era de Guelva, pueblo del condado,  
Segun oímos á personas varias,  
Nieto del comunero condenado  
Que dijo « mi compadre Gomez Arias »,  
Que por ser un romance muy trillado  
Las razones se dan aquí sumarias,  
Pero quien del suceso mas desea  
Lo restante de aquel romance vea.

El Oyon ansimismo fué culpado  
En el Pirú con los del alzamiento,  
El cual vino con otros desterrado,  
Personas que no fueron de momento;  
Después en Almaguer fué señalado  
Por escuadra, con otros que no cuento,  
Y allí sin ocasion de tener guerra  
Riñó con un soldado de su tierra.

Fué Francisco Dominguez el que digo,  
Y aunque los despartieron sin herida,  
Sancho de Rojas, del Oyon amigo,  
Fué del dicho Dominguez homicida,  
Sin que pudiese declarar testigo  
Otra razon ni causa conocida:  
Sabido por Oyon el mal recado,  
Los dos se retrajeron á sagrado.

Luego de Guachicono se salieron  
Usando de recatos necesarios,  
Y á la villa de Cali se volvieron  
Fuera de los caminos ordinarios,  
Adonde dicen que se retrajeron  
Al monasterio de los mercenarios;  
Y los intentos del Oyon han sido  
Librarse del delicto cometido.

Porque se proferia dar bastante  
Informacion, que de la contingencia  
En la desgracia nada fué culpante,  
Ni riñeron los dos en su presencia;  
Antes del caso que le fué tocante  
Había ya pasado la pendencia,  
Y estaba con quietud en su posada  
Quando supo la muerte desastrada.

Quiso pues presentarse de su grado  
Debajo de tener prenda segura,  
Para lo cual Tamayo fué rogado  
Y otros presentes á la coyuntura,  
Que hablasen al dicho licenciado  
Á quien tocaba la judicatura:  
Habláronle, del cual tuvieron presta  
Y fuera de su gusto la respuesta.

Porque como varon de quien hūia  
Término simulado de malicia,  
Les dijo rasamente que cumplia  
Perder de presentarse la cudicia;  
Pues presentado, por ninguna via  
El dejaría de hacer justicia,  
Y lo mejor de las informaciones  
Era salirse dentre los tizonés.

Sabida por Oyon la resoluta  
Respuesta dada por juez severo,  
Sin réplica de prueba ni disputa  
A Popayán llevó paso ligero,  
Donde halló tener cierta conduta  
De capitán un Sebastián Quintero  
Para poblar los cambis de camino,  
Y era de donde Oyon y su vecino.

El cual como le viese descontento  
Le dijo: « Señor, id á mi jornada,  
Que creo que será de mas momento  
Que la que vos teníades poblada;  
Terné de capitán yo nombramiento,  
Por vos será la gente gobernada,  
Y de las suertes digo desde agora  
Que la vuestra será con gran mejora.

Aceptó la promesa y el regalo  
Que se le dió de buen aviamento,  
Sin presumirse del intento malo,  
Porque no se le dió desabrimiento;  
Antes le dió Quintero mando y palo  
Y punto no faltó del cumplimiento;  
E ya la gente bien apercebida,  
En efecto se puso la partida.

Sobre mil y quinientos ya corria  
El de cincuenta y uno de los años  
Del parto pio de la Virgen pia  
Que fué reparacion de nuestros daños,  
Quando poblaron do se pretendia  
Para la conversion de los estraños;  
Y por hallar alguna, segun fama,  
San Sebastián de la Plata se llama.

Allanada la tierra con aumento,  
Fué su persona bien gratificada,  
Y el Sebastián Quintero, con intento  
De vella mucho mas acreditada,  
Enviólo con el apuntamiento  
A este nuevo reino de Granada,  
Siendo Galarza y Góngora oidores  
Primeros, y después pocos mejores.

A Bogotá llegó, y al presidente  
Presentó los recaudos y escriptura,  
E yo lo ví, que me hallé presente  
En la ciudad en esta coyuntura,  
Donde no tuvo tal el despiciente  
Que conformase con su conyectura,  
Porque en el confirmar algo se altera,  
Y no faltó quien dijo quien él era.

Y entonces á la puerta de un platero,  
Jorge de Quintanilla que lo via  
Con paño de cabeza y un sombrero  
(Presente yo) le dijo, ¿ qué tenia?  
Y respondió: « Señor, aquí me muero  
De dolor de cabeza cada día ».  
Y no pudo hablar mejor sentencia,  
Pues esta fué su principal dolencia.

Hombre mas que mediano, bien fornido,  
Y no de entendimiento delicado,  
Pues aunque hijodalgo conocido,  
Bronco me pareció y avillanado;  
Andaba del demonio revestido,  
El rostro torvo, melancolizado,  
Como quien se quemaba con el fuego  
De la fea maldad que diré luego.

Para cuyas horrendas pretensiones  
Compró del caudal poco que tenia  
Arcabuces y algunas municiones,  
Conformes á su loca fantasia,  
So color de que son preparaciones  
De guerra que en los cambis se hacia,  
Adonde se volvió con los que vino,  
Rendidos á su torpe desahino.

En la misma sazón el licenciado  
Briceño, ya tomada residencia  
A capitanes del adelantado,  
Se vino para la real audiencia  
Del nuevo reino, por estar nombrado  
Senador della por real potencia;  
Llegó también en este mismo año  
El suelto licenciado Juan Montaña.

El Oyon á los cambios ya venido  
Con tres ó cuatro de su compañía,  
Fué del leal Quintero recibido  
Con mejor pecho quel traidor traía:  
Dió larga cuenta de lo sucedido,  
Mas no de la traición que pretendía,  
Porque si della vieran apariencia  
Fuera luego punida su demencia.

Pero con otra juvenil compañía,  
Veletas que se van tras cualquier viento,  
Facilitándoles esta hazaña  
Con grande prevención de juramento,  
El pérfido traidor se dió tal maña  
Que ganó votos y consentimiento,  
Pesando la graveza deste peso  
Con la balanza de su poco seso.

Y es consideración que nos admira  
Deste pobre mas pobre de aquel suelto,  
Que para tirar alto se retira  
De la seguridad del fiel cielo:  
Y al tiempo del tirar puso la mira  
En un blanco clavado con el cielo,  
Donde toda la fuerza de fortuna  
Para llegar es menos que ninguna.

Pero comunes son estos excesos  
En gente torpe cuando devanea,  
Adoptando principios y progresos  
Al desvanecimiento de su idea,  
Y que no serán menos los sucesos  
De como su juicio los tanteea;  
Y así sin prometerse mal remate  
Dió el Oyon en este disparate.

Veinte personas pues ya conjuradas  
Para la gran traición que se tramaba,  
Al Quintero le dió de puñaladas  
Y á los demás de quien se recelaba,  
Que no querían ir por las pisadas  
Del áspero camino que levaba,  
Teniendo cada cual libre su pecho  
De tan atroz, crúel y enorme hecho.

Mas ¿quién devisará cubierta brasa  
En la ceniza del traidor amigo,  
Que goza de mi mesa y de mi casa  
Y en gran conformidad tracta conmigo,  
Muestras sinceras, apariencia rasa,  
Y en las entrañas bosque de enemigo,  
De donde sale para hacer salto  
El con ardíd aleve, yo del fatto?

Muertos del pueblo pues los mas insines,  
A dos dellos por gran ruego destierra,  
Haciendo cuenta que por los confines  
Los matarian indios de la tierra:  
El uno fué Juan Lopez Paradines,  
Que con el otro por gente de guerra  
Pasaron, con notable detrimento,  
Desarmados y sin mantenimiento.

Debíó de ser divina providencia  
Desterrar estos dos el torpe ciego,  
Porque si Popayán sin advertencia  
Estuviera del pérfido ceteño,  
Estendírase mas esta dolencia  
Y fuera malo de matar el fuego;  
Pero guiólos la bondad inmensa  
Por mejor vía quel tirano piensa.

Pues aunque por montañas y breñales,  
Huyendo de caminos y de asiento  
Poblado de los bárbaros bestiales,  
Y sin pacífico conocimiento,  
Rotos, descalzos y con otros males,  
Fueron á Popayán en salvamento,  
Do publicaron la traición y modo,  
Con sobresalto general de todos.

Y así como negocio tan terrible  
No sufría prolijas dilaciones,  
Con la presteza que les fue posible  
Alistaron guerreras municiones,  
Y antes que la maldad fuese visible  
Avisaron cercanas poblaciones,  
Y con temor que á Popayán acuda,  
A Cali y Almáguer piden ayuda.

Cali, que con las mismas conyecturas  
Venir allí primero se recela,  
No le pareció bien quedar á obscuras  
Por dar al otro pueblo la candela;  
Los de Almáguer, aunque las nuevas duras  
Pedían mas posible de tutela,  
Enviaron por ser mas comedidos  
Doce vecinos, hombres escogidos.

Estos son: Luis Mideros, lusilano,  
Francisco Ruiz y Alvaro Gudino,  
Antonio de Guevara, toledano,  
Y Joanes de Gaviira, vizcaíno,  
Tamayo, Alonso Casco, trujillano,  
Martín Muñoz, de Ubeda vecino,  
Cosme de Torres, Pedro Galiciano,  
Gonzalo Gomez, Juan de Medellín,  
En caballos lozanos y lijeros,  
Y por su capitán Luís Mideros.

Llevaron paso bien apresurado,  
Y á la ciudad de Popayán venidos,  
Fueron del capitán Diego Delgado  
Y del cabildo muy bien recibidos;  
Fueron, segun el orden mas cursado,  
Oficios de la guerra proveídos,  
Que por los ignorar no los estampo:  
Solo sé ser Lobon maese de campo.

De los unos y otros hecha cuenta,  
Dispuestos á la cota y al almete,  
Hallaron cinco menos de setenta,  
Entrellos de caballo diez y siete,  
Que muchos en rigor de nias afrenta  
Sacaron bien la barba y el copete:  
Negros preparan, indios yanaconas,  
Demás del número destas personas.

Cada cual en su pueblo se velaba  
En las nocturnas horas y de día,  
Y el capitán Delgado procuraba,  
Con bárbaras espías que tenía,  
Saber del mal Oyon donde llegaba  
Para ver la derrota que seguía;  
Y de los indios de repartimientos  
Tenían los avisos por momentos.

Oyon desde que cortó la vital trama  
A los que conocía ser leales,  
El principe de libertad se llama,  
Siendo captivo de sus propios males:  
Y entre los herederos de su fama  
A su gusto nombró los oficiales;  
Y destes Diego Gomez de Casañas,  
Maese de campo fué de las marañas.

Hecha por él aquesta diligencia,  
En ese mismo punto determina  
Dar en los pueblos de menos potencia:  
Primero Neiba, por le ser vecina,  
Adonde por faltalle resistencia  
Y no ser destes males adevina,  
Mató los del cabildo y regimiento,  
Y los demás llevó que yo no cuento.

A Timaná llegó con sus soldados,  
Muchos sin voluntad destas pendencias,  
Adonde como estaban descuidados  
Usó de sus sangrientas ordenanzas:  
Los muertos no me fueron señalados  
Ni las particulares menudencias;  
Pero robó del rey caudales ciertos  
Y el oro de los vivos y los muertos.

Las armas recogió, y aquesto hecho,  
Allí tuvo de gente mas aumento,  
Que contra voluntad y á su despecho  
Metieron prenda de su perdimiento;  
A Popayán se fué luego derecho,  
Do siempre tuvo principal intento,

Porque subyectos estos á su mano,  
Pensaba lo demás tenello llano.

¡Oh vana presunción, consejos vanos,  
Y cuán preciso forma su balance  
En yerros tan pesados de livianos  
Que como tales ha de errar el lance!  
Pues aun á lo seguro y entre manos  
Apenas le podemos dar alcance,  
Y el mentecapto de conciencia loca  
Mide sucesos á pedir de boca.

Agora va feroz, bríoso, fuerte,  
Sin temor de contraste ni caída,  
Llevándolo su pernicioso suerte  
A los remates de la mala vida,  
Con afrentosa y abatida muerte,  
Segun él la tenía merecida,  
Corriendo mas dos años de la cuenta  
De los mil y quinientos y cincuenta.

Era venido ya don Juan de Ovalle,  
Obispo, natural de Mozonillo,  
A quien por su valor quisiera dalle  
Elogio que no fuera tan sencillo;  
Pero no será justo que se calle  
El haber sido principal caudillo  
En industrias, defensas y en arduos,  
Para desbaratar tiranas lides.

En todas ciencias fué varon entero  
Y en esto dió prudentes pareceres;  
Armóse de las hojas del acero,  
Y ansimismo con él todo su clero;  
Metieron en el templo las mujeres,  
Do con semblante de leon severo,  
Recogidas casadas y doncellas,  
A su cargo tomó la guarda dellas.

Llegaron pues á la ciudad pajiza,  
Aunque de tapias las deniás labores,  
Cuando la Santa Madre solemnia,  
Juntos los celestiales moradores,  
Y por los convertidos en ceniza  
Con pias oraciones da clamores;  
Adonde dar con claridad no quiso,  
Pensando que vivian sin aviso.

Quel gran peligro los hacia ciertos  
Ser luego los dos hombres desterrados,  
A manos de crüeles indios muertos,  
Y de otros no poder ser avisados:  
Estuvieron pues todos encubiertos  
En los cañaverales mas cerrados,  
Por asaltar el pueblo con obscuro,  
Suponiendo dormir sobre seguro.

Y en esto no llevaban malos tinos,  
A no ser su cautela conocida;  
Pero como tuviesen los vecinos  
Entera relacion de su venida,  
Fuera velaba gente los caminos,  
Y la del pueblo bien apercebida,  
Estando do recelan mas el rayo  
Un Francisco de Arévalo y Tamayo.

Estos dos en caballos principales,  
Con guerreros recatos y cautelas,  
Y metidos en ciertos matorrales  
Dos prontas y avisadas centinelas,  
Porque sintiéndose los destaleas  
Batiesen y arrimasen las espuelas  
A dar de la venida relaciones,  
A las ancas llevando los peones.

Y así, tendidas las nocturnas alas  
Y del sueño la dulce pesadumbre,  
Ausente de palacios y de salas  
El fuego material que les da lumbre,  
Salieron por su mal las gentes malas  
A hacer lo que tienen de costumbre:  
Eran setenta y cinco todos ellos,  
Y algunos van como de los cabellos.

Otros desde los piés á la garganta  
Cubiertos de la malla jacerina,  
Y á todos se aventaja y adelanta  
Arquel que para mal los encamina,  
Guarnido de una dura cuera de anta  
Encima puesta de la cota fina,

T. IV.

En las manos aguda partesana,  
Celada fuerte la cabeza vana.

No pudo caminar tan recatado  
Que de las velas no fuese sentido:  
Al pueblo se le dió luego mandado  
Tácitamente sin hacer ruido;  
Esperólos el capitán Delgado  
Dentro de la ciudad apercebido,  
Porque, por ser la noche tenebrosa,  
No cumplió que hiciesen otra cosa.

El pueblo todo se desembaraza  
No dejando persona divertida,  
Porque la nuestra y aun la gente baza  
En dos casas estaba recogida,  
Cuyas puertas salian á la plaza,  
Cada cual dellas cómoda guardada,  
Hechas por las paredes y aceras  
Para los arcabuces sus ironeras.

Estos, segun el orden que tenian,  
Fueron en sus lugares repartidos,  
Puestos de tal manera que podian  
Ofender sin poder ser ofendidos;  
Caballeros armados atendian  
En un zaguán secretos y abscondidos,  
Para tomarles las espaldas luego  
Que viesen comenzar el marcio juego.

Mas el efecto desto no se vido  
Puntualmente como se declara,  
Por cierto caballero mal sufrido  
Que llamaban Antonio de Guevara;  
Pues pareciéndole tiempo perdido  
El que después de vellos esperara,  
Quiso, sin que pasasen mas adentro,  
Salir con los jinetes al encuentro.

Y así, cuando llegaba ya cercana  
La turba ciega de los conjurados,  
«Aquí estamos, les dijo, no sin gana  
De ver vuestros remates desastrados:  
¡Oh miserables, que venis por lana  
Adonde seréis presto trasquilados,  
Divisos de los cuerpos vuestros cuellos,  
Porque caigan de golpe los cabellos!»

Estos requieghros del leal jinete  
Apenas percibieron los oídos,  
Cuando bando traidor les acomete  
Y fueron del leal acometidos;  
Pero los cinco destos diez y siete,  
De pálido temor siendo rendidos,  
Desparecieron como flaca paja  
Que violenta furia desparpaja.

Sus nombres no se ponen en historia,  
Por no decillos quien los conocia;  
Pero yo hiciera dellas la memoria  
Que su bajeza grande merecía,  
Para que con razon fuera notoria  
A la posteridad su villanía:  
Quedaron pues los doce sin delicto  
En la tribulación y en el conflicto.

Estos con los caballos van rompiendo  
Haciendo lo posible como buenos,  
Los pocos á los muchos retrayendo,  
Y los muchos á veces á los menos,  
Heridas dando, golpes recibiendo,  
Que les hacian detener los frenos;  
Pero volvian al sangriento trato,  
Y en esto consumieron largo rato.

Hasta que los tiranos encendidos  
En escuadron cerrado revolviéron,  
Juzgando los leales por perdidos,  
Segun el poco número sintieron;  
Con la cual furia fueron retraidos  
Al patio de la casa do salieron,  
Y á pié, con buenas armas enastadas,  
Con gran valor defienden las entradas.

Crecen las temerarias confusiones  
Y voces del Oyon que los anima,  
El cual, reconociendo ser varones  
Con quien combaten de valor y estima,  
Subió por la pared con intenciones  
De solo se meter en el esgrima,

Para que dentro él y en la reyerta  
Los de fuera ganasen esta puerta.

Mas Juan de Medellin, como cercana  
Persona que lo vió y el ardid siente,  
Le dió tal golpe con la partesana  
Que lo precipitó galanamente:  
Espaldas tocan á la tierra llana,  
Y mejoró los pies incontinentemente,  
Maldiciéndose á si y á sus bellacos  
Por mostrarse tan flojos y tan flacos.

A la puerta revuelve con los bríos  
Que pudiera llevar liera serpiente,  
Diciéndoles: «Aquí, soldados míos,  
Aquí y á ellos, porque no son veinte.»  
Tamayo dice: «Vuestros desvarios  
Os ponen esas cosas en la frente:  
Llega con vuestro loco pensamiento,  
Y pareceros han los pocos ciento.»

Durante la borrasca, que fué brava,  
Uno de la tiránica cuadrilla  
Sacó arpon agudo del aljaba  
Para se valer dél en la rencilla,  
Y á Francisco de Arévalo le clava  
Por el siniestro lado la mejilla:  
Cayó del golpe luego quasi muerto,  
Dejándoles el paso mas abierto.

Porque los once, con el sobresalto,  
Aflojaron en alguna manera,  
Y entonces el Oyon de un solo salto  
En el umbral se puso, mas cualquiera  
De los otros allí no quedó falto  
De fuerte hrio por echallo fuera,  
Lo cual se hizo con ardor terrible,  
Haciendo todos mas que lo posible.

Huye la cobardía y el desmayo,  
Segun necesidad les aconseja;  
Y entonces al Vicente de Tamayo,  
Que á los hercúleos golpes se empareja  
Con el impulso de sulfúreo rayo,  
Los tiranos le dieron en la ceja:  
No le quedaron ambos ojos llenos,  
Pues que lo vemos hoy con uno menos.

A Antonio de Guevara, que lozano  
Allí se muestra con un afabarda,  
Le llevaron un dedo de la mano  
Con duro globo de la masa parda;  
El número de nueve quedó sano  
Y con ellos Guevara hizo guarda  
De tal manera, que aunque dan en ellos,  
Poderosos no son para rompellos.

Mas ya muchos estaban mal heridos  
Por los demás leales, que al seguro  
Del lugar donde estaban abscondidos  
No yerran á los bultos con obscuro:  
Halláronse confusos y perdidos,  
Y así huyendo deste trance duro,  
Acuerdan todos en el mismo punto  
Entrar en un solar que estaba junto.

Para ver si de dentro se podría  
A los heridos dar alguna cura,  
La cual su grave yerro no sufriría  
Por ser mal incurable tal locura:  
Consultaban también qué se haría  
Acerca de buscar parte segura,  
Creuyendo ya de la leal potencia  
No quererse poner en contingencia.

Antes piensan que lo que se dilata  
De tiempo todos estarían quedos,  
Mandándoles hacer puente de plata,  
Acobardados con villanos miedos;  
No mirando cuán presto desbarata  
La justicia de Dios falsos enredos,  
Y que quien sobre vanidad estriba  
Cae, pues ella misma lo derriba.

Conformes en aqueste desvario,  
Que no les costó menos que las vidas,  
Encendieron un pequeño buñío  
Para ver con su lumbre las heridas:  
Los leales, que no largo desvió  
Estaban, viendo lumbres encendidas,

Salieron todos, y el Diego Delgado  
Mandó tomar la puerta del cercaño.

Por indios de macanas y flecheros  
Ansímismo la cuadra se rodea,  
Que por los transparentes agujeros  
Sus flechas cada cual dellos emplea,  
Porque los fuegos altos y lijeros  
Les descubrieran la caterva fea;  
De suerte que los miserios tiranos  
La pena se tomaron con sus manos.

Por cuya causa, de la parte rasa  
Do la fuerza del fuego convertía  
Los edificios pálidos en brasa,  
Se desvió la torpe compañía  
Para se defender en otra casa  
Mayor, que dentro del solar habia;  
Y así se recogieron tras paredes,  
Que fué dar de los lazos en las redes.

Como dará cualquier que se menea  
A caso feo de lealtad extraño;  
Y aunque le venga de lo que desea  
Algun gusto, será para mas daño:  
Pues está claro que lo que tantea  
Con propios desengaños es engaño,  
Y al fin ha de venir á pagadero,  
Segun aquestos, cuyo fin espero.

Los cuales, como dentro se metiesen,  
El Delgado tomó la puerta luego  
Con los demás, diciendo que se diesen  
Y se dejasen del intento ciego;  
Porque si su defensa pretendiesen  
Al aposento le ponian fuego,  
Donde ellos con sus pérdidas motivos  
Habian de morir quemados vivos.

Con aquesto cesó la resistencia,  
Diciendo: «Por amor de Dios rogamos  
Useis en este caso de clemencia,  
Porque como católicos muramos  
Con sacramento de la penitencia,  
El cual pedimos y este deseamos:  
Que ya todos los mas en los extremos  
Estamos, de heridas que tenemos.»

A tiempo lo pidieron oportuno  
Para se redimir de llamas vivas;  
Y todos los leales de consuno  
Admitieron aquellas rogativas,  
Mandándoles que salgan uno á uno  
Sin armas defensivas ni ofensivas;  
Porque sin falta se les dará gusto  
Cerca de lo que piden, por ser justo.

Salieron su locura maldiciendo  
Y del movedor della blasfemando,  
E uno á uno como van saliendo  
Los iban en cadenas enlazando:  
Unos lamentan, otros van gimiendo,  
Su desastrado fin adivinando,  
Porque crimen tan feo y tan atroce  
Pedia ser mortifera la coce.

Después que fueron bien aprisionados,  
Así los sanos como los heridos,  
Ya por los bajos valles y collados  
Iban febeos rayos estendidos,  
Y á punto sacerdotes convocados  
Que para culpas abran los oídos,  
Y para los delitos manifiestos  
Ejecutores ansímismo prestos.

Al Oyon y otros tres hicieron cuartos,  
Como culpados mas en los escesos;  
Cuelgan catorce de ásperos espartos,  
Sin gastarse papel en los procesos;  
Manos y piés también cortaron hartos  
De los que constó ser menos aviesos:  
Y los otros á penas mas lijeras,  
Azotes ó destierros, y á galeras.

Antes que al Alvaro de Oyon se diera  
Aquel castigo, de su culpa dino,  
Demandó de comer, como si fuera  
De menos pesadumbre su camino;  
Y así comió y bebió la vez postrera,  
Siempre con un esfuerzo peregrino,

Que por ventura fué mas de valiente,  
Que de bien preparado penitente.

Y al tiempo de sus justas puniciones  
En él notaron una cosa dina  
De no se nos pasar entre renglones,  
Por ser á lo que creo peregrina:  
Cerdas de mas rigor que de lechones,  
Nativas en la vía de la urina,  
Algo larguillas, y de tal manera  
Que buen espacio le salian fuera.

Estos fueron los fines y remates  
Desta caterva loca sediciosa,  
Que quiso de antiparas y alpagates  
Investirse de ropa mas costosa;  
Pero los semejantes disparates  
No vienen á parar en otra cosa;  
Y aun no bastaron muertes y tormentos  
Para refrenar furias de otros vientos.

Porque después, algunos desterrados  
Que en lo de Francisco Fernandez fueron  
Al tiempo que se rebeló culpados,  
A la ciudad de Popayán vinieron,  
Adonde, como mal acostumbrados,  
Alzarse con la tierra presumieron:  
Daré pues relacion deste dilate  
En cauto con que todo se remate.

### CANTO UNDECIMO.

Bonile se da conclusion á la historia de lo sucedido en la gobernanion de Popayán hasta el tiempo presente, y se da cuenta de cierto alzamiento que allí se intentó por algunos soldados que vinieron desterrados de Pirú, quando se rebeló Francisco Fernandez Giron en el Cuzco.

Las malas mañas y costumbres viejas  
Raras veces las vemos con enmienda:  
Cortan á los ladrones las orejas,  
Porque la punicion les ponga rienda;  
Mas aunque mudan sueto las vulpejas,  
No pierden las astucias y vivienda,  
Hasta tanto que ya su vivir malo  
Hace dejacion dellas en el palo.

Para verificar como parece  
Ser aqueste su fin y paradero,  
Otro rebelion se nos ofrece  
No menos mal fundado quel primero,  
Adonde lo de Popayán fenece  
Por ser de su terreno lo postrero,  
Cuya revolucion y desatino  
Este canto dirá de dónde vino.

Midiendo ya la celestial espira  
Años cincuenta y cinco de la era  
Sobre mil y quinientos donde tira  
El cómputo de cuenta verdadera,  
Un Francisco Fernandez Giron gira  
Los pasos llanos de leal carrera,  
A precipicio cuya dependencia  
Le dió traidor renombre por herencia.

Este con los demás colaterales  
Fueron para Pirú nocivo rayo,  
Hasta tanto que buenos y leales  
Rompiéron los girones deste sayo;  
Y en penas y castigos de sus males  
Padecieron mortífero desmayo,  
Y los de menos prendas en el yerro  
De Pirú condenados á destierro.

Quitados los troncones de la roza,  
Fueron en el destierro compañeros  
Mateo del Saz y Pedro de Mendoza,  
Pedro de Villagrán, Castro, Riveros,  
Barroso, Orquíjo y otra gente moza  
Culpados en los dichos desafueros,  
Que para Popayán alzaron faldas  
Algunos santiguadas las espaldas,

Disimuladas bien con perpiñanes,  
Galanos y honoríficos vestidos;  
Y como fuesen diestros charlatanes,  
Fanfarrones y muy entremetidos,  
Ganaron lado de los capitanes  
En Cali y Popayán en mas tenidos,  
Como digamos Fuen Mayor, Florencio,  
Serrano y Diego de Villavicencio.

Algunos destes Fuen Mayor tenia  
Y el buen Villavicencio en su posada,  
Con liberalidad y cortesía,  
Como si fuera gente mas granada;  
Mas no ganaron en la mercancía,  
Antes perdieron por estar dañada,  
Su crédito quedando de menguante  
Segun declararemos adelante.

En aquesta sazón era venido  
A gobernar la tierra deste fuero  
Un Luis de Guzmán, hombre rompido,  
Valiente y honoroso caballero,  
De semejante mal inadvertido,  
En todo lo demás vivo y entero,  
Con buenas prevenciones y recato,  
Mas sin sospecha del tirano trato.

Y ninguno creyera ser tan loca  
Conjuracion y tan desvanecida,  
Que guiara camino por la roca  
Do ya se lastimó con gran caída,  
Siendo también esta caterva poca  
Y en pueblos diferentes dividida,  
Pues eran hasta diez los desterrados  
En Popayán y Cali separados.

Y si tenían otros por escudo,  
Segun alguna gente presumia,  
Dicen que hasta hoy nunca se pudo  
Averiguar la tal algarabía;  
Al fin ellos querian dar de agudo  
En ambos pueblos en un mismo día,  
Y al Guzmán y á los hombres de mas suerte  
Hacer entrega dellos á la muerte.

Destos era, segun se supo claro  
Después de descubierta la celada,  
Un Pedro Lopez Patiño de Haro,  
Persona principal y señalada,  
En lealtad y valentía raro,  
Y al capitán Alonso Fuenlabrada,  
Y entrellos á Henaó, maescuela,  
Diestro para belfgera tutela.

Y otros algunos mas que yo no cuento,  
Porque reconocian ser varones  
Que podrian poner impedimento  
A las desvergonzadas intenciones;  
De los demás tenían pensamiento  
Forzállos á seguir sus opiniones,  
Mas todos ellos perecieran antes  
Que dar favor á tractos semejantes.

Saliendo bien deste primer conflicto,  
Sin que contraria mano les óprima,  
Pensaban de vuelta dar en Quito  
Y subyectar á la ciudad de Lima,  
Adonde hallarian infinito  
Número de baldíos que se arrima  
A lo que pide su bestial deseo,  
Sin consideracion y sin tanteo.

Y á tal extremo llega de locura  
El insensato que se desvaneece,  
Que ya por infalible conyectura  
Tenian esta, porque les parece  
Ser cómoda sazón y coyuntura  
La que lo sucedido les ofrece  
En Pirú, por haber en sus concetos  
Cantidad de discípulos secretos.

¡Oh vana presuncion y sin aviso  
Del ágil y continuo movimiento,  
Donde siempre se ve que de improviso  
Suele calmar tempestuoso viento,  
Y en el acuerdo nuestro mas preciso  
Defraudado quedar el pensamiento:  
Y así pocos intentos, segun creo,  
Suceden á medida del deseo.

Fué pues la máquina que se levanta  
En el cerebro desta pestilencia,  
En tiempo sancto que la Madre Santa  
Tiene dicado para penitencia,  
Después un año del que ya se canta  
Que fueron desterrados por sentencia;  
Y el salto concertaron entre tanto  
Que se disciplinaban, Jueves Santo.

Para mejor urdir aquesta trama  
Y por tal ocasion andar armados,  
Con falsa relacion echaron fama  
Estar los naturales rebelados:  
Esta con tal astucia se derrama,  
Que puso por allí nuevos cuidados,  
Y en efecto por darse buena maña  
Hicieron ser creible la patraña.

Mas el astucia para su mal hecho  
Y el orden que tenían concertado,  
A los vecinos fué de gran provecho,  
Por andar todos ellos á recado;  
Y aun la malicia del tirano pecho  
Se habia no sé cómo rezumado  
Por clérigo quel caso representa,  
Y á Vicente Tamayo le dió cuenta.

Diciéndole: « Señor, vivid alerta  
Para la gran maldad que se recela,  
Porque si no, sin duda será muerto  
Con otros vuestro hermano maescueta:  
Hase por ciertas vias descubierta  
Traición que yo no tengo por novela,  
Y hay gran necesidad que se provea  
A lo que puede ser, antes que sea. »

Esto fué en Cali, do visitaba  
Entonces el obispo ya nombrado,  
Y el Lúis de Guzmán también estaba  
Allí, ni mas ni menos ocupado;  
Tamayo, puesto caso que de brava  
Enfermedad se via fatigado,  
Tomó las armas y saltó del lecho,  
Y al buen gobernador se fué derecho.

Diciéndole: « Señor, como doliente  
Traigo harta mas cólera que flemma,  
Por otro mal que tiene de presente  
De se curar necesidad estrema,  
Primero que la hinchazon revienta  
Y á sanos inflicione su postema,  
Porque esta noche santa se desmanda  
A duro susabor rebelde banda.

« Conviene que vivamos advertidos,  
Listos el arcabuz, caballo y lanza,  
De todas armas bien apercebidos  
Hombres de quien se tenga confianza,  
Porque si fuéremos acometidos  
Toméis á vuestro gusto la venganza,  
Y para descubrir esta demencia  
Se haga la posible diligencia. »

Guzmán que por el gran César Augusto  
Mandaba, dió respuesta comedita,  
Diciendo: « Señalad á vuestro gusto  
Personas que aseguren la partida,  
Pues es lo que pedis negocio justo,  
Y en ello no va menos que la vida:  
Apercibirlos beis, y sin embargo  
Las diligencias quedan á mi cargo. »

Al capitán Patiño luego vino  
A le notificar el embajada  
Con Alvaro Patiño su sobrino,  
Y al Alonso también de Fuenlabrada,  
Y á un Alonso Flores, hombre dino  
De confiar el caso de su espada,  
Y Alonso Ramos y Alonso Burgueño,  
Alonsos todos, pero no con sueño.

Porque, con otros bien aderezados,  
Tal orden dieron en las procesiones,  
Que no pudieron dar los conjurados  
Efectos á sus malas intenciones;  
Pero firmes en ellas y obstinados  
Esperan adaptadas ocasiones,  
Sabiendo bien disimular el ascua  
Hasta llegar primer día de Pascua.

Entonces, los oficios comenzaron,  
Y cada cual con su mujer ó hijo  
Dentro del santo templo congregados,  
Entraron so color de regocijo  
Con breve compañía de soldados  
El Villagrán, Mendoza, y el Orquijo,  
Arcabuces cargados, vivas mechas,  
Y de sulfúreo polvo cargas hechas.

Alegres muestras, pero de malinos  
Intentos, sediciosos y profanos,  
Que no ganaran en los desatinos  
Si comenzaran hechos inhumanos,  
Por estar bien armados los vecinos  
Y copia de arcabuces en las manos;  
Y así con apariencias sencillas  
Ante el altar hincaron las rodillas.

Después les dieron cortesaneamente  
Las buenas Pascuas, como por cobechos,  
Mostrándoles el rostro diferente  
De aquello que tenían en los pechos:  
Pretenden luego dividir la gente  
Para mejor efectuar sus hechos,  
Manifestando cartas fementidas,  
Diciendo ser de Popayán venidas.

Y lo que contenian en substancia  
Era decir tenellos apretados  
Caciques que con fuerza y arrogancia  
Acometieron por diversos lados,  
Y que los tambos de cualquier estancia  
Tenian destruidos y asolados,  
Con tal color y tanta menudencia  
Que de verdad traian apariencia.

Consultaron lo que hacer se puede  
Sin saltar del buen término la raya,  
Porque podria ser, como sucede,  
Que en la resolucioñ engañañ haya:  
Y así conciertan que Guzmán se quede  
Y el obispo con solos veinte vaya;  
Y el negocio salido por entero  
A las voladas venga mensajero.

Partióse luego con aquella gento  
Que señalaron para compañía,  
Vicente de Tamayo juntamente  
Quel número de veinte concluia:  
A Popayán llegados, ven patente  
Ser falso todo lo que se decia,  
Y así con relacion de lo que consta  
Enviaron á Cali por la posta;

Do Fuen Mayor, por término discreto,  
Antes de levantarse mayor llama,  
Al Lúis de Guzmán en gran secreto  
Fué descubriendo hilos de la trama,  
De lo cual resultó quedar subyeto  
A sospechas tocantes á su fama,  
Y él y Villavicencio de sus puestos  
En alguna manera descompuestos.

Por regalar aquella picardia  
Bergantisca de mozos inquietos  
En sus moradas, con intencion pia  
O por otros magníficos respetos;  
Mas al fin de la mala compañía  
No podian nacer otros efectos,  
Y así por imputalles la malicia  
Les convino purgarse por justicia.

Sabida pues la pérdida maraña  
Y tractos desta máquina traidora,  
Y visto cómo muchas veces daña  
En semejantes casos la demora,  
El Lúis de Guzmán se dió tal maña,  
Que se perdieron dentro de una hora,  
Poniéndoles prision cual convenia,  
Y guardas que los velen noche y día.

Y al mismo Fuen Mayor le dió recados  
Para que á Popayán luego se parta  
A recoger los otros encartados,  
De quien él mismo dió noticia harta:  
Cumplió con su deber, y de culpados  
A Cali trajo razonable harta,  
Que decian: « Alonso, buen alhaja,  
Encima nos echastes la baraja. »

Y otras desenfrenadas demasias,  
Cuyo son lastimaba sus orejas,  
Porque le dicen: « ¿ Cómo te desvias,  
Siendo zorro mayor, de las vulpejas,  
Habiendo solo tres ó cuatro días  
Que corrias con ellas las parejas?  
Debió de ser que por algun espanto  
Te hizo la Semana Santa, santo. »

Pero costumbres son de los bestiales,  
 Por barajar el juego del castigo,  
 Encartar á los hombres principales  
 Pensando por allí ballar abrigo:  
 Lo mismo fué lo destos desleales,  
 Poniéndole la mácula que digo,  
 Porque después en la real audiencia  
 Quedó libre del caso por sentencia.

Al fin, llegado con oprobios hartos  
 A Cali con los cómplices del yerro,  
 Pedro de Villagrán fué hecho cuartos,  
 Y á su cabeza dan jaula de hierro:  
 Algunos estiraron los espartos,  
 Y otros se condenaron a destierro,  
 Embarcándolos con guarda segura  
 En el puerto de la Buenaventura.

Adonde residia de presente  
 Por alcalde mayor destos ancones  
 Un Nicolás Blandon, mozo valiente,  
 A quien los entregaron con prisiones;  
 Y sobre los tractar ásperamente  
 Orquijo le habló malas razones,  
 Y con su cólera, que fué postrera,  
 Tiróle con un zueco de madera.

Abajóse Blandon en el instante,  
 Pasó por alto, mas do se endereza  
 El golpe topó cierto mareante  
 Que de los dos distaba breve pieza,  
 Y el misero, de tal fin ignorante,  
 Cayó, hecha pedazos la cabeza:  
 El Blandon revolvió, manos armadas,  
 Y al Orquijo le dió de puñaladas.

Ejecutada la severa pena  
 En el Orquijo por su desconcierto,  
 Luego hizo Blandon probanza llena  
 Con los que se hallaron en el puerto:  
 Sustanciada la causa, lo condena  
 A muerte corporal, después de muerto,  
 Haciéndolo colgar en un madero  
 Por traidor y con voz deregonero.

Ansí que, para proseguir su via  
 No hubo menester matalotaje;  
 Y aun el Blandon, con blanda cortesía,  
 No consintió pagase carcelaje;  
 Mas embarcó la otra compañía,  
 Y á Panamá hicieron su viaje,  
 La cual, segun sus términos ruines,  
 No debió de tener mejores fines.

Y aunque la causa fué después reñida  
 Cuando del cargo fué residenciado,  
 Al fin Orquijo se quedó sin vida,  
 Y el Blandon no por eso castigado.  
 Con esto será bien que me despida  
 De lo de Popayán, pues he tractado  
 Los negocios que son de mas substancia:  
 Supla verdad la falta de elegancia.

Dejamos de decir en sus lugares  
 Cómo también etíopes süeces,  
 De que hoy en las minas hay millares,  
 Allí se rebelaron por dos veces;  
 Pero con los castigos ejemplares  
 Tienen tan gran temor á sus jüeces,  
 Que ya ninguno del trabajo huye,  
 Y el mio con aquesto se concluye.

Mi voluntad reciban los presentes  
 Hoy reservados de mortal yactura,  
 Y agradezcanmelo los descendientes  
 De los que cubre ya la sepultura;  
 Y si varones diestros y valientes  
 Quedan sin se poner en escriptura,  
 La culpa tienen destas sinrazones  
 Aquellos que me dan las relaciones.

Que bien quisiera yo ser coronista  
 Dellos, por dalles nombre sempiterno;  
 Mas ya sólo me resta hacer lista,  
 Para dar conclusion á mi cuaderno,  
 De los que comenzada la conquista  
 A su cargo tuvieron el gobierno,  
 O señalados por real presencia,  
 O nombrados acá por el audiencia.

## CATALOGO

de los gobernadores de Popayán, y cuasi epilogo de lo  
 contenido en su historia.

## EN METROS SUELTOS.

Don Sebastián de Benalcázar vino  
 Por el marqués don Francisco Pizarro;  
 Este con mas altivo pensamiento  
 Quiso hacer cabeza de su juego  
 En la tierra que habia descubierto,  
 Y al gran emperador don Carlos Quinto  
 Della pedir el adelantamiento.

Con estas intenciones resolutas  
 Partió para Castilla, y entre tanto  
 Llegó de Lima Lorenzo de Aldana  
 A tomar el gobierno por Pizarro,  
 Que sus propósitos adivinaba.  
 Aldana, removiendo los jüeces,  
 Puso por el marqués otros tenientes,  
 Cabildos y justicias, y esto hecho  
 A Pirú se volvió para dar cuenta  
 De cómo lo dejaba todo llano  
 Y en obediencia suya los vecinos.

Poco después un Pascual de Andagoya,  
 Que fué del Rio de San Juan nombrado  
 Gobernador, entró violentamente  
 En Popayán, diciendo ser aquello  
 De la gobernacion que le fué dada:  
 Y fué de todos los conquistadores  
 Por tal gobernador obedecido.

Benalcázar volvió con el gobierno  
 E título y honor de adelantado,  
 El cual fué con aplauso recibido  
 De todos ellos, porque le tenían  
 Amor sincero, claro y entrañable,  
 Y al Pascual de Andagoya prendió luego  
 Haciendo diligencias en el caso.

A la sazón llegó Vaca de Castro  
 Que lo mandó soltar de las prisiones  
 Como jüez superior en mando,  
 Llevándolo con otras compañías  
 A reinos de Pirú, do sospechaba  
 Habello menester para la guerra  
 Que por la muerte del marqués Pizarro  
 Esperaba tener, como la tuvo,  
 Con el mestizo don Diego de Almagro.

Pasados años, Blasco Nuñez Vela,  
 Estando por virey de aquellos reinos,  
 Habiendo padecido duros trances,  
 A Popayán se vino retrayendo;  
 Y para revolver contra rebeldes  
 Llevó con otros muchos valerosos  
 A Benalcázar en su compañía.

Estando Benalcázar ocupado  
 En servir al virey, llegó de España  
 Un licenciado dicho Miguel Diaz  
 De Armendariz, que trajo por gobierno  
 El reino y otras tres gobernaciones,  
 Que la de Popayán una fué dellas,  
 Adonde desde la de Cartagena  
 Jorge Robledo vino por teniente,  
 Que el dicho Miguel Diaz enviaba,  
 Como quien lo tenia por amigo,  
 Porque vinieron de Castilla juntos,  
 El Robledo por mariscal nombrado  
 Desta gobernacion, donde antes era  
 Capitán por el dicho Benalcázar;  
 Do resultó querer correr parejas  
 Con él, y al rey pedir otro gobierno  
 De los pueblitos que por el Benalcázar  
 El Robledo fundó, segun se dijo  
 En el proceso largo desta historia;  
 Pero faltando la correspondencia  
 Del consejo real á su deseo,  
 Contentóse con la mariscalía.

Llegado pues Robledo donde digo,  
 Desvaneciése con los nuevos cargos,

Enhestándose sobre los estribos  
 Con mas soltura que le convenia  
 Para pasar seguro la carrera,  
 Pensando por ventura ser ya muerto  
 Benalcázar en aquella batalla,  
 Donde el virey murió, cerca de Quito;  
 Mas no le sucedió como pensaba,  
 Pues vino Benalcázar, y en llegando  
 Dió sobrel mariscal Jorge Robledo,  
 Y de sus insolencias hecho cargo,  
 Quitóle de los hombros la cabeza.

Vino después contra los rebelados  
 Que mataron á Blasco Nuñez Vela,  
 El cuerdo licenciado Pedro Gasca,  
 Y á Benalcázar manda que le siga  
 Con gente y armas, para dar batalla  
 A los culpados en el alzamiento:  
 Cumplió con diligencia su mandado,  
 Hallándose con él en el conflicto  
 Do Gonzalo Pizarro finé vencido.

Dado ya fin á la sangrienta guerra,  
 Volvióse Benalcázar á su casa,  
 Y muy poco después de su venida  
 Llegó para tomalle residencia  
 El licenciado Francisco Bricieño:  
 Procedió contra él, y dió sentencia  
 De muerte por tres veces, y convino  
 Con el apelacion ir á Castilla;  
 Y en el camino dió fin á sus dias  
 Dentro de la ciudad de Cartagena.

Quedó Bricieño por algunos meses  
 Aquella nueva tierra gobernando,  
 Y puestas las justicias de su mano,  
 Al nuevo reino de Granada vino  
 Al uso del oficio que traía,  
 Por ser oidor de la real audiencia,  
 Donde también lo era Juan Montaña:  
 El cual sabiendo los rebeliones  
 Que de Alvaro de Oyon hemos contado,  
 Fué proveido para que viniese  
 A deshacer la máquina traidora;  
 Pero cuando llegó con este mando  
 Estaban los tiranos ya deshechos.

En este medio tiempo, nuestro César,  
 Sabiendo ser ya muerto Benalcázar,  
 Hizo gobernador un caballero  
 Que se decía Garcia de Bustos,  
 Al cual, viniendo por neptunas ondas,  
 Consumieron las llamas de Vulcano,  
 Y así nunca gozó deste gobierno.

Hallando pues Montaña ya quieta  
 La tierra y el tirano castigado,  
 Volvióse con la gente que llevaba  
 A la real audiencia, donde hizo  
 (Entre tanto quel rey lo provea)  
 Dar el gobierno á un hermano suyo,  
 Dicho Pedro Escudero Herrezuelo.

Y viniendo de España proveido  
 Un fulano Ceron, tampoco tuvo  
 Ventura de llegar donde quería,  
 Porque metiendo paz en las Canarias,  
 Le dieron una mala cuchillada  
 Que le quitó los dias de la vida.

Fué por la muerte deste proveida  
 Por la real audlencia deste reino  
 La gobernacion á Pedro Fernandez  
 De Bustos, que después por el consejo  
 De Indias otra vez se le dió cargo  
 Della, y en breve tiempo mejorado  
 En la gobernacion de Cartagena.

Y á la de Popayán fué proveido  
 Luego Diego Garcia de Paredes,  
 Que queriendo venir por Venezuela,  
 Fué muerto por los indios de Caracas,  
 No sin descuido del entendimiento,  
 Segun vereis en la segunda parte,  
 Adonde tracté dél mas largamente.

La real Majestad, por muerte suya,  
 A Luis de Guzmán le dió la suerte,  
 Un caballero de Guadalajara,  
 Hombre de gran valor y limpia vida,  
 A quien después el rey por mejoría

Dió la de Panamá, donde la parca,  
 Hechas las diligencias de cristiano,  
 Cortó los hilos de la vital trama,  
 Con gran dolor de los que lo perdieron.

Vino después Francisco de Mosquera  
 Por la audiencia de Quito proveido,  
 El cual en Popayán es hoy vecino.  
 Pero después la deste nuevo reino  
 A su fiscal Valverde le dió cargo  
 De aquel gobierno, donde fué subiendo  
 A mas altos honores, pues ha sido  
 En diferentes partes presidente.

Don Pedro de Agreda por este tiempo  
 De Castilla llegó con el gobierno,  
 No sé deciros si después ó antes,  
 Pero bien entendemos haber sido  
 A todos apacible caballero.

Después dél fué Garcia de Gamarra,  
 Hoy morador en la ciudad de Pasto,  
 Por provision desta real audiencia  
 En el dicho gobierno colocado.

En aquesta sazón llegó don Alvaro  
 De Mendoza, del hábito de Alcántara,  
 El cual casó durante su gobierno  
 Con su bella mujer doña Jordana,  
 A quien da vasallaje Cajamalca,  
 En reinos de Pirú, donde hoy reside:  
 En aquel tiempo que este caballero  
 En lo de Popayán tenia mando,  
 En tierra de los paecces immites  
 Pasaron cosas que por ser notables  
 Habré de fatigar manos y pluma  
 Para las celebrar, pues son indignas  
 De las obscuridades del silencio:  
 Y será necesario que tomemos  
 Esta carrera desde su principio,  
 Diciendo la substancia solamente.

El año de sesenta y dos corria  
 Cuando pidió de Paez la conquista  
 Un Domingo Lozano, que vecino  
 Fué deste Nuevo Reino, do tenia  
 Mediana suerte con que sustentarse;  
 Pero la condicion de los humanos  
 Como las menos veces se es contente  
 Con una moderada pasada,  
 A fama de los prósperos veneros,  
 Auríferas quebradas y riberas  
 Vistas por muchos en aquel terreno,  
 Salió de su reposo, con conducta  
 De capitán y número de gente,  
 Para fundar ciudad en aquel suelo  
 Que de ninguno pudo ser domado;  
 Y allí llegado con el aparato  
 De gente y armas que le fué posible,  
 De tal manera fué la resistencia  
 Y obstinacion del bárbaro gentío,  
 Acometiéndoles á todas horas,  
 Sin dalles un momento de sosiego,  
 Que con algunos españoles menos  
 Dejaron la conquista principiada  
 Y á los indios lozanos y soberbios.

Pasáronse después algunos años,  
 Y el Domingo Lozano todavia  
 De revolver sobrellos deseo,  
 Así por el honor de su persona  
 Como por lo demás que pretendia,  
 Entró segunda vez, que no debiera,  
 Con ochenta soldados muy bien puestos  
 Y no pequeña copia de ganado  
 De vacas y de puercos y de yeguas,  
 Y los demás petrechos necesarios,  
 Para hacer morada permanente  
 Y restaurar la pérdida pasada  
 O morir en aquella su demanda,  
 Como le sucedió, mas por descuido  
 Y menosprecio que por cohardia;  
 Pues que como caudillo diligente,  
 Con esta breve copia de guerreros  
 Contrastaba los ímpetus terribles  
 Desta nacion crüel, nunca rendida,  
 Sin aliojar en tan dudosa guerra,  
 Cuyas prolijidades quebrantarán



La mas firme constancia y osadía,  
Porque fué de mas tiempo la distancia  
Que la de los argivos y troyanos,  
Con mil encuentros de sucesos varios  
Y trances de reciprocas victorias.  
Pero de tal manera, que los indios  
Con su ferocidad no fueron parte  
Para que los fortisimos iberos  
Desamparasen los lugurios hechos,  
Y un razonable fuerte que de tapias,  
Con grandes sobresaltos y rebatos,  
En la nueva ciudad habian hecho.

Viendo los indios pues esta constancia,  
Y cómo en doce años de conquista  
Nunca jamás hicieron mudamiento,  
Antes con mas hervor y diligencia  
Se mejoraban en los aposentos,  
Salieron de paz ciertos caciques,  
Y dieron subyeccion mal entendida,  
Los cuales convocaron otros muchos  
Que con gran humildad daban servicio  
Y todo lo demás que les pedían,  
Segun y como tienen de costumbre  
Los bárbaros domados y quietos;  
Y en esta subyeccion permanecieron  
Algunos dias, siempre deseando  
Hallar dispusicion acomodada  
Para poder hacer algun buen salto.

El Domingo Lozano, como viese  
Estas esteriorez apariencias,  
Creendo ser la causa porque estaban  
Ya quebrantados de tan larga guerra,  
Procuró luego de coger el fruto  
De sus trabajos, y los ricos granos  
Que las doradas venas producian,  
Con mayor libertad y mas á gusto  
Que solian en otro tiempo, cuando  
Eran ratos hurtados y medrosos  
Los que en los minerales se gastaban:  
Y así se hizo luego rancheria  
Donde se recogiesen españoles  
Y los indios y negros que labraban  
Las vetas y veneros caudalosos,  
Cuya prosperidad, si les durara,  
Fuera mas que bastante recompensa  
A riesgos y trabajos padecidos;  
Y así para que con seguridades  
Gozasen desta grata granjeria,  
Se repartieron en iguales partes  
Unos en la ciudad que la guardaban,  
Y otros para defensa de las minas:  
En las cuales el Domingo Lozano  
Con los demás soldados asistia,  
E un Alonso de Arce, sevillano,  
Soldado de los viejos de Antioquia,  
Que tuvo siempre mala confianza,  
Y no sentia bien de la blandura  
Desta dura nación; y no fué vana  
Aquella presuncion con que vivia,  
Pues habiendo gastádose dos meses  
En recoger gran cantidad de oro  
Con la solicitud de las bateas,  
Una bárbara del Alonso de Arce,  
Que lo queria bien segun parece,  
En gran secreto le habló diciendo:

«Aquesta noche se nos apareja  
Grave calamidad y pesadumbre,  
Segun me certifica cierta vieja.

»La cual vió que bajaba de la cumbre  
Con lanzas y macanas y con flechas  
De bárbaros erécida muchedumbre.

»Tomad las armas y encended las mechas,  
Y guarde cada cual de vos su frente.

Porque estas no son frivolas sospechas.

»Y si pudiere ser incontinentemente  
Enviareis á la ciudad correo  
Que les avise del inconveniente.

»Pues dice que darán, é yo lo creo,  
En una y otra parte juntamente,  
Para poder hacer mejor empleo.»

El Arce, como bien acuchillado,  
Y destas amistades sospechoso,

Al Domingo Lozano le dió cuenta  
De lo que su criada le decia.

Responde con desdén, altos los dedos,  
Sin dar reguardos á su salud propia:

»Esos deben de ser los vanos miedos  
De los soldados viejos de Antioquia;  
Los indios en sus pueblos están quedos,  
Y no tienen de fuerzas tanta copia  
Que gozando de paz en sus viviendas  
Procuren renovar viejas contiendas.»

Esto le respondió, de que me espanto,  
Por ser hombre sagaz y recatado,  
Antiguo capitán, y en estos trances  
Ninguno mas astuto ni rompió;  
Pero la presuncion y confianza  
Que de su discrecion algunos tienen,  
Suele cegalles el entendimiento  
De tal manera que no ven las redes  
De los engaños hasta que perdidos  
Y sin tener remedio dan en ellas.

Al fin el Arce se volvió corrido,  
Mas de su vida nada descuidado,  
Pues alistó sus armas, y al caballo  
Le puso silla y freno, y ansimismo  
Apretó las correas al espuela;  
Y la nocturna sombra ya tendida  
Por aquel hemisferio y horizonte,  
Purgó bien los oídos, y á los ojos  
Nególes el regalo que pedían,  
Por no dormir el sueño de la muerte.

Llegóse pues aquella mortal hora,  
Terrible y espantoso sobresalto,  
Cuando la fusca noche denedaba  
Sus cursos y en olvidos sepultados  
Estaban todos con el torpe sueño:  
Acometiéronles por todas partes  
Segun impetuoso torbellino  
Que barre cuanto halla por delante.  
Encienden luego los pajizos ranchos;  
Rompe los aires el clamor horrendo  
Del bárbaro furor, y los gemidos  
De aquellos miserables que teñian  
El suelo con la sangre de sus venas;  
Pues aunque los mas dellos toman armas  
Con algun daño de los vencedores,  
Fué tan impetuosa la creciente  
Que no les dió lugar á congregarse  
Para hacer comun la resistencia.

Y así, sin escapar cosa viviente,  
Pasaron por el trance postrimero,  
Escepto Alonso de Arce, que velaba,  
Y al primero bullicio salió fuera  
En su caballo bien aperecebido,  
Cebando bien el hierro de la lanza;  
Pero la multitud de las opuestas  
Cargó sobrel con tanta vehemencia,  
Que luego le birieron el caballo  
De mortales heridas, pero antes  
Que lo dejase dentro del conflicto  
Saltóse fuera lo mejor que pudo  
Con gran solicitud de las espuelas,  
Hasta que le faltó vital aliento,  
Y el amo se quedó sin el alivio  
Que le solian dar los pies ajenos;  
Pero valióse luego de los suyos  
Rompiendo por el monte mas cerrado  
Vuelta de Timaná, por ser viaje  
De mas seguridad para su vida.

Y dándole temor ligeras alas  
Cuando febeos rayos parecían,  
Vido del rio Grande las riberas,  
Cuyas aguas tenia contrapuestas,  
Y para cuyo curso presuroso  
Sus fatigados brazos fueron remos,  
Con los cuales llegó donde ya pudo  
Poner las plantas en enjuto suelo,  
Harto necesitadas de descanso;  
Mas inminente riesgo no consiente  
Hacer un solo punto de tardanza,  
Y así vuelven al curso dividido,  
Hasta que en Timaná hicieron pausa,  
Con tal demostracion que bien se via

La prisa que trajeron caminando.  
 Allí manifestó la desventura ;  
 Y como brevemente convenia  
 A don Alvaro dar aviso presto,  
 En Popayan adonde residia  
 Despacharonle las cartas , y al momento  
 Que de tan gran desmán tuvo noticia  
 Sesenta buenos hombres apercebe,  
 Y a Santa Cruz que fuese por caudillo,  
 Capitán de valor y confianza:  
 El cual luego salió con pié siniestro  
 A socorrer el pueblo, presumiendo  
 Que pues allí tenían fortaleza,  
 Podrían algun dia defenderse,  
 Y entretenerse hasta qué llegase,  
 Pues era cosa clara y evidente  
 Que muertos los que estaban en las minas  
 Habían de barrer lo que quedaba  
 Si no se recogían donde digo,  
 Pero si dentro dél se defendían,  
 Se podría llegar á coyuntura  
 Que les valiese mucho su socorro.  
 Aquesta conyectura no fué vana,  
 Pues es así que por el mismo tiempo  
 Que dieron en el Domingo Lozano,  
 Estaban sobrel pueblo dos mil indios  
 Para dar el asalto concertado;  
 Pero como tenían centinelas  
 Y rondas á caballo vigilantes,  
 Sintieron la tormenta que venia  
 Y á grandes voces dicen: « ¡ Arma, arma! »  
 Despiertan á la grito los dormidos,  
 Y á gran prisa metieron en el fuerte  
 A los imbeles niños y mujeres  
 Y cosas que hallaban mas á mano.  
 Ansimismo llegada la pujanza  
 Y terribilidad de los contrarios,  
 Los unos y los otros se encerraron  
 Con los caballos, armas y alimentos  
 Quel caso repentino les concede.  
 Y la tumultuosa pestilencia,  
 Con el alborotado movimiento  
 Que suele cuando va desenfrenada,  
 Saqueó luego las desiertas casas  
 Y el resto que quedó de las alhajas;  
 Fueron por todas partes encendidos  
 Los mal afortunados edificios,  
 Y estiéndense las furiosas llamas;  
 Vuelan acá y allá vivas centellas  
 Por los movibles vientos derramadas,  
 De tal manera que los resplandores,  
 Hacían de la noche claro dia,  
 Y el número crecido de paganos  
 Se descubria con la mucha lumbre,  
 No sin grave dolor de los cercados  
 Viendo la furia que los amenaza,  
 Y para resistilla solos treinta  
 Que puedan contra tantos tomar armas,  
 Vian aquella fuerza de lebreles  
 Que ya se prometían la victoria  
 Para cebar los vientres carniceros  
 En carne del católico rebaño;  
 Vian poco recurso de alimentos  
 Para se defender prolijos dias  
 Fu la desproveyda fortaleza;  
 Vian que no podían dar aviso  
 A quien les proveyese de socorro,  
 Y que segun las muestras eran muertos  
 Aquellos que asistian en las minas;  
 Vian que puesto caso que escapasen  
 (Por imposible) desta desventura,  
 Pampérrimos queaban y desnudos  
 Y en estremo de miserable vida;  
 Y demás desto, cosa que mas duele,  
 Vian que de las llamas no reservan  
 La casa de los santos sacrificios,  
 Imágenes de sanctos y de sanctas  
 Y todos los benditos ornamentos  
 Allí dedicados al divino culto,  
 Que sin haber defensa ni remedio  
 Fueron en breve espacio consumidos.  
 Mas no fué de misterios tan ayuno

Aquel incendio del pajizo templo,  
 Que no mostrase Dios sus maravillas  
 Con un alto milagro bien sabido  
 De cuantos viven en aquel terreno:  
 Y fué que con estar de vivas llamas  
 Un alto Crucifijo rodeado  
 Que en el templo tenían, y abrasarse  
 Lo circunstante dél sin quedar cosa,  
 La cruz se halló sana, y él iteso,  
 Y en tanta perfeccion que con su vista  
 Olvidaron su grave desconuelo;  
 Y como tanteando la huida  
 (A que anhelaban siempre) si pudieran,  
 Faltaba cómodo para llevarlo  
 Con la decencia que se requeria  
 Por ser imagen prócera de bulto,  
 Tallada de materia ponderosa,  
 Entre toda la gente se reparte,  
 Quedando cada cual con su reliquia,  
 Tenidas hoy en grande reverencia;  
 Por cuyos medios Dios ha restaurado  
 A muchos hombres la salud perdida.  
 Mas ellos no pudieron por entonces  
 Hurtar el cuerpo deste grande riesgo,  
 Porque noches y dias los velaban,  
 No sin intolerables baterías,  
 Las cuales resistían los cercados  
 Con balas de fumosos arcabuces  
 Y jaras impelidas de ballestas,  
 Con que no poco daño les hacían.  
 En aquella sazón questo pasaba  
 El Santa Cruz venia caminando  
 Con aquellos sesenta señalados  
 Para los socorrer en tal angustia,  
 Sin lo saber los que se ven en ella:  
 Socorro necesario si viniera  
 Para se deslizar de la presura;  
 Pero desbaratose su llegada  
 Por un cruel antojo de fortuna.  
 Este fué, que los bárbaros supieron  
 De espías por la parte que venia,  
 Y ocuparon un paso montuoso  
 De gran dificultad en su salida:  
 Allí se puso número de gente  
 Oculta y repartida por el orden  
 Que mas les parecia que convenia;  
 Dejaronlos entrar, y caminando  
 Por el cerrado paso y angostura,  
 Precipitaron galgas preparadas  
 Que por delante todo lo barrían,  
 Quebrando piernas, brazos y cabezas,  
 Huesos, costillas y otras conyunturas,  
 Lluven lanzas y flechas mas espesas  
 Que gotas por los aires esparcidas  
 Cuando preñadas nubes las envían;  
 No les valen escudos ni celadas,  
 Lorigas ni las armas ofensivas;  
 Caballos y señores hay caidos,  
 Revueltos y confusos, como cuando  
 Una rigurosísima procela  
 Pasa bramando por espesa selva  
 Altas y bajas plantas arrancando;  
 Y en confuso monton las acumula;  
 Horrisonos clamores y gemidos  
 Dan clara muestra desta gran desdicha,  
 Así de parte de los vencedores  
 Como de los vencidos miserables,  
 A quien los bárbaros sobre seguro  
 Por una y otra parte rodearon,  
 Con golpes de macana rigurosa  
 Y con espesas lanzas, hasta tanto  
 Que á la sangrienta lid dieron remate.  
 Y todos, sin quedar cosa viviente,  
 Gustaron en brevisima distancia  
 De los acerbos tragos de la muerte,  
 Escepto dos ó tres de rectaguardia  
 Que quedaron atrás embarazados  
 Y se valieron de sus piés lijeros  
 Rompiendo por caminos desusados,  
 Hasta llegar á Popayan, do dieron  
 Nuevas de la desgracia sucedida.  
 Y así don Alvaro con el deseó

Que tiené de librar á los del pueblo  
Del gran aprieto que se presunía,  
Apercibió cien hombres principales  
Que le siguiesen en aquel camino,  
En cuyo riesgo puso su persona,  
Y con la prisa que se requería  
Trabajó de hacer esta jornada.

En este medio tiempo los sitiados  
En su defensa no perdían punto  
Contra los bárbaros atrevimientos,  
Queriéndoles entrar á escala vista,  
Inquietándolos á todas horas;  
Mas viendo que las balas y saetas  
A muchos traspasaban las entrañas,  
Fingieron irse todos á sus casas  
Alzándose el importuno cerco,  
Creuyendo (como fué) que ya tenían  
Falta de necesarios alimentos,  
Y que debajo de nocturna sombra  
Habían de desamparar la cerca  
Procurando hacer oculta fuga.

Había pues un paso trabajoso  
Inevitable para su jornada,  
No lejos del asiento deste pueblo,  
Donde los cautos indios se emboscaron  
Cubiertos con el monte, y estuvieron  
Una, dos y tres noches esperando.

Los míseros cercados, como viesen  
Que ya todas las cosas les faltaban  
Y que ningunos indios parecían  
Que pudiesen poner impedimento,  
Entraron en acuerdo y en consulta,  
En la cual de comun consentimiento,  
A morir ó vivir, fué concertado  
Que cuando la tiniebla los cubriese  
Hiciesen oracion devotamente  
Y luego se pusiesen en camino  
A pueblos de cristianos, do pudiesen  
Tener algunas horas de descanso.

Viendo pues una noche tenebrosa,  
Tácitamente, sin haber bullicio,  
El parecer pusieron en efecto,  
Y en escuadron, aunque debilitado  
Con niños y mujeres, caminaron  
Al angostura que forzosamente  
Habían de pasar sin escusalla,  
Adonde los ministros de la muerte  
Tenían á su gusto la celada,  
Con algunas espías por de fuera  
Que por ocultas vías acechaban;  
Y ellos entre temor y confianza  
A prisa caminaron por lo llano,  
Sin hallar cosa que les perturbase  
Hasta llegar á vista de aquel paso,  
Con el cual deseaban encubrirse  
Y salirse del raso descubierto  
Antes de vellos enemigos ojos,  
A quien la turbia niebla de los suyos  
No vian, aunque los tenían juntos,  
Y quieren á sus manos entregarse.  
Mas antes de dejar el campo raso  
(; Oh clemencia de Dios omnipotente ! )  
Un escuadron de vacas de las suyas,  
Que se quedaban á sus aventuras,  
Allí se les pusieron por delante,  
Las corníferas frentes sacudiendo,  
La tierra con las uñas escarbandando,  
Y con los torvos rostros encarados  
Para romper con ellos, muchas veces  
Con acometimientos denodados,  
Pero de tal manera que no llegan  
A herir ni hollar ni maltratarlos;  
Mas con tanta porfía de amenazas  
Con cuernos y branidos, que convido  
Volver donde vinieron retrogradados,  
No sin admiracion deste suceso,  
Mal entendido dellos por entonces;  
Mas no se tardó mucho sin que sientan  
Haber sido regalo soberano,  
Porque como los bárbaros oyesen  
De los que los tenían espíados  
Que se volvían á la casa fuerte

Dejando su camino comenzado,  
Salió la turbamulta de los lobos  
Siguiendo la católica manada,  
Y alcanzáranlos antes del refugio  
Silas opuestas vacas no les fueran  
Corriendo acá y allá gran embarazo;  
Mas apenas tomaron la clausura  
Cuando llegó la barbara potencia,  
Comenzando de nuevo los combates,  
Donde los fatigados españoles  
Responden con esfuerzo mas que humano  
Tiempo y espacio que duró dos días,  
Sin que tuviesen punto de descanso.  
Faltaban ya guerreras municiones,  
Faltaban ya las fuerzas de los brazos,  
Faltábales sustento con que puedan  
Cobrar aliento para la pelea,  
Con gran protervidad continuada.  
A Dios van importunas oraciones,  
Armas que solamente les restaban;  
Y estas fueron tan fuertes y eficaces,  
Que llegada la luz del tercer día  
Después que sucedió lo de las vacas,  
Huyen los indios repentinamente,  
Segun pareció ser, por la noticia  
Que tuvieron de que venían cerca  
Cristianas gentes bien aderezadas  
Y que estaban de allí poca distancia.  
Los nuestros piensan ser estratagemas,  
Y alguna astucia como la pasada;  
Pero salieron presto desta duda  
Oyendo voces de los españoles  
Y estruendo de caballos, con que luego  
Se desterraron pálidos temores:  
Con presurosas manos quitán trancas  
Del aferrada puerta, y á porfía  
Salen á ver quién eran los que traen  
La salud y reparo de su vida;  
Conocen á don Alvaro, delante  
De quien hincaron todos las rodillas,  
Desfigurados, flacos, consumidos,  
Con pálidas y sórdidas mejillas:  
Dante mil bendiciones y alabanzas  
Al obrador de tales maravillas,  
Que cuando mas desnudos de esperanza  
Proveyó de socorro tan á punto,  
Que si dél discrepara, su remedio  
Era muerte cruel y desastrada.

Visto pues por don Alvaro la falta  
De posibilidad para valerse  
Entre tan atrevido barbarismo,  
Trajo consigo los que en él estaban,  
Quedándose los puez con su honra,  
Libres de vasallaje y servidumbre,  
Y en franca libertad, sin que consientan  
Estraño morador en su provincia.

Concluso por don Alvaro su curso,  
Sucedió don Hierónimo de Silva,  
Y por ausencia dél fué deste reino  
Bartolomé de Mazmeta nombrado  
En tanto que de España proveían;  
Y entonces fué cuando Pero Fernandez  
Tuvo despachos del real consejo  
Para tener de Popayán el mando,  
Pasándolo después á Cartagena.

Sucedióle después Sancho García  
Del Espinal, hidalgo conocido,  
Dicace de gentil entendimiento,  
Que *per antiphrasim* era su nombre;  
Pues al saber callar le llaman Sancho,  
Y él por saber hablar satirizando  
Fué por los senadores descompuerto,  
Que en la ciudad de Quito residían,  
Francisco Auncibay el uno dellos,  
Y otro Cañaverál, su compañero (1).  
Y aquestos dos prendieron al obispo

(1) El original decía :

Y otro Cañaverál que Cañavera  
Le dan por otro nombre detractores.

Lo cual está testado, con una nota al margen que dice : estas cosas dan  
doran la historia.

De Popayán, don Agustín Coruña,  
No sé con qué color, mas no les falta  
A los que tienen intención dañada;  
El cual en Popayán es hoy prelado,  
Doctísimo varón, fraile agustino,  
Ejemplo de esencial recogimiento.

Removido pues el Sancho García,  
Vino con el gobierno de Castilla  
Un Juan de Tuesta Salazar, que todos  
Hoy conocemos con aqueste cargo,  
Y conocimos antes de tenello  
Por hombre bien compuesto y avisado.

Estos gobernadores solamente  
Tuvo desde el primero fundamento  
Hasta el año que corre de presente  
Doce menos del número de ciento  
Con los mil y quinientos de crecimiento,  
Contados desde el santo Nacimiento  
Del Hijo que parió Madre doncella:  
Inmensas gracias doy á él y á ella.

Ve con Dios, historia mía,  
Salida de mis entrañas;  
No temas mordaces mañas  
Ni al que tiene, como Lia,  
Ojos llenos de lagañas:  
Este tal nunca te vea;  
Mas suplico que te lea  
Quien es de verdad amigo,  
Pues tú no llevas contigo  
Cosa que verdad no sea.

## HISTORIA

*de la gobernación de Antioquia y de la del Chocó, adyacentes á la de Popayán, nuevamente desmembradas de ella por provisiones de la real Majestad del rey don Felipe, segundo deste nombre, nuestro señor.*

De lo de Popayán dimos razones  
Desde su primitivo fundamento;  
Mas como ya cristianas poblaciones  
Por sus confines van en crecimiento,  
Restan agora dos gobernaciones  
Subyectas á moderno regimiento,  
Inclusas entre los tres grandes ríos  
De quien atrás tractaron versos míos.

Y así para que quede difinido  
Lo deste territorio, con historia  
Que haga su discurso conocido,  
No las quiero dejar sin esta gloria,  
Pues en aquellas han acontecido  
Proezas altas dignas de memoria,  
Así de parte de la gente nuestra  
Como de la de allí, no menos diestra.

Aquestos ríos pues de quien di llena  
Relacion en las partes que convino.  
Son Darien, Cauca y de la Magdalena,  
Que corren gran distancia de camino  
Hasta que juntos llegan al arena  
Y riberas del término marino;  
Y entre los tres hay ríos y quebradas  
Tantas, que no podrán ser numeradas.

Donde, según la vista verifica,  
Se contiene riquísimo tesoro,  
Por ser en general la tierra rica,  
Y ríos y quebradas manan oro;  
Y así dice quien esto certifica,  
Que mora de presente donde moro,  
Haber en todas partes y lugares  
Infinidad de minas singulares.

Juan de Alvarado Salazar se llama,  
Viejo conquistador de aquellos senos,  
Cuyo valor en ellos se derrama  
Y en otras partes por sus hechos buenos,  
De los cuales nos da muchos la fama,  
Pero los que publica son los menos;  
En esta descripción, la suya sigo,  
Por ser antiguo y ocular testigo.

Dice que entre los ríos ya nombrados  
Hay también otros dos harto famosos,  
Nichi y Porce, que pueden ser contados  
Entre los que llamamos caudalosos;  
Y por los unos y los otros lados  
Hay indios por extremo belicosos,  
En sus costumbres poco diferentes,  
Y las provincias son estas siguientes:

La principal en estas es Catia;  
A la segunda llaman Ibijico,  
Comun contrato desta serranía,  
Y así su morador sagaz y rico;  
Pequí se sigue, cuya valentía  
Escede todas estas que publico;  
Mas adelante desta van las casas  
De Penco, tierra de zavañas rasas.

Por las cuales también la de Norisco,  
Sin ocupar lugar montaña alguna,  
Y las que caen en él, que es montisco,  
Son Itungo, Pubio, Ceracuma,  
Pebere Nitana, Tuin, Cuisco;  
Tierras de menos próspera fortuna,  
Araque, Carauta, con Guazuecco,  
Y otra primera que llamas, dicha Tecu.

Todas estas de montañas terreno,  
Y por do la montaña se divierte,  
Usan todos de flechas con veneno,  
Certísimo ministro de la muerte.  
Es grande la distancia deste seno,  
Pues corre la montaña de tal suerte,  
Que sin hallar de tierra rasa corte  
Pasan al mar del Sur y al mar del Norte.

Y cuanto mas se llegan mas lluviosas,  
Pantanos, y las gentes no son tantas;  
Mas esas pocas, bestias belicosas,  
Desnudas de los pies á las gargantas;  
Solo cubren las partes vergonzosas  
Con cortezas ó hojas de las plantas,  
Gentil disposición, traza garrida  
Ellos y ellas, mas de poca vida.

Entiendo las montañas adyacentes  
Al Darien ó tierras de Baliano,  
Que son de las de arriba descendientes,  
Donde no hallareis asiento sano,  
Antes en general todos dolientes,  
Eso me da en invierno que en verano,  
Porque los altos es tierra sana  
Desde donde comienza la Catia,

Que es á lo de Antioquia mas cercana;  
Y todas las provincias comunmente  
Son caribes que comen carne humana,  
Sin reservar á deudo ni pariente;  
Y aquesta de Catia, mas serrana,  
Es en comun (demás de ser valiente)  
Nacion ingeniosa, bien vestida,  
Y que vive con peso y con medida.

Y aun entre sus avisos principales  
Historian las cosas sucedidas,  
Mediante hieroglíficas señales  
En mantas, y otras cosas esculpidas;  
En oro y mantas crecen sus caudales  
Con gran primor labradas y tejidas;  
Raices es el pan cotidiano,  
Porque la tierra lleva poco grano.

Pero como son ricos contractantes,  
Y es de oro tan grande la ganancia,  
De tierras mas viciosas y abundantes  
Se lo suelen traer en abundancia.  
Son bárbaros de miembros elegantes  
Y de brayo denuedo y arrogancia,  
Honestísimas todas las mujeres,  
Gallardas y de bellos pareceres.

Alindados los rostros en fauciones;  
Mas ellos algo bazos y morenos,  
De gran verdad en sus contractaciones  
Sin de su crédito venir á menos;  
Usan lanzas, y dardos, y bastones,  
Y flechas, pero limpias de venenos,  
Traen cabellos largos en su tierra,  
Pero quitánselos habiendo guerra.

Ellas lo traen mucho mas crecido,  
Segun en otras muchas partes vemos;  
Es su comun manera de vestido  
Largo, tanto que cubre los extremos;  
Joyeles cuelgan de uno y otro oido  
Y de narices, en valor supremos;  
Usan de sus maneras de alcoholes,  
Aman y quieren á los españoles.

Los adúlteros son aborrecidos,  
Y cerca desto viven con gran cuenta  
En no violar los maritales nidos;  
Mas como deste mal algo se sienta,  
Suelen tomar venganza los maridos  
De los que les hicieron el afrenta;  
Cualquier otro pecado les es blando,  
Pero sin culpa siempre del nefando.

Aman á sus mujeres tiernamente,  
En tal manera que les son subyectos;  
Algunos hay que tienen mas de veinte  
O las que puede para sus afectos;  
No reconocen rey ni presidente  
Que les imponga leyes y preceptos,  
Mas cada cual lo es de su cabaña,  
Y el que mas rico es, mayor compañía.

Pero todas las veces que se piensa  
Sobrevenir beligeros aprietos,  
Están unidos para su defensa,  
Y entonces tienen principes eletos,  
Los cuales tienen potestad estensa,  
En ejercicio della circunspectos,  
De cosas á la guerra concernientes;  
Y á estos son subyectos y obedientes.

Tienen esclavos para sus servicios,  
De gente que en la guerra se captiva,  
Los cuales hacen rústicos oficios  
Si no los come condicion esquiua,  
Por usar todos destes maledicios;  
Pero muerto su amo, como viva,  
Es el esclavo del caudal entero  
Y de mujer y de hijos heredero.

Si venden un esclavo por chagualas,  
De cuyo valor tienen certidumbre,  
En una venta hacen tres iguales:  
Una las manos por la servidumbre,  
Otra la carne, destas gentes malas  
Tienen en esto pésima costumbre,  
Otra por la cabeza, que ya muerta  
Por honra grande ponen á la puerta.

Y aunque nunca jamás gente catia  
En torpes borracheras se agasaja,  
Con gran jactancia de su valentia  
Dice quel español es una paja:  
No les escede, pero todavia  
Reconocen tenelles gran ventaja  
En los fogosos tiros que disparan  
Y en letras que sus ánimos declaran.

No se les han hallado santuarios,  
Aunque los tienen otros desta tierra;  
Y cuando combatidos de contrarios  
Se ven los comarcanos de su tierra,  
A ellos les dan sueldos y salarios  
Para que les ayuden en la guerra,  
La cual hacen leal y fielmente,  
Sin declinar á tracto diferente.

Muchos dellos adoran la milicia  
De las estrellas que su vista marca;  
Del general diluvio dan noticia  
Y gentes que escaparon en el arca;  
Reconocen haber Dios de justicia,  
Del cielo y de la tierra gran monarca;  
Y aunque al demonio traetan con regalo  
Temblando del, conócenlo por malo.

Y así le llaman ellos al diablo  
Cunicubá, que malo representa  
En la lengua catia tal vocablo  
Y otros ningunos hay de mas afrenta;  
No le hacen pintura ni retablo,  
Aunque los amenaza y amedrienta:  
Díceles quel crió todas las cosas,  
Con otras invenciones fabulosas.

En su vulgar, á Dios llaman Abira,  
Que representa sumamente bueno;  
Al español por nombre dan Aira,  
Que quiere decir, hijo de su seno;  
Dellos el hechicero se retira,  
Y si repara por aquel terreno,  
Como sepan sus tractos, de tal suerte  
Lo castigan, que muere mala muerte.

Para los casamientos hay terceros,  
Y siendo moza, virgen y hermosa,  
Promete buena copia de dineros  
Aquel que la pretende por esposa;  
Cuando se juntan, miran en agüeros,  
Y á la doncella él tocar no osa  
Si la que ya desea verse dueña  
No lo convida con alguna seña.

Quando se mueren estos naturales,  
Unos dicen que hembras y varones  
Se transforman en bravos animales,  
Como serpientes, tigres y leones  
Otros entiérranse con sus caudales,  
Criadas y criados y otros dones,  
Con fusia de tener en otra vida  
Armas, oro, sirvientes y comida.

Estas son las costumbres de catios,  
Segun se sabe ya de cierta ciencia;  
Mas entre Nichi y Cauca, los dos rios,  
Hay otra gente que se diferencia  
En el lenguaje y en los atavios,  
Y terreno mejor en influencia  
Por ser de sementeras abundante  
Y el morador soberbio y arrogante.

Es por naturaleza gente cruda,  
Guerrera sobre todas las que cuento,  
Gentil dispusicion, pero desnuda  
Como gozan de buen temperamento:  
La cual no muestra ser torpe ni ruda  
En admitir cristiano documento,  
Pues toman bien lo que se les predica,  
Y es sobre todas la nacion mas rica.

Porque quebradas, rios, vertederos,  
Y cualquiera lugar que se catea,  
Manifiestan auríferos veneros  
Con quel avaro pecho se recrea,  
Y la solicitud de los mineros  
Saca bien proveida la batea:  
Llámanse nutabees estas gentes,  
Herbolarios demás de ser valientes.

Contráctanse con gente tahamía,  
Que para guerra no fué gente manca:  
Tienen gran hermandad y compañía  
Y es la contractacion entrellos franca:  
Sirven los tahamíes hoy en día  
A Bartolomé Sanchez Torreblanca,  
Y son los mas propincuos al partido  
Del Nuevo Reino donde yo resido.

Mas entrellos y él hay naturales  
Diversos y de vida mas sincera,  
Desnudos, descuidados de caudales,  
Y lijerisimos en gran manera,  
Pues alcanzan silvestres animales  
Sin alargarse mucho la carrera,  
Baquiras mayormente, que son reses  
Lijeras, y en faicon puercos monteses.

Y Antonio de Mancipe, que presente  
Da relacion de muchas cosas destas,  
Me dice tener bárbara sirviente  
Que por zavas rasas ó florestas  
Corria como perra diligente,  
Hasta tomar alguno, y á sus cuevas  
Lo traia segun fácil oveja  
Asido de la pierna y el oreja.

Son hombres bien dispuestos y docibles  
Para servir en lo que son instrutos;  
Gozan de montes claros y apacibles  
Que los regalan con diversos frutos;  
Son las mujeres dellos convenientes  
Mas que para servir hombres tan brutos,  
Porque sacadas de sus naturales  
Salen limpias y grandes serviciales.

Por estos indios y otros mas cercanos  
Al Nuevo Reino y á sus señorios,  
Tuvieron gran noticia los cristianos  
De la riqueza dentre los dos rios,  
Y cómo poseian ricos granos  
En cualquiera provincia sus gentios;  
Y ansi los incitaba la cudiela  
A querer ver por ojos la noticia.

Y los de Popayán, segun que veo  
Por otra relacion que me fué dada,  
Estaban ansimismo con deseo  
De poner en efecto la jornada,  
Porque para hacer aquel empleo  
No dió lugar la tempestad pasada  
De guerras que tenian entre manos  
Con bárbaros al pueblo comarcauos.

De manera que en una coyuntura  
Dos partes pretendian la ganancia:  
Estas declararé con ligadura,  
Mas sin obligacion de consonancia,  
Por ser mas descansada compostura  
Y haber hecho de ritmas abundancia,  
Y porque viéndome cansado viejo,  
Amigos me lo dieron por consejo.

¡Oh Musa, la mas alta de la lumbre  
Del Apolo á quien es todo posible,  
Que sin perder virginea costumbre  
Al invisible Dios distes visible!  
Provéame por vos de clara lumbre,  
Aquella lumbre que es inaccesible,  
Para que con favor suyo proceda  
En la jornada larga que me queda.

### CANTO PRIMERO.

Donde se da razon de los primeros capitanes que entraron en las provincias de entre los rios Cauca y el de la Magdalena, así de la gubernacion de Popayán como deste Nuevo Reino.

La cordillera de las altas sierras  
Que salen de la parte del estrecho  
A quien dió Magallanes nombramiento,  
Que es en cincuenta y dos grados y medio,  
Do constituyen la templada zona  
Del antártico polo los que miden  
Latitud y longura de lugares,  
Al norueste viene declinando,  
Con grandes brazos della dependientes  
A diferentes vias estendidos  
Incluyendo las sierras de los Andes,  
Pues al sur le demoran las grandezas  
De Chile, Pirú, Quito; y á la parte  
Del norte lo del rio de la Plata,  
Brasil y Marañon, y las provincias  
A las árticas ondas adyacentes;  
Y en la continuacion de su corriente  
Se viene por la tórrida metiendo  
Y la equinoccial atravesando;  
Pero ya cerca della se divide  
En tres brazos la dicha cordillera,  
Que contienen amplísimos terrenos:  
El uno destes ramos va corriendo  
Entre la mar del sur y rio Cauca,  
El cual continuando su derrota  
Pasa por Panamá, y enfermo suelo  
Del que Nombre de Dios heredó nombre,  
Y va hasta llegar á Nueva-España.

El otro ramo dentre los dos rios  
Que es el de Cauca y de la Magdalena,  
Do se contienen las provincias dichas  
De los catios y otras gentes bravas  
Prestas á la defensa de sus tierras,  
Es de menor discurso su corrida,  
Pues el remate dél es á las juntas  
Donde las dos corrientes hacen una,  
Que será veinte leguas la distancia  
Desde su conjuncion á la marina,  
El sitio destas juntas á diez grados  
De latitud, segun que se tanea  
Por hombres que regulan el altura.

Deste quiero tractar; pero primero  
Que lleguen los mortíferos espantos,  
Los rigurosos trances y contiendas,  
En su demarcacion acontecidos,  
Del tercero diré cómo se tiende  
Entre el gran rio de la Magdalena,  
Y los inmensos llanos de quien hice  
Mencion en otras partes do convino;  
El cual ramo se va continuando  
Por la costa del mar de Santa Marta,  
Del Cabo de la Vela y Venezuela,  
Y por el aiaguna que se llama  
En aquella provincia Maracaibo.

Pero donde contiene mas anchura,  
Con multitud de gentes naturales,  
Valles amenos, fértiles culturas,  
Herbosos campos, fuentes cristalinas,  
De varias mieses grandes sementeras,  
Dehesas proveidas de ganados,  
Con pastos que no pierden sus verdoros,  
Claros corrientes, lagos espaciosos,  
Diversas cazas, pescas apacibles,  
De plata y oro prósperos veneros,  
Piedras preciosas, ricas esmeraldas,  
Templanza salúfiera, pues nunca  
Frio fatiga ni calor da pena,  
Con otras muchas cosas necesarias  
A la conservacion de los mortales:  
Es en la parte donde situado  
Vemos el nuevo reino de Granada,  
En hemisferio ártico que cae  
Debajo de la mas ardiente zona,  
En el primero clima, y es distancia  
Que corre desde tres á siete grados.  
En estas levantadas serranias  
Hay valles y llanuras apacibles  
Por do se tienden bárbaras moradas  
Y tienen sus ciudades españoles:  
Es la de Santafé cabeza dellas  
En cuatro grados y minutos veinte  
Debajo del primero paralelo;  
Aqui la majestad del rey hispano  
Puso su sello con real audiencia,  
Que decide las causas, sentenciando  
Segun disposicion de los derechos,  
Y dan conductas á los capitanes  
Para conquistas de diversas tierras.

Corriendo pues del parto de la Virgen  
Años cincuenta sobre tres quinientos,  
Un diestro capitán, Francisco Nuñez  
Pedroso, de quien ya tractamos antes,  
Fué por estos odores proveido  
A la jornada dentre los dos rios,  
A cuyos senos voy encaminando.

Este salió con gente valerosa,  
Soldados escogidos y cursados  
En las penalidades de conquistas,  
Do la seguridad mas evidente  
Amenaza con muerte trabajosa:  
Ochenta fueron estos compañeros,  
De caballos y armas pertrechados,  
Y en número pasaban de quinientos  
Los indios que llevaban de servicio.

Eutró con este buen aviamiento  
Adonde lo llevaban sus intentos,  
Siendo con estos mismos ya salido  
De la ciudad de Arma, subyacente  
A la de Popayán, con mas posible  
El capitán Fernando de Cepeda  
A fin de subyectar aquellos indios  
A la ciudad de Santafé nombrada  
Que de la de Antioquia tiene nombre,  
De quien hemos tractado largamente  
En el discurso de Pedro de Heredia.

Estos dos capitanes que decimos,  
Aunque entraron por vias diferentes  
(Sin saber uno de otro), se juntaron  
Y tuvieron pesadas diferencias,  
En las cuales Pedroso, descompuesto,  
Al reino se volvió do residia,  
Quedándose Cepeda mas pujante,  
El cual con aquel bárbaro gentío

Tuvo batallas y recuentos varios  
Que contrastaban siempre sus intentos;  
Y así potencia bárbara le hizo  
Dejar de proseguir esta demanda,  
Con pérdida de muchos españoles.

Entró después Bernardo de Loyola,  
Vecino principal de los Remedios,  
Que con el de Victoria confina,  
Ambos pueblos de aqueste nuevo reino:  
Fué sin autoridad y sin licencia  
De los señores del real senado,  
So color de buscar prósperas minas.

Sabida su demanda por don Diego,  
De los Carvajales descendiente,  
Vecino de la villa de Victoria,  
O por enemistad que le tenia  
O por codicia grande de la empresa,  
Denunció del ante los senadores,  
Los cuales, las razones comprobadas,  
Le dieron comision para prendello  
Y con los que tenia y él llevaba  
Poblase do mejor le pareciese.

Efectuó con esto su viaje,  
Y aquella provision notificada,  
Loyola se salió dentre los rios,  
Quedándose don Diego con la gente,  
Al cual dieron los indios tanta prisa,  
Que con algunos españoles menos  
Tuvo por bien dejar la tierra libre.

Pero después, el año de sesenta,  
Quiso tentar segunda vez la suerte,  
No sin aquel ardor que caballeros  
Suelen tener en puntos honorosos;  
Mas con solos cuarenta compañeros,  
Algunos de los cuales conocimos,  
Y todos dignos desta confianza,  
Pues destos era Leonel de Ovalle,  
Gallego, natural de Salvatierra,  
Sancho Velez, Sarmiento y Andrés Pinto,  
Francisco de Aguilar y Alonso de Arce,  
Francisco de Silvera, lusitano,  
Y otros de cuyos nombres falta copia;  
Pero tenemos la de sus hazañas  
En trances rigurosos y arriscados.

Llegaron con aquella vigilancia  
Que suelen los que tienen esperiencia  
De la ferocidad destas naciones,  
Y en parte rasa, con la diligencia  
Que piden los peligros evidentes,  
Hicieron fuerte, donde de la furia  
Bárbarica pudiesen ampararse,  
Las armas en las manos todas horas,  
Y prestos los fumosos arcabuces,  
La cual solicitud no fué haldia,  
Antes de su salud segura prenda,  
Porque sabido por los naturales  
El concepto de nuestros españoles,  
Nunca jamás se les pasaba día  
Sin dalles mil desgustos con asaltos  
Los indios que tenían mas cerceanos.

Mas viendo que fogosos instrumentos  
A muchos traspasaban las entrañas,  
Acudió multitud innumerable,  
De jaculos mortales proveidos,  
Con macanas y lanzas penetrantes,  
De ricas diademas coronados,  
Con otras varias joyas que declaran  
La gran prosperidad de sus terrenos:  
Tal es el resplandor que reverbera,  
Que del refracto de solares rayos  
Potencia visual es ofendida.

Las voces impelidas de los pechos  
Y estrépito de rústicas bocinas  
Rompen los vagos aires, y la tierra  
Parece fatigarse con temblores,  
Como cuando de trueno fulminoso  
Es en alguna parte lastimada.  
Aquesta furiosa muchedumbre  
Rodeó los valientes españoles,  
Los cuales, por don Diego bien instructos  
Y de sus instrumentos ayudados,  
A los tartáreos fuegos encaminan

No poca cantidad de los contrarios;  
Mas era la rüina poca parte  
Para poner á sus furores freno,  
Porque cierto gaudal embravecido,  
De miembros y estatura de gigante,  
Con voces espantables los anima  
Facilitándoles esta victoria.

Este se puso junto del cercado,  
En la mas alta parte, donde estaba  
Un árbol que tenían ya cortado:  
Chaguala fina pende de su pecho,  
De orejas y narices otras joyas,  
Penachos variados ondeando,  
Bravo meneo y áspera postura:  
El terrible baston que meneaba  
Al de Goliat era semejante;  
A voces allí puesto desafia  
Con grandes vituperios á los nuestros,  
De los cuales (que estaban mas á mano)  
Salieron cuatro, Pinto, lusitano,  
Francisco de Aguilar y Sancho Velez,  
Y Alonso de Arce, todos con escudos  
Y espadas cortadoras en las manos.  
Llegaron al lugar, y el árbol era  
Para fajar con él impedimento;  
Mas todavia con aquel coraje  
Que erian vengadoras voluntades,  
Rodean al gaudul, que se movia  
Con suma lijereza, meneando  
El áspero baston á todas partes,  
Y al Sancho Velez que halló mas cerca,  
Cubierta la cabeza con celada  
Y la rodela puesta por delante,  
Tan gran golpe le dió con la macana  
Que la tierra midió quasi que muerto;  
Al Arce revolvió luego con otro,  
Al cual hizo pedazos el escudo,  
Y lo tendió también en aquel suelo.

Francisco de Aguilar, que bien pensaba  
Quedar victorioso del gigante,  
El ponderoso palo lo compele  
A juntar las rodillas con la tierra.  
Entonces Andrés Pinto, como suelto,  
Abalanzóse por el diestro lado  
Antes que revolviése con el leño,  
Y con la punta del crüel acero  
Rompió por el ijá bravas entrañas  
Del bárbaro feroz, en tal manera  
Que el ánima salió por la herida  
Y el cuerpo monstruoso cayó luego,  
Con una voz y grito tan borrendo,  
Que los que se hallaron á la mira  
De sus furores fueron alojando.  
Por otra parte Leonel de Ovalle  
Con otro principal acaso vino  
A singular certamen, donde presto  
El bárbaro perdió la lozanía;  
Y los demás habiendo consumido  
Las flechas y los dardos que traían,  
A sus pajizas casas se volvieron,  
No presurosos, mas á paso lento,  
Diciendo: « Descansad, gente barbuda,  
Porque para dar fin á la contienda  
Aquí seremos de hoy en cuatro días. »

Los nuestros, reparados los heridos,  
Entraron todos ellos en consulta,  
En la cual de comun consentimiento,  
Visto que les faltaban municiones  
Y no ser parte para sustentarse,  
Apriesa negociaron la partida.

Entró poco después un Juan Valero,  
Ejemplo de virtud y de modestia  
( Hablo como testigo de su vida  
Por amistad de tiempos atrasados ).  
Y aunque llevó mas número de gente,  
Vista la gran dureza del salvaje  
En dar la paz que siempre le pedia,  
También se vino sin hacer efecto,  
Y no tan de reposo que no fuese  
Con renombre de fuga la salida.

Aqueste capitán es el postrero  
Que deste Nuevo Reino fué con gente;

Y así para decir quién permanece  
 En las conquistas deste barbarismo,  
 Habré de convertir mi flaca pluma  
 A la ciudad ó villa de Antioquia,  
 Tomando de muy lejos la carrera  
 Para que sea mas inteligible  
 Esto que de presente pretendemos  
 Poner en escritura verdadera;  
 Cuyos sucesos varios remitimos  
 A los versos del canto venidero.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se da relacion del primero fundador de la ciudad de Antioquia, y cómo despues fué mudada de aquel asiento primero á mejor sitio, donde permanece con nombre de villa de Santafé de Antioquia.

En el proceso largo desta historia,  
 Algunas veces hemos referido  
 Cómo George Robledo fué el primero  
 Cimentador del pueblo de Antioquia,  
 Y su primera fundacion adonde  
 Fué don Pedro de Heredia descompuesto  
 Por Juan Cabrera y otros capitanes  
 Del buen don Sebastián de Benalcázar:  
 La cual participaba de las tierras  
 Que tienen entre sí las ricas aguas  
 Del rio Darien y rio Cauca.  
 Pero después de aquellas competencias,  
 Por no ser sitio bien acomodado,  
 Así para salud como defensa  
 Del nuevo morador, por la braveza  
 Del natural vecino repugnante,  
 Por orden del ilustre Benalcázar  
 Aquesta poblacion fué trasladada  
 Acia Buritica, do mas propicio  
 Y mas alegre cielo se mostraba,  
 Terreno sano, nobles influencias,  
 Aires de salutifera templauza,  
 Campos mas espaciosos y estendidos.  
 Do pueden en beligeros rebatos  
 Mandarse los caballos á contento,  
 Y hacer mas estrago con la lanza  
 En los que contrastaban sus diseños,  
 Y donde los auríferos veneros  
 Esceden á los ricos celtiberios  
 Y sobrepujan á los de Dalnacia,  
 Con que los moradores enriquecen,  
 Y mucho mas júeces, comisarios  
 Frecuentes, por livianas ocasiones  
 (Absortos en aquesta golosina)  
 A ser universales herederos  
 De lo que valerosos han ganado  
 A costa de la sangre de sus venas.

Para trasladar pues aqueste pueblo  
 Al asiento que queda declarado,  
 El Benalcázar hizo confianza  
 Del diestro capitán Gaspar de Rodas,  
 De quien hice memoria muchas veces  
 En los lugares donde convenia  
 De sus trabajos varios dar noticia.  
 Es pues aqueste noble caballero  
 Del pueblo belicoso de Trujillo,  
 Morada principal de Estremadura,  
 De bien nacidos padres heredero;  
 Pues fué su padre Florencio de Rodas,  
 Alcaide de la fuerza dicho Lote,  
 En la provincia fértil del Algarve;  
 Su madre doña Guiomar Coello,  
 Que en Lusitania, donde fué nacida,  
 La ciudad de Lamego fué su cuna.  
 A las Indias pasó joven florido,  
 Y en duros ejercicios de la guerra  
 Desde su juventud se dió tal maña,  
 Que todos igualaban su prudencia  
 A su bien aprobada valentia

Entró primero con alguna gente,  
 A sus espensas propias granjeada,  
 Al socorro de don Juan de Andagoya,  
 Hijo de don Pascual, de quien mi pluma  
 En lo de Popayán hizo memoria;

El cual entonces iba descubriendo  
 Tierras que con el mar del Sur confinan,  
 Pero salióse Rodas con su gente,  
 Vista la perdicion desta jornada,  
 El año de cuarenta y uno, cuando  
 Vino Vaca de Castro con poderes  
 Del gran monarca contra los rebeldes  
 En reinos de Pirú sin obediencia.  
 Con él se vino Rodas hasta Cali,  
 Adonde Benalcázar gobernaba,  
 Con quien Vaca de Castro tractó cosas  
 Tocantes al viaje que hacia.  
 Quedó Rodas debajo del gobierno  
 Del dicho Benalcázar, donde siempre  
 En cargos honorosos le dió mano;  
 Y por el crédito que del tenia,  
 Para mudar el pueblo de Antioquia  
 Le dió poder é hizo su teniente  
 Al principio del año de cincuenta,  
 Que vino por júez de residencia  
 El licenciado Francisco Bricieño,  
 A quien la dió también Gaspar de Rodas  
 Como teniente del adelantado.  
 Dió sus descargos, y esperó sentencia,  
 En que se pronunció que merecia  
 Cargos de muy mayores eminencias;  
 Mas aquel pueblo nuevo que tenia  
 Ciudad de Santa Cruz por apellido,  
 Mandó que fuese villa, y adelante  
 Santafé de Antioquia se llamase:  
 La cual con este nombre permanece,  
 Y en ella desde el tiempo que decimos  
 Gaspar de Rodas hizo su vivienda,  
 No sin deseo de fundar mas pueblos  
 En las provincias dentre los dos rios,  
 A lo cual aspiraban otros muchos  
 Varones de caudal y principates,  
 Que de la gran riqueza de aquel suelo  
 Tenian ya noticia y esperiencia.

Destos fué Lucas de Avila, vecino  
 De Encerina, que tenia gran posible,  
 Y pretendió pedir aquellas tierras  
 Por gobierno de Popayán distinto;  
 El cual comunicó sus intenciones  
 Con Andrés de Valdivia, su carillo,  
 Sagaz, astuto y hombre diligente  
 Para negociaciones semejantes,  
 El cual facilitó sus pretensiones  
 Y prometió traelle los despachos  
 Dentro de breve tiempo de Castilla.  
 Acudió Lucas de Avila con oro  
 Con larga mano para su viaje;  
 Pero después en el real consejo  
 Negoció para sí, que no debiera,  
 El gobierno quel otro pretendia,  
 A costa del que hizo confianza  
 De sus palabras y amistad antigua.

En este tiempo bárbaros vecinos  
 A los subyectos indios de Antioquia  
 Persuadian infinitas veces  
 Negasen á los nuestros obediencia  
 Y de su libertad fuesen señores,  
 Pues nunca fueron sus antepasados  
 Subyectos á serviles condiciones,  
 Porque para quedar libres y exentos  
 Ellos tenian ya las armas prestas,  
 Y no les faltarian sus favores  
 Hasta desarraigar cristiana planta,  
 De quien se recelaban también ellos  
 Por vellos tan pegados y propinuos.

Los indios de Antioquia bien quisieran  
 Quitar de sobre sí tan duro yugo;  
 Pero los moradores de la villa  
 Tenian el aviso necesario  
 Y el asiento del pueblo tan á gusto,  
 Que los subyectos fueran poca parte  
 Para los lastimar sin daño suyo;  
 Y así, no respondieron con efecto  
 A las persuasiones que decimos,  
 Los pechos inquietos, mas las manos  
 Quietas con temores del castigo.

Y así Toné, cacique comarcano,



Bravo de condicion y sedicioso,  
 Por la seguridad de su partido,  
 De los pacificos mas principales  
 Hizo congregacion en las montañas,  
 Y en banquete costoso que les hizo,  
 Después de satisfechos y contentos  
 Y en furia levantados con el vino,  
 Pidióles atencion, las manos altas;  
 Y estando reportados y quietos,  
 Les dijo las palabras que se siguen:  
 «Oid con atencion, fuertes varones,  
 Deciros he razones que os espanteu  
 Y el ánimo levanten mas caido,  
 Pues quiero, no movido por antojos,  
 Poner ante los ojos desventura  
 Que pide ser la cura sin tardanza,  
 Antes que mas pujanza destas gentes  
 Atraiga nuestras frentes á su yugo.  
 Durisimo verdugo, va sin freno  
 Usurpando el ajeno territorio,  
 Y segun es notorio los haberes,  
 Los hijos y mujeres y haciendas.  
 Para tomar enmiendas falta hrio;  
 Cada cual está frio conociendo  
 Que nos van consumiendó poco á poco;  
 Paréceme ser loco sufrimiento  
 Dejar su desatiento sin castigo.  
 Por vosotros lo digo, gente fiera,  
 Que ya puede cualquiera subyectoros,  
 Moveros y mandaros como á brutos,  
 Pagándoles tributos y á porfia  
 Cumpliendo noche y dia voluntades  
 Ajenas de verdades y modestias:  
 Llévanos como bestias donde quieren;  
 Vuestros hijuelos mueren sin venganzas,  
 En minas y labranzas que les labran  
 Azotan, descalabran á los flojos;  
 Vosotros como cojos y sin manos  
 Sufiris estos cristianos. ¡Ay, catitos!  
 ¿Qué son de vuestros bríos y braveza?  
 ¿Qué es de la fortaleza que solia  
 Domar la serranía peleando?  
 ¿Quién ha tornado blando vuestro pecho?  
 ¿Quién turba y ha deshecho los alardes?  
 Bajos, viles, cobardes corazones,  
 Pues tantas sinrazones como estas  
 Llevais á vuestras cuestras con paciencia.  
 Mirad la diferencia de las mias,  
 Pues que Pedro de Frias sabeis cierto  
 Ser por mis manos muerto y otros siete  
 Y el lengua y alcahuete Juan Gonzalez,  
 Mestizo, que si tales todos fueran,  
 Sus vidas nos vendieran á mas precio;  
 Mas este como necio confiado,  
 Habiéndose librado del rebato,  
 Dijo desde á buen rato con voz alta:  
 — ¡Ah! perros, el que falta viene á veros,  
 Que sin sus compañeros Dios no quiera  
 Que huya, y aunque muera, como muero,  
 He de vengar primero su mal hado.—  
 Y así desesperado se abalanza,  
 Que ni bastaba lanza ni macana  
 Á resistir su vana lozania:  
 Gran estrago hacia con la espada  
 En la gente granada, de tal suerte,  
 Que vieron de la muerte los espantos  
 En un momento tantos cuantos fueron  
 Aquellos que murieron de su parte.  
 Mas el contrario marte, que no cesa,  
 Le dió tan grande priesa por los lados,  
 Que fueron traspasados brevemente;  
 Y aquel mozo valiente que pudiera  
 Irse donde quisiera sin herida,  
 Allí perdió la vida por sus muertos,  
 Amigos mal espertos. Ved qué ejemplo  
 Es este que contemplo con aviso,  
 Pues este morir quiso por su villa  
 Y vengar la cuadrilla que era poca.  
 Aquel á quien le toca mayor daño  
 No cumple ser extraño de venganza:  
 La vil desconfianza se deseche;  
 El tiempo se aproveche, no se pierda;

El arco tenga cuerda mas estrecha;  
 La voladora flecha nunca pare;  
 La macana declare su justicia;  
 Salgan á la milicia desde luego  
 Bien tostados al fuego los aciles;  
 Huyau temores viles de los senos,  
 Pues veis que no va menos en la obra  
 Que gozar sin zozobra de las prendas  
 De hijos y haciendas y mujeres.  
 Aquestos pareceres no son vanos:  
 Por tanto nuestras manos y nobleza  
 Muestren su fortaleza y estén prestas  
 A redimir molestas vejaciones.»  
 Esto dijo Toné, porque desea  
 Ver ya toda la tierra levantada  
 Y á nuestros españoles ocupados  
 En guerras mas cercanas á su pueblo,  
 Reconociendo ser impedimento  
 Para se quedar él sin el castigo  
 Que por aquellas muertes merecia;  
 Lo cual aconteció, segun él dijo,  
 Entrando sobre paz Pedro de Frias  
 A pedir el tributo que debía,  
 Por ser indios en él encomendados,  
 Mas él y los demás, sobre seguro,  
 Por mano del Toné pagaron antes  
 Aquel que ley precisa les impuso,  
 Y el caso sucedió desta manera:  
 Estando juntos estos españoles  
 Para comer sentados á la mesa,  
 Cayeron de lo alto del buhio,  
 Sin parecer de dónde procedian,  
 Cinco gotas de sangre, no dudosas,  
 Que mancharon los cándidos manteles:  
 De que quedaron mustios y turbados  
 Y con sudores frios, como cuando  
 Quedan aquellos quel color mudado,  
 Enhiestos y erizados los cabellos,  
 En noche tenebrosa caminando,  
 Fantasma se les puso de delante;  
 Lo cual por mal pronóstico se tuvo.  
 Y así Pedro de Frias al caballo  
 Ocorre para se poner encima,  
 Los otros á las armas que tenian;  
 Mas no fué tan veloz su pensamiento  
 Cuanta fué la presteza con que llegan  
 Gran multitud de bárbaros armados,  
 Y el impetu furioso de manera,  
 Que puesto que con daño de los indios  
 Todos los españoles fueron muertos,  
 Excepto Juan Gonzalez, un mestizo,  
 Que se les escapó dentre las manos,  
 Y con aliento de veloce ciervo  
 Llegó donde pudiera salir salvo;  
 Pero teniendo por afrenta grave  
 Huir él solo del combate duro  
 En que dejaba los de su compañía,  
 Volvió como leon encarnizado,  
 Y hizo lo quel indio representa  
 En el razonamiento referido,  
 Donde con sus razones persüade  
 A rebelarse contra los cristianos.  
 Y así por sus industrias y consejo  
 Negaron subyeccion á quien la daban,  
 Dando principios á sangrienta guerra;  
 Y porque con la villa no podian  
 Dieron en las cuadrillas de las minas,  
 En hatos y en estancias de sus amos,  
 Matando negros, indios y españoles  
 Con tal obstinacion, que desde el año  
 De quince cientos y sesenta y cinco  
 Llegó la duracion al de setenta,  
 En cuyos intermedios padecieron  
 Grandes trabajos y desasosiegos,  
 Que si quieró particularizallos  
 Seria proceder en infinito.  
 Pero sabido por quien gobernaba  
 A Popayán en esta coyuntura,  
 Que don Alvaro de Mendoza era,  
 Dentro de cuyos términos caia  
 Entonces esta villa que decimos,  
 Puño los ojos para dar remedio

En la destreza de Gaspar de Rodas,  
 A quien se dieron largas comisiones,  
 Así para castigo de culpados  
 Como para fundar mas poblaciones  
 En las provincias dentre los dos rios ;  
 El cual luego tomó sobre sus hombros  
 Este ponderosísimo cuidado ,  
 Y convocó de partes diferentes  
 Soldados de discurso y esperiencia  
 Y en valor y caudal acreditados ,  
 De los cuales algunos nombraremos  
 Cuando disposición abriere puerta.  
 Mas antes que pasemos adelante ,  
 En esta me conviene dar noticia  
 Cómo primero que Gaspar de Rodas  
 Tentase de hacer esta jornada ,  
 Anduvo por allí Gomez Fernandez ,  
 Antiguo capitán y celebrado ,  
 Conquistando los bárbaros inmites  
 Fortalecidos en las barbacoas ;  
 Del cual , cuando tractare de choecos ,  
 Gobierno ya distinto del que tracto ,  
 Contaremos particularidades  
 Indignas de quedarse rezagadas ,  
 Pues por no confundir á los lectores ,  
 De cada cual gobernacion diremos  
 Aquello que le fuere concerniente ,  
 Señalando los tiempos, aunque vayan  
 En el lugar primero los postreros ;  
 Pues cada cual gobierno de los dichos  
 Ha de llevar particular historia.  
 Y agora solamente de negocios  
 Que son tocantes á Gaspar de Rodas  
 Quiero tractar ; y para mayor lumbre  
 Será con canto nuevo su principio.

### CANTO TERCERO.

Donde se da razon de la entrada que hizo entre los rios Gaspar de Rodas,  
 la gente que le acudió, y orden que tuvo en hacer la guerra.

Uno faltaba ya para setenta  
 Años del parto de la Virgen pura  
 Con el millar y medio desta cuenta ,  
 E ya febeo carro se llegaba  
 A la quinta señal del zodiaco,  
 Cuando Gaspar de Rodas se dispuso  
 A dar á su promesa cumplimiento,  
 Habiendo convocado sus amigos,  
 Así del nuevo reino de Granada  
 Como de Popayán y otros lugares,  
 Que por el crédito que del tenían  
 Y fama del tesoro de la tierra,  
 Pusieron en olvido sus reposos,  
 Do tenían honrosa pasadía,  
 Indios encomendados y haciendas  
 Con vencedoras armas adquiridas  
 A costa de las cuales se pertrechian  
 De varios instrumentos y ministros  
 Eñopes , caballos y las cosas  
 Al uso de la guerra necesarias.  
 Uno fué destes Francisco de Ospina,  
 Célebre capitán de los Remedios,  
 Ciudad en este reino cimentada  
 Por él , que fué su fundador primero ;  
 A quien siguieron hombres de substancia,  
 Y á su contemplacion por consiguiente  
 Otros muchos vecinos de Victoria ,  
 Como Bartolomeo de Pineda,  
 Anton Lobo de Sande , Juan Velasco,  
 Gonzalo Verde y Antonio Machado ,  
 Pero Fernandez de Rivadeneyra,  
 Y Diego de Guzmán y Juan de Aldana,  
 Que todos llegarían á sesenta  
 Varones , á quien hechos memorables  
 Dieron renombre digno de valientes.  
 De Popayán también salieron treinta ,  
 En fama señalados y en posible,  
 Cursados en beligeros encuentros ,  
 Como Francisco Lopez de la Rúa ,  
 Joan Arias Ruvian , Gaspar Delgado ,

Y un Alonso Serrano, de Florencio  
 Serrano hijo, bárbara su madre,  
 Pero de noble genealogía,  
 Mancebo suelto, diestro y esforzado.

Estos y aquellos bien aderezados  
 De todos los pertrechios convenientes  
 A las ejecuciones del intento,  
 Con estendida copia de ministros,  
 Caballos y abundancia de ganados,  
 Llegaron á la villa de Antioquia,  
 Donde su general los esperaba ;  
 Del cual y los demás allí vecinos  
 Fueron con gran aplauso recebidos  
 Y en amigables ranchos regalados ,  
 Pero con mas espacio que quisieran  
 Aquellos que venian ya dispuestos  
 A las beligeras ejecuciones ;  
 Porque Gaspar de Rodas suspendia  
 Con algunas excusas la partida ,  
 Por algunos respectos necesarios  
 A la seguridad de su persona ,  
 A causa de las chismes y novelas  
 Sembradas por algunos susurrones ,  
 Que sin haber olor adivinaban ,  
 Sobre mandar, algunos movimientos.

Vista por los del reino la tibieza  
 Y ser demaziada la tardanza ,  
 El capitán Ospina se dispuso  
 A preguntar al Rodas por qué causa  
 Se dilatava tanto su viaje ,

Diciéndole : « Señor, yo soy venido  
 En compañía destes caballeros  
 Que por respecto mio se han movido.

» Consumieron gran copia de dineros  
 En rebacerse de guerreras prendas  
 Para poder mejor obedeceros.

» Han dejado sus casas y haciendas,  
 Donde todos vivian con sosiego  
 En sus repartimientos y encomiendas.

» Mediante vuestras cartas y mi ruego  
 Acudieron á tiempo conveniente  
 Y acomodado para partir luego.

» La tardanza que vemos de presente  
 Y remision parece que nos muestra  
 Que ya teneis intento diferente.

» De ajena voluntad pende la nuestra ,  
 Y para proseguilla , con respeto  
 Suplícoco me digais cuál es la vuestra.

» Pues si acaso teneis otro conceto,  
 Por ocasion que con razon se mida,  
 Volvemos hemos sin hacer efeto.

» Pero si no se halla quien impida  
 La via que tenemos tan á mano ,  
 Bien es acelerar esta partida.

» El tiempo nos convida del verano,  
 Cuando tienen culturas y florestas  
 Abundancia de frutos y de grano.

» Las corrientes serán menos molestas  
 De los rápidos rios y quebradas  
 Grandes y á cada paso contrapuestas.

» No serán parte gentes alteradas  
 Para nos defender trémulas puentes  
 Con frágiles bejuocos enlazadas.

» Cria la dilacion inconvenientes,  
 Y dellos por perderse coyuntura  
 Andan malos sucesos dependientes.

» Si razon adaptada se procura  
 Para poder domar bárbara frente,  
 En las manos está la mas segura.

» Y si dejais la que teneis presente,  
 No se podrá sin mil dificultades  
 Juntar después tan escogida gente.

» A nuestras dudas y perplejidades  
 Dará resolucion vuestra prudencia,  
 Porque con ella vuestras voluntades  
 Hagan sin disonancia respondencia.»

Dijo, y el capitán Gaspar de Rodas  
 Oyó con atencion esta demanda ;  
 Y con aquel reporte quel prudente  
 Suele tener en casos semejantes  
 Para templar los pechos alterados,  
 Usando de cortés comedimiento

A los del reino dijo lo siguiente :

«Anigos y señores, conocida  
Tengo la gran merced que se me hace  
Dispuesta para ser agradecida.

»La partida pedis, y á mí me place,  
Supuesto no tener inconveniente  
Que desta voluntad me desenlace.

»El gasto que hecistes es patente  
En cosas de que todos salis llenos  
Al encuentro de guerra tan urgente.

»E yo no convocara tantos buenos  
Asegurados de mi confianza,  
Si vinieran á poco mas ó menos.

»Negocio es que no sufre mudanza  
Este que tan de veras yo prevengo;  
Y el preparallo bien no fué tardanza.

»Pues por razon de ser discurso luengo  
Me faltaban algunas municiones,  
Y las que deseaba ya las tengo.

»Manifestastes vuestras intenciones

A tiempo y á sazón que me movia

A publicar mis determinaciones.

»Salis á ellas como yo queria.

Aderezarnos solamente resta

Para salir de hoy en tercer dia

Que se celebra señalada fiesta.»

Después que satisfizo brevemente

El general á sus comilitones

Por términos urbanos y sucintos,

Y ellos á su decir correspondieron

Con largo cumplimiento de razones

Usadas entre gente comedia,

Alegres, satisfechos y contentos

Todos á sus hospicios se volvieron,

Donde con fervorosa diligencia

Alistan los pertrechos necesarios

A las usadas peregrinaciones

Y á las seguridades de sus vidas:

Este refina salitroso polvo,

Aquel derrite plomo para balas;

Otros con rascadores mundifican

Cañones de fumosos arcabuces;

Otros afilan hierros de las lanzas;

Otros requieren las jinetas sillas,

Con las demás guerreras prevenciones

Que piden ejercicios militares

Y la necesidad les aconseja,

Segun los de mecánicos oficios

Quando labran diversos materiales

A un tan solo fin encaminados

Para la perfeccion del edificio

Cuya hechura toman entre manos:

Desta manera todos ocupados

En cosas al viaje convenientes,

Llegaron á ponellas en el punto

Que los efectos dellas demandaban:

Para los cuales el Gaspar de Rodas

Hizo de capitanes nombramiento,

Con otros necesarios oficiales:

Al Ospina nombró por su colega

Teniente general del campo todo;

Velasco, capitán de infantería;

Pineda, de la gente de caballo;

El general alfárez fué Molano;

Juan Arias Ruvian su consejero;

Hombre de gran discurso y experiencia;

Y á los que con oficios no podia,

Con preciadas preseas tornó gratos,

En tal manera que cualquiera dellos

A su moderacion quedó rendido.

Llegado pues el año de setenta,

A los seis dias del bifronte Jano,

Quando la santa Madre celebraba

La solenne venida de los reyes,

Al soberano Rey con oblaciones,

En aquellas regiones tiempo seco

Y para caminar acomodado,

Habiendo celebrado los oficios

Fray Pedro de Guzmán, dominicano,

Andaluz caballero, que con ellos

Tambien iba con otros religiosos,

Salieron con ardor á la demanda,

Prontos y atentos y las armas prestas,

Segun militar uso repartidos

Por obviar á los inconvenientes

Que podria parir algun descuido;

Porque los bárbaros no pierden punto

En aceptar dispuestas ocasiones

Quando se las ofrece la ventura.

Desta manera fueron caminando

Por alturas que son inevitables,

Asperas y fragosas serranias;

Y diez y siete dias consumidos

En aquellos caminos salebrosos,

Entraron sin hallar opuestas armas

En Tociná, provincia de Ibijico,

Indios cuyas astucias y cautelas

Vencen á las de Ulises y Sisifo,

Encomendados en un Juan Taborda;

Vecino de la referida villa:

Los cuales acudieron dando muestras

De paz, á la cual fueron admitidos,

Por ser las principales intenciones

De reducirlos al real servicio

Sin efusion de sangre ni venganza

De muertes ni de daños recibidos.

Alli se detuvieron en el campo

Algunos dias, y hicieron lista

Del número de gente que venia:

Hallaron ser los españoles ciento,

Hasta seis menos, pero todos ellos

De todas buenas armas pertrechados;

Los caballos pasaban de trescientos;

Setecientos los indios de servicio,

Y algunos etiopes, aunque pocos.

Pero para cualquier trance dudoso

Arrojados y determinados;

De vacas se llevaban cuatrocientas.

Quinientos puercos, antes mas que meros,

Y otros rebaños de menor ganado

Para sustento del cristiano campo;

Y con propósitos determinados

De no volver atrás sus estandartes

Hasta poner cristianos fundamentos

En medio deste rudo barbarismo,

Y subyectar durisimas cervices

Al prepotente rey de las Españas.

Alli pues estuvieron descansando

Del sudor y trabajo padecido;

Y entre tanto salia gente suelta

Por unas y otras partes descubriendo

Algunas poblaciones comarcanas,

Por ver la voluntad de los vecinos

Que para santa paz eran llamados,

Importunándoles con gran instancia

Evitasen los daños venideros

Y los dudosos fines de las guerras,

Que no siempre responden tan á gusto

Quando prometen los principios dellas:

Lo cual, habiendo tierra de por medio,

Quando colloquio se les ofrecia

Intérprete católico declarara

En idioma proprio de catinos.

Mas la caterva fiera y arrogante,

Fiando de sus fuerzas, les responde

Que sobre el caso se terná consulta,

Y enviarán al campo castellano

Clara resolution de sus acuerdos,

Que no podrá pasar del cuarto dia.

Aquesto se cumplió segun dijeron,

Mas no con la pacifica respuesta

Que nuestros españoles esperaban,

Antes contraria de su buen deseo;

La cual por ser principio desta guerra

Sanguinolenta, queda reservada

Al canto que se sigue despues deste.

## CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo los indios de la provincia de Pequí enviaron su embajada al campo de los españoles, y lo que en ella se contenía.

Cualquier hombre, por rústico que sea,  
 Ama su libertad y da de mano  
 Con toda la posible resistencia  
 Al yugo y observancia de las leyes  
 Que le hacen estar al cumplimiento  
 De nuevos vasallajes y tributos ;  
 Y tanta mas es esta repugnancia,  
 Cuanto mas suele ser envejecido  
 El uso y exención en que se cria.  
 Y así, como los bárbaros supiesen  
 Las españolas mañas, anhelantes  
 A que reconociesen vasallaje  
 Al amo que les fuese señalado,  
 Y ellos nunca tuviesen de costumbre  
 De dar á los extraños obediencia,  
 Antes como soberbios y arrogantes,  
 Criados en tan próspero terreno  
 Que siempre huellan por doradas venas,  
 Con que los ánimos se ensorbecen,  
 Presumían que todos se la deben  
 Y que sería de varones viles  
 Venir á menos del altivo punto  
 En que su presunción los tiene puestos :  
 Debajo de lo cual indios de Pequí,  
 Gente feroz y nunca domeñada,  
 Por el inducimiento de Sinago,  
 A quien esta provincia respectaba,  
 Se hizo junta de los principales  
 Para deliberar en su consulta  
 De las cosas tocantes á la guerra  
 Que por los españoles se movía.  
 Vinieron del Sinago dos sobrinos,  
 Yutengo y Aramé, mancebos fuertes  
 Y por heroicos hechos señalados ;  
 Vino Chacurí, vino Nuguireta,  
 Guaracho, Ereta, Panque, Agrebara,  
 Insignes en las armas y en consejo ;  
 Los cuales en consulta conferida  
 Determinaron resolutamente  
 De conservar su libertad antigua  
 Y no se subyectar al duro yugo  
 Que padecían otros sus vecinos :  
 Deste parecer fueron todos ellos,  
 Mayormente Sinago, que les dijo :  
 « Varones fuertes y en virtud constantes,  
 A cosas importantes nos juntamos,  
 Porque si bien notamos dura plaga,  
 No solo nos amaga, mas ya llega ;  
 Y aunque con paz nos ruega, sin ofensa,  
 Debajo della piensa dar de mala.  
 Al principio regala mano blanda :  
 Importuna demanda viene luego,  
 Fomento de gran fuego, porque priva  
 De libertad nativa y otros frutos,  
 Imponiendo tributos y servicios  
 De viles ejercicios, do perecen  
 Cuantos hoy obedecen sus mandados  
 Y mal considerados pareceres ;  
 Pues hijos y mujeres no reserva  
 Esta crúel caterva de ladrones,  
 Cuyas ocupaciones principales  
 Son robar los caudales del terreno  
 Y del sudor ajeno sustentarse,  
 Servirse y regalarse sin templanzas ;  
 En minas y labranzas los ocupan :  
 Al fin todo lo chupan y consumen.  
 Y así los que presumen de valientes  
 Deben mostrar los dientes y las manos :  
 Libremos de tiranos nuestra tierra ;  
 Hartémoslos de guerra, pues la quieren,  
 Que también dellos mueren los mas buenos,  
 Y acá no somos menos en pelea ;  
 El orden desto sea sin que lengua  
 Tardanza nos detenga ni retarde ;  
 El valeroso guarde sus regiones,

Y destas intenciones que tenemos  
 Luego les invidios razón clara :  
 Digales en la cara aquel que fuere  
 Que cualquier que venciere sirva al otro,  
 Pues caballo ni potro ni escopeta  
 No vence ni subyecta los catios,  
 Ni castellanos bríos serán parte  
 Para que de su marte caigan punto. »

Esto dijo Sinago, cuyo voto  
 De todos los caciques de la junta  
 Fué sin contradicciones aprobado ;  
 Y como confitados de sus fuerzas,  
 Acordaron que fuese mensajero  
 A les notificar á los cristianos  
 Sus determinaciones y deseo  
 De vellos y probar su valentía.

Deste mensaje prometió Yutengo  
 Ser cierto portador día siguiente ;  
 Y así, por no faltar de su promesa,  
 Llegó delante de los españoles  
 No mostrando pacifico semblante,  
 Antes agudos dardos en la mano,  
 Penachos variados ondeando,  
 Y diadema de oro, como suelen  
 Salir á sus guerreras competencias,  
 Y así brioso, fiero y arrogante  
 En su materna lengua les pregunta  
 Quién es el capitán que los gobierna :  
 Señalanselo luego, y él se pone  
 Delante con gallarda lozanía,  
 Diciéndole palabras semejantes :  
 « Capitán español, yo soy Yutengo,  
 No menos en valor que en bienes rico :  
 A denunciar la guerra cruel vengo  
 De Pequí, porque salgas de Ibijico ;  
 Si pides la razón, otra no tengo  
 Fuera de aquesta que te notifico,  
 Que es guerra capital á sangre y fuego,  
 Y la paz para siempre te la niego.

» El gran Sinago con sus dos sobrinos  
 Te suplican que vayas brevemente,  
 Porque ellos harán anchos los caminos  
 Por do metas ganados y tu gente ;  
 Lo mismo piden todos los vecinos  
 Que ya desean de te ver la frente ;  
 Pero para llegar buenos y sanos  
 Llevad prestas las armas y las manos. »  
 Oyó Gaspar de Rodas el mensaje,  
 Y díjole : « Yutengo, yo no creo  
 Que tanto se desee mi viaje ;  
 Mas pues lo dices tú que eres correo,  
 Diles que hago pleito y homenaje  
 De cumplillos muy presto su deseo,  
 Pero que tomen mas modestos modos  
 Porque la paz es buena para todos.

» Por fama te conozco ya, Yutengo,  
 Y tú también sabrás que yo soy bueno ;  
 Por largos dias y por tiempo luengo  
 Me vereis trastornar vuestro terreno ;  
 Por guerras ó amistades yo no tengo  
 De volverme las manos en el seno ;  
 A la partida ves mi gente presta,  
 Y aquesto puedes dalles por respuesta. »  
 Partióse luego, y el Gaspar de Rodas  
 Con algunos soldados se reía  
 Del brio y arrogancia del salvaje ;  
 Pero luego mandó que se prevengan  
 Para mudarse dentro de tres dias,  
 Así por no faltar de lo que dijo  
 Como porque los indios de Ibijico,  
 Atociná, Cucuba y Bererúa,  
 Y Rucabé, caciques principales,  
 Tenían por molesta la tardanza  
 De huéspedes tan llenos de bullicio ;  
 Y así les daban prisa, prometiendo  
 De les guardar la paz y las espaldas.

Llegóse pues el día señalado,  
 Y el campo fué marchando acia Pequí  
 Con todos los avisos necesarios  
 En los ásperos pasos y quebradas  
 Do podían hacelles algun daño ;  
 Mas no les sucedió por el camino

Dudoso cosa que de contar sea,  
Hasta que descubrieron lo poblado,  
Y asentaron real en un altura,  
Cuya comodidad los convidaba  
A reparar allí por algun tiempo,  
La duracion del cual diremos;  
Porque por ser principio desta guerra  
Convieni que hagamos nuevo canto.

## CANTO QUINTO.

Donde se da razon de lo que sucedió después que los españoles entraron  
en la provincia de Pequi.

Uno de los avisos importantes  
Que se pueden tener entre guerreros,  
Es saber escoger alojamiento  
En sitio fuerte, cuyas adyacencias  
Puedan señorearse con la vista,  
Y tenga leña y agua tan á mano  
Que sin que corran riesgo los sirvientes  
Usen inescusables ministerios.

Tal lo supo tomar Gaspar de Rodas,  
Como varon sagaz, y en este caso  
Ninguno mas mañoso ni solerte,  
El cual, llegando ya cerca de Pequi,  
Y á vista de los bárbaros vecinos,  
Se refirió, segun militar uso,  
En sitio que llamó la Lagunilla,  
En parte rasa y alta, proveida  
De las comodidades referidas,  
Y cuyas descendencias á lo llano  
Eran en gran manera salebrosas.  
Y este sitio tomó con pensamiento  
De no dejallo por algunos dias,  
Porque los bárbaros con la tardanza  
Perdiesen algo de su lozania;  
Los cuales, como viesen en su tierra  
La gente forastera que esperaban,  
Creyendo no hacer allí parada,  
Sino que prosiguieran su camino,  
Pusieron en concierto sus escuadras,  
Y ocuparon los pasos, desde donde  
Pudieran ser los nuestros ofendidos,  
Con sonora grita y algazara  
Y estruendo de atambores y cornetas;  
Todo lo cual cesó reconociendo  
Asentar tiendas en aquella altura,  
Y como no hicieron mudamiento  
Aquella noche ni siguiente dia,  
Considerando ser estratagemas  
Y haber dispusicion para celadas  
De parte de la gente peregrina,  
A causa de los altos pajonales  
Que rodeaban este círculo,  
Levantados, espesos, y de suerte  
Que podian tener hombres ocultos,  
Determinaron de ponelles fuego.  
El cual voló con impetu terrible  
De vientos furiosos ayudado,  
Por hallar la materia bien dispuesta  
A causa de la seca del verano.

Y así toda la tierra comarcana  
Quedó sin ocasion y descubierta,  
Escepto lo que con su diligencia  
De manos y de ramos guarecieron  
Los del alojamiento para pasto  
De bestias y ganados que traian,  
Que por algunos dias padescieron  
Mucha necesidad, por abrasarse  
Las partes do solian mantenerse.

Pasada la refriega del incendio,  
Al tiempo que la noche demediaba,  
Y el nubo tenebroso predomina,  
El capitán Pineda con cuarenta  
Soldados valerosos salió fuera  
Para hacer alguna buena suerte  
En indios que hallase mas á mano;  
Y en esta misma noche los caciques,  
Sin saber sus intentos, enviaron

Doscientos validísimos gandules  
A que secretamente se metiesen  
En aquel pajonal que reservado  
Fué por solicitud de los cristianos,  
Y en él permaneciesen basta tanto  
Que Febo desterrase los humores,  
Y cuando con sus carros fervorosos  
Oviese demediado la carrera,  
Y el cálido refracto de los rayos  
Tuviese ya la paja como yesca,  
Pusiesen fúego por dos ó tres partes,  
Porque los españoles acudiesen  
Sin orden ni recatos al remedio,  
Segun y como lo hicieron antes,  
Y al tiempo que los viesen ocupados  
En mitigar las llamas violentas,  
Les acometan con tan grande furia  
Que los compelan á precipitarse  
Por la derecha y áspera ladera:  
Donde huyendo del mortal conflicto  
Diesen en muerte vil y desastrada,  
Pues hallarian gentes cuyas manos  
Abriesen las católicas entrañas.

Salido pues el capitán Pineda  
Con orden de volver el mismo dia,  
Los bárbaros por parte diferente  
Subieron á la parte señalada,  
Donde sin ser sentidos estuvieron:  
Ocultos y encubiertos; y á la hora  
Que para poner fuego convidaba,  
De palos apropiados á tal uso  
Y presto movimiento de las manos  
Socaron fuego, con que brevemente  
Se levantaron llamas presurosas,  
Segun la fuerza del pasado dia,  
Y que causaron por su cercanía  
Mayor alteracion y sobresalto;  
Y así los españoles y el servicio,  
Incautos del ardid de los contrarios,  
Acudian á mitigar el fuego  
Todos con ramos verdes en las manos.  
Pero Gaspar de Rodas, como diestro,  
El astucia sintió puntualmente,  
Y mandó que ninguno se divierta  
Sino que se recojan á bandera,  
Hasta ver por adónde respondian  
Los indios, pues debian de ser mucosos  
Aquellos que tentaron aquel hecho.  
Y así puestos á punto de pelea,  
Cargados de mosquetes y arcabuces,  
Esperaron el acometimiento  
Del bárbaro furor, que como viese  
Estar en escuadron los españoles,  
Y no tentar de mitigar las llamas,  
Suena terrible grita y alarido,  
Y sale con el impetu que suele  
Amenazando para rompimiento,  
El cual con el impulso de las balas  
Fué reprimido con algunos menos,  
Volando de su parte los tostados  
Jáculos que venian bien espesos,  
Sin llegar á medir palo con hierro,  
Ni se les dió lugar á que durase  
Espaciosa distancia la refriega;  
Porque Pineda que se halló cerca  
Oyó luego la grita y alboroto,  
El fuego y estampida de los tiros,  
Y como can de casta generosa  
Que siente, rodeando la mauada,  
Ser saltada de rapace fiera,  
Y acude do berrea la juvenca  
De violentos dientes oprimida  
Para le dar socorro con los suyos:  
Ansí por las señales reconoce  
El conflicto crúel y la presura,  
Y á pasos presurosos dió la vuelta,  
De fluidos sudores empapado,  
Hasta llegar adonde pretendia,  
Que fué muy á su gusto, porque dieron  
En las espaldas de los indios fieros.  
Los cuales desta suerte saltados  
Y defraudados de sus pensamientos,

Tomaron por remedio la huida,  
 Haciendo grandes fieros, y diciendo:  
 «Mal nos ha sucedido la primera;  
 Mas tentaremos luego la segunda,  
 La cual daremos á cureña rasa,  
 Y será dentro de tercero día:  
 Entre tanto curad vuestros caballos,  
 Que nosotros haremos por tanto  
 A estos que llevamos por delante.»  
 Que fueron tres ó cuatro, sin que parte  
 Fuesen para quitárselos entonces,  
 Por no podellos ver á los principios.

Pero Gaspar de Rodas y los suyos,  
 Como saliesen bien desta borrasca,  
 Habida su consulta determinan  
 Salirlos á buscar antes que vengan;  
 Y así día siguiente caminaron  
 Cuarenta validísimos peones  
 Y Gonzalo de Vega por caudillo,  
 Soldado viejo bien acreditado,  
 De cortesanas partes, y en la guerra  
 No menos venturoso que valiente,  
 Con orden de pasar la contrapuesta  
 Quebrada Pequí, de la cual hereda  
 Y toma nombre toda la provincia.  
 Fuélos el general acompañando  
 Con veinte de caballo bien armados,  
 Quedando desta parte por reguardo  
 Y muro, si volviesen por ventura  
 Del bárbaro tumulto contrastados;  
 Porque pasar con ellos adelante  
 Erales imposible con caballos,  
 Por el impedimento de barrancas  
 Altas que perturbaban el pasaje,  
 Las cuales se lo dieron á peones  
 Cuando nocturna sombra los cubría,  
 Y con la misma fueron caminando  
 Hasta llegar al alto de una loma,  
 A cuyo pié después vieron un llano  
 Poblado de labranzas y apacible,  
 En cierta parte dél doce caneyes  
 Ó casas de vistosa compostura,  
 Moradas de los indios mas cercanas.

Allí, cuando la luz del sol doraba  
 De los escelsos montes las coronas,  
 Acometen diciendo: «¡Santiago!»  
 Andan lijeros piés y manos prestas  
 A recoger los bárbaros despojos:  
 Captívanse muchachos y mujeres,  
 Porque de gente para tomar armas  
 Muy pocos les hicieron resistencia,  
 Por se hallar absentes celebrando  
 Los tristes funerales de Sinago,  
 Que murió cuasi repentinamente,  
 Con intimo dolor de los vecinos,  
 Que de su gran valor y buen consejo  
 Tenían infalible confianza  
 En todas ocasiones belicosas;  
 Y así su falta se juzgó por todos,  
 A lo menos en esta coyuntura,  
 Por adversa señal y mal agüero.

Corrió la nueva pues por las labranzas  
 Cercanas, cómo pocos españoles  
 Entraron en el pueblo referido,  
 Y en breves horas, de mancebos verdes  
 Se convocaron mas de cuatrocientos  
 Que, como tigres fieros á balantes  
 Ovejas, acometen á los nuestros,  
 Y encienden luego sus pajizas casas  
 Segun y como tienen de costumbre  
 Cuando son infestadas de contrarios;  
 Unos hacían esto, y otros llenos  
 De flechas, dardos, piedras y de lanzas,  
 De que volando van nubes espesas,  
 Cercan el escuadron de los cristianos  
 Que, como gente diestra y animosa,  
 Defienden bravamente su partido  
 Y ofenden con las balas, cuyos vuelos  
 A muchos encaminan al infierno;  
 Mas todos ellos fueron poca parte  
 A reprimir la furia y el coraje  
 Que los movía, por lo cual convino

Volter con orden á tomar la loma  
 Antes que fuese de otros ocupada.  
 Fuélos siguiendo la caterva fiera  
 Hasta metellos en el angostura  
 Mas apropiada para su defensa,  
 Porque desdella mas seguramente  
 Se podían jugar los arcabuces  
 Con daño de los bárbaros fronteros  
 Que, como ya de tiros carecían,  
 Por habellos gastado con la priesa  
 Y obstinado furor con que vinieron  
 Y algunos estuviesen mal heridos,  
 Con pasos reportados se volvieron,  
 No sin intentos de tomar venganza  
 De los que fueron causa de su pena,  
 Los cuales libres, sanos y contentos  
 Llegaron á dar cuenta de lo hecho  
 Donde Gaspar de Rodas esperaba;  
 El cual, habiéndose certificado  
 De las disposiciones de la tierra  
 Y el cómodo de cosas necesarias,  
 Acordó de pasar allá su campo:  
 Había la quebrada de por medio,  
 Impedimento para los ganados,  
 Y para hacer paso conveniente  
 A Gonzalo de Vega le dió cargo  
 Con cantidad de indios y de negros,  
 Que con los necesarios instrumentos  
 Fueron apercebidos otro día,  
 Y treinta compañeros bien armados  
 Que les asegurasen las espaldas  
 Cuando pusiesen manos en la obra.

Salió con ellos, no con el orgullo  
 Ni con aquel semblante que solía  
 Cuando facilitando cualquier riesgo  
 A todos los movía y animaba,  
 Mas melancolizado y pensativo,  
 Con unos esperezos adivinos  
 Del trabajos fin y desventura  
 A do su duro hado lo llevaba,  
 Cuyo decreto desapiadado  
 Ejecutado fué por esta vía:

Antes de se llegar á la quebrada  
 Donde se concertó hacer camino,  
 Habían de pasar forzosamente  
 Por ciertos pajonales intrincados  
 De yerbas y de frutices diversos,  
 Con espesura tal y tan cerrada  
 Que fuera de una muy angosta senda  
 Con gran dificultad se caminaba,  
 Lugar dispuesto para que los indios  
 Pudieran dar algunos sinsabores;  
 Y el Gonzalo de Vega, conociendo  
 Esta disposición para su daño  
 A tales ocasiones obviando,  
 A los soldados dijo lo siguiente:

«Amigos, en aqueste lugar ciego  
 Podrían indios y serán bastantes  
 A dar algun mortal desasosiego  
 A los inadvertidos caminantes:  
 Bueno será que le pongamos fuego,  
 Y anticipémonos nosotros antes,  
 Porque bien arderá por ser pajizo.»  
 Parecióles muy bien, y así se hizo.

Mas como lo pusieron de mañana  
 Y las mas altas ramas estuviessen  
 Entonces algo lentas del rocío,  
 La menudilla yerba solamente  
 Se iba por debajo consumiendo  
 Sin llegar á las zarzas y virgultos;  
 Al fin, visto ser vana diligencia,  
 Pasó delante con los compañeros  
 Al principal efecto de su cargo,  
 Y el misero no ve que deja puestos  
 Lazos adonde caiga cuando vuelva,  
 Como le sucedió; porque ya llanos  
 Los ásperos barrancos del arroyo,  
 Y á sus alojamientos revolviendo,  
 Llegan al pajonal, que todavía  
 Humeaba por partes diferentes,  
 E ya con la gran fuerza de la siesta  
 Para tomar el fuego sazonado.

Mas, sin estímulos desta sospecha,  
 Por medio dél prosiguen su camino  
 Con viento que por puntos refrescaba  
 Los soplos dél á las espaldas dellos :  
 Estos invalecieron de tal suerte  
 Que levantaron presurosas llamas  
 Cuya sonora tempestad y furia  
 Vuela y á mas andar los va siguiendo.  
 El Gonzalo de Vega que quedaba  
 En rectaguardia, como conociese  
 El riesgo y amenaza de la muerte,  
 A grandes voces dijo : « Fuera, fuera,  
 Andar, andar, andar á parte rasa,  
 Porque si no tomamos la ladera  
 Con tiempo, nos haremos todos brasa. »

Huyen los delanteros velozmente,  
 Y él, como se quedaba rezagado  
 Por no dejar atrás alguno dellos,  
 Cuando quiso salir de la presura  
 Hallóse tan cercano de las llamas  
 Que tentó de saltar por medio dellas  
 Acia lo que quedaba ya quemado  
 Por ser lo mas seguro, confiando  
 De su velocidad y ligereza ;  
 Mas el impetuoso torbellino  
 Como si fuera paja lo arrebató  
 Y vuelta mas atrás, donde la nube  
 De la fumosa llama se tendia,  
 Dejándolo sin barbas ni cabellos,  
 Las manos, piés y rostros abrasados,  
 Ardiendo los vestidos, que quisiera  
 Rompellos y apartallos ; mas no puede  
 El miserable darse tanta prisa  
 Quel fuego mas no fuese penetrando,  
 Segun al gran Alcides la camisa  
 Vestida por engaño del Centauro.

Pasada pues la fuerza del incendio,  
 Al son de sus lamentos y gemidos  
 Volvieron compañeros á buscallo,  
 Y con apresurada diligencia  
 Empapan las ardientes vestiduras  
 Con agua que tenían á la mano :  
 Las cuales resibaban como cuando  
 En la ciscosa pila del herrero  
 Meten el instrumento caldeado ;  
 Y sin parar, en unos y otros hombros,  
 Lo llevan al real por dalle cura,  
 En vano, pues un dia solamente  
 Tuvieron vida los tostados miembros :  
 De que todos, por ser hombre bien quisto,  
 Manifestaron tierno sentimiento,  
 Y el general lo muestra mas acerbo  
 A causa de tenello por amigo,  
 El cual, después de dalle sepultura  
 Segun el tiempo y el lugar concede,  
 Determinó dejar aquel asiento  
 Y ranchearse donde mas propincuas  
 Tenga las ocasiones á que viene ;  
 Cuyos sucesos varios contaremos  
 En el canto siguiente, Dios mediante.

### CANTO SESTO.

el cual se da razon cómo Gaspar de Rodas pasó su campo á la provincia de Pequí, donde no se le hizo resistencia, antes algunos indios e dieron la paz.

Según sobre fortísima coluna  
 Se suele sustentar un edificio,  
 Y en tanto que ella dura no padece  
 Yactura, detrimento ni ruina,  
 Valor de un hombre solo también suele  
 Con las buenas industrias y consejos  
 Que tiene, conservar grandes estados ;  
 Pero faltándoles este cimiento  
 Y estribo que la fabrica tenia,  
 Los miembros que una voluntad guiaba  
 Suelen en diferentes dividirse,  
 Y por tener diversas opiniones  
 Unos y otros vienen á perderse,  
 Como la gente deste principado

De Pequí, con la muerte de Sinago,  
 De cuya voluntad y pareceres  
 Pendian todos los de los vecinos ;  
 Pero como faltó, cada cual dellos  
 Quiso hacer cabeza de su juego,  
 Y así Gaspar de Rodas con su gente  
 Entró sin que hallase resistencia,  
 Antes Yutengo y Aramé su primo  
 Quemaron sus asientos y labranzas  
 Y con la gente que seguirlos quiso  
 Se fueron al partido de Carauta.  
 Los otros, que de mal se les hacia  
 Dejar sus casas y sus propiedades,  
 Aceptaron la paz que les pedian,  
 Debajo de la cual los españoles  
 Eran medianamente regalados  
 El tiempo que estuvieron en su tierra,  
 Que fué de tres semanas, porque luego  
 Fueron á la provincia de Norisco,  
 De grandes poblaciones, y abundante  
 De los mantenimientos necesarios,  
 Rica de telas de algodón y oro,  
 Cuyos caciques eran dos hermanos,  
 Quel uno se llamaba Bayaquima,  
 Otro Tacujurango, ricos hombres,  
 Con otros principales que salieron  
 Ansinismo de paz, dando preases  
 De sus preciadas telas y oro fino.

Allí pararon por algunos dias,  
 A causa de ser tierra proveida ;  
 Mas como Febo visitar queria  
 De los doce chatones el primero  
 El estrellado cinto que rodea  
 Toda la redondez oblicuamente,  
 Y entonces en aquellos hemisterios  
 Sabian que venian ya cercanos  
 Los procelosos nimbos del invierno,  
 A todos pareció que convenia  
 Pasar á la provincia de Itúango,  
 Do se remata ya la tierra rasa,  
 Por la rica noticia que les daban  
 Los indios principales de Norisco,  
 Diciendo ser la tierra de Itúango  
 Tal que satisfaria su cudicia  
 Así de oro como de sustento ;  
 Cuyos caciques eran caudalosos,  
 A lo menos Tecuce y Agrazaba,  
 Dos señores, hermanos valerosos,  
 Que los harian fácilmente ricos ;  
 Esto decian todos, mayormente  
 Tacujurango que, con el deseo  
 De vellos fuera de su territorio,  
 Al general habló desta manera :  
 « Capitan, si pasares adelante,  
 Los tuyos no serán trabajos vanos,  
 Pues verás tierra rica y abundante  
 De baslimentos y dorados granos,  
 La cual afirmo que será bastante  
 Para poder llenaros ambas manos,  
 Porque demás de ser provincia bella  
 Es una pasta de oro toda ella.

» Traeis para poblar en buen terreno  
 Encaminadas vuestras voluntades :  
 Ninguno hallareis tal ni tan bueno,  
 Ni tan á punto las comodidades ;  
 Por todas sus distancias aquel seno  
 Tiene las convenientes cualidades :  
 Alegre suelo, talantas y alto,  
 Y que de sanidad nunca fué falto.

» De nosotros podrás asegurarte,  
 Ya que la paz habemos prometido,  
 Que se sustentará por nuestra parte  
 Con vinculo que no será rompido,  
 Antes en socorrerte y ayudarte  
 Aquí podrás tener favor cumplido :  
 Desto que digo no hallarás cosa  
 Que con razon la llares fabulosa. »

Esto certificó Tacujurango,  
 Y aunque no fué segun encarecia,  
 Los nuestros con aquellas buenas nuevas  
 Determinaron de hacer viaje  
 A la provincia que les alababa,

Con intenciones de poblar en ella,  
Efecto grandemente deseado  
De todos cuantos van en la jornada,  
Que ya se prometían grandes rentas  
Así de minas como de tributos  
Impuestos á los indios que les diesen  
Segun uso comun en encomienda.

Salió pues nuestra gente de Norisco  
Con los caciques dél que la guiaban,  
Los cuales, ó por no saber caminos  
Mas apacibles, ó con mal intento,  
Iban por salebrosas asperezas,  
Riscos y peñascales, donde siempre  
Andaban ocupados gastadores  
Haciendo paso para los caballos,  
Con tanta pesadumbre todas horas  
Que no puede por letras explicarse.

Al fin en Itúango los metieron  
Adonde comenzaba lo poblado,  
Cuya vista no fué de tanto gusto  
Cuanto fueron los encarecimientos  
De los que de Norisco los movieron,  
Y así por no salir tan puntuales  
Pusieron muchos dellos á recado,  
Aunque se disculpaban con decilles  
Estar mas adelante la grandeza;  
Y á questo desengaño dos soldados  
Insigues lo tomaron á su cargo,  
Que fueron descubriendo por las lomas  
Hasta llegar á parte de do vieron  
Un pueblo de cien casas populosas,  
Cuyos confines, campos y repechos  
Tenian buena copia de culturas,  
Adonde por gozar de mejor sitio  
El campo se pasó; pero los indios  
Cuando los vieron ir no se tardaron  
En convertir sus casas en ceniza,  
Ansimismo talando las labranzas  
Que les podían dar mantenimiento;  
Lo cual fué causa de que padeciesen  
Grave necesidad, y mayor fuera  
Si no se socorrieran del ganado  
Y fructa de aguacates que hallaban  
En grande cantidad, cuya hechura  
Es á similitud de pera verde,  
Aunque mayor y de mas largo cuello,  
De gusto simple cuasi de manteca,  
Ningun olor, mas tales hay que tienen  
El del anís, y su sabor el mismo,  
Una pepita sola, y esa grande  
Poco menos que huevo de gallina:  
Es fruta sana, y es el arbor alto,  
No muy hojoso, mas de buena vista.

Destos se sustentaron algun dia,  
En tanto que candillos diligentes  
Que la tierra corrian por momentos  
Descubrian asiento mas propicio;  
El cual no se hallaba, porque todos  
Estaban abrasados, y los indios  
Dentro de las montañas comarcanas  
En pueblos de sus deudos recogidos.  
Y á questo visto por Gaspar de Rodas,  
No quiso fundar pueblo por entonces,  
Y aun opiniones hubo que decían  
Haber sido su principal intento  
Hacer que estas provincias acudiesen  
A servir á la villa de Antioquia,  
Por engrosar las suertes que tenia  
Y otros particulares intereses,  
No sin agravio de los que vinieron  
A le favorecer en la jornada,  
En confianza de que fundaría  
Nuevos albergues do permaneciesen  
Siendo señores de repartimientos,  
Como lo suelen ser en estas partes  
Aquellos que conquistan nuevas tierras.

Esta sospecha pues tuvo principio  
De ver la dilacion y la tibieza  
De un razonamiento que les hizo,  
Cuya substancia fué la que se sigue:  
« Carísimos amigos, claramente  
Conoceis el engaño del viaje,

Pues todo lo hallamos diferente  
De lo que dijo bárbaro lenguaje:  
Páreceme ser cosa conveniente  
Buscar invernadero y estalaje,  
Pues seco tiempo no será bastante  
Para poder pasar mas adelante.

» Estamos al remate del verano,  
Cuando preparan ranchos y cabañas  
Los que se temen del rigor cercano  
De las molestas y lluviosas sañas;  
Y así no tengo por parecer sano  
Meternos de presente por montañas,  
Aunque mas ricas y pobladas sean,  
Pues ternemos sazon en que se vean.

» Salidos del compás de la zavana  
Los caballos y yeguas y el vacuno,  
Si se dice verdad, es cosa llana  
Que el pasto que ternán será ninguno,  
Y ayunará la gente castellana  
Si le hacen á él estar ayuno,  
Por ser como sabeis en los extremos  
El principal recurso que tenemos.

» Hallareis otros mil inconvenientes  
Los que ya conoceis las travesuras  
Destas imites y mudables gentes  
Que no pierden las buenas coyunturas;  
Y así con los amigos mas patentes  
Las espaldas dejamos mal seguras.  
Pues cuando muestran mas quieto pecho  
Es para perpetrar algun mal hecho.

» Y con quien tiene tan ruines deijos,  
Como sabemos ya por experiencia,  
No tengo por seguro que á lo lejos  
Determinemos de hacer ausencia,  
Antes en puestos que les son anejos  
Convienne que hagamos asistencia,  
Pues cuanto mas cercanos á su planta  
Tanto mas su braveza se quebranta.

» Mas aunque nos detengan los rigores  
Del agua, no estaremos tan quietos  
Que no vayan en tanto corredores  
A descubrir sus casas y secretos,  
Y vean qué lugares son mejores  
Para poner en obra los concetos:  
Mi parecer es este de presente,  
Salva la correccion del que mas siente.»

Dijo, y á los de sanas voluntades  
Parecieron razones concluyentes,  
Y que su discursion y racionio  
Era debajo de comun provecho;  
Y así muchos dijeron que la traza  
Que daba para todos era buena,  
Mas los del nuevo reino de Granada  
Confirmáronse mas en la sospecha,  
Y ser todas aquellas dilaciones  
A fin de no poblar, y que tiraba  
A sus particulares intereses:  
A questo murmuraban muchos dellos;  
Mas Francisco de Ospina cuerdatamente  
Por todos respondió desta manera:

« Señor, no me parecen mal fundadas  
Las razones de vuestro parlamento,  
Y basta para ser verificadas  
Ser orden de tan buen entendimiento;  
Pero las cosas bien examinadas  
Se hacen con mayor acertamiento,  
Por no ser tan cabal mortal aviso,  
Que tenga siempre parecer preciso.

» No quiero reprobar parecer vuestro,  
Porque me consta ser bien acordado  
Buscar invernadero como diestro,  
Antes que llegue tiempo destemplado;  
Mas este sea para siempre nuestro  
Y por su Majestad pueblo fundado,  
Con diligencias fijas y bastantes,  
Segun piden negocios semejantes.

» Porque con este mismo pensamiento  
Dejamos vuestras casas y sosiego,  
Y vos manifestastes tal intento  
Al tiempo que cumplimos vuestro ruego;  
No siento ni lo hay impedimento  
Para que lo dejéis de hacer luego:



Hacedlo; cumplireis con vuestro oficio,  
Y á Dios y al rey hareis muy gran servicio.

» Todos lo piden, nadie lo defiende;  
Hay de por medio buenas ocasiones,  
Y es la principal cosa que pretende  
Don Alvaro, que dió las comisiones;  
Si alguno con sospechas os ofende,  
Con esto se deshacen opiniones,  
Pues verán que la suya fué siniestra,  
Y quedará sin mácula la vuestra.

» Vuestra merced por tanto se declare  
Y sin perplejidad nos encamine  
A la resolución que mas cuadrare,  
Para que cada cual se determine;  
Porque si de la nuestra discrepare,  
Yo me quiero volver por donde vine  
A mi reposo y á mi residencia,  
Y desde luego pido la licencia.»

Dijo, y aunque se tuvo cumplimiento  
Por el Gaspar de Rodas con Ospina,  
No fué tan á su gusto que viniese  
A declararse como se pedía;  
Y así sobre volver á sus haciendas  
Y al nuevo reino hizo tal instancia,  
Que se le concedió libre licencia  
Con veinte de los mas aventajados  
A le hacer escolta, hasta tanto  
Que lo dejasen ya fuera de riesgo.  
Y así se despidió de sus amigos  
Con íntimo dolor de todos ellos  
Y desconsuelo general del campo,  
Por ser varón á todos agradable  
Y de tal condición que nunca supo  
Negar favor á quien se lo pedía  
Ni para hacer bien cerrar la mano.  
Y desta causa cada cual hablaba  
Contra Gaspar de Rodas, el cual viendo  
Quedar toda la gente desabrída,  
Por deshacer vanillocos concilios  
Mandó que luego salga Juan Velasco,  
Gran carillo del Francisco de Ospina,  
Con cuarenta soldados diligentes  
A descubrir el gran río de Cauca,  
Do cae la provincia de nutaves,  
Bravísima nación y rica de oro;  
Ansimismo mandó por otra parte  
Que saliese con veinte compañeros  
Pero Fernandez de Rivadeneyra,  
Gallego valeroso y esforzado  
Y del Ospina no menos amigo,  
A descubrir el gran valle de Teco,  
Y él se quedó con los mas impedidos  
Y menos sospechosos en el campo,  
Con lo cual como capitán prudente  
Desbarató nubladas confusiones  
De los que miden sin hacer discurso  
La justicia y razon por sus antojos.

Dejando pues al Francisco de Ospina  
En tierra que constaba ser segura,  
Aquellos veinte que le fueron dados  
Para seguridad de su persona  
Al campo se volvieron con gran priesa,  
Por la que se les daba por los indios,  
Que fueron salteados á la vuelta:  
Para satisfacion de su trabajo,  
Y por sus buenas mañas y destreza,  
Llegaron con salud y con ganancia.  
Y el Francisco de Ospina ya llegado  
Con otros á la villa de Antioquia,  
Al gobernador hizo mensajero  
Dándole cuenta de lo sucedido,  
Y cómo fué su gasto sin provecho,  
Porque Gaspar de Rodas atendía  
A lo que le tocaba solamente,  
Y que reconocido su diseño  
Determinó volverse de menguante,  
Lo cual sonó muy mal á los oídos  
De su gobernador, y con enojo  
Acordó revocarle los poderes  
Y daltos á su hermano don Alonso,  
Segun declararemos adelante  
A tiempo que convenga, pues agora

Será justo volver á los que fueron  
A descubrir las gentes de nutaves,  
Y valle donde fué Rivadeneyra.

## CANTO SETIMO.

Donde se da relacion de lo sucedido á Juan Velasco y á Pedro Fernandez Rivadeneyra, en la provincia de los nutaves y valle de Teco.

De cuánto precio sea la templanza  
Medida y regulada con prudencia  
Para quietar alborotados pechos  
Cuando de la razón pierden las riendas,  
Bien se manifestó, segun dijimos,  
En el orden que dió Gaspar de Rodas,  
Pues con los ocupar en honorosos  
Cargos, y dividillos en dos partes  
Con gente de quien él se confiaba,  
Gesaron confusiones arrojadas  
A mas encarceradas pesadumbres.  
Y así los dos caudillos que la parte  
Seguian del Ospina, convencidos  
Del cortésano término que tuvo  
El general haciendo confianza  
De sus personas en aquel viaje,  
Con ánimos quietos y obedientes  
Siguió cada cual dellos su derrota.  
Y el Juan Velasco, por aquel paraje  
De montañas do viven los nutaves,  
Prosiguió su camino hasta tanto  
Que vió las aguas del potente río  
De Cauca y una puente de bejuocos  
A la cual le llamaban los antiguos  
Españoles la puente de Aberunco,  
Asaz nombrada, pero los modernos  
Puente de Negueri, por un cacique  
Guerrero que después allí vivía,  
Le llaman de presente: desde donde  
En la contraria banda descubrieron  
Amenio valle de zavanas rasas  
Por una y otra parte bien poblado,  
Y cuyas apariencias eran tales  
Que deleitaban los humanos ojos,  
Deseosos de ya ver tierra clara;  
Porque los territorios circunstantes  
Por una y otra parte son montañas,  
Aunque pobladas y de gente rica,  
Por razon de las minas que poseen,  
Que son en gran manera caudalosas.  
Al raso pues adonde dieron vista  
Le llamaron el valle de la Vieja,  
Por una que prendieron en la puente,  
Mujer negociadora que tractaba  
Por aquella comarca como muchas  
Viudas allí tienen de costumbre;  
Mas, en aquel viaje, de sus tractos  
Otros arrebataron la ganancia  
Quitándole preseas que valían  
Arriba de mil pesos de buen oro,  
Y si por cambio dellos algo dieron  
Sería bofetones el retorno,  
Porque les diese fargas relaciones  
De lo que la provincia contenía,  
Y ella les declaró por cosa cierta  
Ser su prosperidad engrandecida,  
Pero los moradores belicosos  
Y prestos siempre para su defensa.  
Lo cual se mostró bien, pues en sabiendo  
Venir en su demanda los barbudos,  
Cargó tal multitud sobre los pocos,  
Que de comun acuerdo concertaron  
Irse con buen aviso retrayendo  
Al castellano campo (donde dieron  
Enteras relaciones de lo visto)  
Dentro del tiempo que les señalaron,  
Lo cual Rivadeneyra nunca hizo,  
Porque tomó mas dias de demora  
De los que se le dieron limitados,  
De donde resultó qué y los suyos  
Corriesen grande riesgo de la vida  
Habiéndoles cabido buena suerte

A los principios, sin tener zozobra,  
A causa de que entraron en el valle  
A hora que los ojos ocupaba  
Nocturna quietud y blando sueño;  
Y así prendieron gran copia de gente,  
Y al principal cacique de la tierra  
Con todas las preseas y caudales  
Que tienen hombres ricos, sin sospecha  
De ser acometidos y asaltados;  
Mas no supo gozar desta ventura  
Por esperar á la tener mas llena  
Rogado del cacique, que le dijo:

« No cumple, capitán, tan brevemente  
Hacer esta mudanza ni desvío,  
Si quieres buen rescate desta gente  
Y salir de miseria con el mío,  
Porque lo daré tal que te contente,  
Y demás desto todo buen avío,  
Como dos ó tres dias mas esperes  
Para llevar el oro que quisieres.

» Ya saben cómo estoy aprisionado  
Mis amigos, mis deudos y herederos,  
De los cuales estoy bien confiado  
Que vernán ellos ó sus mensajeros  
A dar dentro del tiempo señalado  
Por mi rescate copia de dineros;  
Y á trueco de llevar mayor ganancia,  
Dos dias mas es breve la distancia.»

Esto dijo debajo de cautela  
Aquel astuto bárbaro, y el otro  
Vencido de cudicia, comun lazo  
En que caen los hijos deste siglo,  
Creyó la falsedad del enemigo,  
De quien aun la verdad es sospechosa,  
Pues es de presumir cuando la dice  
Ser para dar sazón á sus engaños;  
Y así llegada ya la madrugada  
Del dia que esperaban la riqueza,  
Acometióles tempestad horrible  
De flechas, piedras, dardos y macanas,  
Y tan apresurado torbellino  
Como viento tifónico revuelve  
Cuando con mas furor se precipita  
Y de sus soplos fuertes impelidas  
Las cosas ponderosas van volando:  
De tal manera que los españoles  
Fueron de sus asientos removidos,  
Atentos todos ellos solamente  
A las seguridades de sus vidas,  
Sin dárseles lugar á que reteigan  
La presa de captivos ni despojos,  
Antes en momentánea distancia  
Fueron desposeídos, y así dejaron  
Algunas cosas mas que ellos traían,  
Juzgando por grandísima ventura  
Escapar con las armas en las manos,  
Con cuyos presurosos golpes hienden  
Cabezas y andan miembros palpitando  
De los que quieren mas aventajarse  
En aquel furioso rompimiento.

Adonde sin temor de las respuestas  
A dura resistencia se abalanzan,  
Mas no sin el castigo sanguinoso  
Que sacan los que llegan á las manos,  
Que no quieren atarse ni rendirse  
A la dispusición de las contrarias;  
Porque con los aceros afilados  
Y violentas pilulas de plomo  
A muchos entregaban á la muerte,  
Y á los demás templaban el orgullo  
Para que no llegasen tan sin freno  
A los que caminaban retrogradados  
A su campo, mas no tan libremente  
Que no les fuesen siempre dando caza,  
Sin que cesasen de una y otra parte  
Los jaculos y tiros salitrosos,  
Y sin que con obscuro ni con claro  
Les diesen un momento de reposo,  
Hasta llegar cercanos al asiento  
Adonde el general los esperaba.  
Cuyos oídos como percibiesen  
El estampida de los arcabuces,

Reconoció la quiebra que traían  
Y despachó socorro de soldados  
Que llegaron á buena coyuntura  
A los que deseaban el presidio,  
Porque demás de que venían faltos  
De municiones para defenderse,  
Estaban muchos dellos mal heridos,  
Y mas el capitán Rivadeneyra,  
A quien en las horrisonas refriegas  
Dieron cinco flechazos peligrosos,  
Y todos se juzgaban por perdidos  
A no llegar la gente de refresco;  
Pero con su favor fué rebatido  
El bárbaro tumulto brevemente,  
Y sanos y heridos españoles  
Llegaron á su campo, donde fueron  
Con la posible cura reparados,  
Cortándoles las carnes lastimadas,  
Y con ardientes hierros las heridas  
Quemadas fuertemente, porque pierda  
El veneno mortífero la fuerza,  
Por ser de los antidotos aqueste  
El que se tiene por mas eficaz.

Luego Gaspar de Rodas, viendo flaco  
Recurso de comida en Itúango,  
Y comenzar las aguas del invierno,  
Determinó, por ser mas proveída,  
Volver á la provincia de Norisco;  
Y así para buscar gente de carga  
Salió por capitán Andrés de Soria  
Con treinta compañeros bien armados,  
El cual en breve tiempo trajo mucha  
Gente de los confines de Agrazava.  
Y este cacique, como no pudiese  
Quitar la presa por salirse fuera  
El Soria brevemente con el salto,  
Vino de paz con otros principales,  
Y al general le dió copia de oro,  
Así por amistad y vasallaje  
Como por redempción de sus captivos  
Que llevaron las cargas á Norisco;  
Donde hasta pasar el hiemal curso  
Tuvieron sitio bien acomodado,  
De cosas necesarias proveído  
A las expensas de Tacujurango.

Salió luego Pineda con cincuenta  
Soldados animosos al castigo  
De Teco, por aquel atrevimiento  
Que tuvieron y queda declarado;  
Y como fueron bien apercebidos  
Y en ajenas cabezas avisados,  
Tomaron á su gusto la venganza  
Sin que bárbara mano les ofenda  
Ni pueda resistir á la cristiana.  
La cual, después de Teco castigado,  
Rompió por la provincia de Cúisco  
Y por Araque y valle de Túingo,  
Que las corrientes del Genú visitan  
Y hacen rico con dorados granos,  
Cuyas impetuosas aguas vienen  
De Carauta, Itúango, Ceracuna,  
Y guían con aumento su carrera  
Por Guacuceco, Nitaná, Pubio,  
Pebere y otras tierras montuosas  
De naciones crueles indomables  
Y de riqueza que es inestimable  
Por los veneros prósperos que tiene  
El húmido compás destas montañas.  
Cuyos secretos deseaban todos  
Hacer deste viaje manifestos;  
Y así, sin atender al limitado  
Tiempo que se les dió para la vuelta,  
Preguntaron á indios de Túingo  
Cuales provincias eran mas pujantes  
En oro y en vecinos, de las cuales  
Pudiese resuntalles mas provecho,  
Porque los dejarán sus casas libres  
Y luego partirán en su demanda:  
Los indios, ó por ser sus enemigos  
Los que vivían á los nacimientos  
Del rio del Genú conmemorado,  
O por enemistad continuada

Que tienen á las gentes españolas,  
 Callaron la verdad, diciendo: « Pobres  
 Son todas las provincias adyacentes  
 A las marinas ondas y riberas;  
 Mas á las cabezadas deste rio  
 Hallareis poblaciones opulentas,  
 Y gozareis de próspera ventura;  
 Que tal es la que tienen sus vecinos  
 En quietud y ocio, porque nunca  
 Allí llegaron gentes extranjeras  
 Que sus ricos caudales disminuyan.»  
 Fueron aquestas nuevas apacibles  
 A nuestros españoles, y dejando  
 Abajo lo que mas les convenia,  
 Siguiéron la derrota de Carauta,  
 Espacio de tres dias de camino  
 Por páramos y riscos levantados  
 De tierra frigidísima y helada,  
 Que la hacia mas intolerable  
 La pluviosa fuerza del invierno.

Hallaron buen abrigo, porque luego  
 Les salieron de paz los moradores,  
 Aparentándolos benignamente  
 Con todos los regalos y caricias  
 Que podía hacerles gente pobre;  
 Pero de los soldados por ventura  
 Algunos indios fueron agraviados,  
 Pues que por un atajo no sabido  
 De nuestros españoles, que pensaban  
 Estar prolijas leguas de su campo,  
 Fueron al general á dar querellas  
 Contra los que hicieron el agravio;  
 Y por Gaspar de Rodas entendida  
 La razon y la parte donde estaban,  
 Después de halagar los querellantes,  
 Despachólos con cartas, por las cuales  
 Al Pineda mandaba que se vuelva,  
 Y á los demás que no le reconozcan  
 Por capitán, ni pasen adelante,  
 Sino que luego, pues están cercanos,  
 Procuren de venir á su presencia.  
 Abreviaron los indios el camino  
 Y dan las cartas á los descuidados  
 De recibillas, donde presumian  
 No poderse tener noticia dellos;  
 Pero sin recusar el cumplimiento  
 De lo que les mandaba, se partieron  
 Por el camino breve que los indios  
 Usaban en los tractos de Norisco,  
 En aquel tiempo via peligrosa,  
 A causa de pasar por un altura  
 De tierra rasa, fria, despoblada,  
 Que páramo llamamos comunemente,  
 Do corren insufribles ventisqueros,  
 Imbriferos y tales que traspasan  
 Sus pluviosos soplos las entrañas,  
 De donde resultó quedarse yertos  
 Y sin vital calor doce sirvientes,  
 Y á dos ó tres soldados cuya ropa  
 Era de poco tomo, por librallos  
 Del áspero rigor del viento y agua,  
 Los fueron á gran prisa varcando  
 Para les dar calor, por ser remedio  
 En tal necesidad con que se escapan  
 Algunos deste gélido rocío.

Al fin saliendo desta destemplanza  
 Llegaron á Norisco, temple grato,  
 Donde del general y los amigos  
 Fueron reprehendidos por el yerro  
 De no seguir el curso de las aguas  
 Del rio del Cenú por el abajo,  
 Cuya noticia que tenían antes  
 Les prometia prósperos despojos.

Mas no faltó quien por tentar la suerte,  
 Del yerro recibió contentamiento:  
 Este fué Juan Velasco, deseando  
 Hacer aquel viaje, y así pide  
 Con gran instancia se le dé licencia,  
 La cual le concedió Gaspar de Rodas,  
 Con orden que no fuese la tardanza  
 En dar la vuelta mas de treinta dias.

Partió pues Juan Velasco con cuarenta

Destrísimos soldados y animosos,  
 Los cuales ya llegados á la parte  
 Donde Pineda tuvo ranchería,  
 Bajaron por orillas de aquel rio,  
 Y en menos de dos dias de jornada  
 Descubren generosas poblaciones  
 Que se continuaban por espacio  
 De mas de veinte leguas, tierra fértil,  
 De saludables aires y apacible  
 Ampollada de cerros sin montañas,  
 Sino zavanas llenas de culturas.

Dieron en los primeros moradores,  
 Incautos, sin sospechas deste daño,  
 Adonde recogieron manos prestas  
 Chaguallas y otras joyas de oro fino,  
 Y demás desto cantidad de ropa  
 De tela de algodón y otras preseas  
 Preciadas entre bárbaro gentio,  
 De maíz casas llenas, y cecinas  
 De puercos, jabalíes y venados,  
 Abundancia de sal y de pescado,  
 Diversas frutas y regalos otros  
 Que producen las tierras abundantes;  
 Y con aqueste cebo procedieron  
 Por esta poblacion continuada  
 Dos ó tres dias mas, y como viesén  
 Quedar á las espaldas mucha gente,  
 Antes que se convoquen los vecinos  
 Derramados en varias granjerías  
 En aquella sazón, determinaron  
 De se volver con esta rica presa  
 Al castellano campo, donde fueron  
 Con aplauso solemne recibidos,  
 Así por los despojos que traían  
 Como por la razon que se les daba  
 De lo que la provincia prometia,  
 A la cual unos y otros anhelaban;  
 Y así Gaspar de Rodas pidió votos  
 Para fundar ciudad en Iúango  
 En parte convenible, y en asiento  
 Cuya comodidad correspondiese  
 A lo lejano y á lo mas vecino;  
 Y de conformidad de todos ellos  
 Escogieron el sitio que diremos  
 En el octavo canto que prometo.

## CANTO OCTAVO.

Donde se trata de la fundacion de la ciudad llamada San Joan de Rodas, y cómo á Gaspar de Rodas le vino nueva que don Alvaro de Mendoza enviaba á su hermano don Alonso de Carvajal, para que le sucediese en el cargo.

Al tiempo que por proprio movimiento  
 Apolo visitaba la doncella  
 Con sus dorados rayos influyendo  
 Secas operaciones con templanza,  
 Y en estos hemisferios comenzaban  
 Los apacibles dias del verano,  
 Gaspar de Rodas con sus españoles  
 Salió de la provincia de Norisco  
 Y en Iúango puso sus banderas;  
 Donde después de tantear la tierra  
 Y aquellos términos que pretendia  
 Hacer anjos á la nueva planta,  
 Parecióle ser sitio conveniente  
 La parte que llamaban Paramillo,  
 Que distaba dos leguas poco menos  
 Del rapidísimo rio de Cauca,  
 Y allí fundó ciudad en obediencia  
 Del máximo monarca don Filipo,  
 Con nombramiento de San Juan de Rodas,  
 Porque el del fundador fuese notorio  
 A la posteridad en aquel suelo:  
 Lo cual fué por el año de setenta,  
 A diez dias andados de setiembre.

Nombrado pues cabildo y regimiento  
 Y hechas las comunes diligencias,  
 Con día, mes y año, según suelen  
 Hacerse semejantes fundaciones,  
 Revolvió sobre Pequí é Iñijico,

Provincias mas cercanas de Antioquia,  
 Para mas subyectar los moradores  
 Y dalles á entender cómo tenían  
 De dar el vasallaje y obediencia  
 Al prepotente rey de las Españas,  
 Y acudir con demoras y tributos  
 A quien por él les fuese señalado;  
 Y cuando lo de Pequí visitaba  
 Con el intento que tenemos dicho,  
 Recibió cartas de los de Antioquia,  
 Por las cuales avisan que venia  
 Para tomalle cuenta de lo hecho  
 El don Alonso, como ya tractamos  
 En las quejas de Francisco de Ospina:  
 Lo cual sabido por Gaspar de Rodas,  
 Volvióse con la gente que tenía  
 Al nuevo pueblo que dejó fundado,  
 Y repartió la tierra por soldados,  
 Segun lo que juzgó de cada uno,  
 No tan á gusto de conquistadores  
 Que no dejase muchos descontentos,  
 Por ser cosa comun en tierras nuevas  
 El querer cada cual ser preferido,  
 Y es imposible que el humano seso  
 Vaya tan regulado y advertido  
 Que se pueda medir con el de todos  
 En cosas de interese, mayormente  
 Cuando de pundonor llevan mistura.  
 Aumentóse también aqueste odio,  
 Porque las suertes y repartimientos  
 De Pequí é Ibijico no se dieron  
 A los del pueblo de San Juan de Rodas,  
 Antes á Santafé las adjudica,  
 Tomando para sí lo mas granado,  
 Porque segun parece fueron antes  
 A los vecinos della repartidos.  
 Puestas en estos términos las cosas  
 Que por su voluntad se disponían,  
 El Rodas se partió para su casa,  
 Dejando su poder á Juan Velasco  
 De justicia mayor y de teniente,  
 Con orden que dejasen aquel sitio  
 Y en el valle de Teco se plantase  
 El nuevo pueblo con el mismo nombre,  
 Porque le pareció ser mejor puesto  
 Para su duracion y permanencia,  
 Y ser el sitio donde fundó pueblo  
 Años antes el don Pedro de Heredia,  
 Que duró poco, como queda dicho  
 En lo que se tractó de Maritúe,  
 Del cual salieron pocos con la vida,  
 Y entrellos el buen padre Juan de Frias.  
 Allí pues se mudó con descontento  
 De muchos que con estas pesadumbres  
 Determinaron de hacer ausencia,  
 Hurtándose por via fugitiva  
 E yéndose la vuelta de Antioquia;  
 De donde resultó que los de Pequí  
 Matasen al pasar por su provincia  
 Algunos españoles principales,  
 Que tales fueron un Gonzalo Verde  
 Y Alonso Maldonado, dos soldados  
 Indignos de remate tan acerbo;  
 Pero Gaspar de Rodas llegó salvo  
 A Santafé, do fué bien recibido  
 De todos sus amigos y vecinos,  
 Quejoso de don Alvaro, diciendo  
 Que en pago de servicios señalados  
 El cargo le remueve y enviaba  
 Juez que le tomase residencia;  
 Mas aquesta cesó, porque le vino  
 Entonces al don Alvaro la suya,  
 Y habia para gobernar la tierra  
 Llegado don Hierónimo de Silva,  
 Y en la misma sazón y coyuntura  
 El Andres de Valdivia, de la corte,  
 Con el gobierno dentre los dos rios:  
 El cual, como ya queda declarado,  
 Siendo por Lucas de Avila movido  
 Y á sus espensas propias aviado,  
 A costa de quien dél se confiaba,  
 Trajo gobernacion ya desmembrada

De la de Popayán, como la vemos.  
 Fué su llegada pues mes de febrero  
 Y por el año de setenta y uno  
 A Santafé, la villa de Antioquia,  
 Adonde presentó las provisiones  
 Que por su Majestad le fueron dadas;  
 Y aunque las condiciones declaraban  
 Que no cayesen en gobierno suyo  
 Los lugares poblados de españoles  
 Ni de los bárbaros pacificados,  
 De tanta fuerza fueron sus astucias,  
 Caricias y promesas á vecinos,  
 Que lo reconocieron en la villa  
 Por su gobernador, y los del pueblo  
 Recién fundado de San Juan de Rodas,  
 Sobre lo cual después ovo litigio  
 Entré y don Hierónimo de Silva  
 En la real audiencia deste reino,  
 Que no fué por entonces definido,  
 Porque luego Valdivia, con deseo  
 De conservar la gente que quedaba  
 En aquel pueblo de San Juan de Rodas,  
 Y en trance peligroso, por ser pocos  
 Para se defender de las provincias  
 Que estaban alteradas nuevamente  
 Con menoscabo de los españoles,  
 En Juan Velasco hizo nombramiento  
 De justicia mayor, y envió gente,  
 Ganados, municiones y pertrechos,  
 Entre tanto que con mas aparato  
 Entraba su persona por la tierra,  
 Con lo cual se animaron y salieron  
 A castigar á Pequí, do mas daño  
 Con simulada paz habian hecho;  
 Y así los españoles con silencio  
 Nocturno dieron en los delincuentes,  
 En los cuales tomó cristiano marie  
 Venganzas á medida del deseo:  
 Prendieron al cacique, y un mancebo  
 Gallardo y animoso, fué de siete  
 Soldados en un patio rodeado,  
 El cual con la macana ponderosa  
 Con tal brio y valor se defendía  
 Que espíritu maligno no pudiera  
 Poner en tal aprieto tantos buenos:  
 Espadas rebatía, y en pedazos  
 Hace volar escudos y rodela,  
 Lastima y ahuyenta, hace plaza  
 Como si con ancipite montante  
 Diego Garcia de Paredes fuera;  
 Los nuestros, ya confusos y corridos,  
 Por una y otra parte perseveran  
 Los unos y los otros, hasta tanto  
 Quel joven orgulloso fué rendido;  
 Y aquellos españoles, con la saña  
 Y enojo que tenían de que un indio  
 Así los ojease con sus golpes  
 Y á muchos lastimase con el palo  
 Por pechos, por espaldas y cabeza,  
 Le dan innumerables cuchilladas,  
 Y con agudas y aceradas puntas  
 Espesas estocadas á porfia,  
 Pero ninguna hizo mas efecto  
 Que plumas derramadas por el viento,  
 Tanto que muchos dellos sospechaban  
 Que debía de ser algun demonio;  
 Y como tanto hierro no fué parte,  
 Tentáronlo matar por otra via,  
 Queriéndolo empalar, y Alonso de Arce,  
 De quien memoria hice muchas veces,  
 De compasion movido por ventura,  
 Por no ver espectáculo tan duro, dijo:  
 «Señores, es trabajo vano  
 Aquesa diligencia que se intenta,  
 Pues no puede perder este pagano  
 La vida por herida violenta:  
 Miradle bien las rayas de la mano  
 Los que con círomancia teneis cuenta,  
 Y vereis que baño miembros viriles  
 En las estigias ondas como Aquiles.  
 »Y pues que fué por Tetis eucantado  
 De tal manera que la punta dura

De tanto puñal lucio y afilado  
 En él no hizo mella ni rotura,  
 Disponga dél su favorable hado,  
 Y váyase con Dios y su ventura:  
 Terná bien que contar del captiverio,  
 Y nosotros también deste misterio.»  
 Esto dijo con buenas intenciones,  
 Mas contra ellas Gavilán discanta,  
 Diciéndole: «También hay opiniones  
 Quel gran Aquiles no mojó la planta,  
 Y así no bañaría los talones  
 Este, ya que bañase la garganta,  
 Y allí conviene que hagamos prueba,  
 Porque con tanto brio no se mueva.»  
 Al fin se le cortaron los garrones  
 Y orejas, porque fuese conocido;  
 Y si de doce meses a esta parte  
 No es muerto, todavía permanece  
 A nuestra fe cristiana convertido.  
 Con aquesto de Pequi se salieron  
 Y se volvieron á San Juan de Rodas,  
 Adonde consumieron hartos meses  
 En guerras de los indios comarcanos,  
 Hasta tenellos un poco quietos;  
 Mas ellos no por esto se quietan,  
 Antes como quedase Juan Velasco  
 Con grandes aficiones á las tierras  
 Confinas al Cenú, que descubrieron  
 Cuando por las riberas de aquel río  
 Bajó con los cuarenta compañeros,  
 Determinó volver con menos gente  
 Por no dejar el pueblo sin recado,  
 Y así bajó con treinta solamente,  
 Hombres de quien podía bien fiarse,  
 En trances arriscados y en consejo,  
 Con seis caballos y otros tantos perros,  
 Cuyas entrañas impias estaban  
 En las de gente bárbara cebadas,  
 Y acostumbrados á los rompimientos,  
 Donde suelen hacer mortal estrago,  
 En tanto grado que sulfúrea bala  
 Ni jara despedida de ballesta,  
 Entre los indios no se teme tanto,  
 Aunque necesidad suele mostrarles  
 En repentino salto la defensa,  
 Que es dalle cebo con siniestro brazo  
 Y descargar el diestro con la maza,  
 Desmenuzando cascos y quijadas  
 Del incauto lebré que sin resguardo  
 Fajó con el gandul apercebido,  
 Y así queda por cebo hartas veces  
 De aquellos en quien él suele cebarse.  
 Llegaron pues los treinta compañeros  
 Con estas prevenciones á las tierras  
 De Cúisco y Araque y Guacucevo,  
 Donde los naturales con fingida  
 Y simulada paz los recibieron,  
 Y donde con los dones ordinarios  
 Tuvieron generoso cumplimiento;  
 Pero las muestras iban aforradas  
 En falsas y dañadas intenciones,  
 Encaminadas á les dar la muerte,  
 Para lo cual se fueron convocando  
 Todos los principales de la tierra;  
 Mas la fiel Inés, india ladina,  
 Criada de Alvar Sanchez, un soldado,  
 Intérprete cabal de aquella lengua,  
 Con otras desta tierra conversando,  
 Coligió por preñeces de palabras  
 Haber algunos pérfidos conciertos,  
 Y en la prosecucion de sus preguntas  
 Enteramente fué certificada  
 Del número de gente que venia,  
 El día del conflicto y en la parte  
 Que la bárbara turba se congrega:  
 De todo lo cual fué por esta moza  
 Su señor Alvar Sanchez avisado,  
 Y este soldado, como bien rompido  
 Y destas amistades sospechoso,  
 A los demás habló desta manera:  
 «Señores, nunca tuve buen conceto  
 De la mucha llaneza desta gente,

Ni lo debe tener quien es discreto  
 En venir á la paz tan fácilmente,  
 Siendo cualquiera dellos inquieto,  
 De soberbia cerviz y dura frente;  
 Y esta sospecha mia corrobora  
 Lo que quiero decir y oíréis agora.  
 »Tengo noticia, no por fantasías,  
 Sino por verdaderas relaciones,  
 Que de todas aquestas serranías  
 Se van juntando bravos escuadrones:  
 Y los que nos regalan son espías  
 Que nos descuidan con sus ilusiones  
 Y apariencias de llanos pensamientos  
 Para mejor salir con sus intentos.  
 »Y si queréis en juegos semejantes  
 Ganar la mano, que es lo mas seguro,  
 Podeis muy bien, si dais en ellos antes,  
 Que por su parte llegue trance duro;  
 Pues para lo hacer somos bastantes  
 Si les acometemos con obscuro  
 Mayormente que hoy desta cautela  
 Ningun bárbaro dellos se recela.»  
 Este parecer fué del Alvar Sanchez,  
 Y á todos pareció consejo sano,  
 Porque demás de ser el mas seguro,  
 Ranchearan allí ricos despojos,  
 De que los indios tienen abundancia,  
 Por ser inestimable la riqueza  
 De que gozan aquellos naturales;  
 Mas Juan Velasco, como pretendia  
 Ganar fama y honor por ser primero  
 Que hacia de paz estas provincias,  
 Tuvo por cosa desproporcionada  
 Pagar las buenas obras recibidas  
 Y beneficios con alevosía;  
 Y así contradiciendo sus razones,  
 Les dijo: «Caballeros, cosa fea  
 Seria para gente tan cristiana  
 Perturbar con excesos de pelea  
 La paz que se nos da de buena gana;  
 Demás desto, no cumple que se crea  
 Cualquier susurro ni habilla vana,  
 Pues muchas veces salen los efelos  
 Contrarios de sospechas y concetos.  
 »Error es que por cierto se celebre  
 Cuanto suele herinos el oido;  
 Y aunque sea verdad que de tal fiebre  
 Bárbaro morador está herido,  
 Por parte de nosotros no se quiebre  
 La paz que les habemos prometido,  
 Pues mas tenido es á no rompella  
 Quien mas conocimiento tiene della.  
 »A la guerra veníamos volando,  
 Y en ella se hiciera gran instancia,  
 Si no halláramos hospicio blando  
 Y á gusto del deseo la ganancia;  
 Tenemos, si se fueren maleando,  
 Los mismos brios, armas y substancia:  
 Lo que entonces puséramos por obra  
 Haremos si llegare la zozobra.  
 »Pero seríanos muy mal contado  
 Si comenzamos antes que comiencen,  
 Por habernos á todos regalado  
 Con obras que los buenos se convencen;  
 De nuestra parte no se les ha dado  
 Ocasión para que se desvergüencen:  
 Solo resta vivir con vigilancia,  
 Y que nos mejoremos en estancia.  
 »Bajémonos al valle de Nitana,  
 Pues dista de nosotros poco trecho:  
 Gozaremos allí de tierra llana  
 Y ternemos lugar mas á provecho;  
 Si vinieren, quizá vernán por lana  
 Y volverán pesantes de su hecho:  
 Aquesto me parece que se ordene,  
 Y allá veremos lo que mas conviene.»  
 Aquesto dicho, convocó los indios  
 Del pueblo donde estaban alojados;  
 Y con intérprete que declaraba  
 En idioma dellos sus palabras,  
 Gran rato les estuvo predicando,  
 Dándoles á entender que son vasallos

Del gran Filipo, rey de las Españas,  
 Universal señor del Mundo-Nuevo  
 Y de otros muchos reinos y provincias,  
 El cual, como católico cristiano,  
 Con ardiente deseo de que todos  
 Se salven y ninguno se condene,  
 A ellos les mandó venir agora  
 A les mostrar certísimo camino  
 Por do puedan subir á las alturas  
 De Dios, donde los bienaventurados  
 Están gozando de perpetua gloria  
 Y gozarán sin fin, porque guardaron  
 La regla de sus santos mandamientos  
 Y conocieron ser un Dios inmenso,  
 Triun en personas y en esencia uno,  
 Y causa de ninguna dependiente,  
 Antes universal, de quien dependen  
 Todas las causas, y el autor que hizo  
 El cielo, tierra y mar y lo criado,  
 Y cuantas cosas vemos y no vemos,  
 Y el hombre para que gozase dellas,  
 Al cual hombre también hizo de nada,  
 Y dió capacidad y entendimiento  
 Y el albedrío libre, con que haga  
 Buenas ó malas obras libremente,  
 Pero quien mal hiciere con su pena,  
 Y aquel que bien obrare colocarlo  
 En las eternas sillas de su gloria;  
 Y que en aqueste Dios omnipotente,  
 Que es sumamente sabio, justo, bueno,  
 Habian de creer y dalle siempre  
 Cánticos á su modo de alabanzas,  
 Servillo, bendecillo y adorallo,  
 Y no como lo hacen á las cosas  
 Que fabricaron ellos con sus manos,  
 Ni á sol, ni luna, signos ni planetas,  
 Rios ni fuentes, montes ni lagunas,  
 Pues eran todas estas criaturas  
 Que Dios habia hecho por el hombre,  
 Y todos bendecian y adoraban  
 Al mismo por quien ellas fueron hechas,  
 Que es el Dios en quien creen los cristianos,  
 Y que creyesen que esto que les dice  
 Era pura verdad, sin haber dolo  
 Ni mezcla de mentira ni patraña,  
 Porque lo principal de su venida  
 Es á los instruir y sacar fuera  
 De las tinieblas ciegas de ignorancia,  
 Donde el demonio los tenia presos  
 Para llevar sus almas al infierno,  
 Lo cual conocerian claramente  
 Cuando viuesen otra vez á vellos  
 Y á declararles esto mas despacio,  
 Porque agora no pueden detenerse  
 Por cumplirles pasar mas adelante.  
 Para lo cual rogaba que les diesen  
 Hombres que les llevasen el bagaje,  
 Y les encomendaba que tuviesen  
 La paz y el amistad inviolable,  
 Pues ellos ansimismo prometian  
 De selles para siempre favorables,  
 Y defender sus casas y sus tierras  
 De cuantos intentasen ofendellos.

Con esto concluyó su parlamento,  
 Pero los bárbaros, en sus inicuos  
 Intentos pertinaces y obstinados,  
 Por palabras humildes y apariencias  
 Fingidas, manifiestan ser muy bueno  
 Aquello que les dice y amonesta,  
 Y que lo cumplirán como lo manda;  
 Y así le dieron luego para carga  
 Ochenta robustísimos gandules,  
 Que cada cual llevaba su macana,  
 Costumbre suya cuando van cargados,  
 Para que la molestia del camino  
 Con el háculo sea menos grave,  
 Mas agora con otro fin se mueven,  
 Y era para valerse contra ellos  
 Cuando viesen sazon y coyuntura,  
 Segun que ya tenían acordado.

Partieron pues, y fueron caminando  
 Hasta cierta quebrada montuosa,

Donde los esperaban encubiertos  
 Mil y quinientos hombres bien armados,  
 Y al tiempo que pasaban sin sospecha  
 Del riguroso trance repentino  
 En avanguardia dieron los salvajes  
 Con impetu terrible y espantable:  
 Rompen los aires las horrendas voces;  
 Ocupan el camino los tostados,  
 Jáculos de veneno proveidos;  
 Este cae y aquel va traspasado,  
 Otros andan á brazos con la muerte  
 Y al cabo se despiden de la vida,  
 Porque quien de los unos se hurtaba  
 Con el valor y fuerza de sus manos,  
 Mas adelante halla quien le roba  
 Espiritu vital y gallardía.  
 Como quien naufragó cerca de puerto  
 Dejando ya la nave sumergida  
 Do muchos perecieron, y él se vale  
 De sus robustos brazos, y nadaudo  
 Trabaja por llegar á la ribera  
 En busca de salud y de remedio,  
 Pero la mar de tumbo lo contrasta  
 Y lo detiene hasta que perece:  
 Así los mas mañosos y esforzados  
 Salidos de un recuento hallan muchos  
 Donde se remató su valentía;  
 Cayó desta manera Fernán Sanchez,  
 Francisco de Moron, Andrés García,  
 Tociño, Cañas, Antonio Fernandez,  
 Fernando Ramos, Gavilán, Saboya  
 Y otros nueve soldados escelentes  
 Que cumplieron el número de quince,  
 Y los del batallon no fueron parte  
 Para tener los indios de las cargas,  
 Que cada cual huyó con su carguío  
 Llevádoles el oro rancheado  
 Con ropa de vestir quellos traian;  
 Y Juan Velasco, que la rectaguardia  
 Traía, como viesse tanto daño  
 Y el desastrado fin que lo amenaza  
 Si no hacia mas que lo posible,  
 Puso los ojos en el alto cielo  
 A Dios pidiendo fuerzas y socorro  
 Para poder salir desta presura,  
 Y recogidos los que vivos quedan  
 Con aquestas palabras los anima:  
 «Ea, señores, que si valentía,  
 Fuerza, valor, esfuerzo, buena maña  
 Quereis perficionar, hoy es el día  
 Y el colmo de la mas alta hazaña:  
 Rompamos, que yo quiero ser la guía,  
 Y acordaos que sois hijos de España;  
 Tened de Dios enteras confianzas,  
 Y él prestará vigor á vuestras lanzas.»

Aun no bien acabó de decir esto,  
 Cuando con otros dos en los caballos  
 Que les quedaban vivos baten piernas  
 Pegados á las ancas los peones  
 Y sus ladinos indios de servicio,  
 Los unos á los otros reguardando,  
 Y siendo de los perros ayudados  
 Rompen por el opuesto remolino  
 De bárbaros astiles y macanas,  
 Con furiosa rabia traspasando  
 Robustísimos pechos de salvajes,  
 Hasta que ya tomaron la rilera  
 Cercana del Centú, donde hallaron  
 En las barrancas una casa yerma,  
 En la cual luego se hicieron fuertes  
 Y con los fulminosos arcabuces  
 Del aspero furor se defendieron,  
 Hasta que ya la noche sobrevino,  
 Y los indios con miedo de los perros  
 Durante la tiniebla se quedaron  
 Gran trecho de la casa desviados,  
 Pero velándolos, porque hacian  
 Cuenta que ya llegada la mañana  
 Con carne de la gente baptizada  
 Habian de hacer solemne fiesta;  
 Y así cierto cacique, que Tirrome  
 Era su nombramiento, desdeñando

Del Dios que les había predicado,  
 Con otras amenazas le decía:  
 «¡Ah Velasco! ¿qué tal está tu seno  
 Y los de tus amigos y parientes?  
 Agora que de angustias estás lleno  
 Quiero con gran aviso parar mientes  
 Si tu Dios que predicas ser tan bueno  
 Te libra de mis manos y mis dientes:  
 Dile que te dé alas con que vueles,  
 Antes que desollemos vuestras pieles.  
 »Porque si no, mi dios se determina  
 Que tú con esos pocos compañeros  
 Desollados entreis en mi cocina  
 Para saborear nuestros gargueros,  
 Y satisfecha nuestra golosina  
 Manda henchir de paja vuestros cueros  
 Y que por vuestro dicho temerario  
 Estén colgados en su santuario.»  
 Al tiempo que estas duras amenazas  
 Percebían los pocos españoles,  
 Unos dellos estaban muy alerta  
 Velando, y otros dellos hacen balsas  
 De palos que sacaban del buho  
 Para se dejar ir el agua abajo  
 Hasta llegar á parte mas segura;  
 Las cuales, como fuesen ordenadas  
 No sin apresurado movimiento  
 Y aquellas ligaduras no tan fuertes  
 Cuanto con quietud suelen trabarse,  
 Después de se embarcar amos y mozos  
 Dejando los caballos á sus anchos,  
 A poco trecho yendo navegando  
 Quebráronse las flacas ataduras,  
 Dividense los palos, y quedaron  
 Los unos y los otros en el agua:  
 Allí la confusión y la revuelta,  
 Dolor, temor, fatiga, desatiento,  
 Tragos amargos, aflicción, angustia,  
 Sordo rumor, sin nadie desmandarse  
 A levantar la voz, porque de fuera  
 La muerte de quien huyen esperaba,  
 Y dentro la tenían ya presente;  
 El agua que tomaron por amparo,  
 Esa los desarmó de todo punto  
 Llevando las pesadas á su centro,  
 Y escudos y rodela arrebatada  
 Encaminándolos tras de sus ondas,  
 Y el que por ellas sabe menearse  
 Procura de valerse de sus brazos  
 Para salir á tierra, mas dos dellos  
 En las profundidades se quedaron  
 Y algunas indias buenas juntamente.  
 Salieron los demás á la ribera  
 En agua y en angustias empapados,  
 Sin armas, sin comida, sin vestidos  
 E ya de todo bien desamparados;  
 Mas en el mismo punto se metieron  
 Por un espeso bosque, sin que nadie  
 Quiera mirar por otro ni lo espere,  
 Antes el que mas puede mas camina  
 La vuelta de su pueblo, que distaba  
 De aquestas poblaciones veinte leguas;  
 Y así llegaron en diversos dias,  
 Descalzos, desgarrados, consumidos  
 De hambre, de mosquitos, garrapatas,  
 Pero contentos en salir con vida  
 De trances tan pegados á la muerte:  
 Al fin allí quedaron diez y siete  
 Con mas de ochenta piezas de servicio,  
 Y la fiel Inés, de quien se dice  
 Que viva la partían en pedazos  
 Y hablando con ella la comían,  
 Con otros cinco de los españoles  
 Que vivos los cayeron en las manos,  
 Adonde se hicieron crüeldades  
 De ninguna nacion imaginadas;  
 Y aun no se contentó la fatal dea  
 Con dar al Juan Velasco tan mal golpe,  
 Pero con otro no menos acerbo  
 Está con gran furor amenazando,  
 Segun declararemos en el cauto  
 O llanto de su muerte desastrada.

## CANTO NOVENO.

En el cual se dice cómo los indios vinieron sobre la ciudad de San Juan de Rodas, la muerte de Juan Velasco, y otras muchas cosas que allí sucedieron.

Quando por movimientos de la tierra  
 El edificio queda mal parado,  
 Los pródigos y cautos moradores  
 Suelen con presurosa diligencia  
 Apuntalallo lo mejor que pueden,  
 Y tienen el aviso necesario  
 Para que no les coja descuidados;  
 Y así considerando Juan Velasco  
 Estar el suyo para dar en tierra  
 Si gran solicitud y vigilancia  
 Faltaba de por medio, por ser pocos  
 Los moradores dél, pues no pasaban  
 De treinta y dos varones de pelea,  
 Y mucha la pujanza de los indios  
 De quienes sospechaba que venían  
 A dar algun asalto y alborada  
 Por saber que vinieron de vencida  
 Y muchos señalados hombres menos,  
 Y querrian tentar, viendo la suya,  
 Desarraigar aquella nueva planta,  
 El por la sustentar y estar á punto  
 Tenia las posibles prevenciones,  
 Pero faltábale mantenimiento,  
 Falta que los caciques mas cercanos  
 Suplian por temor mas que por gana;  
 Pero como después de aquella rota  
 Quedasen menos blandos que soberbios  
 Y no les acudiesen provisiones,  
 Vivian en grandísima penuria,  
 Y así determinó que parte dellos  
 Saliesen á buscar algun sustento,  
 Con orden que volbiesen brevemente  
 Por quedar en gran riesgo los restantes;  
 Y otro dia después del que salieron  
 Estaban de concierto dos caciques,  
 Guacuce y Catiburi, con su gente  
 De dar en la ciudad y destrulla,  
 De que todos estaban ignorantes.  
 Salieron pues los quince por comida  
 Distancia de tres leguas, y hallaron  
 En un pueblo pequeño tanta copia  
 Cuanta bastaba para su deseo,  
 Sin hallar resistencia ni contraste,  
 Porque los moradores dél estaban  
 Con todos los demás de aquella junta  
 Prestos para salir en su demanda  
 A dar en los cristianos otro dia,  
 Y desta causa se quedaron solas  
 Las mujeres y niños en sus casas,  
 Las cuales como vieses españoles  
 Huyeron á los bosques mas cerrados;  
 Y estando con intento los cristianos  
 De reposar allí toda la noche  
 Porque llegaron algo fatigados,  
 Una de aquellas indias abscondidas,  
 Quizá de buen espíritu movida,  
 Se vino para ellos y les dijo:  
 «¿Qué haceis aquí, nación cristiana,  
 Bien como si viniédeses á bodas,  
 Teniendo ya la muerte tan cercana  
 Al albedrio destas gentes todas?  
 Creed sin duda que darán mañana  
 En vuestro pueblo de San Juan de Rodas,  
 Y si no volveis hoy con piés livianos  
 Verneis unos y otros á sus manos.  
 »Caminad sin ningun detenimiento  
 Esto que resta de la luz del dia,  
 Y no pareis por el impedimento  
 Caliginoso de la noche fria;  
 Y para que veais que yo no miento  
 Me llevareis en vuestra compañía,  
 Porque quiero, por las cosas que he visto,  
 Tomar la santa fe de Jesucristo.»  
 Oídas las razones que creyeron

Ser ciertas por las muestras evidentes  
Que vieron, y sospechas atrasadas,  
Sin mas se detener un solo punto  
Cargaron la comida recogida  
En piezas y caballos á gran priesa,  
Y con la misma fueron caminando  
Con claro resplandor y con liniebla  
Sin que perdiesen tiempo, hasta tanto  
Que cuando ya la noche demediaba  
Se hallaron cercanos de sus casas:  
Entraron arma dando por el pueblo,  
Donde como velasen los mas dellos  
Y estaban temerosos y avispados,  
Los unos y los otros brevemente  
Salieron á la plaza bien armados  
Los caballeros todos y peones,  
Y el capitán Velasco los dispuso  
Al orden que mejor le parecia  
Para poder valerse contra tanta  
Muchedumbre de bárbaros, cursados  
En guerras y borrascas tan continas;  
A lo menos los indios señalados  
Fueron mil y quinientos sin la chusma,  
Los cuales se venian acercando,  
Segun de las señales coligian,  
Por oler á humadas de tabaco,  
Bijas y trementinas con que vienen  
Untados cuando van á rompimiento;  
Y no fueron alli de los atojos  
Que dicen de quien bueyes ha perdido,  
Pues salió con la luz el desengaño.

Porque cuando la lumbre del aurora  
Venia descubriendo por oriente  
Abuyentando las tinieblas tristes,  
Y á los escelsos montes restituje  
Sus colores nativos y verdoros,  
Salió la tempestad embravecida  
Con los impetuosos accidentes  
Que suelen cuando van determinados.  
No tigre, no leon, no bestia fiera  
Se mueve con denuedo tan terrible  
Al tiempo que á la caza se abalanza  
Para satisfacer vientre hambriento,  
Cuanta fué la braveza y el orgullo  
Que muestra la esterva carnicera  
En el asalto duro y espantoso,  
Con estruendo, ruido y alboroto  
De horrisonas bocinas y cornetas,  
De canillas, de brazos ó de piernas  
De sus contrarios muertos en la guerra,  
Apresurados sonos de atambores  
Y voces que confunden los oidos:  
Entran volando flechas, duros dardos,  
Y piedras de las hondas impeliadas,  
Picas en escuadron que perturbaban  
A los caballos el entrar por ellos;  
Y así los españoles por tres veces  
Iban perdiendo tierra de la plaza,  
Muchos de las espesas rociadas  
De flechas y pedradas mal heridos.  
En esta confusion atribulada,  
Aquellos que tenían arcabuces  
Derribaron algunos de las picas  
Opuestas á los que iban á caballo,  
Y hubo lugar por donde Juan Velasco  
Y Leonel de Ovalle, que mil veces  
Tentaron de rompellos y volvan  
Al lugar do salian mal su grado,  
Entraron en la fuerza mas entera,  
Abriendo la carrera mas á gusto  
Para poder valerse de las lanzas;  
Acuden con espadas y rodelas  
Pero Sanchez de Oviedo, varon fuerte,  
Pero Fernandez de Rivadeneyra,  
Juan Rüz Ruvian, ambos gallegos,  
Un Antonio Machado, lusitano,  
Manüel Ruviales de Alcanchele  
Y Juan Garcia Sätiva, nacido  
En las tierras del campo de Arañuelo;  
Acompañólos Juan Alonso Rubio  
Ansimismo siguiendo los caballos,  
Aquellos con las lanzas penetrantes

Y estos con las espadas afiladas;  
Hechos tan señalados van haciendo,  
Que no parecen ser fuerzas humanas:  
Rompen cabezas, descoyuntan miembros  
Traspasan pechos, hombros desuecasan,  
En tal manera que la sangre corre  
Por el compás del áspero conflicto,  
Como nubes en agua ya resueltas  
Que de los recios vientos sacudidas  
Los sitios á que son correspondientes  
Aniegan con la fuerza de sus gotas.  
Acuden los restantes al triunfo,  
Y declaróse mas con su venida,  
Porque los bárbaros desordenados  
De todo punto huyen, y volvieron  
Mas de trescientos menos á sus casas,  
Dejando de los nuestros con heridas  
De yerba ponzoñosa diez ó doce,  
Entrellos Juan Velasco, traspasado  
Un brazo, y un flechazo por la cara,  
Y el caballo de Leonel de Ovalle  
Con siete, de los cuales uno pasa  
Las fuertes armas de algodón cohechadas,  
Los bastos de la silla, la madera,  
Sin que pasase hasta las entrañas,  
Quedando, no sin gran dolor del dueño,  
Del resuello vital desamparado;  
Otro le dieron á Rivadeneyra  
Que entró por la nariz, y mas de palmo  
De flecha le salió por el oreja.

Cantada la victoria, que podria  
Canonizarse por maravillosa,  
Socorren los heridos con la cura  
Que hallan ser mejor contraveneno;  
Mas en algunos fué la diligencia  
Baldia, pues murieron tres ó quatro,  
Entrellos Juan Velasco su caudillo,  
Valiente capitán y circunspecto,  
Mancheño, natural de la Membrilla,  
Por cuya desastrada muerte todos  
Quedaron tristes y desconsolados;  
Y como los negocios que entre manos  
Tenian de la guerra comenzada  
Eran de condicion que les cumpliera  
Tener grandes avisos y concierto,  
So pena de perder allí las vidas,  
Determinaron de nombrar cabeza  
A quien prestasen todos obediencia,  
Y en tal necesidad el orden diese  
Que para su salud menester era;  
Y así de voluntad de todos ellos  
Salió nombrado Leonel de Ovalle,  
Bastante para paz y para guerra,  
El cual importunado de sus ruegos  
El cuidado tomó sobre sus hombros,  
Y vista la flaqueza que tenian  
Para perseverar en aquel sitio  
De gente tan guerrera rodeado,  
Después de congregados los vecinos  
Les dijo las palabras que se siguen:

« Señores, entendid que donde quiera  
A vuestra voluntad estoy rendido;  
Pero, segun la mia, mas quisiera  
Obedecer que ser obedecido,  
Porque de mí conozco que cumpliera  
Lo que por otro fuera proveído,  
Pasando bien ó mal esta tormenta,  
Sin que los yerros fueran á mi cuenta.

» Pero, pues os parece conveniente  
Seguir mis pareceres y mi traza,  
Considerando bien aquel terrible  
Furor con que esta gente nos da caza,  
Digo que los que seis es imposible  
Poderos sustentar en esta plaza;  
Y antes que llegue nuevo torbellino  
Será bueno ponernos en camino.

» Error es esperar otra refriga  
En tierra de tan áspero montisco,  
Porque si mas pujanza se congrega,  
El pueblo todo llevan abarrisco;  
Y así, para gozar de rasa vega,  
Pasémonos al valle de Norisco,



Pues en aquel, demás de ser mas llano,  
 A Santafé tenemos mas á mano.»  
 A todos les cuadró lo que decia  
 Y luego lo pusieron en efecto,  
 Mas no pudieron tan secretamente  
 Que de los mas cercanos enemigos  
 No se supiese luego la partida;  
 Los cuales acudieron como lobos  
 Hambrientos á la presa que pretenden,  
 Y sin que reparasen un momento  
 Les fueron dando caza por aquellos  
 Caminos asperisimos que llevan,  
 Que hasta la provincia de Norisco  
 De siete leguas era la distancia.  
 Al fin les ocuparon ciertos pasos  
 Forzosos en aqueste su viaje  
 Los indios repartidos en tres partes,  
 Sin que dejasen senda ni portillo  
 Por adonde pudiesen deslizarse.  
 Están los afligidos españoles  
 Entre los unos y otros afirmados  
 Ya sin ningun recurso de comida  
 Llenos de angustias y desconfianza,  
 Y en un trabajo mas que miserable:  
 Un escuadron de bárbaros tenia  
 La contraria ribera de aquel rio  
 Que corre por el valle de Itúango,  
 Viaje de mas cómodo camino  
 A no tener aquel impedimento,  
 Azar terrible para su pasaje.  
 Estos serian hasta cuatrocientos  
 En una casa grande rancheados  
 A vista de los nuestros, y que siempre  
 Les daban grita con palabras feas,  
 Y denunciándoles infausta muerte.  
 El Leonel de Ovalle, conociendo  
 La desventura que los amenaza,  
 Y condoliéndose de las mujeres,  
 Muchachos y la chusma de sirvientes,  
 Que después del favor de Dios estaban  
 En sus industrias buenas confiados,  
 Batió las alas del entendimiento  
 Para ver si podia dar alcance  
 A traza que les fuese saludable  
 En trance de salud enajenado,  
 Y donde los ministros de la muerte  
 Iban en crecimiento por momentos.  
 Al fin en un intento resolutivo,  
 Llamó quince soldados valerosos,  
 Que por corrientes de profundas aguas  
 Sabian menear piernas y brazos,  
 Y dijoles: «Allí teneis enfrente  
 Quien de lo que hará nos desengaña,  
 Y todos conoceis precisamente  
 Adónde llega su rabiosa saña:  
 En un riesgo tan claro y evidente  
 Es menester valor y buena maña,  
 Y que de nuestra parte se procure  
 Algo que nuestras vidas asegure.  
 » Y en esta confusion enristecida  
 Habemos de tentar alguna suerte,  
 La cual, si no saliere bien medida,  
 A lo menos es bien que se concierte,  
 Pues es para remedio de la vida,  
 Y no venir á deshonrada muerte;  
 La divina bondad su favor preste  
 Al orden que daré, que será este:  
 » Por selles este rio como muro,  
 Aquellos bárbaros duermen sin velas:  
 Podemos bien pasallo con obscuro  
 A nado, con espadas y rodelas;  
 Bajarnos hemos á lugar seguro  
 Hasta que se amortigüen sus candelas,  
 Señal del soporifero befeño,  
 Y entonces les daremos mortal sueño.»  
 Dudosos estuvieron muchos dellos  
 Por se poner en riesgo conocido;  
 Mas viendo ser mayor el que esperaban  
 Segun la gente que se congregaba  
 Para romper con ellos otro dia,  
 Dijeron selles útil el consejo,  
 Y á morir ó vivir les convenia

Hacerse prestos al dudoso hecho  
 Y así cuando las alas de la noche.  
 Cubrian y ocultaban los colores  
 De selvas y de prados con el suyo,  
 Y á visíbal potencia perturbaban  
 Lentos y soporíferos dulzores,  
 El Leonel de Ovalle con los quince  
 Por presurosas aguas van nadando,  
 Llevando cada cual de leves palos  
 A modo de escalera cierta balsa,  
 Porque con menos riesgo y mas descanso  
 Llevasen las espadas y rodelas,  
 Con el cual adminículo seguros  
 Llegaron á poner los piés en tierra,  
 Y después de cobrar algun aliento  
 Hicieron oracion devotamente.  
 Partieron luego los determinados  
 Varones á su célebre hazaña  
 Con pasos atentados y movidos  
 Por las inteligencias del engaño,  
 Los corazones prontos, manos prestas,  
 Tentadas de rabioso rompimiento;  
 E ya cuando llegaron poco trecho  
 De la pajiza casa, vieron velas  
 Que segun pareció hacían guardia:  
 Altéranse los pechos, y el enojo  
 Crió nuevos alientos, y acometen  
 Con la velocidad que jefifalte  
 Se va precipitando tras la presa;  
 Los unos en las velas ensangrientan  
 Espadas afiladas, y los otros  
 Ocuparon la puerta de la casa.  
 Recuerdan al ruido los que duermen:  
 Corre la confusion y el alboroto,  
 Por una y otra parte murmurando  
 Un hullicioso son y descompuesto,  
 Como cuando de puercos muchedumbre,  
 En el nocturno tiempo, de algun tigre  
 Fueron en los corrales asaltados,  
 Que suenan los ronquidos presurosos,  
 Y de los dientes y colmillos duros  
 Las amenazadoras tenazadas:  
 Que tales parecian los estruendos  
 De los arcsos, macanas y las lanzas,  
 Al tiempo que en el ciego sobresalto  
 Las unas se tocaban con las otras  
 Para salir al campo donde puedan  
 Valerse de sus manos y pertrechos.  
 Baldias diligencias y perdidas,  
 Pues entre tanto que unos españoles  
 Impiden la salida, dividiendo  
 Cabezas de los hombros, tres ó cuatro  
 Por diferentes partes ponen fuego:  
 Estiéndense las llamas presurosas,  
 De los ventosos soplos impelidas,  
 Y así sin escapar cosa viviente  
 Quedaron convertidos en carbonos,  
 Y nuestros españoles victoriosos  
 Inmensas gracias dan al alto cielo.  
 Los cuales cuando por doradas puertas  
 Salian apolíneos yugales,  
 Y nocturno rocío relumbraba,  
 Herido de los rayos matulinos,  
 Dan orden como pasen sin peligro  
 El rio los restantes españoles  
 Y los imbeles niños y mujeres  
 Con toda la familia de servicio,  
 Sin que de los demás bárbaros, puestos  
 En otros pasos, fuesen contrastados,  
 Antes como supieron el suceso  
 Se volvieron confusos á sus casas.  
 Los nuestros prosiguieron su camino  
 Hasta llegar al valle de Norisco,  
 No sin deseo de le dar noticia  
 Al Andrés de Valdivia de sus daños;  
 Pero para hacer este recado  
 No se hallaba via ni remedio,  
 A causa de que ya toda la tierra  
 Estaba con rigor en armas puesta.  
 Mas como la veloce fama tiende  
 Por varias bocas acontecimientos,  
 Fuése de pueblo en pueblo rezumando

Aquel asalto de San Juan de Rodas ,  
 Hasta venir á dar en los oídos  
 De los indios tatinos de Antioquia ,  
 Donde Andrés de Valdivia recogía  
 Gente para llevar á su conquista ;  
 Y siendo destas nuevas advertido ,  
 Aunque no con mas llena certidumbre  
 De la que suele dar la mala nueva ,  
 Con cincuenta soldados que tenía ,  
 Caballos y pertrechos , aunque pocos ,  
 Abrevió lo posible su camino ,  
 Y sin les suceder cosa notable  
 Entraron en el valle de Norisco ,  
 Adonde se juntaron con los otros  
 Inadvertidos desta su venida ;  
 Mas , aunque repentina , fué crecido  
 El gozo y el contento que reciben  
 Los unos y los otros , que con brazos  
 Abiertos y amigables se saludan .

Al fin , después de dalle larga cuenta  
 Al Andrés de Valdivia del estado  
 De las provincias todas de la tierra ,  
 Y descansar allí dos ó tres dias ,  
 Entraron en consulta los mayores  
 Para tractar del orden que tenían  
 En la refundacion del nuevo pueblo ,  
 Y qué sitio seria conuiniente ;  
 Cuya resolusion , aunque sucinta ,  
 Diremos en el canto venidero .

### CANTO DECIMO.

En el cual se trata de la reedificacion de San Juan de Rodas , y cómo Andrés de Valdivia se volvió á Santafé de Antioquia dejando por teniente á don Antonio Osorio de Paz con la gente que traía .

No tiene tan precisos pareceres  
 En elecciones el humano seso ,  
 Que del primer voleo vayan ciertos  
 A dar al blanco de lo que desean ;  
 Y así lo que parece ser hoy bueno ,  
 Mañana por ventura se reprueba ,  
 Porque temporal curso va mostrando  
 Los daños ó provechos que resultan  
 De lo que por los hombres se tantea .

Destá manera nuestros españoles ,  
 Considerando los inconvenientes  
 De tornar á poblar en aquel sitio  
 De Teco y Maritúe montuoso ,  
 Donde por experiencia conocian  
 Ser para sus diseños mal seguro ,  
 Juzgaron ser mejor aquel asiento  
 Antiguo que llamaban Paramillo ,  
 Donde fué su primero fundamento .

Allí de nuevo se hicieron ranchos  
 Y repartieron tierras y solares ,  
 Nombrando sus alcaldes y rectores ,  
 Con diligencias y solemnidades  
 Anejas á los tales nombramientos ;  
 Y el Andrés de Valdivia , repartida  
 La tierra , mas por gusto que justicia ,  
 A Santafé volvió dejando cargo  
 De justicia mayor y de teniente  
 A don Antonio Osorio de la Páze ,  
 Un caballero de Ciudad-Rodrigo .  
 El cual con el deseo que tenía  
 De ganar opinion entre los indios ,  
 Salió por la comarca contra ellos ,  
 Y á fuego y sangre hizo gran estrago ;  
 Mas no por eso concibieron miedo ,  
 Antes mas indignados y protervos ,  
 Viéndose de vigor menoscabados ,  
 A sueldo procuraban valedores  
 De todas las montañas circunstantes ,  
 Enviándoles prendas y rehenes ,  
 Y entera certidumbre de la paga .  
 Y para que la guerra no cesase  
 Por falta de alimentos , desde luego  
 Ocuparon las manos en labranzas  
 Que de comunidad en cierto valle  
 De gran fertilidad hicieron todos

Dentro del señorío de Agrazava ,  
 Uno de los caudillos desta guerra .

Mas el autor que todo lo movía  
 Era Pedro Catia , baptizado  
 Muchos años habia , muy ladino ,  
 Del servicio de un Francisco Lopez ,  
 Al cual por ser astuto y animoso ,  
 Y saber los secretos de los nuestros ,  
 Que sin pensar sus tractos y cautelas  
 Unos y otros dél se confiaban ,  
 Por general nombró toda la tierra  
 Para la guerra , que por sus industrias  
 Contra los españoles preparaban ;  
 Y con las mismas él prevaricato ,  
 A los católicos entretenía ,  
 Con les traer de paz y amistad falsa  
 Al Agrazava y otros principales ,  
 A vueltas de los cuales acudían  
 Gran cantidad de bárbaras mujeres ,  
 Que de los españoles no se estrañan ,  
 Antes los miran con lascivos ojos .  
 Entrestas una muy gallarda moza ,  
 Hermana de Agrazava , también vino  
 A ver los españoles muchas veces ;  
 Y como de las tramas y conciertos  
 Estaba satisfecha y enterada ,  
 De compasion movida por ventura ,  
 O por otros respectos amorosos ,  
 Determinó hablar al don Antonio  
 Secretamente , para dalle cuenta  
 De lo que los caciques ordenaban ;  
 Y con intérpetre de quien la moza  
 Tenía ya segura confianza ,  
 Le dijo las palabras que se siguen :  
 « Por no te ver en riesgo de la vida ,  
 De piedad movida , quiero darte  
 Secretamente parte de la guerra  
 A que toda la tierra se convoca ;  
 Y pues á todos toca semejante  
 Riesgo , ten adelante mas aviso ,  
 Antes que de improviso quedes muerto ,  
 Porque tendrás por cierto que mi hermano  
 Y otros que tienen mano mas potente ,  
 Ruegan á mucha gente les ayuden ,  
 Y sé que les acuden de lugares  
 Millares de millares muy de veras :  
 Han hecho sementeras en gran copia  
 Para que por inopia de sustento  
 No dejen el sangriento desafío ;  
 Y aqueste desvario quien lo guía  
 Es un Pedro Catia , lengua vuestra ;  
 Aqueste los adiestra y él os vende .  
 Remedie quien entiende mis razones ,  
 Porque no son ficciones las que digo  
 Antes como testigo las declaro  
 Porque hallen reparo las peleas ;  
 Y para que me creas venir llana ,  
 Pido como cristiana el agua santa ,  
 Pues creo lo que canta la fe vuestra ,  
 Y huyo la siniestra de bestiales ,  
 Huyo mis naturales imprudentes ,  
 Y á deudos y parientes , vulgo ciego ,  
 Renuncio desde luego por entero ,  
 Y entre vosotros quiero vivir siempre . »  
 Oída la razon por don Antonio ,  
 En gran perplejidad se vido puesto ,  
 Pareciéndole ser novedad grande  
 Venir á declarar aquella moza  
 Las determinaciones del hermano ;  
 Y discurriendo con el pensamiento  
 Por cosas que los hombres circunspectos  
 Suelen considerar antes que crean  
 Negocios que de suyo son pesados ,  
 Sospechó que debía ser cautela  
 Por alguna pasion que su discurso  
 No bien comprehendía ni alcanzaba .  
 Y así de los soldados hizo junta ,  
 Y después de decir puntualmente ,  
 Lo que la bárbara representaba ,  
 Rogó que le diesen qué haría  
 En verificaciones del negocio ;  
 Y de comun acuerdo determinan

Que la india dijese por tortura  
Lo que de voluntad había dicho:  
Diligencia no bien considerada,  
Y término de gente mal medida.  
Tormentos se le dieron finalmente,  
Y en ellos siempre dijo lo que antes,  
Sin que de la substancia discrepase  
Ni de las intenciones que traía  
De profesar la fe de Jesucristo:  
Lo cual hizo después devotamente,  
Dándosele por nombre Catalina;  
Y aquel desgusto grande no fué parte  
Para de sus propósitos movella,  
Que piamente debe de creerse  
Venir de santos soplos inspirada,  
Porque permaneció y hoy permanece  
En la santa creencia y observancia.

Estando pues los españoles ciertos  
Deste rebelion, porque hallaron  
Aquella gran grandeza de labranzas  
Y otros indicios claros y evidentes,  
A su Pedro Catia procuraron  
Prender secretamente, y el astuto  
Estando del intento sospechoso,  
No quiso mas volver á los cristianos  
Como vió que la india Catalina,  
De lo qué meneaba sabidora,  
Estaba de propósito con ellos;  
Mas ordenó que fuesen los caciques  
Con simulada paz como solian,  
Para que conociesen con aviso  
Si acaso su traicion se rezumaba.  
A lo cual fueron luego dos hermanos,  
Tucure y Agrazava, y ansimismo  
Chacuri, Nuguireta, Tacúica,  
Tacujurango y otros principales,  
Con algunos regalos de comida,  
A los cuales prendieron en llegando,  
Poniéndolos á todos en clausura  
Con guardas vigilantes y prisiones,  
Y avisan al Valdivia por la posta  
Del riguroso trance que esperaban,  
Y las necesidades de socorro,  
Pues por dar libertad á los caciques  
Acudiria poderosa hueste;  
Y en tanto que venia la respuesta  
El pueblo se velaba todas horas,  
Sin caerse las armas de la mano.

En este tiempo, sin saber Valdivia  
Aquestos desahridos movimientos,  
Había proveídoles ganado  
Con solos diez soldados, confiando  
Que los del nuevo pueblo les saldrían  
A cierta parte donde por sus cartas  
Le había con indios avisado,  
Para metello mas seguramente  
En las estancias del moderno pueblo;  
Mas estas no llegaron á sus manos,  
Porque los portadoras yanacanas  
Fueron en el camino salteados,  
Y así vinieron solos su viaje,  
Acompañados siempre del peligro  
Que con muerte cruel amenazaba:  
El uno destes era sacerdote  
Que se llamaba Juan Ruiz de Atienza,  
Cuya virtud á mí me fué notoria  
Un tiempo que tuvimos un hospicio  
Y no menos lo es en el presente  
En la gobernacion donde reside;  
El cual de santa caridad movido  
En este riesgo puso su persona  
Por ir á consolar aquella gente  
Que deste ministerio carecia.

Llegados pues adonde gran posible  
De duras armas era necesario  
Para salir ilesos de las manos  
De bárbaros opuestos al encuentro,  
No solamente no les acometen,  
Mas antes con pacíficos semblantes  
A dar lo necesario se convidan;  
Y así les proveyeron de alimentos  
Y los acompañaron, ayudando

A llevar el ganado que traían  
Hasta ponellos sin recibir daño  
Cerca del pueblo de San Juan de Rodas,  
Donde se despidieron dando quejas  
Del don Antonio por haber prendido  
Debajo de amistad tantos caciques,  
Y aquellos no pasaban adelante  
Por escusarse de otra tal molestia.

Llegaron pues los diez al pueblo nuevo,  
Que no menos lo fué de su venida,  
Con gran admiracion solemnzada  
Por los vecinos dél desque supieron  
Haber pasado sin tener contraste  
Por tan endurecido barbarismo;  
Y hizo muy mayor aquel espanto  
Dándoles cuenta de la cortésia  
Y liberalidad de que con ellos  
Usaron y llaneza nunca vista;  
Sobre lo cual algunos afirmaban  
Que ya necesidad los compelia  
A procurar la paz, porque con guerra  
Vian su perdicion y su ruina,  
Mas otros lo contrario porfíaban  
Porque decían ser estratagemas  
Por los asegurar con esta muestra,  
Y acometellos viendo conjuntura.  
Al fin, destas contrarias opiniones  
Aquella que mas ocio prometia,  
Como sucede por la mayor parte,  
Parece que les dió mas en el gusto,  
Segun aquel enfermo que lo toma  
En el manjar que mas daño le hace;  
Y así deste socorro confiados  
Y de la gran blandura que los indios  
Les mostraron al tiempo que venían,  
Se fueron á dormir á sus posadas  
Debajo de sencilla centinela,  
Y no como solian en la plaza  
Velando por sus cuartos cada noche,  
Sin reservarse nadie del trabajo.  
De manera que cuando son los ojos  
Presos del soporífero sosiego,  
Los barbaros astutos se venían  
A las modernas casas acercando,  
Cuyo sitio y asiento no tenia  
Para poder llegar mas de una entrada,  
Y esta por una muy angosta loma  
Como de cuatro pasos el anchura,  
Que todos los demás eran lugares  
Para los rodear inaccesibles,  
Y el pueblo dentro dellos no tan llano  
Que faltasen algunas costezuelas;  
Cuya comodidad a los incautos  
Vecinos por ventura dió la vida,  
Pues á poder entrar la hueste junta  
Y no por el forzoso conladero,  
Fuera miraculosa contingencia  
Quedar alguno dellos con la vida.  
Al tiempo pues que la gallarda Venus  
Venía descubriendo sus dorados  
Copetes por las puertas del Aurora,  
Reventó la apostema represada,  
Y aquella tempestad impetuosa  
Rompió por el estrecho y angostura.  
La centinela huye, y arria dando  
Convoca los vecinos soñolientos:  
Responde de cornetas al instante  
Horrisimo tumulto y estampida,  
Y á las primeras casas ponen fuego.  
Corre la turbacion y desatino  
Por algunos vecinos, de tal suerte  
Que con tener las armas donde duermen  
Prestas para cualquiera sobresalto,  
Uuos no las hallaban, y otros toman  
Imbeles instrumentos y escusados,  
Segun á naufragantes acontece  
Cuando la nave repentinamente  
Es de las altas ondas sumergida,  
Que de la tabla, del barril ó caja  
Procura cada uno de valerse,  
Aunque sea con vanas esperanzas.  
Destos un Fernán Sanchez, animoso

Vecino, natural de la Membrilla,  
Acudió mal armado, y acomete  
Con ánimo soberbio y alterado;  
Mas al salir de casa ponderoso  
Golpe le desmenza las quijadas,  
Dando con él en tierra, y allí queda  
El alma con la sangre vomitando.  
Joan de Ortega, de Ubeda, venia  
Con pasos presurosos, sin rodela;  
Pero volante piedra que de honda  
Venia por los aires impelida  
Le quebrantó las sienes, y los ojos  
Perdieron luego la virtud visiva:  
El cuerpo se tendió por aquel suelo,  
Y despedida dél el alma huye.  
Pedro de Vega junto dél se halla,  
Mejor apercebido, mas en balde  
Quiso teñir los filos del espada,  
Por anticipacion de dura fecha  
Que las venas rompió de la garganta,  
Por donde desaguó luego la vida.

En este tiempo salen á la plaza  
Armados con espadas y rodels  
Un Pero Sanchez, natural de Estrella,  
Cerca de Talavera de la Reina,  
Y un Juan Mateos Corzo, de Segura  
De Leon, y con estos juntamente  
Estéban de Ribera de Albuquerque  
Con un Juan de Colura, valenciano,  
Y Diego de Guzman, el de Segovia,  
Los tres ó cuatro dellas en camisa;  
Pero con pensamientos arrojados,  
Al precio del honor, sin que temores  
De muerte se les pongan por delante,  
Ocurren al entrada de la loma  
Por donde se venia deslizano  
Aquella tempestad fiera y horrible,  
Y por ella rompieron como cuando  
El fulminoso fuego descendiendo  
De la media region del aire rasga  
El húmido nublado contrapuesto,  
Y el tortuoso vuelo desmenenza  
Acero, hierro y otros materiales:  
Así rompen ijares, y cabezas  
Saltaban de los hombros despedidas;  
Piernas, brazos y manos descoyuntan,  
Y al fin detienen el impetuoso  
Curso de la creciente y avenida.  
Como peñascos que temblor de tierra  
Les hizo que bajasen del altura  
Y fueron á parar á la corriente  
Del agua, y ocupando la salida  
Por diferentes partes se derrama,  
Por el obstáculo que halla puesto  
En el lugar por do correr solia:  
No menos fué la furia desta gente  
Por estos cinco solos impedida,  
Porque con esta brava resistencia  
A los de fuera y dentro defendieron  
Así la entrada como la salida,  
De tal manera que los de caballo  
Tuvieron tiempo para bien armarse  
Y de cebar las lanzas en aquellos  
Primeros que saltaron en el pueblo;  
Acudieron ansimismo peones  
Reportados y mas en orden puestos;  
Y unos y otros tal maña se dieron  
Que dejaron muy pocos con la vida.

Cantóse la victoria finalmente,  
La cual después de Dios, de cuya mano  
Recibieron aqueste beneficio,  
Fué por el gran valor de aquellos cinco,  
De los cuales Estéban de Ribera  
Y el Pero Sanchez fueron mal heridos,  
Mas no halló lugar la dura parca,  
Por ser con buena cura socorridos.  
Y en este rompimiento sanguinoso  
No menos se mostraron esforzados  
Y belicosos Juan Alonso Rubio,  
Juan Rüz de Buensuelo, que lo huella  
Con sangre por sus manos derramada,  
Y un Alonso Martin Merchan, que merca

A riesgo de su vida clara fama;  
Y todos los demás, que no pasaban  
De treinta y seis con los recién venidos,  
De cuyos nombres no se me dió copia  
Para los celebrar, segun merecen  
Tan raras valentias y hazañas:  
De las cuales aquesta merecia  
Ser de mas alta lira celebrada,  
Pues eran los contrarios tres quinientos,  
Robustos, esforzados y alrevidos,  
Y con preparacion de varias armas,  
Y en ellas todos diestros y cursados.  
Y así la multitud que quedó fuera  
No hizo mudamiento por entonces,  
Antes portérmino de cuatro dias  
Tuvieron sitiados á los nuestros,  
Que por amedrentallos, á su vista,  
De los caeques que tenían presos  
Aborcaron los dos, á Ninguireta  
Y á Chacuri, con otros ciertos indios  
Que por su valor eran estimados;  
Mas aqueste castigo fué fomento  
De mas indignacion y mayor ira:  
Y así corrieron todas las estancias  
Que tenían pobladas los vecinos,  
Los cuales destruyeron y quemaron,  
Dando crúeles muertes á los indios  
Y negros que tenían de servicio;  
Ansimismo talaron las labranzas,  
Refugio principal de los vecinos,  
Y achaque para que después Valdivia  
Los hiciese mudar de aquel asiento,  
Como se tractará mas largamente  
En el proceso del siguiente canto.

### CANTO UNDECIMO.

Donde se tracta del socorro que trajo el gobernador Andrés de Valdivia,  
la mudanza del pueblo de San Juan de Rodas, con otros varios sucesos,  
y cómo vino de España declarado no caer en el gobierno de Valdivia  
Santafé de Antioquia, ni San Juan de Rodas.

Las argucias del hombre caviloso,  
Las urdiembres y tramas de sus telas,  
Son como las que tejen las arañas  
Fáciles de romper, y sus colores  
De poca duracion, porque desdienen  
Cada y cuando que son examinadas  
En toque de verdad, que es el verdete  
De que usan los aurífices queriendo  
Ver aquello que duda ser buen oro,  
El cual si por ventura se vestia  
Del rubio resplandor sin la substancia,  
Ninguna señal deja de quilates;  
Como también la roja margarita  
Engaña nuestra vista muchas veces,  
Y en ardiente crisol hecha la prueba,  
En vaporoso humo se va toda:  
Desta manera fueron las argucias  
Y vanas subtilezas del Valdivia,  
Torciendo con sofisticas razones  
La letra del despacho que traia;  
Y los de Santafé, como sabian  
Mejor menear armas que cautelas,  
Creyeron el sentido que les daba  
A las reales cédulas, y luego  
Fué por gobernador obedecido.  
Y como con mas sólidas razones  
Y menos aparato de palabras  
Siguiese don Hierónimo de Silva  
En consejo de Indias esta causa,  
Vióle declarado por sentencia  
No caer en gobierno del Valdivia  
La dicha villa ni San Juan de Rodas;  
Y así cayó la máquina compuesta  
Por orden de vanilocas industrias.

Viéndose destas suertes despedido,  
Pueblos que le hacian muy al caso  
Para se sustentar en su gobierno  
Y autorizallo con mayor poder,  
Puso los ojos y los pensamientos  
En cosas arduas y dificultosas,  
Facilitandolas con su juicio,

Del cual muy confiado presumia  
 Con un palmo de hilo hacer redes  
 Tan largas y tan gruesas que con ellas  
 Podiese rodear el universo;  
 Porque con poco número de gente,  
 En un tiempo y en una coyuntura,  
 Tentó poblar en diferentes partes,  
 Que para cada cual menester era  
 La cantidad de gente que tenia  
 El primer pueblo dellos Antioquia  
 La vieja, do quedaron oficiales  
 En la caja real, y por teniente  
 Antonio de Tovar, el tesorero;  
 Mas la refundacion no fué durable,  
 Porque poco después gente caía  
 Vino sobrellos, y antes que llegasen  
 Al pueblo dieron fin de tres soldados  
 Inadvertidos, que encontraron fuera;  
 Y esta venida fué con tal aviso  
 Que los de la ciudad no lo tuvieron.  
 Mas remediólo la bondad inmensa  
 Con rara y espantosa maravilla:  
 Lo cual yo no pusiera por escrito  
 Si no fueran personas fidedignas  
 Aquellas que la dictan á mi pluma:  
 Y fué, que la mañana que venian  
 A dar en la ciudad, el tesorero  
 Y otros amigos suyos juntamente  
 Querian almorzar en su posada  
 Puchas ó poleadas, cuyo nombre  
 Es en aquestas partes mazamorra,  
 Entonces por ventura gran regalo,  
 Porque tenían leche para ella,  
 Y aquesta cuando por las porcelanas  
 Se difundia, fué, segun afirman  
 En finisima sangre convertida:  
 Amarillez mortal ocupó luego  
 Todos los rostros de los convidados,  
 Y los palidos miembros destilaban  
 Un sudor frio con el gran espanto.  
 De tal suerte que los turbados pechos  
 No podian dar fuerzas á la lengua:  
 Para decir palabra bien formada,  
 Como á quien opresion de pesadilla  
 Fatiga hasta tanto que recuerda;  
 Mas esta turbacion y sobresalto  
 En alguna manera despedidos,  
 Ocurren á las armas y caballos,  
 Y sin mas esperar á los efectos  
 Con quel prodigio los amenazaba,  
 A Santafé se fueron retrayendo  
 Dejando la ciudad desamparada.  
 Y así cesó por parte del Valdivia  
 Aquesta poblacion que pretendia  
 Hacer cabeza del gobierno suyo.

También antes que entrase con socorro  
 Esta postrera vez á los que estaban  
 Necesitados en San Juan de Rodas,  
 Habia despachado mas soldados  
 Con otro capitán Juan de Zavala  
 Y con el capitán Rodrigo Pardo,  
 Que es hoy factor real en este reino,  
 A conquistar la tierra de chococas  
 Y las que con el Darien confinan,  
 Para fundar ciudades do hallasen  
 Buena comodidad en aquel suelo,  
 Que es una pasta de oro, si la tierra  
 Fuera para vivir mas apacible,  
 Pero ninguna mas incomportable  
 Ni mas perjudicial al ser humano,  
 Por ser anegadiza, montuosa,  
 Con otras cien mil plagas insufribles,  
 Y cuyas influencias solamente  
 Son adaptadas para criar oro,  
 De que gozan algunos naturales,  
 Rarisimos, en árboles subidos,  
 Sobre los cuales tejen barbacoas,  
 Y en ellas sus tugurios ó chozuelas.  
 Por las inundaciones de los rios,  
 Que suelen ser allí cotidianas:  
 Vivienda vil y mas que miserable,  
 Y así de su viaje trabajoso,

Que fué cuasi de un año la tardanza,  
 Pudieramos hacer largo volumen  
 Si fuéramos particularizando  
 La terribilidad de los trabajos  
 En el discurso del acontecidos;  
 Pero diremos una sola cosa  
 Dicha por el factor Rodrigo Pardo  
 Y Francisco Mantilla de los Rios,  
 Que vive de presente donde vivo.

Aquesta fué que cuando se volvian,  
 Perdidos los caballos y sirvientes,  
 Desnudos, desarmados y hambrientos,  
 Y de setenta y tantos españoles  
 Mas de los treinta dellos fallecidos,  
 Venia muy enfermo Fernan Perez,  
 Mancebo natural de Salamanca,  
 E ya desamparado totalmente  
 De fuerzas y vigor con que pudiese  
 Proceder adelante con los otros,  
 Que con poca mas fuerza se movian,  
 Junto de la ribera de un arroyo

Se recostó diciendo: «Dios os guie  
 Y á mi provea de conocimiento  
 Con que de su bondad no desconñe  
 En este mi final acabamiento;  
 Pues para caminar aunque porfie  
 Fáltame lo mejor, que es el aliento;  
 Al ánima dé Dios salud y cura,  
 Quel cuerpo no la tiene ni ventura.»

Hallóse junto del Rodrigo Pardo,  
 Que para todos era gran alivio,  
 Así con obras como con razones  
 Cristianas y animosas, y responde:  
 «Buen ánimo, señor, valor y brio,  
 Que á vuestra condicion no le es honesto  
 Hacer un tan notable desvario,  
 Pues á cada cual veis ir mal dispuesto;  
 Volved, volved en vos, que yo confío  
 En Dios que hallareis remedio presto,  
 Porque llevamos ya senda trillada,  
 La cual nos ha de dar tierra poblada.»

Otras muchas razones le decia,  
 Ayudándole porque se levante;  
 Mas no bastó su buena diligencia,  
 Por lo hallar imposibilitado,  
 Y él mismo lo despidió con aquesto:  
 «Señor, ningún trabajo mas perdido  
 Que lo que procurais en este caso;  
 Porque me voy, del orto despedido,  
 A mas andar la vía del ocaso.  
 Una merced tan solamente pido,  
 Y es que me la hagais de aquese vaso  
 Para beber con él desta agua clara  
 Mientras la vida no me desampara.»

Viendo ser por demás hacer instancia  
 En que se levantase, dióle luego  
 El vaso que pidió, y una cruz puso  
 En el mismo lugar, no sin suspiros.  
 Y de su ruego lo llegó mas cerca  
 De la corriente, porque con la mano  
 Pudiese coger agua de aquel rio;  
 Y así se despidió con grave pena,  
 Amonestándole por muchas veces  
 Que nunca divirtiese la memoria  
 En desvanecimientos transitorios.  
 Sino que siempre la tuviese puesta  
 En quien por él habia padecido  
 Y por la redencion del mundo todo,  
 En árbol y figura semejante  
 De aquel que le dejaba por amparo,  
 Pues la necesidad lugar no daba  
 A le favorecer con otras cosas,  
 Y que con armas de oracion continua  
 Se defendiese de las tentaciones  
 Bel infernal dragon, que siempre busca  
 Animas que tragar, principalmente  
 En tal tiempo y en tales ocasiones;  
 Y que cualquiera golpe resistiese  
 Con el escudo de la fe cristiana.

Aquesto dicho, pasan adelante,  
 No sin el afliccion con que caminan  
 Aquellos que no tienen certidumbre

De hallar el remedio que desean,  
 Antes la que tienen por mas cierta  
 Era morir de hambre todos ellos ;  
 Mas aquella divina Providencia,  
 A cabo ya de seis ó siete dias  
 Que la flaqueza y la desconfianza  
 En tal angustia los tenia puestos,  
 Que muchos se quedaban desmayados,  
 Proveyó de remedio, porque dieron  
 En ciertas poblaciones abundantes  
 De la substancia que era necesaria  
 Al adelantamiento de sus vidas ;  
 Y con ser los vecinos de aquel suelo  
 Asperos y crüeles por estremo,  
 Y tantos que podian fácilmente  
 Cortalles el estambre de la vida,  
 Por ir debilitados y no juntos,  
 Mas derramados y con el desorden  
 Que llevan los que van á quien mas puede,  
 Se mostraron tan pios y benignos  
 Que los acariciaron en sus casas  
 Y proveyeron de lo que tenían,  
 En tiempo que lo vil y menos sano  
 Les fuera cordial mantenimiento ;  
 Y no solos aquellos que llegaron  
 Primero recibieron beneficio,  
 Pero manifestándoles por señas  
 Quedar otros atras que no podrían  
 Llegar sin les llevar algun socorro,  
 En ese mismo punto se cargaron  
 Algunos indios dellos de comida,  
 Y así como los iban encontrando  
 Les iban proveyendo, hasta tanto  
 Que los metieron dentro de su pueblo,  
 Adonde se estuvieron reformando  
 Por mas espacio de cuarenta dias.  
 Después volviendo por aquel camino,  
 Por ser aquella la derecha via  
 Para salir á pueblos de españoles,  
 Llegaron al paraje do dejaron  
 Al Fernan Perez, y reconocido,  
 Habló Rodrigo Pardo con los otros,  
 Y dijóles : « Si puede tino mio  
 Tener verificados pareceres,  
 Aqueste me parece ser el rio  
 Do dejamos al pobre Fernán Perez :  
 Suplicoos que, pues es poco desvío  
 Y son caritativos menesteres,  
 Que lleguemos á ver su desventura :  
 Daremos á sus huesos sepultura. »  
 Todos condescendiendo con su ruego  
 Llegaron á la cruz que quedó puesta,  
 Y vieron al soldado de la suerte  
 Y en el mismo lugar que lo dejaron  
 Había ya sobre cincuenta dias :  
 Acuden con el tacto de las manos,  
 Y conocieron que tenia vida ;  
 Mas aunque lo llamaban por su nombre,  
 Dándole voces, nada respondia.  
 Pero Rodrigo Pardo, con deseo  
 De se certificar enteramente,  
 Con la carne de mico que llevaba  
 Asada para su matalotaje,  
 Le refregó los dientes y la boca,  
 Procurando con grande vehemencia  
 Hacelle traspasar alguna brizna :  
 En efecto, se vió que mostraba  
 Algun tanto de mas vital nuevo ;  
 Tornaron á dar voces, preguntando  
 Si conocia ser sus compañeros,  
 Y respondió con una voz muy débil :  
 « No veo, que la vista me fallece ;  
 Pero si no me engañan los sentidos  
 Voz de Rodrigo Pardo me parece  
 Aquesta que me toca los oidos. »  
 No se puede pintar el alegría  
 Que recibieron todos desque vieron  
 Que con algun acuerdo les hablaba ;  
 Y así reiterando las preguntas  
 Con encarecimiento le rogaron  
 Que se esforzase para declaralles  
 Cómo pudo vivir tan largo tiempo

En aquella montaña tenebrosa,  
 En el húmido suelo recostado,  
 Al agua pluviosa y al sereno,  
 Sin ropa ni recurso de comida,  
 Y en tanta soledad y desconuelo ;  
 O quién le proveia de alimento,  
 Porque vivir sin él hombres mortales  
 En tan profijo número de dias,  
 Tentarlo por caso milagroso.

El Fernan Perez luego les enseña  
 Una crucita de oro bien labrada,  
 Que pesaria como seis tomines,  
 Inclusa y engastada dentro della  
 Una astíllica muy subtil de palo,  
 Y dijoles con voz mas esforzada :

« Nunca jamás gusté mantenimiento  
 Después que me quedé, ni tal he visto  
 En esta soledad y descontento.  
 » Pero la piedad de Jesucristo  
 Le dió virtud al agua que bebia  
 De substancial y necesario pisto.  
 » Porque esta cruz en ella la metia,  
 La cual contiene parte del madero  
 En que Dios padeció por culpa mia.

« Ovela yo de cierto caballero  
 Canónigo que fué de Salamanca,  
 En su fin y remate postrimero. »  
 Oida la razon por todos ellos,  
 No sin admiracion, y dando gracias  
 Al Obrador de tantas maravillas,  
 Prostráronse por tierra y adoraron  
 Aquella preciosísima reliquia,  
 Porque les pareció, segun la obra  
 Tan rara, tan estraña y admirable,  
 Que seria segun les declaraba,  
 Y quel árbol que dió fruto de vida  
 Al hombre que quedaba cuasi muerto,  
 También se la daria hasta tanto  
 Que con preparaciones de cristiano  
 Pasase por do pasan los mortales.  
 Y luego dieron orden como fuese  
 En hombros de los indios de servicio,  
 Ayudándole todos, hasta tanto  
 Que entraron en pacificas regiones  
 De indios obedientes ya subyectos,  
 Do lo dejaron muy encomendado  
 Y á un criado suyo yamacona  
 Del servicio del mismo Fernán Perez :  
 Mas el dicho Factor Rodrigo Pardo  
 No me sabe decir el lin que tuvo,  
 Porque llegados á las ciudades  
 Y pueblos de españoles, cada uno  
 Procuró solamente su remedio,  
 Por diferentes vias derramados,  
 Y algunos se volvieron al Valdivia.  
 Al cual, segun que dejo declarado,  
 En Santafé le fué notificada  
 La provision real y la sentencia  
 Cerca de no caer en su gobierno  
 Aquellos pueblos dos fundados antes  
 Que la merced á él se le hiciese.  
 Y así con la presteza con que suele  
 Astuto negociante prevenirse,  
 Antes que la noticia les llegase  
 A los que estaban en San Juan de Rodas,  
 Determinó partirse con la gente  
 Que pudo recoger ; y porque supo  
 Estar en gran angustia por lo dicho  
 En los versos del canto precedente,  
 En tanto que mas gente recogia  
 Despachó diez ó doce compañeros  
 Con municiones, y por su caudillo  
 Al capitán Francisco Maldonado,  
 Un vecino que fué de Caramanta,  
 El cual dió perfeccion á su camino  
 En pocos dias con aquel socorro.  
 Y su llegada fué ya demediado  
 Diciembre por el año de setenta  
 Y tres, á deseada coyuntura,  
 A causa de que todos los del pueblo  
 Estaban puestos en tan gran peligro

Por falta de alimento, que no vian  
 Otro refugio que mas cierto fuese  
 Que perecer, pues con la misma vida  
 Se habia de comprar si lo buscaban,  
 Por la gran vigilancia de los indios,  
 Continuas asechanzas, y dispuestos  
 A dar con mas hervor y mas pujanza  
 En los que conocian temerosos,  
 Quedos y acorralados en su sitio.  
 Pero como llegasen los que digo  
 Con buenas municiones, desterróse  
 El pálido temor y cuerdo miedo,  
 Y así salieron á buscar comida  
 Veinte y cinco soldados principales  
 Con un Juan Lopez Bravo por caudillo,  
 Soldado de gran uso y experiencia,  
 Y hombre no menos cauto que valiente.  
 En este mismo tiempo se movieron  
 Los bárbaros protervos con intento  
 De no dejar las armas de las manos  
 Hasta desarraigar la nueva planta,  
 Y dar á las católicas entrañas  
 En sus voraces vientres sepultura;  
 E yendo nuestra gente sin sospecha  
 De tal encuentro, repentinamente  
 Dieron en el ejército pagano  
 Que venia marchando con el orden  
 Y recato que suele gente diestra,  
 Acaudillándolos Pedro Catia,  
 Capitán general de la caterva.  
 ¿Qué habian de hacer en tal extremo?  
 Porque volver atrás no convenia,  
 Por ser camino cierto de la muerte,  
 Y acometer á tanta muchedumbre  
 Grande temeridad por consiguiente,  
 Pues la dificultad les declaraba  
 A todos el remate de su vida.

Pero como Juan Lopez Bravo viese  
 No se poder usar de otro remedio  
 Sino de rompimiento, dijo luego:

«A ellos, caballeros, que sin duda  
 Conoceréis por vero testimonio  
 Que valen mas los pocos con ayuda  
 De Dios, que muchos con la del demonio.»

Disparan arcabuces al momento,  
 Y con hilos de alambre las pelotas,  
 Que van rompiendo pechos, brazos, cuellos,  
 Con una y otra carga derribando  
 Penachos y coronas por el suelo;  
 Soltáronse los perros que traian  
 Cebados en entrañas infieles,  
 Y en breve tiempo hacen tal estrago,  
 Que se confunden y se desordenan  
 Los unos y los otros escuadrones  
 Sin dárseles lugar á rehacerse,  
 En tal manera que desatinados  
 Volvieron las espaldas, y los nuestros  
 Siguiéron el alcance derramando  
 Infinidad de sangre, de tal suerte  
 Que les pedian ya misericordia,  
 Ajena de sus ritos y costumbres;  
 Y un indio desde un alto les decia:

«Cesen, cristianos, cesen las matanzas,  
 Que sangrientos estáis hasta los codos:  
 Dejad algunos que hagan labranzas  
 De que comais y que comamos todos.»

Bastó para cesar oír aquesto  
 Y para que pensasen quel castigo  
 Inopinado les pornia freno,  
 Principalmente por haber caído  
 En el mortal rigor Pedro Catia,  
 Aunque también se dice que los indios  
 Son los que lo mataron y comieron  
 Después deste recuento sanguinoso,  
 Por les facilitar este triunfo,  
 Cuya dificultad hizo notoria  
 La caída de tantos indios diestrós,  
 Diciendo que bastaba defenderse  
 En sus terrenos de los españoles  
 Sin illos á buscar á sus albergues.

Habiendo pues ganado la batalla  
 Con desesperacion acometida,

Los pocos españoles acordaron  
 Volver á su ciudad, imaginando  
 Que los astutos indios revolverian  
 A dar en ella viéndolos absentes;  
 Y aunque mal proveídos de sustento  
 Efectuaron luego la partida.  
 Donde con gusto de los atendientes  
 Representaron este vencimiento  
 Que los regocijó con esperanzas  
 De poder atraellos á lo bueno;  
 Mas aunque se hicieron diligencias  
 Modestas y de cierto cumplimiento,  
 La bárbara dureza pertinace  
 Nunca jamás dió muestras de blandura.  
 Lo cual reconocido, determinan  
 Con mas severidad probar la mano;  
 Mas el hilo cortó de sus intentos  
 El Andrés de Valdivia, porque vino  
 En aquella sazón con poca gente,  
 Pues aquestos y aquellos computados  
 Eran dos ó tres menos de cincuenta;  
 Y como no sabian ser escluso  
 Del jurídico mando deste pueblo,  
 Fué con aplauso grande recibido  
 Y con aquel respecto que debian  
 A su gobernador, y él ansimismo  
 Se les mostró benigno y apacible,  
 Comedidísimo, grato y afable  
 Con unos y con otros, de tal suerte  
 Que para sus propósitos los tuvo  
 Muy prontos, adaptados y compuestos.  
 Y así después de tres ó cuatro días  
 Habiéndosele dado larga cuenta  
 De sus necesidades, y cuán duros  
 Eran en dar la paz los naturales,  
 Juntólos en las casas de cabildo,  
 Y hizoles aqueste parlamento:

«Caballeros, amigos, de quien fio  
 Aquello que es en mí de mas momento,  
 Paréceme notable desvario  
 Permanecer tres años en asiento  
 De tan protervo y áspero genio,  
 Y en tan reconocido detrimento,  
 Que es de sus mejoras la mas cierta  
 Retracto vivo de esperanza muerta.»

«Porque, como sabeis á costa vuestra,  
 Los indios deste pueblo mas cercanos  
 De mala digestion han dado muestra,  
 Y con dificultad los hareis llanos:  
 Lleguémonos á gente menos diestra  
 Y de menos contrato con cristianos  
 Con el cual suelen aun los mas subyectos  
 Perder algunas veces los respetos.»

«Será lo mas seguro y acertado  
 En esta turbacion el mudamiento,  
 A lo menos por tiempo limitado,  
 Para volver con otro fundamento,  
 Pues que reconocéis ser escusado  
 El procurar aquí mantenimiento,  
 E ya que lo halleis, es la comida  
 Comprada con el precio de la vida.»

«Cauca rio teneis bien á la mano  
 Dos leguas solamente de distancia,  
 El estalaje tengo por tan sano  
 De mas fertilidad y mas substancia,  
 Pues dado caso que nos falte grano,  
 Hay de pescado y frutas abundancia:  
 Mudémonos á él y á su ribera,  
 Tractaremos con gente mas sincera.»

«Para restauracion deste quebranto  
 No se puede tomar mejor camino;  
 Y en aquel rio ya sabemos cuánto  
 Tesoro se recoge de oro fino:  
 Alguno buscaremos entretanto  
 Que llega Pedro Pinto Vellorino,  
 El cual verá sin duda brevemente  
 Con razonable número de gente.»

«Porque este favorece mi jornada  
 Debajo de concierto conveniente:  
 Persona sabeis ser acreditada,  
 De condicion modesta y apacible,  
 Y para recoger gente granada

Tiene sagacidades y postre :  
Allí dareis el orden desque venga  
Que para nuestros fines mas convenga.

» A questo me parece y es intento  
Que de buena razon no se divierte,  
Pues el cotidiano descontento  
En vida mas quieta se convierte,  
Y el esperar aqui mejoramiento  
Es andar vacilando con la muerte :  
Vuestra comodidad quiero, y es esta  
Si medis con mi gusto la respuesta. »

Dijo ; mas las palabras encubrian  
Diversas intenciones en su pecho,  
Porque su pretension era sacallos  
Con este pallado parlamento  
Afuera del ajeno territorio  
Para valerse dellos en la tierra  
De su gobernacion, que limitaban  
El rio Cauca y de la Magdalena ;  
Y á la resolucion se dió tal priesa,  
Antes que por aviso de vecinos  
De Santafé tuviesen certidumbre  
Estar todos exentos de su mando,  
Que con aquel respecto y obediencia  
Que de gobernador le daban antes,  
Dieron á su querer consentimiento,  
Sin que ninguno lo contradijese,  
Escepto Alonso Diaz, un alcalde,  
Que tuvo diferentes pareceres ;  
Mas como singular, fué rebatido  
Su voto, y en efecto despoblaron,  
Y se llegaron al rio de Cauca,  
A la mediacion del mes de enero.

Asentaron real en la ribera  
Donde Valdivia deseaba vellos,  
Y como sus intentos fuesen otros  
De los que con la lengua predicaba,  
Antes pasar el rio desde donde  
Comenzaban los términos anejos  
A su gobernacion, segun he dicho,  
Otro dia después de su llegada  
Hizo junta de todos en su rancho,  
Y con el enerjia y eficacia  
Con que daba tropel á sus razones

Les dijo : « Caballeros, grandemente  
He deseado por do mas estrecho  
Aqueste rio corre hacer puente,  
Porque seria celebrado hecho,  
Para lo cual á tan heroica gente  
Solo resta querer poner el pecho,  
Como quien sabe dar fin á las cosas  
Mas arduas y muy mas dificultosas.

» Que para nuestros fines y demandas,  
Soldados valerosos, nos conviene  
Aprovecharnos por entrambas bandas  
Y rastrear lo que la tierra tiene :  
Esta solicitud irá por tandas,  
Y á mi me dad el cargo que la ordene,  
Pues no será trabajo tan durable  
Que lo tengamos por intolerable.

» Pues de cueros de vacas retorcidos  
Haremos las maromas ó ramales,  
Con bejuco espesos y tejidos  
Segun suelen aquestos naturales,  
A una y otra banda bien asidos,  
Ahincados estantes y puntales,  
Y pasarán algunos cuando fuere  
Menester y algun caso lo pidiere.

» Este motivo ruego se consulte,  
Por ser aqui de muy gran importancia,  
E ya podria ser que del resulte  
A todos crecidisima ganancia,  
O por no la hacer se nos oculte  
Alguna tierra de mayor substancia :  
Si ha de ser tarde, hágase temprano,  
Y pongamos en ella luego mano. »

Cuadróles la razon á todos ellos,  
Pareciéndoles ir encaminada  
Al provecho comun, de cuya causa  
Pusieron luego manos en la obra  
Con tal solicitud y diligencia,  
Que en espacio de diez ó doce dias

Le dieron conclusion, que fué difícil  
Y trabajosa por la gran distancia.

El Andrés de Valdivia, como viese  
Concluida y acabada la pendiente  
Puente, sin un momento de tardanza  
Hizo pasar por ella diez soldados  
De los mas avisados y bríosos,  
De quien él presumia que tenían  
Algun resabio de sus intenciones,  
Los cuales fueron muy de mala gana ;  
Mas so color de descubrir caminos  
En efecto pasó la demas gente  
El dia santo de la Candelaria  
O Purificacion, solemne fiesta  
De aquella que nació purificada,  
A nado los ganados por el agua,  
Pero la mayor parte de las vacas  
Y puercos y caballos se volvieron  
Temerosos del impetu del rio,  
Y salieron á partes diferentes,  
De suerte que de todos recogieron  
Setenta y nueve vacas solamente  
Y veinte y un caballos, cuya falta  
No dejó de ser grande desavio  
Para prosecucion de su jornada ;  
Cuyos sucesos callo por agora,  
Con presupuesto de poner la mano  
En ellos en el canto venidero.

## CANTO DUODECIMO.

Donde se da razon de lo que hizo el gobernador Andrés de Valdivia des  
pués que tuvo la gente de la otra parte del rio Cauca.

Mucho pueden palabras comedidas  
Y términos afables en las gentes ;  
Y el conocer los tiempos y usar dellos,  
Moderando las cosas con templanza,  
Es un cierto camino por do pueden  
Llegar los hombres á lo que desean ;  
Y esta sagacidad no se podria  
Negar en el Valdivia totalmente  
En los principios de sus pretensiones  
Con todos los soldados que seguian  
El son exterior de sus acentos.  
Y así, después que ya los tuvo puestos  
En la contraria parte de aquel rio,  
Manifestó su pecho claramente  
Haciéndoles aqueste parlamento :

« Señores, ya hollais aquesta parte  
En quien español nunca hizo mella,  
Ni plantaron cristianos estandarte  
Aunque morian por llegar á ella ;  
Agora será bien que me descarte,  
Visto que pié católico la huella,  
Porque seria grave maleficio  
Usar de mas cubierta y artificio.

» Vuestras mercedes sepan quel rey manda  
Y viene por sentencia declarado  
Que mi gobierno sea desta banda  
Sin lo que fué por Popayan poblado ;  
Mas sustentar los pueblos ; qué demanda,  
Trabajo, riesgo y oro me ha costado !  
Y el daros y aviaros compañeros,  
Ausinismo se hizo con dineros.

» Y pues son oculares los testigos  
De cómo di favor á la vivienda  
De los modernos y de los antiguos,  
No me culpeis metiendo tanta prenda,  
Por quererme valer de mis amigos  
Con quien he despendido mi hacienda  
Y gastaré con fuerzas y con mañas  
Mi proprio corazon y mis entrañas.

» Conozco que por mi quedó desierto  
Pueblo do cada cual tenia suerte ;  
Pero del gozo dellas lo mas cierto  
Era de lo quel bien en mal convierte :  
Que ya camino viades abierto  
Para todos morir infausta muerte,  
De lo cual daba claros desengaños



Experiencia que pasa de tres años.

» En los cuales, demás de la penuria  
Que cerca del comer se padecía,  
Fueron notables daños con injuria  
De muertes de españoles cada día,  
Sin poder refrenar aquella furia  
Que tiene siempre la nación catia,  
Que morirá mil muertes cada hora  
Por no pagar tributo ni demora.

» Acá los riesgos no serán tan graves  
En recuentros y faltas de comida,  
Porque venis á tierra de nutaves,  
Gente ni vencedora ni vencida :  
Nosotros somos las primeras llaves  
Desta puerta sin sermos defendida,  
E ya sabeis por fama que publica  
Ser esta tierra sumamente rica.

» En los repartimientos y otros dones  
Que de rico caudal la tierra cria,  
Entendereis que gratificaciones  
No tienen de faltar por parte mia;  
Amigos somos, y estas aliciones  
Antiguas no ternán mano vacía,  
Lo cual prometo con intento sano  
Y católico pecho de cristiano.

» Socorro nos verná de elerta ciencia  
Coi el capitán Pinto Vellorino ;  
Y á quien le pareciere ser demencia  
Ir en prosecucion deste camino,  
Libre y abierta tiene la licencia  
Para volverse por adonde vino :  
Haga su voluntad en este día,  
Porque ya le declaro yo la mia.

» Puente para pasar se tiene puesta,  
Y puesta se estará cuanto durare :  
Pido resolucion en la respuesta,  
Y cada cual su pecho me declare ;  
Pues salidos de aquí, hallará presta  
Y dura punicion quien me dejare,  
Porque yo por ningún inconveniente  
Tengo de revolver atrás la frente. »

» Así habló, y estando los soldados  
Mirándose los unos á los otros,  
Algunos admirados del astucia  
Que tuvo para que se despoblasen,  
A Juan Lopez de Oviedo dieron mano  
Para que le responda, y así dijo :  
« Señor gobernador, tan buen semblante  
Hay acá como allá para serviros,  
Y ninguno será tan inconstante  
Que no lo haga, porque sé decirlos  
Que la presuncion de ir mas adelante  
Acá no faltará para seguuros,  
Y á cualquier riesgo que pongais el pecho  
No hallareis el nuestro ser estrecho. »

» Valdivia recibió contentamiento  
Viendo tan á su gusto la respuesta,  
Y tuvo cumplimientos cortesanos  
Bastantes á cazar las voluntades  
De los que por ventura las tenían  
A diferentes fines inclinadas ;  
Mas Antonio Machado, que vecino  
Fué después de la villa de Antioquia  
Le dijo : « Yo, señor, no determino  
Solapar ni cubrir con apariencia  
Mi cierta voluntad y mi destino,  
El cual de los demás se diferencia ;  
Y así para seguir otro camino  
Suplicoos que me deis libre licencia,  
Porque me quiero volver á la villa  
De Santafé, do tengo mi casilla. »

» Valdivia se la dió liberalmente ;  
Y aunque con grande riesgo de la vida,  
Como sabia bien toda la tierra  
Y era soldado de valor y maña,  
Por bosques y montañas encubierto  
Llegó donde queria brevemente.  
El Valdivia con los que le restaban,  
Que de cuarenta y seis era la copia,  
Y veinte negros suyos que tenia  
Y otros doscientos indios de servicio  
De los que cada cual delllos llevaba,

» Proceden adelante por caminos  
Bien anchos y seguidos que les daban  
Indicios de soberbias poblaciones ;  
Y así dieron á nueve de febrero  
En un valle llamado de Guarcama,  
Que por contemplacion del que gobierna  
Valle de San Andrés heredó nombre,  
Como le llaman hoy los españoles :  
Cura fertilidad los incitaba  
A ver lo mas secreto de la tierra,  
Con pronta voluntad encaminada  
A vivienda que fuese permanente,  
Porque los convidaba la frescura  
De fructíferas plantas y arboledas,  
En campos abundantes de labranzas  
Regadas de las aguas cristalinas,  
Terreno sano, claro, descubierta,  
Desabahado de montisca sombra,  
Por longitud de hasta veinte leguas,  
Y en latitud ternia diez ó doce,  
A trechos pueblos ricos y opulentos  
Por minas, por labor y granjerías  
De los algodonaes que poseen,  
De que se hacen telas razonables,  
Blancas y variadas en colores.

» Eran los principales y caudillos,  
Que tenían distintos sus albergues,  
Do cada cual mandaba sus subyectos,  
Guarcama, Cuerpia, Pipiman, Oceta,  
Maquirá y Aguasici, pero destos  
Divisos y apartados mas afuera  
Del valle muchos otros, como fueron  
Omoga, Negueri, Yusca, Aguataba,  
Abaniquí, Cüercia, Taquiburi,  
Moscataco, Cuerquici, con Carime,  
Y otros algunos hombres belicosos,  
Flecheros, carniceros y herbolarios,  
Destrisimos en guerra por extremos,  
Y en acometimientos tan precitos  
Que los efectos no corrían menos  
Que la velocidad del pensamiento  
En dar ejecucion á sus conceptos ;  
Mas por entonces, como gente nueva  
En la conversacion de los cristianos,  
Tuvieronles respecto y obediencia,  
Saliéndoles de paz y con socorro  
De comida, por ellos deseada,  
Los principales indios deste valle,  
A la boca del cual hicieron pausa,  
Personas y caballos reformando,  
Y preparando sayos estofados  
Como hallaron copia de algodones,  
Espacio y dilacion de nueve días.  
Al cabo de los cuales se pasaron  
Tres leguas adelante do tenia,  
El capitán Oceta su dominio,  
En el cual estuvieron alojados  
Mucho mas tiempo sin hacer mudanza,  
Sin conocer en indio mal resabio,  
Antes amor y voluntad sincera.  
Y como ya la fama publicase  
El amistad y paz destas provincias,  
Emulos del Valdivia lo supieron  
En Santafé por indios contractantes,  
Y estos fueron los indios tabamies  
Que Bartolomé Sanchez Torreblanca  
En encomienda tiene de presente,  
Que son á los nutaves convencinos,  
Y emparentados unos con los otros ;  
Y quiérese decir quel Torreblanca  
Pesándole de ver el buen suceso,  
Por odio que al Valdivia le tenia,  
A sus encomendados persuade  
Que pasasen al valle de Guarcama  
Y que con gran instancia procurasen  
Apartar á los indios del intento  
De conservar la paz con tales hombres,  
Sino que los matasen si pudiesen,  
O les hiciesen guerra hasta tanto  
Que los desarraigasen de su tierra,  
Por ser gente de malos pensamientos,  
Engañadores, falsos, fementidos,

Y aun dicen enviar un mozo suyo,  
Juan Baptista Vaquero, grande lengua  
Del idioma dellos, al efecto.

Mas aquesta sospecha bien podria  
Ser invencion de gente descompuesta:  
Pero ya con verdad, ya con mentira,  
Al Bartolomé Sanchez Torreblanca  
Yo lo vi preso por aquesta causa  
En la cárcel real en este reino,  
Y el mozo Juan Baptista se retrajo  
Entre los indios que lo respectaban  
Con gran veneracion porque hablaba  
La lengua dellos admirablemente.  
En efecto, los indios deste valle  
De San Andrés, y los de mas afuera,  
Tomaron armas y hicieron guerra  
Con tal obstinacion y pertinacia  
Al Andrés de Valdivia, que murieron  
Algunos de los suyos en recuentros  
Con aquellos estrémos lamentables  
Que suelen padecer miseros cuerpos  
Heridos de la yerba ponzoñosa,  
Entre los cuales dió pena notable  
Pero Fernandez de Rivadeneyra,  
Magnánimo soldado, fuerte, diestro,  
Y de grandes arditos en la guerra.

Aquesta furia fué continuada  
Por espacio de dos ó de tres meses  
Sin haber remision que les conceda  
Dejar punto las armas de la mano,  
No sin yactura grave de los indios  
Caidos en las duras competencias,  
Porque el gobernador en ellas hizo  
Cuanto cumplia para su defensa.

Pero como se viesse fatigado,  
Falto de gentes y de municiones,  
Y sin recurso de mantenimiento,  
El cual si se buscaba ya sabian  
Ir á pena de muerte condenados,  
Por la gran vigilancia de los indios,  
Que sin perturbacion ni daño suyo  
En pasos de latibulos ocultos  
Herian españoles á su salvo,  
Fatigaba remedios inquirendo  
A todas horas el entendimiento,  
Y de varios balances uno solo,  
Aunque dificultoso, le convino.  
Habló con Juan Alonso de Santana,  
Soldado de los de Lope de Aguirre.  
Y con otro Bartolomé Jimenez,

Entramos hombres de quien bien podia  
Fiar cualquiera hecho memorable,  
Y dijoles: «Va veis por la presura  
A cuán acerbo fin vamos cercanos;  
Hemos de procurar alguna cura,  
So pena de ser torpes y livianos;  
Y aquesta colocó mi conyectura  
En vuestros sueltos piés y fuertes manos,  
Como quien sabe ya pasar rigores  
Y escaparse de riesgos muy mayores.

» Confiandome pues de vuestro tino  
Con que sois guiar puntualmente,  
Antes de ver el rayo matutino,  
Quiero que á Santafé guíeis la frente  
Para que Pedro Pinto Vellorino  
Abrevie su partida con la gente,  
Y demas de le dar aquesta carta,  
Parte seréis para que luego parta.  
» Será hazaña bien engrandecida  
Del siglo venidera y el presente,  
La cual, si Dios á mí me diere vida,  
Terná su galardón correspondiente;  
Ha de ser esta noche la partida.  
Con prontitud y paso diligente;  
Haced á Dios y al rey este servicio,  
Y á mí tan amigable beneficio.

» Conozco que poneis frágil navio  
En ondas que denotan detrimento,  
Segun aquel que corre por bajío  
Con recios soplos de soberbio viento;  
Pero no las temais, que yo confío  
En Dios que llegareis á salvamento,

Pues vuestros buenos piés y la espesura  
Os han de preparar via segura.»

Dijo, y aunque dudosa la carrera,  
Por no venir á menos del concepto  
Que dellos se tenia, respondieron  
Que si menester fuese hasta Chile  
Irian, quanto mas camino breve;  
Y así partieron cuando los cubria  
La sombra fusca del nocturno manto,  
No con menos ardor, valor y hrio  
Que de Niso y Eurialo se cuenta,  
Pero con mas ventura, pues llegaron  
Salvos de los llevaba su deseo.  
Y entendida por Pinto Vellorino  
La causa y la razon de su venida,  
Con cuanta brevedad le fué posible  
Partió con treinta y seis hombres guerreros  
Y cantidad de vacas y de puercos  
Y muy buenos caballos, siendo guias  
Aquellos dos soldados que vinieron:  
Los cuales, abreviando las jornadas,  
Llegaron á la puente que dejaban  
Sobrel rio de Cauca fabricada,  
Por do pasaron luego, mas las vacas  
Y los demás cuadrípedos dejaron  
Allí perdidos, porque no pudieron  
Vencer el impetu de la corriente,  
En la cual perecieron dos soldados  
Que por los aviar se confiaron  
De la destreza y fuerza de sus brazos.  
Los otros con acerba pesadumbre  
De ver aquel principio desgraciado,  
Prosiguen adelante su camino  
Hasta llegar al valle de Guarcama,  
Y al campo de los nuestros, donde fueron  
Con los brazos abiertos recibidos,  
Y con aquel contento y alegría  
Que se puede pensar de los que estaban  
En trance riguroso y en estado  
Que los amenazaba con la muerte,  
A no venir aquel socorro presto,  
De buenas municiones proveído;  
Con la cual nueva bárbaro gentío  
Estuvo por entonces mas quieto,  
Y nuestros españoles dieron orden  
De salirse del valle con intento  
De tundar pueblo permanecedero  
En apropiado sitio, desde donde  
Pudiesen subyectar cómodamente  
Los términos que dalle pretendian.  
Veinte y cuatro de junio se contaban  
Dia del que nació santificado,  
Cuando salieron fuera deste valle,  
Y habiendo caminado pocos dias  
Llegaron á la loma de Nohava,  
Donde la tierra rasa se remata,  
Porque lo que se sigue después della  
Es tierra montüosa, mai poblada,  
De ricos minerales, mas enferma,  
Con molestos mosquitos y otras plagas,  
Y por les parecer estar la loma  
En cómodo lugar para su pueblo,  
Fundaron la ciudad de Ubeda, porque  
El Andrés de Valdivia fué nacido  
En aquella que deste nombre goza  
En la provincia del Andalucía.  
Tomaron posesion por el monarca  
Filipo magno, rey y señor nuestro,  
Nonbrándose cabildo y regimiento,  
Y haciendo las otras diligencias  
A nuevas poblaciones concernientes,  
Y repartidas tierras y solares  
Luego se comenzó sangrienta guerra  
Con todos los caciques declarados;  
Cuyos rigurosísimos sucesos  
Seríame confuso labirinto  
Particularizallos por escrito:  
Basta decir que fué tan porfajada,  
Que los paganos y los españoles  
Vinieron á notable menoscabo,  
Y para sustentarse nuestra gente  
Por falta de servicio les convino

Hacer labranzas con sus propias manos;  
 Mas estas cuando daban esperanzas  
 Del grano sumamente deseado,  
 Los indómitos indios las talaron  
 Sin dejalles gozar el fruto dellas,  
 Estimulo terrible que los mueve  
 A castigar aquel atrevimiento;  
 Porque la saña y el enojo daba  
 Fuerzas insuperables con que pueden  
 Tomar destes agravios la venganza,  
 Aunque no sin retorno de heridas  
 De rabioso remate mensajeras.  
 Pues los que de la muerte se libran  
 Era cortando carnes lastimadas,  
 Abrasándolas con ardientes hierros.  
 Pero los bárbaros reconociendo  
 La gran disminucion de sus guerreros  
 Con guerra tan crúel y tan prolija  
 Que después que poblaron fué durable  
 Por seis ó siete meses, sin que día  
 De sosiego tuviesen ambas partes,  
 Saliéronles de paz, y socorrieron  
 La falta de alimentos que tenían,  
 A lo que pareció, con blando pecho;  
 Porque perseveraron de tal suerte  
 Que la paz y amistad fué divulgada  
 En Santafé y en todos sus confines,  
 De tal manera que indios contractantes  
 Entraban y salian inquiriendo  
 Ganancia que les dan sus granjerías,  
 E iban y venian muchas veces  
 Con cartas y mensajes de vecinos,  
 Con que lenguas absentes comunican  
 Sus intenciones ó necesidades.  
 Mas este dulce hilo fué cortado  
 No tanto por malicia de los indios  
 Cuanto por la de pechos invidiosos  
 De la felicidad y bien ajeno,  
 Segun declararemos con ayuda  
 De Dios en otro canto por estenso,  
 Pues por estar la pluma ya cansada,  
 La suelto de las manos entre tanto  
 Que con agudos filos se prepara.

### CANTO DECIMO TERCERO.

Donde se da razon de la que le pareció á Andrés de Valdivia que tuvo  
 para despoblar á la nueva ciudad de Ubeda.

Como sea gustosa la bonanza  
 Después del sinsabor de la tormenta,  
 Y el gozo de la paz de gran dulzura  
 Pasados los trabajos de la guerra,  
 Los moradores de la nueva planta  
 Estaban muy alegres y contentos  
 Viendo pacíficos los naturales  
 Al cabo de tan duras competencias,  
 Prometiéndose vida descansada,  
 Después que los caciques y señores  
 Les fuesen repartidos, y tuviesen  
 Merecedores dellas encomiendas,  
 Lo cual se procuró con gran instancia  
 Por dar á sus trabajos recompensa;  
 Y el que los gobernaba no tenia  
 Contrarios los intentos, conociendo  
 Ser tales sus servicios, que con premios  
 Mayores no quedaban satisfechos.  
 Pero cuando queria dar contento  
 A sus comilitones, deseosos  
 De ver efectos que correspondiesen  
 A los ofrecimientos hechos antes,  
 Ministros del demonio que no faltan  
 Turbaron sus propósitos modestos  
 Usando de un ardid abominable,  
 Y tal que después dél fueron sus obras  
 De frenético, loco, furioso,  
 Sin atinar á cosa que cumpliese.  
 Este fué, que con otras que vinieron  
 De Santafé le dieron una carta  
 Sin firma, cuya letra disfrazada  
 Al autor encubrió, la cual decia:

« Volved, gobernador, por vuestra honra,  
 Porque la lealtad que prometida  
 Fué con vinculo santo, no se guarda,  
 Y el sacro genio de la casta cama  
 Anda menospreciado y abatido,  
 Y aquella compañía de parientes  
 Que con ella quedaron en Victoria,  
 Adonde las dejastes, ansimismo  
 No viven con aquel recogimiento  
 Que deben á su noble parentela. »

A questa novedad, aunque fingida,  
 Y por inicuos hombres inventada,  
 Hizo tal impresion en su memoria,  
 Que sus palabras y obras eran masa  
 De muy desatinados desvarios.  
 En tanto grado que se sospechaba  
 Ser con industria de desesperado,  
 Por poner en extremo los soldados,  
 Con tantas ocasiones, que tomasen  
 Las mismas para le quitar la vida.  
 Y así luego con riguroso mando  
 Hizo que despoblases el asiento  
 Que con penalidades insufribles  
 Habian sustentado tanto tiempo;  
 Lo cual Valdivia hizo con intento  
 De se precipitar por las montañas,  
 Sin admitir razones ni consejo  
 De los que con palabras comedidas  
 Y términos urbanos procuraban  
 Hacelle que mudase pareceres.  
 Ansimismo los indios del terreno  
 En gran manera se maravillaron  
 De ver esta mudanza repentina,  
 Y algunos, que presentes se hallaron,  
 De los mas principales le dijeron:

« Presumimos que debes estar loco,  
 Pues tienes en tan poco lo que has hecho,  
 Y al tiempo del provecho te vas fuera,  
 Por dudosa carrera haces via;  
 Harto mejor seria darnos amos  
 A quien reconozcamos vasallaje,  
 Y cada cual trabaje dar contentos  
 A quien repartimientos les cupieren:  
 Esto piden y quieren los señores  
 Caciques y mayores destas frentes,  
 Que son los que presentes aquí tienes. »

Oyó la petición con impaciencia  
 El Andrés de Valdivia, y así hizo  
 Poner estos caciques en prisiones,  
 Amenazándolos con mayor pena  
 Si mas acerca desto le tractaban;  
 Y aunque los soltó luego de la cárcel  
 Quedaron indignados malamente.

No pararon en esto los furoros,  
 Pues en confirmacion de su locura  
 A los caballos les cortó las piernas,  
 Que fué para sus dueños dolor grave,  
 De los cuales algunos, viendo tantos  
 Escesos furiosos, rehuendo  
 De no venir con él á rompimiento,  
 A Santafé se fueron deslizando,  
 Mas á los tres primeros que huyeron  
 Indios en el camino los mataron;  
 Los otros los siguieron hasta tanto  
 Que entraron por la tierra montñosa  
 Y á las que llaman hoy las Pesquerías,  
 Por la gran abundancia de pescado,  
 Tierra que cria ricos minerales,  
 Mas como ya dijimos mal poblada  
 Y enferma, pero fértil de comida,  
 Donde hallaron copia de labranzas.  
 Y pareciéndole que convenia  
 Fundó nueva ciudad en aquel sitio,  
 Y algo mas reportada, conociendo  
 Estar de su gobierno descontentos,  
 Y no guardalle ya tanto decoro  
 Como solian antes los soldados,  
 Hizo congregacion de los que pudo,  
 Porque muchos andaban derramados,  
 A los cuales por términos modestos  
 Procuró granjear sus voluntades  
 Con un razonamiento que les hizo,

La substancia del cual es la siguiente :

«Amigos, si á razon estais atentos  
Aquellos que por ella sois medidos,  
Entendereis haber desabrimientos  
Que turban las potencias y sentidos,  
bonde los primitivos movimientos  
Con gran dificultad quedan vencidos,  
Y tal dolor será que la mas alta  
Prudencia della misma queda falta.

»Y así, los que me veis desta manera  
Con turbaciones y paciencia poca,  
No debeis espantaros aunque muera  
Segun el duro golpe que me toca:  
Del cual diera razon, si la tuviera,  
Para poder bosallo por la boca:  
Basta decir que fueron ocasiones  
Terribles y de malas intenciones.

»Pues no sé quién sin fin de amistad buena  
Me escribió lo que yo supo ni vido,  
Y aunque lectura de verdad tuera,  
Del autor infernal estoy corrido;  
Y en efecto, me dió tan grave pena  
Que quasi me privó de mi sentido,  
Y con aquel dolor corri sin freno,  
Sin querer admitir parecer bueno.

»Mas aunque mi pasión y mi congoja  
Es de tal cualidad que desespere  
Para siempre jamás de vella floja,  
Como caso tan grave lo requiere,  
Mi buena voluntad no queda coja  
Para serviros en lo que pudiere,  
Pues demas de lo mucho que se os debe  
Obligacion particular me mueve.

»Es mi deseo pues que por lo hecho  
Ninguno se me muestre desabrido,  
Sino que se quiete vuestro pecho,  
Pues hasta agora nada se ha perdido,  
Antes ha sido para mas provecho  
Poblar en este sitio proveido  
De grano, de pescado, de legumbres,  
Y de prósperas minas certidumbres.

»Y no por nos meter en arboleda  
Perdemos el terreno mas aceto,  
Pues volver cuando buenamente pueda,  
En ley de hijodalgo lo prometo,  
Para poblar en lo que de paz queda  
Y repartiros todo lo subyeto:  
Aquesta es mi voluntad abierta  
Que sin duda podeis tener por cierta.»

Oidas las razones comedidas  
Por aquellos que estaban en la junta,  
Tuvieron cortesanos cumplimientos  
Prometiéndole de dalle todo gusto,  
Con el respecto, gracia y obediencia  
Que á su gobernador le era debida;  
Y encarecidamente le rogaron  
Que no hiciese caso de novelas,  
Pues todos entendian ser escritas  
Debajo de malignas intenciones,  
Por poner á las suyas honorosas  
Algun impedimento con envidia.  
En efecto, quedaron muy conformes,  
Pero pasado número de dias,  
Queriendo recogellos y sacillos  
Para pacificar algunos indios,  
Y dar orden á cosas necesarias,  
Ninguna parte fué para juntallos,  
Y con aquella cólera y enojo  
A Diego de Montoya dió garrote,  
Soldado principal, con pensamiento  
Que los demás vernian á medirse  
Con lo que su mayor les ordenaba.

Mas desto que tomó para remedio  
Nació mayor rancor y mayor odio,  
Porque se conjuraron tres soldados,  
Que fueron Juan Alonso de Santana,  
Pero Sanchez de Oviedo, y el tercero  
Manuel Ruviales, con diseño  
De venir á la audiencia deste reino  
En coyuntura que lo gobernaba  
El licenciado Francisco Briceno,  
Recién venido por su presidente,

Y antél formar querellas del Valdivia,  
Para lo cual desesperadamente  
Y como temerarios se arrojaron  
En una mal parada canouela  
Por las corrientes del rio de Cauca,  
Do bárbaros guerreros son frecuentes,  
Con harta mas sospecha de la muerte  
Que de escapar ninguno con la vida;  
Pero venciendo las dificultades  
Llegaron á Mopox en salvamento,  
Y por el rio de la Magdalena  
Subieron todos tres al Nuevo Reino,  
Y en la real audiencia dieron queja  
Del Andrés de Valdivia, demandando  
Juez que de las causas conociese;  
Y fuéles para ello proveido  
Anton Gomez de Acosta, lusitano,  
Noble de condicion y de liusje,  
Hombre de buenas partes, mas con ellas  
Mas de sinceridad que de dobleces,  
Al cual yo conversé por muchos dias  
Y reconoció ser de liso pecho.

Diéronsele poderes y recados  
Bastantes, y a medida del deseo  
De los apasionados querellantes;  
Pues mandan al Valdivia que parezca  
Ante los senadores, y entre tanto  
Antonio Gomez quede gobernando;  
Con esto se partió para los rios,  
Los tres soldados en su compañía  
Y algunos otros que se le llegaron,  
Entrellos dos cuñados del Valdivia,  
Bermudez y Loaisa, que sabiendo  
Ir el Antonio Gomez con el cargo,  
Para tenello grato y apacible  
En negocio que tanto les tocaba,  
Juntamente hicieron el viaje,  
Ganando voluntades alteradas.

Y avisado Valdivia por algunos  
Que seguian sus partes en la villa  
De Santafé, después que allí llegaron  
Salió del pueblo de las Pesquerias  
Con algunos soldados mas amigos  
Para los recibir en aquel valle  
De San Andrés, adonde se juntaron,  
Y con premeditada cortesia  
Al juez recibió y á los contrarios;  
Habló con los cuñados en secreto,  
Informándose dellos largamente  
Ansi de los poderes que traia  
Como de las novelas de la carta,  
Que fué tan nueva cosa para ellos  
Que quedaron con un desgusto grave  
De la invencion, en tanto perjuicio  
De su punto y honor sin haber causa;  
Finalmente, Valdivia satisfecho  
De la limpieza y honra de su casa,  
A su nuevo juez acudió luego  
Antes que las reales provisiones  
Le fuesen intimadas, y apartado  
De los demás, le dijo lo siguiente:

«Señor Antonio Gomez, gran ventura  
Ha sido para mí venir á esto  
Un hombre noble, de conciencia pura,  
Y cuyo celo vemos manifesto,  
Pues guia los negocios con blandura  
Y sin querer á nadie ser molesto,  
Orden de que se precian las mas veces  
Cristianos y católicos jüeces,

»Que no de todos vientos son movidos,  
Antes como varones reportados  
Reservan uno de los dos oidos  
Para con él oír los acusados,  
Porque de los descargos detenidos  
Sucede los absentes ser culpados;  
Y así podría ser que yo lo fuese  
Por faltar quien mi causa defendiese.

»Está claro de ver por lo que digo,  
Y porque quien pidió la residencia  
Consta ser hombre infame y enenigo,  
Traidor en sus efectos y apariencia;  
Sirvió, quien fué la parte, de testigo

Cargando con mis cargos su conciencia ;  
Pero podría ser que tal engaño  
Se fuese declarando con su daño.

» Aunque deseo yo, si ser pudiese,  
No venir en aqueste rompimiento,  
Como vuestra merced servido fuese  
Que diésemos los dos algun asiento,  
De donde con honor se le siguiese  
Gran interese y aprovechamiento,  
Cuya satisfaccion hará sumarios  
Y de poco momento los salarios.

» Porque estos son por tiempo limitado,  
Y en mi gobernacion tiempo tan luengo  
Cuanto por vos me fuere señalado  
Sereis igual en el poder que tengo,  
Y en daros suerte de lo mas granado  
Y de mas tomo desde luego vengo,  
Sin faltar punto de lo que prometo,  
Como conoceréis por el efeto.

» Debajo pues de dar lo que propuse  
En las significadas condiciones,  
Os quiero suplicar que no se use  
Conmigo del poder ni comisiones,  
Porque razones hay con que se escuse  
El no llegar á las ejecuciones,  
Y aunque la diligencia no se haga,  
No por eso será menor la paga.

» Por medios honorosos y cristianos  
Pido que esta merced se me conceda ;  
Y si acaso se temen dichos vanos  
De los que menearon esta rueda,  
A todos ellos yo los haré llanos,  
Amigables y blandos como seda,  
Pues como yo les hable, me profiero  
De traellos á todo lo que quiero.

» Porque conocen de mi diligencia,  
Si los negocios andan enconados.  
Que pareciendo yo por mi presencia  
Han de quedar deshechos los nublados,  
Y los señores de real audiencia  
Sabrán los que son libres ó culpados ;  
Y aun ellos holgarán en gran manera  
De que vos deshagais esta quimera.

» Porque dellos el principal intento  
Es de que los litigios se cercenen,  
Y así reciben gran contentamiento  
Cuando los litigantes se convienen ;  
Puede vuestra merced ser instrumento  
Desta conformidad con los que vienen  
Con malas intenciones y conmigo,  
Que cumpliré sin falta lo que digo.»

Dijo, y Antonio Gomez no teniendo  
Dañada voluntad contra ninguno,  
Estuvo bien en lo que le decía,  
Y así sucintamente le responde :  
« Señor gobernador, por mandamiento  
Vengo de la real chancillería ;  
Si para no pedir el cumplimiento  
La parte demandante se desvía,  
No se me puede dar mayor contento  
Que difinillo por aquesta vía ;  
Con ellos el negocio se concluya,  
Porque mi voluntad será la suya.»

Conocidas las sanas intenciones  
Del noble portugués por el Valdivia,  
Vióse con los contrarios ansimismo,  
Y tuvo tanta fuerza y eficacia  
En lo que les tractó secretamente,  
Que quedaron conformes y rendidos  
A su dispuscion como solian,  
Y aun con mayor respecto y obediencia.

Compuestas las borrascas que movian  
Los vientos enemigos, cumplió luego  
Con el Antonio Gomez su promesa  
Dándole bastantísimos poderes  
De general teniente, con los cuales  
Y algunos compañeros proveidos  
De buenas municiones, el Valdivia  
Mandó que se partiese brevemente  
Al pueblo que dejaba cimentado  
En aquel sitio de las Pesquerías  
Donde dejó los otros españoles,

Para que con el cargo que llevaba  
Allí haga con ellos asistencia,  
Y trabaje traer al regio yugo  
Indómita cerviz de aquella gente.

Y el capitán Francisco Maldonado  
Ansimismo pasó por orden suyo  
El gran rio de Cauca con soldados  
A ver las poblaciones que tenían  
Indios nataves en aquella parte ;  
Y el gobernador con sus dos cuñados  
Y trece compañeros y los negros  
De su servicio, que serían quince,  
De cuya valentía confiaba,  
Si por los indios guerra se moviese,  
En el ya dicho valle hizo pausa,  
Donde para valerse y ampararse  
Mandó hacer un fuerte, mas no tanto  
Que lo pudiese ser contra la furia  
Movida contra él, ya concluidas  
Las obras, en mal punto fabricadas,  
Pues fueron tan baldías diligencias  
Cuanto su temeraria confianza,  
Como se tractará mas largamente  
En otro canto, que será remate  
De su discurso dél y de su vida.

#### CANTO DECIMO CUARTO.

Donde se cuenta cómo viendo los indios la gente española dividida en tres partes, determinaron de dar en ellos en un mismo día en los lugares adonde estaban, sin se poder valer los unos á los otros por ser mucha la distancia.

Quien se guia por solos sus antojos,  
Sin la moderacion que se requiere  
Tener en los negocios importantes  
De guerra, mayormente do no siempre  
Responden al deseo los efectos,  
A trabajado fin se va llegando,  
Como nuestro Valdivia, que sin copia  
De gente que sufríese dividirse  
En partes tan remotas como dije,  
Repartió los soldados que tenía,  
Pensando subyectar en breve tiempo  
Lo que con mas reporte se pudiera  
Hacer, midiéndose con su posible,  
Allanando la tierra todos juntos  
Sin derramarse por diversas partes ;  
Mas con aquel orgullo presuroso  
De que naturaleza lo compuso,  
Salíó del término que convenia  
A su salud y vida, pues que puso  
En evidentes riesgos su persona  
Quedándose con pocos, y aun algunos  
No poco descontentos conociendo  
Que los cuñados suyos pretendían  
Gozar de los trabajos y sudores  
Ajenos, sin haber metido prenda  
Para ser antepuestos en la tierra  
A los que los habian padecido :  
De cuya causa seis de aquellos trece  
Que con él en el valle se quedaron,  
Le hurtaron el cuerpo con sus armas,  
Y como diestros hombres en la tierra  
Salieron á la villa de Antioquia,  
Dejándolo con solamente siete  
Y aquellos etíopes que tenía.  
Y así los indios, siendo convidados  
De coyuntura que les prometia  
Infalible victoria, despacharon  
A las otras provincias mensajeros  
Para que los caciques estuviesen  
A punto cierto día, y á tal hora  
Acometiesen á los españoles  
Que cada cual tenia mas á mano,  
Porque los que caian á la suya  
Con el gobernador en aquel valle,  
En aquel tiempo que les señalaban  
Ansimismo serian asaltados.  
Concertados los indios desta suerte,

Cuando del mes de octubre se contaban  
 Diez dias , año de setenta y cuatro ,  
 Habian al Francisco Maldonado  
 Dándose ya de paz aquellos pueblos  
 Nutaves , que tenían sus viviendas  
 En la contraria banda de aquel rio ,  
 Donde pasó con treinta y seis soldados ,  
 Y allí los regalaban y servian  
 Proveyéndoles de mantenimientos  
 A ellos y al servicio que llevaban ;  
 Mas llegada la hora del concierto ,  
 En el día que habían señalado ,  
 Vinieron treinta y seis tan solamente ,  
 Para cada español un indio solo ,  
 Todos ellos sin armas , y cargados  
 Cada cual con un gran hace de guamas ,  
 Fructa gustosa , dulce , delicada ,  
 Y á corporal salud nada nociva ,  
 Antes á quien del higado se siente  
 Enfermo , cierto se la restituye ,  
 Segun he visto yo por esperiencia :  
 Será su longitud mas de tres palmos ,  
 Y el grueso de tres dedos largamente ,  
 O mas ó menos , blanda la corteza ,  
 Rolliza y arrugada por defuera ,  
 Y esta rompida , dentro se contienen  
 Jugosos globos que se continúan  
 Al modo de unas cuentas ensartadas  
 Juntas y despegadas unas de otras  
 Que hinchen la longura de la guama ,  
 Y es la blancura destas pelotillas  
 A copillos de nieve semejante ,  
 Una pepita dentro cada una ,  
 Tierna , piramidal en la hechura ;  
 Pero lo que se come desta fructa  
 Es aquel blanco que algodón semeja ,  
 Que dentro de la boca se deshace ,  
 No sin suavidad del que lo gusta ;  
 También hay otras diferentes guamas  
 Que son á la manera de algarrobas ,  
 No mas en el tamaño , y aplanadas ,  
 Que tienen los efectos de las otras ;  
 Pero las que traian estos indios  
 Eran de las mas luengas y rollizas ,  
 En cada hace dellas encubierto  
 Afilado machete vizcaíno ,  
 Y ciertos trozos de madera dura  
 Mas ponderosa que de pardo plomo ,  
 De la corteza limpios y muy blancos ,  
 Que se juzgaban ser palos de balsa  
 Lijerísima no menos que corcha ,  
 Y cuyas apariencias encubrian  
 La gran dureza y el mortal engaño .  
 Acuden pues los nuestros al regalo ,  
 Cebados en aquella golosina  
 Do venia la muerte disfrazada  
 No menos que con ropas de dulzura ;  
 Y al tiempo que llegó cada cual dellos  
 A tomar la porción que le cabia ,  
 Con la siniestra dieron el presente ,  
 Y con la diestra sacan los podones ,  
 Con tanta prontitud en dar el golpe  
 Quel pensamiento y él fueron á una ,  
 Ensangrentando cada cual los filos  
 En los incautos que con regocijo  
 Iban á recibir su desventura ,  
 Que comenzó con fieras cuchilladas  
 Y patos que los cascos desmenuzan :  
 Cortan rostros , cabezas y pescuezos ,  
 Derrribanse narices y quijadas  
 Que caian con dientes y con muelas ,  
 Crece la confusion y el alboroto ,  
 Anda la lucha fiera y orgullosa ,  
 Abrázanse heridos con los sanos ,  
 Y algunos se aprovechan de las dagas  
 Vengando sus injurias en algunos  
 De los astutos barbaros y fieros ;  
 Mas como los vestidos no tenían  
 En los desnudos donde hacer presa ,  
 Lijeramente se les deslizaban ,  
 Y andando fervorosa la pendencia  
 Un terrible gaudul vió cierta hacha ,

La cual con increíble lijereza  
 Del suelo levantó , y enarbolada ,  
 El violento golpe descendiendo  
 De los nervosos brazos sacudido  
 Rompió los cascos hasta las encias  
 Al capitán Francisco Maldonado ;  
 Descargó luego con la misma hacha  
 Sobre Juan de Cotura , valenciano ,  
 Y del tercero golpe dió remate  
 De Chaves , valentísimo guerrero .  
 Los miserables caen despedidos  
 Del aliento vital , y Sancho Velez ,  
 Insigue montañés por sus hazañas ,  
 Allí las remató con fin acerbo .  
 Con otros cinco válidos soldados  
 De cuyos nombres no se me dió copia ,  
 Mas sé que la tuvieron de heridas  
 Que penetraban hasta las entrañas ;  
 Pero los otros , aunque mal heridos  
 De los primeros golpes de antuviada ,  
 Volvieron sobre sí , y á las espadas  
 Echaron mano con terrible furia ,  
 Y aprietan á los bárbaros de suerte  
 Que muchos dellos en aquel conflicto  
 Tuvieron á los muertos compañía ,  
 Y los demás á paso presuroso  
 Se fueron retrayendo con intento  
 De volver con mas indios y pertrechos ;  
 Pero los españoles conociendo  
 Que de sus piés lijeros dependia  
 El escapar de tanto detrimento ,  
 Tomaron por remedio la huida  
 Y por lugar sagrado la montaña ,  
 Por donde caminaron á gran priesa  
 La vuelta de la villa de Antioquia  
 Juzgando ser camino mas seguro  
 Que ir á se juntar con el Valdivia .  
 El cual en esta misma coyuntura  
 Estaba rodeado de la muerte ,  
 Porque Cuerquia y Oceta y Ucharie ,  
 Ubaná y Quimé , caciques bravos ,  
 Con quinientos fortísimos guerreros  
 Aquella noche antes se metieron  
 Dentro de la quebrada montiñosa  
 Que distaba del fuerte breve trecho ,  
 Y cuando ya febeos respaldadores  
 Doraban las alturas y los valles ,  
 Enviaron al fuerte ciertos indios  
 Cargados de regalos , cuyos gustos  
 Habian de ser tragos de anargura ;  
 Pues fueron enviados por cubierta  
 De sus intentos duros y malicia ,  
 Y para descuidarlos del asalto  
 Y golpe que cercano les venia .  
 Fingieron pues los bárbaros cansancio ,  
 Diciendo que venian de mas lejos ,  
 Y que los enviaban los caciques  
 A ver si les faltaban alimentos  
 Para les proveer que le necesario ,  
 De que Valdivia recibió contento ,  
 Y aquella compañía desdichada ,  
 No conociendo bien ser el postrero  
 Que en esta vida frágil y caduca  
 Habian de tener por su mudanza ;  
 Pues cuando repartian los presentes ,  
 Embajadores mudos de sus males ,  
 Salió la tempestad fiera y horrible  
 Con mas impetuoso movimiento  
 Que viento proceloso que remueve  
 La ponderosa tierra , y arrancando  
 Va los frondosos árboles su fuerza ,  
 Pues no menos lo fué la palizada  
 Hecha para valerse dentro della ,  
 Porque turbados todos del asalto  
 Repentino , sin dél haber sospecha ,  
 Apenas ocurrieron á las armas  
 Cuando ya la tenían ocupada ,  
 Aportillada , rota y abatida .  
 Y para resistir aquella furia  
 Pedro Valero y un Leon salieron  
 Como valientes hombres al encuentro ;  
 Pero barriólos luego la creciente

Segun que suele la de raudó rio  
Opuesta presa de reparo débil,  
Pues al Valero ponderoso golpe  
Le derramó los sesos, exhalando  
Luego la dulce vida por la boca,  
Y el Diego de Leon cayó pasados  
Los pechos de dos jáculos agudos,  
Con rabia de la muerte remordiendo  
Lo circunstante del sangriento suelo.  
Acudieron los negros y españoles  
Que quedan, animándolos Valdivia  
Desde lo alto de una barbacoa,  
Adonde se halló cuando vinieron,  
Y una india ladina que tenía,  
Intérprete cabal de aquella lengua;  
Y así salieron todos al encuentro  
Con el brio y valor que cualquier bueno  
En tal tribulacion mostrar debía,  
Pero la duracion de sus ardores  
Fué como llama blanda que procede  
De las estopas secas y esparcidas  
Que consumidas son en un instante  
Y apenas dejan rastro de ceniza:  
Así fueron de vida descompuestos,  
En el impetuoso torbellino,  
Entrellos cierto fraile carmelita,  
Dicho fray Bernabé, capellan suyo;  
Juan Rodriguez de Atienza, solamente,  
Sobrino de aquel clérigo que dije  
Decirse Joan Ruiz de Atienza antes,  
Y Gaspar Negro, de nacion jilolo,  
Duraban en el áspero conflicto  
Con hazañas que son merecedoras  
De celebrarse con eterna pluma,  
Pues dos veces rompieron los salvajes  
Haciéndoles á todos perder tierra,  
Dejándola de sangre proveída  
Y de bárbaros cuerpos ocupada,  
Del estrago que cada cual hacia;  
Y por mas animar al etíope  
El fuerte Juan Rodriguez le decia:  
«Ea, Gaspar, no cesen tus tajantes  
Golpes contra la bárbara canalla,  
Porque si perseveras, son bastantes  
A vencer otra mas dura batalla:  
Ayudaréte yo con semejantes  
En tanto que la muerte no me halla;  
Pero ya que la temporal nos llama,  
Haremos con que viva nuestra fama.»  
El Negro le responde: «De la vida  
Ya que, señor, me siento ser ajeno,  
Vuestro valor escelso me convida  
A mi venganza y la de tanto bueno,  
Hasta que por entero se despida  
Humana fuerza de Gaspar Moreno:  
Lo peor es que nadie nos espera,  
Porque pelean todos desde fuera.»  
Y es así que se fueron retrayendo,  
Huyendo las cercanas cuchilladas,  
Y según á los toros que se lidian  
En coso, los están garrocheando  
Con multitud de dardos y de flechas  
Que llovan sobrellos á nubadas,  
Hasta tanto que los atletas fuertes,  
Desangradas y rotas las entrañas,  
Fueron rendidos del eterno sueño.  
Valdivia solo resta, que herido  
Estaba de un flechazo por la boca  
Al cual ovieron á las manos vivo:  
Vivo tomaron al desventurado,  
Con la moza ladina que tenía.  
«Oh cuántos desconsuelos y aflicciones.  
Cuántas angustias y penalidades  
Rodeaban al triste que se via  
Cercado destes lobos carníceros,  
Ajenos de piadosa comipostura!  
¿Qué de conceptos varios y discursos  
Mueve la voluntad, para que diga  
Alguna cosa la turbada lengua  
Con que á misericordia los moviese!  
Asentáronlo pues en una piedra  
Con aquellos escarnios y ludibrios

Que suelen estas gentes apocadas,  
La intérprete con él, que también teme  
Ser á pena de muerte condenada,  
Haciéndole preguntas odiosas  
Para mayor dolor encaminadas:  
Al fin Valdivia, por no quedar corto  
En un trance de tanta desventura,  
Quiso tentar el vado peligroso  
Tomando por bordon estas razones:  
«En vuestra potestad estoy captivo,  
Y de vivir no tengo confianza;  
Pero si proseguis vuestro motivo,  
Declaro lo que mi razon alcanza,  
Y es que no morireis si quedo vivo,  
Y si muero vereis crúel venganza,  
Pues del menor hasta el mayor caudillo  
Habeis de pasar todos á cuchillo.  
» Pensad con atencion en lo que digo  
Y sin duda creed que si yo muero  
Habeis de ver un ejemplar castigo,  
Tan grande que ninguno mas severo;  
Y vale mas ganarme por amigo,  
Que lo seré leal y verdadero  
Si me haceis mercedes de la vida,  
Obra que será bien agradecida.  
» Permitid que me vaya libremente  
Sin pretension de dar fin á mis dias,  
Porque luego, con paso diligente,  
Me partiré para las Pesquerias,  
Y desta tierra sacaré mi gente,  
Sin que revuelvan otras compañías  
A daros inquietud ni mover guerra,  
Mas siempre será libre vuestra tierra.  
» Niégume su fulgente luz Apolo  
Si yo volviere mas á la porfia;  
Antes se cumplirá sin haber dolo,  
Olor ni semejanza de falsia:  
Hacéldo, pues matar un hombre solo  
Antes es poquedad que valentia,  
Y dejándome ir hareis un hecho  
De virtud y de honor y gran provecho.»  
La lengua declaró lo que decia,  
Y los caciques todos estuvieron  
Atentos y algun tanto reportados,  
Los unos con los otros praticando,  
Tomando pareceres y los votos  
Cerca de lo que mas les convenia;  
Y un indio principal dicho Carcara  
(Y don Martin después de baptizado)  
A todos les habló desta manera:  
«Amigos y parientes, de mi voto  
No lo hareis remoto de la vida,  
Porque será pérdida diligencia  
Y acrecentar pendencia con cristianos:  
Lavemos nuestras manos deste hecho;  
Satisfaced al pecho que se mide  
Haciendo lo que pide brevemente,  
Pues tiene rey potente que lo envía  
A nuestra serrania, y es mandado,  
Y siendo su criado, y él tan fuerte,  
Ha de vengar su muerte, porque tiene  
Gran multitud que viene cada dia;  
Y al fin es cobardia detestable  
Matar al miserable ya rendido.  
Aquí no soy noxido con engaños,  
Mas por evitar daños venideros,  
Fines y paraderos lamentables,  
Que son inevitables si este muere.  
Si su palabra fuere vil y corta,  
Un hombre mas no importa ya que vuelva  
Con otra mayor selva peregrina,  
Pues una golondrina nunca hizo  
Verano, ni un granizo ocupó plaza,  
Ni destruyó la haza ni simiente.  
Soltallo de presente poco cuesta  
Usando con él desta hidalguia.»  
Dijo Carcara, no sin gran deseo  
De lo librar de la mortal angustia;  
Mas un Quimé, cacique furioso,  
De mala digestion, protervo, duro,  
Con iracundo rostro le responde:  
«Gentil predicador nos es venido

A defender partido de un tirano,  
Cuya sangrienta mano hizo menos  
Innumerables buenos en la tierra,  
Quedando de la guerra sin ayuda  
Tanta mujer viuda, y sus hijuelos  
Sin padres, sin abuelos, sin amparo:  
De negocio tan claro sois testigos,  
Pues de los enemigos los mas pocos.»

Aquesto dicho levantó la maza,  
Bajándola con golpe tan horrible  
Que le desmenuzó cascós y sesos:  
Cayó lanzando sangre por la boca,  
Y el ánima salió de aquella cárcel  
Mortal adonde estaba detenida.

Ansimismo la india que servia  
De lengua padeció la misma muerte  
Por mano de Ubaná, y aquesto hecho,  
Cortóles las cabezas, y á los otros  
Cristianos que murieron peleando,  
Y púsolas en medio del camino  
Por donde, si los de las Pesquerías  
Oviesen escapado del conflicto  
En que se vieron este mismo día,  
Habian de pasar forzosamente  
Para poder juntarse con Valdivia,  
Y vistas las cabezas no parasen  
Con miedo de pasar por otro tanto  
Y se saliesen fuera de la tierra.

Verdad sea quel Ubaná quisiera  
Hacer un emboscada, mas los otros  
Caciques no quisieron acudirle,  
Diciendo que los indios tahamies  
Al gobernador solo les mandaban  
Quitar la vida, como lo hicieron;  
Y así se retrajeron de aquel sitio  
Y se volvieron todos á sus casas,  
En tanto que sabian el suceso  
De los que estaban en las Pesquerías;  
A los cuales vivieron aquel día  
Gran número de bárbaros valientes  
Con algunas conidas y regalos,  
Pero los españoles como diestros  
Reconocieron ser estratagemas,  
Y que las intenciones que traían  
Eran de descuidallos con aquello  
Y en viendo coyuntura dar de mala;  
Y así prendieron veinte y cuatro dellos,  
Conocidos por hombres principales,  
Metiéndolos en una casa fuerte,  
Con guardas que pusieron á la puerta.  
Y en la cámara donde los metieron  
Había un azadon, sin otra cosa  
De que pudiesen estos echar mano,  
Y un indio de los presos recogiólo  
Entrél y la pared disimulado,  
Que no podia verse porque todos  
Estaban allí juntos y apañados:  
Estando desta suerte detenidos,  
Guardándole la puerta seis soldados  
Entró el Antonio Gomez con sus armas,  
Una celada puesta, y en la mano  
La vara de justicia si prestara;  
Y hallándolos todos asentados,  
Paseándose por delante dellos,  
No con aquel aviso que debiera  
Tener con gente tan determinada,  
Con habelle rogado que no entrara  
Los seis soldados que hacían guarda,  
Por atemorizallos con palabras.

Les dijo: «¿Qué maldades son aquestas?  
Decid, traidores, perros, refalsados,  
Venís de paz, y las macanas prestas  
Pensando de tomarnos descuidados?  
Pues veinte y cuatro horcas tengo puestas  
Donde morireis todos ahorcados,  
Porque sin jamás daros ocasiones  
Usais destos ensayes y traiciones.»

Aun no bien acabó de decir esto,  
Cuando el del azadon asió del cabo,  
Y con aquel ardor que tigre suele  
Abalanzándose tras el venado,  
Saltó con él, y dióle tan gran golpe

Que sin le dar segundo quedó muerto  
Y la celada dentro de los sesos.  
Acudieron las guardas al rüido;  
Y viendo su caudillo derribado,  
Menean las espadas cortadoras.  
Las cóncavas rodelas embrazadas,  
Y aunque el del azadon á tajo fondo  
Quiso desarraigar las otras plantas,  
Los acerados filos y las puntas  
Con tal solícitud fueron guiadas,  
Que en breve tiempo por el aposento  
Quedaron muertos todos veinte y cuatro,  
Y á gran priesa salieron de la casa  
Contra los demás indios que de fuera  
Andaban con los otros españoles  
Midiendo con el hierro las macanas;  
Pero prevalecieron los acerros  
Y maña de la gente baptizada,  
De suerte que los bárbaros huyeron  
Con menoscabo de los mas gallardos.  
Los nuestros sanos y victoriosos  
No quieren esperar otra borrasca,  
Y así determinaron de partirse  
Para se congregan con el Valdivia,  
No sabiendo su muerte desastrada.

Por todos ellos eran veinte y uno,  
Cuyos heroicos hechos yo no puedo  
Particularizar, aunque merecen  
Ser los de cada cual eternizados.  
Destos fueron delante tres soldados  
Para que descubriesen con aviso  
Los pasos peligrosos y quebradas:  
Hombres no menos sueltos que valientes  
Y de quien justamente se podia  
Hacer tan importante confianza:  
El uno dellos era Juan Melendez,  
Que de presente tiene por posada  
En este pueblo donde yo resido  
La del noble vecino Juan de Vargas,  
Que es escribano hoy deste cabildo  
Y entonces por allí participante  
De riesgos y trabajos insufribles;  
El otro Baltasar Muñoz, que vive  
En un pueblo de los de Venezuela,  
Y Mateo Fernandez, color toro,  
Pero su gran virtud y valentia  
Cubrian, si lo es, aquesta falta:  
Hijo de india es y de etíope,  
Y natural desta ciudad de Tunja.  
Llevaban estos tres en su defensa  
Tres perros señalados en braveza,  
Turquillo, Amigo, y otro Menalao,  
Que para se valer en la jornada  
Les fueron á su tiempo provechosos.

Yendo pues caminando con recato  
A su salud y vida necesario,  
Dieron en las cabezas de los muertos  
Y en aquel espectáculo cruento,  
Adonde repararon con estasis  
En pálido color los rostros vueltos,  
Desamparándolos el humor noble  
Por ir á socorrer en tal espanto  
La parte principal enlaquecida:  
Porque su dolor fué tan excesivo,  
Conociendo los miseros pacientes,  
Que perecieran en aquel angustia  
Si no se desaguara por los ojos  
Alguna parte de su sentimiento,  
Donde hasta los perros lo hicieron  
De natural instinto convocados.  
Y habiendo coligido por las muestras  
Toda la rigurosa desventura,  
Perplejos no sabian qué hacerse,  
O revolver atrás á dar la nueva,  
O proceder á pueblo de cristianos,  
Pues en cualquiera de los dos caminos  
Se corria gran riesgo de la vida;  
Al fin, destos extremos eligieron  
Pasar á Santafé por mas seguro,  
Y en la prosecucion de su viaje,  
Sembrado de cien mil inconvenientes,  
Demás de les faltar mantenimiento



Para se remediar y cobrar fuerzas,  
Que ya la hambre se las consumia,  
De los tres perros uno degollaron  
Que por nombre tenia Meñalao,  
Y bien ó mal asado fué socorro  
Para poder llegar en salvamento  
A Santafé, donde también habian  
Entrado los heridos que escaparon  
De do murió Francisco Maldonado,  
Que segun los trabajos padecidos,  
Terribles y profundas cuchilladas,  
Poder llegar se tuvo por milagro;  
Y alguno dellos, que es Suero Rodriguez,  
Hoy morador del pueblo do yo vivo,  
Con seis peligrosísimos flechazos,  
E uno dellos fué penosa rienda  
Por el miembro viví atravesada.

Pero llegados á la noble villa,  
De los vecinos y los mercaderes  
Caritativamente recibidos  
Y con gran diligencia remediados;  
Y desde que llegaron los primeros  
Hizo Gaspar de Rodas gran instancia  
En que se proveyese de socorro  
Al Andrés de Valdivia, no sabiendo  
Hasta llegar los tres su mal remate,  
Y el Antonio Machado de quien dije  
Salirse con licencia del Valdivia,  
En Santafé nombrado por alcalde,  
Primero que llegase Juan Melendez  
Habia ya salido con cuarenta  
Soldados viejos bien apercebidos,  
Los cuales, aunque no fueron á tiempo  
Para podelle dar este presidio,  
Aprovecharon á los que venian  
De do mataron al Antonio Gomez;  
Que como prosiguiesen su camino  
Tras Melendez, Muñoz, Mateo Fernandez,  
Dieron en las cabezas ansimismo  
De su gobernador y de los otros  
Que de su lado fueron herederos,  
Las cuales conocidas, no se pueden  
Encarecer sus grandes turbaciones,  
El tierno sentimiento que hicieron,  
Las muchas lágrimas que derramaron  
Ansi los españoles como indios  
E indias que llevaban de servicio,  
No solamente ya por sus amigos,  
Pero también por ellos, por hallarse  
Cercanos á la misma desventura,  
Y porque sospechaban quel Melendez  
Con los dos que iban en su compañía  
Estaban de la vida descompuestos,  
Pues no volvieron á les dar aviso  
Ni salían á se juntar con ellos;  
Y así cada cual destos pretendia  
Acogerse huyendo del peligro  
Por donde su ventura lo guiase,  
Juzgando que si fuesen divididos  
Podrian huir mas seguramente,  
Pero los mas enteros en consejo  
Tuvieron parecer diferenciado,  
Porque venia Juan Ruiz de Atienza  
Y Bartolomé Jorge, sacerdotes,  
Leonel de Ovalle, Pinto Vellorino,  
De los cuales Atienza mas atento  
Por animar á todos los restantes  
Que en número serian diez y ocho,  
Les dijo las palabras que se siguen:  
«Caballeros, los fuertes corazones  
No desmayan en las perdidas lides;  
Antes, de repentinas ocasiones  
Sacar para salvarse mil ardidés:  
Quel buen agricultor planta mugrones  
Adonde hace mella muertas vides,  
Y no por ver la falta de aquel suelo  
Desampara la viña ni mujuelo.  
»Ninguno piense pues tener mas vida  
De la que tienen hoy estos defunctos,  
Si para ser la gente dividida  
Juzga ser acertados sus barruntos,  
Siendo mas sin remedio la caída

Del que va solo que de muchos juntos,  
Donde quien cae halla sublevante,  
Y al solo faltará quien lo levante.

»Para que esto tengais por acertado,  
Buen paradigma es el mal presente,  
Que nos declara ser desamparado  
Valdivia de gran parte de su gente,  
Quedándose con él en el cercado  
Estos seis españoles solamente,  
Pues á ser mas, quien estos hizo pieças  
Aquí pusiera las demás cabeças.

»Y aun estos juntos, con tener aviso  
No pasaran por tan adversos hados;  
Mas cada cual debió de estar diviso  
Siendo con falsa paz asegurados,  
Segun aquella gente que nos quiso  
Burlar, aunque quedaron mas burlados,  
Mas á no conocelles el amago  
Pasáramos por este mismo trago.

»De manera que ya por este año,  
Mediante Dios y avisos que preceden,  
Seguros estaremos del engaño  
Y de que con regalos nos enreden;  
Y si salieren á hacernos daño,  
Las armas de Dios son las que mas pueden:  
Vámonos retrayendo y apartando,  
Y á Dios rogando y con el mazo dando.

»Digo que juntos con las oraciones  
Estén siempre mechones encendidos,  
Prestos y bien cargados los cañones,  
Los demás instrumentos prevenidos:  
Que para resistir sus escudrones  
No somos torpes, manceos ni tullidos,  
Haciendo cada cual lo que en si fuere  
Y Dios aquello que por bien tuviere.

»El camino mejor y mas abierto  
Es este para trance semejante,  
En cuya confusion tengo por cierto  
Que Melendez coló mas adelante,  
Ó sea con temores de ser muerto,  
O por le parecer ser importante  
Primero dar avisos á la villa  
Que volvellos á dar á su cuadrilla.

»Y si van con aqueste presupuesto,  
Como por conjeturas adevino,  
Algun socorro toparemos presto  
Y aun por ventura viene ya camino;  
De dos extremos, lo mejor es esto,  
Y lo contrario torpe desatino:  
Estemos juntos á cualquier asalto,  
Y en aqueste lugar hagamos alto.

»No para reposar en coyuntura  
Cuyos trabajos son inevitables,  
Sino para que demos sepultura  
A las cabeças destos miserables,  
Ya que nos ha traído la ventura  
A ver estos sucesos lamentables;  
Pues seria gran falta de clemencia  
Irnos sin hacer esta diligencia.»

Aquesto dijo Juan Ruiz de Atienza,  
Y á todos pareció consejo sano;  
Lo cual se puso luego por la obra,  
Y allí hicieron noche; pero cuando  
Su curso demediaba caminaron  
La vuelta de la villa de Antioquia,  
Las armas alistadas y esperando  
El acometimiento de los indios,  
Mas no les sucedió cosa notable  
Por apartarse de las ocasiones,  
Y al cabo de dos dias de jornada  
Encontraron con Antonio Machado  
Y los demás amigos, cuya vista  
Disminuyó la pena y el cansancio,  
Y convirtió congojas y trabajos  
En ratos mas quietos y agradables,  
Contando los pasados sinsabores,  
Hasta que ya llegaron á la villa  
Donde los que venian mal parados  
Hallaron todo buen acogimiento.  
Ansi que, por entonces se quedaron  
Los indios victoriosos, y las tierras  
Que fueron del gobierno de Valdivia

Desamparadas de los españoles,  
 Hasta tanto que por Gaspar de Rodas,  
 De quien agora resta que tractemos,  
 Fueron pacificadas con castigo,  
 Segun declararemos adelante  
 Ayudándome de las relaciones  
 Y cartas de Hierónimo de Torres,  
 Que es ocular testigo, y hoy vecino  
 De la nombrada villa de Antioquia,  
 Antiguo peregrino destas partes,  
 Y cuyo parte fué contra tiranos  
 En muchas ocasiones señalado  
 Después quel licenciado de la Gasca  
 Plantó pendon real contra Pizarro,  
 Y de quien tengo cierta confianza  
 Que todo lo que dice va tejido  
 Con hilos de verdad irrefragables,  
 El cual demás del crédito que tiene  
 De bien compuesto, con ingenio claro,  
 Segun que sus papeles manifiestan,  
 Esta relacion hizo por mi ruego (1)  
 Pidiéndoselo yo con gran instancia:  
 Del cual á tiempo, si me lo concede  
 La fatal parca, tractaremos largo,  
 Pues este no lo es por ir asido  
 A las proezas de Gaspar de Rodas,  
 Que piden ser cantadas con elogio  
 Que no sufre paréntesis prolijo;  
 Y así, pues rematamos el discurso  
 Con términos incautos del Valdivia,  
 Primer gobernador destas provincias,  
 Conviene que tractemos del segundo  
 Que con moderacion y con templanza  
 Abatió la soberbia destas gentes,  
 Reduciéndolas al real dominio.

### ELOGIO

*de Gaspar de Rodas, segundo gobernador de las provincias de Antioquia, cuyo discurso comienza desde que fué promovido al cargo de capitán general de aquella tierra por los señores de la audiencia real deste Nuevo Reino.*

### CANTO PRIMERO.

Una sierpe fingieron los poetas  
 Con número crecido de cabezas,  
 De las cuales algunas estirpadas  
 Con violencia de tajante golpe  
 Otras le renacian con atuneto:  
 Enigma por el cual se nos declara  
 Que una desgracia muchas declara  
 Si con fuego de viva diligencia  
 Algun hercúleo brazo no refrena  
 El origen y fuente de do nace  
 Aquel profluvio, cuyas dependencias  
 Son mas irremediables muchas veces  
 Que sus principios y ocasion primera.  
 Destos inconvenientes perniciosos  
 Se vian ya cercanos los vecinos  
 Y gente forastera de la villa,  
 Si por alguna via les faltara  
 Presta solicitud y providencia;  
 Porque como los bárbaros nutaves  
 Oyiesen triunfado de españoles

(1) Desde este verso va enmendado el original, donde estava escrito la siguiente:

Esta relacion hizo por mandado  
 (Pidiéndoselo yo con gran instancia)  
 Del doctor Barroa, digno presidente  
 De la real audiencia, que reside  
 En la ciudad de Quito por agora,  
 Porque su rectitud, valor y ciencia  
 A mas altos honores lo convidan.  
 Del cual á tiempo, si me lo concede, etc.

Todo lo que va con letra cursiva está testado en el original, el cual debió de enmendar el censor mismo que cortó las hojas dando se trababa de Drucke.

Desarraigándolos de sus provincias  
 Con muertes afrentosas y otros daños,  
 Los de nacion catia conociendo  
 De si no ser de menos valentia  
 Ni menores ardides en la guerra,  
 Por no perder aquellas ocasiones  
 Negaron vasallaje y obediencia,  
 De suerte que ningunos acudian  
 A los acostumbrados ministerios.  
 Los nuestros, que tractaban del remedio,  
 Considerando cuánto convenia  
 En esta turbacion tener caudillo  
 Autorizado por real consejo  
 Que los asegurase y reduciere  
 A la paz, quietud y servidumbre,  
 Y castigase los atrevimientos,  
 Desacatos y muertes de cristianos,  
 Despacharon á la real audiencia  
 Del Nuevo Reino, donde presidia  
 El licenciado Francisco Briceño,  
 Con otros dos oidores, uno dellos  
 Antonio de Cetina, licenciado,  
 El otro Auncibay, y fiscal della  
 El licenciado Alonso de la Torre;  
 Mas entre tanto que esto les venia,  
 Despachó la justicia y regimiento  
 Con toda brevedad á Juan Melendez  
 De Valdés con alguna gente diestra  
 En seguimiento de los alterados,  
 El cual con su valor y buena maña  
 Les hizo que mudasen pensamientos,  
 Asegurándolos de tal manera  
 Que dejaron las armas, y quietos  
 Volvieron al antiguo vasallaje.

Mas en esta sazón y coyuntura  
 Un alboroto sucedió notable,  
 Que por haber testigos hoy presentes  
 Que vocalmente me lo representan,  
 Al menos Juan de Vargas, escribano,  
 Que entonces se halló con otros muchos  
 En ir á deshacer aquel engaño,  
 Persona de quien puedo confiarme,  
 Demás de cierta relacion que tengo  
 Firmada de varón no menos grave,  
 Me pareció ponello por escrito  
 Por decir algo de las invenciones,  
 Tramas y embustes quel diablo tiene  
 Para cazar las almas miserables  
 Desta gentilidad prompta y atenta  
 A recibir cualquiera desvario.

En el valle de Peñco, comarcano  
 Y á la villa de Santafé subjecto,  
 Cierto demonio, que por nombre Sobce  
 Era nombrado, se mostró patente  
 A todos cuantos vello deseaban,  
 Vestido segun indio de la tierra,  
 Todo de negro y el cabello largo,  
 Una manta revuelta sobrel hombro,  
 Y era, segun se vido claramente,  
 Familiar de cierta pitonisa,  
 Encantadora vieja que tenia  
 Una hijuela de hasta diez años,  
 Hermosa, segun dicen, por estremo,  
 Y esta hija del sol decian que era  
 La falsa hechicera y el demonio.  
 El cual quando hablaba con los indios  
 Encima se sentaba de la vieja,  
 A quien el Sobce le llamaba madre.

Estaban pues los bárbaros atentos  
 A todas las palabras que hablaba,  
 Y dicen que le vian bien el rostro  
 Los indios infieles, mas los otros  
 Que estaban bautizados no podian  
 Velle la cara por ninguna via,  
 Ni aun era menester que se la vieses,  
 Pues no podia ser sino tiznada,  
 O por mejor decir fiera y horrible.  
 Haciales ver cosas monstruosas  
 Como buen jugador de pasas pasa,  
 Y tantas aparencias de milagros,  
 Que les hizo creer ser el inmenso  
 Hacedor de alta y baja monarquía,

Y que las ceremonias que tenían  
Antes que conociesen á cristianos  
Eran buenas y tales, que con ellas  
Habían de serville si querían  
Gozar de su favor en todo tiempo,  
Porque las que tenían españoles  
En gran manera las aborrecía;

Y así quería luego confundillos  
Con un diluvio donde pereciesen,  
Sin dejar dellos ánima viviente,  
Porque quedasen ellos en sus tierras  
Libres de subyeccion tan miserable,  
Lo cual haría dentro de seis días.  
Por tanto que llamasen sus parientes,  
Así los que servían á cristianos,  
Ladinos que con ellos residían,  
Como los que vivían estramuros  
Y les reconocían vasallaje,  
Si no querían ver el fin acerbo  
Que á solos españoles ordenaba.

Señaló tres lugares donde todos  
Habían de juntarse, cumbres altas,  
Páramos solitarios y desiertos  
De grandes precipicios rodeados,  
Por donde se colige que quería  
Mediante sus astucias despeñallos  
Antes de recibir el agua santa,  
Puerta de los divinos sacramentos,  
Y de ser instruídos y enseñados  
En la verdad católica cristiana.  
Allí mandó llevar de todas suertes  
Semillas y raíces y otras cosas  
De que este barbarismo se mantiene,  
Porque pasadas las inundaciones  
Volviesen á hacer sus sementeras.

Y para publicar esta novela  
Salieron por mandado del demonio  
Tres hombres viejos, grandes hechiceros,  
Los cuales fueron por la tierra toda  
Aquestos desvarios predicando,  
Cuyas palabras fueron admitidas  
No menos que si fueran pronunciadas  
Con aquel celo del profeta Jonas,  
En tal manera que de los ladinos  
Que estaban en la villa de Antioquia,  
El año de setenta y seis, á doce  
Del mes de marzo, no se halló indio  
Ni india que del pueblo no hubiese  
A las alturas yermas donde Sobce  
Les había mandado que subiesen:  
Lo cual visto por nuestros españoles,  
La mañana que los echaron menos,  
Desta gran novedad inadvertidos  
Y con sospecha de levantamiento,  
Siguieron el alcance por el rastro  
Hasta tanto que ya dieron en ellos,  
Gran cantidad de lágrimas vertiendo,  
Los unos y los otros lamentando;  
Y preguntándoles por qué hūían  
Y cuál era la causa de su lloro,  
Les respondieron: « ¡ Polbres de vosotros,  
Cuán ayunos estais del mal futuro  
Y de la muerte que tenéis cercana,  
Pues antes de tres días á lo largo  
Ninguno de vosotros terná vida.  
En aguas inundantes ahogados. »  
Al fin les declararon el misterio  
Del horrible diluvio que esperaban,  
Contra los españoles destinado,  
Que celebraron ellos con gran risa;  
Y aunque por muchas vías procuraban  
Ponellos en razon y desengaño,  
Me dice Juan de Vargas que tenían  
Aquella vanidad tan arraigada  
En sus entendimientos torpes, como  
Si vieran los efectos ya presentes,  
Y así cuasi forzados los mas dellos  
Volvieron á la villa temerosos.

Llegaron pues los falsos hechiceros  
Aquestas invenciones pregonando  
Al valle de Ibijico, donde estaba  
Juan Baptista Vaquero retraído,

A causa del delicto que ya dije  
Serle no sin indicios imputado  
Acerca de la muerte de Valdivia:  
El cual, por la destreza que tenía  
En aquel idioma de los indios,  
Era de todos ellos estimado  
Y en opinion de mozo que tractaba  
Verdad en cuantas cosas les decía.

Llegó la novedad á sus oídos  
Por el alborotado movimiento  
De gentes en el valle congregadas,  
Oyendo los inicios adevinos  
Que denunciaban el horrendo caso;  
Y como se le diese larga cuenta  
De lo que por los viejos se decía,  
Riéndose Baptista dijo luego:

« Llamámelos acá, que quiero vellos,  
Y cuando no quisieren buenamente  
Vengan á su pesar por los cabellos;  
Hareles entender que Sobce miente  
Y que ni mas ni menos mienten ellos,  
Sembradores de sórdida simiente,  
Segun y como quien los ha movido,  
Infame, sucio, vil y fementido. »

En efecto, pusieronle delante  
A los tres como tontos y asombrados,  
Con meneos y gestos espantables,  
Que parecían infernales bultos  
Y que lanzaban fuego por los ojos;  
Y el Baptista, después de encomendarse  
Al sumo Hacedor devotamente,  
Una cruz en las manos, así dijo:

« Ministros de maldad, engañadores,  
Revestidos de espíritu malino,  
; Por qué venís á ser predicadores  
De tan desvariado desatino,  
Ciegos embarbascados en errores  
Y ajenos del católico camino?  
En llegando la hora de esa ira  
Conoceréis al claro ser mentira.

» El que tenéis por dios es un tirano  
Bajo, suez, de condicion horrenda;  
Y si quien lo crió no le da mano  
Seguros estareis que no os ofenda:  
El verdadero Dios y soberano  
Quiere que por aquí su fe se estienda,  
Y á los que lo creemos y adoramos  
Nos ha de conservar adonde estamos.

» Y las cautelas frivolas y engaños  
Que en vuestros corazones Sobce planta,  
No serán parte por eternos años  
Para desarraigár la gente santa:  
Vernán sobre vosotros esos daños  
Si no creis lo que nuestra fe canta;  
Pero si lo creyeredes con bautismo,  
Escapareis del infernal abismo. »

Estas y muchas otras cosas dijo,  
Particularizándoles misterios  
Tocantes á la fe de los cristianos,  
Porque tenía buen entendimiento:  
Los indios defendiendo sus errores,  
Sobre los cuales hubo gran disputa  
Que yo por abreviar no la reliero;  
Pero con tanta fuerza y enerjía  
Este mozo Baptista les hablaba,  
Que de los tres los dos de menos años  
Quedaron convencidos y creyeron,  
Y el mas viejo en edad y mas protervo  
Desesperábase viendo la vuelta  
Que hizo dar á los coadyutores,  
Haciendo varios gestos y visajes,  
Y estaba ya tan ronco de dar voces,  
Que no se percibían sus palabras,  
Pero después en algo reportado  
Habló con el Baptista desta suerte:

« Pues dices que tu Dios es verdadero,  
En nombre suyo quiero que delante  
Desta gente ignorante, vidriosa,  
Hagas alguna cosa tal que crea  
Que milagrosa sea, pues yo fio  
En el nombre del mio, que desdenas,  
Mover las grandes peñas deste suelo,

Y dejen, dando vuelo, su cimientó  
Bailando por el viento con zumbido ;  
Y así será creído quien hiciere  
Aquello que dijere : ya yo salgo ;  
Di tú que harás algo, Juan Baptista ,  
Porque desta conquista claro quede  
Quién es el que mas puede destes dioses. »

Juan Baptista le dijo : « Mira, perro,  
La santa fe que tengo me declara  
Cómo tentar à Dios es grave yerro ;  
Mas yo, haciendo tú cosa tan rara ,  
Con esta fe podré mudar el cerro  
Alto que ves enfrente de tu cara ,  
Pero delante mí, ten entendido  
Que no podrás hacer lo prometido. »

El indio hechicero, confiado  
De que su Sobce no haría falta  
En cualquiera señal que le pidiese ,  
El cuerpo se lavó primeramente ,  
Y luego hizo sus ofrecimientos  
De mantas y de oro y otras cosas ,  
Y sahuló las ponderosas piedras  
Que quiso que volasen por el aire ,  
Dandoles de varazos, invocando  
Con gritos y alaridos al demonio ,  
Con gran solicitud y diligencia  
Como si fueran mulos ó caballos ;  
Mas ellas no por eso se movian  
Ni quisieron cumplir su mandamiento ,  
Reiterando por diversas veces ;  
De que toda la bárbara caterva,  
Presente para ver la maravilla ,  
Hacia burla dél escarneciendo ,  
Reconociendo ya su desvario ,  
No sin contento y alegría grande  
De ver que lo que dijo Juan Baptista  
Cerca de no movellas salió cierto.

El cual con la victoria que pretende ,  
Por mas los agradar está diciendo :  
« Da grandes voces, porque no te entiende,  
Que debe reposar y estar durmiendo ;  
Conoce las mentiras que te vende  
Ese falso, traidor, sucio y horrendo ;  
Mira cuál es y à quién haces regalo ,  
Pues siempre huye deste santo palo.

» Por ser similitud de la cruz santa  
Vencedora del infernal alarde ,  
Bandera que do quiera que se planta  
No para con extremos de cobardie ,  
Y siempre que la ve della se espanta ,  
Dando la vuelta sin que mas aguarde ,  
Porque la cruz le dió golpe terrible ,  
Y tal que sanar dél es imposible.

» Y como perro que padeció laga ,  
Que si la mano de quien fué herido  
Hace meneos y otra vez amaga ,  
Vuelve huyendo de temor vencido ,  
Así viendo la cruz, aguda daga  
Con que fué lastimado y abatido ,  
El mal aventurado por no vella  
A grande priesa va huyendo della.  
» Aquesta hace pues que se detenga ,  
De cristianos certísimo trofeo ,  
Y aunque le bagas oracion mas luenga  
Con tu solicitud y devaneo ,  
Esta señal le hace que no venga  
A dar satisfaccion à tu deseo ;  
Por tanto haz lo que estos dos han hecho ,  
Que tomaron camino mas derecho. »

Con estas y otras muchas mas razones  
Procuraba Baptista convertillo ,  
Pero ninguna dellas lo movía  
De sus propósitos endurecidos ,  
Antes como corrido y afrontado  
Con pasos presurosos se fué solo  
Por unas sierras altas murmurando ;  
Y la caterva bárbara tractaba  
Al Baptista con grande reverencia ,  
Teniendo por razones infalibles  
Las que después y antes les decia.

Y estando descuidados otro día ,  
Término señalado por el Sobce

Para la tempestad que nunca vino ,  
Antes día sereno, claro, puro  
Y manifestador de su mentira ,  
El viejo hechicero fué delante  
De muchos destes indios, y al Baptista  
Ulamándolo primero con voz alta  
Le dijo las palabras que se siguen :

« Para te convencer en tu porfia ,  
Sobce te desafia, ven conmigo ,  
Y ternás con quien digo la disputa  
En el peñol de Nuta do te espera ;  
No temas la ladera por ser alta ,  
Que yo no haré falta en ayudarte  
Porque de cada parte sus razones ,  
Y de las opiniones diferentes  
Tomen aquestas gentes la mas cierta. »

Baptista respondió : « Viejo demente ,  
De condicion que nada se mejora ,  
Ya ves aqueste sol resplandeciente ,  
La claridad alegre del aurora :  
Baste para saber que Sobce miente  
Habersele pasado ya la hora  
Del gran diluvio; con que por sus manos  
Había de ahogar à los cristianos.

» En eso que me dices como tiene  
Gana de disputar con Juan Baptista  
Para que con razones me refrene  
Y él quede vencedor en la conquista ,  
Ninguna cosa menos me conviene  
Que ver tan mala y espantable vista ,  
Ni poner en disputa mi partido  
Con un bellaco falso, fementido.

» Pues ha mil siglos que por su pecado  
El verdadero Dios que nos gobierna  
Triunfó del, quedando condenado  
A tormentos de damnacion eterna ,  
Y de los altos cielos desterrado  
A cárcel de luctifera caverna ,  
Y sé que ha de huir, como yo vaya ,  
Del peñol que tomó por atalaya.

» Mas para que conozcas que yo digo  
La verdad que no tienes entendida ,  
Escusarme no quiero de ir contigo ,  
Aunque dura tres leguas la subida ;  
La santa cruz de Cristo va conmigo ,  
Donde mi Dios murió por darme vida :  
Con ella volveré yo triunfante ;  
Anda, maldito viejo, ve delante. »

Procuraron los indios deste valle  
Estorbar el camino peligroso  
Debajo del amor que le tenían ;  
Pero nunca pudieron detenello ,  
Y en efecto se fué tras el mal viejo ,  
Yendo de sus amigos principales  
Mas de trescientos en su seguimiento ,  
Así para guardalle las espaldas ,  
Como para mirar en qué paraba  
El singular certamen à que iban ,  
Al cual como salieron sobre tarde ,  
Y era camino largo, salebroso ,  
Aspérrima subida por extremo ,  
Llegaron à la cumbre con obscuro ,  
Y el indio hizo sus invocaciones ,  
Visajes, gestos, saltos y bramuras ,  
Por atemorizar à su contrario  
O por tener demonio revestido ;  
Pero Baptista con la cruz delante  
Los símbolos decia con voz alta ,  
No sin erizamiento de cabellos ;  
Y en esto se pasó toda la noche  
Sin ver cosa que diese pesadumbre ,  
Salvo las voces y el horrendo gesto  
Del hechicero, y el haber estado  
En pié toda la noche y al sereno.  
Y cuando ya venía descubriendo  
Apolo por las puertas del oriente  
Sus dorados cabellos desviando  
Las obscuras tinieblas con su lumbre ,  
El Baptista llamó los compañeros  
Que se quedaron algo mas abajo  
Sin subir al pináculo mas alto ,  
Y dijoles : « Carísimos amigos ,

Tened siempre memoria de lo visto,  
Pues que todos vosotros sois testigos  
Cómo para venir me halló listo,  
Sin traer contra tales enemigos  
Mas armas que la cruz de Jesucristo,  
Porque con ella yo sé que se vence  
Cualquier demonio que se desverguence.

» Y pues los mas estáis catechizados  
En los preceptos del camino santo,  
Si creyerdes y fuerdes bautizados  
También hareis vosotros otro tanto:  
No os dejéis engañar destos malvados,  
Ni os pongan sus cautelas en espanto;  
Huid de sus consejos y razones,  
Porque todas son falsas inveuciones.

» Dejemos al mal viejo y obstinado  
Que huye de creer verdades rasas,  
El cual debe de estar precipitado  
En la prision de las eternas brasas:  
Y pues su Sobce huye y ha faltado,  
Vamos á descansar á nuestras casas,  
Do si volviere con tan mal motivo,  
Tenemos luego de quemallo vivo.»  
Con esto se bajaron victoriosos  
Y muy regocijados y contentos  
Al valle do tenían sus albergues  
Y donde por consejo del Baptista  
Se bautizó gran número de gente;  
Y los de Santafé prendieron luego  
La vieja pitonisa con la hija,  
MUCHACHA que dijimos ser hermosa,  
La cual se bautizó, pero la vieja  
A destierro perpetuo condenada.  
Y así se deshicieron los nublados,  
Quedando los ladinos y chontales  
Con aviso de nunca dar oídos  
Jamás á semejantes devaneos,  
Y en aborrecimiento del demonio;  
De cuyas desvergüenzas bien pudiera  
Tractar aquí mil cosas sucedidas  
En otras partes do visiblemente  
Y en figura de indio se mostraba,  
Hasta serville de caballerizo  
Y después de cabrero hartos años  
A cierto capitán bien conocido,  
Sin saber él quién era; pero cuando  
Tractemos de las cosas deste reino,  
Si Dios me diere vida para ello,  
Alargaréme mas, pues de presente  
Por volver á la guerra comenzada,  
De donde nos salimos esperando  
Reales provisiones del audiencia  
Y comision para Gaspar de Rodas,  
No puedo detenerme, y así quiero  
Volver á la conquista de nutaves,  
Que se celebrará con canto nuevo.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se cuenta cómo los señores de la real audiencia enviaron comision á Gaspar de Rodas para castigar los indios rebeldes, y poblar en las tierras donde fué muerto Andrés de Valdivia.

Quando las cosas arduas se cometen  
A varones prudentes y sagaces  
Que no guían á poco mas ó menos  
Negocios importantes cometidos  
A su dispusicion y buen discurso,  
Responden los efectos y remates  
Las mas veces á lo que se desea  
Por los que los escogen y señalan;  
Lo cual considerando los oidores  
De la real audiencia deste reino,  
Que fueron los que quedan declarados,  
Hicieron eleccion y con acuerdo  
Mas lleno de razon que de favores,  
Que suelen defraudar merecimientos,  
Salió nombrado para tal empresa  
El diestro capitán Gaspar de Rodas,  
Atlante fuerte sobre cuyos hombros  
El peso se sostuvo de aquel suelo.

Y así le despacharon provisiones  
Para poblar y castigar caciques  
Culpados en la muerte de Valdivia  
Y de los españoles que debajo  
De falsa paz habian sido muertos;  
Las cuales recebidas, se dispuso  
Al cumplimiento del real mandado,  
Y á costa de sus bienes llamó gentes,  
Que por llevar caudillo tan insigne  
No rehusaron ir á la jornada,  
Demás de los soldados que salieron  
De la rota pasada mal parados,  
Porque los mas volvieron deseosos  
De recibir el premio que se debe  
A los honrosos hechos y trabajos.  
Destos fué Pedro Pinto Vellorino,  
Luis Céspedes de Vargas y su hermano,  
Que es Alonso de Vargas, naturales  
De Fregenal, y Sancho de Quevedo,  
Esteban de Ribera de Albuquerque,  
Juan de Alvarado Salazar, Fernando  
De Ovango, esturiano, Pero Sanchez  
De Oviedo, natural de Estremadura,  
Manúel Ruviales, y con ellos  
El Juan Ruiz de Añienza, sacerdote,  
Juan Fernandez Eraso, de Navarra,  
Y don Antonio Osorio y Pedro Arce,  
Pablo Fernandez de Eras, y Molano  
Y el Alonso Martin Merchan, Mateo  
Fernandez, el mulato, deste reino,  
Todos valerosísimos soldados,  
Que con los congregados nuevamente  
En número llegaron á setenta:  
Con los cuales entró Gaspar de Rodas  
Tan confiado de allanar la tierra,  
Como si le siguieran setecientos,  
Y caminó con pródigo concierto  
Hasta llegar al sitio y al asiento  
Del fuerte do mataron al Valdivia,  
Do son mas numerosas poblaciones.

Allí se refirieron por el orden  
Que mas les convenia, convocando  
De paz á los caciques comarcanos,  
Los cuales acudieron con preseas  
De oro y otras cosas con que suelen  
Granjear amistad con españoles:  
Que no fué con buen pecho, segun dicen,  
Sino con intencion de descuidallos,  
Para les sacudir viendo la suya;  
Pero Gaspar de Rodas nunca quiso  
Tomar oro ni cosa por entonces,  
Haciéndoles creer que su venida  
Era por granjear sus amistades,  
Y no para tomalles sus haciendas.

Aquella tarde pues que se contaron  
Ocho dias del mes que del dios Fébruo  
Heredó nombre por las lustraciones  
Que la gentilidad acostumbraba,  
Año de quince cientos y setenta  
Y siete del divino Nacimiento,  
Gaspar de Rodas convocó su gente,  
Y con cuanto secreto fué posible  
A todos les habló desta manera:

« Señores, ya sabeis á lo que vengo,  
Y veis que los que desta gente dura  
Hemos de castigar, aquí los tengo,  
Y que dejallos ir será locura;  
Gocemos, sin tomar tiempo mas luengo,  
De tan acomodada coyuntura,  
Prendiendo los caciques señalados  
Para proceder contra los culpados.

» Y para defender nuestros partidos,  
Si por ventura veis armas opuestas,  
Los caballos estén apercebidos,  
Y tenga cada cual las suyas prestas,  
De tal manera, que los atrevidos  
Lleven las puniciones á sus cuevas;  
Y luego sin guardalles mas respecto  
Quiero que lo pongamos en efecto.»

Aun no bien acabó de decir esto,  
Quando con la presteza que cumplia,  
Disimuladamente se pusieron

A punto con sus armas y caballos ,  
 Y el general llegó con los peones  
 Acia la parte de la turbanulta ,  
 Y de los principales conocidos  
 Veinte y cuatro pusieron en colleras.  
 Alborotáronse los indios todos,  
 Y comenzaron á desenvolverse ;  
 Pero Gaspar de Rodas con la lengua  
 Con tales amenazas los asombra,  
 Que pudo deshacer sus movimientos  
 Diciéndotes : « No meneéis los brazos ,  
 Porque si dáis algunas ocasiones  
 A todos os haremos mil pedazos .  
 » Estos solos ponemos en prisiones  
 Porque Filipo magno , rey potente ,  
 Así lo manda por sus provisiones .  
 » Cualquier rey ó señor le es obediente ;  
 Y si quereis tener vida quieta ,  
 Habeisle de servir por consiguiente .  
 » Seguro vive quien se le subyeta ;  
 Pero también castiga los escesos  
 De los que con él juegan falsa treta .  
 » Aquí venimos á hacer procesos  
 Contra los que debajo de paz blanda  
 A su gobernador fueron aviesos .  
 » Mas en vuestros delitos también manda  
 Que no castigue rigurosamente  
 Aunque la maldad fué mas que nefanda .  
 » Veremos quién ha sido delincuente ;  
 Y hechas bien las averiguaciones ,  
 Conoceréis en mí padre clemente .  
 » Porque yo no me muevo por pasiones ,  
 Antes me guía piadoso celo ,  
 Como vereis por las ejecuciones .  
 » Y á cuantos hoy vivís en este suelo  
 He de favorecer y ser amigo ,  
 Como no deis la paz con falso velo .  
 » En mí hallareis todos gran abrigo :  
 Por tanto la quietud os encomiendo  
 Y que creais ser cierto lo que digo . »  
 Con esto se pusieron en sosiego ,  
 Y con ver que de tanta muchedumbre  
 De bárbaros culpados, solamente  
 Prendieron las cabezas y caudillos ,  
 A quien por substanciar mejor la causa  
 Les dieron defensor juramentado  
 Con la solemnidad que se requiere ;  
 E ya conclusos todos los procesos ,  
 Los seis fueron á muerte condenados  
 De los caciques presos , y los cuatro  
 A les cortar las manos , de los cuales  
 El uno fué Guarcama , gentil hombre ,  
 Feroz y de cabal entendimiento .  
 Y antes de padecer temporal muerte  
 Aquellos seis señores bellicosos  
 Pidieron el bautismo todos ellos  
 Con grande devocion , y fuéles dado ;  
 Y cuando los llevaban á la horca  
 Contritos y con cruces en las manos  
 Alzaron una voz entristecida  
 Diciendo : « Quien tal hace que tal pague :  
 Nosotros padecemos justamente ,  
 Pero los tahamies nos movieron  
 Al crimen y delito cometido ,  
 De nuestros pensamientos y deseos  
 Entonces muy remoto y apartado . »  
 Disimulóse por algun respecto  
 Esta declaracion postrera , pero  
 Demás de las sospechas atrasadas ,  
 Indicio no pequeño fué que cuando  
 Vino Gaspar de Rodas al castigo  
 Trajo dos lenguas indios tahamies ,  
 Llamados Pedro Amato y Aguasici ,  
 En aquella provincia principales ,  
 Y oyendo la razon de los pacientes  
 Volvieron las espaldas madrugando  
 Sin saludar los huéspedes del rancho ,  
 Parece ser que por no ver visiones .  
 Al fin ejecutada la sentencia  
 Y todos los demás dados por libres ,  
 Gaspar de Rodas recorrió la tierra ,  
 Tanteando los pueblos con aviso

Y copia de vecinos naturales  
 Que por aquel compás tenían casas ,  
 Y cerca del asiento do fué muerto  
 El Andrés de Valdivia fundó pueblo ,  
 A quien ciudad de Cáceres dió nombre ;  
 Nombró treinta vecinos , hombres nobles ,  
 Entre los cuales repartió la tierra ,  
 Cinco mil indios , pocos mas ó menos ,  
 En aquella comarca moradores ;  
 Y dello dió razon á los jüeces  
 De la real audiencia del suceso ,  
 Yendo por mensajero don Antonio  
 Osorio de la Paz con los recados .  
 Mas como no pudiese dar contento  
 A todos los soldados de un voleo ,  
 Quedándose sin suerte muchos dellos ,  
 Principalmente de los de Valdivia ,  
 Con pena del agravio recebido  
 Hurtáronse del pueblo tres ó cuatro ,  
 Y caminaron tras el don Antonio  
 A procurar remedio por justicia :  
 Oyéronse sus causas y razones ,  
 Y los oidores alteraron luego  
 Aquel apuntamiento que enviaba ;  
 Lo cual sabido por Gaspar de Rodas ,  
 A defender las suyas por presençia  
 De su persona propia se dispuso ;  
 Y así , dando razones concluyentes ,  
 Se confirmó de nuevo lo que hizo ,  
 Siéndole favorable para ello  
 El licenciado Juan Rodríguez Mora ,  
 En aquella sazón recién venido  
 Por oidor de la chancillería ,  
 Cuya sagacidad encaminaba  
 A su dispusicion los compañeros ,  
 Por ser ya muerto Francisco Bricieño  
 Incorrupto jüez , claro y entero ,  
 Dignísimo del cargo que tenía ,  
 Cuyos principios bien manifestaban  
 Habernos dado Dios felice suerte  
 Después de la del buen doctor Venero ,  
 Ejemplo de virtud y santo celo ;  
 Pero la parca dura y envidiosa  
 Quitónoslo delante brevemente ,  
 Pues no gozó seis meses de la silla .  
 Y así desde su muerte hasta agora  
 Nunca faltaron grandes pesadumbres  
 Entre jüeces y secuaces suyos ,  
 Con tantas invenciones y cautelas  
 Y falsos testimonios cuantos suelen  
 Investigar inícuos y olvidados  
 De Dios , por dar valor á la mentira ;  
 Y es lástima que los del Nuevo Reino ,  
 Gente llana , fiel , modesta , clara ,  
 Leal , humilde , sana y obediente ,  
 En opinion esté de revoltosa  
 Con los señores del real consejo ,  
 No mirando que son los movedores  
 De las revueltas , tramas y bullicios ,  
 Los jüeces que vienen á regirnos ,  
 En cuya consecuencia me parece  
 Que viene bien aqui , *delirant reges  
 Et plectuntur Achivi* , sin que pequen :  
 Mas aquesta , por ser materia larga ,  
 A tiempo conveniente la remito .  
 En esta sazón pues que Rodas vino  
 Estaban rebeldos los guallies ,  
 Indios cuyos confines están juntos  
 Con Mariquita , puerto deste reino ,  
 Muy necesario para sus contractos ,  
 Donde se labran ricas minas de oro  
 Y de presente plata , cuyas velas  
 Dan grandes esperanzas de riqueza ;  
 Y aunque el adelantado , que Dios haya ,  
 Don Gonzalo Jimenez de Quesada ,  
 Les quebrantó las fuerzas , y los trajo  
 Al servicio del rey fundando pueblo ,  
 Ciudad de Santa Agueda nombrado .  
 Después los indios por ausencia suya  
 Negaron otra vez el vasallaje ,  
 No sin daño de muchos españoles ,  
 A quien pusieron en estremos tales

Que se metieron todos en un fuerte  
 Con hijos y mujeres y servicio,  
 Puestos en riesgo y en trabajo grande  
 Por la frecuentacion de los combates.  
 Lo cual sabido por los del audiencia,  
 A quien tocaba dar socorro presto,  
 Por ser riesgo notorio la tardanza,  
 Buscaban capitán cuya prudencia  
 Diese satisfaccion á su deseo  
 Y al negocio que dél se confiaba;  
 Y como se halló Gaspar de Rodas  
 Presente cuando se tractaba desto,  
 Teniendo conocido que ninguno  
 Se podria hallar de mejor maña,  
 Por ellos al acuerdo fué llamado,  
 Y le mandaron que se dispusiese  
 Para hacer al rey este servicio:  
 El cual como persona circunspecta  
 Este cargo tomó de buena gana  
 Y aderezóse para la partida  
 Con ciento y diez soldados á su gusto.  
 Con los cuales entró por las provincias  
 De los bríosos indios rebelados,  
 Y dentro de tres meses no cumplidos  
 Les hizo dar la paz y hizo llanos,  
 Poniéndolos en obediencia firme,  
 En la cual hasta agora permanecen,  
 Valiéndose de dos fuertes caudillos  
 De los soldados suyos, que se llaman  
 Juan Melendez y un Alonso Fernandez  
 Molano, de quien yo mencion he hecho  
 En muchas partes deste mi discurso,  
 Por ser ambos personas señaladas.

Dejando pues la tierra sosegada,  
 Pacíficos los indios y quietos,  
 A la real audiencia volvió Rodas  
 A dar plena razon de lo que hizo,  
 Y los señores della conociendo  
 Su valor y servicios señalados,  
 Le dieron en gobierno las provincias  
 Que fueron asignadas á Valdivia,  
 El cual su Majestad confirmó luego  
 Con otras emunencias y favores  
 Que suele la real magnificencia  
 Dar á criados de quien es servido,  
 Incluyendo tambien en su gobierno  
 Por causas y razones alegadas  
 A Santafé, rememorada villa,  
 Y así quedó distinta y apartada  
 De lo de Popayan, y en ella tiene  
 Su principal asiento nuestro Rodas.  
 El cual como se viese colocado  
 En generoso cargo y esperanzas  
 De mas altos honores, por promesa  
 De lo hacer el rey adelantado  
 Después que ya poblase tres ciudades  
 O villas de vecinos españoles,  
 Convocó gentes de unas y otras partes  
 Para prosecucion de su conquista,  
 Y ver la tierra de la cordillera  
 Que divide los dos rios ya dichos,  
 Que los gobernadores atrasados  
 Intentaron hollar y no pudieron;  
 Pero con menos gente y aparato  
 El buen Gaspar de Rodas se dispuso  
 A deshacer aquel encantamiento,  
 Cuyos sucesos quedan reservados  
 Para los referir en otro canto.

### CANTO TERCERO.

Como se cuenta cómo los indios repartidos á la ciudad de Cáceres, viendo que Gaspar de Rodas habia salido de la tierra, se atrevieron á matar algunos españoles, y no acudian á servirlos.

En mucho precio debe de tenerse  
 Aquel á quien natura dió talento  
 Para guiar negocios importantes,  
 Pues a la sombra dél los otros hombres  
 Subyectos á cumplir lo que dispone,  
 Tienen valor y ser, y cuando falta

Quedan, segun se ve por esperiencia,  
 De su reputacion menoscabados.

Manifestóse bien esta mudanza  
 Con el ausencia de Gaspar de Rodas  
 De la ciudad de Cáceres moderna,  
 Porque los bárbaros, reconociendo  
 Faltalles el caudillo cuya maña  
 A sus conceptos era duro freno,  
 Perdieron la vergüenza y el respeto,  
 Y así mataron de los españoles  
 En partes y en lugares descuidados  
 Un Alonso Gonzalez de Montijo,  
 Y otro Alonso Fernandez de Membrilla,  
 Y á Lorenzo de Rufas y otros hombres  
 Demas de mucha gente de servicio,  
 Con intencion de dar en los restantes,  
 Para lo cual determinadamente  
 Se convocaba ya toda la tierra,  
 Siendo caudillo desta rebeldia  
 Un Omagá, cacique belicoso,  
 A quien todos los otros respectaban.  
 Dieron aviso deste movimiento  
 Indias nacidas en aquel terreno,  
 Que servian á nuestros españoles,  
 Y ellos lo dieron á Gaspar de Rodas  
 Que recogia gentes y pertrechos  
 Dentro de Santafé con intenciones  
 De ver lo que tenia su gobierno;  
 El cual por acudir á dar remedio,  
 A gran prisa salió con treinta hombres  
 Y razonable copia de ganado,  
 Cuya venida fué regocijada,  
 Así por el socorro tan á punto  
 Como por el gobierno que traia.

Algun castigo hizo con templanza  
 En los que le constó ser mas culpados  
 En las muertes de aquellos españoles;  
 Mas Omagá, que estaba retraido  
 Dentro de las montañas con su gente,  
 No pudo ser habido per entonces.  
 De cuya causa fué Francisco Alférez,  
 Hombre mas papalista que guerrero,  
 Con cuarenta soldados á buscallo;  
 Y aunque tomó dos meses de demora,  
 Volvióse con las manos en el seno,  
 O por mejor decir en la cabeza.  
 Y el gobernador, viendo cuan inútil  
 Saló la diligencia y el trabajo,  
 Determinó que fuese por caudillo  
 Juan Arias Ruvian, gallego, y este  
 Volvió con veinte hombres solamente,  
 Pero de tal valor, que de cualquiera  
 Pudiera confiarse la jornada.

Salieron por principio de diciembre  
 El de setenta y nueve enasi fuera,  
 Y fueron caminando hasta donde  
 Hace fin y remate tierra rasa  
 Y las montañas altas se comienzan,  
 Adonde reparó para dar orden  
 A la prosecucion de su viaje;  
 Mas el astuto barbaro tenia  
 De su venida relacion entera,  
 Y para descuidallos les envia  
 Mucha gente cargada de regalos  
 Por continuacion de muchos dias,  
 En que iban y venian mensajeros  
 Cuotidianamente, prometiendole  
 De dar segura paz inviolable,  
 Trayendo los mensajes su sobrino,  
 Llamado Teguri, gentil mancebo,  
 Bien conocido de la gente nuestra,  
 Y en opinion tenido de valiente.  
 Juan Arias Ruvian la paz acepta,  
 Y al sobrino le dijo que viniese,  
 Sin que recele pena ni castigo,  
 Pues si hiciere cierta su promesa  
 De dar segura paz, se le perdona  
 Cualquier delicto grave cometido,  
 Y que señale parte do se vean  
 Los unos y los otros, porque quiere  
 Oír aquello de su propia boca.  
 El Teguri volvió con el mensajero

Al Omagá su tío, y otro día  
De mañana volvió con la respuesta,  
Diciendo: « Bien podeis entrar seguros,  
Porque cerca de aquí tenemos hechos  
Dos aposentos en zavana rasa  
Donde sereis servidos, y mi tío  
Allí verná con oro y otras cosas  
Para el gobernador, pues es el amo  
A quien ha de servir y ser subyecto. »

Los españoles, aunque sospechosos  
De lo que sucedió, por no mostrarse  
Acobardados, fueron do decía,  
Y subieron á cierta loma, donde  
Había como cien pasos en cuadra  
De raso, lo demás espeso monte,  
Y en el raso dos casas pequeñuelas,  
Muchos indios é indias esperando  
Con copia de comida que les dieron;  
Alojáronse dentro destes ranchos,  
Donde sin acudir aquel cacique  
Estuvieron también algunos días,  
Pero venían indios con sus armas,  
Con tal denuedo que se conocía  
Ser muestras de dañadas intenciones.  
Y así los españoles procuraron  
Coger un indio que se quedó solo,  
Sin que de los demás fuese sentido,  
Y en remoto lugar dentro del monte  
Le dieron tracto hasta que ya dijo  
Las determinaciones de los indios;  
Siendo la lengua con que preguntaban  
Una ladina moza dicha Ana,  
Cristiana, del servicio de un soldado,  
Declarando que dentro de tres días  
Habían de venir muchos caciques  
De los mas principales de la tierra,  
A vellos, no con mas de diez ó doce  
De sus subyectos cada cual cacique  
De por sí solo con su compañía,  
Pacíficos, quietos y sin armas,  
Y en diferentes horas por no dalles  
Ocasión de sospechas, y debajo  
De querelles servir, allí esperasen  
Entre los españoles, hasta tanto  
Que el señor Omagá viernes siguiente  
Allí llegase con los que traía,  
También sin armas, que eran veinticuatro.  
Dejando setecientos emboscados  
A la redonda de la zavaneta,  
Con armas y pertrechos convenientes;  
Y que cuando lo vieses llegar junto,  
Aquellos indios que llegaron antes  
Acometiesen á los españoles  
Dos ó tres dellos contra cada uno,  
Así por pechos como por espaldas,  
Y entonces Omagá sobrevieria  
Dando voces á los del emboscada,  
Y así darían fin de los cristianos  
Sin padecer los indios detrimento.

La trama descubierta y el astucia,  
Los nuestros estuvieron vigilantes,  
Las armas en la mano todas horas,  
Cargados los sulfúreos instrumentos,  
Fortaleciendo sayos estofados  
Y los demás pertrechos que tenían;  
Demás desto también se previnieron  
De mucha cantidad de ligaduras  
Que llamamos cabuyas comunmente,  
Apercebidos todos y en espera  
De ver algun principio de lo dicho,  
Porque si vieses algo no dudaban  
Ser cierto lo demás que se declara.

Llegóse pues el miércoles, y vino  
Un cacique llamado Taquimiqui  
Con diez indios sin armas, bien dispuestos  
Y de robustos miembros y elegantes,  
Pacíficos semblantes y apariencias  
Encubridoras de su mal intento,  
Mas á los españoles ya patente;  
Y así no se tardaron, pues al punto  
Que entraron en la casa los prendieron,  
Y ataron pies y manos con cordeles,

Y de los que vinieron á la tarde  
Hicieron otro tanto, de manera,  
Que miércoles y jueves amarraron  
Cincuenta sin sabello los caciques  
Ni los participantes del engaño.

Llegóse pues el día del conflicto,  
Viernes, postrero día de diciembre,  
Cuando el año de ochenta comenzaba,  
Día de confusión y desconuelo  
Para los pocos, que hacían cuenta  
Que si del alto cielo no venia  
Remedio, no podían escaparse  
Del durísimo trance que esperaban;  
Y así Juan Arias Ruvian, que via  
Ponelle culpa por haber entrado  
Contra la voluntad de los mas dellos,  
En su disculpa dijo lo siguiente:  
« Señores, de mi loca confianza  
No sin razon formais justa querella;  
Pero los que nos vemos en la danza  
Hemos por fuerza de danzar en ella,  
Y con pié firme sin hacer mudanza  
Habemos de bebella ó de vertella:  
Ningun remedio tiene ya lo hecho,  
Sino poner á bien ó mal el pecho.  
» Acercándose van las confusiones  
Y la disparidad de la pelea;  
Cursados sois en tales aficciones,  
Donde ninguno hizo cosa fea;  
Vuelen al cielo vuestras oraciones  
Para que de remedio nos provea:  
Que si fiais en Dios como cristianos  
La victoria tenemos en las manos.  
» Creed que venceremos en batalla  
A la multitud destes fementidos,  
Y dad gracias á Dios, que no nos halla  
Descuidados ni desapercibidos;  
No es la primera vez que de canalla  
De mayor fuerza sois acometidos;  
Y pues siempre becinos como buenos,  
No tenemos agora de ser menos.  
» En tanto pues que llegan las rençillas  
Destas mas que proterva pestifencia,  
Demandemos prostrados de rodillas  
Al inexhausto golfo de clemencia  
Tenga por bien usar sus maravillas  
Dando favor á quien lo reverencia,  
Pues nuestra mano poca fuerza tiene  
Si de la santa suya no nos viene. »

Esto con gran fervor hicieron todos,  
Y en oraciones santas ocupados,  
El Omagá llegó con veinte y cuatro  
Robustísimos indios desarmados,  
Y disimulacion tan bien compuesta,  
Que si no se tuviera certidumbre  
Del propósito malo que traía,  
Ninguno presumiera ser fingida;  
Pero como no vió quien respondiese  
Al acometimiento concertado,  
Quisiera con aquellos que presentes  
Con él allí venían al efecto  
Usar de aquel ardid que los primeros  
Habían de tener, pues no los vía;  
Mas apenas miró los compañeros  
Haciéndoles del ojo diestramente,  
Cuando con todos ellos en el suelo  
Cayó hecho pedazos, dando voces,  
A las cuales salió la gran caterva,  
Que mal podia ya dalle remedio,  
Pues él y los demás en un instante  
Caminaron la vuelta del infierno.  
Y en ese mismo punto ven delante  
Los españoles la tumultuosa  
Hueste de los salvajes, la cual era  
En número mayor que se pensaba,  
Con orden singular los escuadrones,  
Ordenados á nueve por hilera  
Con sus sobresalientes señalados,  
Gallardos y feroces todos ellos,  
Llenas las sagitíferas aljabas  
De tiros venenosos y mortales,  
Picas tostadas y macanas duras,



Y estalladoras hondas á las vueltas.  
 Era su general que los regia  
 El Teguérí, del Omagá sobrino,  
 Y el capitán Maubita, yerno suyo,  
 Y un Ocharí mañoso y esforzado:  
 Vuelan luego los jácules y piedras  
 Como turbion espeso de los granos  
 Congelados de los vapores gruesos  
 En la media region en el verano;  
 Acuden con mortíferas respuestas  
 Nuestros esclarecidos españoles,  
 Que cuasi pié con pié derraman sangre  
 Ojeándolos con los arcabuces,  
 Con los cuales por los tener tan cerca  
 No pocas veces les acontecía  
 Matar á dos y tres de cada tiro  
 Desde la casa del alojamiento  
 Que tenían los nuestros por amparo,  
 Saliendo siempre con arremetidas  
 Juan Arlas Ruvían y Juan Mateos,  
 Y Mateo de Acosta, lusitano,  
 Pablo Sarmiento y otros que tenían  
 Espadas y rodelas en las manos:  
 A cuyos hechos encarecimiento  
 Cualquiera que se dé no será largo,  
 Pues por aquella frente no podían  
 Hollar sino por cima de hombres muertos.  
 Mas esto no bastó para que dejen  
 Los bárbaros inmites su porfía,  
 Antes el Teguérí, como rabiendo  
 Por muerte de su tío, no reposa,  
 Diciéndoles: « Amigos y parientes,  
 Haced como valientes, y el constante  
 No se mude ni espante porque vea  
 Caer en la pelea tanta gente;  
 Que al fin solos son veinte los cristianos,  
 É ya se ven cercanos al remate;  
 Y aunque mas se dilate su caída,  
 Han de perder la vida, que mortales  
 Son, y tiros letales ya rendidos  
 Los tienen, que heridos están todos;  
 No menean los codos como antes:  
 A ellos, mis gigantes, dadles priesa,  
 Cumpla con su promesa vuestra lanza,  
 Y tomemos venganza de las muertes  
 De tantos hombres fuertes deudos nuestros.»  
 Con semejantes dichos y razones  
 Andaba donde via mas tibieza,  
 A los unos y otros animando  
 Con tal solicitud y diligencia,  
 Que á nuestros españoles admiraba:  
 Los cuales viendo que les va la vida  
 En quitalle la suya brevemente,  
 Juan de Alvarado Salazar apunta  
 Con el cañon fogoso; y acertóla  
 Por medio de la frente, de tal suerte,  
 Quel alma de las carnes despedida  
 Fué caminando tras la de su tío.  
 Mas no por eso los demás cesaban  
 De su ferocidad, porque Maubita,  
 El yerno de Omagá, con increíble  
 Solicitud anima la caterva;  
 Al cual tiró Domingo de Herrera,  
 Y con la parda bala hizo puerta  
 Por donde desaguó vital substancia.  
 El Ocharí no menos se mostraba  
 Terrible y orgulloso, bravo, fiero,  
 Tanto que parecia que ninguno  
 Faltaba de los otros principales;  
 Al cual por ser persona señalada  
 Los nuestros deseaban derriballo,  
 Y un Diego de Avila puso la mira  
 Algo mas alta de lo que quisiera,  
 Mas todavía le rompió la cara,  
 Y como se sintiese mal herido,  
 Salióse del conflicto, que procede  
 Con tal obstinacion como si nadie  
 Faltara, con haber tres horas largas  
 Que duraba la dura competencia.  
 Y así los indios, por le dar remate,  
 Viendo que las dos casas impedían  
 El gozo del triunfo que esperaban,

Por ser escudo de los españoles,  
 Determinaron de ponelles fuego,  
 Sin tener atencion á los cincuenta  
 Que dentro se tenían amarrados,  
 Donde se convirtieron en carbones,  
 Pues como fuese fábrica de paja  
 En espacio brevisimo la vieron  
 De las voraces llamas consumida;  
 Saliéndose los nuestros hechos rueda,  
 Los unos á los otros reguardando,  
 Pero con tales bríos y coraje  
 Que como si los golpes comenzaran  
 En aquel punto, se desenvolvieron  
 Tras ellos, aunque ya los arcabuces  
 Por estar muy calientes no hacían  
 Tales efectos como deseaban,  
 Faltándoles también las municiones;  
 Pero con las espadas tanta priesa  
 Les dieron, que salieron de lo raso  
 Y se metieron por el arboleada.  
 Adonde no faltaban indios muertos  
 De los que mal heridos se salieron  
 A los principios desta gran refriega;  
 Porque en la zavaneta solamente  
 Fueron cincuenta y dos los que quedaron  
 Ó muertos ó cercanos á la muerte,  
 Demás de los que consumieron llamas:  
 En efecto, según después se supo,  
 Fué de mas de trescientos la vactura  
 Que padeció la hábrara compañía,  
 Quedando de los nuestros diez y siete  
 Cada uno con cinco y seis flechazos.  
 Los cuales puesta buena centinela  
 Con grande diligencia se curaron,  
 Abrasando con fuego las heridas  
 Y cortando las carnes lastimadas;  
 Mas no se pasó mucho sin que diese  
 Arma la centinela que pusieron,  
 Porque Ocharí que dije ser herido  
 En la cara con un ardiente globo  
 Que no bien encarnó por ir avieso,  
 Viendo que caminaban á sus casas  
 Y no se proseguia la contienda,  
 Con voz apresurada les decia:  
 « ¿ Dó va la compañía que no siente  
 La pérdida presente de señores  
 Muertos en los rigores desta guerra  
 Por libertar su tierra de tiranos  
 Y sacar de las manos de estrangeros  
 A vuestros herederos y parientes?  
 O flojos, negligentes, vulgo loco,  
 ¿ Como teneis en poco la venganza  
 Del estrago y matanza de los nuestros,  
 Animosos y diestros en sus hechos?  
 Volved, volved, pertrechos á la mano,  
 Y no quede cristiano que no muera;  
 Pues quedan de manera todos ellos  
 Que podremos vencellos fácilmente.»  
 Bastaron las razones referidas  
 Para volver, aunque de mala gana,  
 Y no con aquel brio que primero,  
 A causa de sentirse fatigados  
 Y de tiros vacías las aljabas;  
 Y así como hallasen (por el arma  
 Que dió la centinela) preparados  
 A nuestros españoles, no proceden  
 Ni pasan adelante de la ceja  
 Del monte que rodea la zavana;  
 Desde donde, quietos y callados  
 Los otros, cierto viejo les decia:  
 « Valientes españoles, no creyera  
 Que tan durable fuera la pendencia  
 Ni vuestra resistencia, si mi daño  
 No fuera desengaño conocido  
 Del yerro que he tenido tiempo luengo,  
 Mas ya para mí tengo ciertamente  
 Que mas heroica gente no ha nacido,  
 Pues habeis adquirido tanta gloria;  
 Pero de la victoria no esteis ciertos:  
 Estaldo de ser muertos y perdidos,  
 Que todos vais heridos del molesto  
 Veneno, y demás desto vuestra gente

Es negocio patente ser ya muerta  
 En otra tal reyerta sucedida  
 Después de la partida que hecistes.  
 Así que si tuvistes hoy ventura,  
 Será de poca dura la ganancia,  
 Porque el pueblo y estancia de cristianos  
 Los indios mas cercanos han quemado,  
 Vencido y acahado moradores:  
 Acá sois vencedores y temidos,  
 Y allá sereis vencidos y captivos  
 Los que llegardes vivos, en llegando;  
 Y pues de nuestro bando sois azote,  
 Mirad por el virote, y esto haste.»

A questo dicho, nunca mas los vieron,  
 Y á los nuestros, demas de sus trabajos,  
 En angustia terrible los pusieron  
 Y en grande confusion aquellas nuevas,  
 Por las cuales aquel significaba  
 Ser la ciudad de Cáceres quemada  
 Y los vecinos della consumidos;  
 Y en hecho de verdad acometieron  
 Los indios que decia, pero nunca  
 Tocaron en el pueblo, sino fuera  
 Tuvieron cierto leve repiquete,  
 Donde mataron indios yanacunas  
 Y un español ó dos en las estancias.

Al fin estos soldados ahogados  
 Aquella triste noche se quedaron  
 En el mismo lugar de la batalla,  
 Entre los cuerpos muertos alojados,  
 Al frio y al sereno, sin refugio  
 De ropa ni comida ni consuelo,  
 Do no faltaron íntimos gemidos,  
 Así de parte suya como de los  
 Indios en quien duraban los vitales  
 Espiritus cercanos á la muerte.  
 Pero pasada ya la media noche,  
 Dejaron el lugar, y caninaron  
 Por hosques solitarios sin camino,  
 Por hurtarse del otro, do pensaban  
 Estar algunos indios emboscados;  
 Y así por ser rodeos espaciosos,  
 Como por ir heridos gravemente,  
 Tardaron cinco dias en jornada  
 Que pudieron andar en medio dia  
 Si recta via fueran caminando:  
 Llegaron pues al puesto que tuvieron  
 Antes de se meter en la montaña,  
 Donde se proveyeron de comida  
 De aquella que dejaron rezagada;  
 Pero luego pasaron adelante,  
 A causa de no ser lugar seguro,  
 Y con deseo de subir á parte  
 Do se desengañasen con la vista  
 De la mala sospecha que llevaban.  
 Y en estos intermedios fallecieron  
 Lucas Sanchez y Mateo de Acosta,  
 Entrambos valentísimos soldados,  
 Cuyas heridas eran penetrantes  
 Y no curadas con aquel reposo,  
 Abrigo y vigilancia que requiere  
 Aquella venenosa pestilencia.

Finalmente, subieron á la loma  
 Que cae sobre el gran rio de Cauca,  
 El cual para llegar al pueblo nuevo  
 Habian de pasar forzosamente,  
 Obstáculo de gran inconveniente,  
 Así por no tener aviamiento  
 Para pasar los miseros heridos,  
 Como porque los bárbaros no suelen  
 Perder las semejantes ocasiones.  
 Mas en aqueste tiempo ya tenían  
 Los vecinos de Cáceres noticia  
 Por indios del suceso trabajado,  
 Pero con adición de que ningunos  
 Habian escapado con la vida;  
 Y así para tener razon entera  
 Salió luego del pueblo Juan Melendez  
 Con treinta compañeros bien armados,  
 Los cuales á la misma coyuntura  
 Que vieron los heridos el gran rio  
 Ven al Melendez con su compañía,

Que ya hollaban la contraria banda,  
 Y con el regocijo de la vista  
 Los unos á los otros hacen salva,  
 Dando gracias á Dios por el socorro  
 Llegado tan á punto, que juzgaban  
 Ser milagrosamente proveido.  
 En efecto, hicieron buenas balsas  
 Aquellos que llegaron descansados,  
 En que pasaron todos libremente,  
 Y llegados al pueblo, fué la cura  
 Con tal solicitud y diligencia,  
 Que después de los dos conmemorados  
 Ninguno pereció de los heridos,  
 Cuyas hazañas fueron tan nombradas  
 Entre todos los indios de la tierra,  
 Que muy poco después los trajo Rodas  
 A que reconociesen vasallaje.  
 El cual, segun he dicho, preparaba  
 Gentes y municiones con intento  
 De ver y descubrir lo nunca visto  
 En la distancia dentre los dos rios:  
 Que para concluir con mi promesa  
 En el elogio de Gaspar de Rodas  
 Hasta la era del de ochenta y nueve,  
 Es esto solamente lo que resta;  
 Mas porque se concluya mas á gusto  
 Será con canto nuevo celebrado.

#### CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo Gaspar de Rodas salió de la villa de Santafé de Antioquia con setenta hombres de pie y de caballo, y fué descubriendo por el rio de Porce abajo, hasta que halló terreno donde pobló la ciudad de Zaragoza.

No se pueden decir enteramente  
 Las congojas, fatigas y trabajos.  
 Riesgos, penalidades, desventuras  
 Que los descubridores destas tierras  
 Y pacificadores padecieron  
 En las conquistas rígorosas dellas;  
 Y así por ser prolijo labirinto,  
 Tocamos solamente los provechos  
 Que de su gran valor han resultado  
 A los que comen hoy de sus sudores,  
 Y con manos lavadas y piés limpios  
 Hallan la cama hecha y mesa puesta,  
 Y las incomparables asperezas,  
 A los humanos piés inaccesibles.  
 Apacibles é ya bien frecuentadas  
 De varios contractantes que por ellas  
 Vienen y van de partes diferentes,  
 Cebados en la próspera ganancia  
 Con que sus mercancías los convidan.  
 Y no tan solamente por la tierra  
 Dieron vias por donde se contractan  
 Unos pueblos con otros, con jumentos  
 De especies varias; pero por los rios  
 Se comunican con aquellos puertos  
 Que gozan de marítimas riberas.  
 Y aunque parezca ser en lo presente  
 No de tanto momento como Flandes,  
 Venecia y otros pueblos prepotentes  
 Que tienen antiquísimos cimientos,  
 Aquellos también consta que tuvieron  
 Principios no tan altos que no fuesen  
 De lo que son agora diferentes:  
 Corrieron sus edades hasta tanto  
 Que por tiempo se fueron estendiendo  
 A la virilidad y á la potencia  
 En que las vemos hoy establecidos.  
 Lo mismo puede ser en estas partes  
 De Indias, segun vemos el aumento  
 Numeroso de gente que se cria,  
 Así mestiza como castellana,  
 Y la fertilidad de los terrenos  
 Dispuestos á perpetua permanencia  
 Y á la procreacion de tantas cosas  
 Cuantas son en el mundo necesarias  
 A la conservacion de los mortales,

Pues de las que carecen estos dias  
Es mas por negligencia de cultores  
Que falta de propicias influencias;  
Mas la necesidad, hábil maestra,  
Les ha de compeler á que corrijan  
Sus ociosas costumbres con trabajo,  
Y aun á dejar sus propios naturales,  
Buscando nuevas tierras y regiones  
Do puedan sustentarse y estenderse  
Después que ya no quepan en las suyas.  
Pues hay por descubrir varias provincias,  
Inmensidad de campos y naciones,  
Algunas de las cuales estuvieran  
Debajo del dominio y obediencia  
De la real corona de Castilla,  
Si por los que gobiernan se tuviera  
Mas esforzado celo del aumento  
Del aprisco cristiano, mayormente  
Habiendo tanta gente holgazana  
Que podría fundar nuevos albergues,  
Aun en lo descubierta, pues hay tierras  
Baldías, provechosas y dispuestas  
Para se socorrer del fructo dellas,  
Valles amenos, fértiles riberas,  
Cuya disposicion está pidiendo  
Del corvo labrador ser desenvuelta  
Y de todos ganados ser hollada,  
Mas no miran en esto los que llevan  
Por sueño y ocio generosa paga.

Destos no quiso ser Gaspar de Rodas,  
Pues por aquella suerte que le cupo  
Huyó de dar á sus cansados miembros  
Aquel regalo que se les debia,  
Por unas y otras partes descubriendo  
Dónde fundar cristianas poblaciones  
En aumento de la real corona,  
No sin propagacion de la fe sancta.  
Con el cual pensamiento se dispuso  
Año de ochenta con los quince cientos,  
Con obra de setenta compañeros,  
Caballos y pertrechos necesarios,  
Caminando la via del oriente  
Hasta ver las zavasas de aquel rio  
De Aburra, do tiene nacimiento  
El mismo que después le llaman Porce,  
El curso de sus aguas prosiguiendo,  
Acia septentrion encaminadas,  
Por tierras despobladas, muchos dias,  
De bosques tenebrosos y montañas,  
Dónde se padecieron insufribles  
Trabajos por la falta de alimentos,  
Demás de atascaderos y pantanos  
De gran dificultad en su viaje,  
Que no menor seria referillas,  
Espresando particularidades  
Acontecidas hasta que llegaron  
A tierra cuyos montes daban muestra  
De suelo mas enjuto y apacible,  
Mas claras y amigables arboledas,  
Y otros indicios que manifestaban  
Haber mediana copia de cultores.  
Pero segun las guias declaraban,  
A la contraria parte de aquel rio  
Habia poblacion de mas substancia,  
Lo cual se conocia claramente  
Por ver trilladas sendas y caminos,  
Humos á todas partes y labranzas;  
Y así para pasar el campo todo  
Buscaron un lugar acomodado,  
Do se hiciese puente de bejuocos,  
Remedio que se tiene comunmente  
Con que pasan la ropa y el servicio:  
Que los soldados por la mayor parte  
Cortando van las aguas con el pecho,  
A mano la rodela y el espada.

Al tiempo pues que para tal efecto  
Andaba negociada nuestra gente,  
Gran número se vió de la contraria  
Opuesta para defender el paso  
Con multitud de flechas y de dardos  
Y los demás pertrechos usuales:  
Ondeá bizarría de penacho

Pectos y diademas de buen oro,  
Con otras joyas que manifestaban  
La soberbia riqueza de las minas  
De que gozan aquellos naturales;  
Y con estar el rio de por medio,  
No dejan de volar algunas nubes  
De tiros venenosos que despiden  
Los encorvados y flexibles arcos;  
Y acá responden con los arcabuces,  
Esféricas pelotas escupiendo,  
Con poco daño de las partes ambas,  
Por ser algo prolija la distancia.  
Pero Francisco de Taborda,  
Mestizo, buen soldado y animoso  
Y singular en buena punteria,  
En el indio que mas se señalaba  
En galas, majestad, valor y brio,  
Mostrándose señor, puso la mira,  
Y el invisible globo fué volando  
Hasta dar en el pecho, cuyo golpe  
También por las espaldas abrió puerta  
Por do se despidió vital aliento:  
Acudieron los bárbaros cercanos  
Para lo levantar, mas fué baldia  
Su gran solicitud y diligencia,  
No sin admiraciones y alborotos  
De ver aquella muerte repentina,  
Porque del dañador tan solamente  
El sanguinoso rastro parecia;  
Al fin unos llevaron el cadáver  
Y otros quedaron para la defensa  
Del paso, que con suma vigilancia  
Y no menos furor les defendian.

Pero Gaspar de Rodas, como diestro,  
Vista la pertinace resistencia,  
Dejando gente que hiciese rostro  
En aquella frontera, do los indios  
Pretendian quitarles el pasaje,  
Con treinta y seis bajo lácitamente,  
Ocultos todos con el arboleada  
Que por el rio va continuada.  
Hasta llegar á parte sin estorbo,  
Por donde les mandó pasar á nado  
Con el cuidado que se requeria;  
Y como rehusasen la carrera,  
Del peligroso trance murmurando,  
El mismo comenzó de descalzarse  
Y á priesa despojarse del vestido;  
Mas todos los soldados, como viesen  
Su determinacion, no le consienten  
Poner en tanto riesgo su persona,  
Y ellos, pospuestos los temores flacos,  
Desnudos, con espadas y rodela,  
Impetuosas aguas van cortando,  
Yendo delante con insigne brio  
El mestizo Francisco de Taborda  
Y Alonso de Taborda, dos hermanos:  
Al fin tomaron todos la ribera  
Contraria donde van encaminados,  
Y después de cobrar algun aliento,  
Prostradas en el suelo las rodillas,  
Hicieron oracion como cristianos,  
Y luego con el paso reportado,  
Proceden adelante con recato,  
Sirviéndoles el monte de cubierta,  
Hasta que ya llegaron al paraje  
Del bárbaro furor embebecido,  
En los opuestos en contraria banda  
Desembrazando los mortales tiros,  
Y del cercano salto descuidados  
A los lejanos mal amenazaban;  
Mas luego como perros que latiendo  
Saltan lijeramente tras la caza,  
Salieron los heroicos españoles  
Diciendo: « ¡Santiago! Santiago!»  
Ocupa turbacion salvajes pechos;  
Corre la confusion desordenando  
La bárbara caterva, que no para  
Por diferentes partes derramada,  
Bien como las ovejas salteadas  
De las rapaces fieras y voraces,  
Que las que se libraron de sus uñas

Van donde su temor las encamina ;  
 Y así dejaron desembarazado  
 Aquel compás y toda la ribera ,  
 De manera que sin impedimento  
 Pasaron los demás y el campo todo ,  
 Hicieron allí noche y otro día  
 Colaron adelante descubriendo  
 Aquellas poblaciones circunstanciales.  
 Do no faltaron acometimientos  
 Y algunas resistencias porfiadas ,  
 En las cuales cuotidianamente,  
 Llevaban lo peor los naturales ,  
 De tal manera que por bien tuvieron  
 Acudilles de paz algunos dellos ;  
 Y tanteada ya toda la tierra  
 Y á poco mas ó menos los vecinos  
 Que podría tener , buscaron sitio  
 Para fundar morada permanente ,  
 Y diez ó doce leguas adelante  
 Del paso que los indios defendían  
 Hallaron un asiento proveído  
 De las comodidades necesarias ,  
 Donde con las solemnes ceremonias  
 Usadas en negocios semejantes,  
 En nombre del invicto rey Filipo  
 Fundaron la ciudad , á quien se puso  
 Nombre de Zaragoza , cuya tierra  
 Abunda de riquísimos veneros ,  
 Y es el día de hoy por su riqueza  
 De varios negociantes frecuentada  
 Así por tierra como por los rios  
 Que van á desaguar al mar del Norte ,  
 Por estar Zaragoza situada  
 Acia las juntas de los rios Porce  
 Y Nichi , cuyas aguas dan aumento  
 Al gran rio de Cauca que se mezcla  
 Después con otro de la Magdalena ,  
 Los unos y los otros navegables ,  
 Aunque por las zozobras de corrientes  
 Los vasos do navegan son canoas  
 Que pegadas á tierra van bogando.  
 Fué pues el fundamento deste pueblo  
 Año de ochenta y uno , demediado  
 El mes que los hebreos idar llaman ;  
 Y hecha descripción y apuntamiento ,  
 Fueron cuarenta solos los vecinos  
 Encomenderos de repartimientos ,  
 Segun la cantidad de naturales  
 Que por aquellos montes habitaban.  
 E ya puestas las cosas en el orden  
 Que parecia ser mas conveniente  
 Á la defensa desta nueva planta ,  
 Electos los alcaldes y oficiales ,  
 Nombró Gaspar de Rodas por teniente  
 A Fernán Sanchez , hombre de gobierno ,  
 Y él se partió con los demás soldados  
 Al sitio donde fué San Juan de Rodas ,  
 En la parte que llaman Itúango ,  
 Que despoló Valdivia , segun dije  
 Atrás en el discurso de su vida ;  
 Donde pacificó los naturales ,  
 Erigiendo ciudad en el asiento  
 Antiguo con el nombre que tenía ,  
 A la cual dió vecinos veinte y ocho  
 Que son encomenderos , y hoy se valen  
 Entre tan indomable barbarismo  
 Mediante las industrias y consejos  
 Deste gobernador , cuya prudencia  
 Al bárbaro feroz ha puesto freno.  
 Dejando pues allí por su teniente  
 A Juan de Rodas , un pariente suyo ,  
 A su casa volvió con intenciones  
 De convocar soldados con que pueda  
 Escudriñar secretos de la tierra ,  
 Que por estar cerrada de montañas  
 No sin dificultad pueden saberse ;  
 Y presumen habellos importantes ,  
 Porque claro se ve ser una pasta  
 De ricos minerales donde quiera  
 Que rios y quebradas se cateen ;  
 Mas agora de nuevo no sabemos  
 Otra cosa que sea de momento.

Y así deste gobierno me despidió ,  
 Porque futuros acontecimientos  
 Dirálos á su tiempo quien los vido ,  
 Cumpliendo cada cual con sus intentos ;  
 Pues agora mi principal ha sido  
 Tractar de los primeros fundamentos  
 Desde el principio hasta nuestra era ,  
 De quien si mas supiera mas dijera.

## RELACION BREVE

*de las tierras de la gobernacion del Chocó , y cosas en ella  
 acontecidas desde el tiempo que entró en ella el capi-  
 tán Gomez Fernandez , hasta que le fué dado el gobierno  
 y conquista á Melchior Velazquez , vecino de la ciudad  
 de Buga.*

### CANTO PRIMERO.

Otra gobernacion agora resta ,  
 Que es el Chocó , de quien algunas veces  
 Hemos tractado como de pasada ,  
 Cuyos confines sé que simbolizan  
 Con los de Santafé que van corriendo  
 Acia la mar del Norte por montañas ;  
 Y este gobierno tiene de presente  
 Un Melchior Velazquez , no tan lleno  
 De prósperos sucesos de fortuna  
 Cuanto de virtuosas propiedades  
 Y partes que son dignas de alabanza ,  
 Soldado viejo de los mas antiguos  
 De Popayán , y bien ejercitado  
 En todos los trabajos de conquistas.  
 Cuyo discurso no será prolijo ,  
 Por ser gobernacion algo moderna ,  
 Y haber faltado por la tierra della  
 Buena comodidad para poblalla ,  
 A causa de ser toda montiñosa ,  
 Húmda , pluviosa , desgraciada ,  
 De pocos naturales , aunque ricos ,  
 Porque la tierra toda va sembrada  
 De venas caudalosas de buen oro ,  
 Vistas y cateadas por los nuestros  
 En diferentes rios y quebradas.  
 Y así corria la noticia della ,  
 Con otra mas antigua del Dabaibe ,  
 Que por aquel paraje se publica  
 Estar , y aunque de muchos inquirida ,  
 Ningunos le pudieron dar alcance ;  
 Adonde segun fama las riquezas  
 De los enterramientos sobrepujan  
 Á las que del Cenú se descubrieron ,  
 Segun en su lugar quedó notado ,  
 De cuya causa principales hombres  
 Apetecían el descubrimiento ,  
 Entre los cuales fué Gomez Fernandez ,  
 Primero fundador de Caramanta ,  
 Del cual hice mencion en otras partes  
 Por ser hombre de gran merecimiento ,  
 Valiente , liberal , industrioso  
 Y en posible no mal afortunado.  
 Este , con el deseo que tenía  
 De rastrear aquella gran noticia  
 Y ver el fin de aquel encantamento ,  
 Demandó la conquista desta tierra  
 A los señores del real senado  
 Que en este nuevo reino de Granada  
 En aquella sazón eran jüeces :  
 Los cuales se la dieron fácilmente ,  
 Atentos al valor de su persona  
 Y á la mucha substancia que tenía  
 Para hacer soldados y pertrechos  
 A su descubrimiento necesarios ;  
 Pero diósele con aditamento  
 De que primero y ante todas cosas  
 Allanase los indios rebelados ,  
 Importunos entonces y molestos  
 A Santafé , la villa de Antioquia ,  
 Desde aquel tiempo que Toné cacique  
 Los hizo levantar , segun se dijo  
 En el lugar y parte que convino ,  
 Y con que diese nuevos fundamentos

A la vieja Antioquia despoblada.

Aceptó la merced y hizo gente  
De caballo y de pié, y en el avío  
Gastó crecida suma de dineros :  
Finalmente salió de Caramanta  
Con ochenta soldados escogidos,  
De los cuales es uno Bernardino  
Mojica de Guevara, varon noble,  
En este pueblo donde yo resido  
Vecino principal y cañoso ;  
Y en cumplimiento del real mandado  
Fué por el año de cincuenta y siete  
Con aquestos soldados en demanda  
Del cacique Toné, bárbaro duro,  
Gallardo mozo, suelto, bien dispuesto,  
De fuerzas monstruosas y atrevido,  
En quien nunca jamás hubo descuido  
Para se defender de sus contrarios  
En ciertas barbacoas, cuyos troncos  
Gruesos, bien afijados en la tierra,  
Subian en altura cuatro brazas,  
Espesas las hileras, y por orden  
Que, travesudas vigas por lo alto  
Y dada perficcion al soberado,  
Pudieron fabricar seguramente  
Casas pajizas para sus albergues ;  
Y lo mas alto de la barbacoa  
Ceñido con maderos ajustados  
Que volaban segun el colgadizo  
Que llaman los latinos meniano,  
Tan alto que servía de muralla  
Y amparo contra tiros extranjeros,  
Por él hechas troneras provechosas,  
Para poder valerse de los suyos ;  
De que tenían cantidad inmensa,  
Lanzas muy largas, piedras ponderosas,  
Flechas y dardos, gruesos estacones  
Que piramidalmente van labrados  
Hasta se rematar en sutil punta  
Tostada, tan aguda que desmalla  
Las mas fortificadas armaduras ;  
Empiadas á trechos grandes vigas  
Sueeltas y sin ninguna ligadura,  
Pero de tal manera que juzgaran  
Ser á la fabrica correspondientes,  
Y para substentar su pesadumbre,  
Siendo cualquiera mano poderosa  
Para precipitallas fácilmente  
Sobre los que llegasen descuidados.  
Tenian abundancia de alimentos  
Arriba recogidos, y en canoas  
O maderos cavados agua mucha,  
Demás de las vasijas de sus vinos ;  
Y para no perder la que del cielo  
El pluvioso nimbo destilaba,  
Tenian en las alas de las casas  
Hechas de gruesas guadubas canales,  
Cuyas corrientes iban dirigidas  
A los vasos que estaban contrapuestos.  
Ansimismo sembraron los caminos  
De hoyos do cayesen los caballos,  
Y en ellos estacones afijados,  
Puyas por consiguiente peligrosas  
Por unas y otras partes derramadas :  
Todo con tal industria disfrazado,  
Que la del español fué necesaria  
Para poder librarse del engaño,  
Porque Gomez Fernandez como diestro  
A todo dió reguardo descubriendo  
Cualquiera trompezon disimulado.  
Y así sin sucedelles desavío,  
Llegaron al primero soberado  
Donde Toné tenía su morada,  
Sus hijos y mujeres y familia,  
Y entrellos cien gandules de pelea  
Para defensa desta fortaleza ;  
Porque los escuadrones que hallaron  
Opuestos al camino que llevaban,  
Que pelearon pertinacemente,  
Habian sido ya desbaratados.  
Salidos pues del monte mas cercano,  
Vieron la fabricada fortaleza

Encima de una loma que tenia  
De longitud hasta doscientos pasos,  
Pero de latitud la mitad menos :  
La cual por todas partes ocupaba  
El fuerte y edificio de madera,  
Y por cualquiera parte la subida  
Para llegar á él era ladera  
Aspera de subir y trabajosa.

Puestos á punto pues los españoles,  
Por una y otra parte rodearon  
La dicha fortaleza, defendiendo  
Que no pudiesen indios acudilles  
De los que estaban fuera con socorro,  
Y requiriéndolos por muchas veces  
A los que estaban dentro que se diesen,  
Porque si se mostraban pertinaces  
Los pasarían todos á cuchillo,  
Y saliendo de paz no les darian  
Sinsabores, agravios ni molestias :  
Los indios respondían con las armas  
Y con mayores fieros y amenazas,  
Toné principalmente, que decia :

« Llegaos un poco mas acá, cristianos,  
Por el tributo que se os adereza :  
Dejaremos las armas de las manos  
Para poneróslas en la cabeza ;  
Y aun de vosotros á los mas lozanos  
Tengo de desmembrar pieza por pieza,  
Porque si padecéis muerte prolija  
La paz que me pedis quedará fija. »

Oídas por los nuestros las razones  
Con otras desvergüenzas insufribles,  
Comenzóse de veras el combate  
Por una y otra parte, disparando  
El arcabuceria violenta  
Al pretil y troneras dirigida,  
Por no dalles lugar á los contrarios  
Para que de sus armas se aprovechen ;  
Y entre tanto los otros españoles  
Se llegaban con mantas de madera  
Cubiertos al enhiesto baluarte,  
Que no podía ser sin mucho riesgo  
Á causa de las nubes que caian  
De dardos, flechas, lanzas y de piedras  
Y algunos estacones de los cuales  
Uno cayó sobre Diego de Ardila,  
Que ponía rodela por delante  
Á un soldado de los insoportables,  
De tal manera, que rompió la punta,  
La rodela, cojin y fuertes armas,  
Y el brazo del Ardila juntamente  
Por una y otra parte traspasado ;  
También á Bernardino de Mojica,  
Rodelero de aquel García de Arce  
A quien despues mató Lope de Aguirre  
En el rebellion ya referido

En la primera parte de mis cantos,  
Una piedra le dió por el costado  
Encima de las armas, que lo hizo  
Rodar por la ladera trompicando,  
Mas luego revolvió con mas coraje  
Al puesto do quedó su compañero,  
Y estando los dos juntos vió García  
Una gran viga que se despegaba  
Del baluarte, y en aquel instante  
Al Mojica diciendo : « ¡ guarda, guarda ! »  
Le dió tal empellón que lo retrajo  
Hartos pasos atrás, y él ansimismo  
Se desvió con un veloce salto,  
Y fué tan necesaria la presteza  
Que si tardaran un solo momento  
Allí quedarán hechos mil pedazos.

En esto consumieron aquel día  
Sin se hacer efecto provechoso,  
Y el tiempo que duraron las tinieblas  
Nocturnas, fué comun la vigilancia  
Rondándose la cerca con silencio,  
Porque se recelaban de huida,  
A causa de tener el monte cerca ;  
Y porque les faltasen las señales  
Y ojietos á los tiros de las flechas  
Que con obscuridad iban volando

A poco mas ó menos en demanda  
 Del católico bando que no vian,  
 Los nuestros no quisieron hacer lumbre  
 Hasta llegar la del siguiente dia,  
 Donde se refrescaron los combates,  
 Fuegos artificiales y alcancías,  
 Baldías pues al alto no llegaban,  
 Porque con el temor de las respuestas  
 De jáculos que punto no cesaban,  
 No les daban el vuelo que pudieran  
 A no tener escudos embrazados  
 Con el cuidado que les convenia,  
 Que para las mover con llena fuerza  
 No dejaba de ser impedimento;  
 Bien que Garcia de Arce muchas veces  
 En el cañon del arcabuz cargado  
 Tambiéu ponía flechas encendidas  
 Que daban en la paja de las casas,  
 Mas esto remediaban prestamente  
 Los bárbaros con agua y otras cosas  
 Que no dieron lugar á que la llama  
 Cobrase fuerza ni prevaleciese.  
 Y así permaneció la fortaleza  
 Hlesa por espacio de seis dias,  
 Sin que los defensores alojasen  
 Ni les faltasen armas ofensivas;  
 Y al cabo deste tiempo de los nuestros  
 Solos dos escaparon sin heridas,  
 Aunque ninguna dellas peligrosa,  
 Pues por la mayor parte los catios  
 Nunca tuvieron uso de veneno.  
 Vista pues la dureza de los indios,  
 Mas eficaz remedio procuraron,  
 Y fué ponelles fuego por debajo,  
 Para lo cual trajeron mucha paja,  
 Haces lijeros que con una mano  
 Podian arronjar al pié del fuerte,  
 Con la siniestra bien arrodrelados:  
 Al fin pusieron fuego, puesto caso  
 Que no faltó terrible resistencia,  
 Con industrias y mañas admirables;  
 Y como los estantes eran gruesos  
 Y la madera dellos no dispuesta  
 Para que facilmente se quemase,  
 No hicieron entonces los efectos  
 Que nuestros españoles deseaban,  
 Pero del humo las molestas nubes  
 En excesivo grado fatigaban  
 A los que ya perdian esperanza  
 De se poder valer estando dentro.  
 Y así Toné mandó que se hiciese  
 Acia la parte menos asechada  
 Un portillo pequeño por adonde  
 Saliesen las mujeres entre tanto  
 Quéel razonaba con los españoles,  
 Y procurasen con veloce paso  
 Meterse por el monte mas cercano,  
 Pues tenían bien cerca la guarida  
 Y los oscuros humos ayudaban  
 Para hazello mas cómodamente.  
 Esto se puso luego por la obra;  
 Y el astuto Toné con la voz alta  
 Les dijo: « Por amor de Dios os ruego  
 Que no me pongais fuego, pues ya veo  
 Ser torpe devaneo resistencia  
 Y que mi diligencia nada presta  
 Contra vuestra molesta pertinacia;  
 Paz, amistad y gracia quiero y pido  
 Y darne por vencido con mi muro,  
 Como me deis seguro de la vida,  
 Porque soy homicida de cristianos  
 Que fueron por mis manos descompuestos,  
 Viendo sus deshonestos pensamientos  
 Y mil atrevimientos insufribles;  
 Y en casos tan terribles la defensa  
 Es en cualquier ofensa permitida.  
 Recelo mi caída, y así quiero  
 Dejar el arco fiero con sus tiros,  
 Prometiendo serviros llanamente,  
 Sin que jamás intente movimiento  
 Que os dé desabrimiento ni desgusto:  
 Si es lo que pido justo, dad abierta

Resolucion y cierta brevemente,  
 Para que con mi gente luego salga. »  
 Oyeron las razones declaradas  
 Por lengua que sabia su idioma,  
 Y por satisfacer á su demanda  
 Luego Gomez Fernandez le responde:  
 « Bien conozco, Toné, que guerras luengas  
 Nunca jamás se ven sin hombres muertos:  
 Temor de lo pasado no lo tengas,  
 Pues sales á pacíficos conciertos:  
 Haz lo que dices, porque como vengas  
 Yo te recibiré brazos abiertos,  
 Y así lo manda la real persona  
 Que los yerros pasados te perdona.  
 « Este es el gran Filipo, señor mio,  
 Gloria de los imperios castellanos,  
 A cuya majestad y señorío  
 Obedecen los principes cristianos,  
 Y el infiel y bárbaro gentío  
 A su potente voz se hacen llanos;  
 Lo cual si haces tú como discreto,  
 Seguro de la vida te prometo. »  
 El bárbaro segunda vez promete  
 De dar la paz y ser leal amigo,  
 Debajo de lo cual muchos soldados,  
 Sin el recato que les convenia,  
 Se fueron acercando mas al muro,  
 Y á uno que llegó mas descuidado  
 Un jáculo mortal de dura punta  
 Le traspasó las intinas entrañas  
 Y dió fin á sus dias brevemente.  
 En este tiempo ya por otra parte  
 Iban huyendo acia la quebrada  
 Montuosa que estaba por delante  
 Un golpe de muchachos y mujeres,  
 Sirviéndoles el humo de cubierta:  
 Y un lusitano dicho Juan Fernandez  
 Acaso vió huir por la ladera  
 A gran presa la gente que salía,  
 El cual dió voces á los compañeros  
 Diciéndoles: « ¡ A ellos, que se huyen! »  
 Acuden los que cerca se hallaron  
 Para los detener y hacer presa,  
 Y en este punto para defendellos  
 Arronjóse Toné por el portillo  
 Con un espada lucia castellana,  
 Despojo por sus manos adquirido,  
 Poniéndose delante de los nuestros,  
 Con tan terribles golpes y osadia,  
 Que detuvo sus pasos presurosos  
 Por dalles mas lugar á los que huyen:  
 Rebate los aceros castellanos  
 Con tal compás de piés y lijereza,  
 Y presa de reveses tan á punto,  
 A los unos y otros acudiendo,  
 Que parecia verdaderamente  
 Estar de mil demonios revestido;  
 Y cuando ya sintió que sus mujeres  
 Y hijos estarian en el bosque,  
 Quiso desgalgar la cuesta abajo,  
 Y recelándose que Juan Fernandez,  
 Que mas se le metia por un lado,  
 Al tiempo que volviere las espaldas  
 Ejecutar podría sus intentos,  
 No saben cómo dió con él en tierra,  
 O ya podria ser caer el mismo,  
 Mas no bien acabó de caer cuando  
 Asió dél por la pierna con la mano  
 Siniestra, y arrastrando lo llevaba,  
 Segun suele hacer rapace fiero  
 Al hombre miserable que durmiendo  
 O ya velando, con imperceptible  
 Velocidad de salto lo arrebató,  
 Que si por caso gente bien armada  
 La presa le sacó dentre las manos  
 Queda miembros y huesos quebrantados  
 Atónita, pasmada, sin sentido:  
 Y poco menos de tan mala burla  
 El fuerte y atrevido lusitano  
 Al tiempo que Toné dejó la carga  
 Por ille Bernardino de Mojica  
 Con otros dos ó tres en el alcance,

El cual por salir libre del conflicto  
 Tuvo por bien de les dejar la presa  
 Y sin ella meterse por el monte;  
 Pero de lance tan inopinado  
 El portugués quedó harto corrido  
 Y no menos molido que asombrado.  
 Entre tanto los otros españoles  
 Armados ocuparon el portillo,  
 Y algunos intentaron entrar dentro  
 Creyendo que se dieran los restantes,  
 Y que gozaran de despojo rico,  
 Que lo debía ser si no saliera  
 El esperanza vana, porque fueron  
 Con increíble furia rebatidos,  
 Y en la presura y acometimiento  
 Dos españoles valerosos muertos;  
 Por cuya causa los demás soldados  
 Avivaron el fuego retenido  
 Con cantidad de leña que pusieron  
 Por una y otra parte de la fuerza,  
 Cuyas voraces llamas dieron vuelo  
 Hasta llegar á las pajizas casas,  
 Donde la turbacion confusa corre,  
 Murmurio y alboroto descompuesto,  
 Las voces y los ojos ocupados  
 Del inconstante humo removido  
 Por el sonoro sople de los vientos,  
 Que no les da camino por do puedan  
 Hallar algun recurso de huida.  
 Segun que muchas veces acontece  
 Andar revueltos varios animales  
 Cuando suelen indianos cazadores  
 Quemar zavasas altas en verano,  
 Que viéndose de fuego rodeados  
 Corren acá y allá con desatino,  
 Y cuanto mas el fuego se recoge  
 Y en mas breve distancia los congrega,  
 Mayor es el confuso movimiento,  
 Bullicio, confusion, desasosiego,  
 Hasta que vivas llamas los abogan:  
 Así los miserables se confunden  
 Unos sobre los otros apiñados,  
 Adonde perecieron brevemente;  
 Verdad sea que muchos antes desto  
 Con miedo del incendio peligroso  
 Salieron y se dieron desarmados  
 A la disposicion de nuestra gente,  
 Mas otros duros, malos, pertinaces,  
 Tomaron por remedio mas acepto  
 Ser del inmite fuego consumidos,  
 Tanto que si sus hijos y mujeres  
 Querian evadirse del peligro  
 Ellos con manos impías, crüeles,  
 Al fuego los volvian, donde fueron  
 Los unos y los otros abrasados;  
 Y así se dió fin á la fortaleza  
 Deste valle que llaman Penderisco.  
 Ahorcaron algunos después desto  
 De los que se prendieron, y cortaron  
 Manos, sin que mostrasen sentimiento  
 Al golpe del machete los pacientes,  
 Antes ejecutada la sentencia  
 Metian ellos mismos en el fuego  
 La sangrienta lision del trunco brazo  
 Quemando fuertemente la herida;  
 Y estos con libertad desenfrenada,  
 Al tiempo de salir dentre los nuestros  
 Iban diciendo dellos mil blasfemias,  
 Afrentas, vituperios y amenazas.  
 Después que castigaron estos indios  
 Caminaron dos leguas adelante,  
 Adonde reposaron algun tiempo  
 En un asiento llano y apacible  
 Hasta convalecer de las heridas;  
 E ya recuperada mejoría  
 Determinaron ir á Nogobarco  
 A combatir el fuerte que tenia  
 En parte mucho mas insuperable,  
 Y en él hombres de guerra solamente,  
 Absente la demás imbele chusma.  
 Tenian los pertrechos y adherentes  
 Que del primero dije, pero tantos

Que sin faltalles abundantemente  
 Podian sufrir cerco muchos dias;  
 Y así lo defendieron treinta y nueve  
 Con gran obstinacion, y fué la causa  
 Ser muy mas empinadas las laderas  
 Do fué la fundacion del edificio,  
 Al cual pusieron cerco por dos partes,  
 Haciendo sus trincheas y reparos  
 Por no ser ofendidos de los tiros  
 De que diurnas y nocturnas horas  
 Daban en el real nubes espesas,  
 Sin que por parte de los españoles  
 Se pudiese hacer efecto bueno  
 A causa de ser agra la subida.  
 Y así, porque con salitrosos tiros  
 Señoreasen mas la fortaleza,  
 Y desde lugar alto descubriesen  
 Y viesen los ocultos defensores,  
 Tentaron de hacer un baluarte  
 Alto, donde subiesen diez ó doce;  
 Pero cuando los palos arbolaban,  
 Fueron tantos los jáculos y piedras,  
 Que hirieron en piernas y cabezas  
 La mayor parte de la gente noble  
 Que ponian las manos en la obra,  
 Y á Bernardino de Mojica dieron  
 Con violenta piedra la herida,  
 Cuya cicatriz hoy se manifiesta;  
 En la mejilla del venusto rostro;  
 Y así paró la máquina que digo.  
 Pero con presurosa diligencia  
 Volvieron á las mantas de tablones,  
 Con las cuales tentaron muchas veces  
 Llegar al lígneo muro; mas por bajas  
 Troneras asomaban gruesas picas  
 Bien de cincuenta piés, con duras puntas,  
 Que cantidad de indios meneaban,  
 Y con ellas herian malamente  
 Los piés que no podian ir cubiertos;  
 Y aunque Garcia de Arce, cuyos tiros  
 No menos que de Febo fueron ciertos,  
 Hacia mucho daño con las postas  
 Que cargados cañones escupian  
 Contra los asechantes agujeros,  
 No por eso faltaban indios sanos  
 Que luego socorrian y estorbaban  
 El acometimiento de los nuestros,  
 Y un Valdelomar, mozo robusto,  
 De grandes fuerzas, hombre corpulento,  
 Con su celada fuerte y otras armas  
 Y una media burra de madera,  
 Fué por el reventon mas adelante,  
 Pero no sin castigo peligroso,  
 Porque violenta piedra con su golpe  
 Abolló la celada borgoñona  
 Y dió con él en tierra quasi muerto,  
 Diciendo: «¡Dios me valga!» y al momento  
 Fué socorrido de los compañeros,  
 Que fuera lo sacaron aturdido  
 Y con herida grave, cuya cura  
 Tardó no poco número de dias.  
 Vista pues la dureza de los indios  
 Y cuan bien defendian su partido,  
 Procuraron valerse de la leña  
 Para ponelles fuego, segun antes  
 Les convino hacer en Penderisco;  
 Mas con aquellos largos burgueros  
 La desviaban toda fácilmente  
 Haciéndola rodar la cuesta abajo  
 Por ser de reventones muy enhiestos.  
 Y en esta porfiada pesadumbre  
 Habian consumido treinta dias,  
 Los unos y los otros fatigados,  
 Tanto que ya los bárbaros cesaban  
 De las continas gritas y algazaras  
 Con que vituperaban á los nuestros,  
 Antes con reportadas apariencias  
 Estaban en un tático silencio,  
 Tal que los españoles sospechaban  
 Ó que dormian ó que estaban muertos;  
 Y así determinaron dos soldados,  
 Francisco Barco y Cristóbal Gonzalez,

Mancebos animosos y lijeros,  
 Una siesta llegar tácitamente  
 Por parte mas oculta y encubierta,  
 Y entralles en el fuerte gateando  
 Por los estantes que caian fuera,  
 Armados de sus sayos estofados,  
 A las espaldas puestos los escudos,  
 Ceñidas las espadas y las dagas :  
 Lo cual efectuaron, pero cuando  
 Llegaban cerca para saltar dentro,  
 Acudieron rabiosos defensores  
 Con gran ruido, grita y alboroto  
 Y diferentes armas en las manos,  
 Con que precipitaron mal heridos  
 A los determinados compañeros,  
 Los cuales se volvieron á sus ranchos  
 Con harto mayor priesa que vinieron,  
 Y fué bien menester su lijereza  
 Para se defender de la creciente  
 De jáculos y piedras que tras ellos  
 Iban encaminadas por los aires.

Tuvieron después desto los cercados  
 Grande solicitud y vigilancia  
 En se velar las noches y los dias,  
 No sin aquellas gritas que solian  
 Con afrentas, oprobios y amenazas :  
 Un bárbaro ladino mayormente  
 Se solia poner en cierta parte  
 En lo alto del fuerte cada noche,  
 Confiado de que con obscurana  
 Tiro no le podia hacer daño,  
 Y en lengua castellana les decia  
 Desvergüenzas y deshonestidades ;  
 Pero Garcia de Arce, puesto caso  
 Que no podia ver al que hablaba,  
 Do sonaba la voz guió la hala,  
 Y fué con tan buen tino que con ella  
 Hizo que resolase por el pecho,  
 El cual con el angustia de la muerte  
 Cayó dando gemidos lamentables.  
 Pero los otros, porque no sintiesen  
 Los nuestros las querellas del caido,  
 Cantaban y hacian gran estruendo ;  
 Y él mismo les decia : « Ya mi vida  
 Conozco ser rendida de la muerte,  
 Y cómo se convierte mi sentido  
 Al fin aborrecido que tenemos ;  
 No pueden los extremos de tristura  
 Callar la desventura y el tormento  
 Del gran dolor que siento, y al mas lleno  
 Juicio le es ajeno sufrimiento  
 Que como veloz viento se le aleja ;  
 Es el dolor de queja muy pariente  
 Y del triste doliente la querella,  
 Y así me voy con ella deslizado ;  
 Mas porque los del bando peregrino  
 No sientan mi mezquino acabamiento,  
 Será de gran momento lo que ruego,  
 Y es que me mateis luego, sin tardanza,  
 Y que tomeis venganza de mi muerte. »

Esto pusieron ellos en efecto,  
 Y aun por ventura fué mantenimiento  
 De sus voraces vientres, como suelen.

Después los bárbaros por un portillo,  
 Lugar secreto bien disimulado,  
 Salian muchas noches con sus armas  
 Y daban en el campo de los nuestros  
 Con impetu terrible, de tal suerte  
 Que no dejaban de hacelles daño,  
 Y fuera mucho mas si no tuvieran  
 Los españoles suma vigilancia,  
 Estando todos bien apercebidos,  
 Sin reservar heridos ni dolientes.  
 E ya, del largo tiempo fatigados,  
 Algunos murmuraban y quisieran  
 Dejar aquel empresa de las manos,  
 Y efectuar su principal viaje  
 En busca de la tierra del Dabaibe,  
 Pareciéndoles ser tiempo perdido  
 Aquel que se gastaba porfiando  
 En allanar aquella fortaleza  
 Al parecer comun inespugnable ;

Mas Francisco Moreno, valeroso  
 Soldado, de los viejos de Antioquia,  
 A quien después mató Gaspar de Rodas  
 En singular certamen combatiendo,  
 Levantóse del lecho mal herido,  
 Y dijo las palabras que se siguen :  
 « Espántome, señores, grandemente  
 Deste mal acordado movimiento,  
 Y de que pechos de tan diestra gente  
 Conciban semejante pensamiento,  
 Pues soltar de las manos lo presente  
 Es dar á los demás fuerzas y aliento,  
 Y en vez de domeñar duras cervices  
 Plantar para mas guerra mas raices.  
 » Lo que nos cumple para paz entera  
 Y dar á lo demás abierto tajo,  
 Es deshacer aquesta ladronera  
 Que nos ponen aquí por espantajo,  
 Porque haciéndolo desta manera  
 Lo demás allanamos sin trabajo :  
 Mas si con su dureza dejais esta,  
 La tierra toda queda descompuesta.  
 » Las armas nos tenemos en la mano  
 Y á nuestros enemigos tras paredes :  
 Nunca Dios mande que el honor hispano  
 A menos venga por vuestras mercedes ;  
 Perseverad, pues tarde que temprano  
 Han de venir á dar á vuestras redes,  
 Y queriendo hacer mas asistencia  
 Maña no faltará ni diligencia. »

Estas y otras razones dijo, como  
 Vecino de la villa de Antioquia,  
 En cuyos propios términos caian  
 Las gentes que venian allanado ;  
 Y así Gomez Fernandez informado  
 De lo que los soldados procuraban,  
 Les declaró su voluntad diciendo :  
 « Merece punición aquel que anda  
 Tractando semejante desvario,  
 Y aquesta no será con mano blanda  
 Cuando tentare de hacer desvío,  
 E yo no lo haré desta demanda  
 Hasta ya dalle fin ó ver el mio,  
 Y para dallo sin que mas se espere  
 Cada cual haga lo que yo hicriere. »

Aquesto dicho, fué por su persona  
 A la roca que estaba mas cercana,  
 Cultura de los bárbaros cercados  
 Que contenia cantidad de leña,  
 Y sobre sus antiguos hombros puso  
 Un ponderoso hace, y arrojólo  
 Al pié de la ladera que distaba  
 Doscientos pasos de la fortaleza ;  
 Y todos los demás por muchas veces  
 Hicieron esto mismo, hasta tanto  
 Que se llegó crecida copia della.  
 Armáronse las mantas después desto,  
 Burras y medias burras de madera,  
 Y detrás dellas gente que hacia  
 Hoyos con barras y otros instrumentos,  
 Donde hincaban palos en hilera  
 Como cuarenta piés del alto fuerte,  
 Atravesando varas por los palos  
 A manera de seto mal tejido,  
 Pues era solamente por respecto  
 De que la leña no se deslizase  
 Por la clivosa y áspera subida  
 Cuando los pertinaces defensores  
 Usasen del astucia que solian ;  
 Lo cual hicieran ellos fácilmente  
 A no hallar obstáculo delante  
 Y violentas balas que volaban  
 A las troneras bajas y á las altas,  
 Defendiendo por una y otra parte  
 Los hombres ocupados en la obra.  
 La cual concluda como deseaban,  
 Y cercada la parte que podia  
 En alguna manera ser hollada,  
 Cubiertos de los cóncavos escudos  
 A causa de los jáculos y piedras  
 De que siempre llovía muchedumbre,  
 Iban las diestras manos arrojando



Con gran solicitud la seca leña  
Entre la fortaleza y el cercado,  
Tanto que ramas, pajas y fomentos  
Subieron dos estados en altura,  
Bastante para lo que pretendían;  
Mas como ya la sombra de la noche  
Venía los objetos encubriendo,  
Esperaron al día venidero  
Para ponerle fuego, porque nadie  
De los que dentro de la fortaleza  
Estaban escapase de ser preso.  
Y el capitán y los demás soldados  
Nunca se divertieron de aquel puesto,  
Las armas en la mano todas horas,  
Sin que por el espacio de la noche  
A los cansados miembros se les diese  
Aquel regalo que se les debía;  
Y no menos los indios procuraban  
Desbaratar la máquina compuesta  
Usando mil astucias y cautelas,  
Hasta les arrancar vasos inmundos  
De fétidos y sucios escrementos,  
Pero ningunas cosas fueron parte  
Para desarrimallas de la leña;  
Hasta tanto que ya febea lumbre  
Vino tendiendo sus dorados rayos  
Por aquel hemisferio y horizonte,  
Y antes que comenzasen los incendios  
Los llamaron de paz, y les hicieron  
Requerimientos y protestaciones  
Baldías. Y así, vista su dureza,  
Poner fuego se tuvo por remedio,  
Cuya veloce llama fué subiendo  
Hasta llegar á los pajizos techos;  
Lo cual visto por ellos, paz pedían  
Algunos, y esos no sin arrogancia,  
Porque decían: «Ya sabeis, cristianos,  
Cuasi que tanto como los catos  
En astucias y en ardidés de guerra.»  
Al fin salieron muchos, pero como  
Estaban represados mil enojos,  
Algunos fueron muertos por los negros  
Esclavos que venían en el campo  
Y aun por los españoles agraviados;  
Otros prendieron, y otros mas protervos,  
Con verse ya cercanos á la muerte,  
Siempre permanecieron peleando  
Desde la fortaleza, hasta tanto  
Que ya se convirtieron en ceniza;  
Y á vueltas de otros muchos que hirieron  
Antes de ver su trance postrimero,  
Dieron á Bernardino de Mojica  
En un hombro con piedra ponderosa,  
Con tal quiebra de huesos, que este día  
En tiempos pluviosos y revueltos  
No deja de sentir algun trabajo.

Algunos ahorcaron de los presos,  
Y el uno dellos, cuandoregonaban  
«El rey manda hacer esta justicia»  
Dijo con un desgairé desdeñando:  
«¿Qué rey; qué rey es ese que lo manda?»  
Y el capitán, por ver el desacato  
Y aquel torvo mirar y furibundo,  
Mandó soltar un perro furioso,  
En estas cazas muy ejercitado,  
Que con impetuoso movimiento  
Fajó con él, y estándolo comiendo  
El indio le decía: «Come, come»,  
Sin que de su tormento diese muestra,  
Formase queja ni torciese gesto.  
Los demás enviaron libremente,  
Algunos sin narices y otros mancos,  
Que fueron pocos y de los mas viejos  
Que siempre suelen ser mas indomables;  
Y los que de lisiones iban libres  
Llevaban todos cruces en las manos,  
Encomendándoles que convocasen  
Sus amigos, sus deudos y parientes  
A la paz y amistad de los cristianos,  
Lo cual ellos hicieron con llaneza;  
Y así vinieron muchos, de los cuales  
El uno fué Toné, que después deste

Castigo guardó paz inviolable.

Entró García de Arce mas adentro  
De las montañas con alguna gente,  
Y con él Bernardino de Mojica,  
Y allanaron algunas barbaocoas  
De menos importancia; y esto hecho,  
En cumplimiento de lo que mandaron  
Los jueces de la real audiencia,  
A la poblacion fueron de Antioquia,  
Donde poblaron, y quedó con veinte  
Soldados un Francisco Barahona,  
Cuya refundacion duró muy poco,  
Por no ser parte para sustentarse.

Partió Gomez Fernandez con los otros,  
Que serian ochenta, prosiguiendo  
Aquella gran noticia del Dabaibe,  
Rompiendo por montañas tenebrosas,  
Con tantas desventuras y trabajos  
Que seria particularizallas  
Entrar en un confuso labirinto;  
Y muertos dellos ya la mayor parte,  
Viendo su perdicion y desavío,  
En balsas se bajaron navegando  
Por el rio que llaman de las Redes  
Hasta las playas de la mar del Norte.  
Desde donde los pocos que quedaron  
Aportaron con riesgos increíbles  
A Tulú y á la mar de Cartagena.  
Donde Gomez Fernandez, no cansado  
De tan adversos trances, hizo gente,  
Y con hasta sesenta compañeros  
Volvió por mar en unos bergantines,  
Que lo desembarcaron en las playas  
De aquel rio que llaman Oromira;  
Mas oro no miró, sino trabajos,  
Hambre, calamidad, penalidades,  
Que para las hacer encarecidas  
Basta ser tales cuales se padecen  
En los apócrifos descubrimientos.  
Y así por no hallar tierra dispuesta  
Para hacer morada permanente,  
Tomó la derecera de Antioquia,  
Atravesando ciénagas y rios,  
Montañas y breñales pluviosos,  
Donde la dura hambre dió remate  
De muchos ó los mas desta compañía;  
Y cuando los restantes allegaban  
A Tabebe, provincia que confina  
Con el fértil terreno de Antioquia,  
Do quedaba poblado Barahona,  
Los indios viéndolos debilitados,  
Enfermos, flacos, flojos, consumidos,  
Dieron en ellos, y al primer encuentro  
Mataron fácilmente tres ó cuatro,  
E yendo ya los otros de vencida,  
Huyendo de la muerte que llevaban  
Consigo, si las manos acobardan,  
El buen Francisco Barco les decía:

«Parad, parad, parad, gente perdida,  
Que si no haceis cara, nada presta  
En trance semejante la huida;  
El auxilio de Dios es el que resta,  
Las manos y el espada bien regida:  
A ellos, pues sabeis ser mas honesta  
La muerte peleando, que huyendo,  
La cara vida y el honor perdiendo.»

El capitán lo mismo les decía,  
De quien no se apartó Francisco Barco;  
Y así volvieron todos, y acometen  
Como rabiosos perros á los indios,  
Porque el temor sacó de la flaqueza  
Briosas fuerzas y gentil denuedo,  
Con que hicieron hechos admirables,  
Tanto que se creyó que meneaba  
Virtud superior piernas y brazos;  
De cuyos golpes atemorizados  
Los indios los dejaron y buyeron,  
Y ellos continuaron su camino,  
En el cual los que dellos perecian  
Los apartaban fuera grande trecho,  
Porque si les viñiesen dando caza  
Esta disminucion no conociesen.

Al fin, con esta grave pesadumbre  
Llegaron á Antioquia, do pensaban  
Hallar algun refugio; pero cuando  
No vieron español en el asieuto  
Donde quedó poblado Barahona,  
Crecieron las congojas y el desmayo  
Y la desconfianza de la vida.  
Mas en aqueste tiempo ya tenían  
En Santafé noticia por los indios  
De paz cómo venían mal parados,  
Y en ese mismo punto despacharon  
Algunos españoles, y cargados  
Con ropas y alimentos yanacanas,  
Para favorecellos entre tanto  
Que llegaban allá los miserables.

Estos los encontraron, pero tales  
Que corazon humano no pudiera  
Dejar de derramar lágrimas vivas:  
Fueron los que venían veinte y cuatro,  
Y destos, ya cercanos á la villa,  
Con regalillos todo lo posible,  
Los tres ó cuatro dellos perecieron;  
Y los restantes que llegaron vivos  
Fueron tractados generosamente  
Por la gran caridad de los vecinos.  
E ya Gomez Fernandez reformado,  
Partió para su casa que en Encerina  
Tenía, con cuadrillas en las minas,  
Que mientras él absente le sacaron  
Mas de sesenta mil pesos de oro:  
Alivio singular y recompensa  
De costas hechas en aquel viaje.  
Do nunca lo dejó Francisco Barco  
Hasta ponello dentro de su casa;  
Y vistó su leal comedimiento,  
Con experimentada valentía  
En aquella jornada trabajosa,  
Fué deste capitán favorecido.  
El cual vino después al Nuevo Reino,  
Y dada cuenta de lo sucedido  
A los jüeces del real senado,  
Por cuya comision él se dispuso  
A la ciega demanda del Dabaibe,  
Partió poco después para Castilla,  
Adonde, todavía con su tema,  
El gobierno pidió de los chocoes,  
Que por el gran Filipo le fué dado;  
E ya cuando venía con el cargo  
Dentro de la ciudad de Cartagena  
Cortó la dura parca sus diseños,  
Los cuales acabaron con su vida.  
Autorizaron estos funerales  
Pocos de los antiguos conocidos,  
Porque ya los amigos de su tiempo  
Gustado habían deste mismo trago;  
Mas no faltó quien sobre su sepulcro  
Mandó poner la letra que se sigue:

Aquí yax Gomez Fernandez  
En lugar estrecho puesto,  
Antes alivo y enbiesto;  
Pero las cosas mas grandes  
Vienen á parar en esto.  
Tuvo presuncion subida,  
Sin temor de la caida,  
No queriendo conocella  
Con esperanza de vida,  
Que es lo mas incierto della.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se tracta cómo por muerte de Gomez Fernandez se proveyó la go-  
bernacion del Chocó á Melchior Velazquez, y las entradas que hizo.

Del ejemplo pasado se colige  
Cómo nunca jamás al apetito  
Humano sucedió suerte tan llena  
Que con aquella quede satisfecho;  
Y así no pocas veces acontece  
Que por subir á mas aliva cumbre  
Los hombres que vivían descansados  
Con una moderada pasadía  
Caen en los trabajos y aflicciones  
Que la necesidad trae consigo.

Destos ha sido Melchior Velazquez,  
De quien he de tractar en lo que resta  
Para dar fin á la tercera parte,  
Porque con su discurso se concluye  
Lo que de Popayán es dependiente.

Este hidalgo pues, siendo vecino  
De la ciudad de Buga, que confina  
Con tierras del Chocó do voy entrando,  
Teniendo buena suerte por servicios  
Hechos en allanar aquella tierra  
Y otras muchas provincias belicosas,  
Como tuviese nuevas de la muerte  
Del otro capitán Gomez Fernandez,  
Y se hallase con algun posible  
Para subir á dignidad mas alta,  
Importunado fué de sus amigos  
A demandar al rey aquel gobierno  
Con aquella esperanza cudiciosa  
Que su predecesor también tenía,  
Por ser, segun habemos declarado,  
Una pasta de oro toda ella,  
Aunque no con aquellas cualidades  
Que para la poblar son necesarias;  
Mas con pensar que yendo mas adentro  
Hallarian terrenos apacibles,  
Envió sus despachos á la corte,  
Que fueron á su gusto proveídos,  
Vista la cualidad de su persona  
Y méritos bastante bien probados.  
Y antes que los recados le viniesen  
Entró con cien soldados descubriendo,  
Y en un rincón halló las poblaciones  
De los indios que llaman coronados,  
Con otros que se llaman los tutumas,  
Que los unos y otros computados  
Se llegarían á seis mil vecinos,  
Malos de conquistar por ser valientes  
Y bien ejercitados en sus armas;  
Pero su buena maña pudo tanto  
Que los hizo venir á servidumbre,  
Y en sitio para pueblo conveniente  
A la ciudad de Toro dió cimiento  
Que promete perpetua permanencia  
Por la riqueza grande de sus minas.  
Entró mas adelante conquistando  
Indios que competían con tutumas,  
Que á la nueva ciudad contribuían,  
Y eran de los chocoes infestados,  
Y dellos trajo copia de captivos,  
Joyas y de veneras rica muestra,  
De que quedó mas engolosinado.

En este mismo tiempo gobernaba  
Bartolomé de Mazme la tierra  
De Popayán, el cual le dió licencia  
A Francisco Redondo, que es vecino  
De Cali, hijo de Antonio Redondo,  
Para hacer entrada por aquellas  
Montañas, cuya fama se extendía  
Cerca de la riqueza de sus venas;  
Mas este capitán salió huyendo  
Con pérdida de muchos españoles  
Que le mataron en algunos pasos  
Los bravos defensores de su tierra.  
Y entonces le llegaron los despachos  
Al Melchior Velazquez del gobierno,  
Los cuales recibidos hizo gente,  
Y juntaría como cien soldados  
Con quien consumió copia de dineros  
Dándoles los avios necesarios.

Entró con ellos pues por las montañas,  
Llevando falsas guías de chocoes  
Que desviaron maliciosamente  
A nuestros españoles de los pueblos  
Que prometieron dalles en las manos,  
Y así fueron guiando por un rio  
En una y otra parte mal poblado;  
E ya reconocida la malicia  
Por ser la dilacion de muchos dias,  
Apartadas las guías y la lengua,  
India ladina de su propia casta,  
El Melchior Velazquez les pregunta:

¿Por qué me habeis mentido y engañado

Usando de tan gran maldad conmigo,  
 Trayéndome por este despoblado  
 Sin gente, sin labor y sin abrigo?  
 Con gran razon estoy determinado  
 De daros duro y áspero castigo,  
 Para que los demás con escarmiento  
 Enmienden este gran atrevimiento.»  
 El indio mas antiguo le responde:  
 «Tengo por acertados los engaños  
 Evitando los daños y los males  
 De nuestros naturales y parientes,  
 Por no dallos á gentes extranjeras,  
 Y tú mismo hicieras otro tanto:  
 Usa, que no me espanto de la pena,  
 Pues estoy en cadena detenido:  
 La muerte yo la pido, y lo la quiero  
 Contento, pues que muero sin ofensa  
 Y por justa defensa de mi tierra.»  
 El Melchior Velazquez reportóse  
 Oyendo lo quel bárbaro decía,  
 Y con amenazallo solamente  
 Cumplió con sus enojos y pasiones;  
 Y luego hizo junta de su gente  
 Para tomar acuerdo resolutivo  
 En determinacion de su viaje,  
 Y á todos les habló desta manera:  
 «Amigos, mala burla nos han hecho  
 Los indios que traíamos por guías  
 Saltando del camino mas derecho  
 En solitarias y dudosas vías,  
 Por donde caminamos sin provecho  
 Por tan crecido número de dias  
 Sin descubrir terreno que contente.  
 Ni cosa de que el campo se sustente.  
 » De cuya causa yo me determino,  
 Viendo tan enfadosos trompezones,  
 De no proseguir mas este camino  
 Ni meteros en otras confusiones,  
 Sino volver atrás é ir á tino  
 En demanda de aquellas poblaciones,  
 Porque las guías, como no se mueran,  
 Nos las tienen de dar aunque no quieran.  
 » Orden daremos para que se ablanden  
 Y sean mas sinceros ó sencillos;  
 E ya que con engaños se desmandan  
 Por los hilos se sacan los ovillos,  
 Pues caminos ternán por donde anden  
 Por los cuales podremos descubrillos:  
 Aquesto me parece y esto siento  
 Debajo de buscar vuestro contento.»  
 Oídas las razones, todos ellos  
 Le respondieron cómo no tenían  
 Querer ni voluntad mas que la suya,  
 Y aquella seguirian donde quiera  
 Que le pluguiese de hacer viaje.  
 Con esto se volvieron á sus ranchos,  
 Y un clérigo de misa que llevaban  
 Oyó, parece ser, algunas cosas  
 De lo que prometieron diferentes,  
 Y al Melchior Velazquez en secreto  
 Le dijo: «Procurad otro concierto,  
 Porque me consta ser gente doblada,  
 Y si volveis atrás tengo por cierto  
 Que os tienen de dar todos cantonada,  
 Pues murmuran de vos al descubierto  
 Pesantes de venir en la jornada:  
 Remédiese no sero, sino serio,  
 Y creed que no hablo sin misterio.»  
 El buen gobernador quedó confuso,  
 Y porque no saliesen de las redes  
 Estuvo dando trazas y tanteos  
 No sin fatiga del entendimiento:  
 Y al cabo tuvo por mejor remedio  
 Bajar en balsas por aquel gran rio  
 Que parecia sesgo y apacible  
 Para poder por él ir navegando  
 Una y otra ribera descubriendo.  
 Mandó hacer las balsas otro dia,  
 Y cada camarada tuvo cargo  
 De componer los palos en que fuese  
 Con fuertes ligaduras amarrados,  
 De manera que sin tocar al agua

Podian ir personas y adherentes;  
 Una sola canoa razonable  
 Do Melchior Velazquez navegaba  
 Con seis arcabuceros, recogiendo  
 Las balsas rezagadas que quedaban  
 Por mil inconvenientes que suceden.  
 Y habiendo desta suerte navegado  
 Tanta distancia como de diez leguas,  
 Dieron las balsas repentinamente  
 Encima de un raudal impetuoso  
 De peñas descubiertas y cubiertas,  
 Donde se trastornaron sin remedio  
 Así las balsas como la canoa,  
 Y cada cual por escapar la vida  
 Asidos de los frágiles navios  
 Sustentaban los cuerpos en el agua;  
 Pero celadas, cotas, arcabuces  
 En busca fueron luego de su centro,  
 Y arrebatados de la gran corriente  
 Los sayos estofados y rodela  
 Y los demás reparos de vestidos  
 Acia la mar del Sur iban nadando,  
 Dejándose los dueños á lo largo,  
 Sin esperanza de poder cobrarlos.  
 Salieron pues los nuestros á la playa,  
 Mas por milagro que por fuerza suya,  
 Los unos de los otros divididos,  
 Segun mejor podia cada uno,  
 Sin recurso de ropa que mudasen  
 En vez de la que sacan empapada;  
 Y juntos fué comun el desconsuelo,  
 En hambre y desnudez todos iguales,  
 Aunque mas perdidoso quien habia  
 Hecho la costa del aviamiento.  
 Al fin como se viesen descompuestos  
 Y de tantas angustias rodeados,  
 El último remedio fué volverse  
 A Toro, con trabajos que no pueden  
 En prolijo papel ser numerados;  
 Y así llegaron tales que gastaron  
 Dos años y algo mas en reformarse.  
 Al cabo de los cuales el Velazquez  
 Tuvo noticia de los noanamas,  
 Provincia del Chocó, de quien tractamos,  
 Y con aquel deseo virtuoso  
 Que tienen corazones generosos  
 Con celo de vivir después de muertos  
 Dejando por sus hechos buena fama,  
 Armó como setenta compañeros  
 De todas armas bien aderezados,  
 Y entró con ellos siempre por caminos  
 De gran dificultad, hasta que dieron  
 En un gran rio cuya travesía  
 Era dos veces mas en la distancia  
 Quel rio grande de la Magdalena,  
 Y en las riberas dél algunos pueblos  
 Cuyos caminos eran por el agua,  
 Sirviéndose de barcas ó canoas  
 En todos sus negocios y contractos.  
 Y en el primero pueblo que se vido  
 En la contraria banda situado  
 Habia cuantidad de plantanales  
 Que las orillas frescas ocupaban,  
 Racimos sazonados y maduros  
 Pendientes de las plantas, convidando  
 A los que se llegaron con canoas,  
 En que vinieron del opuesto lado;  
 Y con decilles Melchior Velazquez  
 Que no llegasen á los plantanales,  
 No fuesen las Hespérides aquellas  
 Donde el dragon guardaba las manzanas,  
 Con la codicia del suave fruto  
 Faltóles obediencia, y acometen  
 Sin orden divididos, derribando  
 Aquí y allí racimos á porfía,  
 Sin recelar el daño que tenían  
 Cercano, pues estaban emboscados  
 Dentro del platanal bárbaros fieros,  
 Que cuando mas los vieron embebidos  
 Salió la multitud y torbellino  
 Con acometimiento furibundo,  
 Y del primer encuentro se llevaron

Once soldados con sus arcabuces.  
 Recógense los otros, y detienen  
 Aquella tempestad impetuosa  
 Defendiéndose dellos un buen rato,  
 Y el Melchior Velazquez á la grita  
 Acudió con los que con él estaban,  
 Y allí le traspasaron el un brazo;  
 Pero con su venida los salvajes,  
 Por faltalles ya tiros, se desvian  
 Y se precipitaron en el agua,  
 Cortándola con brazos desenvueltos,  
 Como gente que en estos menesteres  
 Sabia diestramente menearse,  
 Y así no fué posible tomar indio,  
 Muchacho ni mujer de quien pudiesen  
 Saber lo que la tierra contenia.  
 Quedando pues los vivos atigidos  
 Por la grande desgracia sucedida,  
 Pasaron á la banda do dejaban  
 Los ranchos asentados y el servicio,  
 Y su pasaje fué muy trabajoso  
 Y no sin grande riesgo de la vida.  
 Allí, por venir muchos mal heridos,  
 Se detuvieron por algunos dias,  
 Al cabo de los cuales una noche  
 En el postrero cuarto secundaron  
 Los bárbaros con otra rociada,  
 Y acometieron con tan grande furia  
 Que fueron removidos de su campo  
 La mayor parte de los españoles,  
 Los mas dellos heridos, y dos muertos,  
 Y el Melchior Velazquez el un muslo  
 Por una y otra parte traspasado;  
 El cual con la presteza que cumplia  
 En orden puso todos los soldados,  
 Así los sanos como los enfermos,  
 Y tal priesa se dieron las espadas  
 Que los feroces bárbaros perdieron  
 El campo con la presa que tenian,  
 Tomando por guarida la del rio,  
 Dejando nuestra gente maltractada.  
 Y así considerando cuán sin fruto  
 El tiempo se gastaba, requirieron  
 A su gobernador que se volviese,  
 Y como no podia hacer menos,  
 Condescendió con lo que le rogaron:  
 Efectuóse luego la partida;  
 Pero como salieron lastimados  
 Y sin ajenos piés que socorriesen,  
 Por tierras montañosas sin refugio,  
 Comiendo tallos de silvestres plantas  
 Y cosas mas inmundas, veinte dellos  
 Dieron fin á trabajos con la muerte,  
 Y del gobernador lo mismo fuera  
 A no tener en esta desventura  
 Un noble hijo de su mismo nombre  
 Que en todos los trabajos padecidos  
 Nunca jamás faltó de su presencia,  
 Cumpliendo fielmente lo que deben  
 Los buenos hijos al amor paterno.  
 Llegaron pues á Toro los restantes,  
 Donde fueron caritativamente  
 Curados y á salud restituidos.  
 Pasáronse después algunos meses,  
 Y el Melchior Velazquez con deseo  
 De mas acrecentar aquel gobierno,  
 Como ya se sintiese fatigado  
 De los trabajos, y con largos dias,  
 Al hijo le mandó recoger gente  
 Para buscar aquellas poblaciones  
 De que tuvo primero la noticia;  
 El cual usando de las comisiones  
 Llegó selenta y cinco compañeros,  
 Con los cuales entró por la montaña,  
 Y en breve tiempo dió con los asentos;  
 Pero hallólos todos despoblados,  
 Desiertos y sin muestra de cultura.  
 Des ó tres indias viejas solamente  
 Ovieron á las manos, y otros pocos  
 De indios muy enfermos consumidos,  
 Y preguntándoles adónde estaban  
 Todos los moradores de la tierra.

Respondieron con lloro no fingido  
 Que todos los barrió cruel y brava  
 Peste que por allí se padecia:  
 Esto reconocieron claramente  
 Por infalibles muestras y por cuerpos  
 Que por haber faltado manos sanas  
 No se les dió terrena sepultura.  
 Volviéronse con esta mala nueva  
 Y sin otra ganancia ni provecho  
 Que lástima, dolor y pesadumbre,  
 Cual la tenemos hoy en este reino,  
 Pues por la era del de ochenta y ocho  
 Hubo tal mortandad de naturales,  
 Que los diamantinos corazones  
 A tierno sentimiento se movieran,  
 Viendo cómo la flor de todos ellos,  
 Mozos y mozas en edad florida,  
 Y de los nobles jóvenes patricios,  
 Damas de gran primor y gallardia,  
 Eran arrebatados de la furia  
 De aquella tempestad tierra y horrible.  
 Sin que bastasen curas ni remedios,  
 Solicitud, cuidado, diligencia  
 De amos ni de médicos peritos,  
 Con largos gajes, premios y salarios  
 Que cada cual vecino prometia  
 Deseando salud á su familia;  
 Y no bastando ya fuerzas humanas  
 Para cesar la plaga de viruelas  
 Que todo lo barria y asolaba,  
 Ocurrimos al Médico supremo  
 Con cristianas y pias diligencias,  
 Procesiones, ayunos y limosnas,  
 Que ciertamente se hicieron muchas  
 En este pueblo donde yo resido  
 Y en todos los demás del Nuevo Reino.  
 Pero desta ciudad llamada Tunja  
 Fueron por una imagen de la Virgen  
 Que está en Chiquinquirá, pueblo de indios  
 Que dista deste mas de siete leguas,  
 Do la bondad de Dios ha comenzado  
 A se mostrar con altas maravillas,  
 Sanando ciegos, cojos y tullidos,  
 De que daremos cuenta mas estensa  
 En otra parte, dándome Dios vida.  
 Trájose con debida reverencia  
 Sérico paño, hachas encendidas,  
 Y era para notar la muchedumbre  
 De bárbaros incultos que salia  
 A vella, recibilla y adoralla,  
 Con lumbres encendidas en las manos,  
 Prostradas en el suelo las rodillas,  
 Pidiéndole favor, reconociendo  
 Ser Madre del que puede socorrellos,  
 Hasta coger las gotas de la cera  
 Que las ardientes hachas destilaban  
 En tierra, que tenian por reliquia,  
 Y los caciques que tenian pueblos  
 Algo mas apartados del camino,  
 Rogaban la pasasen por sus casas  
 Prometiéndole magnificas limosnas.  
 Finalmente, después que la trajeron  
 Y la pusieron en una capilla  
 De ricos ornamentos adornada,  
 Innumerables gentes acudian,  
 Así de naturales como nuestros,  
 Continúando santos sacrificios  
 Que celebraban voces acordadas  
 Con solemne concento y armonia:  
 Y fué servido Dios por su clemencia  
 De luego mitigar aquella ira,  
 Que agora va corriendo y abrasando  
 Tierras de Popayán y Quito y Lima,  
 Por gran descuido de los que gobiernan,  
 A propios intereses anhelantes,  
 Sin que del bien comun tengan acuerdo.  
 Porque esta plaga vino de la costa,  
 Y pues sabian ya la furia della,  
 Facilísimamente se pudjiera  
 Cerrar la puerta por adónde vino  
 Con impedir la boga por entonces  
 Y poner guardas en el rio Grande

Que se cumpliera bien y fielmente  
 Con solos seis ringlones del audiencia.  
 Y así por una negra que venia  
 Tocada deste mal contagioso  
 De la costa del mar á Mariquita,  
 Según comun decir, ha sido causa  
 Desta calamidad y desventura,  
 Y que pudiera ser quedar ilesos  
 Usando de la dicha diligencia;  
 Pruébolo, pues sabemos que en Pamplona  
 De aqueste reino, por el gran cuidado  
 Y vigilancia de Cristóbal Joven,  
 Siendo corregidor que la regia,  
 No dejando llegar los caminantes,  
 Con sanidad quedó como solia  
 Y libre de la dura pestilencia.  
 Llevamos pues la imagen á su casa  
 Con la veneracion que fué posible,  
 Y con magnificencia de limosnas,  
 De que se van labrando mas decentes  
 Y mas autorizados edificios,  
 Donde también hay lámparas de plata,  
 Ricos y muy costosos ornamentos  
 Por devotos cristianos ofrecidos,  
 Y según la frecuencia de fieles  
 Será basílica de gran momento;

De la cual á su tiempo, Dios mediante,  
 Tractaremos particularidades.  
 Y agora será justo hacer pausa,  
 Contento con que dejo descansando  
 Al Melchior Velazquez en su casa,  
 Y habiendo dicho lo mejor que puedo  
 Las cosas sucedidas en aquellas  
 Cuatro gobernaciones que confinan  
 Y van asidas unas de las otras.  
 No para reposar, pues que me queda  
 Larga, prolija y áspera jornada,  
 Do con razon me manda que proceda  
 Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
 Cursor primero que ganó la seda  
 En este nuevo reino de Granada;  
 De cuyo fuerte brazo y estandarte  
 Promete de tractar la cuarta parte (1).

(1) Cumplió escribiendo la cuarta parte, la cual vió en la librería de don Alonso Ramirez de Prado, con licencias para imprimirse, Lucas Fernandez Piedrahita, según dice en el prólogo á su historia del Nuevo Reino. Desfrutóse en esta obra, y se ven en ella versos copiados. Vide pp. 365, 387

(Nota puesta probablemente por el censor antes nombrado.)



# INDICE.

	Páginas.
PROLOGO. . . . .	v
DEDICATORIA al rey don Felipe II. . . . .	1
CENSURA DE AGUSTIN DE ZARATE al consejo real. . . . .	2
ELOGIOS DE LA OBRA, por varios ingenios. . . . .	3
<b>PRIMERA PARTE.</b>	
ELEGIA I. — CANTO PRIMERO. . . . .	5
CANTO SEGUNDO. — Donde se trata de las diferencias que hubo entre los soldados, y cómo uno halló atrevidamente contra Colon, y lo que mas sucedió.—Primero viaje de Colon á las Indias. . . . .	8
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta la gran tormenta que padecieron antes de ver tierra, y cómo la gente se alborotó otra vez; y del razonamiento que les hizo Vicente Yañez Pinzon, y descubrieron la grandeza deste nuevo mundo con grandes muestras de riquezas. Y lo demás que les aconteció con las primeras gentes que vieron. . . . .	11
CANTO CUARTO. — Donde se trata cómo hallaron tierra, y descubrieron la grandeza deste nuevo mundo con grandes muestras de riquezas. Y lo demás que les aconteció con las primeras gentes que vieron. . . . .	16
CANTO QUINTO. — Cómo vino la india mensajera y con ella el rey Goaga Canari con gran número de gente, con el cual hizo amistades, y lo demás que allí se hizo. . . . .	16
CANTO SEXTO. — Donde se trata cómo durante el tiempo de su viaje, la vuelta de España, decian varias opiniones cerca de estas partes. Y cómo llegando á España se divulgó con gran admiracion el descubrimiento susodicho. . . . .	19
ELEGIA II. — <i>A la muerte del capitán Rodrigo de Arana, en la cual ansimismo se prosigue el descubrimiento de las Indias.</i> . . . .	23
CANTO PRIMERO. — Donde se cuenta la muerte del capitán Rodrigo de Arana, cordobés, y de lo que hizo Colon llegado á la Española. . . . .	23
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta la muerte del capitán Rodrigo de Arana, cordobés, y de lo que hizo Colon llegado á la Española. . . . .	26
ELEGIA III. — <i>A la muerte de Francisco Bobadilla, donde ansimismo se cuenta cómo Colon continuó su descubrimiento, con otras muchas cosas que sucedieron en aquella sazón.</i> . . . .	30
CANTO PRIMERO. — Donde se cuenta la muerte del capitán Rodrigo de Arana, cordobés, y de lo que hizo Colon llegado á la Española. . . . .	30
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta las revoluciones que hubo en la Española entre Colon y los que allí estaban, y cómo los reyes proveyeron sobre ello, y lo que mas aconteció en las guerras que de indios tuvieron. . . . .	34
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo tuvo Coanabo cercada la fortaleza, y lo que sucedió durante el cerco y después que los indios se retrajeron. . . . .	37
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta la venida del comendador Nicolas de Ovando, la vuelta de Cristóbal Colon, y muerte de Bobadilla, con otras muchas cosas que en aquella sazón acontecieron en estas partes. . . . .	40
ELEGIA IV. — <i>Muerte de Cristóbal Colon, donde se cuenta lo que descubrió en el postrero viaje. En un solo canto.</i> . . . .	42
ELEGIA V. — <i>A la muerte de don Diego Colon, segundo almirante, donde ansimismo se cuentan otras muchas diversidades de cosas acontecidas en la Española después que murió don Cristóbal Colon.</i> . . . .	44
CANTO PRIMERO. . . . .	44
CANTO SEGUNDO. — Donde se tratan las variedades que hubo en este gobierno, la venida del audiencia real, y muerte de don Diego Colon. . . . .	46
ELEGIA VI. — <i>A la muerte de Juan Ponce de Leon, donde se cuenta la conquista del Boriquén, con otras muchas particularidades.</i> . . . .	51
CANTO PRIMERO. . . . .	51
CANTO SEGUNDO. — Donde se trata el gran rebelion de los indios boriqueños, y cosas que pasaron durante la guerra. . . . .	54
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo llegó Guarionex al pueblo dicho Montemayor sin ser sentido, y lo que mas sucedió. . . . .	55
CANTO CUARTO. — Donde se cuentan otras victorias que los españoles tuvieron en pacificacion del dicho Boriquén. . . . .	58
CANTO QUINTO. — Donde se cuenta la pacificacion de toda la isla, y la postrera batalla, donde todos los indios estaban juntos con grandes valedores de caribes. . . . .	61
CANTO SEXTO. — Donde se cuenta cómo llegó el armada á la Dominica, cómo cobraron las negras de Cristóbal de Guzmán y muchas indias, y lo que mas sucedió, con otros saltos que después hizo Yalureibo en la isla de San Juan ó Boriquén. . . . .	63
CANTO SEPTIMO. — Donde se cuenta cómo privaron del gobierno á Joan Ponce de Leon, el mal galardón que se dió á los valerosos conquistadores que hallaron la tierra, las novedades que hubo después que Joan Ponce dejó el cargo, con otras muchas cosas hasta la muerte del dicho Joan Ponce. . . . .	68
ELEGIA VII. — <i>Elogio de Diego Velazquez de Cuellar, adelantado ó gobernador de la isla de Cuba ó Fernandina, con la descripcion della y la relacion de cosas allí acontecidas. En un solo canto.</i> . . . .	70
ELEGIA VIII. — <i>A la muerte del adelantado don Francisco de Garay, donde se describe la isla Jamaica.</i> . . . .	75
CANTO PRIMERO. . . . .	75
CANTO SEGUNDO. — Donde se trata del orden que tuvieron para salir de allí, y la muerte de don Francisco de Garay. . . . .	76
CANTO TERCERO. — Donde se trata cómo llegó Francisco de Garay al rio de Palmas, de lo que allí le sucedió, y de su muerte. . . . .	78
ELEGIA IX. — <i>A la muerte de Diego de Ordás, donde se cuenta la gran entrada que hizo por el rio de Uyupari, y las cosas en ella sucedidas.</i> . . . .	80
CANTO PRIMERO. . . . .	80
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta cómo Diego de Ordás subió con su armada el rio Uyupari arriba, y cómo volvió perdido á Paria, y lo que mas aconteció hasta su muerte. . . . .	81
ELEGIA X. — <i>Conquista de la isla Trinidad y cosas en ella acontecidas desde su primer gobernador, que fue Antonio Sedeño, hasta que vino Joan Ponce de Leon, natural de San Joan de Puerto-Rico, y nieto del que conquistó aquella isla.</i> . . . .	87
CANTO PRIMERO. . . . .	87
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta cómo los indios revolviéron, y á los nuestros les fué forzado dejar la isla. . . . .	90
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo Antonio Sedeño salió de Puerto-Santo y fué á Paria, donde se concertó con Alonso de Herrera y Agustín Delgado, y revolvió sobre la isla Trinidad; y lo que le aconteció. . . . .	91
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo Baucunar hizo llamamiento de capitanes para ir con gran pujanza sobre Antonio Sedeño, y lo que mas aconteció. . . . .	95
CANTO QUINTO. — Donde se cuenta el rompimiento de la batalla, y de lo que en ella aconteció. . . . .	95
CANTO SEXTO. — Donde se cuenta cómo Sedeño volvió á Paria con intencion de reconciliarse con el Alonso de Herrera, y lo que le aconteció. . . . .	98
ELEGIA XI. — <i>A la muerte de Jerónimo de Ortal, segundo gobernador de Paria, donde se cuenta de la segunda entrada que se hizo por el rio Urinoco, con otras muchas cosas que entonces acontecieron.</i> . . . .	99
CANTO PRIMERO. . . . .	99
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta el trabajoso viaje que llevó el capitán Alonso de Herrera, y cosas en él acontecidas. . . . .	101
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta la muerte del valeroso capitán Alonso de Herrera, y cómo luego se volvió la gente sin pasar mas adelante. . . . .	103
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta la mudanza que hubo en el campo del gobernador Jerónimo de Ortal, y cómo determinó entrar por Maracapana, y las demás cosas acontecidas en aquella provincia. . . . .	110
CANTO QUINTO. — Donde se cuenta cómo muchos señores indios vinieron de paz, y cómo si poblaron los españoles y repartieran la tierra, se liciera un negocio de gran importancia. . . . .	114
CANTO SEXTO. — Donde se cuenta cómo la gente de Sedeño, después que se metió la tierra adentro, dieron en la gente de Jerónimo de Ortal, cuyo capitán era Alonso Alvarez Guerrero, y les quitaron los caballos, y lo que mas aconteció. . . . .	119
CANTO SEPTIMO. — Donde se cuenta cómo Jerónimo de Ortal llegó á su pueblo de Neveri en la costa, cómo se escapó de Antonio Sedeño, y lo que mas le sucedió hasta su muerte. . . . .	125

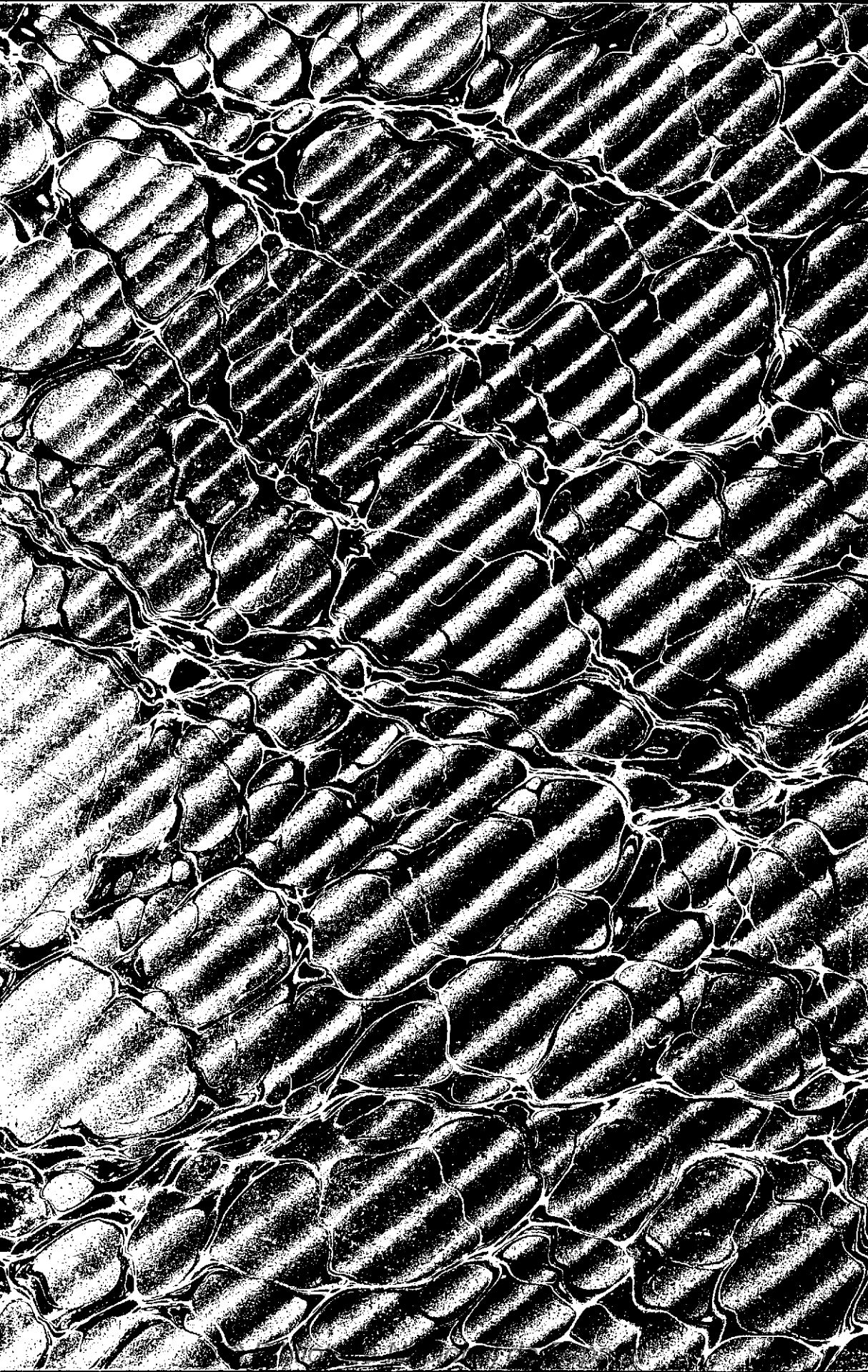
ELEGIA XII. — <i>A la muerte de Antonio Sedeño, donde asimismo se cuenta el suceso de su jornada.</i>	
CANTO PRIMERO. . . . .	123
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta el suceso desta gente hasta la muerte del Antonio Sedeño, y cómo se dividió su gente en dos bandos y parcialidades. . . . .	151
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo los de Sedeño continuaron su descubrimiento, acabado el invierno, y el fin y suceso desta jornada. . . . .	155
ELEGIA XIII. — <i>Elogio de la isla de Cubagua, donde se trata la gran riqueza que allí hubo y su perdición y asolamiento.</i>	
CANTO PRIMERO. — Donde se trata de su primero descubrimiento y esterilidad, con otras particularidades dignas de memoria. . . . .	141
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta cómo llegó Gonzalo de Ocampo al puerto de Cumaná, la buena naüa que se dió en prender algunos indios culpados, la justicia que dellos se hizo, con otras muchas cosas que entonces sucedieron. . . . .	145
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta á cuánto disminución vino la granjería de las perlas de Cubagua, el asolamiento de aquella ciudad, con otras cosas allí sucedidas. . . . .	149
ELEGIA XIV. — <i>Elogio de la isla Margarita, donde se da relación de la vivienda de la gente que allí reside, y de los infortunios que ha padecido, con otras muchas particularidades dignas de memoria.</i>	
CANTO PRIMERO. . . . .	151
CANTO SEGUNDO. — Donde se da á entender quién era Pedro de Ursúa y su descendencia, con otras cosas á la historia convenientes. . . . .	156
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta la partida de Pedro de Ursúa, con buena copia de gente, aunque alguna della iniqua y facinerosa, y las demás particularidades sucedidas antes de embarcarse en el río por donde lababan de hacer su viaje. . . . .	168
CANTO CUARTO. — Donde se da razón del mal fin que hubieron todos los conjurados que fueron en la muerte de su gobernador, y cómo Lope de Aguirre se hizo señor de toda la gente con muerte de muchos que tenía por sospechosos y que murmuraban y abominaban de su loca demanda. . . . .	163
CANTO QUINTO. — Donde se cuenta cómo Aguirre entró en la isla Margarita, prendió al gobernador y principales, y las grandes crueldades que usó el tiempo que allí estuvo. . . . .	167
CANTO SEXTO. — Donde se cuenta cómo Lope de Aguirre salió de la isla Margarita y entró por Burhurata, pueblo de la costa, la tierra adentro hasta la nueva Valencia, con otras cosas que acaecieron antes de su vencimiento. . . . .	170
CANTO SÉPTIMO. — Donde se trata del vencimiento de Lope de Aguirre, la justicia que dél y otros se hizo, con el cual se remata asimismo esta historia, y la primera parte de las Elegias. . . . .	172
<b>SEGUNDA PARTE.</b>	
DEDICATORIA á la majestad del rey don Filipe nuestro señor. . . . .	179
CENSURA DE DON ALONSO DE REYLLA. . . . .	180
ELOGIOS DE LA OBRA, por varios ingenios. . . . .	180
INTRODUCCION. . . . .	181
ELEGIA I. — <i>A la muerte de Micer Ambrosio, primero gobernador por los alemanes, donde se cuentan las cosas sucedidas en la provincia de Venezuela hasta su muerte.</i>	
CANTO PRIMERO. . . . .	185
CANTO SEGUNDO. — Donde se trata cómo el jurado Luíva y Pedro de Limpías prosiguieron adelante por las zanasas del Cabo de la Vela y Soturma, en busca de alguna gente para guías, y de lo que les sucedió con unos indios que encontraron. . . . .	193
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo micer Ambrosio volvió con la gente que recogió en la ciudad de Coro, si pueblo que dejó poblado en el Maracaibo, y de la entrada que hizo por aquella vía. . . . .	201
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo caminó micer Ambrosio con esta gente, descubriendo tierra hasta llegar á donde está ahora poblada la ciudad de Pamplona, distrito deste nuevo reino donde lo mataron. . . . .	206
ELEGIA II. — <i>A la muerte de George Espira, cuarto gobernador de las provincias de Venezuela.</i>	
CANTO PRIMERO. . . . .	211
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuentan los grandes reencuentros que tuvieron, y cómo viéndose George Espira con gran falta de gente determinó de volver á la ciudad de Coro, y lo que sucedió en el camino. . . . .	215
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta la venida del doctor Antoniu Navarro á Venezuela á tomar residencia á George Espira y á sus tenientes, y lo que mas aconteció. . . . .	221
ELEGIA III. — <i>A la muerte del gobernador Filipe de Ulen, donde se cuenta la entrada que hizo y cosas en ella acontecidas.</i>	
CANTO PRIMERO. . . . .	226
CANTO SEGUNDO. — Donde se trata cómo Pedro de Limpías se amotinó con cierta gente, y cómo llegó Filipe de Ulen al Tocuyo, y lo demás sucedido hasta su muerte. . . . .	253
CANTO TERCERO. — Donde se trata del entrada que hizo Diego Ruiz de Vallejo, maese de campo, á los cuéscos, los grandes reencuentros que tuvo con los naturales, con otras cosas que acontecieron hasta que se publicó la ciudad de Trujillo que allí se fundó. . . . .	256
CANTO CUARTO. — Donde se dicen los pueblos que hasta hoy cono-	
cenos fundados por los españoles en la provincia de Venezuela, con lo cual se da fin á lo de aquella gobernacion.	
ELEGIA IV. — <i>Relacion de las cosas del Cabo de la Vela, y de los primeros pobladores dél, de la gran riqueza de perlas que allí se halla, con otras particularidades dignas de saberse. En un solo canto.</i>	260
HISTORIA Y RELACION de las cosas acontecidas en Santa Marta desde su primera poblacion, y esta primera elegia es la muerte de su primer gobernador, que fué don Rodrigo de Bastidas. . . . .	268
CANTO PRIMERO. . . . .	268
CANTO SEGUNDO. — Donde se trata de la llegada de García de Lerma á Santa Marta, el gran fausto y pompa que trajo, con otras cosas dignas de escriptura. . . . .	260
CANTO TERCERO. — Donde se cuentan varios acontecimientos de cosas durante el gobierno de García de Lerma. . . . .	271
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo Pedro de Lerma desde á pocos dias que llegó á Santa Marta salió á descubrir tierras nuevas con algunas guías que trajo de los Caribes. . . . .	285
ELEGIA V. — <i>A la muerte de don Pero Fernandez de Lugo.</i>	
CANTO PRIMERO. — Donde se cuenta la llegada á Santa Marta con el gobierno de aquella provincia, y lo que sucedió durante su vida. . . . .	289
CANTO SEGUNDO. — Donde se trata cómo diéron de noche en los dos hermanos, y lo que mas sucedió. . . . .	296
CANTO TERCERO. — Donde se trata cómo salió la gente del puerto de Santa Marta, así por mar como por tierra, para descubrir tierras nuevas, y de lo que les sucedió en el río Grande á la entrada dél, y en la prosecucion del viaje. . . . .	306
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo fué el capitán Joan de San Martín por un río pequeño distinto del río Grande, que bajaba de la sierra, por la misma agua en canoas con pocos soldados, y lo que les aconteció antes de dar la vuelta á los cuatro brazos que llaman la Tora, donde el campo los esperaba. . . . .	308
CANTO QUINTO. — Donde se cuenta la cruel y sangrienta batalla que tuvo el licenciado Gallegor, y lo demás sucedido hasta la muerte de don Pero Fernandez de Lugo. . . . .	315
ELOGIO de don Luis de Rojas, gobernador de Santa Marta, donde se cuentan las entradas que hizo, y lo demás acontecido el tiempo que allí gobernó. . . . .	319
CANTO PRIMERO. . . . .	319
CANTO SEGUNDO. — Donde se cuenta cómo llegó Francisco Gonzalez de Castro á Pueciguenea y pobló á las faldas de la sierra, y lo que mas aconteció hasta dejar el asiento que habian poblado. . . . .	327
CANTO TERCERO. — Donde se trata la rebelion de los indios de Bonda, y el orden que tuvieron para ganar la fortaleza, con otras cosas en aquel tiempo acontecidas. . . . .	332
CANTO CUARTO. — Donde se cuenta cómo en sabiendo los indios de Bonda ser ida el armada, vinieron sobre la ciudad de Santa Marta; cómo se reedificó la fortaleza, con otras muchas cosas que en la reedificación acontecieron. . . . .	343
ELOGIO de don Lope de Orozco desde que vino á gobernar á Santa Marta, donde se hace mención de las cosas en aquella gobernacion sucedidas hasta el año de 1585. . . . .	351
CANTO SEGUNDO. — Donde se trata cómo don Lope de Orozco envió al capitán Antonio Cordero á poblar la provincia de Chimita, y gente blanca, y las cosas que sucedieron durante la poblacion. . . . .	357
<b>TERCERA PARTE.</b>	
DEDICATORIA á la majestad del rey don Filipe, nuestro señor. . . . .	365
ELOGIOS DE LA OBRA, por varios ingenios. . . . .	364
HISTORIA DE CARTAGENA.	
CANTO PRIMERO. . . . .	365
CANTO SEGUNDO. — Donde se trata cómo los indios comarcanos vinieron á dar la paz, y bastó la batalla que se dió en Turuaco para atemorizar los demás caciques y señores de aquella provincia. . . . .	371
CANTO TERCERO. — Donde se cuenta cómo el gobernador Pedro de Heredia salió de la ciudad de Cartagena con muchos hombres bien armados, y llegó á la provincia de Genú, y lo que mas aconteció en su pacificacion y conquista. . . . .	377
CANTO CUARTO. — Donde se trata del odio que concibió la gente que quedaba en Tulú contra el gobernador Pedro de Heredia, por no querellos admitir á las sepulturas ricas que con sus negros y otras personas que allí quedaron sacaba, y las demás variedades que entonces acontecieron. . . . .	384
CANTO QUINTO. — Donde se cuenta cómo á pedimento de hombres apasionados, la audiencia real de Santo Domingo envió al licenciado Juan de Vadillo, oidor della, á tomar residencia al gobernador Pedro de Heredia, y lo que durante su tiempo aconteció. . . . .	392
CANTO SEXTO. — Donde se cuenta cómo el licenciado Joan de Vadillo salió del puerto de Cartagena por la mar hasta llegar á Urabá, y desde allí fué en demanda del Guaca y otras provincias, y las cosas acontecidas en aquella jornada. . . . .	397
CANTO SÉPTIMO. — Donde se cuenta lo sucedido en la provincia de Butitica, y en las demás provincias por donde pasó el licenciado Juan de Vadillo, hasta que su gente lo dejó, y no quiso seguillo. . . . .	405
CANTO OCTAVO. — Donde se da cuenta cómo volvió don Pedro de	




Heredia con título de adelantado, y cosas sucedidas después de su venida, y antes que llegase á Cartagena. . . . .	419
CANTO NOVENO.—Donde se da razon de las novedades que hubo en Antioquia después que el adelantado don Pedro de Heredia se vino para Cartagena, y don George Robledo llegó con título de mariscal y con poderes del licenciado Miguel Diaz Armendariz, gobernador de todas aquellas gobernaciones, y de los casos acontecidos en Cartagena hasta la muerte de don Pedro de Heredia. . . . .	426
ELEGIA á la muerte de Joan de Bustos de Villegas, segundo gobernador de Cartagena por provision de la R. M. En un solo canto. . . . .	434
ELEGIA á la muerte de Francisco Bahamon de Lugo, quinto gobernador de Cartagena. En un solo canto. . . . .	440
ELOGIO de Pero Fernandez de Bustos, gobernador de la provincia de Cartagena, donde se cuenta el discurso de su vida hasta la venida del poderoso cosario que se dice el capitán Francisco Draque. . . . .	443
ELEGIA á la muerte de don Sebastián de Benalcázar, adelantado de la gobernacion de Popayán, donde se cuenta el descubrimiento de aquellas provincias, y memorables cosas en ellas acontecidas. . . . .	444
CANTO PRIMERO.—Donde se cuenta cómo Sebastián de Benalcázar prosiguió la guerra contra Huminavi y los otros capitanes de Alabaha, que se habian alzado con el reino de Quito, hasta la muerte dellos. . . . .	451
CANTO TERCERO.—Donde se cuenta cómo Benalcázar procuró llegar á sí el número de españoles que le fué posible para ir en seguimiento de la noticia que de Bogotá le dió el indio que halló en la ciudad de Quito, y lo que aconteció en aquel viaje á él y á sus capitanes. . . . .	456
CANTO CUARTO.—Donde se cuenta cómo Benalcázar despobló la villa de Ampudia y pasó adelante con toda la gente que tenia, con esperanzas de hallar tierras de mayor grandeza; y así por él y por sus capitanes se tentó por diversas partes aquel campo que hoy se llama gobernacion de Popayán. . . . .	461
CANTO QUINTO.—Donde se cuenta cómo Lorenzo de Aldana vino á Popayán por mandado del marqués don Francisco Pizarro y con provisiones suyas para tomar en sí el gobierno de Popayán y sus anejos. . . . .	466
CANTO SESTO.—Donde se cuenta cómo vino multitud de indios sobre el capitán Pedro de Añasco, y le mataron la gente que tenia, excepto tres que escaparon mas milagrosa que casualmente, y á él lo tomaron vivo, con otras desgracias que entonces acontecieron. . . . .	469
CANTO SÉTIMO.—Donde se cuenta cómo Pigoanza, por importunidad de la Gaitana, convocó otros muchos caciques, y vino sobre el pueblo de Timana con mas de doce mil hombres de guerra, y las grandes cosas que en la defensa de los españoles se hicieron. . . . .	477
CANTO OCTAVO.—Donde se cuenta cómo Pigoanza vino sobre Timaná con quince mil hombres de guerra, ferocissima é indomita gente, y lo que sucedió en aquella batalla contra menos de cien españoles, los eurenta poco mas ó menos de caballo, y los demás peones. . . . .	485
CANTO NOVENO.—Donde se tracta cómo Pascual de Andagoya, siendo proveido por gobernador de la tierra adyacente al río que llaman de San Juan, se entró por la tierra conquistada por Benalcázar y sus capitanes, y se hizo obedecer en Popayán y en los otros pueblos desta gobernacion, y lo demás que de su venida resultó, hasta la venida de don Sebastián de Benalcázar. . . . .	488
CANTO DÉCIMO.—Donde se cuenta la venida del virrey Blasco Nuñez Vela á Popayán, y cómo allí se rehizo de gente para ir contra Gonzalo Pizarro, y llevó consigo al adelantado don Sebastián de Benalcázar, y á Juan Cabrera y otros valerosos soldados. . . . .	493
CANTO UNDÉCIMO.—Donde se da conclusion á la historia de lo sucedido en la gobernacion de Popayán hasta el tiempo presente, y se da cuenta de cierto alzamiento que allí se intentó por algunos soldados que vinieron desterrados de Piru, cuando se rebeló Francisco Fernandez Giron en el Cuzco. . . . .	499
CATALOGO de los gobernadores de Popayán, y quasi epilogo de lo contenido en su historia. En metros sueltos. . . . .	501
HISTORIA de la gobernacion de Antioquia y de la del Chocó, adyacentes á la de Popayán, nuevamente desmembradas de ella por provisiones de la real majestad del rey don Filipe segundo deste nombre, nuestro señor. . . . .	506
CANTO PRIMERO.—Donde se da razon de los primeros capitanes que entraron en las provincias de entre los ríos Cauca y el de la Magdalena, así de la gobernacion de Popayán como deste Nuevo Reino. . . . .	508
CANTO SEGUNDO.—Donde se da relacion del primero fundador de la ciudad de Antioquia, y cómo después fué mudado de aquel asiento primero á mejor sitio, donde permanece con nombre de villa de Santafé de Antioquia. . . . .	510
CANTO TERCERO.—Donde se da razon de la entrada que hizo entre los ríos Gaspar de Rodas, la gente que le acudió, y orden que tuvo en hacer la guerra. . . . .	512
CANTO CUARTO.—Donde se cuenta cómo los indios de la provincia de Pequí enviaron su embajada al campo de los españoles, y lo que en ella se contenia. . . . .	514
CANTO QUINTO.—Donde se da razon de lo que sucedió después que los españoles entraron en la provincia de Pequí. . . . .	513
CANTO SESTO.—En el cual se da razon cómo Gaspar de Rodas pasó su campo á la provincia de Pequí, donde no se le hizo resistencia, antes algunos indios le dieron la paz. . . . .	517
CANTO SÉTIMO.—Donde se da relacion de lo sucedido á Juan Velasco y á Pedro Fernandez Rivadeneyra en la provincia de los novatos y valle de Teco. . . . .	519
CANTO OCTAVO.—Donde se tracta de la fundacion de la ciudad Hamada San Juan de Rodas, y cómo á Gaspar de Rodas le vino nueva que don Alvaro de Mendoza enviaba á su hermano don Alonso de Carvajal, para que le sucedies en el cargo. . . . .	521
CANTO NOVENO.—En el cual se dice cómo los indios vinieron sobre la ciudad de San Juan de Rodas, la muerte de Juan Velasco, y otras muchas cosas que allí sucedieron. . . . .	523
CANTO DÉCIMO.—En el cual se tracta de la reedificacion de San Juan de Rodas, y cómo Andrés de Valdivia se volvió á Santafé de Antioquia dejando por teniente á don Antonio Osorio de Paz, con la gente que trajo. . . . .	528
CANTO UNDÉCIMO.—Donde se tracta del socorro que trajo el gobernador Andrés de Valdivia, la mudanza del pueblo de San Juan de Rodas, con otros varios sucesos, y cómo vino de España declarado no caer en el gobierno de Valdivia Santafé de Antioquia, ni San Juan de Rodas. . . . .	530
CANTO DUODECIMO.—Donde se da razon de lo que hizo el gobernador Andrés de Valdivia después que tuvo la gente de la otra parte del río Cauca. . . . .	534
CANTO DÉCIMO TERCERO.—Donde se da razon de la que le pareció á Andrés de Valdivia, que tuvo para despoblar la nueva ciudad de Ubeda. . . . .	537
CANTO DÉCIMO CUARTO.—Donde se cuenta cómo viendo los indios la gente española dividida en tres partes, determinaron de dar en ellos en un mismo día en los lugares adonde estaban, sin se poder valer los unos á los otros por ser mucha la distancia. . . . .	539
ELOGIO de Gaspar de Rodas, segundo gobernador de las provincias de Antioquia, cuyo discurso comienza desde que fué promovido al cargo de capitán general de aquella tierra por los señores de la audiencia real deste Nuevo Reino. . . . .	544
CANTO PRIMERO.—Donde se cuenta cómo los señores de la real audiencia enviaron comision á Gaspar de Rodas para castigar los indios rebeldes, y poblar en las tierras donde fué muerto Andrés de Valdivia. . . . .	547
CANTO TERCERO.—Donde se cuenta cómo los indios repartidos á la ciudad de Cáceres, viendo que Gaspar de Rodas habia salido de la tierra, se atrevieron á matar algunos españoles y no acudían á servillos. . . . .	549
CANTO CUARTO.—Donde se cuenta cómo Gaspar de Rodas salió de la villa de Santafé de Antioquia con setenta hombres de pié y de caballo, y fué descubriendo por el río Porce abajo, hasta que halló terreno donde pobló la ciudad de Zaragoza. . . . .	552
RELACION BREVE de las tierras de la gobernacion del Chocó, y cosas en ella acontecidas desde el tiempo que entró en ella el capitán Gomez Fernandez, hasta que le fué dado el gobierno y conquista á Melchior Velazquez, vecino de la ciudad de Buga. . . . .	554
CANTO SEQUIMO.—Donde se tracta cómo por muerte de Gomez Fernandez se proveyó la gobernacion del Chocó á Melchior Velazquez, y las entradas que hizo. . . . .	555







BIBLIOTECA NACIONAL



1000554715



38560115385601153